Marian Keyes

Otra vez, Rachel

En los noventa, Rachel Walsh era un desastre. Pero, después de pasar por una clínica de desintoxicación, todo mejoró. En estos momentos tiene una vida llena de amor, una familia y un buen trabajo como consejera en adicciones. Además, es capaz de mantener vivo su jardín y el único vicio que le queda son las zapatillas caras.

Sin embargo, el mundo de Rachel se tambalea cuando su antiguo gran amor reaparece de forma repentina. Creía tener ya su final feliz, que su vida estaba por fin bajo control, pero ¿y si no es así? ¿Y si está a punto de descubrir que, no importa la edad que tengas, todo puede cambiar?

OceanofPDF.com

Marian Keyes

Otra vez, Rachel

Familia Walsh - 6

ePub r1.0
Titivillus 28.05.2022

OceanofPDF.com

Título original: *Again, Rachel*
Marian Keyes, 2022
Traducción: Nieves Calvino Gutiérrez & Matuca Fernández de Villavicencio & Andrea Montero Cusset & Raúl Sastre Letona
Ilustración del árbol en flor: Gemma Correll
Ilustración de la cubierta: Gemma Correll
Diseño de portada: Begoña Berruezo

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

OceanofPDF.com

Para mi madre,
con gratitud y amor

OceanofPDF.com

La verdad debe deslumbrar paulatinamente
o acabarán todos ciegos.

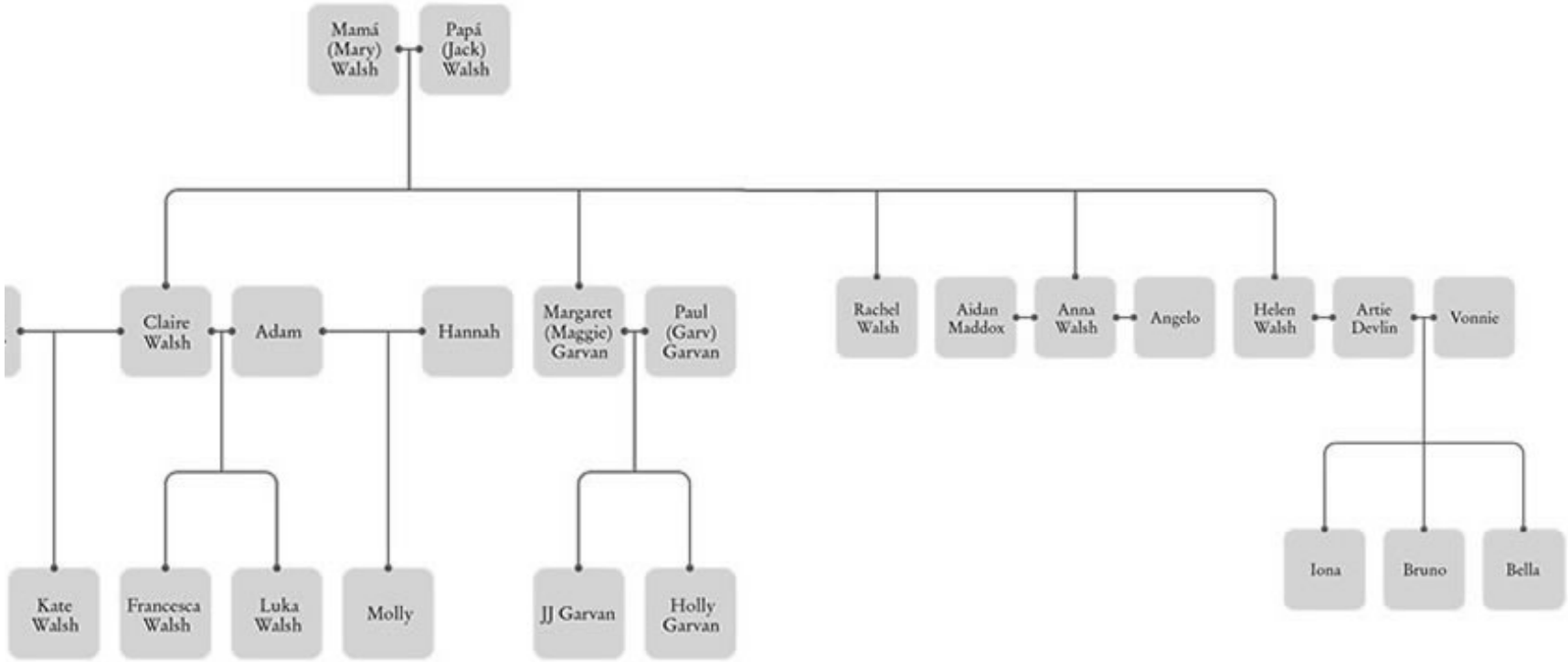
EMILY DIKINSON

Perdónate a ti mismo por todo el daño que te infligiste, pues lo único que hacías era intentar sobrevivir.

ANÓNIMO

OceanofPDF.com

Árbol genealógico de la familia Walsh



James Webster

OceanofPDF.com

1

Me despertó el roce de su mano, que trazaba leves círculos alrededor de mi ombligo. Medio dormida todavía, disfruté del contacto de sus dedos al descender.

Pero, antes de que pudiéramos ir más lejos, tenía que saber qué hora era.

—Las siete y diez —me dijo con la voz pastosa.

¡Qué alivio dormir toda la noche del tirón! Sonreí justo delante de su cara.

—Ahora sí que tienes toda mi atención.

Después nos quedamos tumbados en medio de un resplandor rosáceo. Sin embargo, iba haciéndose tarde.

—Debo irme, cariño.

—¿Ya?

—Tengo que pasar por casa a dar de comer a Crunchie y coger un par de cosas antes de ir al trabajo.

—Ah. —Y se produjo esa pausa breve pero significativa—. Vale.

No íbamos a entrar en eso. No en ese momento.

—Que tengas un buen viaje.

Me dio un beso.

—Te llamo cuando pueda. Aunque es impredecible.

—No te preocupes. —Me levanté poco a poco de la cama—. Espero que vaya bien. Nos vemos el domingo.

Me agarró de la muñeca.

—Te echaré de menos.

—Y yo a ti.

En la cocina, apuré un vaso de agua rápidamente.

Finley entró distraído, rascándose la cabeza.

—Hola, Rachel.

—Hola. Ya me voy. ¿Nos vemos el domingo?

—No, estaré con mamá.

—Salúdala de mi parte. Y, si te apetece hacer una obra de caridad, imagino que tu padre… —Señalé el techo con el dedo—. Mataría por un café.

Finley puso cara de no estar muy convencido, y me entró la risa.

—Venga, mocoso malcriado.

—Vaaale.

Le di un abrazo rápido y salí disparada a la radiante mañana de primavera.

En cuanto abrí la puerta de casa, Crunchie me recibió abalanzándose eufórica sobre mí. Me puse de rodillas, le froté las orejas y le hablé con mi tono especial para Crunchie:

—¡Hola, buena chica, hola!

—¿Eres tú, Rachel? —Kate asomó la cabeza por encima de la barandilla, por donde colgaron unos mechones de pelo mojado. Tenía un cepillo redondo y un secador en las manos.

Subí las escaleras disparada y entré en el baño.

—Me he quedado sin lentillas. —Rebusqué en el cajón.

—¿Qué tal Quin? —me preguntó ella.

—Genial. Se va a Nuevo México hasta el domingo.

—¡Qué suerte la suya!

Kate era mi sobrina, la hija de mi hermana mayor, Claire. Llevaba unos meses viviendo conmigo porque el brutal trayecto desde la casa de Claire, en el oeste de Dublín, hasta su trabajo, en un geriátrico de Wicklow, estaba acabando con ella. Actualmente tardaba doce minutos escasos en llegar al trabajo en lugar de las dos horas y media que antes tenía por norma.

Me chiflaba. Era seria, dulce, sacaba a pasear a Crunchie cuando yo no podía y era una maniática de la limpieza (un rasgo nada propio de la familia

Walsh). Era evidente que eso lo había sacado del lado paterno y, pese a que él no me entusiasmaba, solo un patán se quejaría de una compañera de piso que, cada dos por tres, sacaba la fregona del cuarto de las escobas diciendo: «Paso el suelo rapidito».

Su trabajo «real» era la interpretación. Pero el universo le suministraba el trabajo con cuentagotas, en cantidades calibradas de forma exquisita, manteniéndola siempre pendiente de un hilo de incertidumbre. Cada vez que estaba a punto de dejarlo, conseguía un papel pequeño, lo justo para reavivar la ilusión.

—¿Qué haces despierta? —Acababa de recordar que Kate no tenía que trabajar ese día. (Me enviaba su horario cada semana para que lo supiese por si necesitaba reclutar a mis vecinos Benigno y Jasline para pasear a Crunchie). En un arranque repentino de esperanza, añadí con la voz entrecortada—: ¿Tienes una audición?

—¿Hoy? No. Algo de trabajo para Helen.

Mi hermana menor, Helen, tenía una agencia de detectives privada. Últimamente había ido induciendo con habilidad a Kate para que le echara una mano, sobre todo en trabajos desagradables que solían consistir en estar estirada en una zanja embarrada durante largos periodos de tiempo, tomando fotos a hurtadillas. Era el tipo de trabajo del que Helen solía enorgullecerse, pero desde hacía no mucho había estado diciendo, con frecuencia creciente: «La vigilancia rural es la actividad perfecta para una mujer joven».

En su opinión manifiesta, Kate, de veintitrés años, era la persona ideal para tales apuros. «Los de veintitantos no cogen frío, no se mojan y no tienen ningún olfato». Helen insistía en que se trataba de un hecho científico. De una terquedad desafiante, era la persona con la voluntad más fuerte con la que me había topado jamás.

—A ver si lo adivino —le dije a Kate—. ¿Te tiene espiando a algún estafador que lleva la granja de cerdos más apestosa de todo el condado de Cavan?

—Ja, ja. No es tan malo. Vigilancia en la ciudad, una reclamación al seguro. Un hombre que dice que no puede caminar por el dolor de espalda.

—¡Madre mía, son las ocho y veinte! —La estrujé un momento y salté a la ducha. No tenía tiempo de secarme el pelo, me tocaría dejar que se me secase al aire y aceptar la desgracia incontrolable que lo acompañaría.

Para contrarrestar los pelos, me puse un mono vaquero, que me hacía pasar por una empleada de lavadero de coches. Lo llevaba tan a menudo que mis compañeros de trabajo «bromeaban» con que no tenía más ropa. Pero había algo en la libertad que me concedía, sobre todo cuando lo llevaba con zapatillas, que me hacía sentir moderadamente poderosa.

Entretanto, Crunchie me observaba con gesto lastimero.

—Tengo que trabajar —le dije a aquella cara de desconsuelo—. Pero vuelvo esta noche. Hace un día precioso. Corre por el jardín de atrás y ladra a los pájaros, ¡ya verás lo bien que estarás!

A pesar de que mi casita se encontraba a apenas quince minutos en coche del trabajo, llegué tarde a la reunión de la mañana.

Subí a toda prisa los escalones de The Cloisters y crucé el vestíbulo, donde estuve a punto de tropezar con Harlie Clarke, una de mis internas, que estaba pasando la aspiradora por la moqueta con furia y resentimiento. Alcohólica de veintinueve años, con una dedicación a su aspecto que casi contaba como una segunda adicción, estaba estupenda; se levantaba a las seis y media cada mañana para la sesión completa de chapa y pintura: intrincado *contouring*, pestañas brillantes y el pelo, largo y rubio, liso y obediente gracias al moldeador.

Como casi todo el mundo, había llegado a The Cloisters convencida de que estaba perfectamente. Pero yo había ido minando su coraza de negación hasta que se había resquebrajado. Ya no podía ignorar que era una alcohólica, y estaba rabiosa.

—Buenos días, Harlie —dije.

Con cara de mala leche, empujó la aspiradora hacia mi tobillo. En serio, tenía unas cejas impresionantes. Maquilladas con *microblading*, por supuesto, pero de un aspecto muy natural. Sin duda hechas por un experto y no algún oportunista que había aprendido con YouTube. A veces me daban unas ganas tremendas de ponerme a hablar de trucos belleza con ella.

Pero quizá no en ese momento. La esquivé antes de que me dejara lisiada.

En la sala de reuniones, se encontraban sentados a la mesa cinco de los siete terapeutas, además de tres moderadores, la enfermera Moze y Ted, el gran jefe, que echó un vistazo a su móvil, negó con la cabeza y masculló:

—Vaya, vaya.

Esbocé un «lo siento», me senté en una silla y me recogí el pelo mojado en un moño despeinado para apartármelo de la cara.

Moze estaba leyendo su informe de la noche anterior.

—Turno ajetreado. Trassa Higgins… ¿una de las tuyas, Rachel? No ha dormido. Vino al mostrador sobre las tres de la madrugada. Charlamos, hicimos un crucigrama y se volvió a la cama sobre las cinco, pero le he echado un ojo a las seis y seguía despierta.

Eso me indicaba que Trassa estaría vulnerable ese día. Lo cual era bueno y malo a un tiempo. Malo porque vulnerable significaba vulnerable de verdad. Nada estupendo en una abuela de sesenta y ocho años adicta al juego. Pero bueno, porque tal vez estuviera demasiado cansada para sostener su escudo de negación. Llevaba allí más de una semana y estaba resultando dura de roer. Quizá fuese el gran día.

—Simon y Prissie —dijo Moze, lo que provocó un coro de suspiros en torno a la mesa—. Sí. Otra vez *in fraganti*. Waldemar los pilló en la ronda de la una. En esta ocasión, detrás del sofá de la sala de juegos.

—¿Y bien? —Ted me miró primero a mí y luego a Carey-Jane; éramos las terapeutas asignadas a Simon y Prissie, respectivamente—. ¿Ahora qué?

Apesadumbrada, negué con la cabeza.

—Simon tiene que marcharse. Ya se le hizo una advertencia. No está listo para recuperarse. Le da igual.

—Yo quiero que Prissie se quede. —Carey-Jane mostró la misma resolución—. Pero añadimos el sexo y el amor a su lista de adicciones. Todo parte de la visión general.

—Pero si Simon se va y Prissie se queda, ¿qué mensaje estamos enviando? —preguntó Yasmine.

Ted se encogió de hombros.

—¿A quién le importa? Las reglas las ponemos nosotros.

Ted podía ser un problema. Pese a ser un administrador competente y un jefe (periódicamente) inspirador, tenía un dejo de «Déspota sin Oposición».

—Esta mañana ya llegan dos novatos —continuó—. Y, si Simon se va, podemos aceptar a otro mañana o el viernes.

La adicción era un gran negocio. Había lista de espera —siempre— para entrar en The Cloisters.

A continuación, cada terapeuta actualizó la información sobre sus distintos internos, para que todos supiéramos con exactitud cómo iba cada uno de los pacientes —quién era supervulnerable en ese preciso momento, quién se resistía con ganas—, luego era hora de irse a terapia de grupo.

Ted me pilló en la puerta.

—No es propio de ti llegar tarde.

—Aaaah… —Tampoco podía decir: «Mi novio se va cuatro días a Taos y necesitábamos pasar algo de tiempo juntos».

—¿… Rachel?

—Tráfico —contesté—. Lo siento. No volverá a ocurrir.

Luego me fui a sacar a Simon a rastras del desayuno para decirle que hiciera las maletas.

OceanofPDF.com

2

Cuando me preguntan cómo conocí a Quin y notan que vacilo, normalmente dicen: «¿Tinder? Eh, no hay de qué avergonzarse».

Pero fue peor que Tinder. Hace casi dos años, en 2016, Quin y yo nos conocimos en un retiro de meditación, uno silencioso, que se celebraba en una casa grande y antigua en medio de la nada. Yo había ido porque era una Meditadora Fallida. En todos los años que llevaba intentándolo, a pesar de los cientos de llamas de vela que había mirado fijamente, nunca había sido capaz de detener mis pensamientos. «Quince minutos en realidad no es tanto, solo necesito dejar la mente vacía vacía vacía pensar en nada en absoluto. Eh, mira, si estoy meditando. Aunque si me doy cuenta de que lo estoy haciendo, ¿significa que no lo estoy haciendo? Madre mía, no llegué a cancelar la cita con el fisio, ahora lo hago, bueno no ahora ahora, sino en cuanto acabe de meditar…».

A las siete de la tarde de aquel viernes de finales de marzo, alrededor de una treintena de personas sentadas en esterillas de yoga con las piernas cruzadas intentábamos medirnos unas a otras de forma solapada para que no nos pillasen. No éramos más que un grupo de gente nerviosa y esperanzada. Más mujeres que hombres —eso siempre—, de edades comprendidas entre la veintena y la sesentena.

Me habría encantado conocer las razones de los demás para asistir, pero teníamos prohibido literalmente hablar. Tampoco estaban permitidos el alcohol, el café, los móviles, los aparatos electrónicos, los libros ni las revistas.

Nuestros instructores eran una mujer joven deliciosamente ágil (yoga, por supuesto) y tres hombres jóvenes, todos algo «alentejados»: basta ropa marrón, rostro pálido con barba rala y patilluda, y entradas incipientes.

A lo largo de aquellas cuarenta y ocho horas, hicimos un montón de meditación en grupo, durante la cual me pasé una cantidad vergonzosa de tiempo preguntándome si los tres Chicos Lenteja estaban enamorados de la Chica Yoga. Seguro, ¿no? Era tan estupenda… Y luego estaba esa agilidad, claro. Cuando mi mente debería haber estado en calma, me dediqué a inspeccionar al trío y a preguntarme si la Chica Yoga se habría acostado con alguno de ellos. ¿O con los tres? Era absolutamente preciosa, pero si algo he aprendido es a no subestimar la soltura de los hombres más ordinarios.

Además de meditar, hicimos unas clases de yoga, comimos comida vegana a intervalos regulares y nos trincamos todo el té de salvia que nuestro estómago podía soportar. Dedicamos gran parte del sábado a comernos una sola uva. Cuando llevaba media hora en ello, me di cuenta de que debía de haberlo hecho unas veinte veces: todos los cursos de mindfulness y meditación recurrían a eso para demostrar cómo bajar el ritmo y vivir el momento. Suspiré bajito. Quizá iba siendo hora de tirar la toalla para siempre con aquello de la meditación.

El domingo por la tarde, a última hora, justo cuando ya teníamos el final a la vista, uno de los Chicos Lenteja anunció una Meditación de la Bondad Amorosa: un ejercicio de intimidad en el que te sentabas enfrente de otra persona, mirándola a los ojos, y elaborabas pensamientos buenos y amorosos durante diez largos minutos.

Una atrocidad.

Éramos impares, así que acabé emparejada con el Chico Lenteja más patilludo y, por el modo en que se le dilataban las pupilas, quedaba claro que estaba dándolo todo con los pensamientos buenos y amorosos. La única forma de sobrevivir a aquello era desaparecer en mi interior.

Al final, alguien hizo sonar algo —probablemente un cuenco tibetano, era lo habitual—, y los diez minutos más eternos de la eternidad llegaron a su fin; era nuestra señal para romper el contacto visual y comenzar con otra persona. Esbocé una sonrisa incómoda y me giré.

—¿Todo el mundo ha cambiado de pareja? —preguntó la Chica Yoga.

Eché un vistazo a mi nuevo compañero. Un hombre. Tenía cara de póquer, pero en sus ojos se advertía algo. Casi una sonrisita. Algo relacionado con el comentario sobre el cambio de parejas.

Inmaduro.

Y aun así…

Lo miré fijamente. Me devolvió la mirada. «Siento amabilidad por ti, siento cariño por ti», pensé.

Mientras le sostenía aquella mirada impertérrita, decidí que me estaba devolviendo los pensamientos. Luego, en realidad, sentí algo. Una especie de alivio.

Nadie se sorprendió más que yo.

Pese a la sonrisa trémula, empezaron a saltárseme las lágrimas. Gruesas gotas caían en mis manos, y no hubo ni las palmaditas incómodas ni el hurgar en busca de pañuelos que normalmente acompañan al llanto en público. Nos quedamos allí sentados, quietos, sosteniéndonos la mirada sin más.

Cuando tocaron el cuenco, el hombre inclinó la cabeza y me preguntó sin palabras si me encontraba bien.

Asentí y sonreí, me sequé las lágrimas sorpresa y me volví hacia mi pareja siguiente.

Alrededor de media hora después, el fin de semana llegó a su fin y nuestras últimas instrucciones fueron continuar sin hablar hasta que saliésemos de la propiedad.

Arriba, en el dormitorio, mientras metía mis escasas posesiones en la bolsa, sentí una ligereza en el corazón que no había experimentado en mucho tiempo. La paz de la meditación seguía eludiéndome —era probable que de por vida—, pero, de forma completamente inesperada, me sentí absuelta. No tenía sentido, pero aquel hombre, aquel desconocido, había despejado parte del caos de mi pasado.

Uno de los Chicos Lenteja me devolvió mis dispositivos electrónicos, luego salí a la gélida noche y vi al hombre allí plantado, fingiendo que trasteaba con el móvil.

Resultó incómodo. Algo bueno había ocurrido en aquella sala, y seguramente era en aquella sala donde debía quedarse.

Tras una inclinación rápida de cabeza, me dirigí a mi coche, ligeramente desconcertada por el larguísimo Mercedes de color crema que había en la plaza contigua a la mía. Parecía recién sacado de una peli policiaca de los

setenta; lo imaginaba en su salsa chirriando y derrapando por callejuelas estrechas. Costaba decidir si era bonito o solo ostentoso.

—Hola —oí, y me volví—. Soy Quin.

Pues sí que se sentía seguro de sí mismo. Y había roto las reglas.

Entonces decidí que daba igual.

—Yo, Rachel.

Se acercó a mí.

—¿Podría…? —comenzó—. ¿Podríamos…?

—No sé —contesté—. No estoy buscando ese tipo de…

—Creo que yo tampoco —dijo (lo cual resultó ser mentira)—. Pero, sea lo que sea lo que ha pasado ahí dentro, a mí me ha afectado, y a ti, ¿te ha ayudado?

Pese a que menos de una hora antes le había mirado a los ojos durante diez minutos sin interrupción, era la primera vez que prestaba atención a la imagen de conjunto. Llevaba el cabello castaño rapado y era más alto que yo (esto no siempre podía darlo por hecho, yo medía casi uno ochenta). Al examinarlo detenidamente, las botas de senderismo, la camiseta de aspecto técnico y el modo en que se le tensaba la piel eran característicos de esos hombres que emprendían montones de retos físicos agotadores. Hombres que siempre llevaban encima tres barritas de proteínas y cuya composición corporal era de un 0 por ciento de materia grasa, un 87 por ciento de músculo y un 13 por ciento de ira.

No encajaba mucho allí.

—¿Puedo preguntarte algo? —me sorprendí diciendo—. ¿Por qué te has apuntado a este fin de semana?

—Porque… nunca tengo la sensación de haber tenido suficiente.

Esperé.

—Quiero algo —dijo—. Entonces lo cojo. Luego quiero una versión mejor. O ya no lo quiero.

«Ay, madre, uno de esos hombres».

—Mi felicidad está siempre ahí, justo fuera del alcance —prosiguió—. El Señor Perfeccionamiento, ese soy yo.

Lo cierto es que me reí.

—Bueno, nadie puede decir que no me has avisado.

—¿Y? —me preguntó—. ¿Qué te ha traído a ti aquí?

Vale, allá vamos.

—Estoy en rehabilitación. Recomiendan la meditación.

Si respondía con una mirada de incomprensión, aquella floreciente amistad se iría directa al garete.

—Soy adicta —expliqué.

—Sé qué significa «en rehabilitación» —dijo sin rodeos.

Era un buen comienzo, porque la mayoría de la gente no tiene ni idea. Luego, cuando lo entienden, suelen salir zumbando. A menudo he dicho que debería haber un Tinder para los de los Doce Pasos.

—¿Llevas mucho tiempo limpia? —Y esa era una pregunta excelente, una informada. Quería saber si estaba estable o era probable que recayera.

—Años.

—¡Vaaale! —De golpe dejó de parecer nervioso—. Entonces ¿me das tu número?

¿Por qué no? Eso fue lo que pensé. ¿Qué daño podía hacer?

Me dijo que estaríamos en contacto, luego se subió a su coche ostentoso-barra-bonito de los setenta y se alejó ruidosamente.

OceanofPDF.com

3

Que un paciente se marchase antes de concluir las seis semanas siempre resultaba decepcionante. Pero era la segunda vez que Simon rompía la regla que prohibía el contacto sexual con otros internos. Y aun así, incluso cuando estaba siendo expulsado de rehabilitación, tenía ese brillo coqueto. No podía evitarlo.

—Tienes treinta y siete años —le recordé—. Eres demasiado viejo para comportarte así.

—Y tú tienes… ¿cuántos? —Me estudió con una sonrisa obscena—. ¿Treinta y cinco? ¿Treinta y seis?

Yo hacía mucho que había perdido de vista la treintena, y él lo sabía.

—Lo bastante mayor para saber cuándo juegan conmigo. ¿Esas cursiladas de verdad funcionan alguna vez?

—Todo el tiempo.

—¿Alguna vez funcionan con mujeres que no sean vulnerables?

Y ahí, una sombra le oscureció el rostro de manera fugaz.

—Si no te tomas en serio la rehabilitación —dije—, la adicción te matará.

Se encogió de hombros.

—Vive rápido, muere joven.

—Esa opción ya no está disponible, Simon. Eres demasiado viejo.

Pero era inmune. Iba a volver a salir al mundo y la primera persona a la que llamaría sería su camello.

Por mis manos pasaban entre cincuenta y sesenta adictos al año, y me importaban mucho —tal vez demasiado— todos y cada uno de ellos. Si hubiera habido algo que pudiera hacer para ayudar a Simon, lo habría hecho. Dejar que se fuera era realmente doloroso.

Me identificaba en exceso con mis internos. Pues claro. Había sido una de ellos.

Cuando entré en la Sala del Abad (un antiguo comedor con mucha corriente, en realidad) para la terapia grupal de esa mañana, el parloteo era atolondrado e inquieto; los rumores eran moneda de cambio allí dentro. La posibilidad de que hubiesen expulsado a Simon los había trastocado a todos. En rehabilitación enseguida se establecían vínculos fuertes. Con eso no quiero decir que todos se llevasen bien, a menudo se odiaban a muerte, pero escaseaba la indiferencia.

Chalkie fue la primera en advertir mi presencia.

—¡Agua, agua! —susurró—. Ya está aquí.

Ocupé mi asiento, el segundo peor del círculo. Era lo malo de llegar tarde al grupo: todas las sillas cómodas estaban cogidas. Tendría que resistir al menos dos horas en esa cosa de respaldo bajo con la pata coja, y sin revelar incomodidad. Cualquier muestra de vulnerabilidad mermaría mi autoridad.

Mis patitos habían guardado silencio, lanzando miradas al último sitio libre —donde se habría sentado Simon—, a la espera de que yo tomara la palabra. Pero su respuesta a aquel trastorno era una fuente de información para mí, así que adopté una expresión desabrida y me armé de paciencia para esperar.

¿Me llegarían las zapatillas nuevas por Fedex ese día?, me pregunté de repente. Las había pedido el día anterior, pero a veces las entregaban al siguiente. Normalmente tardaban dos días. En ocasiones, tres. (Esto último se me hacía duro. Me aceleraba muchísimo, mi cerebro generaba predopamina y el armario se veía tan desnudo…).

—Que alguien diga algo —suplicó Dennis—. ¡Este silencio me está haciendo sudar como un cerdo!

Vale, ¡de vuelta al tajo! Dennis, un alcohólico que había llegado el día anterior, seguía sumido en la ficción de que no tenía ningún problema. Al parecer, solo estaba allí «por no oír a mi mujer». Ese día —igual que el anterior— llevaba un traje arrugado con manchas de sopa en los pantalones. Tenía la corbata torcida, le faltaban dos botones de la camisa y la barriga le sobresalía por encima del cinturón. Era concejal de la ciudad en la que

había nacido —uno de esos lugares muy unidos en medio de la nada— y era imposible que no me gustase.

—¿Qué tiene de malo el silencio, Dennis? —Mi voz era calmada, pero la pata de la silla, que me inclinaba hacia delante, y luego hacia atrás, mientras hablaba, sin duda mermaba mi posición.

—Está demasiado tranquilo.

Eso no podía discutírselo.

—¿Puedo hacer una pregunta? —A Harlie le temblaba la voz—. ¿Han echado a Simon?

Cuando no estaba cortejando a Prissie detrás del sofá de la sala de juegos, Simon había flirteado de forma llamativa con Harlie. Esta había ido sucumbiendo a sus sospechosos encantos, y empezaban a perfilarse como un problema. Tal vez fuera mejor que se hubiera ido.

—Simon se ha marchado —dije.

Harlie se vino abajo, desconsolada. Giles, otro zalamero con las damas, se revolvió con incomodidad, quizá preguntándose si sería el siguiente expulsado. Chalkie, héroe de la clase obrera, se movió nervioso, preparado para denunciar un error judicial. Roxy, que saldría en una semana, frunció el ceño preocupada. Dennis observaba a los demás en busca de pistas sobre cómo reaccionar. Y Trassa exclamó:

—¡Te gusta!

—¡Y qué si me gusta! —Como siempre, Dennis fue incapaz de resistirse a hacer un chiste.

—A ti no —replicó Trassa—, a Harlie.

—¡No es verdad!

Aunque sí que era verdad. Le echaría un ojo extra los días siguientes.

—Entonces ¿Simon se ha ido en serio? —preguntó Chalkie—. ¿Lo han echado sin más? No hemos podido despedirnos.

—No. —Asentí. Tuve que plantar el pie con firmeza en el suelo para detener aquel desagradable balanceo.

—Chalkie, ¿y a ti qué más te da? —preguntó Roxy, haciendo mi trabajo por mí. Se ponen en ese plan cuando se acercan al final de sus seis semanas, como si ya lo supieran todo; tiene un punto encantador—. No lo soportabas, dijiste que era «un capullo de clase media»…

—«… corrompido por sus propios privilegios». Igual que tú; nada personal, vamos. —Los ojos azules de Chalkie ardían de fervor—. Pero sigue teniendo derecho a un juicio justo.

Chalkie era un agitador autodidacta del cinturón de pobreza de Dublín. Se suponía que yo no debía tener favoritos, pero, de haber tenido uno, habría sido él. Elocuente, enfadado y compasivo (a menos que vivieras en una zona residencial, en cuyo caso no «te mearía encima aunque estallaras en llamas»), corría el riesgo de abrasarse en su propia rabia.

Con aquellas cualidades de estrella, se le daba genial mover a la comunidad en favor de una causa; por ejemplo, abanderó y ganó la del desayuno para los niños necesitados en edad escolar. Hacía mucho bien. Pero, de vez en cuando —a menudo en el punto culminante de sus campañas—, recaía y empezaba a consumir heroína otra vez.

—Simon rompió las reglas —dije—. Dos veces.

—Bueno, tal vez esas reglas sean una gilipollez.

Al oírlo, Giles empezó a irritarse. Adicto a la cocaína en la cincuentena, no era muy fan de Chalkie y sus causas. Una carrera de un éxito deslumbrante durante treinta años en el mundo de la publicidad le había imbuido de la convicción de que todo el mundo se labraba su propia suerte.

—«La manera más eficaz de restringir la democracia —dijo Chalkie; estaba citando a alguien, probablemente a Noam Chomsky; normalmente era Noam Chomsky— es transferir la toma de decisiones del ámbito público a instituciones que no responden ante nadie».

—Madre mía. —Giles volvió a cruzar sus larguiruchas piernas y siseó con los dientes apretados.

Chalkie le clavó la mirada.

—¿Tienes algún problema, tío? —Hizo una pausa—. Capullo que juega al tenis.

—Chalkie. —Hablé en voz baja pero firme. Se alentaba a los pacientes a discutir de forma acalorada sobre sus adicciones, pero los insultos gratuitos eran inaceptables—. Discúlpate con Giles.

—Perdona…

Giles inclinó la cabeza para demostrar que aceptaba las disculpas a duras penas.

—… por decir que juegas al tenis.

Giles levantó la cabeza de golpe y el color regresó a su atractivo y fino rostro.

—Con esos pantaloncitos blancos, gritando: «¡Cuarenta iguales!» —se burló Chalkie—. No me extraña que te aficionases a la nieve. Era por vergüenza, ¿estoy en lo cierto?

Estallaron carcajadas. Casi todo el mundo adoraba a Chalkie, era parte de su problema. Se salía con la suya en demasiadas ocasiones.

—Perdona, Rachel —dijo con una sonrisa—. Perdona, Giles.

Giles rompió a sollozar de pronto. Estaba entrando en su quinta semana, así que aquel comportamiento era de manual. Su negación se desmoronaba, su egoísmo lo habían resaltado al detalle todas las personas de su vida, de modo que había dejado la rabia atrás y en esos momentos se hallaba preso del dolor.

—¿Estás bien, Giles? —Le pasé un pañuelo.

—Muy bien. —Se atragantó, con la cara entre las manos.

Vale, le tocaba a Trassa. Casada durante cincuenta y un años, con cinco hijos y once nietos, proyectaba una respetabilidad acogedora, subrayada por chaquetas de punto, faldas informes y gafas de lectura colgadas de una cadenita. Jugadora compulsiva, había ingresado para convencer a Ronan, su hijo mediano —el único que aún le dirigía la palabra— de que pagara su última tanda de deudas.

—Trassa —dije—, la historia de tu vida, por favor.

Era el primer ejercicio escrito que hacían los pacientes y normalmente empezaba a ablandarlos.

—Aún no he terminado. —Su sonrisa era dulce—. ¿Te recuerdo que tengo sesenta y ocho años, y no tengo la energía de estos jóvenes?

—Tenla lista para mañana. Mientras tanto, ¿por qué no nos cuentas exactamente por qué estás en rehabilitación?

—Bueno… —Una ancha sonrisa le arrugó los rasgos, suaves y empolvados. Había algo en ella que siempre me recordaba a un bollito de pan—. Ronan, mi muchacho, exageró.

Lo dejé en el aire un buen rato y luego me dirigí a Dennis:

—Te he visto charlando con Trassa. ¿Qué te ha contado?

—¡Eh! —intervino Chalkie—. ¡No le hagas chivarse!

—No, no pasa nada. —Dennis se sentía seguro—. Nadie va a chivarse. La pobre Trassa no ha tenido suerte, eso es todo. Sacó efectivo de una tarjeta de crédito para una apuesta segura en el Grand National. Nunca vio los recibos del banco porque los enviaban online. Los intereses ascendieron…, son criminales, no hace falta que os lo diga, y lo primero que supo Trassa fue cuando los acreedores llamaron a su puerta y disgustaron a su esposo, Seamus padre, que está en una silla de ruedas.

Sí, me resultaba familiar. Salvo porque, en la versión que me habían contado a mí, la carrera era el Derby de Kentucky.

—Para entonces, la cantidad que debía se había triplicado. ¿Cómo iba a pagarlo la pobre mujer? ¡Solo tiene una pensión! Uno de sus hijos dijo que lo cubriría, pero que tendría que venir a rehabilitación. Igual que yo, estamos los dos aquí para complacer a otra persona.

Giles había empezado a emitir un chirrido rítmico. No sabía llorar porque no tenía práctica. Hasta el último fin de semana, se había pasado cuarenta y cinco años sin llorar. En realidad, debería haber estado tirado en el suelo, dando golpes y alaridos por las décadas perdidas y el reguero de mujeres e hijos abandonados, pero estaba demasiado deprimido. Aun así, resultaba alentador que llorara.

—¿Trassa? —pregunté—. ¿Cuánto pagó tu hijo?

—Eso es privado —soltó ella con aspereza.

La miré bien.

—Estás en rehabilitación. Aquí no hay nada privado. ¿Cuánto?

Sabía que, sin mencionar ninguna suma, Trassa había dado a entender que se trataba de unos cincuenta euros.

—Saqué, creo que fueron… dos mil euros del cajero.

El *shock* fue extendiéndose por la sala. ¿Dos mil? Ni Roxy, que había avanzado lo suficiente para comprender la negación, se había esperado eso.

—¿Dos mil? —pregunté.

—Eh, bueno, no lo sé. —Trassa se puso en plan abuela olvidadiza—. Esta vieja cabeza.

—Fueron cuatro mil. —Ella lo sabía. Yo lo sabía. Y ahora todos los demás también—. ¿Cómo conseguiste la tarjeta de crédito?

—Me la ofreció el banco.

—¿Te la ofreció el banco?

Su rostro se sonrosó.

—¿Quieres decir que la solicitaste? —dije.

—Sí, sí. —Estaba desesperada porque me callase.

—A nombre de tu marido. Porque tu crédito personal está hecho papilla.

El ambiente en la sala era de consternación. Todos le habían cogido cariño a Trassa, y esa historia no encajaba con la imagen que tenían de ella. Dennis, en especial, parecía terriblemente confundido.

A la hora de comer, asomé la cabeza en la oficina de administración, esperando a ver la caja de Fedex en el rincón, pero Brianna dijo:

—Nada. Lo siento. ¿Qué has pedido esta vez?

—Zapatillas.

—¿Más zapatillas? Cualquiera diría que eres una adicta. —Las dos soltamos unas risitas falsas.

Como todo hijo de vecino con un empleo, recibía las compras online en el trabajo. Brianna no tenía nada que envidiarle a un conserje personal. Ted no lo aprobaba: nuestra vida personal no debería mezclarse con nuestra vida profesional. Si alguno de mis patitos se topaba conmigo abriendo cajas con alegría y chillando encantada, costaría mantener su respeto en el grupo.

Pero ¿cuál era la alternativa? ¿Llegar a casa del trabajo y encontrarme una tarjetita con las temidas palabras: «Recoger en almacén»? Va a ser que no.

A pesar de la decepción, seguí con mi jornada y, alrededor de las cinco de la tarde, estaba en mi despacho pasando las notas diarias a ordenador cuando me sonó el teléfono. En cuanto vi quién llamaba, casi se me para el corazón. ¿Qué demonios…? Joey. ¿Joey el Cascarrabias? ¿Por qué…? Jamás me llamaría para tener una charla amigable conmigo.

Pero, mezclada con la sorpresa, estaban la curiosidad y —de locos— la esperanza. El corazón me palpitaba en los oídos cuando respondí.

—¿Joey?

—¿Eres tú, Rachel? Escucha, ayer se murió la madre de Luke. Está de camino a casa. El funeral es el viernes.

—¿Luke? ¿Qué…? ¿Cómo…? —Tenía tantas preguntas. ¿Qué tal le había ido en los últimos seis años? ¿Había vuelto a casarse? ¿Tenía hijos? —. ¿Cómo…? —tartamudeé—. ¿Cómo está él?

—Acaba de morir su madre. Así está, Rachel. —Luego me colgó.

En sus mejores momentos, Joey nunca habría ganado un concurso de mister Simpatía, pero aquella hostilidad…

Me temblaban tanto las manos que tuve que sentarme encima de ellas. ¿De verdad había ocurrido? ¿Acababa de llamarme Joey? Por un momento me preocupó habérmelo imaginado.

—¿Estás bien? —Murdo me miró con atención.

—Hummm. —Me noté los labios entumecidos—. Muy bien. Son solo… cosas.

—¿Seguro?

Asentí en silencio. Me sobrevino una oleada de emociones: pérdida y añoranza y… sí, ira, y pese a que probablemente era mejor que no viese a Luke, sabía que seguía queriendo verlo.

¿Por qué me había llamado Joey? ¿Porque se lo había pedido Luke?

No parecía muy probable.

A menos… que ¿sí?

¿Debía ir al funeral? ¿O mantenerme alejada? Tiempo atrás, había sentido mucho cariño por la señora Costello, pero no habíamos mantenido el contacto.

Esperé a ver si la amable voz de mi cabeza tenía algo útil que aportar. Pero lo único que había era silencio.

«¿De verdad? —pregunté—. ¿En serio?».

Y nada. Así que estaba sola con eso. ¿Tal vez debía fingir que aquella llamada no había tenido lugar? Limitarme a seguir con mi vida hasta el lunes, el martes quizá, cuando fuera que Luke saliera de nuevo del país y se marchara a casa.

Pero ¿y si me arrepentía? ¿Si perdía la oportunidad de verlo? ¿O me sentía culpable por no presentar mis respetos a una mujer decente que había sido buena conmigo?

No me había sentido así de trastocada en… madre mía, literalmente no era capaz de recordar cuánto tiempo. Lo correcto era llamar a Nola, mi madrina y la Mujer más Sabia que Conocía, limpia y serena desde hacía casi veintisiete años.

—¿Qué pasa, amor?

—Luke.

—¿Qué pasa con Luke? No, no me lo digas, vente para acá. ¡Conduce con cuidado!

Media hora más tarde, estaba aparcando delante de la bonita casa de ladrillo rojo de Nola.

Por increíble que pareciera, habían pasado veinte años desde que yo misma había sido paciente en The Cloisters y ella había venido a contar la historia de su recuperación de la adicción. Con sus bonitas mechas, su pequeño deportivo y un trabajo impresionante, pensé que sería una actriz contratada por el centro de tratamiento.

Sin embargo, cuando dejé la rehabilitación, descubrí que Nola era una adicta de verdad. Pero no consumía, estaba feliz y lo bastante fuerte para capear todas las tormentas emocionales. Deseé ser exactamente como ella, así que me acogió bajo su ala y me ayudó a crecer.

El tiempo que pasé en The Cloisters me había revelado que era una adicta, pero Nola me había convencido de que, sin tomar nada que me alterara el estado de ánimo, podía llevar una vida normal, una vida mejor que normal. De que podía superar emociones desagradables, de que podía aspirar a una relación sana con un hombre, de que podía tener el trabajo que quisiera… Una vida que estaba segura de que era inalcanzable para una persona tan despreciable como yo.

Aparqué y recorrí a toda prisa el camino de entrada de Nola; Harry, su marido, abrió la puerta, pintada con elegancia, y me invitó a pasar.

En mis primeros días en recuperación estaba colada por Harry. Era sencillamente encantador: siempre mantenía una distancia respetuosa pero sin perder una pizca de amabilidad. Yo anhelaba a un hombre igual de bueno que él.

Nola solía decirme que, si aguantaba limpia el tiempo suficiente, yo también conseguiría una vida «con la que no me atrevería a soñar». Costaba

creerlo.

Y aun así, había ocurrido. Todo ello. Incluido un hombre tan encantador como Harry.

Nola me puso una taza de té delante.

—Venga, cuéntame.

No me llevó mucho tiempo.

—¿Y? —pregunté—. ¿Debería ir al funeral?

—¿Joey te ha llamado por su cuenta? ¿O porque se lo ha pedido Luke?

—No se me ha ocurrido preguntárselo, y no pienso volver a llamarlo, tengo algo de orgullo.

—Genial. —Se rio—. Nadie te obliga a hacerlo. Vale, centrémonos en los hechos. Por un lado, Luke y tú tenéis asuntos no resueltos…

—Ah, ¿los tenemos, Nola? Fue hace tanto tiempo… ¿No están…? ¿Cuál es la palabra cuando las cuentas llevan tanto tiempo inactivas que ya no existen? ¿Moribundos? ¿Inertes?

—Tal vez sea tu oportunidad de arreglar parte de aquel desastre.

—Pero ¿y si lo veo y vuelvo a acabar destrozada?

—¿Qué te dice tu voz interior?

—Nada. Silencio absoluto.

Nola hizo una pausa para reflexionar.

—En ese caso, debes guardarlo bajo La Llave de Oro.

—¡No!

A Nola le gustaba demasiado aquel recurso: cuando un problema tiene una miríada de soluciones posibles pero ninguna respuesta clara, metes todo el lío en una caja imaginaria y la cierras con una llave de oro, también imaginaria. Luego no haces nada. Ni siquiera piensas en ello: en cuanto surge en tu mente, lo devuelves a la caja y esperas hasta que el universo te revele la respuesta.

No vuelves locos a tus amigos y hermanas hablando de ello hasta que todo el mundo llora de tedio. No. Te limitas a mantener la boca cerrada y esperas a que pase.

(El razonamiento consiste en que los humanos somos debiluchos que quieren la solución que les proporcione la gratificación más rápida; nos

cegamos de forma deliberada ante cualquier daño a medio plazo. Yo sabía todo esto, solo que no quería oírlo).

—¡Bah, Nola! ¿No puedes decirme qué hacer y ya está?

—No funciona así, y lo sabes.

—Lo siento. Tienes razón. Por supuesto. Sí. Gracias. Lo guardo bajo La Llave de Oro ahora mismo.

A la mierda. Pensaba buscar una segunda opinión. Pero tenía que elegir la fuente con cuidado, así me diría lo que quería oír. Aunque no estuviese segura de qué era.

Mi hermana Margaret era muy clara y simple, imbuida de un profundo sentido del bien y el mal. Ya la oía insistiendo: «¡Tienes que ir a ese funeral! Fue tu suegra… ¡Ten un poco de decencia!».

Mi madre se mostraría de acuerdo, pero solo porque a ella le encantaban los funerales, comprobar con los ojos brillantes la calidad del ataúd, la sensiblería de los himnos y el entusiasmo de los llantos. Aunque disfrutaba de buena salud, siempre estaba planificando su propia despedida («¡Los himnos más tristes que encontréis!»), y estaba obcecada en una cosa: «A mí no me vengáis con esa tontería de “celebrar la vida”. ¡Quiero que la gente llore a lágrima viva!». Había un ataúd, caro y de madera noble, reservado. («No me compréis una de esas cosas endebles de mimbre. Sé de un hombre que se escurrió, ¡se escurrió!, y cayó al suelo de la iglesia cuando lo cargaban por la nave. Y no llevaba pantalones puestos, ni calzoncillos, solo la camisa y la chaqueta. No dejéis que a mí me pase eso»).

Helen me diría que no tenía por qué ir. «¡Que le jodan! —exclamaría con la voz cargada de desdén—. ¡No le debes nada a Luke Costello!».

¿Anna? Tenía una fuerte inclinación por la pantomima esotérica. Probablemente estaría de acuerdo con Nola.

¿Claire? Costaba saber de qué lado se pondría ella.

¿Mi padre? Si es que se atrevía a expresar una opinión, nadie le prestaba nunca atención.

¿Mi mejor amiga, Brigit? Ella seguro que habría estado ahí para esto, pero estaba muy ocupada. Madre de tres chicos, de quince, catorce y diez años, y de una niña de ocho, vivía en lo más remoto y precioso del norte de Connemara. Trabajaba desde casa (pero, Dios mío, menuda casa), y su

trabajo se describía como parcial, pero las horas parecían aproximarse sospechosamente a tiempo completo.

La forma de proceder con Brigit sería enviarle un mensaje despreocupado. Así, si le gustaba cómo sonaban las cosas, podía implicarse y, si tenía demasiado encima, podía pasar.

Di un abrazo a Nola y volví a toda prisa a mi coche; había decidido que se lo consultaría a mis hermanas. Al menos así exploraría todas las opciones posibles.

Saqué el móvil y —espeluznante— en ese preciso momento me llegó un mensaje de Claire.

> Necesito hablar contigo. Dilema.

Contesté:

> Yo también tengo un dilema. Voy a convocar una reunión para las ocho de la tarde. ¿Estarás?

> Sí —dijo—. Aunque mi dilema es privado. Necesito una previa contigo.

Nuestras reuniones familiares normalmente tenían lugar en casa de nuestros padres, porque vivían a la misma distancia de mis hermanas y de mí. Pero Claire y yo organizamos nuestra previa furtiva para las siete cuarenta y cinco.

Luego mandé un mensaje al chat del grupo de la familia Walsh:

> Esta tarde a las ocho en casa de papá y mamá. Necesito consejo. Se ha muerto la madre de Luke, ¿debería ir al funeral?

Mi móvil estalló enseguida con los mensajes, wasaps, audios… como internet cuando Beyoncé saca un álbum sorpresa. Todas mis hermanas se apuntaron a la reunión, excepto Anna, que llamó para despotricar sobre el inconveniente de vivir en Nueva York (y que me aconsejó «que el universo te ayude»).

Lo siguiente que hice fue llamar a mi madre, para comprobar que estaría en casa. Aunque no estuviera, nos reuniríamos allí, comeríamos galletas y asustaríamos a papá.

Me saludó con un:

—¿Rachel? Qué bien que hayas llamado. Podría haber estado hecha un guiñapo en el suelo en medio del salón, muerta desde hace cuatro días, y nadie se habría dado cuenta de que faltaba.

Llamaba a mi madre todos los días, al igual que Margaret; mi madre vivía con otro adulto, mi padre; jugaba al *bridge* como doce veces a la semana; se pasaba cuatro horas diarias al teléfono con sus amigas, quejándose de cosas… Estaba más sana y tenía más vida social que yo.

—¿Vas a estar en casa esta noche? —le pregunté.

—¿Por qué? —Levanté sus sospechas al instante—. ¿Qué quieres? ¡Escúchame bien! No pienso cuidarte el perro, ni coserte el bajo de la falda ni prestarte el coche. Yo también tengo una vida, ¿sabes?

—Lo que estoy buscando es consejo.

—Cómpralo.

—¿Que compre qué? No, mamá, no es eso lo que…

—Tú cómpralo, sea lo que sea. La vida es demasiado corta. Ese es mi consejo.

—Estaré ahí sobre las ocho.

—Ya hemos cenado. Salchichas sin gluten.

—¿Desde cuándo sois celíacos?

—¡Ja! No lo somos. Solo estamos en plan aventurero. La verdad, no notarías la diferencia. La semana que viene quizá probemos el cheddar vegano.

Pasé zumbando por casa para dar de comer a Crunchie, que se puso eufórica —siempre actuaba como si hubiese desaparecido y me hubiesen dado por muerta unos trescientos años antes—, y volví a marcharme para ver a Claire. Como una tonta, llegué puntual y aparqué cinco casas más abajo de la de mis padres. Siete minutos más tarde, el coche de Claire rebotó en los badenes. Antes incluso de que pegara un frenazo que me taladró los oídos, su ventanilla eléctrica estaba abriéndose con un chirrido y sus exquisitas uñas, de un gris crema, me hacían señas para que me acercara.

Se negaba a subirse a mi coche. No funcionaba la calefacción y lo encontraba deprimente.

La noche era neblinosa. Corrí pegada a la pared, con la esperanza de evitar a los vecinos, y me colé en su Audi, cálido, fragante y con tapicería de cuero.

—Qué bien huele —dije.

—Diptyque —aclaró—. Tubéreuse. Ahora también tienen ambientadores de coche.

Típico de Claire, siempre al frente de la vanguardia de la moda. Siempre buscando, husmeando entre marcas nuevas: de cuidado de la piel, de bolsos, de estilo de vida. ¡Lectora fiel de la revista *Porter*! ¡Sin ningún miedo a gastar dinero!

Me dio un abrazo rápido.

—¿Llego tarde? Vaya, sí que es tarde. Bueno, ¿estás bien?

Llevaba el pelo, de un tono castaño de moda, recogido en un fabuloso moño francés bajo, tenía la piel resplandeciente y, aunque no sabía qué edad aseguraba tener por ese entonces, daba el pego.

—Tu cara. —Volví a mirarla—. ¿Adónde han ido tus poros? Es increíble.

—Me he hecho algo.

Siempre estaba haciéndose algo. Su frase favorita era: «No pienso caer sin luchar». (Esa o: «Pónmelo cargado»).

Se ganaba a pulso ese aspecto tan estupendo. Tenía entrenador personal y —algo crucial— acudía a las sesiones, en lugar de mandar un mensaje diez minutos antes de que empezara fingiendo que le dolía la garganta irritada (lo que yo había hecho las pocas veces que me había apuntado). El único carbohidrato que pasaba por sus labios era el vodka, y era una habitual de Goop, donde compraba obedientemente sus polvos de cuerno de unicornio o lo que fuera lo último que se llevara. Su único punto ciego era una debilidad por el autobronceador, pero, a ese respecto, no había forma de que entrara en razón. Todo el mundo tiene sus flaquezas.

Estaba tan dedicada a su aspecto juvenil que no le gustaba que la vieran en público con Margaret, que era más joven que ella, porque Margaret había «envejecido con elegancia» (en palabras de Margaret). O «se había ido al garete por completo» (en palabras de Claire).

El campo de batalla de las dos era el pelo de Margaret. Había dejado de teñírselo unos años antes, pero, en mi opinión, había salido ganando, porque para entonces había adoptado un tono plateado increíble. Creo que en realidad estaba más guapa que a los veintitantos.

A veces me planteaba hacer lo mismo; la libertad resultaba atrayente. Solo de pensar en todo el tiempo y el dinero que me ahorraría… Y aún más importante, considerar toda la energía emocional que me ahorraría; los últimos diez días antes de arreglarme las raíces eran duros.

—¿Te dolió? —le pregunté a Claire—. ¿Eso que te hiciste?

—Ay, ¡sí! Incluso después de seis analgésicos.

—¿Seis? ¡Claire!

Y ahí tenéis al menos dos de las diferencias entre Claire y yo: a mí también me gustaría tener la piel sin poros, pero no estaba lista para sufrir por ello. En lugar de eso, me gastaba una fortuna en sérums, investigando constantemente. Era una de mis numerosas microobsesiones.

La tragedia de todo esto estaba en que nuestra segunda hermana más pequeña, Anna, tenía El Mejor Trabajo del Mundo, como ejecutiva en McArthur on the Park, una empresa de relaciones públicas que representaba a algunas de las marcas de cuidados de la piel más emocionantes del planeta.

A efectos prácticos, significaba que teníamos un acceso de vértigo a productos gratis. Y aun así, no era capaz de dejar de comprar. Las cosas gratis siempre son agradables. Pero no hay nada más atrayente que Nuevo y Excitante. O Más.

La segunda diferencia era que Claire cambiaba de estado de ánimo con un abandono feliz y nunca desarrollaba ninguna dependencia: era una bebedora entusiasta y tenía todo un alijo de pastillas al alcance de la mano.

¿Yo, en cambio? Yo había ido a rehabilitación veinte años antes por una afición excesiva a la cocaína y otras drogas. Era lo mejor que me había ocurrido nunca y para entonces llevaba una vida normal y feliz, siempre que me mantuviera alejada de cualquier «alterador del estado de ánimo». Lo que significaba que nada de codeína, ni el Xanax ocasional para la ansiedad; nada en absoluto, ni siquiera alcohol.

Esto desconcertaba a mis «seres queridos» (mis hermanas y mis padres). El alcohol no había supuesto un gran problema para mí tiempo atrás, había sido todo lo demás. Pero era capaz de engancharme a las tortitas de arroz. Al agua del grifo. Al tofu, a la pintura de color magnolia, al brillo de labios *nude*, a la coliflor hervida… a cualquier cosa. Daba igual lo anodino, lo ordinario que fuera; podía engancharme. Así que nada de alcohol para Rachel.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Claire.

—Mejor nos lo guardamos para cuando estemos dentro. Cuéntame qué te pasa a ti.

Apretó los labios.

—¿Conoces a Adam?

¿El hombre con el que estaba desde hacía veintitrés años?

—Eh…

—¿Y conoces a nuestros amigos, Piet y Beatriz?

—Hummm. —No hacía mucho que trataban con ellos, pero al parecer Claire y Adam los veían a menudo. Eran un poco ostentosos. Muy Claire. Sin ánimo de ofender.

—Pues resulta que son *swingers*.

Ah, allá vamos. Lo que me sorprendía en realidad era que Claire no hubiese probado el intercambio de parejas mucho antes.

Me armé de valor.

—No juzgo a nadie. —Mi marca personal era: «En recuperación, pero muy divertida todavía»; era importante parecer despreocupada ante todas las elecciones de estilo de vida por si dejaban de invitarme a cosas. La gente ya se sentía incómoda en mi presencia cuando quería emborracharse y yo me quedaba ahí sentada mareando una Coca-Cola *light*. Me esforzaba mucho para no mirar mal a nadie, nunca.

Pero lo cierto es que eso lo juzgaba, y mucho. Partiendo del hecho de que no me gustaría hacer un intercambio de pareja con Piet: era demasiado grande, se afeitaba la cabeza y llevaba gruesos anillos de oro.

—Quieren, ya sabes, hacer intercambio con nosotros. A Beatriz le gusta Adam, y yo le gusto a Piet.

Bueno, eran todos adultos.

—Piet quiere salir conmigo. Y Beatriz, sí, saldría con Adam.

¿«Salir»? Me había imaginado lo del intercambio de parejas como algo más generalizado, todos pifiándola con todos, como críos en una piscina de bolas. Pero ¿«salir»? Eso sonaba mucho más… íntimo.

¿A menos que «salir» significase «cabalgar»?

—Piet se lo propuso a Adam. Adam le mandó a la mierda. Pero yo… ya sabes, creo que sí que quiero.

—No puedes obligar a Adam a hacer intercambio de parejas si no quiere.

—… yaaa. ¿Quizá debería tener un rollo con Piet sin más? Siempre me está lanzando miradas cachondas y diciendo cosas como: «Si no supiera que Adam iba a estrangularme…». Es sexy.

—Tener un rollo con Piet no es lo mismo que hacer intercambio. —Y luego añadió—: Claire, ¿estás segura de que quieres ser *swinger*? A mí me parece que te gusta Piet y punto.

Resopló.

—Me gusta de verdad. En las ocasiones en que practico sexo con Adam, finjo que es Piet.

Para gustos, colores. En mi opinión, Adam era de los que quitaban el hipo. Alto y grande, pero no en plan rollizo como Piet. Y era perfecto para Claire. Los dos eran inmensamente sociales, muy divertidos y decían que sí a todo, al menos a todo lo que implicase alcohol y más gente. Costaría encontrar una pareja más perfecta.

—Adam se disgustaría si tuviese una aventura a escondidas…

—¿Tú crees?

—Pero si fuésemos *swingers*, sería todo a plena luz.

—Escúchame, Claire. El intercambio de parejas está genial si todo el mundo está en la misma onda. Adam y tú tenéis que hablar de esto. Y recuerda: Adam y tú tenéis algo bueno. Es raro y maravilloso. En serio, no sabes la suerte que tienes.

—¡Ah, para! No hace falta que te pongas tan seria. Solo dime qué hacer. Eres sabia. —Me dio un codazo en broma—. ¿Sí o no? Venga, va, ¡di que sí!

—Vale. —Suspiré—. Voy a decirte qué hacer exactamente.

Se le iluminó la cara.

—¿Sí? —preguntó ansiosa.

—Guárdalo bajo una llave de oro.

—¡NOOOOOOO! —Y añadió—: Jesús, viene Margaret, con su anorak catastrófico. No digas nada.

Claire y yo bajamos del coche mientras Margaret nos dirigía una mirada herida desde el interior de la capucha de nailon azul.

—Cabría pensar que, a estas alturas, me habría acostumbrado a que me dejarais al margen —dijo mientras las tres atravesábamos a toda prisa la neblina extrañamente húmeda hasta la puerta de la casa de nuestra madre, con Claire cubriéndose el maravilloso pelo con su bolsito de Bottega—. Pero sigue doliendo.

Por suerte, ese fue el momento en que las botas altas de cuero de Claire resbalaron en la acera empapada y salió volando hasta el seto de la señora Kilfeather. Para cuando hubo acabado la diversión, mamá nos apremiaba a pasar al recibidor.

—Entrad, entrad —dijo, girando el brazo—. Antes de que nos ahoguemos todos.

—Hay que lijar las suelas de las botas —dijo Margaret—. Si no quieres resbalar.

—Tienes razón. Hay que hacerlo. Yo lo haría, pero es que son Louboutins. —Esa era la versión de Claire de una disculpa.

—Quitaos esos abrigos y zapatos —dijo maná—. No se os ocurra traerme la lluvia a mi Salón Bueno.

Margaret colgó obedientemente el anorak en el pomo del final de las escaleras, yo arrojé mi abrigo encima, pero Claire se negó a quitarse el suyo.

—No es un abrigo, es un vestido camisero.

De nuevo, típico de Claire. Podías ver una sesión de fotos de una revista, pongamos que de una mujer con un vestido camisero, de organza, hasta el suelo, sobre unos pantalones de campana y un jersey ceñido de punto fino, y pensar: «Qué bonito, pero ninguna persona normal se lo pondría nunca». Bueno, pues Claire se lo pondría.

—Vestido camisero, abrigo camisero, llámalo como quieras —replicó mamá—. Sigue estando mojado. Quítatelo.

—¡Madre mía! —exclamó Claire, pero obedeció.

Las tres asomamos la cabeza en la salita de la televisión para saludar a papá. Él alzó la vista con inquietud, como un tejón que observara desde dentro de su madriguera.

—¿Qué está pasando? —Se apretó su amado mando a distancia contra el pecho.

—Reunión al más alto nivel.

—Mierda. —Miró el televisor con anhelo. Golf, por lo que pude ver—. ¿Me necesitáis?

Habría sido cruel interrumpir su sesión de tele.

—Solo dime una cosa: ¿debería ir al funeral de la madre de Luke?

—¿Ha muerto? Qué pena, era una mujer encantadora. ¿Quién te lo ha dicho?

—Joey. Me ha llamado. Así, de sopetón.

—¿Te ha llamado Joey el Cascarrabias? Ya veo. —Hizo una pausa—. Mira, mi opinión por aquí no cuenta para nada. —Lo dijo sin una pizca de resentimiento. Nuestro pobre padre hacía mucho que había aceptado su posición en el último escalón de la jerarquía familiar—. Pero a mí me parece que deberías ir. Si puedes afrontarlo, vamos.

—¿En serio? Vale. Gracias, papá. Mira, en ese caso, quedas exonerado de tener que asistir a la reunión.

—Dios, qué bien. —Se le veía lastimosamente agradecido. Y añadió—: ¿Te has enterado de lo de nuestras salchichas sin gluten?

—Sí, me han dicho que no las habríais distinguido. Y…

—¡La semana que viene, queso cheddar vegano!

—¡Aquí está Helen! —chilló mamá, que abrió la puerta a una criatura menuda y empapada, vestida de negro de los pies a la cabeza. Su silueta era la de una niña de doce años.

—¡Necesito una toalla! —Se bajó muy deprisa la cremallera del impermeable largo y se quitó la capucha con tal fuerza que las gotitas salieron volando en todas las direcciones—. ¡Eh, vieja! —Chasqueó los dedos—. Tráeme una.

Mientras nuestra madre desaparecía tan tranquila escaleras arriba para cumplir sus órdenes, Helen le gritó a la espalda:

—¡Nada rosa ni floreado!

Helen tenía una lista larguíííísima de cosas que odiaba tanto que podría partirles la cara con una pala (lo que, aunque quizá no fuera sorprendente, recibía el nombre de Lista de Palazos). Los diseños floreados y el color rosa se contaban entre las numerosas cosas que figuraban en ella.

—Voy a por la ginebra. —Margaret se escabulló hasta la cocina y volvió con un litro de ginebra Aldi, una botella de tónica y una selección de vasos desparejados. Nada para mí, pero estoy acostumbrada. Aun después de todos estos años, siguen actuando como si el hecho de que esté limpia y sobria sea un capricho temporal.

Una vez servidas las copas y estando en la sala, con Helen ataviada con un turbante gigante (toalla amarilla), conté mi historia. Las respuestas eran las previstas.

«Pues claro que vas a ir». (Mi madre).

«Tienes que ir». (Margaret).

«¡¿Estás loca?! ¡No tiene por qué ir!». (Helen).

Claire fue la única que preguntó:

—¿Tú qué quieres hacer?

—Sé que me dolerá, pero quiero ir. Creo.

—¿A qué viene tanta historia? —preguntó Margaret—. Has conocido a otro. Quin y tú formáis una pareja sólida. —Luego se lo pensó—. Pero ¿por qué no te vas a vivir con él?

—Porque… si me mudase a su casa y las cosas saliesen mal, tendría que volver a mudarme.

—¿Por qué iban a salir mal? Estás castigando a Quin por lo que hizo Luke. —Con suma perspicacia, Margaret era capaz de ir directa al fondo de una situación enrevesada—. Estás atrapada.

A veces Nola decía lo mismo.

—¿Me das algo para el dolor de cabeza? —preguntó Helen.

—Un buen golpe con un palo, te daba yo —contestó nuestra madre, y ambas estallaron en carcajadas. Luego añadió—: Margaret, ve al frutero y coge unas pastillas para tu hermana.

Yo había estado dándole vueltas a una pregunta.

—¿Creéis que Joey me ha dicho lo del funeral en un alarde de bondad?

Esto provocó una respuesta enérgica y unida.

«¿Joey el Cascarrabias? ¿Joey Armstrong? ¡Ese no tiene una pizca de bondad! ¡Es uno de los hombres más horribles que he conocido en la vida!». (Dicho por Helen. Con admiración).

—¿Y si tal vez se lo ha pedido Luke? —dijo Claire.

En cuyo caso…

—Puede que vaya. No me juzguéis, pero quizá sea bueno que retomemos el contacto. Fue terrible cómo acabó…

—Eso fue culpa suya —interrumpió Helen.

—Pero fuimos felices tanto tiempo… ¿No deberíamos ser civilizados al menos?

Margaret había regresado cargada con el frutero, que estaba hasta arriba de cajas de comprimidos, frasquitos con pipeta, tubos de pomada, tres plátanos ennegrecidos y una mandarina arrugada.

—Tienes de todo. ¿Puedo quedarme este tubo de antiinflamatorio? Hay tres.

—Tú misma, sírvete.

—Dolor de cabeza —le recordó Helen.

—¿En comprimido, cápsula o soluble? ¿Aspirina, ibuprofeno, codeína…?

—Sorpréndeme.

—Si Rachel va a ir al funeral —anunció Claire—, necesitamos un plan. —Era una gran estratega, mandamás de una organización de beneficencia, lo cual a menudo llevaba a la gente a pensar que tenía buen corazón. Error garrafal. Claire podía despedir al personal sin perder el sueño de una semana por la culpa y se cabreaba muchísimo si la recaudación del Día Mundial de la Lucha contra el Sida era una decepción. («¡Serán capullos esos voluntarios! Lo único que tenían que hacer esos vagos era quedarse plantados bajo la lluvia, meneando un cubo en la cara de la gente; tampoco hay que ser una lumbrera»).

Tras someterme a una evaluación desapasionada, Claire se mostró considerada:

—Tienes buen aspecto. Ese peso que perdiste, creí que quizá lo recuperarías ahora que vuelves a ser feliz, pero, la verdad, no lo has cogido otra vez.

Solo Claire podría convertir el mayor trauma de mi vida en algo positivo.

—¿Podría ponerse bótox? —preguntó mamá.

—¡Ya llevo bótox! —Aunque ni de lejos estoy tan mal como Claire, yo también tengo mi amor propio.

—¿Dónde? —Mamá se abalanzó sobre mi cara—. ¡Si puedes mover las cejas!

—El bótox ha mejorado. Las frentes congeladas son cosa del pasado.

—Y, entonces, ¡¿cómo va a saber la gente que lo llevas?!

—¡Eh! —exclamó Claire—. ¡Bonitos pendientes!

Ya estaba tardando. Vale que llevaba el pelo largo y lo bastante suelto para camuflarlos, pero Claire tenía instinto para el lujo. A primera vista, no eran más que unos triángulos de metacrilato. Lo que los hacía especiales era que cada uno llevaba incrustado un diamante nada desdeñable.

—Mírame. —Claire me estaba pasando el pelo por detrás de las orejas, acercándose para ver mejor—. Madre mía. —Resolló—. ¿Quin?

Pues claro, Quin.

También tenía encima a Helen y a Margaret, que trataban de echar un vistazo.

Giré la cabeza a un lado y al otro para que los vieran bien, luego me pidieron que me quitara los pendientes para someterlos a un examen exhaustivo.

—¿Los diamantes son… de verdad? —El tono de Helen era de escepticismo.

—¿Por qué iban a meter un diamante en un trozo de plástico naranja barato? —Margaret parecía lo bastante confundida para llorar—. No entiendo en absoluto el gusto de Quin.

A veces coincidía con ella. Quin era la leche. No le importaba demasiado que los regalos debían ser del gusto del que los recibía, o eso se suponía. Normalmente le bastaba con que algo le llamara la atención a él —

y su gusto era particular y con matices, no apto para todo el mundo— para sacar la tarjeta de crédito.

—Son horribles —dijo mamá.

—Para nada. —Claire fue tajante—. Quin es muy guay. ¿Cómo se llama el joyero? Mándamelo cuando lo sepas, así averiguo lo que valen.

—¡Oh, sí! —exclamaron las otras tres.

A veces Quin acertaba de pleno: una pulsera de los cincuenta hecha con trozos de Lucite azul era una de mis preferidas. Pero ¿aquellos pendientes de metacrilato? Con diamantes o sin diamantes, yo nunca los habría escogido. Los llevaba porque Quin me importaba.

—Pues esto es lo que vas a hacer —dijo Claire—. Ve con Quin. Entra tan campante de su brazo en la iglesia.

—¡Es un funeral! —le espetó mamá—. Nadie va a entrar tan campante en ninguna parte. No vayas con Quin.

—No —convino Margaret—. Sería inapropiado.

—¡Luke la dejó! —exclamó Helen—. ¡Rachel puede hacer lo que le dé la gana!

—De todos modos, Quin está en Nuevo México —intervine—. No vuelve hasta el domingo.

—¿Quieres que te acompañe yo? —me preguntó mamá.

La respuesta era no. Pero ¿cómo se lo decía?

—Chicas —dijo ella con una inquietud repentina—, no os paséis con el pintalabios mientras yazca en mi ataúd.

—Yo lo siento, pero no puedo ir —dijo Margaret—. Ya no me quedan vacaciones hasta julio.

—Yo tampoco —añadió Claire—. Reunión importante. Lo siento.

Nos volvimos todas hacia Helen, que pareció incómoda.

—Yo tengo algo —dijo.

—¿El qué? ¡Eres tu propia jefa!

—No es trabajo. —Helen lanzó una mirada gélida a mamá—. Y no puedo aplazarlo.

Fue como arrojar una cerilla prendida en un bidón de gasolina. Había despertado la curiosidad general al instante. Mis hermanas, mi madre y yo nos metíamos demasiado en la vida de las demás.

—¿Te llevan a juicio? —preguntó mamá—. ¿Por agresión? ¿Por acoso? ¿Por allanamiento de morada?

—No. No. No. Y no. Puedes seguir preguntando, pero vas a gastar saliva en balde.

—¿Vas a casarte? —inquirió mamá esperanzada—. ¿Por fin se ha decidido Artie a hacer de ti una mujer decente?

Me interesaba muchísimo oír su respuesta. ¿Sabes cuando no entiendes algunas relaciones? Bueno, pues ese era el caso de Helen y Artie. Para mí hacían mala pareja, de un modo desconcertante. Helen siempre andaba buscando problemas: decía lo que pensaba, lo cambiaba con frecuencia y era propensa a los rencores repentinos y apasionados. Artie —un hombre sumamente inteligente que trabajaba en control financiero— era tranquilo, sereno e inalterable. Apenas hablaba, y a Helen, según decía, ya le iba bien porque no estaba con él por sus aptitudes para conversar, sino por su pericia entre las sábanas.

Era comprensible, Artie era extraordinariamente atractivo: enorme, de espalda ancha, con el atractivo dejado, muy rubio y los ojos azules de un vikingo.

Helen había dejado escapar un par de cosas por las que intuía que Artie no le toleraba disparates. Bueno, no demasiados. No podía decirse que la hubiese domado, pero probablemente era el primer novio que tenía al que no había destrozado con su tendencia a romper cosas bonitas.

Helen sonrió con suficiencia.

—No voy a casarme. Nunca, vamos.

—Sea lo que sea —dijo Margaret con tono amable—, nos lo contarás cuando estés lista.

—Sí. Os lo contaré. —Y Helen se sonrojó de verdad.

Contemplamos asombradas cómo iba subiendo el rojo por su cara, bonita y felina.

—¿Tiene que ver con Tu Mejor Amiga, Bella Devlin? —saltó Claire.

Bella Devlin era la hija pequeña de Artie y había sido la mejor amiga de Helen desde que Bella tenía nueve años y Helen, treinta y tres. (Para entonces Bella ya había cumplido los quince). Un comportamiento tan poco

ortodoxo era típico de mi hermanita, pero fue un alivio que al menos tuviera una amiga.

—No metas a Bella Devlin, Mi Mejor Amiga, en esto —dijo Helen.

—¡Cuéntanoslo! —le ordenó Claire.

—No.

—Flores. —Nuestra madre había perdido interés—. Quiero montones de flores. Quiero una corona que diga ABUELITA de parte de mis nietos. Pintaúñas rosa brillante y mi rosario bueno, el nacarado que me trajo el padre Fergus de Fátima, enroscado entre los dedos…

Claire estaba tecleando en su móvil.

—Rachel, Kate no tiene trabajo en Blossom Hall el viernes, podría acompañarte.

—A menos… —Miré a Helen—. ¿Trabaja contigo el viernes?

—A veeeeeer. —Helen lo pensó un momento—. Venga, vale, puede tomarse la mañana libre.

—Más te vale no estar dándole todos los trabajos chungos —le dijo Claire a Helen.

Esta pensó otro momento.

—Bah, le va genial. Nada demasiado… peligroso.

—En realidad creo que debería ir a ese funeral —dijo mi madre—. En señal de respeto. Era mi homóloga en el matrimonio Walsh-Costello.

Mi madre, sin embargo, la había tomado con la pobre Marjorie Costello casi desde el primer minuto.

Nunca lo habría reconocido, pero por aquel entonces había decidido que, dado que el padre de Luke, Brian, era un simple electricista —comparado con Papá Walsh, el contable—, los Walsh eran, de alguna forma, mejores que los Costello.

No cambiaba nada el hecho de que tanto Mamá como Papá Walsh procedieran de familias humildes y de que Papá Walsh hubiera obtenido su título gracias a un curso por correspondencia en lugar de haber estado cuatro años paseándose libre y despreocupado con su trenca por Trinity College como un jovencito privilegiado.

Por una vez en su vida ansiosa y obsesionada con el estatus, mi madre había disfrutado de su posición como jefaza.

Hasta que los Costello nos invitaron a cenar. La pobre mamá se había pavoneado preparada para mostrarse generosa sobre su pequeña y humilde morada… hasta que papá aparcó delante.

—¿Esto? —había preguntado, mirando con una sorpresa teñida de envidia la casa, bonita y ordenada.

Sí, era un adosado de las afueras, pero ostentaba doble acristalamiento, flamantes canalones y una puerta de entrada de fibra de vidrio.

Una vez dentro, los metros cuadrados la dejaron pasmada. Una gran ampliación en el espacioso jardín de atrás había resultado en una terraza interior y una cocina enorme y llena de luz. El ático, reformado, sumaba otros dos dormitorios, ambos con armarios empotrados y baño privado.

Y, lo que era aún peor, se apreciaba el excelente trabajo por todas partes: las puertas colgaban rectas, se cerraban con facilidad y sin ningún ruido, los interruptores no producían ligeros chispazos y podías pasar la mano por las barandillas sin dejarte la piel con astillas sueltas.

Mi madre no paraba de tragar saliva. Cuando la señora Costello apareció con un surtido de bonitos pasteles y tartitas, tartamudeó unas palabras acerca de que debían de haberse pasado el día cocinando.

La señora Costello se rio de lo lindo con aquello.

—La vida es demasiado corta para hacer quiche. Es todo de The Laden Table.

¡The Laden Table! Mi madre estaba obsesionada con ese sitio. Ansiaba ser como sus amigas, que podían coger el teléfono como si tal cosa y hacer un pedido espontáneo de ternera *stroganoff* para diez personas. Pero a mi madre la refrenaba la vergüenza: estaba convencida de que comprar en The Laden Table era lo mismo que pagar por una serie de anuncios de Facebook en los que confesaba ser una cocinera pésima.

Habían sido unos ochenta minutos duros. Para ser justos, ocurre a menudo cuando dos pares de progenitores se ven reunidos porque sus respectivos hijos se han enamorado. Luke y yo cargamos con el peso de la conversación e incluso mi padre probó a intervenir, pero era tan poco hablador que le costaba arrancar.

Mi madre logró articular alguna que otra frase ahogada.

—Esa alfombra… parece una lujosa bereber de nudo hecho a mano de Gooch. Ah, ¿lo es? Con una rebaja del ochenta por ciento, bueno… preciosa.

De camino a casa, mi madre guardó silencio la mayor parte del trayecto. Cuando cruzábamos el Liffey, de vuelta en el lado sur, murmuró, bajísimo:

—Era como un hotelito. —Y añadió—: ¿Cómo obtuvieron una rebaja del ochenta por ciento en la alfombra? Yo nunca veo más que porquerías en las rebajas.

De vuelta en el presente, dije:

—Mamá, no hace falta que vengas al funeral. Habías perdido el contacto con ella.

Y yo necesitaba verme libre para irme en el momento oportuno sin que me dijeran que era una falta de respeto.

—Ahora que está decidido, necesito consejo. —Claire se levantó y empezó a bajarse los pantalones de campana de última moda.

—¿Qué está pasando? —chilló mamá. La aterraba la piel desnuda.

—Francesca dice que mis rodillas parecen la cara de dos viejas rusas con pañoleta. ¿Es verdad?

Francesca era la hija de diecisiete años de Claire, y apuntaba maneras para dar guerra. Pero podía ser muy divertida y dar en el clavo. Interesada, me concentré en las rodillas de mi hermana. La superficie era irregular, eso estaba claro, pero yo no acababa de ver a ninguna vieja.

—No sé —dijo mamá—. Si miras algo el tiempo suficiente, empiezas a verlo raro.

—Como el hombre que vio a Michael Bublé en una tostada —agregó Margaret.

—Yo sí que veo viejas con pañoleta —aseguró Helen—. Pero no sé si son rusas.

—¿Sabéis que es la monda? —exclamó nuestra madre, obviamente aburrida de las rodillas de Claire—. Si te miras lo suficiente en el espejo, empiezas a parecerte al diablo.

—Bah, da igual. —Claire también estaba aburrida—. No va a impedirme llevar vestidos cortos.

—Vuelve a ponerte los pantalones, buena chica —dijo mamá.

OceanofPDF.com

4

Crunchie se abalanzó sobre mí en una bienvenida eufórica.

—¡Eh, Rachel, estás en casa! —dijo Kate.

—Hola. Hooola, ¿quién es una perra buena? —Mientras Crunchie bailaba alrededor, le froté las orejas—. ¿Quién es una perra buena? ¡Pues tú!

En el salón, Kate señaló su pantalla, que había dejado en pausa.

—Una serie coreana. Es una locura. Pero me encanta. Quizá deberías ver algún episodio. Bueno, ¿te apetece un poco de té? Manzanilla y rosa. —Se había levantado del sofá y estaba ya en la cocina, preparándome una taza —. Ayuda a dormir.

—¿Qué tal tú, mi sobrinita de vida sana? ¿Cómo ha ido la vigilancia hoy?

—¡Bien! Ha aparecido el tipo; tengo un montón de fotos.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Un escenario hipotético? ¿Te importaría faltar al trabajo el viernes por la mañana? —Y enseguida añadí—: Helen dice que puedes cogerte el día libre. Pero no si necesitas el dinero.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de Luke? ¿Mi exmarido? Se ha muerto su madre, el viernes es el funeral…

—¿Quin está fuera y necesitas que te cubran? Me apunto.

—¿Estás segura? ¿No te importa faltar al trabajo? Tal vez Helen te pague de todos modos.

Y ahí entraron nuestras risas falsas, que pasaron a ser reales.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Dos mil doce —dije—. Hace seis años. El día que se marchó. —Incluso recordar la escena, conmigo llorando y suplicándole que se

quedase, me producía náuseas.

—¡Guau! Eso es… —Los veinteañeros suelen pensar que la gente como yo, una mujer en la cuarentena, ha evolucionado y ha dejado atrás todos los sentimientos dolorosos, pero Kate era mejor que la mayoría—. ¿Y cómo fue con todo el rollo legal? Me refiero al divorcio.

—De la mayor parte se encargaron los abogados. A veces su colega Joey hacía de intermediario. Pero Luke y yo no hemos intercambiado una sola palabra.

Mil veces me había muerto por hablar con él, pero Luke había bloqueado mi número, email, todo.

—¿Y no te has topado nunca con él?

—Vendió el negocio y se mudó a Denver, Colorado. Consiguió un trabajo nuevo, tenía amigos allí. Es todo lo que sé.

—Pero… ¿y las redes sociales?

—No. —Tuve que reírme ante su asombro—. Estuvo en Facebook durante un tiempo, por aquellos días, pero apenas, ¿sabes?

Me había bloqueado hasta en eso. Aunque, según Anna, no había subido nada en años, literalmente. Y nunca lo había encontrado en ningún otro sitio. Durante los dos o tres años después de que se fuera, lo había comprobado de forma regular, obsesiva, en Instagram y Twitter, pero siempre salía con las manos vacías.

—Esto podría ser duro para ti. —Kate pensó en ello—. Después de romper con Isaac, yo estuve bien hasta el bautizo del niño de Chloe. En cuanto me enteré de que lo vería allí, me puse de los nervios.

—Sí. Aún no estoy segura de que vaya a ir. —Durante mucho tiempo sentí que nunca perdonaría a Luke. Todo el asunto había sido horrendo y agradecía haberlo dejado en el pasado. Quizá debía permanecer en el pasado.

No sabía si llamar a Quin. El trayecto de Dublín a Taos, Nuevo México, habría traído consigo al menos tres vuelos con sus propios medios. Pero como el cliente les había puesto a él y al arquitecto un avión privado, era posible que ya hubiese llegado.

—¿Rach?

—Quin. —Sentí una oleada de calidez al oír el sonido de su voz—. ¿Qué tal? ¿Habéis llegado bien?

—Dios, sí. —Gimió—. Los aviones privados son geniales. Pero también terribles. Cada vez que viajo en uno, luego tardo meses en readaptarme a la clase normal.

Quin diseñaba sistemas audiovisuales a medida para las casas de gente muy rica. Consideraban que tenía un toque mágico, lo cual, cada cierto tiempo, hacía que se topara con grandes fortunas.

—Esto es increíble —dijo—. Estamos fuera de la ciudad, en el desierto. He subido algunas fotos a Insta, si quieres echar un vistazo.

Accedí a su cuenta y encontré imágenes de una llanura de alto desierto. A lo lejos, de una nada plana, surgía una repentina erupción de granito escarpado, como una catedral hecha de roca en bruto.

—Oh, Quin, es precioso. Bueno, escucha, ¿puedes hablar un momento?

—Claro. —Se puso en alerta al instante—. Solo deja que me vaya a otra… —Se oyeron susurros de movimiento y el sonido de una puerta al cerrarse—. Vale, ya estoy. ¿Qué pasa?

—He recibido una llamada. De un amigo de mi exmarido.

Quin tomó aire de forma audible.

—Su… Luke, quiero decir, su madre ha muerto. El funeral es el viernes por la mañana. No sé si debería ir o no.

—Vale. —Se produjo una pausa—. Rach… —Y luego otra.

Quin lo sabía todo sobre Luke y yo.

Bueno, casi todo.

Una de las cosas geniales de habernos conocido durante un fin de semana en el que nuestra mera presencia era un reconocimiento de que teníamos problemas era que, desde el principio mismo, Quin y yo fuimos directos el uno con el otro. Los primeros días no vi ningún problema en decirle: «Nunca podría querer a otro hombre como he querido a Luke».

«¡Au! —El dolor de Quin había resultado visible—. Que le den a la sinceridad radical».

Pero habíamos sido capaces de reírnos de ello.

Durante un momento, la conexión con Nuevo México cobró volumen y crepitó. Cuando volví a oír a Quin, me preguntaba:

—¿Qué te dice tu «voz interior»?

—De momento, nada. Pero, bueno, ¿a ti te importaría si fuese?

—Si me importase, es cosa mía, ¿no?

—Ja, ja.

—Consúltalo con la almohada. A ver cómo te sientes mañana. Pero —gruñó— más te vale no volver a enamorarte de él.

—No lo haré.

OceanofPDF.com

5

Apagué la luz con la esperanza de poder dormir. Sin embargo, bajo los párpados, tenía los ojos como platos. Me retrotraje en el tiempo, a más de veinte años antes, cuando Brigit y yo vivíamos en Manhattan.

Había una pandilla de chicos irlandeses a los que solíamos ver por ahí. Todos de alrededor de un metro ochenta, con el pelo larguísimo, vaqueros ajustados, muy ajustados, y abundantes accesorios en torno al cuello y las muñecas, parecían miembros de una de esas bandas de rock de vida desenfrenada de principios de los setenta.

Bebían Jack Daniel's, que llamaban JD, no era raro verlos con chaleco de cuero o una chaqueta vaquera sobre el pecho desnudo, y siempre iban acompañados de rubias flacas tipo groupie chic.

Muertas de la vergüenza por que fuesen irlandeses, y aterradas por que la gente guay de Nueva York cuya aprobación anhelábamos nos metiera en el mismo saco que a ellos, Brigit y yo, rebosantes de ironía, los habíamos bautizado como los Hombres de Verdad.

Pero cuando, inevitablemente, empezamos a hablar con ellos resultó que eran encantadores. Fue un alivio hablar con hombres divertidos y medio normales.

Era la época en que Brigit y yo peinábamos la ciudad de Nueva York en busca de novio. Yo esperaba encontrar a alguien escultural, sexy, con un buen sueldo y que produjese respeto. De hecho, tanto respeto que, por el mero hecho de ser su novia, yo también generase un poco.

Esencialmente, estaba buscando a un salvador. Pero mi salvador llegaba con un retraso incomprensible, así que, mientras mataba el tiempo, acabé teniendo una especie de rollo apasionado pero turbulento con uno de los Hombres de Verdad: Luke Costello.

Lo de turbulento fue cosa mía. Con su pelo largo y tan brillante como el ala de un mirlo, y su cuerpo duro y atlético, Luke tenía un polvazo. Me gustaba pasar tiempo —mucho tiempo— en su cama, pero no que me vieran en público con él (en serio, entonces era terrible). Acabó por agotársele la paciencia al tiempo que yo me estrellaba, me quemaba y acababa en rehabilitación en Irlanda.

Casi un año y medio después, cuando una nueva yo, limpia y sobria, volvió a Nueva York para arreglar las cosas con Luke, enseguida quedó claro que la conexión que habíamos tenido seguía estando ahí.

Y éramos tan felices, concentrados los dos en Hacer las Cosas Bien Esta Vez. Aunque trabajábamos a tiempo completo, empezamos a estudiar por la noche; ni él ni yo habíamos llegado a la universidad, pero estábamos deseando «superarnos». La cosa se puso interesante de verdad cuando inicié la «conversación sobre los niños».

—Luke, ¿tú quieres tener niños? ¿Hijos?

Guardó silencio un momento.

—Ahora mismo, no.

—¿Hasta qué punto estás convencido?

Volvió a guardar silencio.

—Veo a mis hermanos y están hechos polvo todo el tiempo. Y ellos viven en Irlanda, cerca de la familia, que los ayuda. Nosotros estamos aquí y no tenemos a nadie que nos eche un cable. ¿Tú qué piensas?

—Lo mismo. Creo que quiero tenerlos, pero es más prudente lograr primero un trabajo estable, ingresos regulares y quizá incluso una hipoteca y todo eso.

—¡Guay!

De modo que acordamos que no había prisa, que no tomaríamos decisiones precipitadas, nada que ver con el tipo de vida que había llevado yo antes. Me había convertido en una de esas mujeres con un plan a cinco años. Y, lo que es peor, estaba orgullosa de ello.

Lo único que me preocupaba era que mi médica de cabecera me había dicho que era posible que ya estuviésemos —y se refería principalmente a mí— en declive, en lo que a fertilidad se refería.

—Bueno —recuerdo que le dije a Luke—, en caso de que necesitemos un plan de contingencia, nos harán una revisión el martes que viene.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué va eso?

—A mí me harán un examen para contar los óvulos y analizarán tu esperma, para ver si es… ¿sano? —¿Cuál era la palabra?—. ¿Suficiente? ¿Buen nadador?

—Pero ¿cómo lo analizarían? —Parecía algo nervioso—. ¿Dónde lo sacarían?

—En la clínica. Tú… eeeh, lo harías allí.

—Quieres decir que tendría que… —Se puso pálido—. Ay, Rachel. ¿Tendría que… hacerlo, allí mismo?

—En un cubículo, supongo. No en la sala de espera ni nada parecido.

A mí tampoco me entusiasmaba la idea. Luke en una habitación pequeña y desnuda con un montón de porno usado me hacía sentir asqueada, celosa y extrañamente cachonda.

Se llevó las manos a la cara y gruñó.

—Rachel… —Y añadió—: ¿Esto es importante para ti?

—Si está todo bien, podemos aparcar el tema mientras ponemos orden en el resto de nuestra vida —añadí—. Nos proporcionará tranquilidad.

—Pareces una vendedora de seguros chunga. —Exhaló el aire lenta y ruidosamente—. Vale. Con una condición. Que no vuelvas a usar la palabra «esperma» nunca.

—Hecho. ¿Crees que me gusta ser esta persona?

La tarde de la cita, cuando llegamos al edificio, situado en el centro, estaba sorprendentemente nerviosa. Todo aquel material médico me producía ansiedad, aunque solo fuese una revisión preventiva. ¿Y si era infértil? ¿O lo era Luke?

Pero lo superaríamos. Sería un golpe, pero lo soportaríamos. Tenía una gran fe en nosotros.

Mientras esperábamos el ascensor para subir a la consulta de la doctora, Luke me miró.

—¿Tranquilidad, dices?

—Tranquilidad —entoné—. Para ti y para tu familia.

Llamamos al timbre de la clínica, la puerta emitió un zumbido y abrimos. La recepcionista se incorporó a medias detrás del mostrador. Su mirada pasó de Luke a mí, y de vuelta a Luke, al pelo largo, la chaqueta de cuero, las pulseras de hilo, la cadena de plata que llevaba al cuello. Por un momento pensé que se estaba planteando llamar a seguridad.

Quién iba a culparla: la sala de espera estaba llena de mujeres perfectamente embarazadas con vestidos de Michael Kors y zapatos planos de Ferragamo; los hombres que las acompañaban llevaban trajes de mil dólares.

Luke advirtió la preocupación de la recepcionista.

—Todo bien. —Su tono fue amable—. Tenemos cita. Y —añadió— seguro médico.

Lo vi sonreírle; ella se quedó mirándolo, soltó una risita brusca y, poco a poco, se puso de un rojo intenso.

Ante nosotros aparecieron tablillas sujetapapeles y bolígrafos para que aportáramos nuestros datos. Tras una larga espera, nos condujeron en presencia de la doctora Solomon, una mujer menuda con un montón de pelo rizado.

—¿Tienes pensado quedarte embarazada ya mismo? —Leyó a toda prisa nuestros formularios.

—Ahora mismo, no. —Me enderecé en la silla—. Pero si hay algún problema, podrían cambiar las cosas.

Volvió a ojear mi formulario.

—¿Tú tienes… hum… casi treinta y uno? ¿Y Luke…?

—Los mismos —dijo él.

—Nos hemos puesto tarde. —A la defensiva, me dieron ganas de largarle nuestra enrevesada historia y asegurarle que Luke y yo estábamos muy juntos. «Acabamos de mudarnos. En veinte meses tendrá el título de contador público… Ya sé, no lo dirías al verlo, pero dentro de ese exterior sexy late un corazón estable. Yo estoy estudiando Asesoramiento de Adicciones, y los dos estamos trabajando a tiempo completo, además. Una vez que obtengamos nuestros títulos, debemos pagar los préstamos

estudiantiles, luego queremos comprar un sitio para vivir. Todo eso tiene que estar arreglado antes de que nos planteemos siquiera tener un hijo».

—No pasa nada —dijo la doctora Solomon—. Treinta y uno no es mucho, no en los tiempos que corren. Si está todo bien, tenéis tiempo de sobra. ¡Bueno! —Dio una palmada y entró una enfermera en la habitación —. Rachel, mientras te hacen la revisión, Tomaka acompañará a Luke a la extracción de semen.

Luke me lanzó una mirada angustiada, como diciendo: «¿Qué coño?».

—Estarás solo —añadió la doctora Solomon. Pero su voz tuvo un punto irónico que me hizo preguntarme si había alarmado al pobre Luke a propósito.

Cuando él se levantó, la doctora le dio un buen repaso.

—No estoy diciendo que vayas a tener problemas de motilidad. Sin embargo, si se diera el caso, deberías saber que los vaqueros ajustados con frecuencia son una contraindicación.

Y, dicho esto último, Tomaka se lo llevó.

Quince o veinte minutos más tarde, nos reencontramos en la recepción. Luke —claramente abochornado— mantenía la mirada gacha. En el ascensor que nos devolvió a la planta baja, permaneció en silencio. Solo una vez que salimos del edificio a las calles atestadas del centro me pareció bien hablar.

—¿Luke? ¿Ha sido… muy malo? —le pregunté—. ¿Revistas con las páginas pegadas?

—¿Qué? —Pareció sobresaltado—. No, cariño. —Me pasó el brazo por el cuello y me atrajo hacia sí, apartándonos de la multitud—. No. —Teníamos las frentes tocándose, y sus ojos oscuros me sostuvieron la mirada —. No necesitaba nada de eso. Solo he pensado en ti.

OceanofPDF.com

6

En cuanto me desperté, oí en mi cabeza: «Tienes que ir al funeral».

¡Vaya!, pensé. ¡Has tardado lo tuyo!

«Sí. Je, je».

Pues ya estaba. Tanto si me gustaba como si no, iría al funeral.

Entonces me marché a trabajar.

—Giles ha pasado mala noche —explicó Hector en la reunión de la mañana—. Abrumado por la culpa. No ha parado de llorar.

Ted se volvió hacia mí.

—¿Quieres una sesión con él? Murdo, ¿estás disponible para cubrir grupo?

Murdo asintió.

—Y siento no haber avisado antes —dije—. Pero, Murdo, ¿puedes cubrirme mañana por la mañana también? Tengo que ir a un funeral. La madre de mi ex.

—¿El ex? —exclamó Murdo.

—¿Estás segura de que es buena idea? —me preguntó Ted—. ¿Estará el ex allí?

Estuve a punto de reírme.

—Ted, es su madre. De todos modos, volveré a tiempo para el grupo de la tarde.

—Genial. Y tu nueva interna llega mañana por la mañana —añadió—. Priya te enviará el informe por email.

Fui a buscar a Giles y, en el pasillo, me crucé con Dennis, que se arrimaba a Roxy; hablaban muy concentrados. Solo Dios sabía qué quería Dennis de ella, pero, por la energía de camello embaucador que emitía, sin duda no era consejo sobre la recuperación. Más bien parecía estar

intentando venderle una fosa séptica («un solo propietario cuidadoso») o esforzándose por comprar una roller disco a precio de saldo…

Me vio, y una expresión teatrera de miedo le atravesó el rostro.

—Jesús, ahí está Rachel —declaró—. ¡Me tiemblan hasta las botas!

(Las botas en cuestión eran de goma, hasta el tobillo, y llevaba por dentro el dobladillo de los pantalones, hecho trizas. Pese a que Dennis era de pueblo, era la clase de tipo hábil que no se lo pensaría dos veces a la hora de ayudar en el parto de una oveja si creía que con ello cosecharía un par de votos en las elecciones locales).

—Buenos días, Dennis, Roxy. —Intenté sonar altiva.

Ser mala no me salía de forma natural, pero era importante causarles pavor.

—Temblando —repitió Dennis en un tono bajo falso.

«Deberías», pensé, casi con tristeza. «Estoy acumulando un montón de información acerca de ti y tus correrías, y pronto te va a caer una de miedo».

En el comedor, Giles, flanqueado por Chalkie, estaba poniendo mantequilla en una tostada mientras lloraba.

—¿Quieres parar, pedazo de burro? —le decía Chalkie, no sin cariño—. Te estás poniendo en evidencia.

—Deja que llore. —Trassa se mostraba muy comprensiva—. Después de las cosas terribles, terribles, que ha hecho, las vidas que ha arruinado, ¿quién no lloraría? —Cuando Giles echó un vistazo a la mesa, preguntó—: ¿Qué estás buscando, cielo?

—Mermelada —lloriqueó Giles.

—¡Harlie! —gritó Trassa—. Pásale la mermelada al pobre Giles.

—Giles —dije yo. Alzó la vista, con la cara empapada—. Nos vemos en la Consulta Tres a las diez en punto.

Asintió sin pronunciar palabra.

—¿Esta mañana no haces grupo? —Chalkie se mostró preocupado—. ¿Quién te cubre?

—Murdo.

—Vale. —Su cara adoptó varias expresiones hasta que por fin aterrizó en la decepción. Murdo, mi joven sustituto, lleno de tatuajes y *piercings*, era

duro, y eso a Chalkie no le iba bien, porque aún estaba intentando evitar quién era realmente.

Al cabo de seis minutos, Giles, hecho un mar de lágrimas, se sentó en el sillón que tenía delante. (Los asientos eran mucho más cómodos en esas salas individuales).

Como hombre de éxito, privilegiado, se había pasado la vida coleccionando y descartando mujeres e hijos. Lo había conseguido todo sin esfuerzo. En los últimos años, sin embargo, su exclusiva vida, jugando al tenis y saliendo a navegar, había descarrilado cuando sus buenos tiempos sobrepasaron el límite de una adicción atroz.

Pero su segunda esposa y la tercera habían competido por permitírselo el mayor tiempo posible. En cuanto una se atrevió a formular la opinión de que empezar cada día con cuatro rayas de coca quizá no fuese lo ideal, se había largado con la otra, sin más. Este *ping-pong* de exmujeres se había prolongado durante más de un año, con Giles rebotando adelante y atrás.

Sus compañeros de trabajo también lo protegían porque era «altamente funcional», lo que se traduce como «capaz aún de atraer a clientes potenciales». (Mientras quien sea siga haciendo dinero, todo el mundo parece feliz de fingir que está perfectamente).

La junta directiva solo se decidió a despedirlo tras un ataque de paranoia en un viaje de prensa, lo cual fue el catalizador que lo empujó hasta The Cloisters. Todavía no había visto nunca a un adicto que buscara ayuda si no corría el riesgo de perder —o no había perdido ya— a alguien o algo importante para él.

Durante las cuatro semanas anteriores, había desplegado un bombardeo de realidad sobre Giles. Sus amigos, mujeres, exmujeres e hijos adultos habían aparecido para revelar la verdad sobre él.

Aquello lo había desgarrado, y en ese instante gimoteaba con una caja de pañuelos de papel en el regazo.

—¿Por qué lloras? —le pregunté en tono suave.

—Por todo —contestó con la voz pastosa—. Por haber dejado a Danielle. —La primera esposa—. Estaba destrozada… y me dio igual, porque creí que amaba a Ingrid. —La tercera esposa. (Sí, de algún modo se las había arreglado para colar una esposa extra entre la primera y la mujer

por la que había dejado a esta. Giles estaba lleno de giros argumentales)—. Y mis hijos. No eran más que niños y los desatendí…

Este momento era peliagudo para cualquiera en rehabilitación, y Giles necesitaba que lo guiasen con suavidad. Si se veía demasiado abrumado por el dolor o el arrepentimiento, cabía la posibilidad de que se marchase, para volver corriendo a su viejo analgésico.

El régimen de The Cloisters era duro. Sí, los pacientes se veían empujados muy lejos de su zona de confort, pero siempre con una atención exquisita. Se les vigilaba de forma constante para saber cuándo echar el freno, cuándo presionar, cuándo cambiar de estrategia de golpe y mostrarles algo de amor.

—Has avanzado muchísimo en los últimos veintinueve días —le dije—. Te estás convirtiendo en una persona completamente nueva. Es dolorosa, toda esta claridad, pero valdrá la pena. Con el tiempo, puedes intentar arreglar las cosas con la gente a la que has hecho daño.

—No me perdonarán jamás.

Quién sabía si lo perdonarían o no, estaban en su derecho… Pero…

—Sea como sea —continué—, puedes superar esto, y cualquier otra cosa que la vida te eche encima, sin recaer.

Lo acompañé de vuelta al grupo y se me antojó hacer una señal con el dedo a Harlie para que saliera, solo para comprobar que estaba bien después de que Simon se fuera.

Entró deslizándose en la consulta; iba a la última: cejas, pestañas, piel y pelo. En el mundo exterior, dirigía una clínica CosMedical (llamada Rich Girl Face, me encantaba el nombre), donde tenía acceso a todo tipo de retoques.

—¿Y bien? —dije—. ¿Simon?

—¿Qué pasa con Simon? —Se mostraba reservada.

—Él y tú estabais… ¿unidos?

—¿Te refieres a si me gustaba? —La mirada que me lanzó era combativa. Luego añadió—: Puede. Durante treinta segundos. Gran error.

—No te flageles por ello —dije—. Ocurre constantemente aquí dentro. Cuando te quitan tu droga preferida, buscas otras formas de sentirte mejor.

—Sí, pero me he enterado de lo suyo con Prissie —repuso—. Son todos gentuza, ¿verdad? Mentirosos e infieles, todos esos inútiles.

—¿A quién te refieres exactamente?

De inmediato frunció la boca como si se la hubiesen tensado con un hilo. No quería dejar escapar ningún nombre. En nuestra primera sesión, dos semanas y media antes, había bramado:

—Ese cabrón está muerto para mí.

—¿Quién? —repetí yo.

—Nnnnnn… —murmuró, tras los labios sellados, con los ojos brillantes y saltones. Lo juro por Dios, a pesar de la furia, era divertidísima.

Al final soltó el aire y se permitió hablar.

—Caleb.

Su exmarido. La había dejado alrededor de un año antes. Yo le había mandado mensajes de texto, emails, le había llamado, intentando convencerlo de que fuera a confrontarla, pero lo único que obtuve fue un silencio ensordecedor. Probablemente estaba tratando de seguir adelante con su vida, ¿quién podía culparle?

Sin embargo, dos amigas suyas habían acudido, y sus testimonios vívidos y exhaustivos sobre sus aventuras de borracha la habían horrorizado hasta el punto de que vio que no era una simple fiestera, sino una verdadera alcohólica.

—Aparte de Simon, ¿cómo estás? —le pregunté.

—De perlas, Rachel. ¿Y tú?

Esperé.

—Solo vine aquí para aprender a beber con normalidad. —Le tembló la voz, no supe si de dolor o de ira—. Pero, según tú, no puedo volver a beber nunca. Mi vida se ha acabado y no tengo más que veintinueve años.

—¿Y qué hay de Tegan? —pregunté—. ¿Y si ella hubiese tenido la oportunidad de dejar de beber?

—¡Deja de intentar hacerme sentir culpable!

—Tegan murió de intoxicación etílica —le recordé con suavidad. Tegan había sido una de sus mejores amigas. Tras su muerte, los padres y amigos de Harlie habían realizado una intervención para que no se convirtiera en la siguiente víctima.

—Si Tegan hubiese podido elegir entre morir y dejar de beber, ¿tú qué crees que habría escogido?

—No lo sé.

Sí lo sabía, pero, en ese preciso momento, le causaba demasiado dolor aceptarlo.

Después de que se marchara, abrí el informe de la novata que llegaría al día siguiente. Ella Black, de veintiocho años, su veneno particular eran al parecer los somníferos. La habían convencido de que necesitaba ir a rehabilitación después de que cogiera el coche de su novio para dar una vuelta a las tres de la madrugada y lo estrellara contra el ventanal de una casa. A pesar de que se había roto la clavícula, había salido del coche, había caminado hasta casa, se había vuelto a la cama y se había despertado sin ningún recuerdo de lo ocurrido.

También había habido varios incidentes con Facebook a altas horas de la noche. Trabajaba como proveedora de contenidos de redes sociales para una aerolínea, un trabajo bien remunerado, de alto estatus, según su novio, Jonah, el propietario del coche estrellado.

En las últimas siete semanas, ella había subido material extraño a la cuenta de la empresa: una teoría de la conspiración alocada sobre el gobierno estadounidense y una afirmación acerca del «verdadero» padre del príncipe Luis. De no ser porque el jefe de Ella —alguien llamado Boyd— lo había bajado antes de que despertara algún interés, sin duda la habrían despedido.

Siempre eran todo prisas cuando entraba alguien nuevo a mi cargo; la oportunidad de ayudarla a cambiar su vida era emocionante. El potencial, el futuro que tenía aquello…, que tenía aquella persona. A veces, por supuesto, no funcionaba. Creían que no eran adictos de verdad o aún no estaban preparados para abandonar a su mejor amigo.

Con frecuencia, reaparecían en The Cloisters al cabo de un año o dos, mucho más maltratados, mucho más humildes.

Empecé a enviar emails y a llamar a las personas importantes en la vida de Ella, intentando establecer el mayor número de detalles posible. Además de Jonah, estaban su mejor amiga, Naaz, sus padres y sus dos hermanos. Allí dentro, los clientes solo proporcionaban la versión más saneada, más

trágica, de sí mismos. Para obtener una imagen completa, había que hablar con todos aquellos que los conocían. Era un poco como investigar un crimen.

Hablando de lo cual… ¡Dennis! Aunque contaba con varios testimonios escritos de sus correrías, me estaba costando que acudieran a confrontarlo seres humanos de verdad.

Su mujer, Juliet, le había obligado a entrar en rehabilitación amenazando con dejarle. Sin embargo, las pocas veces que habíamos hablado desde entonces, me había quedado claro que había gastado toda su energía en empujar a su marido lejos, hasta nosotros. Lo que ella quería a continuación era alguna especie de transformación mágica y que le devolviéramos a Dennis arreglado. Pero no ocurriría sin su intervención, así que la llamé de nuevo.

—No sé, Rachel —dijo—. La semana que viene lo tengo mal…

—¿Y tus hijas?

—No quieren ir. Ya fue bastante duro para ellas escribir aquellos testimonios.

Ya me había visto rechazada por el médico de cabecera de Dennis y su mejor amigo y dos hombres con los que trabajaba en el ayuntamiento local. Tenían miedo, los tres, lo cual no era poco habitual ni de lejos. Exponer a un ser querido como un adicto o un alcohólico solía ser un proceso doloroso. Debido a que lo querían, deseaban que obtuviera ayuda, pero también deseaban evitar la confrontación.

A veces un amigo o un familiar llegaba con un arranque de furia justificada, predispuesto a destrozar al adicto. Pero con la misma frecuencia, la gente se veía envuelta en la culpa y la confusión.

—Juliet, tienes que venir. Si no, estás malgastando el dinero.

—Quizá la semana siguiente. ¿Qué hay de…? —Aligeró el tono—. Podrías probar con su hermano, Patch. Le enviaré tu número y le diré que te llame.

—Pero… —Había colgado.

¡Me habían llegado las zapatillas!

—¿Tres pares? —preguntó Brianna.

—De números diferentes.

Me dedicó una mirada.

—¿En serio?

«Ejem, ejem, no es sano mentir, aunque sea sobre cosas sin importancia…».

—No —reconocí—. Eran todas bonitas y no me decidía, y ya que estaba pagando por un envío, podía aprovechar para echar un vistazo a las otras…

—Te han llegado más cosas. —Señaló con el bolígrafo una pila ordenada de paquetes—. Si fuese de las que apuestan —me pasó un paquetito cuadrado—, diría que es una vela de granada negra.

Y lo era. Entonces leí la tarjeta.

—¡Qué bonito! De… ¿recuerdas a Fiona Headley?

—¿Adicción al sexo? ¿Hace unos catorce meses? Es evidente que sigue bien, si te manda velas en señal de agradecimiento.

—Sí.

—¡Yo también les ayudo! —dijo Brianna—. Hago todo el papeleo a la perfección. Pero a mí nunca me mandan velas caras.

—Quédatela. —La empujé hacia ella—. En serio, te la has ganado con creces. ¡Insisto!

—Vale, gracias, ¡acepto!

—Pásame ese otro paquete. ¿Qué es? —Leí los detalles del remitente y exclamé—: ¡Es mi palita de jardinería!

—¡Ábrelo!

Al igual que yo, Brianna hacía sus pinitos con la jardinería.

Saqué la herramienta de acero inoxidable del embalaje y la sopesé en las manos.

—¡Mira qué ligera es!

Me la cogió.

—Y eso que el mango es de madera de cerezo.

Nos maravillamos ante semejante eficiencia ergodinámica.

—Nunca se tienen demasiadas palitas —declaré.

—Ni regaderas.

—Ni azadas.

—Ni tijeras de podar.

Y era la verdad. Una vez que emprendías el camino de la compra de herramientas de jardinería, siempre iba a haber algo más sofisticado, más robusto, más ligero, de un metal mejor o en un color más bonito.

Ya lo he dicho: era capaz de engancharme a cualquier cosa.

OceanofPDF.com

7

En la sala de personal, Carey-Jane estaba calentando su repugnante sopa minestrone. Aquel olor me impregnaría la ropa los siguientes setenta años. El infierno es la comida de los demás. Tratando de insensibilizarme a los diferentes hedores que batallaban —del bocadillito de atún de Priya, de la ensalada de remolacha de Yasmine—, me comí mi propio humus con galletas saladas (con conciencia cívica y libres de hedores) y desconecté un rato, pensando en Luke.

Lo vería al día siguiente. Me costaba imaginarlo. Me sobrevino una oleada de gratitud hacia Quin.

Vale, mis sentimientos por él no eran lo que había experimentado por Luke. Pero ¿cómo iban a serlo? Quin no era Luke. Y yo no era la optimista sentimentaloide que se había enamorado de Luke, sino alguien mayor y más sabio.

A veces, cuando me planteaba que las cosas con Quin podrían no haber ocurrido, me quedaba helada.

El alivio que había sentido durante el ejercicio de Bondad Amorosa el fin de semana de la meditación había sido real, pero en las cuarenta y ocho horas posteriores me había preguntado si, en realidad, había tenido algo que ver con Quin. ¿Quizá solo había llegado por fin el momento de perdonarme a mí misma y Quin había aparecido como catalizador? «Cuando el alumno está preparado, aparece el maestro». (Es el tipo de cosa que decimos en los círculos de «crecimiento personal». Nola lo dice, Anna lo dice, hasta Brianna lo dice de vez en cuando, y eso que ella no cree en nada que no pueda firmarse o archivarse).

Menos de dos días después de que nos conociéramos, Quin me envió un mensaje, luego me llamó.

—Bueno. Deberíamos vernos. Como es debido.

Su seguridad en sí mismo era impresionante. Divertida, casi. Pero decir que yo había perdido la costumbre de verme con hombres era quedarse muy corta. El año anterior había tenido un par de citas, una con un primo de Brianna y otra con un compañero de trabajo de Claire, pero solo porque Brianna y Claire me obligaron. No era de extrañar que ninguna fuese más allá.

—Vayamos a una escape room —dijo Quin—. Si la cosa se pone fea y no tenemos nada que decirnos el uno al otro, al menos lo pasaremos bien intentando resolver el rompecabezas.

—Oiga usted un momento, ¿y si no podemos? Resolverlo, quiero decir. ¿Nos quedamos atrapados ahí dentro para siempre?

—Ja, ja, no, nos dejan salir al cabo de una hora. ¿No lo has probado nunca? Vale, lleva ropa cómoda, sin tacones ni vestidos ajustados, vamos.

«¿Vestidos ajustados?», pensé. «¡Qué más quisieras!».

—¿Va de mates y esas cosas? —pregunté—. Porque eso se me da fatal. No quiero ser la responsable de que perdamos.

—Nada de mates. En plan poli básico. Y yo soy muy competitivo; ganamos seguro.

¿Y bien?, le pregunté a la voz de mi cabeza. ¿Debería ir?

Ese día, sin embargo, guardó un silencio frustrante.

Así que chequeé todo el asunto con mis hermanas.

—¿Qué edad tiene? —me preguntó Claire.

—¿La misma que yo? ¿Quizá un poco menos?

—¿Críos? ¿Exmujer? ¿Trabajo? —prosiguió Margaret.

—No lo sé. Pero, según la ley de la probabilidad, tiene números de cumplir con alguno de esos criterios.

—¿Y te da igual si hay críos y una exmujer? —me preguntó Claire—. Porque más te vale. A tu edad, todo el mundo lleva equipaje.

—¿Es un Acariciador Meloso? —preguntó Helen—. Seguro que lo es, si estaba probando la meditación.

El término Acariciador Meloso se había originado hacía años en Nueva York después de que Jacqui, una amiga de Anna, se acostara con un hombre amable y respetuoso que se había pasado la mayor parte de la noche

acariciándola con la presión de una pluma. «Insoportable», había dicho ella. Le iba mucho más que la arrojaran sobre la cama y arrasaran con ella.

Para ser justos, a mucha gente le encantaría disfrutar de una sesión de caricias melosas, pero la expresión cuajó y su uso se extendió para condenar a todos los hombres hetero que fuesen un poco, supongo, sinceros. Quizá algo sosos y progres de un modo pomposo: hombres que pontificaban sobre su marinada casera de tamarindos con ingrediente secreto (que siempre era tabasco), que defendían que se amamantase en público aunque no hubiera habido ninguna objeción al respecto, que te pedían tu opinión acerca de darle Valium al gato o que pronunciaban «artesanal» como si se hubieran quedado atascados en la ese («artesssanal»).

A mí, personalmente, me habrían entusiasmado las caricias melosas, pero, a medida que se ampliaban los círculos de la definición, cada vez descartaban a más hombres: los que utilizaban habitualmente la palabra «ultramarinos»; los que tenían opinión acerca del suavizante para la ropa; los que dedicaban más de treinta segundos al sexo oral o los que no tenían reparos en comerse un mango en la calle.

Si a alguno de esos pobres desgraciados le gustaba una de mis hermanas o sus amigas, quedaba descartado entre carcajadas. Y si te gustaba un hombre, lo ultimísimo que querías era que lo etiquetasen como un Acariciador Meloso.

Dado que Quin había ido a un fin de semana de meditación, estaba a punto de verse descartado y —lo que me sorprendió a mí misma— dije:

—No es un Acariciador Meloso. Tiene pinta de hacer triatlones y es posible que lleve ropa transpirable. —Y añadí a toda prisa—: Aunque también es posible que no. —Dar la brasa sobre ropa que disipaba el sudor también resultaba sospechoso.

Helen gruñó.

—Madre mía, es uno de ellos. Te apuesto a que tiene un cuchador.

¡Y me vi fuera de peligro! «Podría tener un cuchador» era otra clase de insulto.

Una encuesta rápida reveló que yo era la única de mis hermanas que no había ido nunca a una escape room.

—¡En serio, es divertidísimo! —declaró Margaret—. Garv y yo fuimos a una con los niños. El tiempo corre y tú intentas descifrar las pistas y, cuando acabas antes de tiempo, nos quedaban como diez segundos cuando escapamos, ¡sientes que eres la leche!

—Son la cosa más estúpida que se ha inventado nunca —dijo Helen. Me lo tomé como que ella no había acabado a tiempo.

—A Angelo y a mí nos encantan —dijo Anna, emocionada. Estaba de vuelta en casa, en una de sus numerosas visitas a Irlanda. Se dejaba caer más o menos cada seis semanas para pasar el fin de semana—. Es como volver a ser una niña. Si encima vas a uno muy especializado, fliparás en colores. Fuimos a una caza de zombis en un centro comercial desierto, ¡fue alucinante!

—Esto es Dublín —le recordó Helen—. Aquí no tenemos nada muy especializado. O poco especializado. No tenemos nada y punto. Somos unos cutres.

—No siempre —replicó Margaret—. La nuestra fue en un laboratorio de ciencias. Se había liberado un virus y teníamos…

—Ah, sí —dijo Claire con vaguedad—. Yo estuve en esa. Ejercicio para fomentar el espíritu de grupo con los voluntarios.

—¿Tú? —soltó Margaret—. ¿Y lo hiciste todo?

—¿Yo? ¿Con un vestido de Simone Rocha? ¿Poniéndome de rodillas para arrastrarme por una cámara? Ni de coña.

—¿Quién se pone de rodillas? —Mi madre había entrado en la sala de estar por primera vez durante aquella conversación.

—Rachel tiene una cita —la informó Helen—. La va a llevar a una escape room.

La cara de mamá adoptó un tono ofendido.

—¿Es algo de las *Sombras de Grey*?

—¿QUÉ?

—¿La ata y la azota con una fusta? ¿Y ella intenta escapar con una pelota de *ping-pong* en la boca? He oído hablar de ello por la radio, en *Liveline*.

—Hashtag me cago en la leche. —Helen suspiró.

La escape room de Quin estaba en un polígono industrial de almacenes grises y anónimos más allá de la M50.

Se había ofrecido a pasar a recogerme, pero rehusé.

—¿Y si, como dijiste, la cosa se pone fea? Entonces ¿tendrías que llevarme a casa? Ir sentados codo con codo en tu coche durante cuarenta y cinco minutos me quitaría diez años de vida.

—A mí también. Nos vemos allí.

Llegué puntal al lugar y no había ni rastro de Quin. Me quedé mirando el móvil y vi cómo los números avanzaban: dos minutos tarde, luego tres… Cuando llegaba seis minutos tarde, un coche entró ruidosamente en el aparcamiento y, con un chirrido de frenos, paró a mi lado. Era Quin, esta vez en un todoterreno.

¿Tarde? ¿Dos coches ostentosos? Estaba teniendo serias dudas.

Bajó de un salto.

—Siento llegar tarde. Mi hijo no encontraba el inhalador.

¿Un hijo? Vale, pues tiene al menos un hijo.

—¿Podrías haberme enviado un mensaje, quizá?

—Lo he hecho. —Había un tono de crispación en su voz.

Eché un vistazo rápido y vi que así era.

—¿Por qué no lo he visto?

—La cobertura por aquí es irregular. —Se ablandó—. Pero, sí, lo siento.

Necesitaba saber de sus hijos.

—¿Solo tienes un hijo?

—Dos. Un chico de once años y una chica de quince. Son geniales. Yo tengo cuarenta y dos, y llevo cinco divorciado. Mi exmujer y yo nos llevamos bien. —Con aspecto ligeramente divertido, añadió—: ¿Algo más que quieras saber antes de que empecemos?

Negué con la cabeza.

—Por aquí. —Me condujo todo serio a uno de aquellos almacenes gigantes—. Sé que no parece prometedor —dijo—, pero confía en mí: estos tíos son buenísimos.

Me dio un repaso y concluyó:

—Te veo bien. —Primero me lo tomé como un cumplido; luego añadió —: La ropa adecuada.

Su equipación era lo que yo recordaba: ropa deportiva oscura y elegante.

Enfilamos un pasillo largo y vacío, y pasamos por una serie interminable de salas cerradas, hasta que Quin se detuvo delante de una puerta.

—Aquí.

En una zona de recepción pequeña pero elegante, un hombre repeinado, vestido con frac y corbata negros, sostenía una bandejita redonda sin propósito evidente. Parecía un mayordomo. A su lado había una mujer ataviada con el vestido negro y el delantal blanco de una sirvienta al estilo de *Downton Abbey*.

—¿Señor Quinlivan? ¿Señora Walsh? —preguntó el hombre-mayordomo—. ¡Gracias a Dios que están aquí! Soy Smythe, sobrecargo del transatlántico Queen Anne. Han desaparecido unos pendientes de diamantes del camarote de *lady* Glenrother. Se sospecha de la joven Mabel, aquí presente, la doncella de *lady* Glenrother.

Mabel hizo una reverencia en ese punto.

Como no estaba segura del protocolo, le devolví el gesto a medias.

—Yo sé que Mabel es un alma honesta —continuó Smythe—. Es del todo inocente. Pero si no localizan ustedes las joyas perdidas, enviarán a Mabel a juicio y la declararán culpable.

—Son ustedes mi única esperanza —dijo Mabel—. ¿Aceptan la misión?

—Acepto —contestó Quin.

Los tres se quedaron mirándome a mí.

Ay, Dios. No respondía bien a ese tipo de presión.

—Vale, yo también acepto.

Madre mía, ¿no podríamos haber ido a tomar un helado y punto? Las citas con helado se habían puesto de moda y yo votaba por ellas.

Smythe nos cogió los abrigos y los teléfonos.

—Tienen una hora para encontrar las joyas y salvar a Mabel —anunció —. La cuenta atrás empieza… ¡ya! —Acto seguido, nos empujaron por una puerta y echaron el cerrojo a nuestra espalda.

Estábamos en una habitación pequeña, en penumbra, quizá una oficina antigua. De un perchero polvoriento colgaban una chaqueta y una gorra de aspecto oficial. Una pipa aún humeante de carey yacía abandonada en un pesado escritorio de madera sobre el cual pendía una bombilla amarilla.

En un rincón había un alto montón de maletas y baúles de cuero *vintage*. En una pared, un tablón de anuncios mostraba las horas de las mareas y una fotografía en tonos sepia de un militar con un bigote exuberante nos miraba. Había otra pared cubierta casi por completo con tomos encuadernados en cuero.

Aquello, sorprendentemente, no tenía nada de cutre.

—Pues buscamos llaves, interruptores, cosas raras en cuadros, lo que sea. —Quin ya estaba tirando de los cajones cerrados del escritorio.

—¿Como esto? —Sostuve en alto una pesada llave de latón.

—¿De dónde la has sacado?

—He metido la mano en el bolsillo de la chaqueta. —Señalé el perchero.

—Guau. —Sus ojos grises destellaron.

Recorrí la pequeña habitación con la mirada y di con una bandeja en un rincón; tenía una tetera y dos recipientes de porcelana. Sabía sin más que había algo escondido allí dentro. El primer recipiente estaba lleno de hojas de té, le di una buena sacudida, que desplazó las hojas y, claro, apareció una tarjetita en la que se leía «67».

Se la enseñé a Quin.

—¡Madre mía, has nacido para esto!

Advertí que su respeto hacia mí aumentaba.

—No la pierdas de vista —dijo—. Pero primero deberíamos intentar abrir este escritorio con tu llave.

El escritorio tenía nueve cajones, todos cerrados con llave. En el cuarto intento, uno se abrió y reveló seis llaves más.

—¡Madre mía! Supongo que ahora las probamos todas en cada cerradura, ¿no?

Nos dividimos la tarea, tres llaves para cada uno. Muy cerca el uno del otro, fuimos avanzando, pero no funcionó nada hasta que —por supuesto— la última llave abrió el último cajón, que se deslizó para revelar un libro

encuadernado en cuero. Lo hojeamos a toda velocidad, tratando de encontrar una pista, pero todas las páginas estaban en blanco.

—Tiene que significar algo —dije.

—No siempre, hay muchas maniobras de distracción.

Me concentré mucho y revisé el muro de libros.

Quin comenzó a hablar:

—¿Y la tarjeta que…?

Sin embargo, muy por delante de él, yo había advertido un hueco diminuto entre dos tomos. No me hizo falta comprobar que los números que aparecían a cada lado eran el 66 y el 68; estaba segura. Deslicé el libro entre ellos y entonces se produjo un sonoro clic, seguido de un zumbido.

—¡Quin! ¿Qué está pasando?

Asombrosamente, el muro de libros se estaba abriendo del suelo al techo.

—Hay otra habitación.

Quin sonaba complacido.

—Detrás de esta.

Como si estuviera soñando, me adentré en el nuevo espacio: un enorme dormitorio *art déco* de techos altos, una maravilla de cristal Lalique, espejos ahumados y suelo de parquet claro. A lo largo de una pared, por unas grandes portillas, se veía un océano de verdad. También se oía, el batir de las olas y el chillido de las aves marinas.

Alguna clase de milagro audiovisual, era convincente y excitante.

—Alucinando. En colores —dije—. Dios mío, Quin, me encanta esto.

—Sí, ¿verdad? —Me transmitió aprobación—. Pero piensa en la pobre Mabel. Ponte a buscar.

—Sí, pero… —Señalé el cabecero de la cama, un abanico teatral de láminas de espejo superpuestas—. Tiene clase. ¡Y la lámpara! —Una supernova gigante de cromo y cristal blanco opaco se extendía en una explosión congelada por encima de nuestras cabezas.

—Rachel, nos quedan treinta y cuatro minutos.

—¡Oh! Vale. —Repasé la habitación con la mirada—. ¿Ese cuadro? —Señalé—. Bájalo, apuesto a que tiene algo pegado detrás. —Pasé la mano por las paredes, de un gris plateado—. Quin, ¡es tela! ¡Puede que seda!

—Treinta y tres minutos. —Y añadió—: Rachel, ahora me estás asustando. —Había retirado el cuadro de la pared y estaba desdoblando algo que había encontrado pegado en la parte posterior—. Un acertijo. ¿Cómo es que se te da tan bien esto?

—¿La suerte del principiante?

Atravesé la habitación a toda prisa y encontré un opulento baño de mármol negro iluminado con una luz blanca difusa. Luego un vestidor decadentemente espejado que contenía un juego de maletas tan bonito que casi se me doblan las rodillas; cinco piezas de cuero de un azul clarísimo: un baúl grande, una maleta más pequeña, una sombrerera, un neceser y un maletín que podría haber pertenecido a un médico.

—¡Eh! —Quin me había seguido hasta el interior del baño.

—Lo sé.

—No. —Estaba tirando del cierre de combinación del baúl más grande —. Apuesto a que es lo que estamos buscando, los números para esto. Concéntrate en el juego, Rachel.

Finalmente, me concentré.

El acertijo del cuadro nos condujo a cuatro números distintos, ocultos por la habitación. Las patas cromadas de la mesilla de noche, que tenían la forma de una X gigante, nos dieron un 1 y un 0. Un diseño geométrico recurrente en el tejido de una alfombra resultó ser un 8. Y en la pared del baño apareció un número 9 al haz de una linterna de luz ultravioleta.

Pero aún debíamos dar con la combinación correcta de los cuatro números, y solo quedaban tres minutos.

Yo estaba tan comprometida con el resultado que apenas podía respirar. Primero Quin introdujo los números y yo los recordé.

—Tengo las manos demasiado torpes —dijo luego—. Toma el relevo.

Introduje. Nada. Introduje. Nada. Introduje. Nada, Introduje. Y… un clic.

—Quin, ¡creo que lo tenemos! Como los pendientes no estén aquí dentro… —estaba temblando de nerviosismo y anticipación—, me muero de verdad.

El cierre se deslizó, los dos tiramos para abrir la maleta, y el subidón de adrenalina cuando vi los dos brillantes en el interior casi me pone en órbita.

—¡Dios mío, sí, aquí están!

Con el subidón de la victoria, fui a chocar los cinco con Quin en el momento en que él se acercaba para darme un abrazo y, de manera accidental, le pegué un tortazo.

—¿Y bien? ¿Seguro que no te colaste anoche para hacer una de prueba? —me preguntó más tarde.

—Seguro.

—Pero tienes un don innato para encontrar todas las cosas escondidas.

Me encogí de hombros.

—No es verdad. Solo me parecían sitios evidentes para esconder algo. Aunque todo el asunto era arriesgado. Si no hubiésemos encontrado los pendientes, la pobre Mabel habría estado perdida, y nos habríamos culpado el uno al otro.

—Yo sabía que daríamos con ellos.

—¿Es algo masculino? ¿Esa seguridad?

Se encogió de hombros.

—Es algo mío. —Y añadió—: Me gustas.

—No me conoces.

—Hay algo entre nosotros. Y lo sabes.

—Yo no estoy buscando nada.

—Te entiendo. Yo tengo fobia al compromiso. Soy un solitario y me puede la intimidad, pero aun así la cago. ¿Cuál es tu historia?

—Mi marido… —Aún me costaba demasiado pronunciar aquellas palabras. «Mi marido me dejó». Empecé de nuevo—: Mi matrimonio se rompió. Nos habíamos querido muchísimo… No estoy segura de que vaya a superarlo alguna vez.

Aquello pareció divertirle.

—Pues claro que lo superarás. Solo estabas esperando a conocerme a mí.

—¿Por qué os separasteis tu mujer y tú?

—Sí. Bueno… Me acosté con otra.

Pese a que era la historia más vieja del mundo, me molestó.

Quin suspiró.

—El caso es que he pensado: ¿y si soy sincero contigo? Pero si no lo digo desde el principio, la gente se enfada cuando se lo cuento…

—¿Con «la gente» te refieres a las mujeres?

—Sí. De modo que o se me juzga directamente en las puertas o cuando ya llevo rato en la cola.

—Quizá no deberías haberla engañado.

—Eso está clarísimo. Pero estoy intentando mejorar. He estado yendo a terapia. Desde hace once semanas ya, no me he saltado una sola sesión. Y estoy practicando voluntariamente… —dudó antes de pronunciar la palabra —, el celibato.

—¿Ah, sí? —Me había sorprendido. Amigos célibes no era para nada la onda que estaba captando.

—Nunca he tenido intención de que fuese para siempre —añadió rápidamente—. Solo tenía que dejar los rollos sin importancia.

—¿Ha habido muchos «rollos sin importancia»?

Me miró con recelo y encogió los hombros de un modo levísimo.

—Algunos, supongo.

Me lo creía.

—¿Y cuánto tiempo llevas con ese «celibato voluntario»?

—Veaaamos… Me gustaría decir ¿cinco meses?

—¿Desde octubre, entonces?

Se lo pensó.

—Tal vez no sean cinco meses. ¿Qué estamos, en marzo? No ha habido nadie en todo el calendario de este año.

—Eso no son ni tres meses.

—… Pensé que era más. Desde luego, me lo ha parecido.

«¡Rachel! Esto es una alerta roja».

Estaba completamente de acuerdo con mi voz interior, algo que no siempre ocurría. No era que me preocupase que Quin fuese a hacerme daño; nunca querría a otro hombre como había querido a Luke, lo que me hacía invulnerable. Pero lo último que me apetecía eran dramas.

En la escape room había habido un momento en que, mientras nuestros cuerpos trabajaban diligentemente el uno junto al otro, intentando abrir los

cajones, había saltado una chispa en mi interior. Quin olía… El único modo de describirlo que se me ocurre era «atractivamente no seguro». Por primera vez en años, mi cuerpo había reaccionado como el animal que era y había sentido un fuerte deseo.

Así que en ese momento, a la luz de las alertas rojas, me sentí decepcionada.

Cogí las llaves y el móvil.

—Gracias, Quin, hoy me lo he pasado bien, pero me voy ya.

OceanofPDF.com

8

¡Madre mía, eran casi las dos! Los mejores asientos ya estaban cogidos en la Sala del Abad, pero conseguí uno de calidad media. La última en llegar fue Trassa, que miró desalentada la única silla que quedaba: un lapso de dos horas en ella era duro incluso para los que no tenían articulaciones de anciano. Chalkie se levantó de inmediato y cedió a Trassa la butaca tapizada que había colonizado.

Vale, había llegado el momento de oír la historia de la vida de Trassa.

A veces oír la versión de un cliente de su vida era un verdadero placer, casi como asistir a una obra con un solo actor. La de Chalkie, por ejemplo, había sido esclarecedora, casi insoportablemente conmovedora y, en ocasiones, hilarante. Roxy, que trabajaba en la industria musical, había presentado un relato de viajes y *glamour*.

Pero Trassa… Madre mía. Menudo coñazo.

Nada de extrañar. Trassa era demasiado hábil protegiendo su adicción para dejar escapar ninguna verdad.

—Nací en… —Nos ofreció una retahíla de blablablás acerca de una infancia feliz en el Carlow rural: escuela, hermanos, pan de soda, dulce de azúcar… Nos regaló un par de historias potencialmente divertidas, una acerca de cómo intentó atrapar a un carnero a la fuga con sus hermanos. Por supuesto, alguien resbaló en el barro y «huelga decir» (aunque se dijo de todos modos) que el carnero fue recuperado.

La parte en la que conocía a su marido y se casaba con él fue un cliché detrás del otro, al igual que el nacimiento de sus cinco chicos. La frase «la mujer más feliz de Irlanda» fue utilizada en varias ocasiones.

Pero ¿de verdad podía una mujer ser «la más feliz de Irlanda» para cuando paría al quinto hijo en once años? ¿Sin analgésicos? ¿Sabiendo que

lo llevaría a una casa abarrotada de tres dormitorios? ¿Donde pasaría cuatro semanas de baja por maternidad antes de retomar su puesto en la cadena de montaje de la fábrica de cemento local?

Siguieron páginas de tedio sobre la etapa escolar de sus hijos, además de una descripción excesiva de los achaques de Seamus padre. De pronto me pareció una vida muy solitaria. No hubo mención alguna a amigas, solo a sus tres hermanos, sus cinco hijos, el marido inválido, hombres inútiles por todas partes, que infestaban sus días sin aportar ninguna alegría auténtica.

Despachó la adicción al juego en un par de líneas: le encantaba la sociabilidad del bingo y rascar una tarjeta el sábado por la noche «era algo divertido». La razón por la que había sacado cuatro mil euros de una tarjeta de crédito era porque tenía una apuesta segura en el Derby de Kentucky. (Y esta vez era el Derby de Kentucky, no el Grand National; los adictos cuentan tantas mentiras que a menudo les cuesta no perderse). No era culpa suya que el caballo se hubiese caído.

—Fin —concluyó con una leve sonrisa. «Venga ya», pensé yo.

Como siempre, invité al grupo a intervenir, pero ese día se mostraron extrañamente reacios. Solo Roxy se atrevió:

—No nos has contado nada de tu adicción.

—Roxy, cariño —dijo Trassa con un gesto de impotencia—, tengo sesenta y ocho años y once nietos, y estoy esperando a que me pongan una cadera nueva. No tengo ninguna adicción.

—Estás intentando manipularnos —la reprendió Roxy—. Como si no pudiésemos llamarte adicta porque eres una señora mayor.

—Si tuviese alguna idea de qué me estás hablando… —La cara de Trassa era la viva imagen de la perplejidad benévola.

Me volví a la izquierda.

—Chalkie.

—¡Sí, señora! —Se enderezó y me hizo el saludo militar.

—¿Por qué le has cedido tu asiento a Trassa, al principio de la sesión?

—Porque el sitio de esta silla —se balanceó tanto que estuvo a punto de caerse— encajaría mejor en Guantánamo.

—¿Le habrías cedido tu silla a Giles?

—Hum, no. Porque no soporto al jefe.

—¿O a Harlie?

—¿Harlie? Esa es joven y fuerte… —Su voz se apagó de pronto.

—¿Y Trassa no es joven y fuerte? ¿Le has cedido tu asiento a Trassa en señal de respeto por su edad?

—… no. Sí. No sé. Puede.

—Ninguno de vosotros está ayudando a Trassa al protegerla de la verdad. —Me había puesto seria—. Esto es lo que deberíais haber dicho: «Trassa, un rasca y gana el sábado por la noche no es nada comparado con tomar prestados cuatro mil euros de una tarjeta de crédito que obtuviste fraudulentamente en nombre de tu marido, apostarlos a un caballo y ser incapaz de devolverlos». —Me centré en Chalkie—. Dile algo útil a Trassa.

—Eh, venga, Rachel… —Se retorció, violento—. A los soplones…

—… moretones, Chalkie, no hace falta que me lo digas. Trassa necesita vuestra ayuda. ¡Vamos!

—Trassa —carraspeó—, yo creí que esa apuesta sería de unos cien euros. Cuatro mil es muy distinto. Eso es mucho dinero.

La expresión de Trassa se volvió desdeñosa.

—Tú eres adicto a la heroína, lo peor de lo peor.

El grupo se quedó pasmado. Los adictos tendían a atacar cuando se destapaban sus mentiras, pero era la primera vez que veían a Trassa hacerlo. De pronto todo el mundo se miraba los pies, aterrados porque yo los escogiese.

—Giles —le di pie.

En su cara se dibujó un «Oh, mierda».

—¿Por qué sacaste la tarjeta de crédito a nombre de Seamus padre? —le preguntó a Trassa, nervioso—. ¿Eso no es… fraude?

Imitando el acento de Giles con una inquina impresionante, Trassa replicó:

—Hacer un trío con tu primera mujer y tu segunda mujer, mientras estás casado con tu tercera mujer, ¿eso no es… fraude?

La vergüenza silenció a Giles.

—Para ser más exactos —logró responder al fin—, es adulterio. Moralmente reprobable. Lo que hiciste tú, en cambio, es un delito real.

Tras un breve silencio de estupefacción, Trassa comenzó a tartamudear en su defensa.

—¡Vaya! ¡Para el señor Farlopero Giles todo es bueno, estupendo! Te sobra el dinero. Pero la gente como yo, gente decente, que se gana la vida de forma honrada, hace lo que puede para ir tirando. Lo que es mío es de mi marido, y lo que es de mi marido es mío. —Con desprecio, añadió—: Tú, con tus inauguraciones de exposiciones, navegando por las islas griegas mientras escuchas ópera, nunca comprenderás cómo es la vida de una mujer como yo, ¡así que mantén esa boca pija cerrada!

Giles obedeció religiosamente. Todos cerraron la boca. El control de Trassa sobre el grupo era extraordinario.

—Trassa —dije—. No lo estás entendiendo. Lo que hiciste es ilegal.

—Pero no está mal. —Trassa había levantado la voz.

Harlie, que hasta entonces había estado retorciéndose el pelo y mirando a media distancia, se incorporó con tal brusquedad que todos la miramos.

—Estoy harta de tus chorradas —espetó—. Mentiste al actuar como si no hubieses tomado prestados más que unos cincuenta euros.

Me dio un vuelco el corazón. Hacía casi una semana que Harlie estaba enfadada pero preocupantemente distante; aquel estallido apuntaba a un progreso.

—¡Que mentí! —Trassa explotó—. ¿Cuándo he mentido yo?

—Se llama «mentir por omisión» —alegó Giles, envalentonado de golpe.

Harlie le lanzó una mirada de desdén.

—Gracias, Giles, no tenía ni idea, de verdad. —Se volvió de nuevo hacia Trassa—. Eres una mentirosa.

Por fin estábamos avanzando. Trassa ya no estaba del todo convencida de sus propias mentiras y yo necesitaba aparcar esto un tiempo, para que su verdad empezase la bendita transformación.

OceanofPDF.com

9

Era jueves por la noche para cuando Brigit me devolvió la llamada.

Ella y yo podíamos pasarnos semanas sin hablar, pero nuestro vínculo era tan fuerte como cuando compartíamos apartamento en Nueva York, más de veinte años antes.

Más o menos en la época en la que entré en rehabilitación, ella se enamoró de un hombre del condado de Galway, un hombre hablador de voz suave y mirada traviesa. Como todo el mundo, «trabajaba en tecnologías de la información». Los primeros años juntos fueron duros, apretujados en un pequeño apartamento de Queens con dos niños pequeños, luego regresaron a Irlanda, construyeron la casa de sus sueños (que también era la de los míos) en la granja remota y pedregosa de la familia de Colm, y tuvieron dos hijos más.

En lo que a cambios de vida se refería, aquello fue impresionante. «Cuanto más grande era la ciudad, más me gustaba —contaba ella—. Me esforcé muchísimo para encajar en Nueva York. ¿Quién me iba a decir que sería mucho más feliz en una península remota, con cuatro niños asilvestrados y a doce minutos de coche de la licorería más cercana por una carretera llena de baches?».

En más de una ocasión decía: «No me habría importado tener cuatro críos más. Embarazada, era más feliz que nunca. Pero Colm y yo estábamos demasiado cansados. Habríamos acabado muertos».

Todo lo que conllevaba la gran ciudad había desaparecido como por arte de magia —sesiones de peluquería, ropa de moda, una ambición agotadora —, pero Brigit, iluminada por la alegría y una gran curiosidad por todo el mundo, estaba preciosa. «¿Y la suerte que tuve —remarcaba a menudo— de aterrizar en un lugar en el que el parloteo es un pasatiempo legítimo?».

Porque, santo Dios, sí que hablaban en Maumtully (el emplazamiento de la licorería. Además de un cajero automático, una ferretería, una tienda de «paños de hombre», una farmacia/distribuidora de productos de veterinaria, varias galerías de arte, aproximadamente un centenar de tiendas de jerséis de Aran y un pequeño hotel). Las conversaciones se entablaban en las colas, en el pasillo central del Lidl, en torno a una lata de pintura abandonada de forma misteriosa en Main Street.

Brigit había sido testigo, más que nadie, de la peor parte de mi adicción. Había hecho mucho por protegerme y, en el momento vital, fue quien se dio cuenta de que había tomado demasiadas pastillas y llamó a la ambulancia. Que siguiese con vida era probablemente gracias a Brigit.

—Perdona que haya tardado tanto en devolverte la llamada —dijo Brigit.

—Cuéntame qué ha pasado. —Sus historias eran las mejores.

¿Quizá se hubiera averiado el motor del barco que llevaba a los estudiantes de botánica a la isla, y Brigit había tenido que conducir hasta Galway para buscar uno nuevo, y luego remar hasta el barco, con ocho mantas de papel de estaño porque los estudiantes sospechaban que sufrían hipotermia? ¿O el hotel había sufrido una inundación el día de la boda de Geraldine Skerrett con la estrella galesa de TikTok, lo que significaba que diecinueve invitados necesitaban alojamiento urgente, así que Brigit y Lenehan (su hijo mayor) tuvieron que limpiar y caldear su establo de Airbnb a la velocidad de la luz?

—Nada dramático esta vez —contestó—. Solo una serie de pequeños desastres. Así que, vale, la madre de Luke…

—He decidido ir —dije.

—Bien. —Sonaba complacida—. Parece… lo correcto.

Salté:

—¿Y eso por qué? —Atribuía a Brigit modestas capacidades psíquicas, que podría decir que ella tampoco hacía nada por negar.

—Solo parece… —hizo una pausa—, lo más decente.

—Eso es decepcionantemente prosaico.

—Pobre Luke. Y si ves a Joey Armstrong, guíñale el ojo por mí. Por los viejos tiempos… Bueno, ¿cuándo vienes a vernos?

Gemí, añorando aquella península del Atlántico, un lugar de una belleza retorcida y espectacular, donde las rocas brotaban de la tierra cubiertas de líquenes junto a árboles contrahechos.

¡Y la casa de Brigit! Tenía tres muros construidos con la piedra local azul grisácea, pero el de atrás era casi todo de cristal. Las zonas comunes eran todas espaciosas, apropiadas para una familia ajetreada, y de estilo escandinavo, pero los dormitorios, con sus camas altas de madera y sus colchas sencillas, eran sólidos y acogedores. Siempre que los visitaba, dormía como un tronco.

El problema, sin embargo, era el viaje en coche.

—Son apenas cuatro horas —dijo ella entonces.

Daba la impresión de ser mucho más.

—Es por estas carreteras de mierda.

—Están muy bien, hasta Galway. —Es lo que decíamos siempre.

Pero después de Galway se estrechaban y se volvían más irregulares, hasta que se convertían en pistas de un solo sentido llenas de baches, donde si tenías la mala suerte de toparte con otro vehículo, debías retroceder como diez kilómetros, esforzándote muchísimo por evitar que las ruedas traseras acabaran en la cuneta.

(Y, aunque me avergonzaba reconocerlo, conducir hasta allí al anochecer me daba miedo; temía encontrarme con Púca. Aunque no existiera tal cosa).

—¿Vendrías para el cumpleaños de Queenie? ¿El veintinueve de marzo? Vente a pasar el fin de semana con Quin.

—Espera que lo compruebe… ¡Lo siento, Bridge! Estaré en Barcelona. Mi aniversario con Quin.

—Oooh. ¡Barcelona por vuestro aniversario! Suena… serio.

—¡Ja, ja, ja, para!

—Pero es verdad, Rachel.

—¡Te quiero, adiós, hablamos pronto!

OceanofPDF.com

10

El viernes por la mañana, el día era seco y el cielo, azul. El enorme aparcamiento de la iglesia estaba casi lleno, y Kate y yo tuvimos que dejar el coche en el extremo más alejado. Eran casi las diez en punto para cuando llegamos a la entrada. El director de la funeraria y algunas otras personas de aspecto oficial deambulaban por el patio delantero, pero no había ni rastro de los Costello.

—Hace un frío que pela. —Me estremecí en mi abrigo negro. ¿Qué me esperaba, a principios de marzo?

—No hace frío. —Kate parecía preocupada—. Rachel, ¿estás bien?

—Sí. Yo… ¿De verdad no hace mucho frío?

—De verdad que no.

—Entonces seré yo. —Estaba buscando unas risas, pero no funcionó.

—Venga, entremos. —Me cogió de la mano.

De pronto se produjo un movimiento, un murmullo, entre los oficiales que esperaban. «Allá vamos».

Clavada donde estaba, vi cómo se acercaba el coche fúnebre, seguido de otros dos coches negros. Todo se movía a cámara lenta cuando salió un grupo de Costellos, todos vestidos de negro. Estaban los dos hermanos de Luke, sus esposas e hijos, su hermana, el marido de esta y sus hijos; hubo un tiempo en el que yo había formado parte de esa familia.

Uno de los sobrinos se parecía tanto a Luke de joven que, por unos instantes, el tiempo se detuvo y volví a tener veintisiete años.

—Rachel… —me susurró Kate, y me di cuenta de que le estaba clavando las uñas en la palma de la mano.

—¡Perdona! —La solté.

No veía a Luke por ninguna parte… Entonces, Dios mío, ahí estaba, levantando a un anciano —su pobre padre, ¡qué frágil estaba!— hasta una silla de ruedas. Con ternura, le colocó las piernas y le abrochó la chaqueta.

Me sorprendió lo poco que había cambiado el aspecto de Luke. Nada de vaqueros ajustados y chaqueta de cuero, claro; para la ocasión, llevaba un traje oscuro y una expresión aún más oscura. Tenía el pelo igual de brillante, pero más corto que antes. Por aquel entonces solía cortárselo yo; me pregunté quién se lo cortaría ahora.

—Rachel —Kate me acarició el brazo—, deja de mirar.

Demasiado tarde, advertí la mujer que había cogido a Luke de la mano. No fue más que una breve impresión de un abrigo negro, carmín de un color vivo y zapatos elegantes. A pesar del frío que sentía, de repente me vi empapada en sudor.

«¿Esto es real? ¿De verdad está ocurriendo?».

Desde la trasera del coche fúnebre, deslizaron el ataúd y los hombres de la familia —Luke, sus dos hermanos, su cuñado, el sobrino que se parecía a Luke y otro tipo de pelo oscuro— se adelantaron para cargarlo a hombros.

—Deberíamos entrar —susurró Kate, guiándome hacia delante.

Claire había dicho que lo más importante era escribir mi nombre en el Libro de Condolencias, que estaría junto a la puerta. «Así, si alguien lo comprueba —había dicho—, sabrán que has aparecido. Ni siquiera tienes que quedarte, puedes firmar sin más y salir pitando».

Con el ataúd pisándonos los talones, sin embargo, no nos daba tiempo.

Claire también nos había aconsejado que nos sentáramos cerca de una puerta por si necesitábamos huir, pero el lugar estaba atestado y sentarse era un regalo. Kate y yo avanzamos a toda prisa por la nave, los tacones de mis botas martilleaban mientras buscábamos un par de asientos vacíos desesperadamente. Madre mía, si no encontrábamos algo pronto, nos tocaría sentarnos delante, ¡junto a la familia! Solo de pensarlo… La exmujer, arruinando el funeral, como una loca con el corazón roto.

—Ahí —susurró Kate, y me condujo hacia un sitio a unas seis filas del primero.

Nos abrimos paso.

—Perdón, perdón, lo siento. —En realidad solo había espacio para una persona, pero cuando no hay pan, buenas son tortas.

Sintiéndome como si todo aquello fuera un sueño, advertí al grupo de hombres situado a la derecha, un par de bancos más adelante. Mayores pero no desmejorados, los Hombres de Verdad habían acudido en masa. Mi impulso inmediato fue desaparecer en mi abrigo negro. (Claire —que parecía saber todo lo que había que saber sobre funerales— me había dicho que la gente ya no iba de negro en los funerales, pero me había parecido lo apropiado).

Desde el cuello del abrigo, eché un vistazo, preguntándome cómo les habría ido a los chicos en los últimos seis años. Largo tiempo atrás, habían sido mis amigos; cuando perdí a Luke, los perdí también a ellos.

Estaba Joey el Cascarrabias, la estrella emergente. (Por aquellos días, en un principio Brigit y yo estábamos de acuerdo en que, si tenías que acostarte con uno de los Hombres de Verdad —en una situación tipo último hombre en la faz de la Tierra, por ejemplo—, la elección evidente habría sido Joey, que era sexy en plan huesudo y desdeñoso. Resultó que Brigit sí que se acostó con él).

Para entonces a Joey se le veía adinerado y sexy, con un traje de corte elegante y un corte de pelo elegante. No era el caso de Gaz, que seguía llevando vaqueros negros alarmantemente ajustados, una chaqueta de cuero negra y lo que parecía medio bote de laca para el pelo para contener las greñas, peinadas hacia atrás. Bien por él. Se había mantenido fiel a sus principios. Johnno, casi irreconocible, se hallaba en plena decadencia de padre de alguien, relleno y calvo. Y estaba Shake, que tenía buen aspecto y aún llevaba la excelente cabellera que le había dado el mote.

El órgano comenzó a sonar y un buen número de Costellos tomó asiento en los bancos de delante. Yo intenté echar un vistazo a la mujer que había ido de la mano con Luke, pero tenía la cabeza inclinada, así que solo capté un atisbo de cabello rubio a la altura del hombro y una cara de rasgos marcados pero delicados.

Se acercaba el señor Costello, cuya silla empujaba la hermana de Luke, Vanessa. Cuando llegó a la altura de nuestro banco, nuestras miradas se encontraron. Sus ojos oscuros destellaron de sorpresa y —¿quizá?— cariño.

A continuación, llegó el féretro. Luke se encontraba en «mi» lado y, cuando pasó, con el rostro rígido, el corazón me latió con tanta fuerza que pensé que llegaría a oírlo. Depositó el ataúd en el soporte que había junto al altar y fue a sentarse en un banco cerca de la parte delantera, sin parar de disculparse, hasta que estuvo al lado de su chica. Desde atrás, vi que ella le cogía la mano entre las suyas y se sentaban juntos, con los cuerpos muy cerca el uno del otro.

Con un coro de carraspeos y susurro de pies en el suelo, la misa comenzó y la realidad empezó a cuajar. Luke estaba ahí, al otro lado de la nave. Con otra mujer.

En los meses, incluso años, previos a ese día, me había sentido bien. Por el modo en que habíamos terminado, era probable que siempre me doliese, pero me había sentido bien. En paz, en realidad.

Pero en ese momento, en esa iglesia, el viaje en el tiempo me estaba mareando; en un momento Luke y yo éramos la persona más importante del mundo para el otro, y al siguiente había transcurrido más de media década, y desde entonces habíamos permanecido consignados al pasado del otro. Era una locura.

Fue entonces cuando advertí algo horrible que tenía lugar por debajo de mis rodillas, una sensación palpitante, como si la parte inferior de mis piernas fuese a estallar a través de las botas altas, igual que el Increíble Hulk cuando reventaba la camiseta.

El problema eran mis pantorrillas. En general, tenía una talla mediana, pero la parte inferior de mis piernas se veía anormalmente abultada. Me resultaba casi imposible encontrar botas cuya cremallera me subiera hasta las rodillas. Ese par habían pasado el examen porque, si me tumbaba en el suelo y le pedía a Kate que utilizara una percha metálica, casi se cerraban hasta arriba. Pero no debería haber malgastado el dinero. Y sin duda no debería habérmelas puesto ese día. Como una tonta, había esperado que el cuero negro, en conjunción con el abrigo negro, impresionase a la gente.

Bueno, a ver cuánto les impresionaba si me reventaban las piernas.

A continuación, sacándome de mis preocupaciones acerca de espinillas que estallaban, el cura anunció que Luke haría una lectura.

Con su traje oscuro, subió despacio los escalones hasta el altar y se instaló en el púlpito; tenía la cara tan pálida como la camisa blanca que llevaba, y su gesto era tan serio que resultaba imposible creer que había habido un tiempo en que su frase para entrarme era: «Supongo que si te propongo un polvo me mandarás a paseo, ¿no?».

Sin alzar la vista en ningún momento, tragó saliva y comenzó, en voz baja y rasposa:

—Recuérdame cuando me haya ido…

Dios, ese poema, no. Al instante se me llenaron los ojos de lágrimas, que empezaron a resbalarme por la cara.

Luke hizo una pausa. Transcurrió un segundo o dos antes de que continuara:

—Muy lejos, a la tierra silenciosa.

Otra pausa.

—Cuando ya no puedas tomarme de la mano…

Se le quebró la voz en las dos últimas palabras, pero continuó:

—Y yo me vuelva para marcharme… y decida quedarme.

Esta vez la pausa se prolongó demasiado. Su hermano Mattie ya estaba subiendo para rescatarlo.

Cuando Luke bajaba, con la cara blanca y la cabeza gacha, alzó la vista de pronto y recorrió a la congregación con la mirada. Entre aquel mar de rostros, me vio a mí. Nuestros ojos establecieron contacto y los suyos reflejaron reconocimiento.

Intenté advertir algo —lo que fuera— en su expresión, pero su mirada se quedó vacía, y entonces apartó la vista con desdén y me dejó con todo el cuerpo temblando.

Me sentí totalmente mortificada. Solo entonces pude admitir que había estado albergando una levísima esperanza, una fantasía absurda en la que Luke caía de rodillas y declaraba que nunca había dejado de quererme.

Me sentí humillada. Estúpida. Completamente destrozada.

Pasé embotada el resto de la ceremonia, que acabó con el féretro empujado por la nave y la familia saliendo apenada en tropel detrás de él. Cuando Luke pasó a la altura de nuestro banco, mantuvo la cabeza gacha.

La familia estaría esperando fuera, delante de la iglesia, donde la gente podía presentar sus respetos en persona, así que le dije a Kate:

—Saldremos por la puerta lateral.

—¿No quieres verlo?

Madre mía, no. Necesitaba alejarme todo lo posible. No había ninguna esperanza de que fuésemos a ser amigos. Su mirada apagada me había sacado de toda duda.

La realidad era que había pasado mucho tiempo, que él había conocido a otra persona, y yo, también. La situación era tan inamovible como lo sería siempre.

—Será mejor que firmemos el libro —dijo Kate.

No hacía falta, él me había visto, sabía que había estado allí.

Salimos con sigilo, pero para llegar al aparcamiento, teníamos que atravesar el patio delantero de la iglesia, donde iba congregándose la multitud. Con la cabeza gacha, Kate y yo nos escabullimos a toda prisa; me dolían horrores las espinillas, que —de un modo inexplicable— también tenía entumecidas.

—¿Rachel? —me llamaron.

—Oh, no —susurré.

Kate y yo correteamos aún más rápido.

—¡Rachel! —La voz estaba mucho más cerca.

No había escapatoria, así que me detuve y me volví hacia el hermano de Luke, Justin, y un hombre más joven, el que se parecía al Luke de veintitantos.

—¡Me había parecido que eras tú! —declaró Justin.

Encontré natural abrazarlo.

—Siento mucho lo de tu madre. Era encantadora.

—Margie era un personaje. —Consiguió reír levemente—. Es un día triste. —Se volvió hacia Kate y le tendió la mano—. Justin Costello.

—Nos conocemos —dijo ella con timidez—. De hace mucho tiempo. En su boda, la de Rachel y Luke. Soy Kate, la sobrina de Rachel.

—Madre mía. —Parecía algo impactado—. No te das cuenta de cómo pasan los años. —Indicó al joven que se acercara—. Este es Devin, mi hijo mayor.

—¿Devin? —No pude ocultar mi sorpresa—. ¡La última vez que te vi tendrías doce años!

De cerca, tampoco se parecía tanto a Luke de joven. Tenía el mismo pelo negro y una constitución similar, pero sus ojos eran muy distintos de los charcos de oscuridad de Luke.

El chico nos estrechó la mano educadamente a las dos.

—¿Te vienes a casa? —me preguntó Justin—. A mi casa, en Rathmichael. Está invitado todo el mundo, nos encantaría que vinierais.

«Ir a casa».

De ninguna manera. Tenía que alejarme de los Costello, de todos ellos.

—No creo que sea muy buena idea… —Sobre todo con Luke y su nueva señora allí—. Pero… —Se me saltaron las lágrimas de nuevo—. Solo dime: ¿él está bien? —Medio riendo, añadí—: Aparte del hecho de que acaba de morir su madre, quiero decir.

Justin pareció triste y avergonzado.

—Está bien, está bien. No te preocupes por él.

—¿Podrías darle el pésame de mi parte?

—Puedes dárselo tú misma si vienes a comer. Vamos, Rachel, nos encantaría verte. Mi padre está deseando que vengas.

Automáticamente, miré por detrás de Justin, a la colección de Costellos reunidos cerca del coche fúnebre. Desde su silla de ruedas, el señor Costello nos observaba. Me miró a los ojos y levantó la mano con gesto amistoso. ¿Qué demonios?

«Ve a la comida».

Apreté la mandíbula.

—Vale. Iremos.

—Genial. Nos vemos allí.

Me aferré al brazo de Kate y nos escabullimos hasta el coche. Cuando estábamos lo bastante lejos para poder hablar tranquilas, Kate me preguntó:

—¿De verdad vamos a ir?

—No. No puedo ir solo por complacer al padre de Luke.

—¿Has mentido?

—Solo estaba siendo irlandesa. Justin no habría parado hasta que hubiese accedido. Era más fácil seguirle la corriente.

OceanofPDF.com

11

Ted me echó un vistazo sin más.

—Vete a casa.

—No. Estoy bien. —Bueno, lo estaría: zambullirse en el trabajo siempre ayudaba.

—No tienes buen aspecto —añadió Murdo—. ¿Y dónde están tus zapatos?

—Botas, en realidad. He tenido que quitármelas antes de que me reventaran las piernas. Solo necesito cambiarme de ropa, luego estoy lista.

—Rachel —dijo Ted—, Murdo puede sustituirte en…

—Ted —le dirigí mi mirada más sincera—, estoy bien. Gracias. Y gracias a ti, Murdo. ¿Ya está aquí mi nueva interna? ¿Sí? Vale, voy a buscar a Priya.

Puse fin a la discusión alejándome.

Estaré bien, me decía a mí misma. Estaré mejor que bien, estaré muy bien, en realidad… ¿no?

«Cuesta decirlo. ¿Quiiizá deberías haber ido a casa de Justin?».

A veces la voz de mi cabeza podía hacer gala de una suficiencia irritante.

Veinte años antes, Nola accedió a convertirse en mi madrina con la condición de que me buscara «un poder superior». No me apetecía nada: dejar las drogas ya era bastante duro sin para, encima, tener que ponerme espiritual.

Con el tiempo, sin embargo, se desarrolló algo vago, sutil, donde mantenía charlas en mi cabeza con algo que no era yo. Por aquel entonces era lo más concreto que podía manejar. Pero, con los años, la voz de mi

cabeza había crecido y evolucionado, desarrollando toda una personalidad propia. A veces podía resultar insoportable.

—¡Rachel! —Y ahí estaba Priya.

En la oficina me puso al día sobre Ella Black. La había liado a la hora de entregar el móvil hasta que concluyera su estancia allí; nada raro. Todos lo hacían; yo misma lo habría hecho si hubiese tenido móvil por aquella época.

Tampoco me sorprendió enterarme de que Ella había preguntado por las clases de yoga: casi todas las mujeres reconocían estar obsesionadas con el ejercicio y pensaban que el verdadero beneficio de la rehabilitación sería la oportunidad de perder una talla. Para qué preocuparse por aprender las técnicas para superar una adicción, cuando lo que realmente las emocionaba eran seis semanas ininterrumpidas para ponerse fuertes pero no flacas. (Esa había sido yo).

Descubrir que no teníamos ni gimnasio ni piscina ni nada solía ser un momentazo: objeciones enfadadas y subidas de tono en las que lanzaban frases como «subidón natural», «me mantiene sana» y «derechos humanos». (También yo).

Aunque tenía su gracia que cuando descubrían que harían abundante ejercicio limpiando baños, pasando la aspiradora por los pasillos y, en general, manteniendo la casa entera como una patena, se ponían aún más furiosas. (De nuevo yo misma).

Habían registrado el equipaje de Ella y habían incautado el inevitable contrabando. (Y otra vez yo. Cuando llegué a The Cloisters, había intentado colar una caja de Valium).

—Pero los análisis de sangre han salido limpios —dijo Priya. Significaba que estaba dentro.

En el comedor había una mujer joven con el brazo en cabestrillo, tenía que ser Ella. En pantalones de yoga, zapatillas y un jersey con los bordes deshilachados que yo tenía igual pero de otro color, estaba en plena flor: cabello oscuro y brillante, con pecas, era guapa y de aspecto saludable.

—¿Ella? Soy Rachel, tu terapeuta. Ven conmigo, vamos a charlar.

En la consulta, nos sentamos una enfrente de la otra.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunté.

—Ah, ya sabes. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Esto no estaba incluido en mi proyecto de vida.

—¿Engancharte a los somníferos?

—No, me refería… Me refiero a acabar en rehabilitación.

—¿Y engancharte a los somníferos? ¿Estaba en tu proyecto de vida?

—Bueno, no, porque no estoy enganchada. —Tenía la mirada lúcida, sincera—. No me he enganchado.

—¿Entonces…? —Fingí estar confundida—. ¿Por qué estás aquí?

—Mi novio y mi mejor amiga digamos que se han acojonado. Pasó algo con el coche de Jonah… Han exagerado.

—¿Y Boyd, tu jefe?

Pareció sorprenderla que supiera quién era.

—Él también ha exagerado.

—Eso es un montón de gente exagerando.

—Sé lo que parece. —Tenía tantas ganas de explicármelo—. Sobre el papel, los hechos son malos. Pero me conozco bastante bien… Lo sabría si tuviese un problema. Y créeme, si lo tuviese, querría afrontarlo.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—Creí que si venía unas semanas dejarían de flipar.

—Claaaro. Así que ¿has venido para demostrar que no eres una adicta? —De vez en cuando también podía interpretar a la poli buena.

Me miró a los ojos.

—Y sé cómo suena eso también. Pero los tenía tan encima que creí que era más fácil ceder.

Los pacientes nunca dejaban de sorprenderme. Podían convencerse a sí mismos de que el día era la noche con tal de seguir consumiendo. De vez en cuando, la realidad podía abrirse paso, pero, en la mayoría de los casos, de verdad creían que podían justificar la bebida o las pastillas o las apuestas o aquel polvo sin importancia. Gente razonable, gente inteligente, gente educada… Eso no cambiaba nada. La adicción era la ola que se llevaba consigo hechos, sentido común, amabilidad, todo lo bueno.

—Vale. Pues me gustaría que escribieras la historia de tu vida. —Le pasé un impreso—. Esto es una plantilla. Como puedes ver, nos gustaría que pusieses especial énfasis en tu relación con las drogas.

—Pero yo no soy…

—Pero hazlo de todos modos.

—¡Claro! —Era tan alegre y positiva—. ¿Por qué no?

—Puedes volver al comedor, y nos vemos en terapia de grupo en quince minutos.

No había hecho más que asegurarme el mejor asiento de la Sala del Abad cuando Ella entró a trompicones, reclutada por Giles. Nada de lo que asombrarse: para Giles, cazar mujeres era igual de automático que respirar.

Señaló la silla tambaleante que me había tocado el miércoles por la mañana e instruyó a Ella:

—Evita esa silla a toda costa. Y esa también. Aunque esta está bien.

En cuanto Ella se hubo sentado, Dennis irrumpió por la puerta. Llevaba en The Cloisters menos de una semana y ya tenía «su» silla; se detuvo en seco al ver que la ocupaba Ella, quien —muy sensible al estado de ánimo de los demás— se levantó de un salto.

—¡Lo siento! ¿Es tu sitio?

Dennis, con su profunda necesidad de ser amado, declaró:

—Para nada, para nada. —Y de algún modo consiguió transmitir que sí, que sin duda se trataba de su silla, pero que era un ser tan extraordinariamente decente que se la cedería, y de nada.

—Siéntate, siéntate, siéntate. —Hizo un gesto.

—Gracias —respondió ella con timidez, y obedeció.

A continuación, llegó Chalkie, luego Harlie… y la energía de la sala cambió. Harlie y Ella se midieron, y algo pasó fugazmente entre ellas. Era evidente que Harlie pensaba que Ella, con sus pecas y su pelo rebelde natural, era patética. Y Ella pensó que Harlie, con sus extensiones y su elaborado maquillaje, era ridícula.

Fue odio mutuo instantáneo.

—Ella —comencé—, ¿puedes presentarte?

—Hum, sí, soy… Me llamo Ella, soy originaria de Waterford, ahora vivo en Dublín y tengo el mejor gato del mundo.

—¿Tienes perros? —preguntó Dennis—. Siento un gran respeto por los gatos, pero… ¿alguna vez piensas que tu colega te está juzgando? A un perro no le importaría lo que hicieses, pero un gato…

—Para nada. Mooch es la leche, él…

—Maaadre mía —siseó Harlie.

—¿Perdona? —El tono de Ella fue seco, lo que hizo que Chalkie sonriera. Lo cual, a su vez, hizo que Ella se centrara en él y en su magnetismo de ojos azules, luego se sonrojó levemente.

—Ella —intervino Roxy—, ¿por qué estás aquí?

—Lo siento. —Soltó una risita y su cara adoptó un rosa más oscuro. Era encantadora, muy simpática—. Podría pasarme el día hablando de gatos. Bueno, es una locura, tuve una reacción extraña a la medicación. Medicación con receta. De un médico.

—¿Pero…? —preguntó Dennis.

—Mi novio estaba flipando… —dijo Ella—, y mi mejor amiga, también… por cómo había reaccionado a las pastillas. Se pusieron en plan: «Vas a acabar muerta». —Lo dijo con una voz divertida que arrancó una risa a Dennis y a Trassa. El resto, sin embargo, se quedaron igual—. Sé que estoy bien, pero para que dejasen de preocuparse, me pareció más fácil registrarme aquí.

—¿Te gustaría hablar al grupo de los hechos que lo desencadenaron todo? —dije.

—… Ah… ¡Vale! Pues sí, en febrero, el del año pasado, volvía a casa del trabajo. Tarde. Así que estaba oscuro. Iba caminando desde la parada del tranvía hacia mi casa, y dos personas, dos hombres, aparecieron sin más y… y… —Había bajado la cabeza hasta el pecho y susurró—: Lo siento…

—Tómate tu tiempo, Ella.

—Me agarraron y… me quitaron la mochila. Lo tenía todo dentro, el móvil, el portátil, todo mi trabajo y mis cosas…

—¿Te violaron? —preguntó Dennis. Siempre tan sensible.

Ella levantó la cabeza y se quedó mirándolo.

—No… Pero me hicieron daño y me cagué de miedo. —Miró en mi dirección—. Perdón por la expresión.

Aquella educada disculpa resultó graciosísima. En cuestión de días, si era como todos los demás, Ella estaría echando pestes fuera de control.

Esperé en silencio. Tenía la sensación de que Harlie se lo sacaría por mí.

Esta, por supuesto, se apartó la gruesa cortina de pelo y preguntó:

—¿Qué pasó entonces?

—¿A qué te refieres?

—No estás en rehabilitación porque te atracaran. —Oh, cuánto desdén —. ¿A qué te enganchaste?

—A nada.

—Pastillas —le recordó Harlie—. Has dicho que estabas tomando pastillas. Y tus amigos dijeron: «Vas a acabar muerta». Por tanto, ¿qué hiciste?

—Era incapaz de dormir. Cada vez que cerraba los ojos era como si sintiera sus manos sobre mí, tenía tanto miedo… Mi médico me dijo que sufría trastorno de estrés postraumático… Me recetó somníferos.

—¿Y? —inquirió Harlie—. Nadie entra en rehabilitación porque su médico le diese una receta.

—… Vale… —Ella me miró en busca de orientación.

Yo seguí con cara de póquer. Era algo que me había costado mucho al principio, todo el rollo impasible. Mi primer impulso siempre era correr a ayudarlos. Si me dejan sin supervisión, yo también soy una complaciente devota.

—Pues sí, ocurrió algo extraño. Una noche, la semana pasada, cogí el coche de mi novio. Me había tomado el somnífero, estaba dormida en la cama, y es una locura, pero no recuerdo haberlo hecho…

—¿No recuerdas haber conducido? —saltó Harlie.

—A veces ocurre con esas pastillas. —Ella estaba en plan explicación sincera—. En Estados Unidos hay juicios por esto. Es culpa de las pastillas.

—¿Llegaste bien a casa esa noche? —pregunté yo.

—Hum, no. Estrellé el coche contra un muro…

—El ventanal de una casa —corregí.

—¡Eh, un momento! —exclamó Roxy—. ¿Así es como te rompiste la clavícula? ¿Ese fue «el accidente»?

—¡Sí! —Ella sonreía, pero tenía la cara roja, la habían pillado.

—Pensé que te habías resbalado en el hielo o algo así —dijo Roxy.

Por supuesto, Ella se había mostrado vaga acerca de la lesión, tratando de confundir para evitar cualquier conexión entre huesos rotos y somníferos.

Había intentado mantenerse firme en su versión saneada y simplificada de lo que había hecho, pero la historia real se revelaría a lo largo de los días y semanas siguientes. A menos, claro, que empezase a practicar sexo con algún otro paciente detrás del sofá en la sala de juegos. Y, por las miradas anhelantes que no paraba de lanzar a Chalkie, todo era posible.

OceanofPDF.com

12

En la sala de personal, recogí mis cosas.

—¿Seguro que estás bien? —me preguntó Murdo—. ¿Quin vuelve…?

—El domingo por la mañana. —Deseé que hubiera vuelto ya.

—¿Qué planes tienes ahora?

—He quedado con Claire en Dundrum para comer una hamburguesa. —Y pasarle el parte.

—Dundrum. —Hizo una mueca—. Todas esas tiendas y mierdas. La cascada de mentira… Pues pásalo bien. Si es que es posible. Nos vemos el lunes.

—¿Y bien? —me preguntó Claire mientras deconstruía su hamburguesa, descartaba el pan y me ofrecía las patatas—. ¿Llegaste a hablar con él?

Negué con la cabeza. Ya me estaba arrepintiendo de no haber ido a casa de Justin. Habría tenido una oportunidad de acorralar a Luke, quizá de interrogarle sobre las razones por las que me había dejado, pero la desaprovechó.

—Aunque me vio. Sabe que estuve allí.

—No está mal, no está mal. —Hizo una pausa cargada de significado—. ¿Qué aspecto tenía?

—Triste.

—Bueno, sí, obvio. —Durante medio segundo, su expresión fue de lamento fingido, luego perdió interés—. Pero ¿sigue estando… bueno?

Eh, no iba a haber forma de eludir la pregunta.

—Sí, Claire. —Suspiré—. Aún está bueno.

—¿Con todo ese pelo oscuro? ¿La mirada intensa y perturbadora? ¿El cuerpo sexy todavía?

Se me revolvió el estómago.

—Sí. —Luego añadí—: Sí. Y sí.

—Sí. —Guardó un silencio reflexivo—. Ya sabes, iba a decir: «Qué pena». Que quizá te habría ido mejor si se hubiese estropeado con los años. Pero un hombre tan sexy como Luke Costello sería una pérdida terrible para el mundo.

—Esto no me está haciendo sentir mejor. Lo digo por si era tu intención.

—Lo siento, cariño. Cómete tu… lo que sea esa cosa vegetariana. Bueno, escucha, vas a sentirte rara durante unos días. Te afectará al sueño, comerás un montón de helado y los fabricantes de zapatillas del mundo deberían prepararse para un pico en las ventas. Pero esto también pasará.

Tenía razón. Era lo bueno de no ser joven: saber por experiencia práctica que los sentimientos, incluso los peores, se calmaban y acababan pasando. Probablemente no desaparecerían para siempre, esa era otra cosa que había aprendido: la noción de «cierre» es poco realista. Si había sentido una emoción una vez, quedaba archivada y podía reactivarse en las condiciones adecuadas, o, más exactamente, en las inadecuadas.

—¿Qué llevaba puesto? —me preguntó.

—Traje.

—¿Fotos?

—Claire…

—¿Pantalones ajustados?

—No de un modo obsceno.

—Pues eso sí que es una pena. —Y añadió—: Sí, perdona, Rachel, perdona. ¡Bueno! ¿Por qué iba a importarte Luke cuando Nick Quinlivan está dándote lo tuyo? Quin es un hombre sexy, yo solo digo eso.

A Claire le había gustado cómo sonaba Quin aun antes de conocerlo. Me había regañado por darle calabazas después de nuestra primera cita.

—Fue sincero contigo —había dicho ella—. Cometió un error al engañar a su esposa y ahora está intentando hacerlo mejor. ¿Y en serio piensas que vas a conocer a alguien que no la haya cagado en algún

momento? Está en la naturaleza humana, todos lo hacemos. Dale una oportunidad, ¿quieres?

Y, sorprendiéndome a mí misma, había decidido que podía hacerlo. Había experimentado un cambio en cómo me sentía respecto a mí misma desde el fin de semana de la meditación. Notaba sin duda cierto perdón, cierta sanación. Solo eso ya me hacía sentir positiva en cuanto a Quin.

E, inesperadamente, él me había gustado.

Eso lo había descubierto cuando Claire me preguntó:

—¿Qué te parecería tenerlo encima, dándolo todo, empalándote?

—¿«Empalándome»?

—Lo siento —dijo—. Es el gel de testosterona. Desde que he empezado, pienso en sexo doce veces por segundo. Supongo que esto es lo que se siente al ser un hombre.

Era un misterio por qué el médico de Claire le había dado, de todo lo que había, suplementos de testosterona. Tampoco es que le hubiese faltado nunca seguridad en sí misma. La menopausia parecía un país extraño con algunas prácticas muy raras, y me esforcé en fingir que yo nunca envejecería lo suficiente para que me pasase.

Yo podría haber estado perimenopáusica perfectamente, pero costaba estar segura, puesto que ya tenía varios síntomas. ¿Insomnio? ¡Pasen y vean! ¿Cansancio? Bueno, cosas de la vida moderna.

—¿Y bien? —había insistido Claire—. ¿El empalamiento…?

Había pensado en ello y… oooh. Sin duda despertaba algo.

—Dios mío —había exclamado ella, encantada—. ¡Te gusta cómo suena! ¡Será mejor que contestes la próxima vez que te escriba!

De vuelta en el presente, pinché las patatas de Claire con mi tenedor.

—Cógelas todas —dijo—. Sálvame de los carbohidratos. Bueno, Rachel, si alguna vez te cansas de Quin…

Madre mía, ya volvíamos a acercarnos peligrosamente a la conversación en torno al intercambio de parejas. Y yo que esperaba que se hubiese olvidado de ello…

—¿Ya has encontrado vestido para la fiesta de mamá? —solté en voz chillona.

Cumpliría ochenta años al cabo de cuatro semanas y nos había ordenado que le organizáramos una fiesta sorpresa. Entre el dinamismo de Claire y la naturaleza meticulosa de Margaret, los preparativos estaban muy avanzados: habíamos invitado a ochenta familiares y amigos-enemigos de mamá a una recepción con champán y una cena en el SugarLoaf Inn; un «modisto» que había conseguido encontrar Margaret estaba confeccionando un vestido recargado y, en Nueva York, Anna estaba en negociaciones con sus jefes para asegurarnos enormes cantidades de productos de maquillaje y cuidado de la piel gratis para las bolsitas de la fiesta.

—Dios, los vestidos —declaró Claire—. Si solo tuviera que preocuparme por mí… Pero también tengo que pedir para Kate, Francesca y Molly.

Molly era su hijastra, hija de Adam de otra relación. Más o menos de la edad de Kate, Molly era esbelta, guapísima, encantadora y tenía un alto cargo como científica en una empresa de energías limpias. Todos estábamos enamorados de ella, pero mi madre era la peor: se sentía absolutamente fascinada por las impecables habilidades sociales de Molly. También tenía tendencia a sufrir frecuentes ataques de ira provocados por lo mal que quedaban todas sus propias hijas y nietas en comparación.

—Y luego tengo que preocuparme de Luka. Le he pedido una sudadera con tachones de Balenciaga, y se niega a probársela siquiera. «El planeta», dice. ¡Qué chaval de quince años tiene la oportunidad de llevar Balenciaga!

Luka era un joven increíblemente alto, increíblemente delgado, increíblemente sincero. No demasiado divertido, la verdad. Y no era culpa suya. Como los adolescentes en todas partes, rechazaba el sistema de valores de sus padres; y para sus padres todo era diversión.

—En serio, Rachel, qué estrés.

—Tú no estás estresada —dije—. ¡Te encanta!

—Ah, sí. —Pidió la cuenta con un gesto—. Tengo que irme.

—¿En qué andas?

Asintió en dirección a la cuarta planta, donde se encontraba el medispa.

—Un viejo centro de remodelación corporal con radiofrecuencia.

—¿Qué hace eso?

—Tensar. —Frunció los labios con evidente satisfacción—. Teeen… saaar… Nos vemos mañana.

Primera noticia.

—Reunión de comité para la fiesta de mamá —aclaró.

¿Otra? Había tantas…

—Oye, ¿sabes qué le pasa a Helen?

—No tengo ni idea. Pero tendremos que sonsacárselo. Vale. ¡Adiós!

Después de que Claire se fuese, tuve un momento de caída libre, de no saber qué hacer a continuación. Estaban las tiendas… Siempre podía darme una vuelta, para matar el tiempo. Pero no.

¿Llamar a Quin por FaceTime? De nuevo, no. Estaba tan sensible que era probable que dijese algo que lo hiriera accidentalmente. ¿Llamar a Nola? Madre mía, ¡no! Mi peor idea hasta el momento… Me sometería a una inmersión en mis emociones y motivaciones para la que no tenía un gramo de energía.

«Ve a una reunión».

Si conducía rápido, había una reunión de Narcóticos Anónimos a las ocho y media a la que era posible que llegase. Era tan tan tentador saltármela e irme a casa para tirarme en el sofá…

«Ve a la reunión».

¡Vale! ¡Voy!

La gente que nunca ha ido a una reunión de los Doce Pasos cree que va de adictos que se lamentan de su existencia sin alcohol ni drogas. Pero no tiene nada que ver. En las reuniones hablamos acerca de lo que sea que esté pasando en nuestras vidas, bueno o malo, gestionamos nuestras respuestas a emociones fuertes, celebramos todo lo que es bueno e identificamos viejos hábitos destructivos, para no recaer.

Una vez allí, me alegré de haber ido. Me vino bien sentarme en una silla dura en un círculo con otros de mi calaña y conectar conmigo misma: sí, mi nombre era Rachel; sí, era adicta; sí, mis sentimientos ese día eran dolorosos, pero sí, podía sobrevivir a ellos.

¿Qué más necesitaba?

OceanofPDF.com

13

En casa no había ni rastro de Kate. Después de sacar a Crunchie a dar una vuelta rápida alrededor del edificio, me fui dando tumbos a la cama y llamé a Quin por FaceTime. Esperaba una llamada rápida, un gesto de cortesía básica antes de ir a dormir. No era el momento apropiado para una conversación profunda y significativa.

—¿Qué tal ha ido el funeral? —me preguntó—. ¿Has hablado con tu ex?

—No. Pero ha estado bien. Podemos hablar de ello el domingo. Bueno, si lo necesitamos. Pero está todo bien, de verdad.

Nos despedimos y me sobrevino una ola de gratitud porque, dos años antes, había escuchado la recomendación de Claire y le había dado una segunda oportunidad.

—Pregúntame lo que quieras —me había dicho—. Y te responderé con sinceridad.

—¿Por qué engañaste a tu mujer? ¿Porque eres el Señor Perfeccionamiento?

—Qué va, con Shiv no fue nada parecido. Pero ella estaba haciendo el tonto, ya sabes, flirteando con un hombre con el que trabajaba. Yo estaba… herido. Herido, asustado, humillado… De modo que decidí devolvérsela. Lo cual es patético, no hace falta que me lo digas. Esperaba que ella viera lo que se perdía, pero el caso era que ella se había hartado de mí y yo era demasiado estúpido para darme cuenta.

—Eso es mucho drama, Quin.

—Shiv es… tiene un carácter fuerte. Ella y yo éramos bastante parecidos. Pero todo aquel drama fue temporal. Y ocurrió hace cinco años.

Ahora cuidamos el uno del otro. Aunque no como antes. —Hizo una pausa —. Tú, en cambio, me gustas mucho.

—¿Por qué?

—¿Por qué le gusta una persona a otra?

—Tengo la sensación de que la única razón de que me desees es porque crees que no puedes tenerme.

—¿No puedo tenerte? —replicó—. Entonces ¿por qué me has escrito? —Era la primera vez que lo veía sonreír—. Rachel, quizá tengas razón, quizá el único motivo por el que te deseo es porque no puedo tenerte. Pero no lo sabremos hasta que lo probemos. Vamos a tener que arriesgarnos.

Me sostuvo la mirada y me quedé paralizada por que no fuera la de Luke. Sinceramente, pensaba que nunca volvería a considerar a ningún otro hombre y, si bien eso parecía haber cambiado, la falta de familiaridad con Quin me confundía.

Esa fantasía de «Al cabo de diez minutos sentía como si lo conociera de toda la vida» no ocurría con tanta frecuencia en la realidad. A nadie le gusta oír esto, pero la intimidad no es un regalo concedido por los Dioses del Amor a Primera Vista, sino que es algo en lo que ha de trabajarse, como aprender a mantenerse erguido en un monociclo.

Ese relativo desconocido quería cosas de mí: mi tiempo, mis pensamientos, acceso a mi cuerpo. Y, por primera vez en una eternidad, la idea no me resultó espantosa. Se lo achaqué al extraño asunto que había tenido lugar entre nosotros el fin de semana de la meditación.

No sería fácil. Yo había perdido la práctica. Pero si quería una vida con amor, tendría que pasar tiempo con esa persona a la que no conocía, tendría que soportar silencios que a veces distaban mucho de ser cómodos, tendría que aceptar todos aquellos aspectos en los que no era Luke.

Y de repente me pareció bien.

«No va a durar». Eso fue lo que pensé al principio. Me reía de la impaciencia de Quin, y no estaba por la labor de que me intimidasen sus rápidos cambios de humor. Y, sin saberlo, esa era la actitud perfecta.

Él era interesante. Intrigante. Con frecuencia divertido.

Y sexy. Dios, sí. Tenía un punto que hacía saltar chispas en la pila gastada que era mi corazón.

Sin embargo, había un montón de cosas malas en él. Aunque contaba con una o dos mujeres con el corazón roto en su pasado reciente, podía decirse que no era un encantador de serpientes, al menos no de buenas a primeras. Sus sonrisas eran raras y podía mostrarse directo hasta el punto de resultar ofensivo. Su estado de ánimo tendía a dispararse y a caer en picado a continuación; su energía era inquisitiva, casi codiciosa, y estaba demasiado ansioso por los rápidos.

Este era el tipo de cosa que ocurría a menudo: un sábado, hojeando el periódico, se topó con una reseña entusiasta de un libro.

—¡Rach, escucha esto! —Leyó unas líneas en voz alta y exclamó—: ¡Voy a comprarlo! —Se lo descargó de inmediato en el Kindle y se sumergió en la lectura, pero al cabo de media hora la abandonó quejándose de que el crítico «no tenía ni idea».

—No le has dado una oportunidad —le dije.

—¡Sí que se la he dado!

—Todo te decepciona.

—Tú no.

—Pero lo haré. Tú dame tiempo.

Así que íbamos saliendo, y me lo pasaba bien, pero me resistí a tener nada físico con él. La intimidad con un hombre que no fuera Luke siempre iba a ser un paso importante, y más tratándose de Quin. Actuaba como si estuviese enamorado, pero era bastante crítico con las apariencias. Había bastantes números de que concluyese que mi cuerpo de cuarenta y tantos era demasiado fofo o demasiado celulítico. Demasiado algo, vamos.

—¿Me has relegado al papel de amigo? —me preguntó en torno a la marca de la quinta semana—. ¿Tiene algún sentido ser paciente?

—Así que ¿no quieres quedar si no hay ninguna posibilidad de…?

—No. —Fue bastante claro al respecto.

—Estoy… —Intenté dar con la palabra adecuada. «Aterrada», eso era.

Habían pasado casi veinte años desde la última vez que me había acostado con alguien que no fuese Luke. Luke me había gustado mucho, solo necesitaba olerle para que mi cuerpo se encendiera. Pero nuestra vida

sexual había sido sencilla. Había funcionado para los dos, pero en ese momento me dejaba en desventaja.

—¿Qué te da miedo exactamente con Quin? —me había preguntado Claire.

—Que sea demasiado «técnico». Que empiece a bramar instrucciones tipo «¡Vamos, Rachel, hazme el perro de tres patas!». O «¡Cabálgame de costado!». Como si fuésemos acróbatas en plena función. Llevo demasiado tiempo fuera de juego y, por lo que tengo entendido, las cosas han cambiado. Yo necesito una conexión emocional además del lado físico. Y quiero tomármelo con calma.

—Bueno, pues díselo.

¿Qué alternativa tenía?

—Vale.

De modo que le expuse mis preocupaciones concretas, que él aceptó con tanta calma que le dije a Claire:

—La verdad es que no sería un suplicio acostarme con él.

—¿Que no sería un suplicio? —repitió. Luego, el colmo del sarcasmo, añadió—: ¡Voy a comprarme un sombrero para el gran día! Tienes a Luke idealizado; eres como una vieja con un altar. Ya es hora de que avances. Serías capaz de jurar que Luke y tú erais perfectos.

—Éramos perfectos.

—Si lo hubieseis sido, seguiríais juntos. Venga, disfruta acostándote con Quin.

¡Y lo cierto es que lo hice! La verdad sea dicha: sin los efectos desinhibidores de media botella de vino, fui tímida. Sin embargo, nuestra primera vez fue…

—En realidad fue… algo así como… fabuloso —le conté a Claire—. Se interesa por lo que me gusta, pero no de un modo acariciador meloso. Y no paraba de comprobar que yo estuviera bien.

—Suena maravilloso. ¿Alguna acrobacia?

—… Aaaaaah, nada demasiado complicado. Pero sí que sabía qué… teclas tocar. Él… —carraspeé—, traía la lección aprendida. Pero no tanto como para preocuparme.

—¿Algún *flashback* de Costello?

—… No. —No tenía nada que ver con lo mío con Luke cuando, mucho antes del final, habíamos caído en rutinas probadas. Con Quin me sentía como si nos embarcásemos en una aventura con incontables y emocionantes posibilidades.

—Creo que va a ser… —tardé mucho en dar con la palabra exacta—, divertido. Se concentra en lo que desea. Y me desea… ¿a mí? —Las dos soltamos una carcajada—. Creí que nunca volvería a gustarme ningún hombre.

—¿Y te gusta Quin?

—¡Dios, sí!

Claire dio una palmada de felicidad.

—¡La abuela aún tiene cuerda para rato!

—Ahora que sé… —noté que me sonrojaba—, lo bueno que es, es lo único que quiero hacer.

—¿Con eso de la escalada que hace? ¿Tiene… abdominales? ¿Y cosas?

—Sí. ¡Abdominales! ¡Brazos! ¡Y se depila! Pero no demasiado. Sin duda, no lo suficiente para hacerme sentir mal a mí.

—Suena perfecto.

OceanofPDF.com

14

—¡Una gran noticia, mamá! —Claire leyó en su iPad—. Todas tus hermanas han confirmado su asistencia.

—¿Ah, sí? —La alegría de mi madre daba lástima—. ¿Incluso Imelda?

—Todas ellas. Eso es lo que significa «todas»… ¡Todas, tonta! Y sus maridos. Viene todo el mundo.

Nuestra madre tenía un brillo sospechoso en los ojos.

—Es… —le temblaban los labios—, una noticia estupenda. Entonces, cuando llegue al hotel, estoy pensando que me guíen Margaret y papá. ¿Debería llevar una venda en los ojos?

—No. —Claire fue tajante—. Salud y seguridad. En otras palabras, seguro que tropiezas y te caes. No vale la pena arriesgarse.

El iPad de mi madre empezó a sonar.

—Es Anna —dijo—. Hostias, ¿dónde le doy? —Le dio unos golpes nerviosos y, más por suerte que por criterio, apareció la cara de Anna en la pantalla—. Hola, mamá; hola, Claire. ¡Rachel! ¿Cómo fue el funeral? ¿Viste a Luke?

—Lo vi, me vio, pero no hablamos.

—Vale, ¿y cómo… estaba?

—Bueno todavía —gritó Claire.

—No me refería a… Me preguntaba si estaba… —No engañaba a nadie.

—No llevaba pantalones de cuero —desarrolló Claire—. Solo traje.

—Qué pena… ¿Estás bien, Rachel? Llámame si necesitas hablar. Bueno, ¿cómo van los preparativos de la fiesta?

—Anna Walsh —dijo nuestra madre—, ¿me prometes, de rodillas, que tienes ochenta sérums Lucerne Bio para las bolsitas?

—Te lo prometo. Y muchas cosas más. Tus hermanas van a estar tan impresionadas que se pondrán malas.

Un alboroto en la puerta anunció la llegada de Helen, que apareció vestida con un chándal oscuro y entallado, con el pelo recogido en una coleta alta.

—¡Pareces una asesina! —Mi madre era toda admiración.

—Ya me gustaría, joder. —Helen registró la habitación con la mirada y se centró en mí—. ¡Tú, muchacha! Informa sobre Luke Costello. ¿Qué tal su entrepierna?

—Era el funeral de su madre —le espetó mamá con aspereza—. Un poco de respeto.

—Llevaba traje —intervino Anna desde Nueva York.

—Hay trajes ajustados —dijo Helen—. ¿Os acordáis de la boda? Madre mía… ¿Os acordáis del debate que tuvimos, preguntándonos si le habían hecho los pantalones a medida para resaltarlo o si era todo… natural? —Al ver mi cara de agobio, masculló—: Bueno, es un capullo.

—Dejad de hablar de él —pedí—. Por favor.

Si no cortaban, tendría que marcharme. Desde el día anterior, me había visto abrumada por la humillación, tanto vieja como nueva. Cada vez que mi cabeza reproducía la pequeña película casera de su mirada fugaz de desdén en la iglesia, me sobrevenía una nueva oleada de vergüenza.

Y debajo de la vergüenza subyacía una tristeza espantosa.

Pero estaría bien. Mientras no tomara nada para eludir el dolor —cosa que no iba a hacer—, aquella incomodidad terrible acabaría desapareciendo.

—¿Podéis prestarme atención? —pidió mamá—. Claire, Helen, antes de que llegue al hotel, debéis tener a los invitados como locos. Hacedles practicar el grito de ¡SORPRESA! Hacedlo varias veces. Mis hermanas, pero sobre todo Imelda y Filomena, no querrán, y algunas primas también son unas verdaderas brujas, pero decidles que si no lo hacen no habrá bolsita de regalos para ellas. Ah, aquí está Margaret. ¿Qué llevas puesto?

—Un vestido camisero. ¡Es nuevo!

Llevaba una prenda de franela de cuadros azules y negros con botones de arriba abajo y las mangas recogidas encima de una camiseta gris de textura irregular, muy del estilo de Margaret. Con las botas de cuero negro

hasta la rodilla y la melena bob rizada, tenía un aspecto cómodo y elegante. Era un gran *look* y le pegaba mucho.

—Estás… arreglada. —Mamá parecía sorprendida.

—Pareces una trabajadora social —dijo Helen.

—… que está teniendo una aventura. —Esa fue Claire intentando ser amable, y Margaret se rio. No porque hubiera alguna posibilidad de que Margaret tuviera una aventura. De todas nosotras, su relación era la más convincente. Ella y Garv eran muy cariñosos el uno con el otro.

—¿Cómo estás, Rachel? —me preguntó—. ¿Cómo estaba Luke?

—No hablamos.

—Ah. Vaya. ¿Cómo lo viste?

—¿A alguna de vosotras le importa mi fiesta sorpresa? —estalló mamá —. ¿O solo queréis hablar de los pantalones ajustados de Luke Costello?

—Ofrezco quinientos dólares por los pantalones ajustados de Luke Costello —dijo Claire.

—¡Eh, venga! ¡Un poquito de respeto por el Doctor Cuchador! —exclamó Helen.

—¿Quién? Ah, Quin. —Mamá resopló. No le gustaba. «No se puede ser más engreído», fue su valoración avinagrada.

Normalmente la seguridad en uno mismo se consideraba algo positivo. Pero mi madre venía de una generación de mujeres irlandesas que se preciaban de criar hijos con la autoestima por los suelos. Nada les irritaba más que una progenie segura de sí misma. Quin podría haberse librado de su rabia si hubiese hecho el esfuerzo de encandilarla —porque podía ser muy zalamero cuando quería—, pero, como el capullo terco que era, decidió no hacerlo. («¿Por qué iba a hacerlo? —había declarado—. No debería disculparme por ser quien soy»).

—¿Cuchador viene a mi fiesta? —me preguntó mi madre.

Me reí.

—¡Mamá! Llevamos casi dos años juntos. —Como bien sabía ella.

—¿Dos años? ¿Cómo va a festejar vuestro aniversario? ¿Llevándote de fin de semana a… —trató de encontrar un lugar apropiadamente exótico—, Bora Bora?

No le faltaba razón. A Quin le gustaba visitar países cuyos nombres otras personas no podían ni pronunciar, como Laos, o que el Departamento de Asuntos Exteriores aconsejaba evitar, como Irak. (No me habría sorprendido que Quin me soltara: «Sí, no, hay una provincia del norte de Irak, absolutamente preciosa, se parece a Suiza. Lo sé. Totalmente tranquila, toda la población son rastafaris pelirrojos, alguna mutación genética. Deberíamos ir»).

El verano anterior habíamos ido a hacer senderismo a Transilvania y sospechaba que la razón principal por la que había querido ir allí era el nombre.

—No Bora Bora —repuse—, sino Barcelona.

—¡Oh! —Margaret estaba encantada—. ¡Barcelona!

—¡Bueno! —Mamá sonaba de un engreído horrible—. Odio joderte la marrana…

—¡Mamá! —Se alzó un clamor de voces—. ¡Qué burra!

—¿Que qué burra? ¡Todas decís cosas mucho peores! Es igual, Rachel, joder la marrana…

—No es verdad —repliqué—. Te encanta.

—Pero te robarán en Las Ramblas. Allí roban a todo el mundo. Ahora, por favor, ¿podemos dejar de hablar de los hombres de Rachel? El caso es que —le tembló la voz— nunca he tenido nada bonito, jamás. Tengo cinco hermanas y siempre me han hecho sombra. Llevo toda la vida queriendo una fiesta sorpresa. Esta es mi oportunidad de ser especial, así que ¡comprometeos! —Se volvió hacia Margaret—. ¿Cómo es eso que dices tú?

—Vayamos adelante.

—Sí. ¡Arrimad el hombro, joder!

—Yo lo arrimaría mucho mejor con un poco de chocolate —dijo Helen, que se fue pitando hacia la cocina.

Lo cierto… es que se la veía… algo pálida. Me dio un escalofrío. No estaba enferma, ¿verdad? ¿En plan enfermedad grave?

Cuando todas éramos más jóvenes, Helen parecía invulnerable: valiente, crítica, expresamente terca. La gente —en especial los hombres— se sentía deslumbrada y enloquecida por ella.

Sin embargo, en los últimos ocho años, había pasado por tres rachas de depresión suicida, cada una de las cuales había culminado en una estancia en un hospital psiquiátrico. Para entonces llevaba bien un par de años, pero yo no había dejado de preocuparme por ella desde el primer brote.

A veces el miedo era tan leve que apenas lo acusaba, pero estaba siempre ahí, como un tenue zumbido de fondo.

Ese día no era su salud mental lo que me preocupaba, pero la primera vez que había enfermado me había asustado tanto que me había acostumbrado a ponerme en lo peor.

Helen conseguía que te subieras por las paredes —solo un loco lo negaría—, pero en algún momento a lo largo de los años comprendí que no lo hacía a propósito. No podía evitar ser como era. Con su impaciencia incontrolable y sus opiniones fuertes, la vida era a menudo difícil para ella. Por cada persona a la que cautivaba, había unas diez más con las que se enemistaba al instante.

Y el caso es que Helen soltaba verdades como puños cuando todos los demás teníamos demasiado miedo de abrir la boca. El mundo necesitaba a más Helens.

La seguí mientras abría el armario de los dulces y se producía un alud de galletas y chocolatinas.

—¿Aero de menta? —preguntó—. Pero ¿qué le pasa a esta mujer?

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¿Yo? —Dejó de rebuscar un momento—. Genial. Al margen de la pésima selección de dulces de esta casa.

—¿Tienes cáncer? ¿Ese es tu gran secreto?

—¿Qué? ¡No! Madre mía. No. Nada que ver. Ay, por el amor de Dios… —Agitó un paquete de galletas delante de mí—. ¿Galletas con relleno de menta? Necesita ayuda.

Me sonó el móvil.

—¿Quién es? —me preguntó Helen.

—Número desconocido.

—¡Venga! —bromeó—. ¡Vive un poco!

—Vale. ¿Hola?

—¿Hablo con Rachel? —bramó una voz masculina—. Soy Patch. Patch Dooley.

¿Quién? Ah, claro, el hermano pequeño de Dennis.

—Si no me equivoco, me estaba buscando —gritó por encima de un fondo de resoplidos—. ¿Me ha dicho Juliet que quiere que me pase por Dennis?

—Gracias por llamar —dije—. ¿Es usted consciente de que su hermano Dennis está en un centro de tratamiento por alcoholismo?

—Soy «consciente», claro que sí. —Parecía divertido—. ¿Qué le parece el miércoles por la mañana? Estaré por la zona, visitando a un hombre de Baltinglass por unos bagels.

—¿Bagels?

—Bagels. ¡Perros! Para cazar conejos.

Ah, beagles.

—Genial. Pero antes tenemos que hablar las cosas. Patch, ¿su hermano y usted están muy unidos?

—Los mejores amigos. Pero tengo que irme. —La maquinaria agrícola, por cómo sonaba, ganaba revoluciones—. Le tengo cariño a mi pierna, no quiero perderla.

—Le llamo el lunes para hablar…

—¡Claro! ¡Buena suerte! —Colgó.

De vuelta en el salón, mi madre estaba interrogando a Margaret acerca de qué pensaba ponerse para la fiesta.

—Veré qué tengo en el armario.

Mi madre, una derrochadora empedernida, estaba pasmada.

—¡Pero tienes que comprarte algo nuevo!

—No, no tengo que hacerlo.

Mamá le lanzó una mirada herida, luego desvió su atención hacia mí.

—Si apareces en vaqueros, ¡ya puedes volverte directa a casa!

Claire y yo intercambiamos una sonrisita. Mi madre llevaba semanas dándome la lata para que me «esforzara» y me pusiera «algo glamuroso». Y todo iba tomando forma.

Dos semanas antes, había llegado un vestido de Vampire’s Wife. Quin estaba muy contento; tenía todo lo que le gustaba: era caro y bonito, con un

punto culto.

Pero con el cuello alto, la manga larga y el tono verde hiedra apagado, era probable que no encajase con el *glamour* de mamá, que apreciaba los vestidos de tubo brillantes, de satén de poliéster, adornados con ostentosos apliques bordados.

Lo único que quizá le pareciese bien era que era corto. También me había comprado un par de sandalias negras de plataforma. Cuando me lo había probado para enseñárselo a Claire, ella había intentado convencerme de que fuese sin medias —juro que se le contraían los dedos literalmente anhelando su querido autobronceador—, pero yo no iba a ceder.

—Necesito la seguridad de las medias.

—Pero unas sexis —me había suplicado—. Nada de esa mierda tuya de sesenta deniers, dame unas de quince brillantes.

—¿Y si se me hace una carrera? Claire, no puedo, esa noche ya será bastante estresante. Puede que me atreva con veinte.

—¿Alguna posibilidad de que te pongas liguero en lugar de pantis?

—No. Lo mío con la ropa interior sexy se ha acabado.

No era del todo cierto. Pero la última vez que lo había probado, en un restaurante con Quin, las bragas se volvieron de una incomodidad tan salvaje que, después de los entrantes, tuve que ir al baño, quitármelas y guardármelas en el bolso. Seguía sin saber qué había ido mal, no había ningún problema cuando salí de casa, aunque ¿quizá me había sentado de manera incorrecta? ¿O había comido demasiado pan?

—Ve a buscar a tu padre —me ordenó mamá.

—¿Por qué? —le pregunté.

—¡Tú ve a por él, por el amor de Dios!

—Aquí estoy. —Papá, que sin duda se había preparado para el llamamiento, estaba en la puerta. Entró y se sentó, y nos quedamos todas mirándolo. ¿De qué iba aquello?

—Vale. —Mamá lanzó una mirada a nuestro padre—. En la fiesta… hemos… decidido… que habrá…

Los dos inspiraron hondo y soltaron la frase fatal:

—Barra libre.

—¿Toda la noche? —Margaret estaba escandalizada—. ¿Con vuestros parientes? Bien podríais declararos en bancarrota directamente.

—Y al llegar tomaremos champán. No prosecco.

—Eso es —se hizo eco papá—. Champán al llegar. No prosecco.

—Pero…

—¡Nnn! —Mamá levantó una mano para silenciarla.

Margaret enseguida se volvió hacia papá.

—Costará…

—¡Nnn! —repitió mamá—. Papá dice que podemos permitírnoslo.

—Podemos permitírnoslo —dijo papá.

—Sí, pero…

—Y hemos cerrado el menú. —Mamá habló por encima de Margaret—. Espárragos de entrante, ternera para el plato principal…

Helen soltó un gruñido alto y largo.

—Pero hasta dónde puede llegar a ser patética una mujer. ¿Espárragos es lo más elegante que se te ocurre?

Acalorada, mamá replicó:

—Los espárragos son una exquisitez de temporada y, si no servimos ternera, dirán que somos pobres o tacaños.

—Debemos servir ternera —se hizo eco papá.

—Hay cosas mejores que cuestan más, si esa es vuestra vara de medir —intervine—. ¿Hay una opción vegetariana?

—En mi familia no hay vegetarianos.

—Yo soy vegetariana y soy tu hija.

—Tú no eres vegetariana, solo lo haces para llamar la atención. Cómete las patatas y las verduras. O llévate un KitKat en el bolso.

—Deberíamos tener una opción vegetariana —dijo papá—. Mañana les llamo.

—Pues será cosa tuya. Ahora, chicas, ¡el postre! Tomaremos *mousse* de chocolate con pan de oro de verdad. Lo comí una vez en aquel restaurante de Nueva York… ¿os acordáis? Donde se intoxicó papá…

—¿Qué vez? —pregunté. Mi padre se ponía malo cada vez que salía de Irlanda. Siempre se torcía algo. Éramos una familia de neuróticos.

—Era un sitio muy agradable —repuso papá—. No fue culpa suya.

—Bueno, si fue una intoxicación alimentaria, se puede decir que sí fue culpa suya —agregó Helen.

—Tal vez no fuera una intoxicación, en realidad…

—Va a ser la leche —continuó mi madre, pensativa—. ¡Esas brujas no sabrán si comérselo o llevárselo a casa!

—¿Y si pedimos un cóctel especial para esa noche? —propuso Claire —. Podríamos ponerle tu nombre.

—¡Es una idea genial! —dijo mi padre.

Mamá lo pensó y negó con la cabeza.

—Dirían que estoy dándome postín.

—Supongo que sí. —Papá pareció decepcionado.

Dios, el mundo que habitaba mi madre tenía reglas complejas e ilógicas. Nunca las entendería.

OceanofPDF.com

15

—Todas fuera —dijo mamá—. Papá y yo tenemos que ver nuestro programa.

—Rachel, ¿te vienes a cenar a casa? —me propuso Margaret—. Garv va a preparar enchiladas.

La oferta resultaba atractiva. Margaret, Garv y sus hijos, JJ, de quince años, y Holly, de trece, eran una familia encantadora, muy armoniosa. En su hogar, tranquilo, siempre había tarta casera recién hecha, jarrones a reventar de flores y pilas de novelas de Agatha Christie esperando a ser leídas.

De todas nuestras casas, la de Margaret era la mejor para recuperarse de una crisis nerviosa. En los días sombríos que siguieron a la venta del apartamento que Luke y yo teníamos en Nueva York, había vivido allí durante cinco meses. Aquella casita me había ayudado a seguir del modo más dulce. Si alguna vez estaba tirada, mirando al techo, preguntándome por el sentido de algo, alguien llamaba ligeramente a la puerta de mi habitación y me pedía ayuda para preparar un guiso o sacar a los dos perros viejos o rastrillar un macizo de flores.

Fue allí donde surgió mi amor por la jardinería. El marido de Margaret, Garv, me hacía salir cada fin de semana, para quitar malas hierbas, sembrar, preparar compost y plantar. Yo seguía sus instrucciones obedientemente y me entretenía sin excesivo interés, hasta que un domingo por la mañana, me dijo: «Tengo algo que enseñarte». Me señaló una extensión de flores silvestres que brotaban de la tierra y me dijo: «¿Las semillas que sembraste hace siete semanas? Esto es lo que ocurre».

Decir que estaba impresionada era quedarme corta. Aquello, la primera vez que era testigo del ciclo de la vida de semejante manera, supuso una revelación que me afectó profundamente, porque los Walsh habíamos

crecido evitando el Exterior, principalmente porque el cable de la tele no llegaba tan lejos. El pequeño jardín trasero al otro lado de la ventana de la cocina era un lugar impredecible y aterrador, que todos estábamos de acuerdo en que era mejor evitar.

Pero aquel domingo por la mañana con Garv, yo había exclamado: «¡Plantemos más! ¿Qué crece más rápido?».

Él se había reído y había dicho que lo averiguaría. Entonces le dije que no, que debía trabajar de verdad en mi deseo de gratificación instantánea.

Me costaba entender que hubiera habido un tiempo en que había menospreciado a Garv, en que todos lo hacíamos; a excepción de Margaret, por supuesto. Pero las cosas cambian y para entonces era probable que Garv se hubiese convertido en mi cuñado favorito; estaba entre Adam y él. Era un hombre tan bueno…

—¿Enchiladas? —repitió Margaret.

—Gracias, pero… —Consulté el móvil. Seguía sin tener noticias de Kate—. Tengo que irme a casa. ¡Hay que sacar a pasear a Crunchie!

Kate era un gran apoyo, pero, a fin de cuentas, Crunchie era mi perra.

Aun así, me rezagué; luego me oír decir:

—¿Sabéis?, no paro de preguntarme si Luke le pidió a Joey que me lo contase…

—Quizá deberías haber ido a la comida de Justin. —Claire expuso en voz alta la idea que había estado atormentándome.

Quizá debería haberlo hecho. Había sido mi única oportunidad de obtener respuestas. Pero tal vez, si hubiese ido, me sentiría más en conflicto de lo que ya lo estaba.

—¿Es demasiado tarde? —preguntó Margaret, siempre práctica—. Para verle ahora, quiero decir. Probablemente se quede con su padre; podrías ir a su casa.

—¡No! —exclamó Helen.

Sin embargo, resultaba tentador. Todo el peso de seis años de silencio me abandonó y me disparó la adrenalina. ¡La efervescente posibilidad de saberlo era tan seductora!

Pero ¿y si Joey me hubiese llamado por iniciativa propia? ¿Y si a Luke le hubiese horrorizado verme en la iglesia, porque, sabe Dios, eso había

parecido? ¿Y si me presentaba en su puerta y me trataba con la misma indiferencia cruel que había exhibido cuando me había dejado?

No. De ninguna manera. No había ninguna posibilidad de que me arriesgara a ese escenario. Lo cual me alegraba. Significaba que había cambiado, que ya no era un desastre desesperado, sino una mujer fuerte que sabía lo que valía.

—Ni te acerques a ese capullo. —El tono de Helen fue furibundo—. Vente a casa conmigo y hacemos un trío con Artie.

—¡Menuda invitación! —dijo mi madre con cariño.

—¿O podríamos pedir pizzas y ver algo? —añadió Helen—. Lo que tú quieras. Pero no empieces a dar vueltas con el coche por Dublín buscando a Luke Costello.

—Gracias —dije—. Todo se ha removido con ese funeral, pero pronto volverá a la normalidad.

En casa, Crunchie saltó como una descosida cuando me vio.

Y allá que fuimos, a dar una vuelta rápida por el bosque que había cerca de casa. Pese a que eran casi las siete, aún no había anochecido del todo. Adelantarían la hora en un par de semanas, la primavera estaba decididamente en camino.

Ya de vuelta en casa, cogí mi iPad, me tiré en el sofá y entré directa en Luxury Exchange para admirar el deseado bolso de Chanel que me estaba consumiendo en ese momento. En mi vida no había espacio para algo tan fino —ni tan escandalosamente caro—, pero seguí haciendo zoom en la hermosa piel azul de becerro, tan blando y suave que la verdad es que me daban ganas de morderlo.

De ahí pasé a RealReal y encontré dos bolsos similares, luego a Vestiaire, donde había decenas de pequeñas bellezas de cuero, todas muy lejos de mi rango de precios. Desplazándome y haciendo clic, me vi sumida en un estado eufórico de anhelo enamorado.

Nunca me había librado de ser propensa a las obsesiones, pero gracias al malestar que me había despertado Luke, estaba deseando más que nunca liberar la dopamina que generaban esos preciosos bolsos.

«Al menos sé lo que estoy haciendo —me dije con firmeza. Y añadí—: Aun así, será mejor que pare. Antes de que me compre uno».

Porque no haría que cesara el anhelo. Paradójicamente, lo empeoraría.

Sufría el Trastorno de Más: si una sola cosa era buena, entonces diez eran excelentes. Si una receta decía media cucharadita de comino, yo añadía una cucharada colmada; si compraba un bolso insoportablemente deseable, querría veinte más de inmediato.

Así que me obligué a alejarme de la piel de becerro y pasé a Vulture, buscando nuevas recomendaciones de Netflix, y de ahí a *Mr* Fothergill's, donde compré diez paquetes de malva loca cuando con dos habría bastado, luego al Atlantic, mezclando cultura y comercio de un modo con el que disfrutaba enormemente.

Sí, sabía que en realidad era una esclava de mi dispositivo, sí, había perdido literalmente semanas de mi vida en ello, cuando podría haber aprendido tagalo hablado o haberme formado como pastor humanista, pero siempre lo había pasado tan bien que era difícil de recordar.

Antes de irme a la cama, encendí una vela y puse la alarma del móvil; iba a volver a intentarlo con la meditación. Sorprendentemente, teniendo en cuenta todo lo que estaba ocurriendo, mi mente se apaciguó. Estaba encantada. Entonces, arruinándolo, surgió un recuerdo, vívido y completo, de una tarde de julio, en Connemara, hacía más de una década.

«¡Ah, por el amor de Dios!».

Poco después de que Brigit y Colm se hubieran mudado a su espectacular casa de cristal, Luke y yo habíamos ido de visita.

Por aquel entonces, la impresionante casa seguía parcialmente en construcción. Como preguntó Luke en cuanto llegamos:

—¿Cómo habéis podido construir nada en absoluto aquí?

Al otro lado de las gigantescas ventanas de la cocina de Brigit, era como si hubiesen arrasado un paisaje perfecto y hubiesen recolocado los pedazos a la antigua. Ahí fuera no había nada llano, nada.

—¡Dios mío, déjalo! —dijo Brigit—. Me pasé siete meses llorando. Todos los santos días. Viviendo con mis suegros, desvariando. Fue un milagro que Colm y yo sobreviviéramos.

Cinco ovejas, que pastaban tan tranquilas en un campo casi vertical, nos miraron sin curiosidad. Árboles pequeños y retorcidos, con las ramas viejísimas salpicadas de musgo, surgían de la tierra en ángulos insólitos.

—Vuestra habitación está terminada —anunció Brigit—. Pero, como podéis ver, el resto del lugar… —Hizo un gesto con el que abarcaba los muros desnudos de hormigón—. Y aquí es donde entras tú. —Con aire solemne, me entregó un rodillo.

—¿Algo para mí? —preguntó Luke.

—¡Oh, sí! ¿Qué te parecería colocar el parquet? Hemos alquilado una sierra eléctrica.

A Luke se le iluminaron los ojos. Le encantaban las herramientas eléctricas.

Fue una semana mágica, en la que trabajamos de forma ardua junto a Brigit y Colm, con sus dos niños pequeños intentando participar. El trabajo era duro, pero muy gratificante, con cada día puntuado por un paseo de diez minutos hasta la playa de guijarros para darnos un baño revitalizante en el Atlántico.

Pasábamos las noches en el «jardín», hablando, riendo, viendo a los vencejos que volaban en círculos por encima de nuestras cabezas; el negro contrastaba con la luz veraniega y sobrenatural de Connemara, donde nunca anochecía del todo.

—Bueno, ¿y qué haréis cuando la casa esté acabada? —les pregunté una noche después de la cena—. ¿Cuál es vuestro próximo proyecto?

—Otro bebé —respondió Brigit.

—Y supongo que será mejor que nos casemos —dijo Colm.

—¿Es eso… una proposición? —preguntó Brigit.

—Pues… por qué no. —Colm se encogió de hombros—. Será más fácil para los chicos cuando se vayan a la escuela.

—Bueno, es una historia para contar a los nietos. —Luke estaba muy entretenido.

—¿Y qué hay de vosotros dos? —Brigit asintió hacia Luke y hacia mí —. ¿Algún plan para…?

—Estamos muy bien. —Fui breve.

En un par de ocasiones, Luke me había pedido que me casara con él y le había persuadido. Me excusaba en el feminismo, pero la verdad es que era cosa de una antigua y conocida superstición. Mi vida era el no va más; lo que Luke y yo teníamos era demasiado valioso para arriesgarlo por buscar más.

El último día de aquella semana perfecta, Colm, Brigit y los niños tenían que ir hasta las luces de la ciudad de Galway por algún asunto oficial. Luke y yo decidimos dar un paseo por los límites de la finca.

Al final de los ocho acres de Brigit y Colm había una extensión de piedra caliza, con la forma de un cuenco vacío, de alrededor de diez metros por veinte. Con los árboles estrangulados y la ausencia total de señales de vida humana, fue casi demasiado para mí.

—Es como estar en otro planeta.

Nos interrumpió un ruido. De salpicadura. Sobresaltados, miramos abajo. El agua salía a borbotones de las grietas entre las rocas, como si se hubiese reventado una tubería.

—¿Qué co…? —Asustada, me aparté cuando el agua empezó a salir a chorros de una extensión mayor de tierra, luego todo a nuestro alrededor. Al parecer, estábamos en el centro de lo que quiera que fuese aquello—. ¡Luke! ¿Qué está pasando? Será mejor… —¿Qué? ¿Que llamásemos a las autoridades? Pero aquello no era nada tan civilizado como una tubería reventada. ¿Era natural o… sobrenatural? No podía asegurarlo.

—No pasa nada. —Luke parecía emocionado mientras me llevaba a una zona más alta del terreno—. Creo que sé lo que es.

Asustada, desconcertada, vi cómo empezaba a formarse una balsa.

—Es un lago temporal, que aparece y desaparece. —Luke sonaba maravillado—. Colm me ha hablado de ello. Debajo de nosotros hay una fuente de agua.

—¿Justo debajo? —Retrocedí a toda prisa.

—La roca es porosa. A veces borbota suficiente agua para llenar el hueco. Crea un lago temporal.

—¿Y si no para? ¿Y nos ahogamos todos?

Se limitó a sonreír.

—Deberíamos ir a buscar a Colm.

—Está en Galway. Cariño, no hay de qué preocuparse. Esto es… milagroso.

A una velocidad sorprendente, el hueco se convirtió en un estanque. No tardó en hacerse lo bastante profundo para, si querías, nadar un poco. El agua, que reflejaba el cielo, era de un turquesa intenso, con una extraña cualidad opaca.

—¿Por qué se ve blanquecino?

—Por los sedimentos —dijo Luke—. Minerales. Calcio.

La explicación era demasiado lógica —todo lo era— para aquel acontecimiento rarísimo.

—Hace años que no pasa —añadió Luke.

—¿Por qué está pasando ahora?

De nuevo, se limitó a sonreír, cautivado por todo aquello. Mi miedo se convirtió poco a poco en sobrecogimiento.

—Es raro —reconocí—. Pero… ¿un raro bueno?

Luke rio encantado.

—Es increíble. Tenías razón. Podríamos estar en otro planeta. Yo podría ser el último hombre en la faz de la Tierra.

—En ese caso, qué suerte la mía.

Y pensé: «Si me lo pidieses ahora, te diría que sí».

Me volví, a punto de decírselo, pero vio lo que fuera que tenía escrito en la cara y se rio bajito.

—¿De verdad?

—Pregúntamelo. Pronuncia las palabras.

—Rachel Walsh, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, Luke Costello, quiero casarme contigo.

OceanofPDF.com

16

—Hola —le dije a la joven perfectamente acicalada—, vengo a recoger a Nick Quinlivan.

—¡Claro! Solo necesito ver su carnet de identidad. ¡Perfecto! Creo que su avión ha aterrizado hace unos momentos. Valeria la acompaña.

Valeria era aún más atractiva que su colega: piel radiante, el cabello brillante recogido en un moño grueso y una sonrisa deslumbrante; casi demasiada belleza para el domingo tan temprano. Aunque empezaba a imaginarme que, en el universo de la gente rica con *jets* privados, siempre eran las 2.45 en una discoteca.

—Este es su espacio. —Era una salita pequeña y de buen gusto, como las que tienen en los hoteles boutique—. ¿Qué le pongo? ¿Champán? ¿Una mimosa?

—Eeeh… No, gracias, estoy bien.

—¿O algo de comer? En serio, nuestra chef puede prepararle cualquier cosa. Está deseando poder demostrarlo.

Cuando negué con la cabeza, se rio. Dios, era preciosa.

—Me encanta su fuerza de voluntad —me dijo—. El señor Quinlivan no debería tardar.

Me senté en una bonita butaca baja. Luego me pasé al sofá. Aún más cómodo. En la mesita había un cuenco lleno de fruta fresca: plátanos perfectamente maduros, uvas lustrosas, manzanas enormes y brillantes. No había ningún problema en que comiera lo que quisiera, pero me habría sentido mal si alteraba las proporciones perfectas.

Aún más tentadoras resultaban las cajas de bombones artesanos apiladas en un estante. Pero si empezaba con esa juerga, ¿quién sabía dónde

acabaría? Probablemente intentando forzar la entrada de la fábrica de Cadbury en Coolock. (Era incapaz de hacer nada con moderación. Nada).

Observé la nevera, preguntándome qué contendría. Leche, tal vez. Y mantequilla. Básicos aburridos. De todos modos, siguió ejerciendo una atracción. Me encantan las neveras de otros; a menudo son lugares emocionantes, mucho más que, digamos, las despensas (garbanzos y demás, todo más bien aburrido).

El caso es que estaba muy nerviosa. En algún momento del día anterior, me habían dado escalofríos al percatarme de que cabía la posibilidad de toparme ese día con Luke. Una pequeña posibilidad, de acuerdo, porque solo la gente rica o sus afortunados empleados utilizaban aquella terminal privada.

Además, no tenía ni idea de cuándo volvía él a casa. Pero en Estados Unidos les daban tan poco tiempo libre, aunque fuera por un fallecimiento, que no me lo imaginaba quedándose mucho más. Otro día, a lo sumo.

Lo que significaba que, para el día siguiente por la noche, podría respirar, aunque sabía que también me sentiría decepcionada y experimentaría un anticlímax desolador. Así son los sentimientos. Contradictorios de un modo irritante.

Para tranquilizarme, enumeré las partes buenas de mi vida, las cosas que eran innegables. Estaba limpia y, bueno, tenía un trabajo que me encantaba, buenos amigos, una familia peculiar pero amorosa y una relación saludable con un buen hombre.

Quin y yo éramos bastante distintos, pero lo pasábamos muy bien. Incluso cuando discutíamos, siempre era de buen humor.

Estaba interesado en mí: en mis opiniones, mis pensamientos, todo. Estaba en mi rincón, de un modo fundamental.

Y me sentía muy atraída por él. A diferencia de Brigit, Claire y Brianna, en el trabajo, la sugerencia del sexo no me hacía exclamar: «¡Madre mía, como si mi vida no fuese lo bastante chunga ya! ¡Me caigo redonda en la cama después de un día de mierda y aparece él clavándome la minga! ¡Tiene casi cincuenta años! ¿Puede alguien decirme cuándo para esto, por favor?».

Ojo, yo no me jactaba en absoluto. Mi libido aún titilaba con asiduidad porque Quin y yo no vivíamos juntos. Pero si me mudaba con él, sabía que, en el instante en que alineara mis zapatillas en el fondo del armario, empezaría a gritar: «¡Cumpleaños, Navidades y nuestro aniversario! ¿Alguna otra noche del año? ¡Ni lo sueñes!».

Estaba casi segura de que quería a Quin, pero no se lo había dicho —aún— porque esas palabras no deberían soltarse hasta que estuviese completamente convencida de que las sentía.

El caso era que lo que sentía por Quin era muy distinto de lo que había sentido por Luke. Cuando Quin y yo llevábamos unos cuatro o cinco meses viéndonos, me había arrinconado al respecto.

—¿Cuál es la diferencia entre tu ex y yo? —me había preguntado—. Sé sincera, Rach. Quiero saber a qué me enfrento.

—Luke era… —fui escogiendo las palabras con cuidado, tratando de ser precisa—, como una salsa francesa que se ha reducido y reducido.

Quin hizo una mueca de dolor.

—Madre mía, ¿y yo qué soy?

—Tú eres… —En un acceso de pánico, estaba intentando dar con algo que acabase con su sufrimiento—. Como las patatas con queso de Jo Burger. Absolutamente deliciosas. Y adictivas. Diferentes y punto.

No estaba contento, pero no insistió en ese punto. Salvo de vez en cuando, quizá después de haberme hecho reír como una loca o cuando llevábamos un par de horas animadas en la cama, que murmuraba en tono enigmático: «Las patatas con queso de Jo Burger…».

Quin daba a entender que me quería, pero, tratándose de él, era demasiado competitivo para arriesgarse a decirlo y quedarse esperando en el silencio.

A veces me preguntaba cuánto tiempo podríamos seguir sin decirnos «te quiero». ¿Y si aguantábamos una relación entera? ¿Una vida entera?

Tras ver a Luke, sin embargo, me preguntaba si había cometido un error al resistirme a Quin. Era como si de pronto un foco iluminara distintos tipos de amor romántico. La versión de mí misma que se había enamorado de Luke era mucho más inocente que la mujer que había conocido a Quin. Era

mucho más sabia, moldeada y cambiada por todo lo que me había dado la vida, lo bueno y lo malo.

Y Quin era muy diferente de Luke. De modo que por supuesto que el amor que sentía por Quin —y estaba empezando a aceptar que era amor— sería diferente del que había sentido por Luke.

Alertada por un ruido en la puerta, me levanté y ahí estaba: el señor Quinlivan. Dejó la maleta con ruedas, cruzó la salita, me tomó entre sus brazos y me besó. Su presencia varonil suponía un enorme consuelo —él era real, mi vida actual era real—, pero mientras nos besábamos no pude evitar pensar: «Digamos que da la casualidad de que Luke está subiéndose a un avión privado con destino a Denver y nos ve. ¡Eso le daría una buena lección!».

Hundí la cara en el cuello de Quin.

—¡Qué bien hueles!

—Me he duchado.

—¿En el avión?

—Sí. ¡Lo sé! —Le brillaban los ojos—. Te lo contaré todo. ¿Y? ¿Estamos bien? —Ojeó la habitación—. ¿Has cogido alguna cosa gratis?

—Hay unos bombones… —Señalé la pila.

—Pues venga. —Cogió dos cajas—. Llévaselos a tu madre —me instó con una sonrisa traviesa—. Después de que se los coma, dile que son de mi parte.

Me reí.

—Para, venga, vamos.

Otra ventaja de la terminal privada era poder aparcar literalmente en la puerta, en lugar de enfrentarte a la ardua caminata habitual de cuatro kilómetros. Quin arrojó su bolsa al asiento trasero y nos pusimos en marcha; teníamos un plan, uno por el que Quin había insistido mucho: ir a nadar al gélido mar de marzo en busca del famoso Subidón del Agua Fría.

Dos años antes, el fin de semana de la meditación, mi impresión inicial de Quin había sido acertada: era un yonqui de la adrenalina, y su veneno particular era la escalada. Dos o tres veces al año, con un grupo de amigos que tenía desde primaria, se iba a una parte del mundo granítica para

colocar cosas metálicas en paredes de acantilados, colgar cuerdas y, en general, poner su vida en peligro.

Pero también buscaba endorfinas sin parar, convencido de que podía alcanzar la felicidad constante con solo reunir los ingredientes vitales correctos del modo indicado. Siempre estaba proponiendo cosas e intentando implicarme: «La gente cree ciegamente en la ayahuasca» o «¿Deberíamos unirnos a un coro?».

A veces le complacía. Que quede claro: Quin no era para todo el mundo. Pero mis intereses con frecuencia coincidían con los suyos porque, cuando no bebes ni te drogas, tienes que generar tu propia dopamina; y comprar, si bien es maravilloso, tenía sus límites.

A pesar de que eran las 7.50 de una mañana glacial de marzo, había un gran ajetreo en las estrechas calles en torno al promontorio de Forty Foot. El agua salada flotaba en el aire glacial, gente con toallas enrolladas desaparecía por una abertura en el muro de piedra y otros salían mojados pero exultantes. Varios llevaban abrigos extraños: una especie de ponchos enormes y acolchados de tela impermeable.

No había un solo espacio para aparcar, pero entonces Quin vio a una mujer enrollada en una toalla que se acercaba a un coche.

—Hola —saludó desde la ventanilla bajada—. ¿Podemos ocupar tu sitio?

—Claro.

—Parece contenta, ¿verdad? —me preguntó—. Estamos haciendo lo correcto, Rach.

—Es que estoy contenta —respondió ella—. Esto es mejor que los antidepresivos.

Quin se asomó por la ventanilla.

—¿Le importa que le pregunte qué dosis tomaba?

—¡Quin!

Como prácticamente todas las personas con un trabajo bien remunerado del sur del condado de Dublín, Quin tomaba antidepresivos. En mi opinión, no le pasaba nada, solo le molestaba no poder comprar la felicidad permanente con dinero. En lugar de eso, compraba antidepresivos, que no lo arreglaban, pero aplacaban la decepción.

Quin sacó el bañador de su maleta, le lancé una toalla y allá que fuimos, los dos —pero sobre todo Quin— intentando parecer habituales.

—Ese será el sitio para cambiarse —murmuró al tiempo que me guiaba hacia algo que parecía una marquesina de hormigón. Sugar Beach, en Santa Lucía, no lo era.

Mientras nos desvestíamos, echamos un vistazo a nuestro alrededor, tratando de familiarizarnos con el sitio. Habría unas veinte personas, de todas las tallas y formas, lo cual supuso un alivio. No era ni de lejos tan neurótica acerca del tamaño de mis muslos como cuando era más joven, pero sospechaba que esa vergüenza por mi cuerpo nunca me abandonaría del todo.

El mar, sin embargo… Parecía profundo, frío y muy poco atrayente. Tenía que preguntarme por Quin. A veces me alegraba de haber hecho la última locura que se le hubiese ocurrido, pero otras veces, como entonces, me preocupaba que estuviese ¿ligeramente mal de la cabeza? ¿Que los dos lo estuviésemos?

Aun así, si Luke me viera en ese momento, pensaría que era una persona impresionante e interesante. Bañarse en plena naturaleza en invierno solo lo hacía gente valiente y aventurera.

Nuestras opciones eran zambullirnos en el agua o bajar poco a poco algunos peldaños; ninguna resultaba apetecible. Lo que procedía entonces era nadar un poco y charlar con otros bañistas. En el agua se mecían grupos de tres o cuatro cabezas; las voces felices flotaban hacia nosotros en el aire gélido.

Me castañeteaban los dientes y ya tenía los pies entumecidos en las chanclas; me habría lanzado sin pensarlo ante cualquier oportunidad de dar marcha atrás. Pero Quin me cogió de la mano y se acercó a los escalones con alegre despreocupación. Las demostraciones de debilidad no eran lo suyo.

La temperatura del aire apenas superaba los cero grados; olí el frío, literalmente.

—Tú sí que sabes hacer que una chica se lo pase bien —exclamé.

—Al menos nunca te aburres conmigo. —Me apretó la mano—. ¡Tres, dos, uno! —Y saltamos.

Fue tal la impresión que temí que fuera a darme un ataque al corazón. Respirando con dificultad y resollando, «Madre mía, ay, madre mía», giré en un círculo en busca de Quin.

—¡Dios mío! —le grité entusiasmada—. ¡Lo hemos hecho!

Me agarró de las muñecas; le brillaban los ojos de placer. Su cuerpo se acercó y me quedó claro que buscaba darse el lote.

—¡Quin, nada de demostraciones públicas de afecto! —Hice un gesto con urgencia hacia los ciudadanos responsables con sus trajes de baño resistentes—. No estamos en las Maldivas.

Se rio, un poco demasiado, como si estuviésemos colocados.

—Sesenta segundos —dijo, y unas gotitas de agua salada le cayeron de las pestañas de punta—. Es todo lo que tenemos que aguantar, para disfrutar de los beneficios. ¿Llevamos la cuenta atrás?

—¡Ya estoy en ello! —Tenía los labios tan entumecidos que apenas podía hablar.

En el momento en que acabaron los sesenta segundos, estábamos fuera de aquella agua, con la piel hormigueante y el ánimo por las nubes. Envueltos en nuestras toallas, con los abrigos echados encima, paramos un momento a por unos cafés para llevar y nos dirigimos a casa de Quin, una construcción victoriana situada al final de una hilera, con cuatro dormitorios y completamente reformada, con una cocina moderna enorme que se extendía hasta el amplio jardín de atrás.

«Mírame ahora, Luke».

Quin soltó nuestras cosas en la isla de la cocina.

—¿Qué quieres primero? ¿Café o ducha?

—Ducha. —Ya estaba subiendo las escaleras—. Necesito entrar en calor.

—¡Ya te hago yo entrar en calor! —contestó de manera significativa.

—¡Imposible cuando sueltas cosas así!

Bajo la tromba de agua hirviendo, me estremecí de placer. Quin apareció en el baño para meter su toalla en el cesto de la ropa sucia. Asomé la cabeza.

—Ven aquí.

—¿Estás segura? —El alivio que reflejaron sus ojos me colmó de ternura.

Pobre Quin…, desconcertado por la repentina reaparición de Luke e intentando evitar que aquello no girara en torno a él. Lo atraje hacia el interior de la ducha, le apoyé las palmas en el pecho y pasé las manos por sus anchos hombros hasta presionar todo mi cuerpo contra el suyo. Quin era sólido y real, y yo necesitaba eso.

El pasado era muy triste, pero era el pasado. Esa era mi vida entonces, y era una buena vida.

«Mírame ahora, Luke».

—¿Estás bien? —Quin se apartó para mirarme.

—Sí. Solo… me alegro de que hayas vuelto.

—Yo también.

Entre palabra y palabra se estaban comunicando muchas cosas.

«Te quiero».

«Yo también te quiero».

Podría decirlo sin más. Sería tan sencillo…

Pero sentí que decírselo, por primera vez, dos días después de haber visto a mi exmarido lo empañaría de algún modo.

Quin cerró el grifo y me envolvió en toallas. En el dormitorio, mientras sorbía mi café, me cepilló el pelo mojado y me lo secó con el secador multifunción ridículamente caro que había comprado cuando por fin reconocí que manteníamos una relación de verdad.

—Bueno, cuéntame —me dijo.

Escogí mis palabras con cuidado:

—Estoy bien. Más o menos. Verlo ha removido cosas que creía… Nunca creí que hubiesen desaparecido para siempre, pero se habían asentado en el fondo, me había olvidado de ellas. No estaba preparada para volver a sentirlas.

—¿Y te sientes…?

—Triste. Muy triste… Es como querer visitar un país que ya no existe —respondí—. Pero pronto todo se asentará de nuevo y estaré bien.

—¿Todavía… le querías… le quieres? —Le costó mucho preguntarlo, y el corazón se me encogió de dolor.

Rodé a su lado.

—No, cariño. Pero recordé cómo era quererlo entonces. Fue muy importante tiempo atrás. Estoy algo trastocada, pero todo esto pertenece al pasado.

Apretó los labios y asintió; luego decidió que ya habíamos hablado lo suficiente de eso.

—¡Bueno! ¿Más café?

Miré la hora —las diez y diez—, demasiado tarde para la cafeína si esperaba dormir esa noche.

—Descafeinado.

Cuando volvió de la cocina, iba leyendo en el iPad.

—Ponchos para cambiarse —anunció—. ¿Esos abrigos raros que llevaba todo el mundo en el Forty Foot? Son como una mezcla de abrigo y cambiador. Los necesitamos.

—¿Quieres convertirlo en algo habitual?

—Para disfrutar de los beneficios, tendría que hacerlo todos los días. Y no quiero hacerlo sin ti, así que tendrías que estar aquí todos los días también. —Amplió algo en la pantalla—. ¿Te gustaría uno negro con el forro azul? ¿O con el forro rojo?

—¿Qué? ¿Uno de esos abrigos gigantes?

—Poncho para cambiarse. No es un abrigo.

Me sentía tan agradecida por vivir en una época en la que se llevaba el oversize… Una camiseta enorme hacía que el resto de mi cuerpo pareciera menos gigantesco y, sabe Dios, cabría pensar que había superado esa clase de pensamiento, pero no era así y, por cómo pintaban las cosas, nunca lo sería.

Pero aquellos abrigos eran una locura. Y con una vez me había bastado para saber que el agua helada no era para mí.

—Para, Quin. A mí no me lo compres, pirado.

—Los colores son un poco básicos —estaba murmurando, y añadió—: ¿No quieres convertir el baño en algo habitual?

—… Ah, creo que no. No estoy tan insatisfecha con la vida como tú.

Eso le arrancó una carcajada.

—Pero ¿y si vivieras aquí todo el tiempo, Rach?

Siempre volvíamos a eso.

—Llevamos vidas ajetreadas —dijo Quin—. Los dos salimos muchas noches. Estaría muy bien volver a casa el uno junto al otro. Y a Crunchie le encanta estar aquí.

Era cierto. Pero…

—A Crunchie le encanta estar en cualquier parte.

Había un montón de cosas que tener en cuenta para plantearme ir a vivir con Quin, la más importante eran sus dos hijos. Me llevaba bien con Liberty y con Finley, pero sería distinto si me mudase a tiempo completo.

¿Y qué pasaba con mi casa, que me encantaba? ¿Y mi jardín, que era posible que me gustase aún más? Cuando me mudé, cinco años antes, seguía impactada por el hecho de que lo mío con Luke se hubiese acabado y no tenía ningún interés en convertirlo en un hogar. Lo único que me había importado era que fuese funcional: una cama en la que dejarme caer, un sofá en el que despatarrarme, un microondas para hacer palomitas cuando me acordaba de comer.

Los muebles que Luke y yo teníamos en Nueva York habían ido a la beneficencia. Yo había llegado a Irlanda con muy poco dinero, así que no compré más que lo imprescindible.

Pero sí que es verdad que el tiempo lo cura todo, porque un día me vi soltando una suma indecente de dinero por un tocador sesentero. ¡De Ebay! Ni siquiera lo había visto en la vida real, pero sentía una especie de certeza de que quedaría bien, y quedó bien.

Debió de ser por aquel entonces cuando a Claire y a mí nos dio por buscar en un mercadillo de muebles de segunda mano, porque la mejor amiga-enemiga de Claire había dado con una fabulosa mesita de centro muy de *Mad Men* allí. Pero Claire encontraba repugnantes la madera rallada y los tapizados rasgados del mercado.

—La vida es demasiado corta para ver potencial en algo. A mí dame el artículo terminado, no me hagas perder el tiempo.

Pero a mí me encantaba ese potencial. El día que encontré dos sillones de los cincuenta estropeados pero deliciosamente angulares en un puesto, pregunté el precio de inmediato.

—¿Para qué quieres eso? —preguntó ella con verdadera confusión—. ¿Como mantillo para tu —pronunció la última palabra con una risita— matojo? —Su jardín estaba precioso porque pagaba un montón de dinero a un paisajista y a su equipo de diestros eslovacos. En la vida había cogido nada parecido a una pala, y mi pequeño pasatiempo la desconcertaba.

Sintiéndome vanguardista, mandé que retapizaran los sillones y pasaron a ocupar un puesto de honor en mi «estudio».

—Más te vale no convertirte en una de esas gilipollas engreídas —me había advertido Claire—, con sus «piezas únicas».

Era una identidad que me habría encantado adoptar, pero, hasta la fecha, las butacas siguen siendo mi mayor éxito.

—Adoro mi casa —dije.

—Es genial… si estuviéramos los dos solos. Pero los chicos necesitan su espacio.

—Lo sé.

—Podemos arrancar tu flor de cerezo y replantarla aquí.

Pero había otro motivo por el que me resistía: el modo horrible en que habíamos terminado Luke y yo.

—Quin, si las cosas se torcieran… —intenté dar con las palabras adecuadas—, y tuviera que marcharme…

—Las cosas no se torcerán.

Podría haberme echado a reír. No había tardado en volver a su yo seguro y arrogante.

—Y, aunque lo hicieran, estarías bien. Has sobrevivido a un montón de cosas, eres capaz.

Tenía razón, advertí, ligeramente sorprendida.

Los años que habían transcurrido entre Luke y Quin habían sido muy dolorosos, sobre todo al principio, pero no me hundí. Para cuando empecé a salir con Quin, había cambiado: me había acostumbrado a no sentirme nunca segura, o quizá se me diese mejor crear mi propia versión de la seguridad, una destreza que no habría adquirido si Luke no me hubiese dejado. Lo que significaba que, cuando conocí a Quin, ya no me quedaba tanto a lo que renunciar como tiempo atrás. No es que fuese más dura, solo era mejor cuidando de mí misma. Y eso tenía que ser bueno.

La realidad era que Luke había pasado página —lo había visto con mis propios ojos—, y yo, también. Lo único que había que parar a continuación era el comentario en directo en mi cabeza, donde no dejaba de presentar mi bonita vida a Luke para demostrarle lo bien que estaba.

—¿Es por esta casa? —me preguntó Quin—. Porque podemos cambiar cosas. ¿O mudarnos a otro sitio? ¿Empezar de cero?

Él había vivido allí desde que se había acabado su matrimonio, siete años antes.

—Tal vez podríamos empezar por esta habitación —dije—. Hacerle un pequeño cambio de imagen.

—¿No te gusta? Pero… compré una cama nueva para nosotros.

La había comprado al mismo tiempo que el secador, junto con sábanas, toallas y montones de cojines nuevos. («A las mujeres os encantan los cojines, ¿verdad?»).

Hice un gesto hacia las paredes de obra vista y los muebles oscuros de líneas puras.

—Esta habitación es muy… masculina.

—¡Deberías habérmelo dicho!

Pero cambiar la decoración de Quin, incluso en pequeños detalles, habría implicado un compromiso para el que no había estado preparada.

—Bueno, Rach, ¡cambiémoslo! Haremos lo que tú quieras.

—¿Incluso una de esas lámparas en las que se lee: «Vive, ríe, ama»?

—Tú nunca comprarías una lámpara de «Vive, ríe, ama», razón principal por la cual eres mi persona favorita. —Luego añadió—: ¡Eh, están agotados! Esos ponchos raros. Vaya mierda.

OceanofPDF.com

17

—Esas —dijo Quin—. Ese par, sin duda.

Había estado haciéndole un pase de modelos con los tres pares de zapatillas que habían llegado el jueves.

—Hummm… —Aún no estaba decidido—. ¿Y estas no?

—Quédate los dos pares.

Me reí.

—¡No! En serio, Quin, eres peor que yo.

Si hubiese seguido mi instinto más básico, me habría quedado con los tres, pero tenía que hacer las cosas con moderación.

Cogí mi móvil y eché un vistazo a la pantalla. Nada todavía.

—Quin —puse cara de disculpa—, tengo que ir a casa a sacar a Crunchie.

—¿No hay noticias de Kate?

—No. —Le había escrito un par de veces, pero no me había contestado en todo el día, lo cual no era propio de ella.

—Te acompaño —dijo Quin.

La idea resultaba atrayente: todo era más agradable cuando lo hacía con él.

—No. Estás reventado. Me voy y vuelvo en una hora.

—Vale. Prepararé la cena.

Estaba echando comida en el cuenco de Crunchie cuando oí el ruido de la llave de Kate en la puerta.

—¡En la cocina! —grité.

—¡Hola! —Tenía los ojos brillantes. Demasiado brillantes.

—Hola… ¿Estás bien?

—Rachel, ¿podemos hablar? Tengo que decirte algo.

Me alarmé al instante.

—¿El funeral del viernes? ¿La abuela de Devin?

Un momento… ¿«La abuela de Devin»? ¿No se referiría a «la madre de Luke»?

—Devin y yo…

Ah, no, tiene que ser coña. ¡Tiene que ser una puta COÑA!

—Devin y tú ¿qué?

—Nosotros… esto… sí, hemos estado hablando…

—¿«Hablando»? —Hasta yo sabía que eso era un eufemismo para un tipo de comunicación completamente distinta—. ¿Cómo ha contactado contigo? No, no era una pregunta de verdad. ¿Y?

—Me gusta. Creo que le gusto. —Más eufemismos. «Me gusta» significaba que era probable que se hubiesen pasado el fin de semana entero en la cama—. Creo que, quizá, podríamos tener algo.

—… Lo conoces desde hace ¿dos días?

Se le subieron los colores.

—En realidad no ha pasado, bueno, nada, él vive con su madre y con su padre, y yo no quería traerlo aquí hasta que hubiésemos hablado tú y yo… Mira, seguro que no es nada, solo un… nada. Pero no me parecía bien que no lo supieses.

Me sentí culpable. Kate no solo era la persona más dulce que conocía, sino que también era una adulta: no me debía ninguna explicación.

—Espera —dije—. Gracias por contármelo. Y perdona por estar rara.

Pero mi cabeza ya se estaba adelantando, entrando en modo Catástrofe Absoluta: Kate y Devin practicando un sexo ruidoso en la habitación de al lado; Kate y Devin despatarrados en el sofá viendo Netflix, conmigo cabizbaja en un sillón, aguantando la vela con tensión nerviosa.

Por mucho que quisiera a Kate, ya no podíamos compartir casa, no si había alguna posibilidad de que me topase con el sobrino de Luke de forma habitual, viéndolo salir del baño con el pecho desnudo, con una toalla enrollada en torno a esas estrechas caderas Costello.

«Podría resultar incómodo. Pero es una oportunidad».

¿Una oportunidad de qué?

«De crecimiento personal».

Internamente, suspiré. Maldito crecimiento personal. Siempre tan desagradable.

—Bueno, eh, háblame de Devin —dije con un esfuerzo—. ¿Qué edad tiene?

Se le iluminó el rostro.

—¡La misma que yo! Veintitrés. Nos llevamos solo diecisiete días, ¡somos casi gemelos!

«Ay, Dios».

—Es la primera vez desde Isaac que me gusta alguien de verdad —reconoció tímidamente—. Y toca en un grupo, así que entiende quién soy. Excepto —se anticipó a mi pregunta— que aún no han triunfado. Así que no tiene dinero. Otra cosa que tenemos en común. —Su risa era nerviosa y me sentí como una mierda.

—Estoy encantada de que hayas conocido a alguien. —Fui capaz de decirlo casi en serio—. Da igual de quién sea sobrino.

—Oh, ¿de verdad? —Su rostro reflejó alivio de golpe—. Me alegro tanto de que no te cabrees conmigo. Es solo… ¿Sabes cuando conoces a alguien y sientes que lo conoces de toda la vida? —Y añadió con aire soñador—: Pero no solo eso. Es taaan sexy…

No iba a disentir de eso.

Cogí la correa de Crunchie, que, loca de alegría, vino corriendo. Normalmente solo dábamos una vuelta por el pueblo, lo que nos llevaba unos veinte minutos a lo sumo. Pero esa noche subimos al bosque.

Mi casa formaba parte de un grupo de dieciséis, ocultas en el borde de una zona tranquila de Wicklow. Con revestimiento de granito y gran cantidad del follaje original, se había hecho un esfuerzo porque armonizara con el paisaje. Pero a los lugareños no les gustábamos mucho los recién llegados. Al parecer, cuando llevásemos setenta años viviendo allí, quizá nos dirigieran la palabra en las tiendas. Entretanto, cualquier transacción era un poco una tortura.

De todos modos, resultaba agradable poder ir caminando hasta la Naturaleza Real.

Crunchie iba sin correa y olisqueaba alrededor en un estado de dicha enloquecida, pero no dejaba de volver para comprobar que yo estuviera bien. Había pasado un par de días duros —desde aquella llamada de Joey —, y ella lo había notado.

Con ese asunto de Kate y Devin, me pregunté si el universo me estaba diciendo que me fuese a vivir con Quin.

Nos había tenido a Luke y a mí como referencia máxima desde hacía demasiado tiempo. Pero, con unos ajustes, podría vivir muy felizmente con Quin. Y no había necesidad de que empezásemos de cero en una casa nueva que hubiésemos comprado juntos, no hacía falta desarraigar a sus hijos.

¿Seguiríamos juntos a largo plazo? No tenía ni idea, ¿y qué importaba? Había creído que Luke y yo estaríamos juntos para siempre, y no podría haber estado más equivocada. Lo único que había era el presente. Y el presente era bueno.

OceanofPDF.com

18

El lunes por la mañana, no eran ni las siete y media cuando entré en The Cloisters. Tras despertarme a las seis, no pude volver a dormirme, así que decidí que bien podía aprovechar para hacer algo útil.

Abajo, en la cocina, alguien estaba ofreciendo una versión en voz muy alta y aguda de una canción sensiblera. Me vino el nombre de Demis Roussos a la mente.

—¡La la, la la la, la lala la lala, LA DÉÉÉÉÉÉBIL SERÁS TÚÚÚÚÚÚ!

Seguí el ruido y encontré a Dennis cantándole a Ella mientras preparaban el desayuno para la casa. A los novatos siempre les tocaban las peores tareas.

—¡LA DÉÉÉÉÉÉBIL SERÁS TÚÚÚÚÚÚ!

—Para —le suplicaba Ella, doblada de la risa—. Estoy oficialmente muerta.

—¿Te he contado que entré en *La Voz* de Irlanda? —estaba diciendo Dennis—. Te juro que no miento.

—Casi te creo… ¡Madre mía! —Ella me había visto. Parecía haber presenciado una aparición—. ¿De dónde vienes? ¿Llevas aquí toda la noche?

Esbocé una sonrisa enigmática.

—¿Bocadillo de beicon? —me ofreció Dennis.

Otra de mis sonrisas enigmáticas.

—¿Eso es un sí o un no? —rogó.

—Es un no.

Y entonces llegó Ted, sediento de detalles.

—¿Qué tal estás, Rachel?

—Bien, Ted. Todo bien.

No era del todo cierto, pero con el tiempo lo sería.

—¿Tu ex ha dejado el país?

—Seguramente. —Me obligué a sonreír de nuevo—. De cualquier modo, todo genial.

Mi instinto me decía que Luke se había ido y, ahora que ya era demasiado tarde, seguía sintiendo aquel arrepentimiento nervioso por no haber ido a la comida de Justin. Una sensación de caída libre por la pérdida me susurró que había perdido una oportunidad de… ¿qué exactamente?

¿De borrar los últimos seis años por arte de magia?

Porque eso no iba a ocurrir nunca. Lo cierto era que algunas cosas no tenían arreglo. Mi reto consistía en vivir con eso, y podía hacerlo. La añoranza que se había removido en mi interior regresaría lentamente al fondo, donde había estado todo ese tiempo, y la vida acabaría volviendo a la normalidad.

Fui la primera en llegar a la Sala del Abad. Un par de minutos más tarde, irrumpieron Dennis y Ella.

—¡Y ahí está otra vez! —Dennis estaba muy contento—. ¡Te has perdido un desayuno de primera!

Fruncí el ceño y me concentré: ¡madre mía, en qué estado se encontraba! ¿Cuántos días más necesitaba antes de darse cuenta de que tenía la ropa completamente asquerosa? Era evidente que, en casa, su mujer se lo hacía todo.

Aunque no es que a Ella pareciese importarle la ropa mugrienta de Dennis. Con el brazo bueno, le dio un empujón de broma, mientras los dos intentaban reclamar la segunda mejor silla. Ella y otros como ella sobrevivían siendo amables con todo el mundo, incluso con aquellos que no se habían cambiado de ropa interior en seis días. Podría haber estado ahogándose literalmente con el hedor de Dennis y nunca lo reconocería.

—Guau. —Ella se fijó en mis zapatillas—. ¡Tus zapas son la leche!

¡Eran la leche! Eran blancas pero con estrellas con estampado de leopardo y ribete en la parte delantera. Abrí la boca para participar de su entusiasmo y me contuve justo a tiempo. Madre mía, sí que estaba despistada.

Incliné la cabeza levemente y sonreí con un solo lado de la boca. Con los años, me habían informado de que esa sonrisa extraña resultaba aterradora. Cuando tienes en cuenta las horas de práctica que invertí en ello, resultaba gratificante oírlo.

Aunque pobre Ella. Los cumplidos y halagos eran su forma de crear vínculos. Cuando la gente se negaba a seguir ese juego, no tenía a qué recurrir.

Y entonces apareció Giles, larguirucho y gallardo. Le disgustó ver a Ella y a Dennis. Madre mía, quizá fuera capaz de dejar la coca, pero nunca dejaría de ser un mujeriego…

—Y lo siguiente —leyó Dennis en voz alta— es que aquí el colega se incorpora en el ataúd y suelta: «¡¿De quién es el pintalabios que llevo puesto?!».

La Sala del Abad estalló en carcajadas. Dennis nos estaba obsequiando con la historia de su vida, y era una comedia animadísima: una historia hilarante detrás de la otra. El alcohol recibía alguna mención ocasional, pero solo como ingrediente necesario de «una gran noche de fiesta».

Lo había visto con frecuencia: un alcohólico que asumía la bebida ocultándola a plena vista, con relatos dramáticos y divertidos de sus juergas salvajes. Sonaba como si reconociera que tenía un problema, pero en realidad era solo una gran maniobra de distracción. Cualquier vergüenza que sintiera Dennis —y seguro que iba a sentir mucha— se hallaba enterrada bajo una coraza casi impermeable de anécdotas que distraían la atención.

Daba la impresión de ser el propietario de la mitad del pueblo en el que había nacido —era dueño de un pub, una trituradora, una compañía de taxis y una pequeña funeraria. La compañía de taxis (formada por él y su hermano, Patch, que compartían un único coche) operaba desde el mismo edificio que la funeraria, lo que llevaba a algunas confusiones graciosísimas.

—Madre mía, ¡acabo de acordarme de otra! —Dennis dejó su guion escrito—. ¡Mi experiencia cercana a la muerte! Imaginaos la escena… Los

postres de un funeral. Bueno yo soy un hombre al que le encantan los funerales, no hay nada tan agradable como un sándwich de jamón de funeral…

Sin duda podía visualizarlo: Dennis tratando con los dolientes mientras mentalmente llevaba la suma de cuánto se estaban gastando en la barra libre de su pub. Al igual que Chalkie, Dennis llevaba la carga de una gran capacidad de gustar. Significaba que la gente permitía que bebiera, le excusaban, cubrían sus meteduras de pata y no soportaban enfrentarse a él.

En ese momento, Dennis estaba de pie, representando a distintos personajes de la anécdota. Dejaría que acabase esa y no tendría más tiempo de emisión hasta que su hermano Patch fuese el miércoles por la mañana y expusiese las cosas a la luz.

—… ¡Estuve clínicamente muerto! Durante cuatro minutos, ¿podéis creerlo? Sabía que estaba en la mesa del quirófano, pero vi el pasillo de luz blanca. Así que dije: «¿Tenéis barra libre en el cielo?».

Ella bufó entre risas.

—Estaba muerto, hablo en serio. —Se le balancearon los rizos—. Si tenían barra libre, seguiría avanzando hacia la luz. Pero va una voz y me dice: «Nada de bar. El cielo está seco». Así que le suelto yo: «¡Buena suerte! Ya nos veremos». ¡Y volví!

Cuando se acallaron las risas, Ella declaró:

—¡Podrías ganarte la vida haciendo monólogos!

—Si no muere de alcoholismo antes —dijo Giles en voz baja.

Un manto de silencio cayó sobre la sala, y seis cabezas se volvieron de golpe hacia Giles. Siendo justa, hasta yo me sorprendí. Pero Roxy se iba al cabo de tres días, y estaba claro que Giles había comenzado su transición a Personaje Ilustre del grupo. El alumno empezaba a convertirse en maestro.

—Pero… —Ella se había quedado consternada al oír que se acusaba así a su colega Dennis. Su historia (que su mujer le había amenazado para que se internase) ella se la había tragado enterita. Afirmaba su convicción de que ella también estaba ahí solo para complacer a otros.

—¿Qué demonios te ha dado? —le preguntó Chalkie a Giles.

Giles se encogió de hombros.

—Dennis estuvo a punto de morir por intoxicación etílica. No tiene gracia.

—¡Ah, para! —protestó Dennis—. Solo nos estamos riendo un poco.

Con un asentimiento brusco, Ella fulminó a Giles con la mirada.

Al final de la sesión, cuando se levantaron para salir, dije:

—Dennis, ¿puedes quedarte un momento?

—Oh, muchachos, ¡estoy en apuros!

Después de cerrar la puerta, dije:

—Dennis, tu ropa.

Dio un tirón a su chaqueta.

—Hecha con las manos de Makee's, de Mullingar. ¿Seguro que tienes algún marido o novio que necesita «confección a medida», una mujer tan guapa como tú? Menciona mi nombre a Mossie Makee y cuidará de ti y del afortunado en cuestión. —Su exagerado guiño indicaba que un descuento considerable sería mío.

—Dennis, tu ropa está muy sucia. —Le señalé las manchas de la corbata y los lamparones no identificables de la camisa—. Tienes que lavarla. Además, llevas aquí casi una semana y no te has duchado una sola vez.

—Me doy un baño cada Domingo de Resurrección —declaró—. ¡Tanto si lo necesito como si no! Jo, jo.

—Dennis, tienes que ducharte todos los días. Y que alguien te enseñe a usar la lavadora.

—Claro, la parienta me trae ropa limpia la semana que viene.

—Lava la ropa. —Podía dar bastante miedo cuando me lo proponía—. Esta noche, Dennis.

Cuando salía de la sala, me gritó a la espalda con una rabia repentina y muy real:

—¿Qué tiene eso que ver con beber demasiado?

Mucho. Los adictos se odiaban a sí mismos, y muchos no podían darse el lujo de la civilidad. Ya aprendería.

Cuando encendí el móvil, tenía un mensaje de Helen.

¿Nos vemos? Tengo que hablar contigo.

Ese tipo de cosa —que Helen me propusiera quedar a solas— era un poco raro. Debía de querer hablar de lo que fuera que hubiera estado haciendo la mañana del viernes del funeral de la señora Costello. Era imposible adivinarlo —podía estar a punto de romper con Artie o de embarcarse en una expedición en solitario al Polo Norte—; conociendo a Helen, podía ser cualquier cosa. Pero esperaba que estuviese bien.

¿Cuándo? ¿Hoy? ¿En la Red Kite Farmhouse, a las 17.45?

Contestó de inmediato:

Ahí no. Odio ese sitio. Está lleno de mamis pijas.

Por supuesto. Aparte de ella, todo el mundo adoraba la Red Kite Farmhouse: la estética cursi, las mesas con caballetes artísticamente desparejadas, los bollos gigantescos y prohibitivos. Helen tenía que ser distinta.

Entonces llegó otro mensaje.

Vale, pues en la Red Kite Farmhouse. Pero no me des la paliza con los putos bollos. Lo pillo: son GRANDES.

Me ofendió un poco. Yo no le daría la paliza con el tamaño de los bollos de la Red Kite Farmhouse en la vida. Son grandes, demasiado para una sola persona, pero yo no les veía ningún problema.

Como ya era tarde, no me costó aparcar; los grupos merodeadores de mamis pijas vestidas de Lululemon normalmente se dispersaban en torno a las tres y media, cuando se subían a sus Range Rovers para recoger a los niños del colegio privado.

Helen ya ocupaba una mesa, estudiando su móvil con un aire ligeramente homicida.

—¡Ah, Rachel, eeey! —gorjeó al verme.

Helen no gorjeaba jamás. Gorjear estaba en su Lista de Palazos.

A su carita perfecta asomó el rictus de una sonrisa. Me estaba dando muy mala espina.

—Siéntate. —Señaló la silla que tenía enfrente—. Te he pedido una menta poleo, era eso, ¿verdad? Y un brownie. No podía jugármela con los bollos.

—Bueno, ¿qué pasa?

Helen bajó la vista a la mesa.

—Pues mira, Artie y yo hemos estado pensando…

De pronto supe lo que iba a decir.

Me miró a los ojos.

—Queremos tener un niño.

Para eso me había preparado.

—Lo siento, Rachel. Sé que te disgustará y lo siento de verdad.

Seguíamos mirándonos a los ojos sin pestañear. Noté que se me acaloraba la cara y no daba con las palabras apropiadas.

—Vas a decirme que ya eres mayorcita y que tus cosas son responsabilidad tuya y todo eso, pero…

—El caso es que es verdad —logré articular.

—No tienes que hacerte la valiente. No para protegerme.

—Yo… —Había demasiadas emociones agitándose en mi interior, un gran desbarajuste.

—Dime que me odias —me instó.

—Pero es que no te odio. Claro que no te odio, vamos. Mi barco zarpó hace mucho tiempo. Tú tienes que hacer lo que quieras, no soportaría que no lo hicieras por mí.

—¿Deberías comerte el brownie? ¿Te iría bien el azúcar?

—Creí que no querías tener hijos.

—Es que no quería. Y luego de repente quise. Creí que había algo malo en mí, así que fui al médico. Pensé que podría darme unas pastillas para que parara. Pero me dijo que lo que me pasaba era que tenía ganas de tener hijos. ¡Me habló de instinto maternal! —exclamó—. ¡A mí! Qué valor, me impresionó. Oye, ¿debería haberte pedido un bollo gigante? —Echó su silla hacia atrás con un chirrido—. Voy a buscarte uno.

—Siéntate, idiota. Bueno… eh… ¿y en qué parte del proceso estáis?

—Montando por Irlanda.

—Encantador… ¿o no? —Según mi experiencia, practicar el sexo siguiendo un horario le restaba gran parte de la diversión.

—Acabamos de empezar, así que ahora mismo está bien. El viernes por la mañana me hicieron una exploración, ya sabes, un procedimiento, por eso no pude ir al funeral. La doctora dijo que, aunque tengo casi cuarenta, aún me quedan unos cuantos óvulos buenos. Así que puede que funcione. Si no, tendremos que «explorar otras opciones». Fecundación *in vitro*, quizá.

—Muchísima suerte, Helen, de verdad. Espero que funcione.

—¿En serio? Entonces ¿estamos bien? ¿Tú y yo?

—Perfectamente.

—Gracias. —Luego añadió—: ¡Eh! ¿Qué es eso de Kate y el sobrino de Luke? Me los he encontrado esta mañana…

—¿A los dos?

—Ella estaba de vigilancia, y él «solo pasaba el rato». No soy quién para juzgarlo, pero parecían… —hizo una pausa y sopesó la palabra—, entusiasmados. Sí. Muy entusiasmados el uno con el otro. ¿Y si, a ver, se casaran y tuvieras que ver a Costello en la boda?

—Uh, Helen. No adelantemos acontecimientos.

—Vale. En fin, ¿a ti qué más te daría? Te gusta el Doctor Cuchador, es un buen novio.

—Es un novio genial.

—Aunque no tenga cuchador. ¿Y estás segura de que te parece bien lo de mi bebé?

—Por supuesto. No le des más vueltas.

—Vale. Solo una cosa. ¿Lo de «estar intentándolo»?

—¿A la Lista de Palazos?

—A lo más alto. No lo digas jamás. Bueno, me piro.

OceanofPDF.com

19

Vi cómo se alejaba el coche de Helen y mi rostro pudo al fin mostrar cómo me sentía en realidad. Triste, muy muy triste.

«Tranquila, se te pasará, ya verás. Estarás bien».

Pero es que todo estaba ocurriendo al mismo tiempo: cruzarme con Luke, que Kate se enamorase de Devin y luego eso. Si creyeras en los planetas y patrones, pensarías que estaba ocurriendo algo importante; yuxtaposiciones y demás.

Aun así, ya había empezado a animarme: si Helen y Artie querían tener un hijo, yo lo querría. Dos emociones contradictorias podían coexistir: alegría por Helen y tristeza por mí.

Sentí un deseo repentino de estar con Quin, pero esa noche tenía una teleconferencia sobre su proyecto de Nuevo México.

Casi me sorprendía la intensidad de ese sentimiento, porque hasta no hacía mucho nuestra relación había sido una colcha de *patchwork* incompleta: montones de cosas positivas que, al juntarlas, no acababan de formar un todo. Pero funcionaba. Sin embargo, a la mezcla se había sumado un ingrediente nuevo, y todas las piezas que no alcanzaban a completar el artículo genuino de repente lo hacían.

Dicho cambio se había producido dos meses atrás gracias a una de esas conversaciones inesperadamente profundas en las que la gente se adentra sin pretenderlo.

Quin había hecho referencia una vez más a lo de las patatas con queso de Jo Burger, y yo, en lugar de tomármelo a guasa, contesté:

—Ojalá no lo hubiera dicho.

—Lo dijiste porque lo sentías.

—Pero entonces estaba en otra fase. Cuando nos conocimos, me costaba confiar en ti. Hablabas abiertamente de tu lado mujeriego. Si te hubiese conocido hace, digamos, diez años, habría guardado las distancias. —De repente entendí algo—. Incluso ahora, aunque sé que te importo…

—¿Qué?

Tenía que decírselo.

—Digamos que, si en uno de tus viajes de trabajo conocieras a una mujer y te gustara, no creo que te pararas a pensar mucho en mí antes de acostarte con ella. Y creo que confesarías, no para hacerme daño, sino porque… —Tragué saliva porque era una idea espantosa—. «Somos todos adultos».

—Te equivocas. —Para mi sorpresa, Quin sonaba enfadado—. ¿Cómo sabes que no he conocido a alguien y me he alejado de un problema?

—¿Has conocido a alguien?

—Sí, un par de veces. —Me miró enfurecido—. Tus palabras me duelen, Rachel.

Tragué saliva.

—Lo siento. —Aquello, su malestar, me tenía desconcertada.

—Yo no tengo la menor intención de hacerte daño, pero este… empeño tuyo en que soy un follador te viene bien. Así tú puedes hacer lo mismo sin sentir que tienes que contármelo. Dices que estás conmigo porque lo nuestro no tiene potencial para ir en serio. Me parece bastante derrotista, Rachel.

—Lo siento. —Lo dije de corazón—. Estaba equivocada. Sé que has cambiado, solo necesito… que mis sentimientos se pongan al día con la realidad.

Desde entonces, mi vínculo con Quin se había hecho más fuerte y más profundo.

Esa noche, sin embargo, no estaba disponible, de modo que fui a una reunión, la de mi grupo de apoyo de los lunes, y eso me ayudó. Cuando llegué a casa, no obstante, estaba hecha polvo y me puse a buscar en la cocina algo fácil para la cena.

No por primera vez, deseé que mi dirección existiera en un mapa de Deliveroo.

Kate había salido, no tenía ni idea de adónde. No controlábamos lo que hacía la otra. Yo no era su madre y no quería actuar como tal, pero lo de Devin había cambiado eso. ¿Estaba con él en ese momento? ¿Y si —como había insinuado Helen— la cosa iba en serio y decidían casarse? Tendría que ver a Luke en la boda. Ojalá no la hubiera llevado al funeral…

En el armario apareció una caja de cereales Raisin Bran, pero en la nevera no había leche. ¡Da igual! Me hice un ovillo en el sofá y, comiendo puñados directamente de la caja, encendí el iPad y me puse a hacer clic aquí y allá buscando emociones gratas.

Me metí en Luxury Exchange para decirle hola a «mi» bolso de Chanel. Después de contemplarlo amorosamente, se me ocurrió que tarde o temprano alguien lo compraría, alguien con más dinero que yo o con menos capacidad aún de contención. Un día haría clic y clic, y no habría ni rastro de él. Sin detalles de quién lo había comprado, de si era merecedor de él, de si le hacía tan feliz como me habría hecho a mí. Simplemente… no estaría.

Crunchie soltó un ladrido de alerta, y sonó el timbre de la puerta; chicos del barrio buscando donativos para una cosa u otra, seguro. No había semana que no me sacaran algo. Agarré el monedero dispuesta a soltar la pasta, abrí la puerta… y ahí estaba Luke.

Me quedé blanca de la impresión.

En mi cabeza, Luke ya había regresado a donde fuera que viviera entonces, de ahí que el hecho de verlo en mi felpudo con la llovizna perlando su sedoso cabello y los hombros del abrigo oscuro se me hiciera, sencillamente, demasiado extraño.

—¿Puedo pasar?

Sumida en un aturdimiento obediente, me hice a un lado para que entrara en el recibidor.

Crunchie lo rodeó, olfateándolo y haciendo ruido con las patas contra el suelo.

¿Qué hacía ahí? ¿Había ido a disculparse, quizá…?

Señalé la sala de estar.

—¿Me descalzo? —preguntó.

Le miré las botas.

—No hace falta, pasa. —Señor, ¿qué importaba eso?

Lo seguí e indiqué el sofá.

—Siéntate. ¿Me das el abrigo?

Hundió las manos en los bolsillos y permaneció de pie.

—No me llevará mucho tiempo.

No parecía muy contento. Dos líneas adustas le bajaban desde las aletas de la nariz hasta las comisuras de los labios. No las había tenido tan marcadas en la iglesia.

Bueno, se había hecho mayor, como yo.

—¿Qué puedo…? ¿Qué haces aquí?

—¿Devin y Kate? —De repente se activó—. ¿Qué demonios? ¿La animaste tú?

Ira. Esa era la emoción que emanaba, entonces la reconocí.

—¿Animarla a qué?

—A liarse con un hombre que, casualmente, es mi sobrino.

Herida, tartamudeé:

—No lo descubrí hasta anoche y tampoco me hizo gracia.

Me miró en silencio, respirando agitadamente.

—¿Por qué iba yo a, como dices, animarla?

—Para devolvérmela.

Su hostilidad me estremeció.

—Yo no haría una cosa así. —La voz me salió débil y confusa—. Además, ¿a ti qué más te da? Ya son mayores, pueden hacer lo que quieran.

—¿Te imaginas cómo me he sentido cuando he entrado en casa de Justin y ahí, sentada a la mesa de la cocina, estaba tu sobrina? ¿Y si jode a Devin?

—¡Kate es un cielo, jamás haría eso! ¿Y si es él quien la jode a ella? Es mucho más probable, si ha salido en algo a ti. —Sus pupilas brillaron de estupefacción. Oh, sí, había puesto el dedo en la llaga—. En cualquier caso… —Inspiré hondo y traté de tranquilizarme—. En cualquier caso, no es asunto nuestro. Es probable que no duren ni cinco minutos. Además, tú ni siquiera vives aquí.

—Es probable que me quede unas semanas más.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mi padre no está bien. Mi madre cuidaba de él, pero ahora está… Así que me quedaré hasta que encontremos a alguien… Es un cascarrabias difícil de complacer… En fin, ya veremos cómo va.

A pesar de todo, me supo mal por él.

—Siento lo de tu padre. Y lo de tu madre.

—Ya, bueno. —Suspiró con fuerza—. Las putas desgracias nunca vienen solas.

Durante un instante incómodo, sus ojos castaños buscaron los míos. Luego giró sobre sus talones con el abrigo arremolinándose y abandonó la sala. La puerta de la calle se abrió y se cerró. Instantes después, se oyó un motor que se alejó con un rugido.

Temblando, tuve que sentarme. «Estarás bien. No ahora mismo, pero estarás genial. Es cuestión de tiempo, nada más».

Me iría bien hablar con alguien, pero ¿con quién? ¿Nola? ¿Quin? ¿Brigit? ¿Claire?

Quin, no, estaba ocupado. ¿Claire? No, era demasiado mandona. ¿Brigit? A esas horas ya estaría acostada. En ese caso, Nola. Cogí el teléfono y entonces me di cuenta de que lo había puesto en modo avión para la reunión de Narcóticos Anónimos y había olvidado conectarlo de nuevo. En cuanto lo hice, aparecieron dos, tres… no, cuatro llamadas perdidas de Kate, que había intentado avisarme de que Luke se dirigía a mi casa.

Estaba acelerada, me daba vueltas la cabeza y tenía muchos números de ir a vomitar. Seguramente me encontraba en estado de *shock*. Nunca me sería fácil verlo después de tanto tiempo. Pero la experiencia me había enseñado a esperar a que se me pasara.

Me sobresaltó un ladrido de Crunchie, luego Kate irrumpió en la sala con cara de espanto.

—¿Rachel? ¿Estás bien? ¿Ha venido Luke?

—… ¿Qué ha pasado?

—Estaba con Devin en casa de sus padres. Luke ha llegado, me ha visto… —Abrió las manos en un gesto de impotencia—. Y se ha puesto como un energúmeno. —Estaba al borde de las lágrimas—. Me ha preguntado qué hacía allí. Devin se lo ha explicado, pero Luke no le ha

creído. Me ha obligado a darle nuestra… tu dirección, ha agarrado las llaves de la moto de Justin y se ha largado, dejándonos con Kallie.

—¿Kallie?

—La novia… La pareja de Luke.

—¿Sigue aquí?

—Sí. Te he llamado —continuó Kate—, pero tenías el teléfono apagado. Así que he dicho que me iba, esperando poder llegar aquí antes que Luke, pero el padre de Devin ha dicho que sería bueno que hablarais. ¿Tenía razón? —preguntó con suavidad—. ¿Os ha ido bien hablar?

Mis pensamientos daban giros y bandazos alarmantes. No tenía dónde agarrarme.

—¿Cómo es ella? —solté bruscamente.

—¿Kallie? —Kate me miró consternada—. Apenas acababa de conocerla. Es, eh… Rachel, ¿seguro que quieres hacer esto? Vale. Parece buena tía. No imaginas lo incómodo que ha sido cuando Luke se ha marchado y ella ha intentado bromear al respecto. «Conoces a un tío y te dice que no le gustan las complicaciones». Viven en Denver. Tiene… cuarenta y pocos, diría yo. Pero mola. Como tú —añadió con una sonrisa.

Eran tantas las cosas que deseaba preguntarle, pero me limité a decir:

—Estoy bien, Kate, no te preocupes. Ven aquí. —La abracé con fuerza y luego se fue a lo suyo.

Llamé a Nola y la puse al corriente.

—Tengo demasiadas emociones dentro —dije—, todas horribles.

—Lo único que importa es —señaló—: ¿piensas tomarte algo?

—¡No tengo nada que tomar! Perdona. No, claro que no.

—Entonces estarás bien. Todo forma parte del proceso, ¡un paso más en tu crecimiento emocional y espiritual!

Lo dijo como si fuera algo bueno, como si me hubiese tocado la lotería.

—Y cuando haya dado ese paso, seré… ¿qué? ¿Más fuerte? ¿Más resiliente?

—El tiempo lo dirá.

—Pero duele. ¿Dejará de dolerme algún día el tema de Luke?

—¿Cómo quieres que lo sepa, niña? Guárdalo bajo La Llave de Oro.

«¡Aargh!». Siempre volvía a lo mismo cuando hablábamos de Luke. Llevaba años guardándolo bajo La Llave de Oro y el universo seguía sin resolverlo.

—Y ahora, amor, a la cama. Llámame si me necesitas, a Harry no le molesta.

Una vez más, pensé en llamar a Quin, incluso en ir a su casa y escurrirme debajo del edredón, donde me abrazaría con fuerza. Pero sería un error dejar que me viera en ese estado. Le haría daño. Le haría desconfiar, incluso. Y no se le pasaría hasta mucho después de que mis emociones con respecto a Luke regresaran a la normalidad.

Me metí en la cama sin demasiadas esperanzas. «Por favor, haz que duerma». Pero mi poder superior no funcionaba así. No servía de nada que pidiera algo concreto —bolsos de Chanel, enfriamiento global, semáforos en verde en todo el trayecto a casa—, lo único que se me acababa concediendo era la aceptación de mi situación, fuera la que fuera.

Tal como esperaba, una sobrecarga de adrenalina me atravesó el cuerpo. A ese paso no pegaría ojo en toda la noche. Tenía que salir de la cama y alcanzar la extenuación a través del supuestamente tranquilizador «trabajo de respiración», si es que hacía algo.

Cuando el reloj marcó la una, la rabia empezó a cobrar fuerza. Yo siempre había sido de reacciones retardadas, absolutamente incapaz de defenderme en el momento. En lugar de eso, mantenía diálogos increíblemente elocuentes dentro de mi cabeza en mitad de la noche, durante horas, días o incluso meses después del momento apropiado.

¿Cómo se atrevía Luke Costello a irrumpir en mi casa y lanzarme una retahíla de acusaciones absurdas? La de veces que había intentado yo que me hablara, ¿y había hecho falta algo así?

¡Y menudo morro, actuar como si fuera la parte ofendida! Me había dejado él a mí.

A eso de las dos, aceptando la derrota, me vestí, llamé a Crunchie, cogí la linterna y salí a la calle. (La linterna era uno de mis puntos de referencia, una señal clara de que había madurado. Era el primer objeto en el que me había gastado dinero que no necesitaba de inmediato, solo «por si se va la luz». Ni siquiera me gustaba el color).

Nos dirigimos a los árboles, Crunchie lanzándome miradas nerviosas: ¿iban a convertirse los paseos por el bosque en mitad de la noche en un hábito?

—¿Quién sabe? —le dije.

Agradecí su presencia como nunca, porque una vez que tienes perro puedes ir a donde quieras. Una cuarentona de pelo largo que pasea sola por el bosque en plena noche tiene muchos puntos para que la quemen por bruja. Sin embargo, dale un perro y de repente todo es genial. («Bajadla de la pira, muchachos, ¡tiene perro!»).

Mientras caminaba en la penumbra, empezaron a tomar forma detalles que hasta ese momento solo había registrado en mi subconsciente. Las enormes botas que llevaba Luke le habían otorgado al menos tres centímetros extra por encima de mí, haciéndolo más intimidante aún. ¿Había sido algo deliberado?, me pregunté. A saber. Todo era posible, porque Luke ya no era el hombre al que había conocido.

Hasta su olor era distinto. Habíamos estado tan cerca en mi sala de estar que me había llegado el calor colérico de su cuerpo. Pero todo aquello que contribuye al olor único de una persona —detergente, jabón, comida, entorno— había cambiado.

Además, ese abrigo no le pegaba. Puede que se lo hubiera prestado uno de sus hermanos. O puede que ahora le fuera ese estilo, porque también los vaqueros eran diferentes. Decididamente menos ajustados que en el pasado. Mis hermanas se llevarían una gran decepción.

Crunchie jadeaba a mi lado. Mezcla de corgi y golden retriever, sus cortas patas no estaban hechas para esto.

—De acuerdo, nos volvemos.

En torno a las tres y media caí muerta, pero a las siete y veinticinco me despertó el teléfono: Luke.

«Madre mía».

—¿Luke? —La boca me sabía a rabia—. ¿Qué he hecho ahora?

—Siento lo de anoche —dijo apesadumbrado—. Se me fue la olla. No tendría que haberme presentado en tu casa. Lo siento.

No supe qué contestar.

—… ¿Sigues ahí? —me preguntó.

Me refugié en la charla terapéutica.
—Tu madre ha muerto —dije—, estás en estado de *shock*.
—No sé qué me dio.
—Tranquilo, olvídalo.
—¿Seguro?
—Seguro. Cuídate.
—Eh, vale, tú también.
—Vale. —Y añadí—: Adiós.
—Adiós.
Su respiración aún era audible cuando colgué.

OceanofPDF.com

20

Tenía que quitarme a Luke de la cabeza, porque me esperaba un día intenso en el trabajo. Imprimí toda la información que necesitaba y me dirigí a la reunión matutina. Pero al sentarme a la mesa me asaltó una oleada de agotamiento. Podría haberme quedado dormida allí mismo.

Por suerte, Murdo asomó la cabeza y me hizo señas con el dedo: había llegado Ronan, el hijo de Trassa. La adrenalina de ese encuentro me mantendría despierta.

—Está en el salón —dijo—. Nos vemos en grupo.

Me encontré con un hombre de cuarenta y pocos años y aspecto nervioso que mantenía la mirada fija en una taza de té intacta. Delante, también intacto, tenía un plato de galletas «para las visitas».

—¿Ronan? —Le estreché la mano—. Soy Rachel. Gracias por venir.

Se incorporó a medias y, con voz angustiada, preguntó:

—¿Qué tengo que hacer?

Se me partió el corazón. La gente a cargo de personas adictas lo tiene muy difícil. Pasan una gran parte de su tiempo acosados por la sospecha, el miedo, las esperanzas frustradas o la ira y, cuando por fin han convencido a su ser querido de que acepte ayuda, se sienten terriblemente culpables.

—Ser sincero, nada más —dije—. Yo te guiaré.

—¿Crees que… perderá la cabeza conmigo? —Pobre hombre, estaba aterrorizado.

—Tal vez. Necesita proteger su adicción, y una manera de hacerlo es culpar a otros. —Ya lo habíamos hablado por teléfono—. Puede que llore. Seguramente intentará hacerte sentir culpable o hacerte creer que exageras.

—Esto es muy duro.

—Conseguiste que tu madre ingresara aquí, ya has hecho la parte más difícil. Solo trata de ser valiente un poco más.

Blanco de miedo, asintió.

En cuanto me cercioré de que todos estaban ya en grupo, llevé a Ronan al pasillo, abrí la puerta de la Sala del Abad, le invité a pasar y lo acompañé hasta la silla de las «visitas» que Waldemar había instalado allí con antelación, cubierta con un trozo de folio que rezaba: «No sentarse».

Murdo ya estaba en la sala. Siempre actuaba de refuerzo cuando teníamos «visitas».

No se oía ni el vuelo de una mosca. Ella no entendía qué estaba pasando, su cabeza saltaba de una persona a otra, buscando respuestas. El resto, sin embargo, no podía evitar cierta emoción. Por lo general, esos enfrentamientos te mantenían pegado a la silla siempre y cuando no fueras tú el foco de atención.

—Trassa —dije—, ¿te gustaría saludar a tu hijo?

Abrió la boca, pero no pronunció palabra. Finalmente acertó a preguntar:

—¿Quién se ocupa de la casa mientras estás aquí?

—Keith.

—No sabe nada de vacas.

—Solo es un día, mamá.

—Díselo a las pobres vacas que nadie ordeñará.

Ya estaba perdiendo a Ronan. Iba encogiéndose delante de mis ojos.

—¿Tienes idea de lo que sufre una ubre llena? —le preguntó Trassa.

—¿Y tú, Trassa? —intervine.

—¡Yo no soy una vaca!

—Ronan, tampoco. Echa un vistazo a esto. —Le tendí un puñado de extractos de tarjetas de crédito.

Tras ponerse las gafas de leer con gesto teatral, Trassa paseó la mirada por ellos… Cuando se dio cuenta de lo que eran, se quedó blanca.

—¡Aireando mis asuntos! —le espetó a Ronan.

—¿Te gustaría contarles a los demás miembros del grupo qué tienes en la mano? —Mi tono era razonable—. ¿O prefieres que lo haga yo?

—Soy… —La rabia de Trassa contra Ronan era descomunal—. Soy tu madre.

—Trassa, tengo más copias de esas hojas. —Las agité ligeramente—. ¿Las reparto?

—No —farfulló—. Ya lo digo yo. Son… son extractos de tarjetas de crédito.

—¿De quién? —Dennis siempre se moría de curiosidad.

—… Mías.

—¿Cuántas tarjetas? —pregunté.

—Once…

—¿Y suman un total de? —proseguí.

—… No lo sé.

—Sí lo sabes, y yo también. ¿Lo digo?

Llorosa y desafiante, Trassa enderezó la espalda y miró a los miembros del grupo.

—Es mucho, pero tuve mala suerte. La culpa es de los bancos y del gobierno, por los altos intereses que…

—¿Trassa?

—Son… unos cincuenta y nueve mil euros.

La conmoción en la sala fue inmensa. La sesión del jueves había sido un gran paso para destapar a la verdadera Trassa, y todos pensaban que la situación no podía ir a peor. Esa última revelación era demasiado para asimilarla de inmediato.

Ella empalideció tanto que le explotaron las pecas. «Dios —estaba pensando—, lo mío no es nada comparado con lo de Trassa. Yo no debería estar aquí».

Dennis estaba todavía más impactado. Había creído a Trassa, se había identificado con ella, pero si ella era una adicta, ¿dónde lo dejaba eso a él? El momento sagrado en que la negación de un adicto empieza a desmoronarse, y la realidad de su situación comienza a hacerse patente, siempre me recordaba a un río que se encontraba con el mar: agua dulce que irrumpía en agua salada, dos corrientes poderosas sin más opción que fundirse para crear un cuerpo nuevo.

—Ronan —dije—, ¿puedes contarle a tu madre cómo ha afectado esto a tu vida?

Titubeante, renuente, dijo:

—He tenido que rehipotecar mi casa para conseguir el dinero para pagar la deuda y…

—¡Recuperarás el dinero! —estalló Trassa—. Te quedarás con la casa cuando Seamus padre y yo ya no estemos.

—No es solo el dinero —soltó Ronan.

—Ya lo creo que sí. —En los ojos de Trassa había surgido un destello acerado—. Todo el día que si cincuenta y nueve mil euros esto, que si cincuenta y nueve mil euros lo otro. Tranquilo, que dinero no te faltará.

—Mamá, escúchame, ¿quieres? —Ronan tenía el cuerpo tenso—. Los del juzgado se presentaron en tu casa para llevarse cosas…

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó papá. Él no está bien —susurró Ronan—. Fue un trago horrible para él. Después de eso fui yo quien recibió una visita. De Collie Byrne.

Eso la paró en seco. No se lo esperaba.

—¿Qué… qué quería?

—Sus veinte mil euros.

—¿Veinte mil? —exclamó Trassa—. La última vez que hablé con él eran solo doce mil.

—Trassa, cuéntale al grupo quién es Collie Byrne.

Todavía estupefacta, alcanzó a decir:

—Es… es un prestamista local.

—¿Trabaja en el banco? —Yo sabía que no.

—No. Es… autónomo.

—Es un usurero. —Ronan mostró enfado por primera vez—. Vino a mi casa…

—¿Por qué?

—Sabe que soy el único que todavía te habla. No he podido decirle a Keith adónde venía hoy porque no piensa hacer nada más para ayudarte.

—¿Qué… qué te dijo Collie? —Trassa parecía sinceramente avergonzada.

—Dijo que no era nada personal, pero que, si no le pagábamos antes de que terminara la semana, la cosa se pondría fea.

—¿Fea?

—Sí, mamá, fea. O sea, violenta. Me dio a elegir entre que le ocurriera a papá o a mí.

—¿Y qué dijiste? —Los ojos de Trassa brillaron con terrible interés.

—A mí, mamá, dije que a mí.

Un seco asentimiento de aprobación.

—Buen chico.

Ronan no podría aguantar mucho más, de modo que puse fin a la sesión antes de tiempo y lo instalé en la salita, donde, pálido como la cera, comenzó a balancear la pierna de manera compulsiva.

—¿Ha servido de algo? —tartamudeó.

—Esperemos que sí. —No podía prometerle nada. Quizá la negación de Trassa se hubiera resquebrajado, pero la adicción es algo poderoso—. Gracias por venir, has sido muy valiente. ¿Podrás arreglarlo… lo de ese tal Collie Byrne? —Esto no formaba parte de mi trabajo. No podía echarme encima los problemas de los familiares y amigos de mis pacientes, pero el pobre Ronan me inspiraba mucha ternura.

—Haré malabares. Moveré el dinero aquí y allá. Algunas tarjetas de crédito tendrán que esperar. El dinero de Collie es una prioridad.

—Bien, bien. ¿Puedes conducir hasta casa?

—Sí. Más me vale volver antes de que Keith se cargue a todas las vacas. —Probó una sonrisa deslucida y se encaminó al coche; se le veía pequeño y joven.

OceanofPDF.com

21

Cuando el coche de Ronan desapareció de la vista, encendí el móvil y descubrí que tenía tres llamadas perdidas de Luke y un mensaje en el que me pedía que le telefoneara.

¿A qué venían tantas llamadas? Aparte de mamá, no conocía a nadie que llamara. Todo se hacía a través de mensajes de texto o de audio.

Buscando privacidad, salí y me dirigí a mi coche. Me temblaban las manos cuando pulsé los botones.

—Hola, soy Rachel.

—Gracias por devolverme la llamada. —Sonaba exhausto—. Lo siento, pero ahora entiendo por qué me puse como me puse. ¿Puedo explicártelo?

—Eh… claro.

—Se parece a ti. Kate, quiero decir. Cuando la vi sentada a la mesa, durante una fracción de segundo pensé… —Suspiró con fuerza—. Se me mezcla todo. El pasado y el presente, ¿sabes lo que quiero decir?

—… Bueno. —Me esmeré en seguirle la corriente—. No hace falta que te recuerde que acaba de morir tu madre.

—Lo sé. —Otro suspiro de agotamiento—. Pensaba que solo la echaría de menos, pero es todo un desastre. Justin y yo nos estamos peleando como cuando éramos unos críos. Adiós a cualquier fantasía disparatada de volver a Irlanda. Ni de coña. Somos incapaces de hablar sin discutir, lo cual es un palo, porque estamos viviendo en su casa.

—¿No te quedas con tu padre?

—¿Es que no lo sabes? Hace unos años vendieron la casa y ahora viven… quiero decir, papá vive (se me olvida todo el rato) en un piso de un dormitorio. Podríamos dormir en el sofá, pero no sería justo para… —Titubeó—. Para Kallie, mi pareja.

«¿QuiénEsEllaDóndeLaConocisteLaQuieresMásDeLoQueMeQueríasA Mí?…».

Carraspeé.

—¿Cómo está tu padre?

—Tiene una enfermedad pulmonar, EPOC, por si no lo sabías.

¿Cómo iba a saberlo? Ni siquiera sabía qué era EPOC.

—Antes lo llamaban enfisema. Es duro verlo así. Si te digo la verdad, después de pasar el día con mi padre, me alegro de volver a casa de Justin. —Tras una pausa breve, soltó—: Y sí, me siento superculpable por eso.

—Intenta no sentirte culpable. —Más charla terapéutica, pero era la única manera en que me sentía segura hablando con él—. Los cuidadores siempre se sienten culpables, siempre tienen la sensación de que no hacen lo suficiente, pero ellos también necesitan cuidarse.

—Estoy genial —contestó—. No necesito cuidarme.

«Ya, lo que tú digas».

—Bueno, será mejor que vuelva al trabajo.

Imposible que no reparara en la repentina sequedad de mi tono. Rápidamente preguntó:

—¿Tienes perro?

—Eh, sí, Crunchie. —El mero hecho de pensar en ella me alegraba el corazón—. Es una perra rescatada.

—¿Mezcla de golden retriever y…?

—Corgi. Tiene unas patas de corgi adorables. Me hace muy feliz.

—Los perros son increíbles.

—Lo son. ¿Tú tienes…?

—Eh, no. No estaba seguro de… No, no tengo perro. Todavía no, en cualquier caso. Siento haber interrumpido tu trabajo.

—Tranquilo, es la hora de comer.

—Joey me contó que sigues como terapeuta de adicciones. En The Cloisters, nada menos.

—Terapeuta jefa, de hecho. Formo a los novatos.

—¿En serio? Guau. ¿Y cómo funciona? ¿Te hacen tests regulares para comprobar que estás limpia?

—… ¿Qué? No, confían en mí. Y yo confío en mí.

—¿Sigue Nola en tu vida? Salúdala de mi parte.

Apreté los labios. Podía irse a la mierda, comportándose como si fuéramos otra vez amigos.

—En fin, gracias por no enfadarte por presentarme en tu casa como lo hice. Esa clase de números… Yo no soy así.

«Bueno, técnicamente sí, porque lo hiciste». Pero me limité a responder:

—Vale.

Colgué y me quedé en el coche, respirando hondo, esperando a calmarme. Me desconcertaba que, después de todo lo que Luke había hecho, se desahogara conmigo.

Sentí el impulso de llamar a Anna por FaceTime. En Nueva York eran las ocho y veinte de la mañana, tal vez la pillara antes de que saliera a trabajar.

¡Y ahí estaba! Mi corazón dio un vuelco de alegría.

—Llamas en el momento perfecto —dijo Anna—. Justo me estoy vistiendo.

Anna era una rareza entre las mujeres triunfadoras de Nueva York; no le tenía miedo al azúcar y seguía en la cama cuando el resto se levantaba al alba para ir a quemar calorías a Barry’s Bootcamp. «¿Qué importa si me pongo como un tonel? —solía decir—. Solo tenemos una vida, y hay que disfrutarla».

Pero no se ponía como un tonel. A diferencia de Claire, Margaret y yo, que éramos el Modelo A de las Walsh —Altas-Nunca-Delgadas que habían salido a mamá—, Helen y ella eran el modelo B: bajitas y delgadas, con la capacidad de un galgo para quemar calorías.

La puse al día sobre Luke.

—Ya. —Suspiró—. Lo tuyo con Luke fue toda una historia de amor. Esto iba a ser doloroso a la fuerza. Pero ignoras que el universo tiene sus propios planes.

—¿Perdona?

Estaba enfundándose unos vaqueros ceñidísimos. Con un tirón de cinturilla y un zumbido de cremallera, quedó perfectamente contenida. Era un placer verlo.

—Luke y tú tuvisteis… —se pasó una camiseta sedosa por la cabeza y habló a través de ella—, un final brutal. —Su delicado rostro reapareció—. Pero ahora está en Irlanda. —Se colgó del cuello unas cuantas cadenas de oro finas—. Es como si el universo lo hubiera puesto ahí para que podáis hacer las paces.

—¿Me estás diciendo que el universo le ha dado EPOC al padre de Luke para que Luke y yo podamos aprender a ser civilizados?

—Oh, Rachel —cacareó con tono compasivo, se puso una americana enorme y echó la mano hacia atrás para sacarse la larga coleta del cuello—, el rollo cínica desdeñosa no te va.

—Oh, Anna —repliqué—, el rollo colgada que cree que el universo se implica personalmente en mi vida no te va.

—Sí me va. Y el universo se implica. —Alargó el brazo, que lucía un gran brazalete dorado—. ¿Demasiado?

—No. Enséñame los zapatos.

La cámara descendió bamboleante para mostrar unos Valentino Rockstud beige y negros.

—¿Piensas ir con ellos hasta el metro?

Como pidiendo disculpas, dijo:

—Ahora me mandan un coche.

Estaba tan orgullosa de Anna. Había conseguido prosperar en el agresivo mundo corporativo estadounidense, pero seguía siendo adorable. Era un motivo de orgullo personal que nunca hubiera despedido a nadie. Si un subordinado no crecía en su puesto, o bien le asignaba una labor más adecuada para él o lo sentaba para mantener una charla sincera que, por lo general, terminaba con el empleado decidiendo unilateralmente cambiar de profesión y agradeciendo a Anna sus sabias palabras.

—¿Cómo está Angelo? —Quería que siguiera hablando.

Con el cabello largo y lacio, la cara chupada, la ropa oscura y los múltiples tatuajes, el compañero de Anna no encajaba precisamente con la idea que tenía mamá del yerno perfecto. («No me gustaría encontrarme a ese en un callejón oscuro por la noche»). Angelo, sin embargo, era un hombre fantástico: compasivo, atento y seguro de sí mismo sin resultar

odioso. Y, daba igual lo que mamá murmurara para sí, sexy de un modo intrigantemente feo-bello.

Quizá a primera vista pensaras: «No. Ni de coña». Pero, después de hablar con él dos segundos, dirías: «Un momeeento». Y entonces lo verías claro: «¡Vale, lo pillo! ¡Se sale absolutamente de lo normal y eso me encanta!».

En babia pero con los pies en la tierra, sería la mejor manera de describir su particular actitud ante la vida. Su energía (y Angelo hablaba mucho de la «energía») era sabia y calmante, lo que significaba que se le daba bien calmar a las fieras.

Para colmo, meditaba. Meditaba de verdad, no como yo. Dos veces al día, cada día, desde hacía por lo menos diez años, y resultaba evidente que no se pasaba las sesiones de veinte minutos preocupado porque había olvidado sacar el estofado del congelador para la cena.

Teniendo en cuenta que se trataba de la persona menos avasalladora que podrías imaginar, era sorprendente que trabajara de marchante de arte. Los tratantes de arte neoyorquinos eran, por lo general, auténticos buitres. Pero Angelo, en lugar de hostigar a la gente para que comprara objetos que no podía permitirse inventándose a otros compradores ficticios que esperaban fuera agitando fajos de billetes, se basaba en el «si tiene que ser, será». Si un cliente dudaba sobre un cuadro, le decía: «¿Por qué no se lo lleva a casa para ver si encaja en su espacio? No, no necesito una fianza, su energía es buena, honesta».

Cuando mamá se enteró, declaró que Angelo era un completo imbécil que se merecía que le robaran decenas de cuadros.

—No me ha pasado nunca —repuso Angelo—, ni una vez.

—Todavía no —contraatacó mamá, que de inmediato se puso a interrogarle sobre sus ingresos, hasta que Angelo confesó que ganaba «una fortuna». (Palabras de mamá). (Él nunca sería tan vulgar).

Dado que Anna era una excolgada que se había infiltrado en la sociedad dominante pero todavía tenía tendencias etéreas, Angelo y ella encajaban a la perfección.

—Está genial —dijo Anna—. Él siempre está genial.

OceanofPDF.com

22

—Roxy —dije—, como te vas el jueves…

—¡AUUU! —aulló Dennis.

Le clavé una mirada que lo calló de golpe.

Tenía mejor aspecto ese día, mucho más limpio y pulcro, porque la noche anterior había convencido a varias mujeres para que le lavaran la ropa, le cosieran los botones que le faltaban a las camisas y le quitaran las peores manchas del traje. Había delegado todo el trabajo, y eso era una metáfora de su vida: siempre habría alguien que lo salvara.

—Roxy —dije de nuevo—, a la vista de tu inminente partida, ¿te gustaría decir algo a cada una de las personas que están aquí? Un consejo, quizá, o…

—¡Claro!

Productora discográfica de treinta y largos, adicta al alcohol y la marihuana, Roxy había experimentado una gran transformación a lo largo de las últimas seis semanas. Yo tenía muchas esperanzas puestas en ella.

—Trassa —Roxy la observó detenidamente y asintió despacio—, estás llegando.

—¿Llegando adónde? —preguntó Trassa con voz trémula.

—A donde necesitas estar. —Como el miembro más veterano del grupo, a Roxy se le había subido la sabiduría a la cabeza. En el reino de los ciegos, la tuerta es la reina.

El siguiente fue Chalkie.

—Todo el mundo quiere a Chalkie. —Roxy esbozó una sonrisa cálida —. Hablar es bueno, amigo, pero ¿estás haciendo el camino?

Había dado en el blanco. Chalkie era tan generoso con los detalles sórdidos de su drogadicción que podía llevarte a creer que había abrazado la

recuperación. Sus batallitas, sin embargo, eran meras distracciones para impedirme ahondar demasiado. Enterrada en Charlie, había o bien una tristeza profunda o bien una rabia candente —ignoraba cuál de las dos— que explicaba sus recaídas. Su pareja, Skye, ya había estado en el grupo, pero su doloroso testimonio no había producido el avance que yo esperaba.

Roxy se volvió hacia Giles.

—Querido Giles, ¿estás seguro de que la coca es tu droga favorita? ¿Y no el sexo? Es solo una sugerencia.

»En cuanto a ti —Roxy se dirigió a Dennis—, demasiado ja, ja, ja, je, je, je. —Alzó la mano—. No. Paso totalmente de ti.

La carcajada de Dennis no fue una sorpresa, pero el dejo de dolor resultó audible.

—Harlie, me rompes el corazón. Sí, eres alcohólica, sí, es una mierda, pero hazle frente. Deja. De. Estar. Tan. Enfadada.

Harlie la miró impasible.

—No pasa nada, cariño —continuó Roxy—. El alma se me hizo trizas cuando comprendí que nunca podría volver a recurrir a la bebida y las drogas. Pero lo que recuerdo ahora es lo mal que me sentía siempre, al despertarme en el apartamento de un desconocido, ignorando si era de día o de noche. No era nada fácil vivir así.

—¿No echarás de menos la bebida? —soltó Harlie.

Roxy se encogió de hombros.

—En esa plaza ya he toreado, y era la peor. Se acabó, cielo. Elijo estar limpia y sobria o… me despido de tener una buena vida.

—Si no pudiera beber, mi vida estaría acabada. No sería capaz de divertirme.

—Pero ¿realmente te lo pasabas bien?

—¡Basta, por Dios! ¡Eres peor que Rachel!

Roxy la obsequió con una sonrisa empática y se volvió hacia Ella.

—Bieeeeeen. —Juntó las yemas de los dedos. Me parecía fantástico lo que estaba haciendo con el pequeño poder que tenía—. Te miro y pienso: una persona que tolera todo no tolera nada.

—¿Qué? —A Ella le temblaba la voz.

—Eres tan «Oh, quiéreme, acéptame, soy tu amiga, oye, yo también soy tu amiga».

Lo que Ella hiciera a continuación sería muy interesante. Si le seguía el rollo, era una mala señal.

Por fortuna, reaccionó:

—Perdona, Roxy, ¿tú qué eres? ¿Una alcohólica? ¿Una adicta a la hierba? No te juzgo, pero ¿quién eres tú para creerte que me conoces? Ni siquiera tendría que estar aquí.

Roxy rio y otros intercambiaron sonrisitas.

—Es cierto —insistió Ella—. Sin ánimo de ofender, me parecéis todos geniales…

Se produjo otro cruce de miradas.

—En fin —espetó Ella—, da igual.

—Ella —dije—, ¿puedes hablarnos de los tres blísteres de pastillas que Priya encontró cosidos debajo del forro de tu bolso la mañana que llegaste?

Ella empalideció. Hasta los labios se le pusieron blancos. Carraspeó.

—Pero ¿por qué no lo…?

Yo no lo había mencionado hasta ese momento, de manera que Ella había decidido que no lo sabía. Pero todos lo sabíamos todo.

—Si no eres una adicta, Ella, ¿por qué necesitas pasar somníferos a escondidas?

—… Tenía… miedo de no poder dormir aquí, eso es todo —replicó tropezando con las palabras—. Me cuesta dormir la mayoría de las noches desde que me asaltaron, y pensé que me costaría aún más en una cama extraña.

—¿Cómo te ha ido las últimas cuatro noches? —pregunté.

—Oh. Bien, supongo.

—Según Moze y Hector, estás durmiendo bien.

—¿Han estado espiándome?

—Sí.

—¿En serio?

—Sí. Estás en rehabilitación. Así funcionan las cosas.

Por un momento pareció desconcertada, perdida incluso, luego apartó la mirada.

Me había llegado un mensaje de Claire.

Llámame. ENSEGUIDA.

¿Y ahora qué?

Con mano temblorosa, pulsé su número y respondió al instante.

—¿Kate? —Resopló—. ¿El sobrino de Luke?

—Sí…

—¿Cómo es? ¿Simpático? ¿Amable? ¿Tan sexy como Luke?

Madre mía.

—¿Es demasiado pronto para invitarlo a cenar?

—Lo es, Claire.

—Les preguntaré qué día les va bien. ¿Te gustaría venir?

—… No, gracias.

—¿No? Vale, genial. ¿Le gusta el marisco?

—Adiós, Claire.

OceanofPDF.com

23

—Hola. —Quin, ataviado con un delantal y un trapo de cocina echado al hombro, me dio un beso distraído—. ¿Has visto el tahini?

No había visto el tahini y planeaba seguir así. Me gustaba cocinar, pero Quin estaba preparando una de sus cenas innecesariamente complicadas, y solo un idiota se prestaría a ayudar.

Tenía que contarle lo de la visita y las llamadas de Luke, pero no era el momento, no cuando Quin estaba asando berenjenas y estresándose en general para hacer una cena lo bastante elaborada para impresionar a su exmujer.

Pese a llevar siete años separados, Shiv y Quin todavía tenían este extraño rollo competitivo. Shiv era un personaje interesante: rápida y lista, siempre analizando situaciones para encontrar su lado lucrativo. Su pelo moreno lucía un corte moderno, a lo garçon. Atrevido, ¿eh? Aparte de eso, poseía un físico bastante corriente, pero nadie reparaba en ello porque la confianza le salía a borbotones a intervalos regulares, como si fuera un ambientador a pilas.

Había trabajado muchos años en una cadena de moda de rango medio. Cuando la venta al por menor empezó a decaer, se pasó al comercio online y creó una web para vender ropa infantil molona. Tuvo mucho éxito, tanto que había pasado a trabajar para el consejo irlandés de diseñadores de moda. A continuación, montó un negocio de importación de saunas portátiles y también triunfó.

Según Quin, Shiv había hecho temblar a sus novias anteriores. Yo, no obstante, aunque pensaba que era un poco mala, no le tenía miedo.

Me senté a la mesa y procedí a revisar emails mientras devoraba nerviosamente edamame y lanzaba miradas furtivas a Quin. Encontrarme

cara a cara con Luke había provocado una colisión entre mi pasado y mi presente, y tenía la cabeza colapsada. Me hallaba con un pie en mi antigua vida y el otro en el presente, y como resultado de ello mi arreglo con Quin se me antojaba ligeramente… extraño.

—¿Quin? —pregunté—. ¿Podemos hablar un momento?

—Vale. —Estaba salteando algo en una sartén con implacable energía.

—Luke se presentó anoche en mi casa.

—¿Qué? —El salteado se detuvo en seco—. ¿Sigue… aquí? Pensaba que ya se había ido.

—Sigue aquí. Vino a quejarse por lo de Kate y Devin.

—¿En serio? ¿Y a él qué le importa? —Y añadió—: ¿Estás bien?

—Sí. —Bueno, lo estaría.

—… ¿Por qué no me lo has contado antes?

—Anoche estaba en… estado de *shock*, supongo que esa es la palabra. Y hoy, con el trabajo, ya sabes. En realidad no fue nada, Quin. Esta mañana me ha llamado para disculparse.

—Ah. Vale…

Finley entró en la cocina.

—Tengo hambre. —Se puso a abrir y cerrar armarios hasta que encontró una bolsa de Doritos y procedió a atacarla.

—Más te vale comerte la cena. —La amenaza de Quin sonó poco entusiasta.

—Por supuesto. —Finley sonrió con la boca llena de Doritos y se marchó.

Era un chico alegre. Aparte de comer a todas horas y necesitar calzado nuevo casi todas las semanas, apenas daba problemas.

Liberty era un pelín más complicada. Desde que la conocí, había pasado de los trece a los quince, dos de los años más difíciles en la vida de una mujer.

Al principio fui presentada como una «amiga» de Quin y solo me quedaba a dormir cuando los chicos estaban en casa de Shiv. Pero un día Liberty me acorraló.

—No soy ninguna idiota. Eres la novia de papá. Y no eres mi madre.

Tratando de aparentar serenidad, le di la razón.

—Ya tienes una madre, no necesitas otra.

Era patética, intentando comportarme como una Adulta Molona. En mis mejores fantasías, Liberty y yo tendríamos una relación de cine, en la que le susurraría maneras de ocultar la cosecha de feroces granos que le invadían la mandíbula o le diría que no se preocupara porque su torso estuviera en fase de estirón, haciendo que las piernas parecieran desproporcionadamente cortas, porque todo acabaría bien.

Pero las cosas no habían ido exactamente así. Aunque me mantenía al margen de todo tema disciplinario, cada dos semanas Liberty tenía una crisis en la que se ponía a lanzar objetos, gritando que odiaba a Quin, me odiaba a mí, odiaba a Shiv, odiaba a Garrett, y que nunca había pedido nacer.

No me lo tomaba como algo personal. Mi vida anterior había sido el Templo de las Rabietas: Liberty era una aficionada al lado de Claire y Helen. A decir verdad, yo misma me había puesto en plan poltergeist particular en más de una ocasión.

—¿Y qué esperaba que hicieras tú con lo de Kate y su sobrino? —me preguntó Quin.

—De verdad que no lo sé. Nada, quizá.

Llamaron a la puerta, y Quin empezó a agobiarse.

—Será Shiv. ¿Podemos hablar de esto más tarde?

—Claro, aunque en realidad no hay nada que hablar.

Shiv y su novio, Garrett, habían llegado con dos botellas de vino sin alcohol. De todas las cosas que me gustaban de Quin, Shiv y Garrett ocupaban el último puesto de la lista. Presumidos y ostentosos, se volvían locos con la gente rica y pensaban que la cocaína era glamurosa.

Garrett, de pelo rizado, grande y escandaloso, se dedicaba a las «propiedades inmobiliarias». No era santo de mi devoción, y yo no lo era de la suya, pero nos saludamos con besos porque éramos de clase media.

Quin abandonó su estrépito metálico y humeante para echar un vistazo al vino sin alcohol.

—¿Y esto es… por?

—Para rebajar el consumo etílico entresemana —aclaró Shiv—. Tendremos la experiencia del vino pero sin el alcohol.

—Mola. —Quin quería probarlo porque estaba de moda.

—Rachel sabrá de estas cosas —dijo Garrett—. Nada de alcohol entresemana.

—O nunca —añadió Shiv.

—¡Esa soy yo! —Sonreí animadamente—. ¡Un muermo!

(En una ocasión, estando borracho, Garrett me había confesado lo mucho que Shiv y él se habían inquietado cuando comprendieron que había llegado para quedarme. «Nos encanta ir a Francia por el vino. Siempre íbamos con Quin y Elin». [Elin había sido la novia anterior]. «Ya no podremos hacerlo, ¿eh? Q-Dog te adora»).

—Me pregunto —confesó Shiv— si esto del vino sin alcohol podría llegar a cuajar…

Típico de Shiv: lo que ganaba la gente y cómo se la podía persuadir para que gastara parecía ocupar el noventa por ciento de su cerebro.

La tercera vez que nos vimos, me interrogó sobre mis finanzas: «¿Tienes bonificaciones? ¿No? Guau». «¿Ganarías más si trabajaras por tu cuenta?». «¿Sí? Entonces ¿por qué no lo haces?». Preguntas cada vez más personales, hasta que encontré el valor de decir: «Ya he hablado suficiente de mí. ¿Cuánto ganas tú, Shiv?». Me clavó una larga mirada, seguida de una risita y un asentimiento de cabeza. «Servirás».

Shiv miró en torno a la cocina de Quin y preguntó:

—¿Dónde está Liberty?

—En su cuarto, llorando —informó Finley—. Tiene la regla, dice.

—Señor… —murmuró Garrett.

Si Claire hubiera estado allí, se habría arremangado y, apretando los dientes, habría contestado: «El cincuenta por ciento de la población lo experimenta cada mes durante treinta años, es tan natural como respirar, supéralo». Por desgracia, yo no era Claire.

—Será mejor que suba a verla. —Shiv salió de la cocina.

Quin reanudó su trasiego en los fogones y Garrett y yo nos miramos con recelo.

—¿Qué tal el trabajo, Rachel? ¿Se portan bien los yonquis? Genial, genial.

A Garrett y a Shiv les desconcertaba mi trabajo. Me tenían por una buena samaritana.

Shiv había regresado tirando de Liberty, a quien se veía pálida y muy joven. Además, como su mitad inferior no había experimentado aún el estirón del que había disfrutado su torso, parecía que la hubiesen cortado por la mitad y rearmado con las piernas equivocadas. Me daba mucha pena.

—La cena está lista —anunció Quin, y todos se precipitaron hacia la mesa.

—¿Qué es? —Shiv examinó la cuidada presentación.

—Pasta con berenjena asada, granada y crema de tahini. Receta de Ottolenghi.

—¡Ottolenghi! —Shiv se mostró impresionada, luego irritada por haberlo exteriorizado—. Tomad un poco de vino de mentira. Rachel, ¿vino de mentira?

—No, gracias.

—¿Por qué no? —preguntó Quin—. No tiene alcohol.

Procurando ocultar mi apuro, dije:

—Se me aconseja no replicar la experiencia de beber.

Y Quin lo sabía. Normalmente aceptaba de buen grado que yo no bebiera ni me drogara; las pocas veces que me clavaba la siniestra mirada del Capitán Cortarrollos solían coincidir con la presencia de Shiv y Garrett.

¿O quizá lo de esa noche era porque le había molestado que hubiese tardado tanto en hablarle de la visita de Luke?

—¿Oh? —Se encogió de hombros—. Vale.

Garrett agitó el líquido amarillento y, despacio, le dio un sorbo.

—Pues tampoco está mal.

—Sabe a vino —convino Quin—. ¡Salud!

Brindaron.

Les daba cuarenta minutos.

Finley empezó a meterse comida en la boca y, con cara de sorpresa, masculló:

—Está riquísimo.

Finley no hacía ascos a nada, pero era cierto que estaba riquísimo.

—Un poco ambicioso para una noche de entresemana. —Shiv apuntó a Quin con el tenedor.

—¿Tú crees? —Quin parecía divertido.

—¿En serio has preparado todo esto justo antes de que llegáramos? —Shiv lo miró desafiante.

Quin amplió la sonrisa y desvió la vista un instante antes de posarla de nuevo en Shiv.

—Hice una parte anoche.

—¡Ja! —Shiv estaba encantada—. ¡Lo sabía!

Todos seguimos engullendo hasta acabar literalmente con todo. En cuanto los chicos abandonaron la mesa, Quin dejó su copa con un gesto de derrota.

—El vino de mentira no es para mí.

Garrett dejó ir una exhalación.

—Menos mal que alguien lo ha dicho.

—Por norma, después de dos copas me siento bien —dijo Quin—, pero ahora mismo la vida me parece…

—… demasiado real. Absolutamente. —Shiv me estudió con la mirada —. Para Rachel debe de ser siempre así.

Una vez más, esbocé mi sonrisa forzada. A veces me maravillaba la cantidad de energía que dedicaba a hacer que los bebedores se sintieran bien por el hecho de que yo no bebiera. Con todo ese esfuerzo, podría haberme hecho la costa de Irlanda encima de un cajón.

Quin se había levantado y estaba abriendo una botella de vino de verdad. Agradecidos, los tres bebedores se abalanzaron sobre ella.

—Mucho mejor —resopló Garrett. Había apurado su copa—. Recuperando el tiempo perdido.

—Lo intentaremos de nuevo con el otro —dijo Shiv—, pero esta noche no. Y, en serio, la cena estaba deliciosa. Sobre todo para ser vegetariana.

—Vegana —puntualizó Quin.

—¿Toda?

—Sí. Vivo de las plantas, así soy yo. —Y añadió—: Salvo las veces que preferiría un filete poco hecho…

—Yo también.

—… pero tengo que ceñirme al programa, ¿no?

—¡Exacto!

Intercambiaron una sonrisa y, contenta de ver a Quin de mejor humor, pregunté con cariño:

—¿Vosotros dos por qué os separasteis?

—Porque él estaba acostándose con la hermana de mi mejor amiga.

Ya lo sabía. No lo había preguntado en serio.

—Empezaste tú —replicó Quin—. ¡Coqueteando con el jefe de tu jefe en todas esas comidas a escondidas!

Soltaron una sonora carcajada y durante un breve y aterrador instante me pregunté qué hacía con esa gente.

—¿Piensas volver a verlo? —me preguntó Quin—. ¿Quieres volver a verlo?

No lo sabía. Por primera vez en mucho tiempo, sabía dónde encontrar a Luke. Podría acorralarlo y tener de verdad todas las conversaciones que había mantenido con él en mi cabeza.

—No… pero… tal vez sería buena idea que habláramos y resolviéramos nuestras diferencias. Mira Shiv y tú, os lleváis genial.

—Sí, somos amigos, pero eso es porque ya no hay nada entre nosotros, no hay amor.

—Entre Luke y yo tampoco hay amor.

La herida todavía dolía, pero era una sombra de lo que había sido en el pasado.

—Puede que sea una oportunidad para poner orden en una parte dolorosa de mi pasado, pero no pienso irle detrás para intentar que ocurra.

—Está bien. —De repente, Quin parecía agotado—. Pero mantenme al tanto. Ahora necesito dormir.

Se dio la vuelta y, apretándome contra su espalda, lo rodeé con el brazo. A los pocos segundos, empezó a roncar con suavidad, pero, aunque yo estaba agotada, la cabeza todavía me iba a cien.

No podía permitir que Luke pusiera en peligro la vida que me había construido. Ese instante en que me había preguntado qué hacía con Quin y los demás no podía repetirse.

Sí, Quin tenía sus defectos. Todo el mundo los tenía, yo incluida. Nadie era perfecto. Puede que hasta el Dalai Lama se dejara la luz del baño encendida toda la noche, con el ventilador en marcha, pese a haberle pedido cien veces que la apagara cuando terminara de cepillarse los dientes.

No pasaba nada por tener momentos en los que pensaras: «Esta persona es un poco burra». Era normal. Quin no era perfecto, pero Luke tampoco lo había sido. Había tardado mucho tiempo en darme cuenta de eso porque lo había idealizado. De ahí que su comportamiento al final hubiese sido tan inesperado y terrible.

Cuando por fin me dormí, no me sorprendió que soñara con Luke y Yara. Ella estaba en sus brazos. Él tenía los ojos cerrados, los labios apretados contra su frente, y la abrazaba con una ternura insoportable.

Luke fue el primero en reparar en mí. Abrió los ojos y, preso del *shock*, me atravesó el alma con la mirada.

Luego, todavía en sus brazos, Yara se volvió hacia mí y sonrió.

OceanofPDF.com

24

¡Por el amor de Dios! Patch Dooley había prometido que llegaría a las nueve y cuarto; eran las diez y veinticinco, seguía sin aparecer y no me cogía el teléfono.

Murdo me estaba cubriendo con el grupo, pero no había contado con retrasarme tanto. Justo entonces, un Mercedes marrón de aspecto vetusto que casi rozaba el suelo dobló por el camino de entrada y traqueteó hacia la casa. Algo en su energía me dijo que no tenía impuesto de circulación ni seguro ni suspensión, y que no había pasado las últimas cinco ITV. El hermano de Dennis, me jugaba el cuello.

El coche se detuvo entre dos plazas de aparcamiento, y la puerta del conductor se abrió, liberando una cacofonía de ladridos agudos que cesó de golpe cuando la puerta volvió a cerrarse.

Me dirigí a la recepción, y Patch irrumpió instantes después. Era un segundo Dennis, el mismo andar desgarbado, la misma simpatía campechana, la misma dosis de criminalidad de bajo nivel.

Su mirada chispeante se cruzó con la mía.

—¿Rachel? —Sus rizos encanecidos rebotaron—. ¡Llego tarde y tú estás enfadada conmigo! La culpa la tiene el de los bagels, qué manera de regatear. Pero para compensarte, ¡te he traído uno!

—¿Un qué?

—Un cachorrillo. Una perra. Es del tamaño perfecto. La tengo en el coche, ¿vamos a verla?

«¿Qué?».

—Eh, no… —Su caótica energía me estaba afectando—. Pero ¿estarán bien los cachorros en el coche?

Patch sonrió.

—¡Estarán genial! ¡He dejado la ventanilla abierta! Seguramente lo dejarán todo perdido, pero cosas peores pasan en ese coche los sábados por la noche.

«Señor».

—Es un Taxi Dooley. —Lanzó el pulgar por encima del hombro—. ¿Sabes que Dennis y yo tenemos una compañía de taxis? ¡Pues la estás viendo!

—¿Necesitas algo? ¿Un té? ¿Un cuarto de baño? ¿Repasar lo que ya hemos hablado?

—Nada en absoluto. Estoy genial.

—Recuerda, es probable que Dennis intente hacerte sentir culpable.

—Oye, no te preocupes. Vamos.

Hice pasar a Patch y observé a Dennis detenidamente. Por fortuna, abrió la boca de par en par y puso los ojos como platos. Pero el *shock* se transformó enseguida en regocijo y se levantó de un salto para arrojarse sobre su hermano.

—¿A ti también te han pillado? —aulló, la viva imagen de la felicidad —. ¿Tú también eres «alcohólico»?

—¿Por quién me has tomado? —Riendo, Patch le apretó la mano—. ¡A mí no hay quien me pille! —Se dio unos golpecitos en la sien—. Lo de arriba sirve para pensar.

Se señalaron los pies.

—¡Lo de abajo, para bailar!

Oh, no. No, no, no.

Murdo estaba mirándome estupefacto, y desvié la vista, avergonzada.

—¿Has venido a sacarme? —le preguntó Dennis a su hermano—. ¡Justo a tiempo para el sábado, el día de San Patricio!

—¡La gran huida! —convino Patch—. ¡Thelma y Louise! ¡Le rebanaremos el techo al Mercedes!

—Dennis, vuelve a tu sitio, venga —dije, desesperada por restaurar la calma—. Patch, por favor, siéntate aquí. ¡Dennis! Dennis. —Me aclaré la garganta—. Dennis, ¿puedes contarnos quién es esta visita?

—¡Es mi hermano!

—No hacía falta que lo dijera. —Ella estaba encantada, le brillaban los ojos.

—Patch. Hola, Patch. —Los demás callaron a regañadientes y continué —: Sabes que tu hermano está aquí porque es alcohólico. Dennis dice que no es alcohólico. ¿Puedes darnos algún ejemplo de los momentos en que te ha inquietado su manera de beber? —Habíamos repasado todo eso por teléfono el lunes—. Su hija Abigail dice que ha conducido borracho muchas veces.

—Bueno… —Patch parecía pensativo—, «borracho» no sería la palabra exacta.

—¡Y «conducir», tampoco! —terminó Dennis.

La sala estalló en carcajadas.

Me había equivocado de lleno.

Perseveré un rato más, pero Patch era demasiado astuto para mí. Su visita solo había conseguido reforzar la convicción de Dennis de que no debería estar ahí. A los veinte minutos, di por terminado el encuentro.

Cuando acompañé a Patch a la salida, me preguntó:

—¿He sido de ayuda?

—No —contesté.

—¿Quieres la perra?

—No.

—Vale, que vaya bien.

—Adiós. —No le dije que condujera con cuidado.

Confié en que no lo hiciera, confié en que se cayera al canal y le quitaran el carnet de conducir.

Mientras lágrimas de rabia y vergüenza se me agolpaban detrás de los ojos, regresé adentro para llamar a Juliet Dooley. Tenía que ir con sus hijas rapidito, y esa vez no me dejaría engatusar.

En circunstancias normales, yo era buena en mi trabajo. Se me daba bien leer a la gente, saber cuándo aflojar y cuándo entrar a matar. Pero esta semana, desde que había empezado todo lo de Luke, las cosas habían ido de manera —¿cuál era la palabra?— subóptima. Me despertaba más de lo normal y me notaba… alterada.

Porque, ahora en serio, ¿qué terapeuta mínimamente competente se la habría jugado con Patch Dooley? Tendría que haberle señalado la puerta en cuanto llegó todo ufano con el coche cargado de bagels.

Solo había una persona responsable de aquel desastre, y esa persona era yo. Pero no me gustaba ese sentimiento, de manera que decidí responsabilizar a Luke.

Él tenía la culpa de que mi capacidad para tomar decisiones estuviera bajo mínimos. Si Dennis Dooley no dejaba el alcohol, si bebía hasta palmarla, dejando atrás a una viuda desconsolada y dos huérfanas, el responsable sería Luke Costello.

¿Es que no iba a terminar nunca la hora de la comida?

Por una vez, estaba totalmente al día en el trabajo. Mi número de casos siempre era elevado, y mis tendencias obsesivas seguro que no ayudaban; por lo general, investigaba a mis pacientes de manera tan exhaustiva que podría haber ido de incógnito y suplantarlos. Pero ya había escrito y llamado a todos los amigos, colegas y familiares relevantes de mis internos. Además, estaba al día de todas las novedades de las muchas muchas tiendas online que me gustaban. Había pedido unas tijeras de podar nuevas con el mango rosa chillón. Había visitado «mi» bolso de Chanel y me había preguntado qué tendría que vender exactamente para poder adquirirlo. Acto seguido, había buscado artículos que hablaban de vivir con un solo riñón y había llegado a la conclusión de que vender uno podría ser un error. Resumiendo, se me habían agotado las maneras de entretenerme, por lo que no fue una sorpresa que acabara remontándome seis años atrás, hasta el terrible jueves por la tarde en que comprendí que Luke iba a dejarme.

Estaba dormida, pero me desperté de golpe, terriblemente asustada sin saber por qué.

Un extraño aire de diligencia me condujo hasta la sala de estar. De espaldas a mí, Luke estaba sacando libros de un estante, con la camiseta húmeda pegada a la piel.

Había libros y CD desperdigados por el suelo. La escena me desconcertó.

—¿Qué está pasando?

Luke se volvió un instante. Tenía mechones de pelo mojado sobre los ojos.

—Recojo mis cosas.

—… ¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

«¿De qué está hablando?».

—¿Me… me he perdido algo?

Se encogió de hombros. Tenía la mirada gélida.

—¿Qué? ¡Habla, por favor!

Con movimientos fluidos, caminó hasta una pila de cartón corrugado. Cajas de embalaje aplanadas, advertí, perpleja. ¿De dónde habían salido?

Intenté cortarle el paso, pero me sorteó con implacable destreza.

—Estoy ocupado, Rachel.

Con un golpe de puño, una plancha de cartón se desplegó en 3D y se transformó en una caja enorme en la que empezó a meter cosas.

Lo miré atónita.

—¿En serio te vas? —dije en un hilo de voz.

No me contestó, así que pregunté:

—¿Cuándo… tienes previsto…?

—Mañana por la mañana.

No le creí. Habíamos pasado una época terrible y habíamos dejado de tratarnos con amabilidad. Pero era algo temporal. Las cosas cambiarían —las cosas siempre cambiaban— y volveríamos a estar bien.

Él, no obstante, seguía metiendo sus cosas en aquella caja. Los músculos de la espalda y los hombros trabajaban eficientemente bajo la ajustada camiseta blanca de algodón.

—¿Dónde?… ¿Te quedarás con Joey?

—Me mudo a Denver.

«¿Denver?». Francamente, pensé que se había vuelto loco.

—Pero… ¿y el negocio?

—Se lo he vendido a Gustavo.

El hecho de que tuviera una respuesta me mató. ¿Era posible que estuviera ocurriendo… de verdad?

—¿Por qué Denver?

—He conseguido un trabajo allí. Viviré con Johnno y Elaine hasta que encuentre una casa.

Pese a los años que habían pasado, ese recuerdo todavía tenía el poder de hacerme estremecer.

Confiando en que un poco de espionaje ligero me distrajera, fui al comedor. Había unos diez pacientes agolpados en una mesa, hablando todos a la vez. La hora del chocolate. Tenía que serlo. Nada los alborotaba tanto.

Cada día, dos pacientes tenían permiso para salir del centro y, cargados de tintineante calderilla, ir a la gasolinera del pueblo de al lado con la misión de comprar una larga lista de dulces y cigarrillos.

La gente que no había comido nunca dulces se aficionaba a ellos mientras estaba en The Cloisters. Yo misma recordaba lo importantes que eran los pequeños consuelos en los días difíciles.

Solo podían ir aquellos que llevaban más de dos semanas en el centro: ese día los elegidos eran Rudy, del grupo de Carey-Jane, y Chalkie.

Me acomodé en una silla arrimada a la pared, cerca de Harlie, que se había separado del griterío principal. Me fulminó un instante con la mirada y siguió pintándose las uñas. (Con el color plateado de Little Miss Sparkle; me hizo ilusión reconocerlo).

Chalkie tenía un bolígrafo dispuesto sobre un folio, y Rudy estaba aceptando billetes y repartiendo cambio. Parecía que llevasen un negocio de apuestas improvisado.

—Léeme los labios —le advertía Dennis a Chalkie—. Nada de Mars, Mint Crisps, Chomps, Boosts, Curly Wurlies, Twirls y Daims. Ni siquiera sé que son los Daims…

—Son suecos —aclaró Stanley, un hombre barbudo y con pinta de oso, uno de los pacientes nuevos de Yasmine.

—¡También son suecos los de ABBA y no por eso quiero comérmelos! —Luego murmuró—: Salvo a la rubia paliducha…

—Ñamñamñam —dijo Ella—. Los Daims son deliciosos.

—Pero se cargan las dentaduras postizas —advirtió Trassa.

—¡Mis dientes son míos! —se defendió Dennis.

—Sí, los compraste en Dealz por diez euros.

—¿Diez euros? Le timaron.

—Ja, ja, ja. Qué va, lo que pasa es que tuvo que pagar un suplemento por ese precioso color amarillo.

—Oye —dijo Dennis—, yo solo quiero algo que me dé una pizca de placer.

—¡Placer! —se mofó Chalkie—. Un concepto muy burgués. En la jerarquía de las necesidades de Maslow…

—Oye, Dennis —dijo Trassa—, ¿qué tal un Wispa Caramel?

—Ñamñamñam.

—No se llama así —la corrigió Giles con petulancia—. Se llama Wispa Gold.

—¿Qué coño sabrás tú, Don Green-and-Black's? —intervino Chalkie recordándole su marca favorita y muy cara de chocolate.

Llamaron a Stanley para que arbitrara, pero se ofendió.

—¡Eh, os equivocáis conmigo! —Señaló su cuerpo fornido—. Estoy aquí por los esteroides, no por la comida, ¿vale?

—Pues, para alguien que pasa del chocolate —murmuró Dennis—, sabe un montón del tema.

—Veamos. —Stanley se había tranquilizado de repente—. Un Wispa Gold es un Wispa con caramelo dentro. Giles tiene razón, el Wispa Caramel no existe.

Sobre Trassa cayó un aluvión de quejas.

—Eh, eh, eh —dijo Stanley—, vamos a calmarnos, es fácil equivocarse.

Madre mía, no me habría importado pedir un Wispa Gold para mí, pero no podía hacerlo de ninguna de las maneras. Durante un brevísimo instante deseé ser una paciente más, hasta que varias cosas se movieron en mi interior, como tablones que se desplomaran, y la idea se desvaneció.

—Oye —dijo Dennis—, a mí me gustan los Bounty…

Se armó un griterío.

—¡Los Bounties son asquerosos!

—¡Es como comerte un ambientador!

—¡Moho con sabor a coco!

—Ñamñamñam.

—No voy a mentiros. —Harlie ni siquiera levantó la vista de su diligente manicura—. Yo no le haría ascos a un helado de Bounty.

—Vale —dijo Giles—. ¿Qué me decís del Bounty rojo?

—Ñamñamñam.

—¿Cuál es la diferencia?

—El rojo lleva chocolate negro.

—¡Joder! —exclamó Chalkie—. Con lo asquerosos que son los Bounties, solo falta que les metas chocolate negro.

—Ñamñamñam.

Harlie se levantó de golpe, sobresaltándome, y explotó contra Ella.

—¡Deja de decir ñamñamputoÑAM!

—Ñamñamñam.

Gracias a Maldito Patch Dooley, me aterraba acudir a la sesión de la tarde, porque temía que me hubieran perdido el respeto para siempre. Pero no podía venirme abajo, de modo que adopté mi expresión más hermética. Mientras entraban, Dennis se detuvo para guiñarme el ojo. ¡Guiñarme el ojo!

Acerté a esbozar una leve sonrisa al tiempo que pensaba: «La victoria será mía, cabrón adorable». Luego centré mi atención en Trassa.

Tras las revelaciones de Ronan del día anterior, había llegado el momento de la operación limpieza. La mayoría de las personas en rehabilitación se desmoronan cuando se airean sus pecados, pero la primera reacción suele ser la ira defensiva.

—Trassa —comencé—, ¿cómo te sentiste mientras hablaba Ronan?

Esbozó una sonrisa torcida.

—Siempre ha sido un traidor, un cobarde, pero aun así le dejaré la casa.

—¡Oye! Tu hijo no es un cobarde —saltó Chalkie—. El pobre muchacho estaba deshecho.

Resultaba interesante —alentador, incluso— que la mayoría de los internos pudieran encararse en la terapia de grupo, a veces incluso discutir acaloradamente, y regresar al comedor como los mejores amigos.

—Un cobarde —reiteró Trassa—. Y recuperará su dinero.

—No es solo el dinero, Trassa. —Giles estaba consternado—. Se presentaron en tu casa cobradores de deudas.

—Y asustaron a tu marido —añadió Chalkie—. El hombre no está bien. Joder, estoy de acuerdo con Giles, no me gustaría estar en su piel.

—Seamus padre nos sobrevivirá a todos. —Trassa nos obsequió con una sonrisa tipo tengo-una-tarta-de-manzana-en-el-horno.

—En ese caso, Ronan nunca heredará la casa —señaló Harlie.

—Lo que quiero decir… —bramó Trassa—. Ya sabes lo que quiero decir.

—¡Maldita sea! —exclamó Harlie, con lo que nos sorprendió a todos—. ¿Es que soy la única que alucina con que un usurero pueda hacerle daño a tu hijo si no le paga veinte mil euros antes del viernes?

—¡No es un usurero!

—Claro que es un usurero —dijo Chalkie.

—¡Habla el hombre que robó el dinero de la fianza que había recaudado su comunidad! —le lanzó Trassa—. ¡Y que lo utilizó para comprar heroína! ¡No tienes ningún derecho a criticarme! Por tu culpa, un hombre inocente pasó siete meses en prisión preventiva a la espera de un juicio.

—¡Por lo menos yo no seré responsable de que a mi hijo le corten los dedos con una sierra!

—¿Quién ha hablado de una sierra? —Trassa estaba escandalizada—. ¿O de dedos? ¡Collie Byrne no es de esos! Como mucho le dará unos tortazos.

—Chalkie está utilizando su imaginación —dijo Giles—. Y ha dado en el clavo.

Giles sonrió a Chalkie, que le devolvió la sonrisa. Cuando se dieron cuenta de lo que estaban haciendo, pusieron idénticas caras de espanto.

Bien, bastaba de Trassa por el momento. La habíamos puesto en el camino correcto. Ya solo era cuestión de tiempo.

OceanofPDF.com

25

—Está en las montañas de Dublín —dijo Kate—. Y es grande. Hay cuartos para todo. Cuarto para la lavadora. Sala de cine. Y tienen un grifo eléctrico.

—Oooooh.

Nos reímos. Nos chiflaban esos grifos.

Esa noche estábamos las dos en casa. Kate había pasado la anterior con Devin y, por lo general, las Casas de Otros ejercían un gran magnetismo sobre mí, pero mi obsesión se había agudizado por culpa de Luke.

Tal vez no debería haber preguntado, pero ¿tal vez fuera imposible no hacerlo? Luke estaba todo el rato en mi cabeza, zumbando como un ruido de fondo. Los recuerdos irrumpían de forma constante en mi mente, ya fuera en el trabajo, en el tráfico, en mitad de una conversación con mi madre.

Pero no era de extrañar. Habíamos terminado de una manera que me dejó con un millón de preguntas en el aire.

De repente, Luke volvía a responder a mis llamadas. Si intentara hablarle de lo que había ido mal, sospechaba que no echaría a correr.

Todavía era pronto, no obstante. Desde el funeral, me notaba la piel en carne viva. Necesitaba esperar a que cicatrizara un poco.

—Devin tiene su propio espacio separado de la casa principal donde ensaya con el grupo —explicó Kate—. Está totalmente equipado.

—¿Cuántos dormitorios tiene la casa?

Lo meditó.

—Está la habitación de Devin, la de los padres, la de la hermana, la del hermano pequeño, la habitación donde duermen Luke y Kallie… Cinco en total. Y una burrada de cuartos de baño.

—¿Y a sus padres no les importa que… te quedes a dormir?

—Qué va —dijo—. Son muy simpáticos. Bueno, a Justin ya lo conoces. Y su madre, Sarina, también es encantadora.

«NoPreguntesNoPreguntesNoPreguntes».

—… ¿Has vuelto a ver a… —me costaba pronunciar su nombre—, Kallie?

—Esta mañana.

Aguardé.

—Rach, no te enfades, pero Kallie me da pena. No conoce a nadie aquí aparte de Luke, y él está todo el día fuera, en casa de su padre. La casa de Devin queda lejos de la ruta del autobús, y Kallie no sabe conducir con palanca de cambios. ¿Es un coche con marchas?

—Sí. —Por mucho que me costara, tenía que poner fin a eso—. Por supuesto que no me enfado. Lo que pasa entre Luke y yo no tiene nada que ver con… —me resultó más fácil decirlo esa segunda vez—, Kallie.

—Ah, vale. —Kate sonrió.

Debía irme a la cama. Había tenido una semana muy dura y quería desconectar un rato.

Pero, en lugar de eso, me puse a pensar en Luke.

Mucho tiempo atrás, mucho antes de que yo entrara en rehabilitación, el sexo con Luke había sido fabuloso, la parte de nuestra relación que siempre funcionaba. La urgencia con que me deseaba me ponía a cien y, hasta cuando me avergonzaba de su ropa o de sus amigos (en serio, yo era horrible), lo encontraba increíblemente sexy.

Pero la incómoda verdad era que, cuando empezábamos a arrancarnos la ropa, yo solía estar ligeramente colocada, aunque nunca demasiado. Las veces que resultaba evidente, Luke se negaba a tocarme. Le daba mal rollo o se enfadaba.

Luke no entendía por qué me pasaba de ese modo, y la verdad es que yo tampoco.

Ingentes cantidades de energía se me iban haciéndole creer a él, a Brigit y sobre todo a mí misma que mi consumo de drogas era tan inofensivo como un par de copas de vino en la cena. Y a veces era así de inocuo.

Pronuncia la palabra «drogadicta» y todo el mundo se imagina un callejón lleno de jeringuillas. Pero había veces en que Brigit y yo nos quedábamos en casa para ver una película y compartíamos un porro en lugar de una botella de vino.

Cuando Luke se dio cuenta de que tenía un problema, intentó ayudarme, pero, en lugar de ver en él a un hombre amable que se preocupaba por mí, solo veía a un aguafiestas. Justo antes de que empezara la rehabilitación, rompió conmigo.

Al cabo de un año y medio, regresé a Nueva York y no tardé en comprender que estaba enamorada de Luke, y que él estaba enamorado de mí.

Sin embargo, sabía que tenía que esperar antes de volver a acostarme con él. Solo un tiempo. En mi vida anterior había buscado siempre la gratificación instantánea y no me había hecho ningún bien. Las cosas habían cambiado. Iba en serio con Luke y era importante que intentásemos hacer mejor las cosas.

Eso no significa que resultara fácil. Luke era muy sexy. Por no hablar de que se moría de ganas.

Pero cuando al fin llegó la gran noche y me encontraba desnuda en la cama de Luke Costello, el miedo me paralizó. Había pasado las semanas previas en mi cama individual de un hostal de mujeres fantaseando con su preciosa piel, la mata de vello oscuro de su entrepierna, el calor de su boca. Aunque la realidad de su cuerpo, su innegable deseo, me asustaba.

Lo cual carecía de sentido, habíamos hecho eso incontables veces. Pero en realidad no; el yo que había tenido sexo salvaje con Luke Costello era otra persona. Para entonces estaba completamente limpia y sobria, y no sabía cómo estar presente en mi cuerpo.

—¿Podemos…? —Lo atraje hacia mí. Quería terminar cuanto antes, estar ya en el otro lado solo para demostrarme que podía hacerlo.

—¿Ya? —Sus ojos castaños me miraron desconcertados.

—Sí.

Cerré los ojos con fuerza, sentí que su cuerpo se deslizaba sobre el mío y entraba en mí. Se detuvo y gimió mi nombre, enredando sus manos en mi pelo. Luego empezó a moverse. «Vale, vale, puedo hacerlo». Procuré dejar

que mi cuerpo tomara el mando, reducirlo todo a una colección de sensaciones.

—Rachel —jadeó encima de mí—, abre los ojos. Mírame.

No podía. Solo quería que se corriera y acabara de una vez.

—No pares —supliqué, arqueando las caderas hacia arriba.

Luke bajó el ritmo y a continuación, para mi horror, salió de mí, y en el repentino *shock* del vacío rompí a llorar. Le había fallado, nos había fallado a los dos.

Me incorporé, buscando mi ropa, pero Luke tiró de mí con suavidad para que volviera a tumbarme a su lado. Me apartó el pelo de la cara y me besó las lágrimas.

—No pasa nada.

—Sí pasa.

—Tienes miedo a la intimidad —dijo.

Lloré-reí.

—¿Qué sabrás tú?

—Me leí los libros que me diste. Dicen que los adictos tienen miedo a la intimidad porque creen que no son lo bastante buenos.

—No soy lo bastante buena.

—Eres más que buena y te quiero, pero estás asustada.

—Será mejor que nos vistamos.

Estaba descorazonada, convencida de que nunca reuniría la confianza necesaria para volver a intentarlo.

—Oye. —Luke rodó sobre un costado—. No tenemos que hacer nada que no quieras. Pero ¿confiarías en mí?

—¿Para hacer qué?

Se sentó en la cama.

—¿Y si vienes aquí…?

Me ayudó a sentarme a horcajadas en su regazo. Uní con fuerza las manos alrededor de su cuello y, tirando de la fina cadena de plata y la gargantilla de cuero trenzado, recé para que lo que fuera que estuviéramos intentando funcionara.

—Tranquila. —Su voz era casi un susurro—. Sigue mirándome. Ahora, ¿puedes…? —Con delicadeza, deslizó las manos hasta mis muslos para que

mis piernas resbalaran alrededor de sus caderas, acercándonos todavía más —. Y olvídate de… eso. —Restó importancia a su erección—. Tú solo mírame y respira.

—¿Que respire?

—Al mismo tiempo que yo.

«Vaaale». Inspiré, también él, y nuestras cajas torácicas se expandieron al unísono. Exhalé, él exhaló, y nuestros hombros se relajaron. Concentrándome en mi respiración, reduje la incomodidad de esa mirada ininterrumpida.

Tras un par de comienzos fallidos, se fue creando un ritmo y de repente estábamos inspirando y espirando en perfecta sincronización. La intimidad de emparejar nuestros cuerpos de esa manera no se parecía a nada de lo que había experimentado hasta el momento.

—¿Sale esto en alguno de los libros que te leíste? —susurré.

Asintió, todavía concentrado en mí.

Sin dejar de mirarnos, pasó de ser Luke a ser un extraño irreconocible, para luego transformarse en un hombre con quien compartía una conexión profunda.

Tardé un rato en advertir que, siguiendo la cadencia de nuestra respiración, Luke había estado meciéndonos con suavidad. En mi interior había crecido un fuego inesperadamente voraz.

Aquello era diferente.

—¿Estás bien? —murmuró.

—Sí. —La voz me salió aguda por la sorpresa—. ¿Quizá podríamos…?

—No hagas nada que no quieras hacer —repitió.

—Creo que quiero.

—Puede que hoy no.

—Sí, hoy.

Rio bajito y, mientras se deslizaba en mi interior y nuestros cuerpos se acoplaban, le ardieron las pupilas. Todo ese contacto visual se volvió de repente excesivo, y desvié la mirada.

—Vuelve a mí —susurró.

Pasaron varios segundos antes de que pudiera volver a mirarle, y entonces ahí estaba él.

Poco a poco la velocidad de nuestros cuerpos se incrementó y mis respiraciones se hicieron cada vez más cortas. Mantenía mis ojos clavados en los suyos y la sensación era intensa.

Cuando empecé a perderme, dijo:

—Quédate conmigo.

El desenfreno de mi cuerpo, sin embargo, me hacía sentir vulnerable.

—Rachel, quédate conmigo —repitió—. Te quiero, todo va bien.

Me sentía expuesta y cohibida, pero Luke me abrazó con fuerza, me abrazó con una fuerza inmensa. Lo único que yo tenía que hacer era respirar hondo una vez, y otra, y otra. Había momentos en que las sensaciones de mi cuerpo eran casi insoportables.

No obstante, me quedé.

OceanofPDF.com

26

—Bueno, tampoco me chutaba todos los días —aclaró Chalkie—. Iba a rachas. Pasaba unos meses limpio; de hecho, en dos ocasiones duré casi un año, pero en ambas recaí justo antes de recibir mi medalla de Narcóticos Anónimos. Creo que pensaba que estaba curado. Pero ¿adivinad qué? Seguía siendo un yonqui. —Me lanzó una mirada velada—. Lo siento, Rachel, quería decir adicto. —Luego, algo más animado, añadió—: ¿Habéis reparado alguna vez en que los chicos de clase media nunca son «yonquis»? ¿Verdad? Pero los pobres cabrones, criados en pisos…

Carraspeé.

—Chalkie, no te desvíes… Así que decidiste dejarlo. ¿Por qué?

—No lo sé, la verdad. Estaba en una sala de estar asquerosa con otros tres pringados, los cuatro colocados, cuando supe que no quería hacerlo. Ya no. Un sendero nuevo a la cascada, ¿sí?

—¿Qué tenía de diferente ese día, Chalkie?

Se encogió de hombros. El azul de sus ojos llameaba.

—Es difícil decirlo, Rachel, nada que se me ocurra. Simplemente estaba agotado. Habría tenido más sentido en otro momento; por ejemplo, después de la muerte de Maarit…

Maarit era la madre de la segunda hija de Chalkie, Vida. Maarit había luchado contra la adicción y dos años atrás se había quitado la vida.

—O cuando robé el dinero de la fianza de Rixer y me lo pinché en el brazo… La vergüenza me acompañará hasta el día de mi muerte… Sin embargo, esas dos cosas no bastaron para que lo dejara. Y de repente un día… tomé la decisión.

Aunque todos conocíamos el desenlace de esa historia, estábamos conteniendo la respiración.

—¿Fue la esperanza? —susurró Ella.

Chalkie fijó en ella sus ojos azules mientras lo meditaba.

—No sé si lo llamaría exactamente esperanza, pero me pregunté si las cosas serían diferentes si probaba otro camino.

—Si nada cambia, nada cambia —intervino Trassa, y recibió varias miradas de alarma.

—¿Qué demonios te pasa? —aulló Dennis.

Trassa se mostró desconcertada, como si no supiera que había hablado.

—Sabía a lo que me enfrentaba… Al mono, que no es ninguna broma. —La risa de Chalkie terminó en una mueca—. «Pase de mí esta copa». Pero iba a hacerlo.

—Se le llama «momento de lucidez» —señaló Giles—. Priya habló de ello en una charla.

Giles tenía razón. Normalmente era una crisis lo que impulsaba a un adicto a rehabilitarse: la pérdida de un trabajo, la ruptura de una relación, un encontronazo con la ley. A veces incluso bastaba con la amenaza.

Pero había ocasiones en que, sin necesidad de un drama, los adictos decidían dejarlo, ocasiones en que una brecha en la nube de su negación iluminaba lo agotador que era mantener un hábito, lo extenuante que resultaba hacerse daño a sí mismos y a los demás una y otra vez.

Sin embargo, los momentos de lucidez solían ir precedidos de meses, puede que incluso años, de personas suplicando que lo dejaran.

Sea como fuere, había que aprovecharlos; los momentos de lucidez no duraban mucho antes de que la ventana se cerrara y volvieran a la Ciudad de la Negación.

De forma inesperada, me vi transportada en el tiempo a una lejana mañana en Nueva York. Me había despertado temprano y sola, y me sentía diferente, inexplicablemente tranquila.

Algo había cambiado y mi alma estaba en paz.

Abrí las cortinas de mi habitación. Al otro lado de la ventana, la primera insinuación del amanecer cubría el horizonte. Mientras lo contemplaba, el sol asomó y su luz comenzó a expandirse por la ciudad. La ventana estaba mojada, seguramente había diluviado durante la noche. Conforme el sol se elevaba, un rayo se posó en una gota del cristal y se descompuso en los

siete colores del arcoíris, formando vetas difuminadas de colores transparentes en el suelo de madera, justo delante de mis ojos.

Ver «señales» nunca había sido mi fuerte, pero la extraña calma con la que me había despertado estaba insistiendo en que mi arcoíris personal era un mensaje muy claro: «Sé valiente y despídete. Estarás bien».

Chalkie seguía hablando y regresé rauda al presente.

—Decidí darle otra oportunidad a Narcóticos Anónimos —estaba diciendo—. Ya le había dado muchas.

Pero nunca se había quedado el tiempo suficiente para curarse, y tenía tanto que curar… Hijo de madre soltera y adicta, Chalkie no tenía ni tres años cuando ella murió de una sobredosis en su casa. Pasó setenta y dos horas a su lado, tratando de despertarla. Incluso intentó darle de comer, puso una sartén en el fogón y trató de abrir latas de sopa arrancando las etiquetas.

Su padre nunca había formado parte de su vida, de modo que Chalkie vivía con su abuela. Por desgracia, falleció cuando él tenía quince años.

—Entonces Skye me dice que estoy en su seguro médico.

Era difícil ponerle un nombre a la relación de Skye con Chalkie. Era la madre de su hijo de ocho años, Tito. Tras la muerte de Maarit, Chalkie le había pedido a Skye que adoptara a Vida. Vida había pasado a vivir permanentemente con Skye, pero Chalkie iba y venía.

Skye era asistente social y muy activa en la comunidad. Chalkie había dicho —con afectuosa admiración— que era «una mujer de clase obrera atrapada en un cuerpo de clase media».

—El seguro médico hizo posible que viniera aquí. —Chalkie me obsequió con una gran sonrisa—. Ser el beneficiario de la considerable sabiduría de Rachel, recibir tres comidas al día y disponer de una cama caliente por la noche. Pero pensad por un momento en los pobres cabrones tirados en el hueco de la escalera de los pis… —Reparó en la expresión de mi cara—. Perdón. Pues eso, que pensé que era el momento de dejarlo. No lo ves hasta que lo ves, no lo oyes hasta que lo oyes. «La verdad debe deslumbrar paulatinamente, o acabarán todos ciegos». Emily Dickinson.

Ella hizo una inspiración corta, jadeante. La barbilla le temblaba mientras miraba embelesada a Chalkie.

—Lo sé. —Chalkie se volvió hacia Giles con los ojos entornados—. ¿Qué puede saber de poesía alguien como yo?

—Eh…

—Tranquilo, Gilito. —Chalkie sonrió—. Solo te estoy pinchando.

Puede que fueran imaginaciones mías, pero estaba segura de que allí, en algún lugar, había cariño.

Las lágrimas de Ella salían ya a borbotones, y Harlie la estaba observando con evidente desprecio.

Harlie me tenía preocupada. Parecía atascada en la ira.

Por lo general, cuando un adicto cobraba conciencia de la verdad, una de las reacciones era la ira. Con el tiempo, no obstante, la traspasaba y conectaba con el dolor, y a partir de ahí cabalgaba entre ambos, añadiendo alguna que otra negociación a la mezcla. Harlie, sin embargo, había aterrizado en la ira, le había gustado y había decidido quedarse.

Desde su llegada, no había conseguido que llorara ni una sola vez, un fracaso que me pesaba enormemente. ¿Y si no lograba ir más allá con ella? A veces —las menos, cierto, pero ocurría—, los pacientes aguantaban todo lo que les lanzaba durante sus seis semanas y se marchaban asfixiados todavía por su adicción. Eso era lo peor. Naturalmente, lo sentía por el adicto y por la gente que lo quería, pero —y he aquí algo superficial y vergonzoso— también sentía que había fracasado.

Me pregunté si debía intentar de nuevo que fueran los padres de su amiga Tegan. Si le hablaran a Harlie de su hija muerta, tal vez cambiara algo.

Entretanto, Ella seguía llorando.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Nada —sollozó—. Me alegro de que Chalkie esté aquí, de que vaya a ponerse bien.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Te alegras de estar aquí? ¿Te alegras de que te vas a poner bien?

—Pero si yo estoy bien.

Cuando el grupo empezó a desfilar después de la sesión, Trassa, que parecía angustiada, se quedó atrás.

—Rachel, ¿sabes si…? —Me agarró del brazo—. Estoy pensando en Ronan.

Aguardé. Me apretó el brazo un poco más y se inclinó hacia mí.

—Tengo miedo —dijo con la voz ronca— de que Collie Byrne pueda hacerle daño.

Seguí aguardando.

—En realidad no es un tipo violento, Collie Byrne. Lo más seguro es que le quite a Ronan algo de maquinaria para saldar la deuda. Pero estaba tumbada en la cama y no podía parar de pensar en… —Apretó la mandíbula, y su piel se tornó blanca como el papel—. Ronan no es un chico duro —continuó—. Es más bien apocado, no sería capaz de defenderse y… ¿Puedes ayudarme, Rachel?

—¿Qué te gustaría hacer?

—A lo mejor podría hablar con Collie Byrne y elaborar un plan para devolverle el dinero.

—Tengo entendido —dije con cautela— que ya le hiciste otras promesas a Collie Byrne en el pasado.

—Pero esta vez hablo en serio. Las otras veces también —añadió rápidamente—, pero ahora es distinto.

—¿En qué? Siempre has sabido que Collie operaba fuera de la ley.

—Nunca me paré realmente a pensarlo. —Parecía perdida y asustada—. Solo… solo sabía que tenía que conseguir el dinero de donde fuera. Pero mañana es viernes, el día que Collie Byrne dijo que… No quiero que le pase nada malo a Ronan.

Por fin se derrumbó. De sus ojos brotaron gruesas lágrimas y una tormenta de sollozos la sacudió.

—Es mi pequeño —jadeó—. No quiero que le hagan daño.

OceanofPDF.com

27

—¡Cuando llegué aquí pensé que estabais todos locos! —Roxy se había encaramado a una silla del comedor para dar su discurso de despedida—. ¡Y no me equivocaba!

La sala estalló en carcajadas.

Estaban presentes los otros veinte pacientes y cuatro de los terapeutas, además de Brianna, el enfermero Hector, Starling, que enseñaba arte, Florian, de mantenimiento, y Karlin, la cocinera. Karlin había preparado un Gateau Diane de despedida, el pastel preferido de Roxy. La mayoría de la gente tenía que conformarse con una tarta de la gasolinera repleta de conservantes. No había duda de que Roxy había triunfado.

—Vine para conservar mi trabajo. —Roxy sonrió a la sala—. Entonces descubrí que era alcohólica y drogadicta. ¡Casi nada! —Rezumando optimismo y gratitud, era una mujer muy distinta de la criatura reticente y arisca que había llegado seis semanas atrás.

La única que desentonaba era la pobre Trassa. Desplomada en una silla, con Giles y Chalkie rondándola con aire protector, parecía catatónica. Había utilizado una de las dos llamadas que tenía permitidas a la semana para hablar con Ronan, quien le dijo que estaba moviendo cielo y tierra para devolverle a Collie Byrne sus veinte mil al día siguiente. Esa preocupación se había diluido, pero en ella se estaban produciendo cambios mucho más importantes.

—Hace seis largas semanas —continuó Roxy— pensaba que un adicto era alguien que dormía en los portales de las tiendas. Imaginaos mi conmoción cuando entendí que, pese a tener un trabajo y un apartamento, era una alcohólica. —Sonrió—. ¡Os aseguro que no me hizo ninguna

gracia! ¡Ninguna! Luego decidí que podía seguir bebiendo y consumiendo, que solo tenía que ser prudente.

—¡Negociación! —gritó alguien.

—Sí, negociación. Pero duró poco. Rachel, que está allí —me señaló, apoyada contra la puerta—, me dijo que nunca podría volver a beber ni a drogarme. ¡Au! ¡Muchacha, tienes que aprender a dar malas noticias! Y me pasé ocho días seguidos llorando.

—¿Cómo te sientes ahora que vas a salir al Exterior? —vociferó Chalkie.

—Triste, ¿sabes? Lo cual es raro, porque hace seis semanas odiaba este lugar y odiaba a toda la gente de aquí. —Meneó la cabeza con remordimiento—. Sobre todo a Rachel, la verdad sea dicha. —Y añadió—: Perdona.

—No tienes de qué disculparte. —En cierto modo era cierto. No era mi verdadero yo el que ella había odiado.

—Pero ¡guau! —Roxy abrió los ojos de par en par—. ¡No se te escapa una! Eres muy buena en tu trabajo. Había veces que ni yo sabía que estaba mintiendo, pero tú sí. ¡Estás bien entrenada!

Me permití una leve sonrisa.

—Antes de venir aquí, no tenía ni idea de lo agotada que estaba. ¡Todo… el… tiempo! —prosiguió Roxy—. Todo el día planificando… dónde iba a obtener mi siguiente trago, de dónde iba a sacar dinero para pillar, teniendo que llevar la cuenta de todas mis mentiras. Y ahora me gustaría oír vuestros consejos para mantenerme limpia y sobria.

—Reuniones —dijo alguien—. ¡Montones de reuniones! Pídeles el teléfono a las otras mujeres que asisten. Ve a seguimiento todas las semanas.

—¡Nunca olvides que eres una adicta! ¡Nunca te pienses que estás curada!

—No puedo creer que esté diciendo esto —exclamó Roxy—, pero me alegro de que todo estallara. Estaba tan avergonzada todo el tiempo… ¿Sabéis de qué hablo? —Rio mientras paseaba la mirada por el semicírculo de rostros—. Ya lo creo que sí.

—¿Cuándo llegará el pastel? —murmuró Ella.

Desconcertada e incómoda, Ella no lo estaba pasando bien. Y Dennis, menos aún. Pese a haberme equivocado con Patch, Dennis estaba tambaleándose. La táctica de sacarlo de su rutina diaria, bombardearlo con charlas y reuniones de Alcohólicos Anónimos, impedirle el acceso al alcohol y rodearlo de otros adictos que un tiempo atrás se habían mostrado igual de reticentes, estaba empezando a dar sus frutos. Se le veía en la cara, la terrible sospecha de que no era muy distinto de Roxy.

—Algunos de vosotros no queréis dejarlo —continuó Roxy—. Y lo entiendo, es como despedirse del amor de tu vida.

Al oír eso, noté una punzada dentro, algo que hacía tiempo que no sentía: el dolor, la pena de volverle la espalda a lo que más quería. Había sido una tortura. Llevaba limpia mucho tiempo, pero estaba bien que me recordaran que seguía siendo una adicta, que nunca me curaría.

—Pero la adicción es una enfermedad que mata, de modo que, si queréis vivir, no tenéis elección. ¡Así que hacedlo! Ahora, miradme por última vez, porque dentro de diez minutos saldré por esa puerta y, no os lo toméis a mal, chicos, no pienso volver.

Entre vítores y aplausos, bajó de la silla y se embarcó en una ronda entusiasta de abrazos. Esperé a que la gente se dispersara para acercarme a ella.

—Te he cogido mucho cariño, Roxy —dije—, pero no quiero volver a verte por aquí.

—Entendido. Gracias, Rachel, gracias por todo.

No siempre era aconsejable despedir a un paciente con un abrazo, pero con Roxy no podía evitarlo. La estreché con fuerza y le deseé que fuera feliz, y cuando nos separamos, las dos teníamos lágrimas en los ojos.

OceanofPDF.com

28

Necesitaba planchar una camiseta, así que salí en pijama al rellano en el preciso instante en que el pestillo de la puerta del cuarto de baño se abría y Devin Costello, sin más indumentaria que una toalla baja alrededor de la cadera, emergía envuelto en una nube de vaho.

Tras mirarnos sobresaltados, me retiré corriendo a mi cuarto, donde me reprendí por haber elegido tan mal el momento. ¡Había esperado con prudencia hasta que creí que sería imposible encontrármelo! ¡El agua seguía corriendo! ¿Qué hacía Devin saliendo del baño con el agua de la ducha todavía abierta?

Devin y Kate habían aparecido tarde la noche anterior. Entre risitas y arrumacos, entraron a saludar en la sala antes de dirigirse a la cocina, donde prepararon algo con halloumi. Incluso con la puerta cerrada, les oí exclamar:

—¡Está intensito! ¡Intensito! —Y partirse de risa.

Amor joven.

Muy joven.

Devin me parecía muy infantil, mucho más de lo que lo había sido Luke cuando solo tenía unos pocos años más. ¿Quizá porque los niños estaban más mimados hoy en día? ¿O porque sus padres no iban cortos de dinero?

… ¿O porque yo era vieja…?

Se habían ido a la cama poco después que yo. Durante un rato me llegaron el murmullo de sus voces y alguna que otra risa procedente del cuarto de Kate, luego se hizo el silencio y me dormí. Hasta que un gemido ahogado —masculino— se coló en mi sueño.

De repente me vi totalmente desvelada y asaltada por pensamientos catastróficos. No podía seguir viviendo en esa casa si tenía que escuchar

con regularidad a un Costello haciendo ruidos sexuales en la habitación de al lado. Tendría que mudarme. O Kate tendría que hacerlo.

… Pero pobre Kate, todo ese trayecto desde casa de Claire. No, tendría que hacerlo yo. Me iría a vivir con Quin y buscaría a alguien que me ayudara a pagar la hipoteca compartiendo la casa con Kate. Alguien joven, relajado, que no le importara una casa mal insonorizada.

Sin embargo, no podía llevar la relación con Quin al siguiente nivel solo para escapar del sobrino de Luke Costello.

¿O sí?

Tardé horas en volver a conciliar el sueño, únicamente para darme de bruces con una pesadilla. Me encontraba en Nueva York, más de veinte años atrás, y Luke me estaba gritando:

—Mientes.

—No miento, Luke, te lo juro —tartamudeaba, muerta de miedo.

—¡He encontrado tu escondrijo! ¡Mira! —Con aire dramático, arrancaba un trozo de papel de la pared y cientos de pastillas salían volando y rebotaban por el suelo de toda la habitación—. ¿Por qué me has mentido? Sabes que eso es peor que drogarte.

Al principio del sueño los dos teníamos veintitantos; luego, como ocurre en los sueños, cambiábamos y teníamos el aspecto actual, él con su pelo corto y su extraño abrigo, yo con mi suave frente gracias al bótox y mis deportivas nuevas.

Cuando desperté, estaba temblando. Dios, había sido horrible. Desde la llamada telefónica de Joey Armstrong, cuántos sentimientos largo tiempo enterrados habían salido a la superficie…

De todos modos, eran las siete, casi la hora de levantarse. Entonces escuché:

—¡Es intensito!

O sea que estaban despiertos.

Al rato, uno de ellos (resultó ser Devin) entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Luego la abrió de nuevo y gritó:

—¿Qué gel cojo?

—El de Origins. ¿Adivina por qué?

—¿Porque es intensito?

—¡Exacto!

Él rio, ella rio, probablemente rieron los de al lado, Benigno y Jasline, sin duda Crunchie estaba partiéndose abajo, en la cocina. «Menos mal que ya estaba despierta», me entraron ganas de gritar.

Caí entonces en la cuenta de que iba a tener que esperar a que Devin terminara de ducharse porque el sistema de calentamiento de agua no soportaba dos duchas calientes a la vez. Resoplando irritada, me paseé por el cuarto organizando la ropa, hasta que recordé que todas mis camisetas estaban en el armario de la caldera.

El agua de la ducha seguía corriendo. «Bien —pensé—, significa que estoy a salvo». De modo que salí y… se produjo la catástrofe.

En el tiempo que Kate llevaba viviendo allí se habían quedado otros chicos a dormir: dos o tres veces el infame Isaac (un gilipollas) y algún que otro tío que había conocido a saber dónde. Me importaba un rábano lo que pudieran pensar de mí, pero existía el temor real de que Devin pudiera de pronto hacer alguna observación desdeñosa durante la cena con Luke presente. Ya sabéis cómo hablan los hombres jóvenes de las mujeres mayores de dieciséis, el desprecio que vierten sobre nosotras. «Buf, cómo está la tía de Kate. ¡La vi en pijama y os juro que me clavaría un compás oxidado en el ojo antes que volver a pasar por eso!».

Una panda de capullos.

Ahora en serio, ¿qué demonios estaba haciendo Devin?

Tal vez había dejado el grifo abierto para que Kate se encontrara el agua calentita. Pues menudo desperdicio, de ser así. ¡Piensa en el planeta! O a lo mejor quería atraerla a la ducha para hacer cochinadas matutinas. Pues menudo maleducado, de ser así.

La situación era muy muy incómoda.

«Te acostumbrarás».

—Ni de coña —farfullé.

«Ya verás como sí».

—Un paquete para ti —anunció Brianna en cuanto llegué al trabajo. Sostuvo a trasluz una caja envuelta en papel de regalo y entornó los

párpados—. Parecen bombones. De Lily O’Brien’s.

Gemí de deseo, pero, dado mi estado de ánimo, si le hincaba el diente a uno, acabaría zampándomelos todos.

—Quédatelos.

—¿En serio? —Brianna estaba encantada.

—En serio.

Abrí la carta que los acompañaba, que era de un hombre que dos años antes había ingresado en el centro por alcoholismo. Fui directa al final de la carta para ver si seguía sobrio —así era— y me la guardé en el bolso para leerla más tarde. En ese momento tenía que comprobar cómo estaba Trassa.

—Los repartiré —dijo Brianna.

—Como quieras, pero a mí no me des ninguno. —No ese día.

Trassa estaba sentada a la mesa del desayuno con una taza de té en la mano y la mirada perdida. Por lo visto, apenas había probado la cena la noche anterior y se había acostado a las ocho.

Veinte años antes, yo me había comportado igual cuando ya no pude huir del hecho de que era una adicta, cuando de súbito se me hizo patente que no era una consumidora meramente recreativa, que no podía parar.

La avalancha de realidad fue abrumadora. Ver el daño que había hecho a otros —y a mí misma— me dejó conmocionada y avergonzada. Peor aún, saber de repente que mi mejor amiga, aquello que más quería en el mundo, la única sustancia que me aportaba genuino alivio, ya no podía formar parte de mi vida, fue una puñalada mortal. El final de la más bella historia de amor.

Pero había que pasar por ahí. Yo tuve que hacerlo. Trassa tenía que hacerlo. No podía haber recuperación sin eso.

Estaba previsto que mi nueva interna llegara por la mañana. Me encerré en una de las salitas destinadas a las entrevistas, dotada de una ventana con vistas a los jardines de delante, y repasé su historial. «Bronte, cuarenta y tres años, adicta a la heroína. Casada con Eden Tollemarche, vizconde Kilsharvan». No era la primera vez que un miembro de la aristocracia aterrizaba en The Cloisters: las adicciones no respetaban los títulos.

> Ha abusado de la heroína de forma discontinua desde los veinte años, pero se descontroló hace seis. Tras un año de abuso intravenoso, hizo rehabilitación en el Reino Unido. Permaneció limpia hasta que se rompió el tobillo el pasado junio y le recetaron calmantes opiáceos. Culpa a estos de su recaída. Los últimos ocho meses ha estado inyectándose heroína. En la reunión de evaluación, su marido parecía apoyarla.

Atrajo mi atención un Land Rover embarrado que cruzó la verja un tanto demasiado rápido. Se detuvo en una plaza de aparcamiento y, casi al instante, un hombre alto y rubicundo se apeó del vehículo, fue hasta el maletero, sacó una bolsa y se la colgó del hombro.

Bronte tardó un poco más en aparecer. Bajó del coche a regañadientes. Vestida con vaqueros, una americana encogida y una enorme bufanda de fieltro alrededor del cuello y los hombros, aparentaba unos catorce años.

Hizo una pausa para lanzar una mirada aprensiva a la casa. Para la mayoría de la gente, ingresar en un centro de rehabilitación es el peor momento de su vida. No pueden creer que esté ocurriendo de verdad. Durante mucho tiempo, sus mentiras y manipulaciones los han mantenido por delante del pelotón, pero finalmente el juego se acaba y todo está a punto de cambiar para siempre.

Sin embargo, para Bronte esa era su segunda vez, y el segundo asalto era aún peor. Las recaídas generaban mucha vergüenza. Cuando un adicto dejaba la adicción por primera vez, tenía que esforzarse sobremanera para recuperar la confianza de sus seres queridos, y cuando lo lograba era precioso. A menudo las relaciones se volvían sinceras y puras, quizá por primera vez en la vida.

Conseguirlo en dos ocasiones era infinitamente más difícil. La gente estaba dispuesta a perdonar una vez, pero una recaída lo echaba todo a perder.

Fuera, Bronte y el marido intercambiaron unas palabras. Él le acarició el rostro y ella asintió. Acto seguido, se volvieron hacia los escalones que conducían a la entrada y desaparecieron de mi vista.

Aunque mi presencia no era necesaria, acudí a la oficina de admisiones, donde todo se hallaba en marcha ya. Brianna y Eden estaban procesando el papeleo, y Priya tenía el equipaje de Bronte encima de una mesa y estaba hurgando el contenido en busca de contrabando.

Bronte se encontraba sentada con pasividad en una silla, con el brazo doblado por el codo mientras la enfermera Moze le extraía una muestra de sangre. Tenía la cara muy blanca, con excepción de un racimo de capilares rotos en medio de cada mejilla. Ni una gota de maquillaje; las cejas y las pestañas eran tan rubias que parecían invisibles, y el pelo, ralo y apagado, estaba recogido de cualquier manera con una goma. Me moría de ganas de decirle que utilizara una cinta como es debido, que con razón tenía el pelo lacio y quebradizo dada la manera en que lo trataba. Por desgracia, eso quedaba fuera de mis competencias.

Su ropa era especial. Los vaqueros parecían haber viajado en el tiempo desde 1973, donde habían sido vistos por última vez en un muchacho de diez años que conducía una motocicleta como un rayo. ¿Era algo típico de la aristocracia? Los dedos, largos y elegantes, no lucían las uñas pintadas, pero era imposible no reparar en la alianza del dedo anular, una cosa de oro y rubíes de estilo victoriano tremendamente recargada.

—¿Qué es esto? —Priya había encontrado un blíster en el neceser de Bronte.

—Anticonceptivos. —La voz de Eden retumbó en la pequeña estancia.

—¿Lo son, Bronte? —preguntó Priya.

—¿Eh…? Sí.

Priya examinó el nombre de la marca, anotó algo en el dosier de Bronte y trasladó las pastillas a una bandeja.

—Necesita tomarlos —dijo, muy serio, Eden.

—Tenemos que comprobar qué son.

—¿Cree que mi mujer podría intentar pasar…?

«No sería la primera vez, tío».

En un tono cordial, Priya repitió:

—Tenemos que comprobarlo.

—Devuélvale los anticonceptivos. Es mi mujer e insisto en ello.

Bronte observaba el intercambio sin inmutarse.

Sinceramente, ¡estaba encantada de haberme colado! Esta clase de información no tenía precio.

—Bronte está ahora a nuestro cargo. —Priya se mantuvo firme.

—¿Eden…? —Bronte meneó la cabeza—. Por favor…

—De acuerdo. —Haciendo un esfuerzo patente por calmarse, dijo—: Debo irme. —Nos lanzó una mirada asesina—. ¿Puedo besar a mi mujer en privado?

—No —respondí—. Su mujer está ahora en rehabilitación.

Madre mía, ¿es que estaban todos en fase de negación? Era de esperar en los clientes, era parte de su afección. Lo sorprendente era cuando lo estaba la misma gente que los ingresaba.

Incrédulo, el marido preguntó:

—¿Piensa que podría pasarle algo mientras la beso?

—¡Ha ocurrido otras veces! —exclamamos al unísono Moze, Priya, Brianna y yo.

Eden Tollemarche se marchó echando humo.

Era la hora de la terapia de grupo y, ya que Bronte estaba ahí, podía acompañarme.

—Las muestras que ha extraído la enfermera Moze —dije—, ¿saldrán limpias?

—No lo sé… Quiero decir que me he desintoxicado, no he tomado nada desde…

—Está bien, vamos.

En la Sala del Abad, mientras Bronte se sentaba, Harlie le dio un repaso de arriba abajo y pude leerle el pensamiento: «Tinte en cejas y pestañas, toque de tapaporos antirrojeces seguido de una buena capa de maquillaje. Puede que incluso un puñado de extensiones para dar algo de cuerpo a esos mechones quebradizos».

Bronte se quitó la chaqueta, desvelando una camiseta que rezaba: «Perdón por llegar tarde, no quería venir».

—Buenos días a todos —dije—. Como veis, se ha unido a nosotros un miembro nuevo. Bronte, ¿te gustaría presentarte?

—Eh, vale. —En tono quedo, comenzó—: Me llamo Bronte. Soy… —carraspeó—, adicta a la heroína. Estuve más de cuatro años limpia. Hace nueve meses me rompí el tobillo, me dieron Vicodina y… recaí.

Chalkie estaba fijándose en todo: el anillo mastodóntico, los miembros esbeltos y elegantes, todo.

—Me gusta tu camiseta —dijo.

—¿Oh? —Bronte apenas la miró—. Es de mi hija.

—¿Tienes hijos?

—Tres. Una hija de dieciocho y dos hijos de dieciséis y trece.

—¿Y qué edad tienes tú, Bronte? —preguntó Dennis.

—¡Dennis! —susurró Giles—. ¡No seas grosero! Sabes que esas cosas no se preguntan.

—No te preocupes. —Bronte se encogió de hombros—. Tengo cuarenta y tres.

—¿Cómo consigues llegar a fin de mes, Bronte? —preguntó Chalkie—. Dar de comer a tus hijos, pagar el alquiler.

—Con… el dinero de… mi marido.

—¿Cómo se… gana el pan?

—Tiene… Bueno, tenemos una granja.

—¿Es granjero? —Unos ojos inquietos la recorrieron—. No pareces para nada la esposa de un granjero.

—¿Qué sabrás tú? —disparó Giles—. ¿Alguna vez has salido de, cito tus palabras, «las zonas marginales de la ciudad»? ¡Nos dijiste que tú, hombre del pueblo, no mancillarías tus pulmones con el «oxígeno de la clase privilegiada»!

—¿Dónde tenéis la granja? —Chalkie no apartó la vista de Bronte.

—En el condado de Meath.

Dennis intervino.

—¿Cuántas hectáreas? —Era una de sus áreas de interés.

—… Dos mil.

—¡Joder! —Chalkie casi levita.

—¿Es mucho? —le preguntó Ella a Dennis por lo bajo.

—La hostia. —Dennis se inclinó hacia Bronte—. Menudo pedazo de tierra. ¿Tenéis vacas? ¿Cultivos? ¿Las dos cosas?

—… La mayor parte está arrendada. Criamos caballos.

—¿Criadores de caballos? —Chalkie estaba encantado. He ahí una oportunidad para dar rienda suelta a su indignación—. *Lady* Bronte.

—En realidad soy vizcondesa.

—¡Estás de guasa!

—Chalkie —pregunté—, ¿qué importancia tiene esto?

—Si yo llevara una vida privilegiada —espetó— porque le he robado la tierra a otros, la culpa me haría salir corriendo a comprar heroína. No me extraña que la puta *lady* Bronte…

—Puta *lady* Kilsharvan —le corrigió Bronte.

Perplejo por su arrogancia, Chalkie se volvió hacia ella.

—Aunque no hace falta que te dirijas a mí por el título. —El tono de Bronte era mordaz, pero la sonrisa era pícara.

OceanofPDF.com

29

—Ella, vas a leer la historia de tu vida —dije.

—¡Claro! —Siempre de buen humor.

Llevaba una semana en The Cloisters y, excepto con Harlie, era muy popular. Para ser justos, se esforzaba mucho en hacer que todos la adoraran. Era graciosa, amable y, aunque seguía con el brazo en cabestrillo, realizaba sus tareas sin rechistar.

Tras una semana de charlas, reuniones de Narcóticos Anónimos e inmersión con veinte personas que se hallaban en fases distintas de su proceso de recuperación, la erosión de su negación ya estaba en marcha. Pero escribir y leer en alto la historia de su vida debía ayudarla a avanzar.

Empezó a leer. La menor de tres hermanos, sus primeros años habían sido felices. Fue una niña muy buscada, de manera que, después de dos varones, su madre se volcó en ella. Le gustaba el colegio, pero detestaba el deporte; tenían suficiente dinero, pero tampoco les sobraba; su padre era firme pero justo; sus hermanos la fastidiaban, aunque no demasiado.

Como con los demás, le había pedido a Ella que relatara recuerdos felices e infelices de su infancia. Había muchas historias felices: cuando estaba en la cama recuperándose de la varicela y su madre le daba Seven-Up desbravado; una Nochebuena que nevó; el viaje a Londres con toda su familia cuando cumplió diez años.

«Sí, sí, muy bonito». Estaba impaciente por escuchar sucesos no tan felices. Decían mucho más. Por fin llegamos a eso: su momento más infeliz había tenido lugar en su último año de primaria.

—Durante el verano, me bajó la regla y —lanzó una mirada a los hombres de la sala y se sonrojó— y mi pecho estaba… —Se detuvo y

comenzó de nuevo—: Empecé a llevar sujetador. Mis tres amigas ya no querían salir conmigo, decían que presumía de ello…

—Eso es duro —la interrumpí—. ¿Cómo lo llevaste?

—Eh… —Por sus mejillas empezaron a rodar lágrimas. Sorprendida, se las secó con la mano—. Dios, no esperaba esto… Tuve que aceptarlo. Pero tenía que hacerlo todo sola, coger el autobús sola, comer sola… No tenía ninguna… aliada, supongo que esa es la palabra. Nunca me acostumbré. Fue un año muy largo.

—¿No hiciste amigas nuevas?

Negó con la cabeza.

—Mis examigas hablaban mal de mí, decían que me olían la regla, y nadie se me acercaba.

—Madre mía… —Dennis parecía que iba a desmayarse.

—¿Y luego? —pregunté.

—Cuando entré en secundaria, todo cambió, puede que porque ya no era la única. Una amiga de mi madre tenía una hija en mi clase y empezamos a salir. Al cabo de un tiempo, las cosas se normalizaron.

—¿Tus examigas se disculparon alguna vez?

—No.

Percibí un titubeo.

—¿Pero?

—Acabé siendo amiga otra vez de una de ellas, más o menos. Éramos cinco o seis en el grupo. Ella y yo nunca hablábamos de ese año. En parte… me odiaba por no sacarle el tema, pero en aquel entonces era más fácil dejar las cosas como estaban.

—¿Mantenéis el contacto?

—Por Instagram, y solo porque estoy esperando que le pase algo muy muy chungo. —Soltó una risita y luego paró en seco y contempló los rostros de la sala, preguntándose si la estaban juzgando.

—¿Aprendiste algo aquel año? —le pregunté a Ella—. ¿Bueno o malo?

Lo meditó.

—… Que la seguridad no existe. Pueden arrebatártela en cualquier momento. No hace falta mucho para que una persona acabe totalmente sola.

Siguió leyendo, cosas bastante anodinas: buenos resultados en el colegio, un año viajando por Asia, seguido de tres en la universidad. Se mudó a Dublín, consiguió buenos trabajos, conoció a su novio y a su amiga Naaz. Hasta el atraco que la puso en el camino de la adicción, su vida había sido casi perfecta.

—¿Te dijo tu médico que no debías tomar los somníferos durante más de dos semanas? —pregunté. (Aunque ya lo sabía. Raras veces hacía una pregunta cuya respuesta no conociera ya).

—Estaba hecha polvo después de que me… —Ella bajó la cabeza y susurró—: atacaran. No paraban de venirme las imágenes.

—¿Hiciste terapia?

—… Eh… no. Las terapias son caras, y tampoco podía sacar el tiempo del trabajo para ir, ya sabes…

—Bueno, si te despiden, y te despedirán si no controlas tu adicción, tendrás tiempo de sobra.

Me miró desolada, luego se recompuso.

—Llevo diez días sin tomarlos, no puedo estar enganchada.

Suspiré por dentro. Todos los pacientes que había conocido me decían algo parecido.

—Es fácil mantenerse limpia aquí dentro, Ella. Controlamos todos tus movimientos. Es muy diferente ahí fuera, donde hay tensiones, presiones y elecciones.

—Pero si estuviera enganchada, ¿no tendría mono?

Otro suspiro interno.

—La palabra «mono» tiene muchos matices. —La gente cree que los adictos van por ahí lloriqueando y suplicando su droga preferida—. La adicción no es solo algo físico, es emocional, es mental, es espiritual. Esos son los aspectos que provocan casi todas las recaídas, no el mono físico.

Se encogió de hombros. No le interesaba.

—Dime por qué Jonah, Naaz y Boyd decían que estabas enganchada.

—Creo que Jonah lo dice únicamente porque quiere cortar conmigo.

—¿Por eso te dijo que estabas enganchada a las pastillas y te obligó a venir a rehabilitación? Me parece un poco extremo.

Se revolvió en su silla.

—Hombres.

—¿Y Naaz? ¿Qué razón tiene ella?

Enrojeció.

—Hubo una… vez, con su novio. No fue nada, solo un… En serio, no fue nada. Pero Naaz no lo veía así. Es la hostia de posesiva con él.

—¿Y las razones de Boyd?

Su malestar empeoró.

—Boyd… creo que estaba… Lo siento si suena un poco así, pero creo que quería estar conmigo. Y cuando… le dije que no, decidió ir a por mí.

—¿Te acosó sexualmente en el trabajo? Porque es una acusación muy seria.

—No —exclamó—, yo no diría eso. Solo creo que le gustaba, y luego dejé de gustarle.

—¿Te acostabas con Boyd?

—¡No!

—¿No?

Mejor traerlo aquí, mejor traerlos a todos aquí.

Mientras interrogaba a Ella, Trassa había empezado a llorar. La silla de Giles era la más cercana a los pañuelos, que iban pasando a puñados de mano en mano cual cubos de agua en un drama medieval con un pueblo en llamas.

—Trassa, ¿por qué lloras?

—Porque… porque… soy muy mala persona. No puedo creer que haya cargado a Ronan con una segunda hipoteca, y con los niños tan pequeños.

—Ajáá.

—Lo mismo le hice a Keith. Y en otra ocasión, Michael, mi hijo mayor, me prestó quince mil para pagar a Collie Byrne y nunca se los devolví. Es muchísimo dinero —susurró—. ¿Cómo es posible que no lo viera?

«Michael, mi hijo mayor». Algo vibró en mi interior. Volvería a él más tarde.

—¿No sabías cuánto dinero tuvo que pedir prestado Ronan? —preguntó Ella.

—¡Sí lo sabía! —Trassa se volvió hacia Ella con el rostro surcado de lágrimas—. ¡Lo sabía! Pero no me preocupaba. No entiendo por qué.

Cuando la gente salía de la fase de negación, no era como si de pronto recordaran cosas que habían olvidado a conciencia. Los hechos habían estado ahí, a la vista, pero el adicto había conseguido difuminar su importancia. Los detalles de la adicción de Trassa eran los mismos de siempre, pero por primera vez los estaba viendo en toda su dimensión. Se encontraba en estado de *shock*.

—Sabía que era mucho dinero —continuó—, pero mis chicos han estudiado, tienen oportunidades que yo no he tenido, son propietarios de sus casas. Sabía que podían permitírselo.

—Pero no pueden —repliqué—. Ronan tuvo que rehipotecar su casa. También Keith.

Me imploró con la mirada.

—A lo mejor decidí que podían pagarlo sin más.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

—No lo sé. Supongo que porque me convenía, porque eran los únicos que podían conseguirme el dinero.

—¿Por qué creías que debían ayudarte? —pregunté.

—¡Porque soy su madre! Yo los traje al mundo, y la vida en esa casa no era fácil. Siempre faltaba espacio, el equipo de la Asociación Atlética Gaélica tirado por ahí, y siempre hambrientos, siempre pidiendo comida. Keith estaba enfermo todo el tiempo, así que me pasaba el día yendo y viniendo del médico; y Seamus hijo estuvo un tiempo vendiendo drogas y tenía miedo de que la policía se presentara en casa; y Seamus padre era un inútil, y nadie me daba nunca las gracias o me servía una taza de té. Nadie se ocupaba de mí.

—Entonces ¿pensabas que estaban en deuda contigo? ¿Qué papel crees que tiene tu intimidación en todo esto?

—¿Q… qué? —De pronto se puso en guardia.

—Tus hijos te tienen miedo. —Bueno, sabía con certeza que Ronan, Joe y Seamus hijo se lo tenían. Michael y Keith no querían saber nada de aquello—. Sabías que, si les decías que necesitabas mucho dinero, harían lo que fuera para conseguirlo, ¿no es cierto?

Las lágrimas habían cesado.

—No me tienen miedo.

—Sí te lo tienen —murmuró Chalkie—. El pobre Ronan estaba cagado.

—Y se sentía culpable de narices porque estuvieras aquí. —Dennis estaba muy serio. Temiendo que la adicción fuera contagiosa, los últimos dos días había puesto distancia entre él y Trassa.

—No se sentía culpable. —La voz de Trassa sonaba poco convincente.

—Trassa, si me permites. —Giles irradiaba sabiduría y compasión, y Chalkie puso los ojos en blanco—. Hubo un tiempo en que yo me sentía exactamente como tú te sientes ahora. Utilizaba una combinación letal de chantaje emocional y amenazas veladas para persuadir a mis esposas de que me apoyaran en mi adicción. Le restaba dinero a Ingrid, diciendo que sin cocaína no podía hacer bien mi trabajo y que, si lo perdía, nos quedaríamos sin blanca.

—Pero tú eres un maquinador, Señor Ricachón, mientras que yo no soy más que una pobre vieja de Carlow. ¡No tengo nada que ver contigo!

OceanofPDF.com

30

El sábado por la mañana, Quin y yo estábamos dormitando cuando me sonó el teléfono y nos sobresaltó a los dos.

—Es Kate. —Solo me llamaba cuando pasaba algo—. Hola, cariño, ¿qué pasa?

—Holaaa. ¿Dónde estás?

—En casa de Quin. —El corazón me iba a cien—. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Síííí. Ha ocurrido algo. Necesito tu ayuda. Bueno, yo no.

—¿Mi ayuda? ¿Ahora? —Hablaba como si se hubiera dado un golpe en la cabeza.

—Es Kallie.

—… ¿Kallie? —Me incorporé de golpe. A mi lado, Quin esbozó en silencio: «¿Qué coño?».

—Ha tenido un accidente —continuó Kate.

—¿Está herida? —En cuyo caso, ¿qué se suponía que iba a hacer yo? No era médico.

—No esa clase de accidente. Un accidente con un… condón.

Tardé un instante en registrarlo. Ah, ya. Sexo. Con Luke.

—Necesita —susurró Kate— un plan B.

—¿La píldora del día después? Dile que vaya a la farmacia, a cualquiera. —Alterada como estaba, hasta yo podía ver que era la medida obvia.

—No quiere que la juzguen.

—No la juzgarán. —Bueno, tal vez sí, dependía del farmacéutico, pero no se moriría por eso.

—Quiere ver a un médico.

—Nadie se lo impide. —Hice una pausa—. ¿O sí?

—Luke está en casa de su padre y no le coge el teléfono. Y le incomoda preguntárselo a la madre de Devin, porque no quiere que la gente sepa lo que le pasa.

—… Pero tú lo sabes. Y yo lo sé.

—Y yo. —Quin había estado escuchando con avidez.

—Me ha preguntado si puedo pedirle hora con mi… con nuestro médico —dijo Kate—. Pero hoy es San Patricio y está cerrado. Podría llamar a mamá y preguntarle…

No tenía ningún sentido.

—Kate, Kallie debería hablar con Luke.

—Ya te lo he dicho, no le coge el teléfono.

Quin estaba tecleando en su móvil.

—¿Quieres el contacto de mi médico? Tiene un hueco a las doce menos cuarto, si lo quiere.

Enfurecida, negué en silencio con la cabeza.

Pero Kate lo había oído.

—¿Qué dice Quin?

No contesté.

—¿Rachel…? —me presionó.

«¡Maldita sea!».

—Dice que puede conseguirle una cita con su médico. A las doce menos cuarto.

—¡Perfecto! —Tras un bisbiseo con otra persona (Kallie, supuse), Kate regresó—. Píllala. ¿Cuál es la dirección?

—Diles que vengan aquí —dijo Quin—. La cita es para mí, tendré que ir con ella.

En cuanto colgué, me volví hacia él.

—¿Qué coño es esto?

Era una situación de lo más extraña. ¿Lo sabía Luke? Seguro que no, me dije. Había cientos de personas a las que preferiría que su pareja pidiera ayuda antes que a mí.

—Kallie quiere conocerte. —Quin parecía divertido—. Imagino que no irás a yoga.

—¿Por qué?

—Sabes que quieres hacerle un repaso como es debido.

Bueno, por un lado sí, pero por otro no. La curiosidad me tenía agarrada en su puño. La mujer a la que amaba Luke iba a ir allí. Para que yo —supuestamente— la ayudara. Pasara lo que pasara, tendría un coste.

Sería mejor que empezara a arreglarme.

—Me voy a la ducha. ¿Tengo bien el pelo? ¿Necesito lavármelo?

Quin me examinó.

—Puede. Sí, mejor. Espera, voy contigo y te lo lavo yo.

Tener a Quin en la ducha conmigo generalmente conducía a mucho más que un mero lavado de cabello.

—Cielo, no es el mejor momento. Estoy demasiado…

—Eh… claro. —Estaba decepcionado, pero sobreviviría.

Era frustrante —sumamente frustrante— no tener acceso a mi extenso ropero y mis pinturas. En lugar de eso, tenía que recurrir a un *look* natural, tipo hola-acabo-de-levantarme-así, con las cosillas que había acumulado en casa de Quin.

—¡Mierda! —Había volcado el bolso y tenía cinco pintalabios dispuestos en el borde del lavamanos, todos ellos inadecuados—. Mi neutro favorito no está aquí. Podría preguntarle a Liberty, a ver si tiene algo…

—Adelante, si quieres invocar al Anticristo.

Cierto. Si a Liberty la despertaban temprano, podía prender fuego al mundo.

—¿Qué importa eso? —preguntó Quin.

—¡Importa y punto! —espeté exasperada.

Estaba aplicándome una tercera capa de rímel cuando me llegó el sonido de las puertas de un coche al cerrarse. Corrí hasta la ventana de mi dormitorio y vi que Kate, Kallie —y Devin— habían llegado.

—Quin, ya están aquí —musité—. ¿Cómo estoy?

—Preciosa. —Me agarró—. Eres preciosa, no lo olvides.

Arrimándome a la ventana y esperando no ser vista, espié a Kallie. Era delgada y más alta de lo que la recordaba. Llevaba el pelo, rubio y desmechado, por los hombros y un abundante flequillo. La ropa tenía un aire a Isabel Marant: vaqueros pitillo desgastados, botas de elfo, top

holgado estilo zíngaro y una americana demasiado grande que me resultaba familiar. Hasta que caí en la cuenta de que era de Kate. Y, antes de eso, había sido mía.

Pero en mí no había parecido demasiado grande.

Bajamos, Quin abrió la puerta con energía y hubo un frenesí de «¡Holaaa! Me alegro de conocerte. Aquí nos tienes, ja, ja, ja. Eh…».

Kallie avanzó directamente hacia mí y deslizó su suave mano en la mía.

—Vaya —titiló, y unas líneas finas se propagaron desde sus ojos azules —, qué situación más incómoda.

Mi corazón se ablandó al instante. Puede que fuera cierto, me dije. Seguramente se hallaba en estado de pánico, atrapada con la familia de su novio en un país extranjero, necesitando algo tan crucial como la pastilla del día después.

—No tiene por qué serlo —tartamudeé en un intento de relajarla—. Podemos decidir que no lo es.

—¡Vale! —Sin soltarme la mano, dijo—: Me alegro mucho de conocerte. Gracias por ayudarme.

«De modo que esta es la mujer a la que Luke ama ahora».

Quin ya estaba dándole las indicaciones a Devin.

—Hombres. —Kate puso los ojos en blanco.

—¿Por qué no vamos todos en un coche? —propuso Kallie.

—No —rehusó Quin—, mejor ir en dos.

—¿Por qué? —le pregunté cuando estábamos en su coche, encabezando la marcha.

—Porque no queremos que se nos enganchen después del médico.

—Eres un poco… cruel. Dime, ¿qué te ha parecido ella?

—Una mezcla de roquera y maestra de primaria.

—No me refiero a su aspecto. ¿Te parece… simpática?

—¿Me lo preguntas a mí? Lo que yo veo es mucho drama, sinceramente.

—Puede que sea una persona muy celosa de su intimidad.

—Míranos. —Rio—. Un convoy de dos coches para cinco personas. Muy íntimo no es.

—Estás siendo… —No tenía sentido decir nada más. En cualquier caso, sabía lo que Quin quería decir.

Una vez en la clínica, Quin, Kallie y yo nos apretujamos en la sala de espera vacía. Kate y Devin decidieron esperar fuera y ser jóvenes.

—Qué vergüenza —me susurró Kallie—. Una mujer de treinta y ocho no debería verse metida en estos líos.

—No, no, no —me apresuré a tranquilizarla—. Es un accidente, nada más.

«O sea que ¿solo tiene treinta y ocho? Es un poco más joven de lo que habría preferido».

—Se rompió —murmuró inclinándose hacia mí—. El condón.

—¡A veces pasa! —dije alegremente—. La vida es complicada.

«No me hagas pensar en Luke y condones».

Desvió su atención hacia Quin.

—Y dime —había recuperado el ánimo—, ¿a qué te dedicas?

—Preferiría hablar de ti —repuso él en un tono jovial—. ¿A qué te dedicas?

Quin estaba siendo un pelín capullo, pero nadie excepto yo se habría dado cuenta.

—Soy cantautora.

«¿Qué? Madre mía, cómo mola».

—¿Ah, sí? —inquirió Quin—. ¿Habré oído hablar de ti?

—¿De Kallie Lampart? No —Kallie rio—, no lo creo.

—¿De qué van tus canciones?

—De hombres infieles, desamores. —Me propinó un codazo—. Tú ya me entiendes. También tengo un trabajo de verdad que paga las facturas. Soy contable, como Luke.

Había dicho su nombre, lo había soltado así, como si nada. Aunque se me hizo un nudo en la garganta, el mundo no se acabó.

—Así nos conocimos —dijo—. Me contrató para un proyecto.

—¿Y seguís trabajando juntos? —Mi voz sonaba admirablemente normal.

Negó con la cabeza.

—Mi música está por delante. Además, no es buena idea tener de jefe a tu novio.

—¿Kallie Lampart? —llamó un hombre—. Hola, soy el doctor Benson.

Kallie se marchó y regresó al cabo de nada con la mirada gacha y una receta en la mano.

—Termino el papeleo y nos piramos.

«Nos piramos». Vale. Regresé a mi móvil, pero pasado un rato Kallie seguía en el mostrador. Se percibía cierta tensión en el ambiente.

Me levanté.

—¿Va todo bien?

—Sí, Rachel. —Estaba nerviosa—. No aceptan mi mutua aquí.

—Porque es de otro país —repuso la recepcionista en un tono seco.

—Y mi tarjeta de crédito no responde. ¿Puedo hacerles un Venmo?

—¿Venmo? —Una vez más, el tono de la recepcionista fue totalmente seco—. No.

—No tengo otra manera de pagar. Supongo que esperaba no tener que hacerlo.

—Yo me encargo. —Quin se acercó.

—¡Dios mío, eres mi salvador!

No lo era, simplemente estaba harto.

—Ahora debo buscar una farmacia —dijo Kallie.

—Hay una justo ahí. —Quin señaló el otro lado de la calle con la cabeza.

—¿Puedo invitaros a un café como muestra de agradecimiento?

Quin se volvió hacia mí y lo que fuera que vio en mis ojos le instó a decir:

—Es todo un detalle, Kallie, pero tenemos planes.

—¡Claro! —Se puso algo colorada—. ¡Por supuesto! Gracias por vuestra ayuda. —Tras un titubeo que encontré encantador, se arrojó a mis brazos—. Rachel, me ha encantado conocerte.

Envolví su estrecha espalda, aspiré el olor a eucalipto de su champú y sentí una especie de dicha agridulce. El peso de lo que había perdido y el calor de mi sanación estaban presentes. Los primeros meses después de que

Luke me dejara, creí que nunca lograría pasar página, pero mira, pensé maravillada. Mírame, abrazando a la mujer a la que Luke ama ahora.

En cuanto nos subimos al coche, Quin dijo:

—Ha sido raro de cojones.

—No, Quin, créeme. Ahora lo veo diferente. No eres mujer, no sabes lo que es que te juzguen.

—Pero después de todo el numerito, ha tenido que ir a la farmacia igualmente. Rach, Kallie quería darte un repaso y marcar su territorio. Hacerte saber que tiene un sexo tan salvaje con tu exmarido que se les rompen los condones.

—No… no estoy segura de que sea eso. Creo que estaba sinceramente asustada.

—¡Qué va! Espera y verás. La próxima vez propondrá que quedemos los cuatro.

Qué horror. Había hecho mis progresos, pero no me veía capaz de eso. Aun así…

—¿No es mejor tener una relación cordial? ¿Por qué no has aceptado el café?

—Porque has tenido una semana muy dura.

En cuanto lo dijo, me sobrevino una oleada de cansancio.

—Hoy quería trasladar las plantas del semillero a la tierra, pero…

—Y no quieres que «se enreden las raíces» —dijo, con lo que me hizo sonreír.

En nuestros comienzos, había rechazado una cita con él por esa misma razón.

—Lo haremos mañana —añadió—. Yo te ayudo.

Pero mis cositas con las plantas me gustaba hacerlas sola. Hundir las manos en la tierra, transferir con delicadeza los brotes a los parterres, ayudar a las plantas a crecer prácticamente desde la nada, me sentaba bien.

A Quin no le interesaban mis esfuerzos de aficionada, por lo que me conmovió que se ofreciera a ayudarme. No obstante, el lunes intentaría salir antes del trabajo y hacerlo mientras todavía hubiera luz.

—¿Te ves con ánimos de ir a BanDearg esta noche? —me preguntó.

Porras, lo había olvidado por completo. Quin se había tirado meses entrando en la página de BanDearg cada viernes a las siete de la mañana hasta que por fin consiguió una mesa. Estaba emocionadísimo. E iríamos con Claire y Adam. Había demasiada gente a la que decepcionar.

—Faltan horas. Para entonces me habré repuesto.

—¿«Pan respirable»? —leyó Adam de la carta—. ¿Qué creéis que es?

—Diría que estamos a punto de descubrirlo.

Quin saludó con un gesto de la cabeza el camarero, que estaba abriéndose paso en la penumbra del pasillo negro del restaurante portando cuatro platos diminutos. La manera en que había surgido de las sombras me recordó a *Lluvia de estrellas*.

—En efecto. —El joven sonrió orgulloso a sus platitos, cada uno cubierto con una cúpula de cristal en miniatura que contenía humo blanco —. En lugar de los panecillos tradicionales, tenemos… —En ese momento desconecté. Solo soy capaz de escuchar las primeras siete palabras de una descripción gastronómica extensa—, levadura activada, bla, bla de trigo y otras chorradas. ¡Que aproveche!

—¡Qué emoción! —exclamó Claire, tras lo cual posó una mano ansiosa en el brazo del joven—. Y, esto, ¿la carta de vinos…?

—Enseguida.

Y así sería, dado que la había pedido Claire. La mayoría de las veces inspiraba respeto, y esa noche estaba especialmente glamurosa, con su mono de aviador negro con exagerados hombros de la era espacial. Vale, las hombreras eran ridículas, pero sabía llevarlas, y me habría encantado llevar ese pelo. Sin embargo, nunca conseguía darle al mío esa caída elegante por mucho que lo intentara.

—¡A la una, a las dos, a las… tres! —dijo Quin.

Levantamos las cúpulas y aspiramos las volutas de humo blanco.

—Como el pan recién hecho —comentó Adam—. Este sitio es la leche.

—¡Lo sé! —Quin estaba de un humor excelente. Conseguir una mesa allí se había convertido en una cruzada personal, porque insistía en que era la única persona de Irlanda que todavía no había estado.

Cuando el humo se disipó, no quedó nada en los platitos. Adam parecía consternado, luego me miró con pesar, porque sabía que Quin y Claire se burlarían de él.

—Perdonad mi ignorancia —dijo—, pero ¿nos servirán comida de verdad en algún momento?

Eso me hizo reír. Adam me caía de fábula. Era un poco Don Cuenta de Gastos y se hallaba totalmente fuera de su zona de confort, pero se apuntaba a todo, siempre.

—Seguro que te dan de comer. —Había hecho mis indagaciones—. Aunque me temo que aquí no sirven panceta.

—¿Es una tragedia que me guste la panceta?

—Es patético —aseguró Claire al mismo tiempo que yo decía:

—No.

La llegada de la carta de vinos lo cambió todo: de repente los tres tenían las cabezas juntas, la pose seria. Me evadí mientras discutían sobre qué vino iría mejor con Perejil Mortal o Codorniz en Impresión Tres-D.

—Para usted —me dijo el camarero de las bebidas— tenemos bebidas sin alcohol e infusiones especialmente creadas para complementar cada plato. ¿Le apetece empezar con una limonada al carbón?

—¡Claro! —¿Por qué no? BanDearg era el lugar idóneo, un tanto ridículo pero muy divertido. Cierto, necesitaría cuatro rebanadas de pan cuando llegara a casa, pero ¿y qué?

—¿Os habéis enterado de lo de hoy? —les preguntó Quin a Claire y a Adam, y se lanzó a contar la anécdota de Kallie.

Escucharon fascinados, con los ojos como platos.

—¿Qué pensáis vosotros? —terminó Quin—. ¿Quería darle un repaso a Rachel?

—Eso parece —contestó Adam—. ¿Cuántas veces ha mencionado el reventón del condón?

—Una —dije.

—A mí me han parecido muchas más —aseguró Quin—. Os juro que pensaba que iba a sacarlo del bolso y enseñárnoslo.

—¡Quin! —Le propiné un codazo juguetón—. Has decidido desde el principio que no te gustaba, pero es encantadora.

—¿En serio? —preguntó Claire.

—Es cariñosa, muy cariñosa. Y muy divertida. Se le ve.

—¿Y está… —Claire miró a Quin—, buena?

—Dios, sí. No tanto como tú, Claire, pero sí, buena.

Se miraron con una sonrisita. Me alegraba de que mi novio se llevara bien con mi hermana, pero a veces resultaban un poco irritantes…

—¿Por qué sigue en Irlanda? —preguntó Claire—. ¿No tiene un trabajo al que volver?

—La madre de su pareja acaba de morir y quiere acompañarlo.

—Dime su nombre completo. —Claire ya estaba en Instagram, donde previamente ya había hecho una buena inmersión—. ¡Madre mía, es todo en plan «Yo con mi Hombretón»!

Para ser justos, Kallie no había publicado en ningún momento las palabras «Yo con mi Hombretón», pero en todas las fotos en las que salía con Luke quedaba implícito.

Por ejemplo, una foto de Luke de costado delante de un fogón, sartén en mano y un trapo colgando del bolsillo del vaquero, con la leyenda: «Nada sabe tan bien como… lo que me da este hombre». Seguido de emojis salivando, emojis guiñando un ojo y corazones de diferentes colores.

A Kallie le gustaban los emojis.

Pero a mí también.

Por lo visto, era un tema de edad.

—¿Monta… a caballo? —Claire estaba pasando la cuenta de Kallie, las incontables instantáneas de su persona, delgada y monísima con vaqueros, camisa a cuadros y sombrero de *cowboy*, acompañada de un caballo, rodeados por un sol cegador, sus sombras cortas en el suelo endurecido por el sol—. Su imagen de marca, supongo.

Entonces Claire exclamó:

—¡Eeeh! —Había encontrado las fotos ecuestres en las que salía Luke. A diferencia de Kallie, a Luke siempre lo pillaban desprevenido o evitaba la cámara. Había una foto muy bonita donde el ala del sombrero le proyectaba una sombra sobre todo el rostro, exceptuando la sonrisa.

—¡No me dijiste que Kallie era cantante! —Claire seguía haciendo clic.

Encontraba ese detalle bastante humillante. El estatus de una cantautora que daba conciertos de verdad para clientes que pagaban por verla superaba con creces el de una terapeuta de adicciones. Luke había salido ganando con el cambio, sin duda.

—Pop simplón, guitarra acústica. —El tono de Quin era de desdén—. Igual hace versiones de las baladas de Doobie Brothers o de sus propias canciones, lo cual es todo un poco «ha llamado la Taylor Swift de 2012, quiere que le devuelvan su identidad».

Unas horas antes había buscado a Kallie en YouTube, tratando de conseguir pistas sobre su relación con Luke, pero como sus canciones comprendían desde baladas desgarradoras hasta tiernas canciones de amor, costaba hacerse una idea. Su voz, no obstante, era dulce y atractivamente melancólica.

—¡Madre mía, mirad esto! —Claire había encontrado un vídeo de Kallie sentada en un taburete con un vestido holgado y una guitarra—. Vamos a escucharlo. —Lanzó una mirada cauta al templo de la gastronomía —. O mejor no.

—Ejem. —Un carraspeo educado del camarero anunció la llegada del plato Sueño con Blinis, y tanto Quin como Claire se transformaron en fotógrafos, haciendo decenas de fotos de sus platos y colgándolas en Insta.

Durante un momento barajé la posibilidad de imitarlos, pero decidí que me daba palo. Instagram era un latazo. Lo único que me hacía ilusión publicar eran fotos de Crunchie.

Mucho más tarde, después de terminarnos nuestras Siete Maneras de Espino Amarillo (deshidratado, gelatinado, congelado, chamuscado, triturado, guisado e invertido), me sonó el móvil. El restaurante al completo me acribilló con miradas de reprobación. ¿Quién era la mujer que dejaba que le sonara el móvil durante una experiencia gastronómica intensa?

En mi pantalla apareció «LUKE».

Casi se me sale el corazón por la boca.

—¿Otro condón reventado? —preguntó Quin.

Me levanté para dirigirme a la puerta.

—Lo siento, chicos, será mejor que conteste. —Y a continuación dije —: ¿Diga?

—Rachel, soy Luke. —Oír su voz todavía se me hacía extraño—. Kallie me ha contado lo que ha pasado hoy. Siento mucho que te hayas visto envuelta.

¿Me estaba…? ¿Me estaba echando la culpa? Lo decía como si fuera culpa mía que su novia me hubiera pedido ayuda.

—Gracias por ayudarla —continuó—. Has sido muy amable.

—¿Estás siendo sarcástico?

—No. Has sido muy amable.

—Ah, vale. —Tardé unos segundos en aplacar mi indignación—. Ningún problema.

—No tendría que haberte molestado. Podrían haberla ayudado otras personas.

¿Me estaba diciendo que Kallie había estado dándome un repaso? En fin, qué más daba. Nos habíamos conocido y no había pasado nada terrible.

—Estooo… ¿cómo está tu padre? ¿Le habéis encontrado ya cuidador?

—Todavía no. Está insoportable, seguramente a propósito…

De repente tenía a Quin a mi lado.

—¿Va todo bien? Están a punto de servirnos el Heno Fermentado.

Asentí y dije al teléfono:

—Tengo que dejarte.

—Disfruta… —Luke hizo una pausa—, del heno fermentado. Y gracias, sin sarcasmo.

El resto de la noche transcurrió sin incidentes, hasta que al término de la misma, cuando Claire se encontraba en el lavabo y Quin estaba recogiendo los abrigos, me quedé a solas con Adam.

—Rachel —había un dejo de urgencia en su voz—, ¿te han contado que Claire y yo vamos a hacernos *swingers*?

—Sí. —Fruncí el ceño—. Pero… es solo una idea, ¿no?

—Ya conoces a tu hermana, cuando se le mete algo en la cabeza… —Sonaba muy deprimido—. Aunque puede que me guste.

—Deduzco que tú no quieres…

Respiró hondo.

—No, Rachel. Yo estoy bien como estoy. Me gusta mi vida. Me gusta mi mujer…

OceanofPDF.com

31

Tendida boca abajo en mi cama, gemí de placer.

—Quién necesita sexo cuando tienes a Nick Quinlivan masajeándote las doloridas pantorrillas.

Detrás de mí, Quin rio. Habíamos hecho una caminata de doce kilómetros por la montaña, entre arroyos y helechos, con nuestros «amigos de senderismo» Taryn y Timothy.

Aunque por su aspecto jamás los habrías tomado por curtidos montañeros: Taryn, flaca, timorata y ceñuda, daba la impresión de que un niño podría partirla en dos; Timothy, su pareja, con sus gafas y su aire de intelectual paliducho, semejaba un joven aristocrático de la época victoriana con problemas respiratorios y destinado a morir joven.

Los conocimos dos veranos antes, durante un fin de semana en casa de Brigit. (También ellos «trabajaban en tecnologías de la información» con Colm, el marido de Brigit). Cuando se enteraron de que Quin y yo planeábamos subir al monte Errisbeg al día siguiente, se autoinvitaron.

En privado, Quin expresó su indignación:

—¿Quiénes son esos desconocidos con pinta de tuberculosos? ¡Es imposible que aguanten!

Pero Brigit habló con Quin: Taryn y Timothy estaban mucho más en forma de lo que parecía. Y así se demostró. Encabezando la marcha montaña arriba, tenían tanta velocidad, resistencia y entusiasmo que de vez en cuando Quin tenía que decirles: «Aflojad un poco, chicos, pensad en Rachel».

Resultaron ser encantadores —estaban abiertos a la vida, a la gente, a las experiencias— y pasamos un día estupendo. «Cuando crees que ya eres

demasiado mayor para hacer amigos nuevos —dijo, más tarde, Quin—, la vida va y te sorprende».

Ese día lo habíamos pasado en grande. Quin y yo estábamos en ese momento en mi casa.

—Hazme eso con los pulgares —le supliqué—. Aprieta… ¡Ay, síííí!

—Te iría bien un baño caliente —sugirió—. Nos iría bien un baño caliente. Para relajar los músculos.

—No tenemos tiempo. —Estábamos invitados a «cenar» a las cinco en punto en casa de sus padres. A Quin le daba igual llegar tarde, pero a mí no —. Una ducha rapidita. —Cuando se le iluminó la cara, añadí—: ¡Nada más!

Mamá y Papá Quinlivan vivían en una casa grande y sólida de los años cincuenta, rodeada por lo que un agente inmobiliario describiría como «un jardín extenso, maduro, orientado al sur». Había árboles crecidos, arbustos magníficos y arriates de flores rebosantes de alegres narcisos.

Como familia, los Quinlivan me fascinaban: tan dotados, tan seguros de sí mismos, tan convencidos de su posición en el mundo.

La puerta de la calle estaba entornada.

—¿Quién va? —flotó una voz de mujer por el recibidor—. ¡Nicholas, Rachel, bienvenidos!

La madre de Quin, Genevieve —conocida como Vivi— avanzó hacia nosotros con un pañuelo de Hermès flameando a su espalda. Rubia, huesuda y ágil, había sido jueza del Tribunal Supremo hasta que se jubiló cinco años atrás.

Tras besarnos con brío, nos cogió los abrigos y nos envió a la cocina.

—Papa está ahí, preparando un brebaje.

—¡Mi primogénito! —El padre de Quin, Roly, dejó la jarra que tenía en la mano. Se alegraba muchísimo de ver a Quin, o Nicholas, como ellos lo llamaban—. ¡Estoy haciendo negronis holandeses! Los probamos en Ámsterdam y a tu madre le encantaron.

Grande y barbudo, Roly era un hombre bastante agradable. Bien intencionado, cuando menos. El problema era que había sido un abogado

constitucional de renombre. Se había pasado su vida profesional aconsejando al gobierno de turno y siendo tratado, en general, como un oráculo. Durante los últimos años había sido un ciudadano más, pero seguía pensando que lo sabía todo.

Eso complicaba las partidas de Trivial Pursuit.

Desde el recibidor, Vivi anunció:

—Robert y Ava *sont arrivés*.

Robert —una versión más joven, más callada, de Quin— tenía una esposa bonita y pulcra, y tres hijos limpios y obedientes. Era abogado mercantil.

Como la hermana de Quin, Michelle. Era la menor, y se parecía más a Roly que a Vivi: era de constitución robusta y tenía la cara grande y cuadrada. Pero, en lugar de despotricar porque los genes de su madre, esquelética y de pómulos altos, hubieran pasado de largo con ella, era una mujer exultante y segura que sabía disfrutar de la vida. Había entrado como socia en un bufete grande y flamante a la tierna edad de treinta y un años, la más joven hasta la fecha. Su marido, un pelirrojo seductor llamado Barry, también era abogado, y sus dos hijas eran muy monas y graciosísimas. (A diferencia de los de Robert y Ava, que eran tímidos y discretos).

Dado que Quin no ejercía la abogacía y, además, su matrimonio se había roto, era visto como el rebelde de la familia, algo de lo que, insistían, estaban orgullosos. «Nicholas marcha al son de su propio tambor. Se independizó y siguió su propio camino. Hace falta carácter para eso».

De buen talante, presentaban sus propias carreras estelares y sus matrimonios armoniosos como un tanto sosos y predecibles.

—¡Siéntate, Rachel, por favor! —Pasando por mi lado como una brisa envuelta en una discreta nube de Chypre de Coty, Vivi me condujo hasta la mesa del comedor—. Donde quieras. Hoy no hay asientos asignados porque es solo la familia.

—Madre mía —Quin meneó la cabeza—, los bárbaros ya están a las puertas.

—Descarado. —La mirada de Vivi saltó de mi copa a la jarra de zumo que descansaba en la encimera, comprobando que «papá» había hecho las cosas bien.

Los Quinlivan jamás serían tan groseros como para hacer un drama de mi condición de abstemia. En lugar de eso, siempre tenían preparado algo especial —ese día era zumo de piña natural con un toque de jengibre— que me servían sin hacer comentarios.

—Chicos, venid conmigo —ordenó Vivi a los hijos de Robert, y les hizo llevar quiches y fuentes de ensalada al comedor—. ¡Y auténticos *stroopwafels* holandeses de postre! —Apartó a las revoltosas hijas de Michelle—. No, gracias, chicas, podemos arreglárnoslas sin vuestra ayuda. ¡Todo el mundo *à table*!

—¿Y bien? —Michelle dio un sorbo a su negroni holandés—. ¿Qué tal por Ámsterdam, mamá?

Los señores Quinlivan seguían (en mi opinión) un riguroso programa de eventos culturales. Cuando no estaban en el Festival de Ópera de Wexford, estaban en Oberammergau o en un recital de Mozart en una iglesia desconsagrada. Seguían el *rugby*, eran aficionados al tenis, el ajedrez era una pasión especial y acababan de volver de Ámsterdam, donde habían pasado cuatro días metidos en el Old Masters.

—Una auténtica maravilla —declaró Vivi, respaldada por Roly—. Aunque estaban restaurando mi Bloemaert favorito. Pero el último día fuimos al Moco.

—¡Oh-oh! —Michelle puso cara de decepción—. El arte nuevo del Emperador.

Vivi asintió con tristeza.

—Una pena.

Mantuve la mirada fija en mi plato. A mí me había encantado el Moco cuando fui años atrás, pero mejor no decía nada.

—¿Qué ocurre, Rachel? —Vivi, la observadora, se había percatado—. ¿No estás de acuerdo?

Levanté la vista y sonreí.

—No pienso decir nada.

—¡Habla! —me instó Michelle.

Ni de coña. Me habría encantado decir: «A mí me gustó, a ti no, dejémoslo ahí». Pero una opinión discrepante en la mesa de los Quinlivan conducía directamente a un debate; les encantaba ese rollo, yo «defendiendo» mi postura mientras me veía acribillada por una lluvia salvaje de cuestiones filosóficas: «Pero ¿qué transmite?», «¿Tendrá mérito dentro de doscientos años?».

Para ellos era un simple ejercicio intelectual, pero un ejercicio que les encantaba ganar. Para mí, en cambio, el «debate» se semejaba demasiado a una confrontación. Yo solo quería llegar, comerme mi *stroopwafel* y largarme. Preferiblemente con vida.

La familia de Quin era muy simpática, no había en ellos ni un ápice de mala leche. El problema era la confianza que tenían en sí mismos. Estaban tan seguros de quiénes eran que esperaban que el mundo se acomodara a ellos. Mientras que yo —como el resto de la gente— estaba en un proceso constante de reajuste, tratando de encontrar la armonía emocional con cada persona nueva con la que me topaba.

Conocer a la familia de Quin me había hecho entender muchas cosas; antes de que Shiv se desenamorara de él, la vida siempre le había proporcionado a Quin justo lo que quería: un trabajo estupendo, unos hijos sanos y un círculo estrecho de amigos, muchos de ellos de los tiempos del colegio. La marcha de Shiv le había dado una lección de humildad. Hasta cierto punto. Vaya, que nunca lo describirías como una persona modesta o retraída. Pero estaba segura de que, si lo hubiera conocido antes de eso, me habría parecido odioso.

OceanofPDF.com

32

—… Hay un hotel en el desierto, una antigua fortaleza de la Legión Extranjera francesa, y…

Mientras esperábamos a que dieran las nueve y comenzara *Line of Duty*, Quin estaba entretenido con uno de sus pasatiempos preferidos: buscar vacaciones alucinantes. Esa vez el foco era Marruecos.

Cualquier persona sensata desearía un precioso riad repleto de fuentes y exuberantes jardines en el centro de Marrakech, pero Quin tenía que ser diferente.

Yo solía decirle que su lugar de vacaciones ideal sería un enclave rodeado de siete señores de la guerra rivales alardeando de comida ambulante con estrellas Michelin y una tienda de Zegna que operaba desde un Boeing 747 estrellado.

—¿La Legión Extranjera francesa? —pregunté—. No me lo digas, entre sus «Atracciones Locales» está la oportunidad de experimentar una tortura suave.

—Ja, ja. —Le gustó la idea—. No lo menciona, pero quién sabe. El caso es que Danny, el tipo que conocí en Taos, me dijo que lo amenizan un poco. Te llevan al desierto y te dejan allí.

—No me está gustando, Quin.

—Estaríamos en una carpa de lujo, por supuesto, pero ponen a prueba tu sensación de seguridad. No hay móviles, no hay carreteras, no hay gente. Danny dice que experimentaremos el miedo real de haber sido abandonados. Los tipos del hotel están en el campamento base poniéndose hasta las cejas y no nos recogerán hasta que se les pase el colocón.

—Quiiiiiin…

—Y el tercer día, justo cuando nos entre el pánico porque se nos ha acabado el agua, te pediré que te cases conmigo.

Me reí. Las exageradas fantasías sobre propuestas de matrimonio de Quin —que rozaban la verdad de nuestro recelo al respecto— eran una broma constante entre nosotros.

—Y en el momento en que acepte, aparecerá la camioneta Toyota del hotel en lo alto de la duna, donde ha estado escondida todo este tiempo. ¡Genial!

La pantalla de mi móvil se iluminó. ¡Otra vez Luke! ¿Qué demonios? Últimamente me llamaba más que cuando estábamos casados.

Lo agarré y contesté con un seco:

—¿Sí?

—¿Rachel? Oye, di que no sin más, pero he prometido que te lo preguntaría.

—¿El qué?

—Kallie dice que deberíamos quedar los cuatro, tu pareja y tú, ella y yo. Ir a una pizzería, por ejemplo.

Ni de puta coña. Quin lo había augurado, y yo no le había creído.

—Eh… no sé.

Miré nerviosa a Quin, que estaba preguntándome con los labios: «¿Qué pasa?».

«Di que sí».

Por mi cabeza pasaron todas las variables a gran velocidad. Pero no estaba obligada a hacer nada que no quisiera hacer. Y eso era algo que no quería hacer.

—Creo que no.

—Está bien. Genial. He dicho que te lo preguntaría y ya lo he… preguntado.

—Desde luego que sí. —Mi tono era entre alegre y sarcástico—. Puedes darme por preguntada. ¡Bien, adiós!

De repente estaba de un humor de perros, pero tardé un rato en comprender que era porque me sentía ofendida. Sí, me ofendía la presuposición implícita en la propuesta de Luke de que le había perdonado. ¿De verdad pensaba que iba a ser tan fácil? ¿Sin una disculpa ni una

explicación? ¿Por qué? ¿Porque habían pasado seis años y existía una prescripción para las Putadas Cometidas por Exmaridos?

La cosa no funcionaba así.

—¿Qué ocurre? —preguntó Quin.

—Era Luke. Quiere que salgamos los cuatro, como predijiste.

—¡Si es que soy la leche! ¿Y qué le has…?

—Necesito hablar con Nola, lo siento.

Mientras me marchaba de la sala, con el teléfono de Nola ya sonando, Quin me gritó:

—¡Éramos tres en ese matrimonio!

—¿Nola? Deja que te cuente lo que acaba de pasar… —Después de ponerla al día, dije—: La última vez que vi a Luke estaba llorando en la calle y suplicándole que se quedara. Suplicándole, Nola. Y ahora cree que voy a perdonárselo todo y a comerme una pizza con él y su nueva amada.

—Brasa caliente —respondió.

—¡No!

—Aferrarse a la ira es como sostener una brasa caliente en la mano.

—No pienso quedar con Luke y su amada.

—¿Por qué la llamas así? ¡Si te cae bien!

—No… no lo sé. Oye, aunque sobreviviera a la cena sin llorar, luego estaría hecha trizas. Además, he sanado todo lo que podía sanar. Puedo vivir con el resto.

—Llevo años diciéndote que guardes bajo La Llave de Oro la cuestión de Luke, que el universo esclarecería las cosas cuando llegara el momento oportuno, si así debía ser. Luke está aquí y desea verte. Serías una insensata si dejaras pasar esta oportunidad.

Nola era muy sabia y sus intenciones eran buenas, pero yo me conocía mejor que nadie: mis límites, mis puntos débiles.

—Me ha llevado mucho tiempo, pero he encontrado una manera de volver a ser feliz y eso tiene un gran valor.

—Pero estás estancada. —Sonaba seria, casi enojada—. Necesitas resolver esto. —Nola siempre era engañosamente jovial, llena de consejos dulces en lugar de órdenes severas. Hacía mucho que no la oía hablar con tanta contundencia.

—Quin se negará en redondo.

—Pregúntaselo.

—¿Cómo de sólida es nuestra relación? —me preguntó Quin.

—Cien por cien sólida.

—En ese caso, no me importaría conocer a Luke.

—¿En serio? —No podía creerlo—. Pero si Kallie no te cae bien.

—No me inspira confianza, que es distinto. Y siento… —Abrió las manos—. Quiero saber cómo es. Necesito comprobar que yo estoy más macizo y más guapo que él.

—Lo estás.

En términos objetivos, Luke era guapo, pero la irrefutable seguridad de Quin resultaba muy sexy. Y, a diferencia de Luke, Quin era encantador conmigo.

—Lo sé. —Sonrió—. Oye, siento curiosidad por él. ¿Qué hay de malo en quedar?

Solté un suspiro.

—Tú y tu competitividad.

—¿Qué piensas tú?

—No se me ocurre nada peor. Por otro lado, quiero ir. Sé que no tiene sentido, pero es lo que siento.

—Entonces quedamos. Llámale.

Cuando Luke contestó, solté:

—Dile a Kallie que cenaremos con vosotros.

—Eh, vale. ¿Cuándo?

—El martes. —Luego dije—: Será agotador.

Tras un silencio, respondió:

—Seguramente, pero creo que merece la pena hacerlo.

—¿Has estado hablando con Nola? No me hagas caso. Bien, ¿dónde quedamos?

—¿Qué tal ese sitio del heno fermentado?

Típico de Luke: ni la menor idea de lo difícil que era conseguir una mesa.

—Olvídalo —añadió—. No quiero comer heno fermentado.

—Estaba delicioso. —De hecho, no había estado mal—. Puedes ver las fotos en el Insta de Quin.

—No es necesario.

Era una de las cosas que había olvidado: Luke no era muy aventurero.

—Reservaré mesa en un restaurante y te mandaré la dirección —dije—. ¿Algún requisito alimentario?

—Ninguno.

—¿No eres vegetariano?

—Ya no. —¿Detectaba una sonrisita en su tono?

—Vale. —Colgué y grité—: ¡Que te jodan!

A Quin se le daba bien escoger restaurante.

—Ni demasiado barato ni demasiado ostentoso —le dije—. Nada de menús de degustación y un montón de comida insípida.

—¿«Comida insípida»? Ni hablar, Rach.

—¡Ponte de una vez!

—De acuerdo, no me arranques la cabeza. ¿Puedo preguntar…? ¿Qué tal un peruano?

—No.

—¿Sichuano?

—No. Por favor, Quin, ¡no! Vale, ¿qué tal Jake’s Place? Sirven patatas y verduras con el plato principal, la clase de cosas que a él le gustan.

Quin parpadeó.

—Guau, qué…

—Lo sé, pero así es él. O era…

—¿Estás segura? En Jake’s Place las mesas están muy pegadas.

—Segurísima. Sirven rápido para que te largues pronto y puedan meter a otra gente. Quiero algo rápido.

Una vez reservada la mesa, Quin empezó a angustiarse por el atractivo de Luke y a pavonearse por la casa maquinando entre dientes maneras de «pincharle un poco».

—¿Debería darte de comer desde el otro lado de la mesa?

—Hazlo.
Por lo menos fuimos capaces de echarle humor.

OceanofPDF.com

33

Juliet, la mujer de Dennis, fue toda una sorpresa: zapatos de tacón alto, bolso caro, perfume seductor, fantástica americana. Su *look* era moderno y muy estiloso. Me pregunté a quién me recordaba y caí en la cuenta de que a Claire, ¡nada más y nada menos!

Vale, no iba a la última como mi hermana mayor, pero tampoco era la mujer esclavizada de manos enrojecidas que me esperaba. *Mea culpa*. Dennis era tan encantador que no debería haberme sorprendido que su esposa fuera una versión con prestancia.

Por su parte, Joya, su hija de diecisiete años, era fabulosa. Melena lila con cuernos de ángel. Vaqueros increíblemente anchos, sudadera con grafiti, cartera rosa fosforito y sandalias de neumático acompañadas de calcetines a rayas.

Abigail, la hija mayor, no había ido, pero lograr la asistencia de Juliet y Joya contaba como una victoria. Y como no quería una repetición de la visita de Patch, las había preparado hasta el hartazgo.

Cuando Juliet y Joya entraron conmigo en la Sala del Abad, todos los presentes se mostraron asombrados ante semejante despliegue de *glamour*. Los zapatos de tacón, el carmín y el pelo no eran cosas que vieran mucho por esos días.

Dennis se levantó tambaleante.

—Joya… —tartamudeó, avanzando hacia su hija.

—No, papá. —La joven alzó una mano—. No me toques.

En la sala casi podía cortarse la tensión con un cuchillo. ¿Esa criatura fabulosa era hija de Dennis? ¿Esa mujer estilosa de tono yóguico era su esposa?

Juliet y Joya no se habían sentado aún cuando Dennis arrancó:

—Antes de que nadie diga nada, ¿puedo…?

—No, Dennis, no puedes.

—¿Qué pasa con mi versión de la historia?

—Llevas dos semanas aquí, ya conocemos tu versión.

—Pero ¿cómo…?

—Por favor, deja de hablar y empieza a escuchar.

Comencé por Joya, cuyo cuerpo se estaba retorciendo como un pretzel reticente.

—No quiero estar aquí —murmuró.

—¡Claro, quieres irte a casa! —exclamó Dennis—. No pasa nada, buena chica, anda, vete. —Se levantó a medias y se sacó del bolsillo del pantalón un fajo de billetes mugrientos de cincuenta—. Deja que te dé algo de…

—Para —dije—. Joya se queda. Vuelve a sentarte y guarda ese dinero.

Cuando estuvieron todos sentados, pregunté:

—Joya, ¿qué clase de padre es Dennis?

—Depende —respondió titubeante— de la versión que te presente de él.

—¿Qué significa eso? —Dennis parecía dolido.

—Puede estar de un humor excelente. Esos días puedes pedirle cualquier cosa, que te dirá que sí. Los días malos grita mucho. Le grita a mamá.

—¿Por qué?

—Por ejemplo, a una de sus electoras se le rompió la lavadora, así que papá le dijo que mamá le haría la colada. Pero a mamá no se lo preguntó, llegó a casa con dos bolsas de ropa sucia de otra gente, sin más. Mamá le dijo que lo hiciera él, pero papá le contestó que ese no era su trabajo.

—¿Y quién lo hizo?

Joya se encogió de hombros.

—No lo sé, pero apuesto a que no fue él. Se pasa el día haciendo promesas que luego no cumple. Por ejemplo, hace tiempo nos dio a Abigail y a mí una tarjeta de crédito a cada una con un límite de cuatrocientos euros. Nos dijo que podíamos comprar lo que quisiéramos y qué el la liquidaría cada mes, pero no lo hizo, ni una sola vez.

—¡Dinero, dinero, dinero, es lo único que te importa! —estalló Dennis.

—Nunca te pedimos esas tarjetas —exclamó Joya—. Fuiste tú quien nos las dio y, como es lógico, estábamos encantadas. No puedes cabrearte con nosotras por eso. Luego nos dimos cuenta de que era un farol. Uno más.

—¿Puedes explicarle a Dennis qué has observado sobre su manera de beber?

Nerviosa, Joya respondió:

—A veces nos tiramos días sin verte, papá. Luego, un día, me levanto para ir al colegio y te encuentro tirado boca abajo en el jardín, completamente borracho. Lo primero que pienso siempre es que está muerto. Da mucho miedo.

Dennis parecía acongojado.

—Nunca estás sobrio. —A Joya le temblaba la barbilla—. Pero lo peor fue el día que estaba en el centro con mis amigas y te vimos en un coche. Conducía una mujer, tú ibas en el asiento del copiloto y tenías pinta de estar pedo. Mis amigas… empezaron a reírse. Sentí tanta vergüenza que les dije que estabas dando una clase de conducir, que por eso no conducías tú. No me creyeron, pero no me lo dijeron porque les di pena. —Miró a su padre a los ojos—. Me avergoncé de ti, papá, deseé tener otro padre. Lo siento, papá —gimió, y rompió a llorar.

Le pregunté si quería abandonar la sala y negó con la cabeza, de manera que me volví hacia Juliet.

—Lleváis veintidós años casados. ¿Cuándo te diste cuenta de que era alcohólico?

—Siempre fue bebedor —reconoció Juliet—, aunque al principio era muy divertido. Años después, incluso las veces que se emborrachaba mucho y nos dejaba en ridículo a todos, conseguía salir airoso. Era capaz de venderle un Magnum a un esquimal. Pero hará unos cinco años las cosas cambiaron.

—¿Cómo?

—Dennis siempre había sido una especie de doctor Jekyll y mister Hyde. Con los de fuera era bromista y conversador, pero en casa sacaba muy mal genio.

—¡Jamás te puse un dedo encima! —estalló Dennis.

—No hacía falta —replicó Juliet.

—Dennis nos ha dicho… —Consulté mis notas—. «Mi esposa nunca está satisfecha. Siempre está pidiendo cosas».

—Yo tengo un trabajo —dijo Juliet—. Gano mi propio dinero. Nunca le pido nada. Ya no.

—Pero siempre te estás quejando y pidiéndome que haga cosas en la casa —bramó Dennis.

—¿Como qué? —preguntó Juliet—. ¿Como qué?

—Bueno, ¿por qué te negaste a lavarle la ropa a la señora Fallon? Me dijiste que lo hiciera yo.

—¿Y quién lo hizo al final? —Juliet afiló la mirada, y Dennis se revolvió en su silla. Dirigiéndose a mí, Juliet dijo—: Es un marido horrible y un padre horrible. Con él no existen límites ni disciplina, salvo cuando pierde los estribos. Y no viene a casa al menos tres noches de cada siete.

—¿Qué le deseas a Dennis? —le pregunté.

—Que no beba hasta palmarla conmigo delante.

—¡Eso no ocurrirá!

—Díselo a tus hijas —espetó Juliet—. Ellas son las que te quieren. A mí has dejado de importarme. Estoy lista para divorciarme.

—¡Un momento! —Dennis se quedó blanco.

—¿No quieres que Juliet se divorcie de ti? —le pregunté.

—¡No! ¡Es mi esposa!

—¿La quieres?

—¡Más que a mi vida!

Me volví hacia Juliet.

—¿Sabes dónde pasa las noches que no vuelve a casa?

Juliet asintió.

—Las paso en el sofá de Patch —dijo Dennis en alto.

—¿Dónde las pasa? —insistí a Juliet.

—Con la mujer a la que daba «clases de conducir». Se llama Maudie Letter.

—¡Esa mujer es una completa chiflada! La ayudé a cumplimentar los formularios para conseguirle ayuda doméstica a su madre y resultó ser una de esas locas que hierven a la mascota de la familia. Me perseguía todo el día.

—¿Una loca que hierve mascotas? —Aguardé a que asintiera. Acto seguido, me levanté y abrí la puerta. Fuera estaba Murdo, acompañado de una mujer rubia a la que invité a pasar.

Maudie no encajaba con su modesto nombre; tenía un aire adorable a Reese Witherspoon.

Dennis se quedó de piedra. Cuando recuperó el habla, me miró y gritó:

—¡Rachel! ¿Por qué las has traído el mismo día?

—¿Crees que es una coincidencia? —intervino Juliet—. Hemos venido las tres juntas en el coche, y luego nos iremos al Harvey Nichols de Dundrum. Por cierto —levantó la mano izquierda de Maudie y se la mostró a la sala—, tenemos que felicitar a Dennis. ¡Se ha prometido!

En cuanto se marcharon, Dennis empezó a gimotear.

—Miente. Todas mienten.

—Tranquilo. —Chalkie le dio unas palmaditas—. Vamos a tomar un té.

—Té —dijo Giles— y galletas.

—¡Pero ha dañado mi buen nombre!

—Lo sé, lo sé…

Tan pronto devolvieran a Dennis a la sala, le pondrían la verdad delante, pero en ese momento eran sus amigos, sus camaradas, entendían su vergüenza y su miedo, y solo querían cuidarle.

… con excepción de Ella, que en ese momento lo observaba con desprecio.

OceanofPDF.com

34

Después de comer, cuando llevé a Skye, la pareja de Chalkie, a la terapia de grupo, Ella tuvo que reprimir un chillido, porque Skye era preciosa: una mezcla de ascendencias que rezumaba encanto e inteligencia.

Bronte, por el contrario, apenas parpadeó, tan solo dejó que sus ojos echaran un rápido vistazo desinteresado a Skye. Admirable actuación. Porque, por mucha indiferencia que fingiera, por mucho que Chalkie pareciera abominar de ella, había una chispa ahí lo bastante potente para iluminar Dublín una semana entera.

Era la segunda visita de Skye al grupo, porque se me estaban agotando las ideas para desmontar a Chalkie. Rixer, el joven a quien Chalkie había robado el dinero de la fianza, había estado en esa sala detallando las formas en que este hecho le había arruinado la vida. Tendría que haber sido demoledor, pero Rixer le tenía demasiado cariño a Chalkie para tocarle donde más le dolía.

Por lo general, el camino para resquebrajar la negación de un adicto era el testimonio de un ser querido. Chalkie se preocupaba por mucha gente —la mayoría miembros de comunidades desfavorecidas—, pero, según mi impresión, solo había tres personas a las que quería de verdad: Skye y sus dos hijos.

—Chalkie —estaba diciendo Skye—, si recaes, morirás. Creo que no acabas de pillarlo.

Mi temor era que Chalkie lo había pillado y no le importaba.

—Hasta ahora has tenido suerte —prosiguió—. Has sobrevivido a cada recaída, pero llegará un día en que no volverás.

—Ah, Skye… Nena, no llores por mí, no lo merezco.

—¡Eso es justo a lo que me refiero! —exclamó Skye—. ¡No te valoras! Pero hay mucha gente que te quiere.

—Chalkie —dije—, ¿sientes que hay algo que te frena?

Suspiró.

—El rollo de Dios. No lo aguanto.

—No tienes que hacerlo.

—¡No me vengas con esas! He estado en muchas reuniones de Narcóticos Anónimos y siempre están hablando de Dios. Ya sabes lo que pienso de la religión.

Intuía que me disponía a averiguarlo…

—«La religión se inventó cuando el primer estafador conoció al primer iluso». Eso decía Mark Twain. Oye, no quiero volver a la heroína, pero no insultes a mi inteligencia pidiéndome que crea en Dios.

Sabía cómo se sentía. Durante mucho tiempo, yo misma pensé que solo los estúpidos creían en esas cosas.

Veinte años antes, Nola me había dicho: «No tiene que ser el viejo peludo sabelotodo del cielo, pero necesitas algo. Si a una persona normal le sobreviene una catástrofe, es capaz de lidiar con sus sentimientos. Pero la gente como tú y como yo no puede, de modo que necesitamos recurrir a otra cosa, a algo más grande y mejor que nosotras, aunque sea imaginario».

Me dirigí a Chalkie:

—El dios del que se habla en las reuniones no tiene nada que ver con la religión organizada. ¿Es la palabra «dios» lo que te molesta? ¿Podrías hablar, en su lugar, de un «poder superior»?

—¡Es el concepto, señorita! ¿Por qué tiene que haber algo?

—Porque los adictos son egocéntricos y tienden a convertirse en su propio dios. Pero tu poder superior puede ser cualquier cosa, Chalkie. Cualquier cosa menos tú. Finge, Chalkie, haz como que existe hasta que lo sientas.

—¿Por qué?

—Porque la recuperación es más fácil cuando aceptas que no puedes controlarlo todo. De hecho, la vida es más fácil si la vives de esta manera.

Pese a mi resistencia inicial, al final una cuasicreencia imprecisa, amorfa, se había instalado en mí cuando advertí que, independientemente

de las cosas que me ocurrieran, siempre me sentía mejor después de una reunión de Narcóticos Anónimos. Incluso las veces que no había querido ir. Incluso cuando algunas personas del grupo me irritaban. De alguna manera, para cuando la última persona había terminado de compartir, podía percibir cómo nuestro espíritu colectivo creaba algo más grande y mejor que la suma de nuestras energías individuales.

Si alguna vez intentaba analizar la magia de dicho proceso, esta se desmoronaba al instante. Pero al final fui capaz conectar con esa sensación incluso fuera de las reuniones.

Quién sabía, tal vez con el tiempo Chalkie encontrara algo.

—Piensa en ello —dije.

—No. —De pronto se mostró inflexible—. Solo hay una persona de la que puedo depender, y soy yo.

—Pero ¿puedes depender de ti? Tu buen criterio te ha llevado a consumir heroína durante diecisiete años.

—Lo he dejado. Estoy aquí.

—Dejarlo es fácil. Mantenerse limpio es lo difícil.

—Me mantendré limpio.

Se me cayó el alma a los pies. Algo tenía que cambiar en Chalkie, porque las emociones que conducían a cada una de sus recaídas seguían almacenadas en algún lugar secreto de su ser. No era culpa suya. Fueran las que fueran, estuvieran donde estuvieran, eran demasiado dolorosas para permitirse sentirlas.

No obstante, si no conectaba con ellas, saldría de nuevo al mundo, donde la recaída era inevitable. Y en ese momento yo no soportaba esa idea.

En cuanto la reunión tocó a su fin, sentí una fuerte necesidad de llamar a Gemma Kaye, la madre de la amiga de Harlie, Tegan, la joven que había muerto de una intoxicación etílica. No entendía esa urgencia que ardía en mi interior, pero de repente me parecía imperioso convencer a Gemma Kaye de que viniera a vernos. Había hablado con ella la semana anterior y se había mostrado reacia, pero tenía la sensación de que, si seguía insistiendo, acabaría cediendo. Ignoraba qué relación tenía eso con Chalkie, pero lo hice de todos modos.

OceanofPDF.com

35

De rodillas en el parterre, extraje con delicadeza, con suma delicadeza, la plántula de margaritas del tiesto, poniendo especial atención en las raíces, y la deposité en el hoyo que había cavado con mi preciosa pala nueva. Tras los mimos intensivos que había recibido en el calor del lavadero, la plántula se veía vulnerable y diminuta al zarpar hacia los mares del gran aire libre.

«No te preocupes —le dije a la criaturita mientras la rodeaba de puñados de compost—. Tu tierra tiene el PH perfecto, estás en un lugar totalmente protegido y estás rodeada de colegas».

No hablaba a mis plantas en voz alta, pero no podía negar que en mi cabeza tenía lugar un diálogo animado.

«Ya eres demasiado grande para que te coman los pájaros —le prometí —. Y si se produce una helada tardía, saldré enseguida con el plástico de burbujas para mantenerte abrigada. Y no te preocupes por Crunchie, le dan miedo las flores». Desde que se zampara un parterre entero de narcisos, pero tampoco hacía falta entrar en detalles.

Cuando compré la casa, tenía mucho a su favor: el tamaño perfecto, cerca del trabajo y el precio justo (tirando a bajo). Aunque se hallaba en un terreno más bien grande. Había mucha hierba que tendría que cortar, y yo no sabía nada de cortacéspedes ni de jardinería en general. Pero gracias a lo que Garv me había enseñado, me interesaba mucho.

Así que Nola me llevó a un vivero y me obligó a comprar un montón de bulbos para «principiantes»: campanillas, narcisos, azafrán silvestre. Los planté bajo su atenta mirada. Durante varios meses no ocurrió absolutamente nada, salvo que llegó el frío.

Justo cuando empezaba a preguntarme si ese sería el año en que el invierno se quedaría para siempre, de la tierra helada comenzaron a asomar

unas cositas blancas. ¡Mis campanillas!

—Pero ¿cómo? —le pregunté a Nola—. Con lo pequeñas y delicadas que son.

—¿Delicadas? —inquirió—. ¿Las campanillas? Sus pétalos son como cuchillas. Así es como se abren paso desde la oscuridad hasta la luz. Te parecerán frágiles, pero son muy capaces de sobrevivir.

Fruncí el ceño.

—¿Es una metáfora sobre mí?

—¿Y si lo fuera?

Al poco apareció el azafrán salvaje, bonito y sorprendentemente vigoroso, luego los narcisos con sus exuberantes estallidos de amarillos. Por todas partes surgían brotes verdes que contrastaban con la palidez de enero. Y no hizo falta más. Me embarqué en la jardinería hasta donde quisiera llevarme.

Las manos en la tierra, ayudar a un ser vivo a crecer prácticamente desde cero, tenía un efecto muy positivo en mí. Trabajar en silencio y en soledad, concentrada y absorta en los cuidados, era lo más cercano a la meditación que había encontrado. Podía pasarme horas así.

Cuando, de manera inevitable, las flores perecían, sentía una pena profunda, pero tras los dos primeros años aprendí a aceptarlo. Todo tenía su momento, su tiempo de existencia, y después se hacía a un lado para dejar sitio a una nueva vida.

—¡Hola! —Claire, seguida de Kate, había entrado en el jardín—. ¡Vamos, Rachel!

—¿Adónde?

—Vestidos para la fiesta de la abuela —respondió Kate—. Mamá ha encargado un montón para que me los pruebe.

Solté las herramientas de golpe. Mientras las seguía hasta el cuarto de Kate, dije:

—No puedo quedarme mucho rato, tengo una reunión.

—Buena chica… —Claire jamás mostraba interés por esa parte de mi vida.

Me detuve en seco al ver las cajas de cartón que descansaban en el suelo.

—Claire… ¿has comprado el Net-a-Porter entero?

—Casi. ¡Bien, empecemos! —Entusiasmada, sacó un vestido mini de cuello alto con lentejuelas y se lo tendió a Kate—. Pruébate este. Con estas… —hurgó en uno de los paquetes más grandes y emergió con una caja de zapatos—, ¡plataformas!

Kate obedeció y se miró en el espejo. Yo no podía ser objetiva y lo sabía, pero con sus largas piernas, ese pelo brillante y esa piel tersa y luminosa, estaba preciosa.

—Creo que no —decidió.

—¡Te equivocas! —exclamé.

—Es demasiado… —Se encogió de hombros—. ¿Brillante? No me van las lentejuelas.

—Prueba con estas deportivas. —Claire sacó otra caja de zapatos.

—Mejor —concluyó Kate tras calzárselas—. Pero sigue sin ser mi estilo.

—No te preocupes —dijo Claire, impertérrita—. Pruébate esto.

«Esto» era un vestido corset de color rosa pálido.

—Burberry —informó Claire.

Una vez embutida en él, Kate negó con la cabeza.

—Parece… medicinal.

—Pues quítatelo.

Tenía que reconocérselo, Claire no hizo el menor intento de convencer a Kate. Simplemente pasó a la siguiente opción, que era un vestido de organza negro con capa.

—¡Madre mía! —exclamé—. Es precioso.

Y le quedaba genial. A diferencia de los dos vestidos anteriores, ese era discretamente excitante.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Kate—. ¿Un millón de euros?

—¡Qué más da!

—¡Oh, mamá!

—Chicas, tengo que irme —dije.

—¡Quédate, Rachel!

No podía. Hoy era una noche especial: el aniversario de Nola. Llevaba veintisiete años limpia.

Conduje como una posesa y llegué justo a tiempo.

Una vez concluida la reunión, le pusieron delante una elaborada tarta con veintisiete velas. Después de cantarle el «Cumpleaños feliz», las sopló. Tardó un ratito.

—¡Madre de Dios! —Riendo, se llevó una mano al pecho—. Se necesita un buen par de pulmones para soplar veintisiete velas.

—Veintisiete años. —El chico sentado a mi lado miró a Nola de hito en hito—. Es literalmente increíble. Yo llevo sesenta y cuatro días.

—Sesenta y cuatro días son muchos. —Deseaba tanto animarlo—. Todos tenemos que empezar por algo. Y, para un adicto, aguantar veinticuatro horas sin consumir es un milagro.

Se le iluminó la cara.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Si piensas en lo difícil que era (bueno, por lo menos en mi caso) pasar una sola noche sin tomar nada, sesenta y cuatro días es un triunfo.

—¿Cuánto tiempo llevas…?

Nola apareció a mi lado y deslizó su mano en la mía.

—¿Meses? —preguntó el muchacho—. ¿Años? —Y añadió con picardía—: ¿No irás a decirme que tú también llevas veintisiete años?

Oh. Respiré hondo.

—Llevo mucho tiempo, pero no sigo la cuenta. Lo único que importa es hoy. Y hoy estoy limpia.

—¿O sea que tú no tienes tarta de aniversario? —Parecía sentirlo por mí.

—Ja, ja, no, no tengo tarta.

—Yo quiero una tarta —dijo con convicción.

—¿De veras, cielo? —Nola parecía encantada con él, aunque le pasaba con casi todo el mundo—. En ese caso, sigue viniendo y manteniéndote limpio. Y cuando lleves un año, te compraremos una tarta fantástica.

OceanofPDF.com

36

Había reprogramado el grupo de la tarde del martes para concentrarme en Trassa.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Estoy… —De pronto se agarró el estómago y lloró durante lo que parecieron varios minutos. Y comenzó la cadena tipo extinción-de-incendios-medieval con los pañuelos—. He ido acordándome de cosas —acertó a decir al fin—. Empeñé mi anillo de compromiso. Había pertenecido a la abuela de Seamus padre y tenía algo de valor. Michael se enteró y se puso furioso. Me dio el dinero para que lo recuperara, pero… me lo gasté. Por eso no me habla.

Otro aluvión de lágrimas.

—Hace mucho que ya no lo tengo, y me siento… —se atragantó—, como si me hubieran partido el corazón.

—¿Por qué?

—Porque era precioso. Era la única joya auténtica que había tenido en mi vida. Y tenía un valor sentimental. Cuando Seamus lo puso en mi dedo, me sentí feliz. Y me deshice de… ééél.

—¿Disfrutaste de lo que hiciste con el dinero?

Sus ojos llorosos me observaron con suspicacia.

—¿Qué quieres decir?

—La apuesta que hiciste, ¿la disfrutaste? —Con dulzura, añadí—: No es una pregunta capciosa, Trassa.

—La disfruté. —Casi en un tono de disculpa, dijo—: No hay nada en el mundo que se le parezca. Cuando me asalta el anhelo, siento… siento como si estuviera llena de chispas, de destellos. Es como si la vida fuera un árbol de Navidad. —El mero recuerdo de le emoción le sacó una sonrisa—. Es

como cuando tu padre sale el sábado por la noche con los chicos y te quedas sola en casa con mamá. Tiene caramelos para las dos y veis una película juntas en la tele. Esa es la sensación. Me hace feliz.

Rompió de nuevo en sollozos.

—Echo mucho de menos a mi madre, muchísimo.

La mitad de los presentes tenían un nudo en la garganta o lágrimas en los ojos, yo incluida.

—Desde que se fue —susurró Trassa—, desde que nos dejó, no he vuelto a sentirme segura. Era la única persona con la que me sentía a gusto. Ahora siempre estoy en guardia.

—¿Qué edad tenías cuando murió?

—Trece.

—¿Y a qué edad te casaste?

—A los diecisiete. Pasé de una tanda de varones a otra.

—Tu primer hijo, Michael, ¿cuándo nació exactamente? ¿Cuánto tiempo llevabas casada?

Tras un breve titubeo, dijo:

—Cuatro meses.

—Trassa —traté de sonar desenfadada—, ¿existe alguna razón para que no llamaras a tu primer hijo Seamus?

Desesperada por interpretar las señales de Trassa, tenía todas mis células en alerta máxima. Ese era su momento. Si así lo deseaba, zanjaríamos el tema de inmediato. O podíamos dejarlo para una sesión individual. Pero no podíamos hacerlo desaparecer.

—¿Seamus es tu segundo hijo? —pregunté—. ¿Lo llamaste así por tu marido?

Asintió.

Nos sostuvimos la mirada en un intercambio intenso de confianza y responsabilidad.

—Trassa —mi voz era casi un susurro—, ¿quién es Michael?

Después de un largo, larguísimo silencio, en que el mundo dejó de respirar, respondió:

—Mi padre.

Me levanté de inmediato y puse fin a la sesión. Sumisos y callados, los otros seis abandonaron la sala mientras Trassa y yo nos trasladábamos a una sala privada.

—Se me empezó a notar a los dos meses y medio. Me aseguré de que todo el mundo pudiera verlo. Me paseaba por el pueblo pidiendo… —tartamudeó Trassa—, pidiendo a gritos que me vieran. Estoy segura de que todo el mundo lo sabía. No había secretos, sigue sin haberlos, pero nadie dijo nada.

—Cuando tu madre vivía, ¿te protegía?

—A ella también la tenía aterrorizada, pero hacía lo que podía. Cuando murió, ya no hubo quien lo parara.

—¿Lo sabe tu marido?

—Nunca dijo una palabra, pero confié en que, si le ponía a mi hijo el nombre de mi padre, quizá… Porque sabe que lo odiaba. Pero no, nadie me lo preguntó nunca. Ni una sola persona. Tú eres la primera.

—¿No había mujeres en tu vida? ¿Una maestra? ¿Tías? ¿Amigas?

—Mis maestras eran monjas. Intenté contárselo a mis compañeras de colegio, pero… es difícil describirlo. No tenía sentido porque nada podía hacerse. ¿Ir a la policía? Me habrían echado la culpa a mí. Tenía diecisiete años y no tenía novio. Me paseaba por el pueblo sin ocultar mi embarazo con la esperanza de que alguien… Lo único que ocurrió es que mi padre y el padre de Seamus trazaron un plan: Seamus Higgins, con su asma y su corazón débil, se casaría con la estúpida zorra preñada. Aunque podría haber sido peor —dijo—. Seamus es un hombre decente. Pero siempre está enfermo, siempre.

Temiendo hablar por si metía la pata, me limité a asentir.

—¡Bien, Rachel! —continuó Trassa en un tono más animado—. Ahora que ya conocemos la «raíz» de mi problema, ¿puedo volver al rasca y gana?

Se me cayó el alma a los pies.

—Trassa, siento mucho por lo que has pasado y haremos lo posible por encontrarte la ayuda especializada que necesitas y mereces. No obstante, sigues siendo una adicta, y nada puede cambiar eso. Después de lo que te ocurrió, es comprensible que buscaras una válvula de escape. Lo siento, Trassa.

—O sea que, después de todo lo que te he contado, ¿todavía tengo que dejarlo?

—Sabes que sí.

Me miró a los ojos un largo instante. Luego lloró desconsolada.

OceanofPDF.com

37

Probablemente no era la mejor noche para quedar con Luke. Aunque me hallaba dotada de las herramientas para protegerme del dolor de mis pobres pacientes, ¿cómo no iba a afectarme el calvario de Trassa?

No obstante, había hecho cuanto podía por el momento. El personal de noche estaba en alerta máxima, y una terapeuta especializada en abusos sexuales se encontraba con ella.

Cuando llegué a casa de Quin, lo encontré trajinando en el cuarto de baño, de espaldas a mí. Agarró del estante un frasco de Luttens 5 O'Clock y se puso un buen chorro con unas palmadas.

—Me encanta ese olor —dije.

—¿Ah, sí? —Nuestras miradas se encontraron en el espejo—. ¿Debería…?

Fue a coger el frasco de nuevo, pero grité:

—¡Ya es suficiente!

Como es lógico, yo quería que Luke flipara con mi atractivo y fragante novio, pero ni por un momento podía parecer que se había esmerado.

Quin se dio la vuelta y exclamó:

—¡Estás fantástica!

Me había pasado la hora de la comida en la diminuta peluquería del pueblo, donde me habían hecho unas ondas brillantes y playeras con el secador. (Nunca sabías si iba a tocarte el espabilado joven gay o la mujer mayor enganchada a sus rulos calientes. Ese día la suerte me había sonreído). Después del trabajo, me fui disparada a casa, donde me puse un vestido camisero engañosamente informal y unos botines.

Quin me inspeccionó las rodillas.

—Deduzco que a tu exmarido le ponen las piernas.

Torcí el gesto.

—No estamos en los setenta, pero sí —porque le había prometido a Quin que nunca le mentiría sobre Luke—, le gustaban mis piernas. No estoy intentando… —agité las manos—, recuperarlo ni nada de eso, pero no sería humana si no quisiera dar una buena impresión.

—A mí también me ponen tus piernas, que lo sepas.

—Puedes mirármelas siempre que quieras.

—¿En serio? Porque… ¿cuándo fue la última vez que te vi con un vestido?

Lo atraje hacia mí y susurré:

—Cállate…

Y estallamos en una carcajada un pelín histérica.

Luke y Kallie aún no habían llegado al restaurante, concurrido y ruidoso. Quin y yo acabábamos de sentarnos cuando noté que se estremecía.

—Mierda —farfulló—, qué día tan terrible para tener ojos.

Le seguí la mirada: Luke estaba en lo alto de la escalera. Acababa de quitarse la cazadora, dejando al descubierto una camiseta blanca y un pantalón negro de cuero con los bajos remetidos de manera desenfadada en unas botas de motorista.

Quin se había afanado en igual medida. Vestido con un pantalón deportivo de sarga de Z (la versión «asequible» de Zegna) y lo que GQ había descrito como una «sudadera de negocios», iba moderno y sutilmente elegante.

Pero Luke Costello con pantalón de cuero era imbatible, una demostración de poderío imposible de superar.

Luke y Kallie estaban dejando unos cascos en el guardarropa. Por lo visto habían ido en moto, de modo que el cuero de Luke tenía una función práctica. Aun así, se me formó un nudo en el estómago y me pregunté por qué había accedido a esa terrible, terrible idea.

Luke me vio y nos señaló. Rodeándola por la cadera, condujo a Kallie escaleras abajo. Los músculos frontales de sus muslos se tensaban con cada escalón que descendía.

Quin se levantó, dio un paso al frente y —no lo estaba imaginando— estiró el cuerpo hacia arriba y ensanchó el pecho antes de estrechar la mano de Luke.

—Soy Quin. Me alegro de conocerte. Mi más sentido pésame por la muerte de tu madre.

—Gracias —murmuró Luke. Me saludó con la cabeza—. Rachel.

Kallie, con un vestido de puntas vaporoso, tenía un delicioso aire a Stevie Nicks.

—¡Hola, hola! —Sus ojos azules brillaron cuando se abalanzó sobre mí, y luego sobre Quin, para abrazarnos.

—Hueles geniaaal —le dijo a Quin, en plan visto bueno coquetón—. Este sitio mola, chicos, gran elección. ¿Nos sentamos? ¡Venga, nos sentamos!

Me hizo sentarme enfrente de ella.

—Un vestido precioso —dije.

—¡Zara! Hoy. ¡Lo sé! —Y añadió—: ¡Ups! —Se precipitó sobre las copas de vino de mi sitio y las levantó—. Perdone. —Había agarrado a un camarero que pasaba en ese momento—. ¿Puede llevárselas? —pidió en un tono severo—. Mi amiga no puede beber ni una gota de alcohol.

—No importa —dije.

—¿No te incitan?

Me reí.

—No.

—Ah, pensaba que… No, vale, todo bien.

Quin bajó la cremallera de su sudadera de negocios y se la quitó, dejando al descubierto una camiseta ceñida que se aferraba a sus definidos bíceps y pectorales. Bien hecho, pensé. Excelente contraataque del Quinster: «Veo tus muslos de cuero y subo unos bíceps impactantes».

Le miré de reojo y le hice la señal de «Buenísimo».

Con una sonrisita de lo más sutil, respondió: «Cuenta conmigo, nena».

—¿Para beber? —El camarero que había retirado las copas estaba de vuelta.

—Agua con gas para mí —dije.

—Es verdad —declaró impávido—, creo que usted no puede beber ni una gota de alcohol.

Esperaba que le sonriera, pero me habría sentido mal. Kallie tenía buena intención.

—Agua para mí también —dijo Kallie, y Luke la miró atónito.

—¿No quieres vino, Kal?

—No. —Le lanzó un mensaje urgente con la mirada y entonces comprendí.

—Kallie, no lo hagas por mí, ni siquiera me doy cuenta. Y Quin también beberá, así que no te cortes.

—¿Estás segura? No quiero incomodarte.

—Puedes estar tranquila.

—Pero ¿no te preocupa que Rachel tenga una recaída? —le preguntó a Quin.

—Rachel es la persona más fuerte que conozco. —Su tono era una pizca afilado—. Además, no soy su dueño.

—Entonces ¿no vais en serio?

—Claro que sí —solté. Luego, de un tirón—: Llevamos juntos casi dos años. Pronto nos iremos a vivir juntos. —No tendría que haber dicho eso—. ¿Y vosotros dos?

—Dieciséis meses. —Kallie me guiñó un ojo—. Por el momento cada uno en su casa. Luke es muy independiente. Pero, claro, eso tú ya lo sabes.

Bueno, pues ya me había enterado. Ojalá lo hubiera sabido antes de que nos casáramos.

—Dentro de una semana es nuestro aniversario —continuó Quin—. El fin de semana que viene me llevo a Rachel a Barcelona…

—Eso está en España, ¿verdad? —preguntó Kallie.

—No, en Texas. —Otra vez Quin siendo un pelín capullo, aunque no me importó. No mucho—. Lo siento, era una broma. Sí, está en España. He alquilado la Sagrada Familia al completo, ya sabes, la iglesia de Gaudí. Le propondré matrimonio a Rachel allí…

—¿Q… qué? Felici…

—No, no, ¡es broma! —Quin estaba aturullado. Apurado—. Rachel y yo… —desesperado, me hizo señas—, siempre bromeamos sobre…

—… proposiciones de matrimonio en lugares «obvios» —expliqué.

Al ver la expresión inalterable de Kallie, Quin añadió:

—¿En lo alto de la torre Eiffel? ¿Sobrevolando el Gran Cañón del Colorado en helicóptero…?

Un manto de bochorno cayó sobre nosotros, hasta que, con la voz engolada de un presentador de telediario, Quin anunció:

—Y por eso las bromas privadas deberían mantenerse en privado. Lo siento, Kallie.

—No pasa nada. —Su sonrisa era sincera.

Durante un rato, los comentarios sobre la carta generaron la falsa sensación de una conversación fluida. No obstante, en cuanto pedimos —y todos nos mostramos partidarios de saltarnos los primeros, pues nadie quería que la velada se prolongara demasiado—, cayó en picado. Kallie y Quin tuvieron que ocuparse de remontarla.

Luke, sentado en diagonal frente a mí, permanecía callado, pero su madre había muerto, no podía esperar de él una charla animada. Entretanto, yo me veía asaltada por sucesivas oleadas de incredulidad. Luke, yo y nuestras nuevas parejas cenando civilizadamente en un restaurante. ¿Cómo había ocurrido?

Las manos de Luke jugueteaban con el salero. Tres de sus dedos lucían anillos de plata, pero no había alianza. Recordaba exactamente cuándo se la había quitado.

«Madre mía».

Tenía que hacer un gran esfuerzo para no mirarlo. Intenté concentrarme en Kallie, la persona sentada justo delante de mí, pero me vi embestida por otro azote vertiginoso del pasado y mis ojos se clavaron en Luke. Y descubrí que me estaba observando. Nuestras miradas colisionaron con tal violencia que un calor intenso me recorrió el cuerpo.

Bajé la vista al mantel enseguida, pero al cabo de unos instantes sentí la necesidad de levantarla de nuevo y constatar que Luke Costello de verdad estaba a medio metro de mí.

Seguía escrutándome. Había un ligero ceño en su frente y muchas cosas pasando en sus ojos, y me remonté seis años atrás, a la mañana que se marchó.

Estábamos en el recibidor de nuestro piso cuando me sobresaltó un tintineo: su alianza. Se la había quitado y la había dejado en la mesa del recibidor. Luego, con un crujido de plástico y metal, dejó caer también sus llaves de la casa.

Una parte de mí seguía pensando que era algún tipo de artimaña. No obstante, la convicción de que la cosa iba en serio se estaba apoderando rápidamente de mí. De repente me costaba respirar.

Traté de detenerlo, pero, frío e impenetrable, me apartó las manos y me agarró por los hombros para mantenerme a raya.

—Luke, te lo suplico. —Tenía el rostro bañado en lágrimas—. Te quiero con locura. Podemos arreglarlo, iremos a terapia, lo que quieras.

Buscando un pedacito de conexión, un vínculo con el hombre que conocía, un camino de vuelta, habría prometido cualquier cosa.

Por su mirada gélida, supe que no le interesaba.

—¿Es que no tienes corazón? —susurré.

Me miró a los ojos, evaluando mi patente desesperación, y su respuesta fue la indiferencia.

Temblando, traté de reconectar con el presente. Estoy en el año 2018. Estoy a salvo. He sobrevivido.

Quin estaba preguntándole a Kallie:

—¿Cómo has podido cogerte tanto tiempo en el trabajo para estar en Dublín con Luke?

—¿Estás de broma? —exclamó Kallie—. Estoy teletrabajando. Puedo trabajar desde cualquier parte del mundo, solo necesito wifi y café. Tengo un concierto dentro de dos semanas, así que volveré para eso.

—¿Y tú? —le preguntó Quin a Luke.

—Lo mismo. Hago teletrabajo mientras cuido de mi padre.

—Tiene su propia empresa. —Kallie sonaba orgullosa.

Luke meneó la cabeza.

—Es pequeña.

—Ocho empleados, cariño. Casi una decena.

Pese a ser alguien que nunca reparaba en lo que bebían los demás, advertí que la primera botella de vino había desaparecido en un plis.

—¿Qué os parece…? —Quin miró a Kallie y luego a Luke—. ¿Pedimos otra?

—¡Claro! —respondió, encantada, Kallie—. Si a Rachel no le importa.

Rauda, dije:

—A Rachel no le importa.

Ni por asomo iba a dar la imagen de Señorita Juzgona. Esa noche no.

—¿Cómo os conocisteis? —Kallie dirigió su pregunta a Quin.

Quin se aclaró la garganta.

—En un fin de semana de meditación. —Se enderezó en la silla.

—¡Qué monos! La pareja que reza unida permanece…

—Ja, ja, yo no he dicho nada de rezar. —Quin zanjó rápido el asunto—. Y en nuestra primera cita fuimos a una escape room. Fue entonces cuando supe que era la mujer para mí.

—Nosotros nunca hemos ido a una escape room, ¿verdad, cariño? —le preguntó Kallie a Luke—. ¡Me encantaría!

—Si vais, tenéis que incluir a Rachel en vuestro equipo. —Quin sonrió en torno a la mesa. Estaba dándolo todo—. No hay pista que se le resista.

Llamadme patética, pero me gustó el elogio.

—Lo lleva en la sangre —continuó.

—¿En serio? —dijo Luke. Había algo raro en su tono.

—En serio —insistió Quin—. Encontraba cosas escondidas en los lugares más insospechados. No os hacéis una idea.

Desenganché la mirada de Luke y choqué con una emoción que no fui capaz de identificar. ¿Angustia? ¿Rabia? Decididamente, algo potente. Entonces, rompiendo la extraña atmósfera, un ejército de veloces camareros armados con paños aislantes y promesas de «más patatas» apareció con un frenesí de platos.

—¡Guau! —Kallie contempló su montaña de comida—. Esto parece…

—¿Comestible? —preguntó Quin, a lo que siguió una risa torpe—. Esperemos.

Empecé a ver la luz al final del túnel. Quin había recibido instrucciones de no pedir postre ni café, por lo que el tormento acabaría pronto.

Cogí el cuchillo y el tenedor, pero algo me impedía atacar la comida. Estaba esperando a que Quin fotografiara el plato, como solía hacer en los

restaurantes, eso era. Entonces, con igual rapidez, comprendí que ni muerto iba a alardear de la cena de esa noche.

—Rachel, ¿puedo hacerte una pregunta? —dijo Kallie.

—Claro. —No fue hasta ese momento cuando me percaté de que ya estaba pedo.

—¿Alguna vez echas de menos… emborracharte? ¿Hacer locuras? Es tan divertido colocarte con tu hombre… ¿Lo echas de menos?

—No. —Sonreí a través de una mandíbula que empezaba, solo ligeramente, a tensarse.

—A veces Luke y yo fumamos hierba en su terraza, ponemos la música a tope y bailamos y… ¿no? ¿No lo echas de menos?

—Kal —dijo Luke—, déjalo ya, ¿quieres?

—No pasa nada. —Esbocé una sonrisa forzada. No necesitaba que Luke me defendiera.

—Pero, Quin, ¿no desearías a veces tener una novia que pudiera beber? ¿Fumar un porro? Eh, si te molesta la pregunta, dímelo, por favor. Solo… quiero entender.

Me puse tensa. Había veces que a Quin sí le importaba, pero como en ese momento lo insinuara siquiera, le retiraría la palabra para siempre.

—¿Bromeas? —respondió—. Rachel es una mujer increíble en millones de cosas, y, además, así siempre tengo chófer privado. Pero, oye… —dándole un giro a la conversación tan brusco que casi nos provoca un latigazo, dijo—: ¿por qué no nos cuentas cómo es la vida en Denver?

—Nuestra vida es muy de aire libre —Kallie miró a Luke—, ¿verdad? ¿Muy de aire libre?

—Por supuesto. —Luke encogió ligeramente los hombros—. Cuando no estamos fumados y bailando en la terraza.

A Kallie se le desencajó la cara. Miró a Luke y luego a mí.

—Oh, no, lo siento, Rachel. ¿He sido una idiota? —Asintió—. He sido una idiota.

Kallie se ajustó la tira del casco y se recogió las puntas del vestido, desvelando un tramo de muslo delgado y ligeramente bronceado. Luego se

subió a la moto detrás de Luke y se agarró a su cintura.

—¡Adiós, chicos! —exclamó—. ¡Ya os echo de menos!

Quin y yo los despedimos con la mano.

—Se congelará —dijo Quin cuando regresábamos a mi coche.

—Bien. —Me sentía rebajada y vulnerable.

—No me puedo creer que le haya dejado pagar —farfulló Quin.

Eso había estado mal, sí. Cuando llegó la cuenta, Luke y Quin se habían abalanzado sobre ella, pero había ganado Luke.

—Lo de hoy fue idea nuestra —había protestado Luke con cierta dureza.

—Podéis pagar la próxima vez —replicó Kallie.

Pero no habría una próxima vez. Quin tuvo que contentarse con dejar una propina demasiado generosa.

—¿Te importa que no hablemos de ellos? —supliqué—. No soporto tenerlos en mi cabeza ni un segundo más. Podemos hacerlo mañana, pero ahora mismo necesito ver dos episodios de *Ozark*, puede que tres, y no pensar en nada. ¿Hay helado en tu casa?

—Si Fin no se lo ha pulido, sí. Pero si no queda, saldré a comprarte más.

Había formas más sanas de lidiar con las desagradables emociones que me había provocado la cena, pero no podía más. Así que tuve mi helado y mis dos episodios. No podía dejar de pensar en Kallie. Me tenía fascinada. ¿Qué le había atraído de ella a Luke? ¿Su jovialidad? ¿Era auténtica, siquiera?

Cuando Quin se metió en la cama, le pregunté:

—¿Te parece que Kallie está buena?

—Muy buena. —No lo dudó ni un segundo.

—¿Quién está más buena, ella o yo? Y Quin, la respuesta es yo. —Porque a veces Quin era sencillamente demasiado sincero.

—Tú, por supuesto. —Su mirada era franca—. Pero hay algo en ella… No sé, me parece una tía… curiosa —rumió con los brazos detrás de la cabeza—. No acabo de pillarla. Dulce y divertida por fuera, pero dura por dentro. Fría. Todavía no sé si me fio de ella.

—¿Por qué no?

—Quizá porque es una superviviente. Siempre estará bien. —Y añadió —: Mira que atreverse a insinuar que somos religiosos. Lleva un rollo un poco cristiano, ¿no te parece?

—Hummm, puede. Es muy positiva. —Eso me hizo reír—. No tiene nada de malo que lo sea. Míranos a nosotros, menudo par de amargados, aquí tumbados destripando al personal.

—Seguro que están haciendo lo mismo con nosotros.

Uf, eso me dolió.

—¿Crees que Luke también lo es? —preguntó Quin—. ¿Practicante?

—No sabemos a ciencia cierta si Kallie lo es. Pero Luke… Cuando lo conocí tenía ciertas tendencias. Tiene sus… —no encontraba la palabra exacta—, principios morales, supongo. No es un hombre religioso como tal. Creo que «tradicional» es la mejor palabra para describirlo. Fíjate en cómo ha reaccionado esta noche con la cuenta. Desde su punto de vista, tenía que pagar él porque fue él quien nos propuso quedar. O imagina que se encuentra cincuenta euros que se le han caído a un pobre desgraciado en el asiento de un taxi. Jamás diría: «¡Hala, qué suerte!», y se los metería en el bolsillo. Se los daría al taxista aun sabiendo que el taxista se los quedaría. Luke no lo dudaría ni un segundo.

—Guau. —Quin parpadeó en broma—. Eso es… guau.

—Ja, ja, lo sé. Pero dime, ¿soy yo una superviviente como Kallie?

Me escudriñó con la mirada.

—Tú eres más complicada. En teoría el hecho de ser adicta te hace vulnerable. Pero si permaneces limpia, eres una campeona.

—¿Con quién preferirías acostarte, conmigo o con Kallie?

Soltó un largo gemido.

—Me estoy imaginando un trío con las dos.

—¡Ni se te ocurra! —Quin me ponía de los nervios, pero me hacía reír.

Rasgueó una guitarra imaginaria y cantó:

—¡La exmujer de mi novio está como un tren! Fingí que se nos rompió el condón para ver qué tenía de especial. —Y añadió—: Tú, por supuesto, Rachel, siempre tú. Te deseo más que a nadie, y eso no va a cambiar.

Habíamos apagado la luz y estábamos acomodándonos para dormir cuando, en medio de la oscuridad, dijo con voz chillona:

—¡Nuestra vida es muy de aire libre! —Y añadió, recuperando su voz —: Menudo par de tarados.

OceanofPDF.com

38

Me desperté temprano, con la cabeza llena de la noche previa. Reproducía en mi mente la ternura con que Luke la había llamado «Kal». Más doloroso aún era el atisbo que Kallie había mostrado de su vida juntos: cada vez que me los imaginaba fumados y bailando en la terraza, los celos me atravesaban las entrañas como cuchillos.

Sonaba tan sexy. Podía, de hecho, sentirlo, Luke deslizando las manos por la cintura de Kallie, apretándola contra sus caderas. Kallie alejándose de él con un giro mientras Luke la miraba embelesado. Luego ella regresando con otra vuelta hasta chocar contra su cuerpo, descubriendo lo mucho que él la deseaba.

Kallie.

Jodida.

Afortunada.

Esa mañana mi vida limpia se me antojaba abrumadoramente soporífera; una línea de pensamiento muy peligrosa. Quería ser la chica que había sido a los veinte, antes de que la adicción se apoderara de mí, cuando había noches de desenfreno y aventura, y nunca pensaba en el mañana.

Tendría que llamar a Brigit. Ella me describiría de forma detallada lo infeliz y temeraria que había sido entonces.

Eran solo las siete y media, pero, ya que estaba despierta, me pareció buena idea ir a trabajar. Trassa me tenía preocupada. Después de la revelación del día anterior, seguro que se sentía sumamente vulnerable.

Durante la estancia de una persona en The Cloisters, a menudo salía a la superficie un trauma que había permanecido enterrado durante tal vez décadas. Sacarlo a la luz y mirarlo de frente era algo positivo, pero a corto plazo Trassa iba a necesitar mucho apoyo.

Todos los terapeutas poseían formación en cuidados en situaciones de crisis, y el personal de enfermería habría estado pendiente de ella durante la noche, pero en última instancia Trassa era mi responsabilidad.

Si bien no sabía si despertar a Quin, emergió de entre las sábanas justo cuando me iba.

—Vuelve a la cama. —Me estrechó contra el calor de su pecho.

—No, cielo. Nos vemos mañana por la noche.

—¿No esta noche?

—Lavadoras —dije.

—Trae la ropa aquí —insistió—. Yo te la lavo.

¡Ja, me parto! Acabaría tocándole a Irini, su asistenta.

—Y tengo que ir al Aldi —añadí. «Y, si puedo, hablar con Brigit», pero esto último no se lo dije.

—Un truquito —masculló—. Haz la compra grande los lunes por la noche a las nueve menos veinte en Dundrum. El mejor momento de la semana. Estarás sola.

Pero era miércoles y no tenía nada en casa.

—Mañana por la noche, Taryn y Timothy y tú venís a mi casa para una cena transilvana, ¿recuerdas? —Le di un beso, bajé las escaleras corriendo y salí a la calle.

Al subirme al coche me vibró el móvil. Un wasap de Kallie.

> ¡Madre mía, Rachel, perdona, perdona, perdona!

En un delirante ataque de empatía, decidí llamarla. Estaba despierta, de eso no había duda.

—¿Rachel? —dijo—. Me odias, ¿verdad?

—No. —Luego añadí—: Pedazo de idiota. Lo digo con cariño. Es una cosa irlandesa, que te lo explique Luke.

—Estaba nerviosa —dijo—. Bebí demasiado vino demasiado deprisa. Estoy muy avergonzada por las preguntas que os hice a ti y a Quin sobre lo de drogarte. Lo siento mucho.

—No te preocupes.

—¿Mis razones…? Vale, Luke me quiere, lo sé, pero en algunos aspectos, bueno, en muchos aspectos es inaccesible. Sabes de qué hablo,

¿no? Así que cuando me enteré de que había estado casado… Guau, fue todo un *shock*. Tenía que tratarse de una mujer increíble.

—Ajá.

—Quiero entender a Luke, y pensé que tú podrías darme alguna pista.

¿Debía decirle que era probable que nunca lo entendiese? Admitámoslo, hubo un tiempo en que Luke estuvo absolutamente loco por mí y mira el resultado.

¡Alguien había comprado mi bolso de Chanel! Al principio no podía creerlo. Me puse a hacer clic y a desplazarme, arriba y abajo, arriba y abajo, cambiando los parámetros de búsqueda y empezando de nuevo. Cuando la verdad se hizo patente, me afectó casi tanto como si me hubiesen robado mi bolso de verdad. Durante unos segundos incómodos me sentí realmente vacía. ¿Con qué iba a obsesionarme entonces?

No obstante, si me basaba en mi comportamiento pasado, no debería costarme encontrar una nueva fijación. Mientras navegaba rauda por las emociones, aterricé en la expectación y me pregunté qué clase de locura sorprendente se adueñaría de mí. Confié en que fuera otro bolso inalcanzable: entretenían mucho a cambio de muy pocas molestias. No como, digamos, las carretillas, que eran asequibles-por-los-pelos y dificilísimas de manejar. (Me había comprado una el verano anterior después de trece días de obsesión imparable. Me la dejaron en el trabajo, resultó ser demasiado grande para caber en mi coche y Murdo tuvo que pedir prestada la camioneta de un amigo para llevármela a casa. Y, después de todo aquel drama, solo la utilicé tres veces).

—Odio hacer esto. —Jonah, un muchacho flaco y delicado, clavó la mirada en su té, ya frío.

—Sé que es difícil —dije—, pero la estás ayudando.

—¡Se pondrá como loca! —Naaz se mordió el labio y agarró otra galleta—. En serio, Rachel (¿puedo llamarte Rachel?), será un desastre.

—Puede que no. ¿Vamos?

Murdo ya estaba en la Sala del Abad. Cuando entré seguida de Jonah y Naaz, Ella nos miró estupefacta. Abrió la boca y se quedó clavada. Solo se movían sus ojos, que bailaban nerviosos mientras Jonah y Naaz tomaban asiento.

Me remonté veinte años atrás, cuando Luke y Brigit me sorprendieron apareciendo una mañana en esa misma sala y lo destaparon todo. Madre mía, casi me muero de la impresión y la vergüenza.

—Buenos días a todos. —Sonreí—. Como podéis ver, nos acompañan dos personas. —Les pedí que se presentaran.

Jonah se aclaró la garganta.

—Soy el novio de Ella. Llevamos casi tres años. Vivimos juntos.

—Y yo soy su amiga Naaz. Comparto casa con ella y con Jonah.

—¿Y has venido esta mañana porque…? —Miré a Jonah para que arrancara.

—Ella ha estado tomando somníferos…

—Porque me asaltaron —le interrumpió Ella acaloradamente.

Sin perder la calma, dije:

—Jonah ha pedido la mañana libre en el trabajo para ayudarte. Ten la delicadeza de escuchar lo que tiene que decir.

—Pero es men…

—Calla —le ordenó Murdo.

Sorprendida, Ella obedeció.

—Ya sabéis lo de que se estrelló con el coche, ¿verdad? —continuó Jonah—. Pero ya llevaba tiempo rara. Faltaba mucho al trabajo alegando que estaba «enferma». Estaba «enferma» muchas veces.

—¿Enferma cómo?

—Dolores de regla, gripe. —Jonah buscó la ayuda de Naaz con la mirada.

—Intoxicación alimentaria —intervino Naaz—, mononucleosis. Pero la mononucleosis se la diagnosticó ella misma.

—Y lo de la intoxicación alimentaria no cuadraba —dijo Jonah—, porque todos habíamos comido lo mismo. Y no vomitaba, solo decía que le dolía la barriga. Luego, como hace dos meses, yo estaba en el trabajo, ella estaba «enferma» y me envió un mensaje loquísimo en el que decía que

había un intruso en el tejado. La llamé, pero no me cogió el teléfono, así que me asusté y fui corriendo a casa. La encontré trajinando en la cocina y me dijo que estaba haciendo crepes. Le pregunté por el intruso y no tenía ni idea de lo que le estaba hablando. Estaba totalmente ida. No estaba borracha, sino ausente por completo. Tenía la mirada vacía.

—¿Qué pensaste?

—Pensé que había sufrido, no sé, un derrame cerebral o algo así. Pero ya llevaba tiempo preguntándome por los somníferos. Todos oímos historias al respecto, pero nunca piensas que pueda tocarte a ti.

—¿Qué historias?

—Que después de tomarse la pastilla, la persona hace cosas y parece que está despierta, pero no lo está. Y al día siguiente no se acuerda.

—¿Le ocurría eso a Ella?

—Sí. A veces manteníamos relaciones sexuales y al día siguiente no se acordaba. O llamaba a gente y quedaba con ella… Una noche le dijo a su madre que iría a verla al día siguiente después del trabajo, lo cual era una locura porque son tres horas de coche. Por la mañana, antes de irse al trabajo, me pidió que esa noche hiciera yo la cena. Le recordé que había quedado en ir a Waterford, pero no tenía ni idea de lo que le estaba hablando.

—Otra noche —dijo Naaz— se metió en la cama conmigo y Oliver, mi novio. Desnuda, como buscando un trío.

—¡Ya te gustaría! —estalló Ella.

—Sabes que es cierto, Ella.

—¿Le pediste que se fuera? —le pregunté a Naaz.

—Sí, pero… dijo que a Oliver le gustaba y que yo estaba celosa.

—¡Yo nunca dije eso!

—Sí lo dijiste —intervino Jonah—. Yo estaba delante. Pero como estabas ida, no lo recuerdas.

—Jonah, ¿intentaste hablar con ella de su situación?

Se encogió de hombros, impotente.

—La habían atracado y eso la afectó mucho. Cada vez que intentaba hablarle de las pastillas, me lo recordaba. Quería apoyarla, así que pensé que mejor me callaba. Pero Naaz y yo sospechábamos que estaba tomando

más pastillas de las recetadas, así que nos pusimos a buscar y encontramos recetas de dos médicos de Dublín y de un médico de Waterford. Y había comprado otras por internet. Para esas no necesitaba receta, pero costaban una pasta.

Las peregrinaciones médicas. Veía muchos casos así.

—Además de los somníferos, tenía recetas de Valium y Xanax. Había pastillas escondidas por todo el piso.

—¿Dónde?

Jonah y Naaz se encogieron de hombros.

—En bolsillos de chaquetas, en fundas de cojines, pegadas con celo debajo del sofá.

Dentro de mí sonó una alarma. Esa clase de subterfugio aparecía en muchos testimonios. ¿Qué tenía esa vez de diferente?

Lo rumié unos segundos, pero tenía que avanzar.

—Había cortado los blísteres en trozos pequeños —explicó Naaz—. De dos pastillas, sobre todo; a veces de cuatro. Encontramos dos pastillas en una bolsa de patatas congeladas. En ese caso fue por casualidad —añadió.

—Las dejamos todas en la mesa de la sala —dijo Jonah—, junto con las recetas, y la llamamos.

—Hablas como si fueran miles —gritó Ella—, cuando había como mucho veinte.

—Había treinta y un somníferos, dieciocho Xanax y veintinueve Valium —enumeró Jonah—. El problema no era la cantidad, sino el hecho de que estuvieran escondidos.

—Pero…

Una vez más, Murdo hizo callar a Ella.

—Confiábamos en que eso le hiciera decidir dejarlo —continuó Jonah —, pero se puso fatal. Empezó a llorar y a decirnos que no entendíamos lo traumatizada que estaba. Me sentí muy culpable… aunque también estaba enfadado, porque ¿cómo iba a ayudarla a dejarlo si no podía decirle nada?

—Yo igual —convino Naaz.

—Antes del atraco, ¿alguna vez notasteis en Ella patrones de conducta compulsiva? —A fin de no dejar nada al azar, ya habíamos hablado de ello por teléfono.

—¡Eh! —El rostro de Ella se contrajo de ira—. ¿Qué tiene que ver eso con los somníferos…?

Logré silenciarla con una mirada, pero el pobre Jonah estaba agobiado. Asentí para indicarle que prosiguiera.

—Sí. Por ejemplo, nosotros hacemos maratones de series, como todo el mundo, pero cuando a Ella le gusta algo, se tira literalmente toda la noche. Lo hace a menudo, lo cual es malo para el trabajo. Y malo porque es algo que deberíamos compartir. Yo siempre me quedo dormido, pero por la mañana me la encuentro ahí sentada, viendo el último episodio.

Ella soltó un chillido de rabia y Jonah susurró:

—Lo siento.

—Una vez estábamos viendo un K-drama. —Se volvió hacia mí—. Es una serie coreana.

«¡Sé qué es un K-drama! ¡Estoy al tanto de las tendencias, jovencito!».

—Hablamos de lo mucho que molaba Corea y de que nos encantaría ir, pero son cosas que se dicen, nada más. El caso es que me dormí y cuando me desperté, Ella había reservado dos vuelos a Seúl y un Airbnb.

—¿Te había preguntado si podías pedir vacaciones en el trabajo? —Sabía que no.

—No, y cuando las pedí, me dijeron que no. Y no podíamos pagarlo. Logramos cancelar el Airbnb, pero no los vuelos. Tuvimos que apoquinar.

Ella se levantó.

—¡Vete a la mierda! —le gritó a Jonah. Se volvió hacia Naaz—. Y tú también. —Y al resto de nosotros—: ¡Y todos vosotros! ¡No pienso seguir en esta puta pocilga ni un segundo más!

—Ella —intervine con contundencia—, siéntate. —Si Ella decidía largarse, no podría detenerla, así que tenía que canalizar a la Rachel Intimidadora—. Todas las personas que te quieren desean que estés aquí —dije—. No solo Jonah y Naaz, también tus padres y tus hermanos. Y todos los del grupo, ¿verdad?

—Sí —contestó Chalkie—, sí.

Trassa, Bronte, Giles, incluso Harlie emitieron ruiditos de confirmación. El pobre Dennis, todavía hecho polvo después de su paliza del lunes, era el único incapaz de armarse de entusiasmo.

Embargada por la indecisión, Ella vaciló. Sabía en qué punto se encontraba: convencida de que eso era una parodia inaceptable, pero temerosa de que algo extraño y terrible estuviera sucediendo y que todo el mundo lo supiera menos ella.

—Por lo menos quédate a comer —la engatusó Chalkie—. Vamos, Ella, ¿quién si no hará el crucigrama conmigo?

—Venga, muchacha —intervino Trassa.

—Está bien —balbuceó Ella—, pero me largo esta misma tarde.

Me pareció un buen momento para poner fin a la reunión. El grupo se levantó, rodeó a Ella y se la llevó a tomar el té y las galletas de chocolate. Se pasaría las dos horas siguientes despotricando, pero, por mis experiencias pasadas, estaba casi segura de que se quedaría.

OceanofPDF.com

39

Y se quedó. A las dos de la tarde regresó a la sala arrastrando los pies. Parecía agotada. Un enfrentamiento como el de esa mañana te dejaba hecha polvo. Por no mencionar que todos sus miedos y sospechas más íntimos sobre su adicción a las pastillas habían asomado la cabeza y estaban exigiendo atención. Los días siguientes serían difíciles para ella.

Esa tarde había planeado concentrarme en Dennis, pero algo me hizo decidirme por darle un empujoncito a Bronte.

—Bronte, háblanos de tu recaída.

—Eeeh, mi recaída… —Mi petición la pilló desprevenida—. Estoy escribiendo la historia de mi vida, ¿no preferís esperar? ¿No? Ah. Bueno. Fue… No lo planeé. Fue un accidente. —Hizo una pausa—. Estaba estupendamente. No echaba de menos las drogas y la vida me iba bien, hasta que mi caballo me tiró al suelo y me rompí el tobillo. Era la primera vez que me rompía algo y no tenía ni idea de que podía doler tanto. Pedí calmantes. —Se detuvo.

—¿Y? ¿Le contaste al médico que eras adicta a la heroína?

—Sí. Me dio unos calmantes corrientes, pero no me hacían nada, eran literalmente aspirina. El dolor era insoportable, necesitaba algo mucho más fuerte.

Giles se inclinó sobre su silla.

—Debo preguntártelo. ¿Le exageraste al médico lo fuerte que era el dolor?

Algo pequeño y extraño me recorrió por dentro.

—Eh… esto… ¡no!

—¿No lo exageraste, Bronte? —insistí—. ¿No pensaste: esta es mi oportunidad de volver a tomar opiáceos y de forma legítima?

—Os prometo que el dolor era horrible.

—Ambos pueden estar presentes, el dolor y la tentación. Durante los cuatros años de recuperación, ¿ibas a las reuniones? —pregunté—. ¿Tenías un padrino? ¿Seguiste los pasos? ¿Aceptaste que eras adicta? ¿Aceptaste que nunca te curarías?

Asintió.

—¿Aceptaste que la recaída siempre era posible?

Tras una pausa, dijo:

—Puede que no. Cuatro años es mucho tiempo. Creo que había olvidado lo de la recaída.

—De modo que tenías dolor y tu médico te ofreció opiáceos. ¿Llamaste a alguno de tus amigos de recuperación para hablarle de tu dilema? ¿O al terapeuta de tu antiguo centro de tratamiento?

—… No. El dolor era tan fuerte que no pensaba con claridad.

—Hay muchas maneras de tratar el dolor. Compresas frías y calientes, acupuntura. Tenías otras opciones, Bronte.

—Pero no las querías —dijo Harlie, rezumando juicio—. Querías una excusa para volver a las drogas.

—¡Pero bueno! —replicó Bronte, rezumando desprecio—. ¿Quién te…?

—Bronte —la interrumpí—, después de empezar a tomar la medicación, ¿cuánto tardó en reaparecer la compulsión física?

—Poco. —Estaba pálida—. Muy poco, en realidad.

—¿Cómo te sentías?

—Me… —Apretó la mandíbula—. Me sentía muy culpable, pero…

Noté que se me tensaba el cuerpo. La respuesta a esa pregunta se me antojaba importante por razones que no alcanzaba a comprender.

—… fue como volver a casa.

OceanofPDF.com

40

—… Y entonces me dieron ganas de colocarme y bailar con él en la terraza…

—¡No! —me interrumpió Brigit—. Eso no sería ni sexy ni agradable, no para ti. Acabarías cayéndote de la terraza o inconsciente encima de un macetero. Algo malo ocurriría porque, cuando empiezas, eres incapaz de parar.

—Sí —dije, en voz baja, mientras se me pasaba el mareo—. Vale.

—Lo siento.

—No. Tienes razón.

—Pero nunca tienes resaca. Nunca tienes que despertarte y pensar: ay, maaaaaadre, pero ¿qué hice anoche? ¡Rach, ser tú es la leche!

Lo era, o eso suponía. Solo debía reconectar con esa parte de mi ser que se sentía agradecida.

Después de colgar, me encontraba en el lavadero, comprobando la salud de mi siguiente remesa de plántulas en tiestos, cuando llegó Kate a casa.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Qué has decidido sobre los vestidos de fiesta?

Se echó a reír.

—En serio. No. ¿El que me gustaba? ¿El de la capa? Rachel, era carísimo. Sinceramente, no puedo permitírmelo.

—Pero…

—Lo sé. Mamá dice que tiene el dinero. Pero cuesta el doble de lo que gano en un mes y… —Hizo un gesto de contrariedad—. Necesito tener un poco de dignidad. ¡En fin! Hoy he conocido al abuelo de Devin. Me ha dicho que te diga que… ¿cómo era? Ah, sí, «que te dé recuerdos de su parte».

—¿… Es cosa mía o ha sonado algo amenazador? ¿Como cuando un mafioso dice: «Tienes una hija muy guapa, sería una pena que le pasara algo»?

—Me ha dicho que quiere que vayas a su fiesta de cumpleaños.

—¿A una fiesta de cumpleaños? Pero… si su esposa acaba de morir.

Kate parecía nerviosa.

—Lo único que sé es que es el sábado, a la hora de la cena, en casa de los padres de Devin. Pizza y prosecco. Bueno, ¿qué le digo?

Me quedé pasmada.

—Que no, Kate. Dile que no.

¿Qué demonios quería de mí? Había sido mi suegro en su día, y aunque sin duda habíamos tenido una relación cordial, no había sido muy estrecha. Incluso cuando las cosas habían ido bien con Luke, el señor Costello y yo habíamos vivido en continentes distintos.

Y después de que Luke se marchara, me había sentido tan avergonzada que no había mantenido el contacto con los Costello.

—Ah, sí. —Kate buscó algo en su bolso—. ¿Necesitas algo de Zara? Tengo un vale de compra.

—¿Y eso?

—Le he prestado cincuenta euros a Kallie. Y ella me los ha devuelto con este vale de sesenta y siete. Pero ahora mismo no puedo permitirme el lujo de comprar ropa.

Extendí la mano.

—¿Puedo verlo?

Me fijé en el código del artículo del vale de descuento y me percaté de que se trataba del vestido que Kallie había llevado en el restaurante la noche anterior. Tras intentar darle algún sentido, llegué a la conclusión de que lo había comprado, se lo había puesto, lo había devuelto y, por alguna razón (¿quizá porque era obvio que se lo había puesto?), no le habían reembolsado el dinero.

Entonces… ¿Kallie andaba mal de dinero? ¿Quería lucir un nuevo vestido y había timado a Zara? Me costaba cabrearme en serio por eso, pero jugársela de ese modo a Kate cuando de verdad necesitaba la pasta… no molaba nada.

—He estado mirando una camisa en Zara; te compro el vale —dije.

—¿En serio? —Se sintió tan aliviada que se le iluminó la cara—. ¡Gracias, Rachel!

Justo antes de acostarme, me sonó el móvil: era Luke.

—El sábado es el cumpleaños de mi padre —me dijo—. Sarina va a celebrarlo en la casa, con pizzas, tarta. Seremos unas veinte, veinticinco personas. A mi padre le gustaría que vinieras. Y Quin también.

—Pero… ¿por qué?

—Para atar cabos sueltos, dice. Eras miembro de su familia y, de repente, dejaste de serlo. —Un tanto a la defensiva, añadió—: Eso es lo que me ha dicho. Interprétalo como te dé la gana.

—Solo han pasado dos semanas desde que murió tu madre.

Con tono cansado, contestó:

—Sí. Se le ha ido un poco… Mira, a todos se nos va un poco la cabeza ahora mismo. Ha insistido mucho, dice que podría ser su último cumpleaños… Es un maestro del chantaje emocional.

«Ve».

No.

«¡Ve!».

No sabía qué hacer. No sabía qué quería hacer. Todos esos sentimientos y recuerdos que llevaban tanto tiempo enterrados estaban emergiendo, y resultaba agotador.

—Me costaría mucho entrar en una casa donde sé que me esperan un montón de familiares tuyos. Sería… —solté—. Después de todo lo que pasó, lo encontraría humillante.

Silencio. Una respiración muy honda.

—Si te sirve de consuelo, todos me culpan a mí. Todo el mundo te sigue teniendo cariño.

«¿Quédeberíahacer? ¿Quédeberíahacer?».

—¿Tú quieres que vaya?

—Me harías la vida más fácil. Te lo agradecería, porque me está poniendo de muy mala leche con este tema.

—¿A Kallie no le importará?
Se quedó callado un instante más de lo debido.
—¿Por qué iba a importarle a Kallie?
«Genial; sí, sé así».
—Me lo pensaré. Te aviso.

OceanofPDF.com

41

En cuanto colgué, me sobrevinieron los recuerdos. Me acordé de una noche, de hacía más de siete años, cuando Luke llegó del trabajo.

—¡Adivina qué! —exclamé.

—¿Qué? —Se puso muy nervioso y palideció.

—No, guaperas, es algo bueno. Adivina. Qué. Ha. Pasado. Joder.

Puso los ojos como platos; después cruzó lo habitación y me cogió de las manos.

—¿Estás…? —Tragó saliva con dificultad—. ¿De verdad?

—¡Me he hecho cuatro pruebas, todas positivas!

—¡Cariño! Esto… ¿Estás segura? ¿Cómo lo sabes? —Me soltó las manos y me agarró de la cintura—. ¿Seguro que deberías estar… de pie? Siéntate, siéntate, tienes que sentarte.

Solo por la novedad, dejé que me llevara hasta el sofá. ¡Era una mujer embarazada, y mi marido quería que me sentara!

—Vaya —dijo—. Cuesta creer que por fin…

Nos había llevado mucho más tiempo de lo previsto cuando habíamos empezado a buscarlo. La primera vez que fuimos a ver a la doctora Solomon, me había imaginado ingenuamente que seríamos padres a los treinta y cuatro. Pero entre los estudios, sacar el título y luego tener dos trabajos cada uno para pagar los préstamos estudiantiles, nos dimos cuenta de que, de algún modo, nos habíamos plantado en los treinta y seis.

El siguiente paso lógico era comprar un piso. A mí no me importaba tanto como a Luke, quien dijo: «No quiero que sigamos viviendo en un minúsculo piso de alquiler de un solo dormitorio en el Lower East Side cuando tengamos cincuenta años». Tratar con los agentes inmobiliarios de Nueva York fue una experiencia traumática y, para cuando por fin logramos

comprar una casa de dos dormitorios en Boerum Hill, ya habíamos cumplido los treinta y siete. (Además, acabamos exhaustos y con nuestra fe en el ser humano un tanto por los suelos).

Y entonces, a punto de comenzar a darle al tema sin parar, inesperadamente, a Luke le surgió la oportunidad de comprar su propia asesoría contable, lo cual nos proporcionaría más seguridad económica de la que jamás habíamos soñado. Pero necesitábamos un préstamo y, para cuando nos pusimos al día con las cuotas, ambos ya teníamos treinta y ocho.

Durante esos años en que Estuvimos Esperando el Momento Adecuado, fui feliz en general, a menudo muy feliz. Adoraba estar limpia, adoraba a mi marido, adoraba mi trabajo, y tenía una vida muy ajetreada y satisfactoria que compartía con mucha gente estupenda.

Pero seguía habiendo momentos de duda y angustia. Alrededor de una vez cada seis meses, llamaba a Nola y le preguntaba:

—¿No deberíamos arriesgarnos sin más y esperar lo mejor?

Su respuesta (siempre) era guardarlo bajo la llave dorada: si estábamos destinados a tener hijos, los tendríamos.

—Quieres garantías, pero eso no va a pasar. Tienes que aprender a vivir con la incertidumbre.

—Pero ¿y si soy demasiado vieja?

—Pero ¿y si no lo eres? La doctora Solomon dice que te ve bien (sinceramente, tengo la sensación de que conozco a esa mujer tan bien como a mi propio médico), y tienes que recordar que no eres como los demás. Seguramente podrás tener todo lo que desees, siempre que esperes. Si vas a por todas a la vez, podrías tirar toda tu vida por la borda. Si te estresas demasiado, corres el riesgo de recaer.

El mero hecho de que sugiriera de que pudiera recaer alguna vez me enfadó (¡eso era imposible!), pero tenía razón en que no quería tirar mi vida por el retrete.

Luke solía estar de acuerdo con Nola.

—¡Cariño, mira qué vida llevamos! Son muchos platos en el aire. Como se nos caiga uno, le seguirán unos cuantos. Si te quedas embarazada ahora,

tendrás que dejar de trabajar, al menos unos meses, y no podemos permitírnoslo.

Si hubiéramos sufrido algún accidente con los métodos anticonceptivos, habríamos seguido adelante y tenido el bebé. Pero no hubo ninguno. Y decidí que eso, a su manera, era muy revelador.

Sin embargo, llegó al fin el día en que ambos teníamos ya nuestro título universitario, habíamos pagado los créditos estudiantiles, Luke era el dueño de un negocio pequeño pero sólido (donde se dedicaba a llevar la contabilidad de ciertas personas, a realizar declaraciones de la renta, etcétera), y a mí, por fin, me habían hecho fija en la Casa de la Esperanza, un centro de rehabilitación de New Jersey.

—¡Míranos! —exclamé—. ¡Somos adultos responsables como el que más! —Entonces, presa de los nervios, le espeté—: ¿Y si lo hemos pospuesto demasiado? ¿Y si mis ovarios han decidido jubilarse?

—¿Y qué más da? —preguntó Luke—. Tenemos una buena vida, ¿verdad?

—Luke…, si te lo estás pensando mejor, este sería un buen momento para confesarlo…

—No me lo estoy pensando mejor —afirmó.

Así que dejé de tomar la píldora, me bajé una app para el control de la ovulación, me compré un termómetro y planifiqué nuestros encuentros sexuales.

Como tiendo a ser una exagerada con todo, estaba convencida de que ya lo había logrado el primer mes.

—Tengo ganas de vomitar. Y me duelen las tetas.

—Pero si todavía te quedan tres días para que te baje la regla —señaló Luke.

—Sí, pero…

Él tenía razón, por supuesto. No me quedé embarazada ese mes. Ni en muchos meses más.

Cuando ya llevábamos siete u ocho intentándolo, Luke me sorprendió llorando porque (una vez más) me había bajado la regla.

—¿Y si nunca me quedo embarazada? —le pregunté.

Él me contestó con mucho tacto:

—Podemos tener una buena vida sin hijos.

Pero, para entonces, yo estaba obsesionada.

—No, no podemos. Voy a mirar lo de la fecundación *in vitro*.

Se puso muy serio. Shake y su esposa Melanie se habían gastado decenas de miles de dólares en la fecundación *in vitro* y no había funcionado. Acababan de divorciarse.

—Mientras tanto —dije—, seguiremos con el sexo hasta que suba la moral.

Aunque nos había costado más de un año y el sexo se había vuelto cada vez más estresante, ¡por fin estaba embarazada!

La emoción batallaba con el miedo. Quería ser la mejor madre que había existido jamás, y pensar en que podía fracasar me aterraba.

—Bueno, y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Luke—. ¡Debería verte un médico! —Luego añadió—: ¿Estoy siendo muy condescendiente? No estás enferma, estás embarazada.

—Para el carro. No estoy enferma, no. Pero… sí estoy embarazada. Quiero que me trates de un modo especial. Que me pongas cojines en la zona lumbar, esa clase de cosas.

Él se rio a carcajadas. Se le daba tan bien ser puramente feliz.

—Pero supongo que debo decidir cómo voy a —cité literalmente lo que había oído decir a otras mujeres— «asumir el control de la experiencia del parto».

Procurar que los médicos intervinieran en el parto lo menos posible era muy propio de la gente de Brooklyn. Y también muy de los que acudían a Narcóticos Anónimos. Casi todas las mujeres que conocía defendían su derecho a elegir dónde y cómo iban a dar a luz. Parir en casa era popular. Mi madrina neoyorquina, Olga Mae, había planeado tener a su bebé en una hermosa ceremonia con su pareja y sus dos niños en un huerto en el norte del estado de Nueva York, aunque, el día que se puso de parto, se quedó atrapada en un atasco de camino a Stone Ridge y su bebé, Carter, acabó llegando a este mundo en la tienda de muebles de ocasión de RBS en el Bronx.

Le dije a Luke con firmeza:

—Necesitamos una doula.

—¿Una qué?

—Una comadrona. No sé, velará por nuestros intereses, por mis intereses, en el hospital. Por ejemplo, si dicen que quieren hacerme una cesárea, ella les dirá que no.

—Pero ¿y si es necesario que te la hagan? —A Luke se le veía asustado. Enseguida cambió de estrategia—: No, lo siento, oye, tú decides, eres tú la que va a parir, así que tú decides. —Aunque no pudo morderse la lengua—. Rachel, ¿y si algo se tuerce?

Parecía estar sudando un poco, y me sentí aliviada. Mientras habíamos estado «intentándolo», había dicho de boquilla que quería tener un parto natural. Pero, una vez embarazada de verdad, tenía miedo. Me aterraba el dolor. Otras mujeres, más evolucionadas que yo en esos momentos, eran capaces de aceptarlo (de «danzar con él», probablemente esas serían las palabras que utilizarían esas tías raras, a las que deseo buena suerte), pero en cuanto empezara a sentir los primeros dolores, estaría pidiendo analgésicos a gritos.

Le espeté:

—Me alegro mucho de estar embarazada, pero, Luke, me da miedo el dolor.

—¡Cariño!

—Quiero que me pongan la epidural, que me den calmantes y todo lo demás, pero me da miedo que me critiquen por ello.

—¡Te pondrán la epidural, te darán calmantes y todo lo demás! Lo que quieras, *habibti*, cualquier cosa. Y que le den por culo a cualquiera que te critique. Recuerda —añadió, con un guiño—: las opiniones de los demás no son asunto tuyo.

—¡Ja, ja! —Me hacía gracia cuando repetía las consignas de Rehabilitación.

—¿Debería decir que «estamos embarazados»? —meditó Luke—. ¿O que «mi esposa está embarazada»? Eso de que «mi esposa está embarazada» es más propio de los *boomers*. Pero si digo que «estamos embarazados», pareceré uno de esos gilipollas que van con moño por ahí.

Con ambas manos, le recogí el pelo sedoso en la nuca.

—Estarías guapísimo con moño.

—No es mi estilo, cariño —respondió con brusquedad.

En efecto. Luke no tenía nada de metrosexual. Consideraba que ponerse protector solar era un lujo de ñoños y se lavaba el pelo con el champú más barato y deprimente; aun así, siempre lo tenía brillante y estupendo.

—¿Podrías decir: «Estoy a punto de incrementar mi huella de carbono a lo bestia»? —le sugerí—. ¿O qué te parece: «Voy a ser papá»?

—Tú deberías ser el centro de todo esto. «Mi sumisa esposa porta a mi primogénito y heredero».

—¿Primogénito? ¿Es que tienes previsto tener más de uno?

—Oh, sí. Por lo menos seis.

OceanofPDF.com

42

—¿Dennis? ¿Cómo estás?

Era jueves por la mañana, llevaba tres días recuperándose de lo que habían revelado Juliet, Joya y Maudie, y había llegado el momento de presionarlo. Sus ojos, que en ese momento tenía clavados en mí, eran como las ventanas de una casa desvalijada.

—Vaya, Rachel, y lo preguntas…

—Te dieron un buen repaso —comentó Bronte con delicadeza.

—Pues sí —admitió Dennis—. Me está costando mucho asimilarlo…

El pobre Dennis tenía razones de sobra para estar alucinando: su esposa e hijas lo sabían todo sobre su novia; Juliet le había dicho que quería el divorcio; Joya le había despreciado de forma abierta. Y el gran problema que era la causa de todos los demás: era más que probable que de verdad fuera alcohólico y tuviera que dejar de beber.

—¿Creéis que lo dijo en serio? —preguntó Dennis, sin dirigirse a nadie en concreto—. Me refiero a Joya cuando dijo que era un padre horrible. —Estaba mirando a su vieja amiga, Ella, con la esperanza de que lo apoyara. Pero, después de la visita de Jonah y Naaz el día anterior, Ella estaba sumida en su propio pequeño infierno—. ¿Creéis que lo dijo en serio?

—Sí, ¿y tú? —preguntó Chalkie.

—Lo he dado todo por esas niñas. —Dennis se enfadó y se puso a la defensiva—. Les he dado todo lo que pedían. ¡Entradas para ver a Lizzo, bolsos de Jacquemus, *leggings* que cuestan más que mi traje!

El silencio subsiguiente se rompió cuando preguntó:

—¿Sabéis qué es lo que me está destrozando? Que Joya me viera y pensara que estaba muerto. Hacerle eso a una niña es algo atroz. Eso solía

pasarme con mi viejo. Siempre que me lo encontraba sobado, pensaba que había palmado.

—¿Qué edad tenías? —preguntó Giles.

—Estiró la pata cuando tenía catorce años, pero lo suyo venía de lejos, desde que me llevaban en cochecito.

—Así que eras pequeño cuando te lo encontrabas así, ¿no? —señalé—. Debió ser aterrador.

—Lo fue.

Le temblaron los labios.

—¿Cómo te sentiste cuando murió?

Clavó la mirada en sus rodillas, intentando no llorar.

—Se me partió el corazón. Pero juré que, si alguna vez era padre, sería lo contrario a él.

—Y, en lugar de eso, has imitado su comportamiento.

Puso cara de espanto.

—¡Pero no era mi intención! ¿Pensáis que me perdonarán si les prometo que cambiaré? Me desespero cuando la gente se cabrea conmigo.

—Aprende a vivir con ello —le dije.

Se retorció de un modo muy triste.

—No. Las llamaré y les diré que lo siento. ¿Puedo hacerlo ahora?

Negué con la cabeza.

—Sé que esto es duro. Te quieres tan poco a ti mismo que mendigas el amor de los demás (por cierto, esto va para todos), pero debes aprender a convivir con el desasosiego.

—Voy a romper con Maudie. No me puedo creer que esa mujer tuviera las santas narices de venir aquí, comportándose como si fuera alguien especial…

—Le pediste que se casara contigo —señaló Harlie.

—Anda ya, ¿cómo iba a hacer eso si ya estoy casado?

—Dínoslo tú. Fuiste tú quien se lo pidió.

—¡Bah! Fue un momento de locura. Probablemente… La verdad es que no recuerdo habérselo pedido. Lo que recuerdo es que Maudie me metió en el coche una mañana, para que fuéramos a Athlone a escoger un anillo. Me dijo que se lo había pedido la noche anterior. ¡Pero a lo mejor no fue así!

¡Igual se lo inventó todo! De una cosa estoy seguro, voy a dar puerta a Maudie. ¡Cómo se atreve a hacerles eso a mi esposa y a mis hijas!

—Que te jodan —le espetó Harlie—. ¡Eres tú quien le ha puesto los cuernos a su esposa y luego, encima, has intentado casarte con tu amante! Maudie no ha hecho nada malo, todo esto es culpa tuya.

Dennis se defendió al instante:

—De lo único que se me puede culpar es de haberme arrejuntado con la mujer equivocada. La próxima vez no escogeré a una tarada. Jo, jo.

Un círculo de caras pétreas lo miraron fijamente, en silencio.

—¿Jo, jo? —repitió, un poco sudoroso.

Cuando, una vez más, recibió un silencio sepulcral en respuesta, sus ojos reflejaron un miedo auténtico.

OceanofPDF.com

43

—¿Por qué no para de invitarte a cosas tu exmarido? —preguntó Quin.

—Me ha invitado dos veces. A dos cosas. Y, en teoría, fue Kallie quien nos invitó a la primera, y es su padre quien nos ha invitado ahora. ¿Y bien? ¿Vas a acompañarme o no?

—No, Rach. Sería una locura. ¡Oye! No me mires así, sabes que lo sería. Voy a ir a escalar el sábado. Pero si no tuviera que hacer eso, tampoco iría a la fiesta de cumpleaños del padre del exmarido de mi pareja.

—Pues la gente suele ser amiga los ex de su pareja y sus familiares.

—Ya, pero tú no eres amiga de tu ex.

Me di cuenta de que a mí también me resultaba inconcebible que pudiéramos ser amigos de verdad. El vínculo que habíamos compartido Luke y yo había sido demasiado intenso para poder transformarse en algo tan sano como una amistad sin morir en el intento. Yo deseaba otras cosas de él: que se arrepintiera, que expiara sus pecados. Y, en cuanto las tuviera, podría olvidarlo por completo.

—¿Tú quieres ir? —preguntó Quin.

—«Querer» no es la palabra. Tengo la sensación de que debería ir. Es como tener que tomar hierro líquido: sabe asqueroso, pero es por mi bien. Me gustaría que Luke me diera una explicación. En realidad, me encantaría. Y que se disculpara sería incluso mejor. Pero no va a hacer eso por iniciativa propia; si pretendiera hacerlo, a estas alturas ya lo habría hecho. No, eso no sucederá a menos que yo… insista. Pero tú me importas, Quin, muchísimo, y no pienso ir si te molesta.

Frunció el ceño y observó con detenimiento mi rostro.

—Si es por tu bien, deberías ir.

—¿Seguro que no te importa?

—No lo sé. —Me sorprendió que se mostrara tan vulnerable. Acto seguido, se puso la coraza de machote otra vez—: No, no me molesta, Rachel, haz lo que tengas que hacer. Nola dice que estás atascada. Pues desatáscate. Consigue que se disculpe. ¡Destroza a ese hijo de puta! Bueno, ¿qué tal está la sopa? —Se volvió hacia el puchero que estaba hirviendo en un fogón de mi cocina y probó una cucharada—. Madre mía, qué buena. Aunque quizá le falte un poco de sal.

Le indiqué con un gesto que se apartara. Siempre tenía que meterse en medio cuando yo cocinaba.

—Abre el vino —le dije—. Llegarán enseguida.

—Prométeme que no habrá vampiros.

Con los ojos entornados, Timothy miró a Quin a través del vapor de la cocina.

Quin chasqueó la lengua.

—Lo siento, tío. No puedo.

—¿Y osos pardos? —Taryn había investigado al respecto—. Sé que los hay en Transilvania.

—El año pasado no vimos ninguno —respondí. Probé la sopa una vez más y decidí que ya estaba.

—No nos pasará nada —dijo Quin—. Nada.

Taryn dio un sorbo con cautela al vaso; acto seguido, dio otro con más entusiasmo.

—¡Un momento! —Parecía sorprendida—. Este vino se deja beber. ¿Seguro que es de Transilvania?

—Sí —contestó Quin.

—Y, ahora, a por la comida. —Puse la cazuela encima de la mesa—. Sopa de comino, con ensalada de pimientos y *cozonac*, un pan dulce transilvano.

Timothy se abalanzó sobre el pan. Era una de esas criaturas con aspecto de malnutridas que podían comer hasta reventar.

—¿Esto es lo que nos darán de comer? —preguntó, con la boca llena de comida—. ¿Es una especie de paraíso terrenal?

Como hasta la fecha los cuatro habíamos ido de excursión un par de veces y todo había salido bien, ninguno se había quedado demasiado rezagado ni había habido ninguna bronca gorda a la hora de orientarse con un mapa (algo muy normal entre senderistas), decidimos arriesgarnos a pasar seis noches juntos en Transilvania.

Quin y yo habíamos estado allí en junio del año anterior. Aunque hubiéramos preferido hacer unos recorridos más duros, ambos habíamos vuelto encantados, sobre todo yo. Había prados de flores silvestres, aldeas de estilo medieval y castillos altos y puntiagudos, que de noche tenían un aspecto verdaderamente aterrador. Nos habíamos alojado en pensiones que habían oscilado entre lo espléndido y lo raro pero encantador.

Sin embargo, a veces me había sentido frustrada con la ruta recomendada, ya que sospechaba que nos estábamos perdiendo algunos tesoros ocultos.

Y como esa vez iba a ser yo la que llevase la voz cantante, prepararía un itinerario distinto al del año anterior.

—Seguidme —dije— y os mostraré la verdadera Transilvania.

—¿… Yyyyyy qué pasa con el tema de los osos pardos? —preguntó Taryn educadamente.

—Haré todo lo posible para evitar que los osos pardos nos hagan picadillo —contesté—. Es lo único que puedo prometeros.

OceanofPDF.com

44

Era viernes por la mañana, y Bronte estaba leyendo la historia de su vida. Debo admitir que me interesaba mucho. La pequeña tribu angloirlandesa de Irlanda era muy distinta al resto de nosotros. Tendían a ser grandes terratenientes y tenían fuertes vínculos con Inglaterra, a cuyos internados solían enviar a sus hijos.

Bronte procedía de una familia de cuatro hijos y se llevaba bastantes años con su hermano más pequeño; su padre era el «tercer vástago» de su familia, lo cual quería decir que «no tenía dinero». Había crecido en el condado de Tipperary, en lo que ella definía como una granjita, donde se criaban caballos y «ganadería cárnica». (Yo no tenía ni idea de qué quería decir eso, pero Dennis emergió brevemente de su catatonia para afirmar que era un buen negocio con el que ganar dinero).

—¿Vivías en una bonita casa antigua? —preguntó una melancólica Trassa—. ¿Con tapices y cortinas bonitas?

—Oh, no. En un adosado de los años setenta. Todo el mundo tenía más dinero que nosotros.

—¿Todo el mundo? —pregunté para que me diera algo más de contexto.

—Ah. —Se sonrojó—. No me refería a la gente del pueblo…

—… los campesinos —agregó Chalkie.

—Me refiero a nuestros primos, a nuestros amigos. Siempre fuimos los parientes pobres. Era deprimente. Todos los demás fueron a un internado. —Enseguida añadió—: O sea, no todos los del pueblo, sino…

—… tus primos, tus amigos —Chalkie concluyó la frase por ella—. La gente que importa.

—Así que fuiste a la escuela local, ¿no? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Como mi familia no es católico romana, fui a una escuela anglicana de la Iglesia de Irlanda en otro pueblo, porque no había suficientes niños de los nuestros para tener una donde yo vivía. Pero como estaba a cuarenta y cuatro kilómetros, la verdad es que no tenía amigos.

—¿Los campesinos no estaban a tu altura? —preguntó Chalkie.

Bronte se giró y lo miró fija y fríamente.

—Me habría encantado ser amiga de los campesinos —respondió con calma—. Yo los adoro totalmente.

Chalkie se puso visiblemente rojo, y Dennis se espabiló de su modorra para mascullar:

—Chicos, buscaos una habitación.

—Pero —continuó Bronte— los campesinos no se fiaban de mí. Me llamaban «esa pija de la yeguada».

—No sé de qué cojones te extrañas si tus ancestros les robaron sus tierras.

—Chalkie —dije—, para.

Lo que estaba claro era que Bronte era una verdadera marginada. Su propia tribu la despreciaba mientras que los lugareños se mostraban distantes con ella. Incluso dentro de su familia estaba sola: su padre tenía problemas a la hora de gestionar la ira, ambos progenitores bebían mucho y la hermana que menos edad le sacaba le llevaba nueve años.

Pero eso ella ya lo sabía. Había quedado claro durante su primera etapa en un centro de tratamiento, así que yo no estaba averiguando nada útil.

A los quince años, durante un fin de semana, en una fiesta con sus primos más acomodados, había tenido su primer coqueteo con las drogas.

—Solo hachís —dijo—. Fue tan divertido…

—¿«Solo» hachís? —pregunté.

—Sí, «solo»; el hachís no es nada comparado con la heroína —replicó sin pestañear.

Debo reconocer que era difícil ponerla nerviosa.

A los veintidós años, cuando ya estaba en Londres, probó la heroína.

—¿Qué hacías en Londres?

—Cuidaba la casa de caballerizas de mi tía abuela y trabajaba en una galería de arte.

—¿Cómo conseguiste ese curro en una galería de arte? —preguntó Chalkie.

—Mi madrina era muy amiga de la hermana del dueño.

—Los pijos cuidáis muy bien unos de otros.

—¿Y cómo fue tu primera experiencia con la heroína? —pregunté.

—Fue indescriptible. —Tenía la mirada perdida—. Una euforia total combinada con una sensación colosal y alucinante de amor y seguridad.

—Pues sí, está bien, la verdad —murmuró Chalkie.

El siguiente acontecimiento destacable en la vida de Bronte fue conocer a Eden, también angloirlandés, pero, a diferencia de Bronte, rico y con título.

—Me dijo que tenía que dejar de tomar drogas, así que lo dejé. Nos casamos, nos fuimos a vivir a Riddlesden Hall, tuve a mis hijos y trabajé con mis queridos caballos. Era todo perfecto.

—Aun así, de repente, hace seis años, volviste a consumir drogas. ¿Por qué?

—Oh. La verdad es que no lo recuerdo. No estoy segura del todo… No sabría decirte.

Tenía la horrible sensación de que Bronte estaba haciendo esto para cubrir el expediente. Había estado en rehabilitación en una ocasión anterior, sabía qué debía decir.

Así que cambié de estrategia:

—Háblanos de tus hijos. Tuviste a la primera, a Freya, cuando tenías veinticinco años, ¿no?

—Y a Hugo a los veintisiete y a Gerald a los treinta. Luego Eden dijo que ya no habría más, pues ya tenía dos hijos varones, un heredero y otro por si se moría el primero.

Soltó una risita, pero lo único que obtuvo como respuesta fue un silencio sepulcral. El resto, incluido Giles, no había conocido ni por asomo el estilo de vida de esa gente que heredaba fortunas y títulos nobiliarios.

De pronto me picó la curiosidad y pregunté:

—¿Qué tipo de relación tienes con tus hijos?

—Los adoro totalmente.

Iba a decir algo más cuando se calló de golpe.

—¿«Pero»? —inquirí.

—Están en Inglaterra, en un internado. Bueno, Freya, no; se ha tomado un año sabático. No los veo tan a menudo como me gustaría. Tal vez… cinco semanas al año. ¿Seis? En las vacaciones de verano van al campamento de francés.

«Madre mía».

—¿A qué edad empezaron a ir al internado?

—A los siete años. Sé que parece muy pronto —añadió Bronte—. Pero así son las cosas. Eden empezó con cinco años. Y dice que ahí se hizo un hombre.

Eso sonaba cruel y horrible.

—Antes de la recaída, ¿qué solía hacerte feliz? —le pregunté.

—Los caballos. —No lo dudó—. No soy más que una moza de cuadra, pero me encanta. Dedicaría a eso todo el día, todos los días.

Había algo que no encajaba, pero no sabía qué… Tal vez Bronte fuera una de esas personas que quieren más a los animales que a los humanos.

A la hora de almorzar, recorrí en coche a toda pastilla las carreteras secundarias de Wicklow hasta ese quiero y no puedo de la modernez que era Enniskerry para que me tiñeran las cejas y las pestañas; idea de Claire. Me había dicho que también necesitaba un tratamiento facial y una sesión de lavado y secado de pelo antes del día siguiente por la tarde, para que estuviera «estupenda» en la fiesta de cumpleaños del señor Costello.

—Y ve pronto. —Había insistido mucho en esto—. Asegúrate de que todos te vean, para que puedas escabullirte en cuanto eso se llene. Llévale un regalo al viejo, algo alucinante, podrías alquilar un Aston Martin para que se dé una vuelta. ¿Y cómo piensas ir vestida? Tienes que estar deslumbrante pero sin que parezca que hayas hecho ningún esfuerzo para estarlo.

Decretó que me pondría vaqueros, un suéter con el hombro al aire y todas las joyas que me había regalado Quin. Yo estaba de acuerdo en todo.

—Así que quieres que me plante en medio de los Costello, pavoneándome en plan «¡miradme ahora!», ¿no? ¡Pues sí, me parece bien!

—Tienes que transmitirles el mensaje de que «¡no solo he sobrevivido, sino que estoy de puta madre! Mirad qué pelo tan brillante tengo y qué piel tan reluciente y qué ropa tan guay, a pesar de que es la adecuada para mi edad».

—¿Puedo decirles: «Sí, estos vaqueros son carísimos porque tienen un corte increíble. Sí, el suéter es de angora; sí, sé que este color me resalta los ojos de un modo increíble? ¿Creéis que esta clase de cosas pasan por casualidad»?

—¡Pues claro! Y: «¿Los pendientes? Sí, son diamantes… ¡Ah, no, discúlpame tú y tu vista perfecta! Fueron un regalo de mi novio. Sí, novio… ¡Ah, sí, por supuesto! ¿Que si vamos en serio? Desde luego». Adelante, Rachel —me animó—. ¡Cómetelos!

—¿«Cómetelos»?

—Eso dice la gente joven ahora. Así que nosotras también.

—Cómetelos —dije a modo de prueba—. No sé… —Y añadí—: ¡Claire! Por cierto, ¿cómo va lo del intercambio de parejas?

Le conté que Adam me había revelado en BanDearg que tenía algunas reticencias.

—Me lo estoy trabajando. La mayoría de los hombres serían muy felices si tuvieran una oportunidad como esta. No sé qué le pasa.

—Ah, Claire… Adam y tú tenéis mucha suerte. No la fastidies.

—Deja de preocuparte, ¡va todo de cine!

OceanofPDF.com

45

—Sabía que ella estaba bebiendo mucho. —Gemma Kaye se llevó un pañuelo de papel a los ojos—. Demasiado. —Esa pobre mujer era la madre de Tegan, la amiga de Harlie—. Pero nunca pensé que se fuera a morir.

Carraspeé; oír aquello era muy duro.

—Cuando los policías llamaron a nuestra puerta el domingo por la mañana… —tenía la voz ahogada por la emoción—, fue el peor momento de mi vida.

¿Quién sabe qué clase de mujer había sido antes de que su vida diera un giro tan dramático? Lo que estaba claro era que había vivido algo devastador. Se había dejado totalmente: llevaba la ropa muy holgada y tenía la piel gris y ajada.

—Harlie —imploró—, si no puedes dejarlo por ti misma, ¿por qué no lo haces por tus padres? No quisiera que nadie pasara por lo que yo estoy pasando. Darragh, mi marido, lleva en paro desde entonces. Toma pastillas. Te aseguro, cariño, que nunca superaremos esto.

Harlie permaneció imperturbable y me quedé petrificada por el pánico: ¿y si no podíamos avanzar más con ella?

—Si me hubieran dado a elegir, habría preferido morir —dijo Gemma —. Si no fuera por Darragh, estaría muerta.

Trassa estaba llorando abiertamente… y algo le pasaba a Chalkie. No decía esta boca es mía, tenía los ojos desorbitados y parecía estar… ¿horrorizado?

—Harlie, eres joven —suplicó Gemma—. No puedes ni imaginarte qué se siente al ser madre y perder a tu niña. No hay nada peor, eso te lo puedo asegurar ahora.

Oh, Dios, entonces era yo la que estaba a punto de llorar.

—La quería tanto, siempre la querré, siempre será mi niña, y nunca dejaré de sentir este dolor.

Súbitamente, me puse de pie. Ya era suficiente… para todos. Y hacer sufrir más a Gemma habría sido cruel. Me la llevé a tomar un té y, cuando ya estuvo en condiciones, la metí en un taxi y la envié a casa.

Cuando volví a entrar, Brianna me abordó.

—Chalkie te está buscando. Está fuera, ahí atrás, fumándose un cigarrillo.

Me lo encontré solo en el jardín, donde un grupo formado por otros fumadores lo miraba con preocupación.

—¿Chalkie?

Ay, Dios, qué mirada.

—Acompáñame. —Lo llevé hasta una de las consultas más acogedoras —. Siéntate.

—No puedo. —Apretó los dientes.

—¿Qué te pasa, Chalkie?

—Al oír hablar a esa mujer —no paraba de andar arriba y abajo— sobre cómo amaba a su pequeña, me he puesto a pensar en mi madre. Ella… se largó y me abandonó, joder, cuando no tenía ni tres putos años, Rachel.

—Estás furioso. —Ya era hora.

—Estoy cabreado de co… —Casi gruñó—. Si estuviera aquí, la mataría, me cago en la puta.

—¿Crees que no te quería?

—No me jodas, pues claro que no. —Estaba sufriendo tanto que me costaba mirarlo—. Si me hubiera querido lo suficiente, no habría muerto.

—¿Dices eso a pesar de que sabes lo fuerte que es la adicción, Chalkie? Cuando estás en sus garras, no puedes elegir.

—Sí. Eso es lo que más asco me da… ¿Cómo puedo estar enfadado cuando yo también soy un yonqui? Pero lo estoy, Rachel, lo estoy, joder.

—Sabes que puedes sentirte así, ¿no?

Puso los ojos en blanco.

—La gente…, o sea, los profesionales…, me dicen que soy un yonqui por culpa del gran vacío emocional que dejó mi madre.

—¿Y?

—Es muy simplista. «Buscas un hogar». Esa es la conclusión obvia, ¿verdad? Pero hoy, cuando esa mujer estaba hablando, he notado una sensación… Ha sido como una avalancha… y creí que iba a vomitar.

—¿Y lo que has sentido era…?

—Ira. Estoy cabreado de cojones, Rachel. Quiero matar a alguien. No. Quiero salir por esa puerta, ir a la ciudad, comprarme una bolsa enorme de caballo y metérmelo en vena.

—Pero no lo harás. No mientras yo esté aquí.

—Hablo en serio —dijo muy nervioso—. No quiero hacerlo, pero no puedo lidiar con estos sentimientos. Tengo que hacer algo.

—Vale. —Cogí el teléfono y llamé a Brianna—. Busca a Giles. Tráelo a la habitación siete, gracias.

—¿A Giles? —farfulló Chalkie—. ¿Para qué quieres a ese capullo?

Levanté un dedo para pedirle que se callara y llamé a Waldemar por el *walkie-talkie*.

—Soy Rachel. ¿Puedes venir a la habitación siete?

—¿Qué ocurre? —inquirió Chalkie—. En serio, Rachel, me…

Llamaron a la puerta, era Giles, y Waldemar le pisaba los talones.

—Giles —dije—, Chalkie necesita tu ayuda…

—… ¡los cojones!

—Waldemar, ¿tienes las llaves de la puerta? ¿Y del cobertizo? ¿Sí? Vale, chicos, vámonos.

Como fui a toda prisa (después de todo, tenía una cita para recibir un Tratamiento Facial con Pistola de Carboxy que no me quería perder), a los tres hombres les costó seguirme el ritmo mientras me dirigía a los jardines.

Waldemar abrió la puerta que daba al campo pelado y nos guio hasta el cobertizo.

—¡Madre mía! —exclamó Giles—. Es un gimnasio.

Oh, no lo era en realidad. Aunque había un saco de boxeo gigante que pendía del techo y una caja llena de guantes de boxeo, pelotas de tenis, combas y demás parafernalia básica para mantenerse en forma.

—¿Qué necesitas? —me preguntó Waldemar.

—Unas raquetas y unas pelotas de tenis.

—¿De tenis? —Chalkie no se lo podía creer—. No voy a jugar al puto tenis. Y menos con él.

—Venga ya —repuso Giles—. ¿Quién se perdería la oportunidad de (cómo lo describiste) pavonearse y chillar: «Cuarenta iguales»?

Ojalá no hubiera dicho eso. Chalkie era peligrosamente inestable; estábamos corriendo un riesgo de la hostia.

Rápidamente, le quité una raqueta a Waldemar y se la di a Chalkie.

—Sal ahí y dale a esa pelota. Giles te enseñará cómo hacerlo. Hazlo hasta que te agotes. Hazlo hasta que se te pase el cabreo.

—Ni de coña.

Lo agarré de la muñeca con fuerza.

—Hazlo. La ira volverá, seguirá volviendo. Cuando lo haga, se lo dirás a Waldemar o a Florian, y ellos te prepararán el saco de boxeo, o Giles jugará al tenis contigo… ¿verdad, Giles?

—Por supuesto.

—Es viernes. —Miré con determinación a Chalkie—. Ahora me voy a marchar, pero cuando vuelva el lunes por la mañana, más te vale que sigas aquí.

Estaba tan furioso que me fulminó con la mirada.

—¿Vale?

Siguió sin hablar.

—Si te vas —le prometí—, te encontraré y te mataré.

—Tiene un talento especial para eso —le aseguró Waldemar.

Me estremecí. No era momento para hacer bromas. Pero como Chalkie no le había dado un empujón a Giles ni había salido corriendo hacia la puerta, decidí mantener la esperanza.

De vuelta en la casa, les dije a los trabajadores del turno de fin de semana que tuvieran mucho cuidado con Chalkie y tampoco les quitaran el ojo de encima a Trassa, Harlie, Dennis y Ella (había sido una semana tremenda); a continuación, me fui a por mi tratamiento facial.

Unas carcajadas y unos chillidos me saludaron al abrir la puerta. Devin debía de estar en casa. A menos que Kate hubiera empezado a hablar sola.

Y si teníamos en cuenta los antecedentes genéticos de los Walsh, todo era posible.

No, ahí estaban los dos, en la cocina, preparando algo.

—¡Hola, Rachel! —Kate parecía tan feliz…

—¡Hola! —Devin asomó la cabeza por detrás de ella.

—Hola. —Le sonreí mirándole a los ojos mientras pensaba: «No me importa NADA oír los ruidos que haces cuando te corres».

—Hemos hecho la cena —dijo Kate—. Ya solo hay que meterlo en el horno una hora. ¿Cenarás con nosotros?

—Sí, claro. Será genial. Gracias. —«Mierda».

—Mientras, ¿puedo pedirte un favor? La fiesta sorpresa de la abuela… ¿Puedo cogerte algo prestado?

—¡Claro! Bueno, si encuentras algo. —No me iban demasiado los vestidos de fiesta.

—¿Puedo echar un vistazo a las cosas *vintage* que tienes en el cuarto de invitados?

Llamar a eso *vintage* era exagerado. Solo era ropa vieja que no me había puesto en años pero a la cual todavía tenía cierto cariño.

—Sí, quizá haya algo ahí dentro.

—¡Genial! ¿Echamos una ojeada? —Kate le dio un toquecito a Devin, y ambos subieron a todo correr por las escaleras.

No mucho después, Kate gritó:

—¿Rachel? ¿Podrías subir aquí?

En el minúsculo dormitorio pude ver que no cabía en sí de gozo.

—¡Este! —Sostenía en alto un vestido de noche *vintage* de color azul oscuro… que era *vintage* de verdad, de 1980. El corpiño emballenado carecía de tirantes y tenía bordados unos planetas metálicos, la falda era una explosión de tul—. ¿Puedo probármelo? —Se agachó para quitarse las mallas; después, la muy remilgada se sonrojó y ordenó a Devin—: Mira para otro lado.

—¿Ahora eres tímida? —Con una lenta sonrisa, se volvió hacia la ventana.

—Ya te diré cuándo mirar —le dijo a su espalda—. Rach, ¿puedes subirme la cremallera?

La cremallera subió sin problema; la tela brillante se le ciñó a la cintura y las costillas; la melena ondulada le cayó sobre los hombros desnudos. Estaba preciosa. Al mirarse en el espejo, tiró del tirante del sujetador.

—Me va a hacer falta un sujetador sin tirantes.

Yo nunca había llevado sujetador. La primera década del siglo XXI había sido una época muy distinta.

—Dev —dijo—, ya puedes mirar.

Él se volvió… y se quedó ligeramente boquiabierto.

—Gatita, estás tremenda. ¡Madre mía!

—¿Ah, sí? —Le brillaban los ojos como si fueran estrellas—. Aunque todavía le falta… algo.

—Ponte un pañuelo en el pelo. Sí, un pañuelo te quedará bien con esa melena grande y alborotada. Y quizá deberías llevar un collar. ¿Unas cruces?

A pesar de los molestos ruidos que hacía durante el sexo y el agua que había desperdiciado en la ducha aquella mañana de la semana anterior, Devin estaba empezando a caerme bien. Era admirable que mostrara tanto entusiasmo sin disimulo por el aspecto de su novia.

—¿Cuándo te ponías esto? —me preguntó Kate.

—Cuando iba a fiestas, quizá hace quince años, después de desengancharme y mudarme a Nueva York. Era El Mejor Vestido del Mundo.

Eché un vistazo a las perchas del armario, y cada prenda me trajo recuerdos de otra vida. Entonces mis dedos acabaron aterrizando sobre un picardías rosa, de satén resbaladizo. Lo saqué, junto al cárdigan corto y suave que iba a juego y un bolsito ridículo.

—¡Madre mía! —exclamé—. Me encantaba este conjunto.

—Es mono. —A Kate no le interesaba demasiado, pero yo tenía que hablar de él.

—Lo llevé en la boda de Johnno y Elaine, alrededor de 2006. Íbamos tan mal de pasta que no tenía nada que ponerme, pero Luke vendió un disco, uno muy raro…

—¿Cuál era? —preguntó Devin.

—Un álbum de Led Zeppelin… —Intenté recordarlo—. ¿La edición limitada de *Houses of the Holy*?

—¡Uf! —Devin hizo una mueca—. Qué dolor.

Me eché a reír.

—Eres demasiado joven para conocer a Led Zeppelin.

—Como para no conocerlos cuando uno tiene un tío como Luke. —Negó con la cabeza—. Vender eso debió de dolerle.

—Síií. —Yo todavía estaba sumida en mis recuerdos románticos—. Supongo. —Acaricié la escurridiza tela—. Pero se lo compensé.

Al salir de mi ensimismamiento, me fijé en que los dos me miraban un tanto avergonzados y estallé en carcajadas. Ya sabían cómo me sentía.

OceanofPDF.com

46

Alardeando de cara sesión de peluquería, me pasé por una reunión más del comité. Claire (que estaba ahí con Francesca y su hijastra Molly) asintió al ver mis vaqueros rotos y mi suéter de angora engañosamente informal.

—Te veo… —Helen levantó la cabeza de golpe—. Vas «glamurosa» pero con disimulo.

—¿Llevas esos pendientes naranjas tan raros? —Margaret parecía nerviosa—. Ah, sí. Bien, eh…

—¿Tanto esfuerzo porque tu exmarido estará ahí? —preguntó con desprecio Francesca, de diecisiete años—. ¿No eres un poco dramática?

—¡Claro que no! —exclamó Molly, con educación y diplomacia—. Está haciendo justo lo correcto. Además, Rachel, ¿tus zapatillas deportivas? —Hizo un círculo con el índice y el pulgar—. Son divinas.

—Si te soy sincera —le dije a Molly—, sí, soy dramática. Aunque no pasa nada. Luke me rechazó, pero no por eso voy a aparecer hecha unos zorros.

—Bueno, Rachel —nos interrumpió Francesca—, ya has conocido al tal… Devin. ¿Cómo es?

Miré rápidamente hacia Claire.

—Sí —admitió—. Lo he invitado a cenar la semana que viene.

—Para conocer a la familia. —La sonrisa de Francesca daba miedo.

No pude contenerme y le espeté:

—Te iba a pedir que te comportaras, pero no lo vas a hacer, ¿verdad?

Negó con la cabeza mientras sonreía otra vez del mismo modo.

—Yo sí me voy a comportar —afirmó Molly.

—Qué suerte tenemos de que estés aquí —le aseguré—. Vale, me voy a la fiesta de cumpleaños del padre de Luke.

—Espera un momento —dijo mamá—. Si tú vas al cumpleaños de Brian Costello, ¿podrá venir Luke al mío?

—No. —La idea me horrorizaba—. No, no, no, no, no. Adiós.

Muy a mi pesar, aunque solo habían pasado tres minutos de las cinco, ya había varios coches aparcados en el camino de acceso empedrado, de un tamaño considerable, de Justin y Sarina. Llamé al timbre, que bramó: «¡Intruso, intruso!» y, acto seguido, se oyó una sirena de ataque antiaéreo.

Instantes después, Sarina, a la que se veía estresada, abrió la pesada puerta principal.

—¡Ese puñetero timbre! —Me hizo pasar al vestíbulo, de doble altura, para darme un abrazo—. Adolescentes con demasiado tiempo libre. No sé cómo reprogramarlo.

—Encantada de… eh, verte de nuevo. —En su día habíamos sido concuñadas. Aunque no habíamos sido amigas íntimas, nos llevábamos bien —. Gracias por haberme invitado hoy y siento lo de Margie. —Hablé aceleradamente. No estaba segura de si debía mostrarme respetuosa o alegre.

Vaya, qué incómoda era la situación.

—Sé que parece raro celebrar una fiesta como esta, pero Brian no dio su brazo a torcer.

Hizo un gesto de negación con la cabeza mientras me acompañaba por varias hectáreas de suelo de roble encalado hasta una cocina moderna colosal, un país de las maravillas de granito y fresno. Para neutralizar esa incómoda sensación de que había fracasado en la vida a lo grande, intenté decirme a mí misma que le «faltaba alma», pero en realidad no era cierto. Si yo hubiera montado una cocina como esa, me habría quedado tan poco acogedora como un cementerio de noche. Algunas personas tienen un don y punto.

La cocina «fluía» hasta una zona gigantesca y abierta, donde comer y sentarse, que contaba con unos sofás modulares de ante de color piedra y unas mesas bajas de resina blanca, todo ello iluminado por unas lámparas colgantes de cristales relucientes.

Había mucha gente: Vanessa, la hermana de Luke, con su marido y sus hijos adolescentes; Kate y Devin, quienes, de la mano, irradiaban amor juvenil. (Kate y yo nos abrazamos como si no nos hubiéramos visto desde hacía doce años y no cinco horas antes). Alrededor de la silla de ruedas del señor Costello había tres ancianos.

Oh, y junto a la ventana más alejada estaba Luke, observándome.

Nuestras miradas se cruzaron durante un instante más de lo debido. Entonces, con elegancia, se apartó de la ventana y cruzó la habitación.

—Gracias por venir —dijo—. Te… lo agradezco. ¿Quin no ha venido?

—Es que ya tenía planes. Se ha ido a hacer escalada. Bueno —dije—, será mejor que salude al cumpleañero.

Y así, de paso, podría darle esos calcetines que había envuelto en papel de regalo. (Como parecía que en toda Irlanda no había ningún Aston Martin que pudiera alquilar para que diera una vuelta con él, había optado por regalarle tres pares de calcetines de rombos de lana mixta).

Luke me acompañó hasta el cuarteto de ancianos.

—Chicos —les dijo en voz baja a los amigos del señor Costello, quienes discretamente se apartaron.

—Papá, mira quién…

—¡Rachel!

—Señor Costello.

—Brian. —Me indicó con una mano que me sentara en un taburete de ante con forma de cubo mientras Luke desaparecía—. Siempre te digo que me llames Brian. Te vi en el funeral. Fue un bonito detalle por tu parte que acudieras.

—Era lo menos que podía hacer. —Me sonrojé—. Fue mi suegra y fue muy buena conmigo.

—¿Ah, sí? —Lo dijo con un tono que no supe muy bien cómo interpretar.

—Feliz cumpleaños, señor Cost… Brian. —Le di los calcetines envueltos en papel de regalo.

—Oh, qué buena eres. Ah, ahí está Kallie.

Miré hacia donde él miraba. Kallie, que iba con las piernas al aire y llevaba un vestido camisero y unas botas vaqueras, estaba agitando su

melena delante de Justin.

—Dime. —El señor Costello me agarró y me atrajo hacia sí—. ¿Qué opinas de ella?

—… Me parece… un encanto.

¿Qué estaba pasando aquí exactamente?

—¿Crees que Luke se va a casar con ella?

—Esto… Señor Costello, Brian, no es a mí a quien debes preguntárselo.

—Me encantaría verlo sentar la cabeza. Verlos felices.

«¡Oh, por el amor de Dios! ¿Va en serio?».

—Dime, ¿ya no tomas drogas ni nada de eso?

¡Menudo descarado!

—Desde hace muchísimos años.

—Bien, bien, bien. Fue una verdadera pena lo que os pasó a Luke y a ti. Te teníamos mucho cariño.

—Yo también os tenía mucho cariño. —Sin embargo, estaba intentando calcular cuánta gente me separaba de la puerta. ¿Podría largarme sin mucha dificultad?

—La cuestión es que cuando un bebé muere…

—Sí, ya. —Me puse en pie antes de ponerme a llorar como una Magdalena.

—Oh, Rachel. —Hizo ademán de agarrarme de la mano—. No pretendía alterarte.

¿Qué esperaba? Me guardaba mi dolor porque, tras haberla perdido, solo podía vivir así.

—¿Puedes disculparme un segundo?

—¡Justin! —El señor Costello llamó a su hijo mayor. Dios, no, no quería una escena.

Cegada por las lágrimas, me dirigí a la puerta, con la esperanza de poder escapar cuanto antes.

—¡Justin! ¡Luke!

«Mierda». Alguien había avisado a Luke de que pasaba algo y parecía enfadado.

—¿Qué? —Avanzó para bloquearme el paso y me vio la cara—. ¿Qué te ha dicho?

Fulminó a su padre con la mirada.

—Nada.

—Sí, salta a la vista que nada. —Enojado, echó un vistazo a la habitación y me tiró de la manga—. Vamos.

Me llevó por el pasillo y abrió una puerta que daba a una sala de estar más pequeña y formal, con unos sillones sosos y un sofá austero cuya tela parecía almidonada. Junto a la impoluta chimenea de mármol se hallaban el atizador y otros instrumentos relucientes, y sobre una mesa pulidísima había fotos familiares en marcos de plata, dispuestas de un modo artístico.

Me sorprendió (o prácticamente me horrorizó) ver que entre ellas había una foto de Yara. Luke se dio cuenta al mismo tiempo que yo y se puso muy tenso.

—Mierda —dijo—. No lo sabía…

Las compuertas de mi dolor se abrieron. De repente ya no pude más, no me quedaba ni una pizca de fuerza, y todo (las tres últimas semanas, los últimos años) se me vino encima, empujándome al pasado.

OceanofPDF.com

47

—¡Luke! ¡Luke, ven aquí!

Me tocó la tripa y me miró, con los ojos como platos.

—¿Lo notas? —susurré.

—Sí. Es como un… ¿un aleteo?

—¡Sí, eso es justo lo que siento! —exclamé—. Como si hubiera una mariposita aquí dentro.

Había tenido un embarazo de ensueño. En el primer trimestre apenas había sufrido náuseas matutinas; además, tenía muchísima energía y casi siempre estaba flotando en un estado de dicha extrema.

Dejé mi adorada cafeína, compré todas las vitaminas y suplementos que recomendaban los numerosos blogs sobre el embarazo que había leído y volví a probar con la meditación.

Mientras tanto, Luke compró *Qué esperar cuando estás esperando un bebé* y lo consultaba a diario.

«Esta semana tiene el tamaño de un arándano rojo».

«¡Mañana será tan grande como un arándano azul!».

Solía pasar por el puesto de fruta de Mia en el mercado, donde Luke sostenía en alto una fresa, por ejemplo, y le decía a todo el que quisiera escucharle que esa semana nuestro bebé era de ese tamaño. Luego añadía:

—Lo siento, Mia. No debería toquetear el género, *mea culpa*.

Mia, a quien conocía de las reuniones, se quedaba paralizada cada vez que Luke le hablaba. Era dulce y bonita y, con esos grandes ojos marrones en la cara redonda enmarcada por el pelo corto, oscuro y alborotado, me recordaba a un muñeco de peluche.

Después Luke solía apartarme del puesto de quesos, lanzando miradas asesinas a cualquier queso blando que se me hubiera pasado por la cabeza

comprar.

—Lo siento, amigo —le solía gritar a Lionel, el quesero—. ¡Rachel está embarazada! Volveremos dentro de siete meses.

La carne cruda era contemplada con el horror que normalmente se reserva a los desechos nucleares, y Luke no paraba de traer a casa cosas de lo más variadas: jengibre fresco para mis inexistentes náuseas; un paquete de ácido fólico, a pesar de que ya llevaba tomándolo dos años; una bolsa de tres kilos de frutos secos. «Hierro y calcio», dijo, al tiempo que la dejaba caer sobre la encimera.

En el segundo trimestre, de repente, se me puso la piel radiante y el pelo me creció de un modo genial, muy lustroso. Pero me echaba a llorar a la mínima. Si alguien me cedía su asiento en el tren, lloraba. Si alguien no me cedía su asiento durante la hora larga que tardaba en llegar al trabajo, también lloraba.

Todo me parecía o bien «insoportablemente hermoso» o bien «indescriptiblemente espantoso».

—¿Y si soy una madre horrible? —Sollocé y sollocé mientras Luke me acariciaba el pelo—. Soy tan tan débil…

Cuando nos acercábamos a los cinco meses, Luke me comentó:

—Cariño, ¿vamos a celebrar una fiesta para decirles a todos si será niño o niña? Es solo que me ha preguntado Gaz. Dice que podría preparar algo con fuegos artificiales.

—¡Madre mía, no! Gaz seguro que nos haría volar a todos por los aires. —Gaz destruía todo lo que tocaba. De ahí que lo apodaran Shiva—. Además, son unos horteras. Gaz lleva viviendo en Queens demasiado tiempo. ¡Recuerda que nosotros somos gente de Brooklyn, cariño!

En la siguiente revisión, el radiólogo preguntó:

—¿Os gustaría saber si es niño o niña?

—¡Oh, sí! —exclamó Luke. Luego, dirigiéndose a mí, añadió—: Sí, ¿no?

—Vais a tener una niña.

Ahí mismo, Luke se echó a llorar.

—Es por la alergia —dijo, secándose las lágrimas.

En cuanto salimos de allí, le pregunté:

—¿No te sentirás decepcionado porque no es un niño?

—¡Qué va! De todos modos, el siguiente será niño. Mientras tanto, tenemos que empezar a pensar cómo la vamos a llamar.

—Yara. —Luke irrumpió muy serio en nuestro dormitorio.

—¿Qué?

—¡Que se va a llamar Yara! Estaba con Ebrahim y Saira —la pareja iraquí que regentaba la tienda de la esquina que nos venía de perlas— y les he comentado que tenías la sensación de que revolotea dentro de ti. «Yara» significa «Mariposita» en árabe. Es perfecto, ¿no?

—Pues sí. —Me brillaban los ojos. Ya teníamos nombre.

A los siete meses, Anna celebró una *baby shower* en mi honor en la Williamsburg House. Vino muchísima gente (a algunos no los había visto en años), porque todo el mundo esperaba que Anna regalara tratamientos de cutis a los invitados.

Por suerte lo hizo, y menos mal, ya que los regalos para el bebé fueron tan espléndidos que me sentí avergonzada. Había montañas de juguetes y ropa, así como cupones de Bebé Yoga y certificados de que habían plantado árboles en nombre de Yara (eso lo hicieron algunos de mis amigos de Brooklyn más ecologistas). Varios de mis amigos guais de Manhattan me habían comprado una sillita de paseo Baby Jogger City Mini; insistieron en que una mamá novata debía estar a la última y no podía empujar un anticuado Maclaren Globetrotter.

—Esto, gracias —dije—. No tenía ni idea.

—Ay, amor, no deberías haberte marchado de la ciudad.

Cuando nos adentrábamos en el noveno mes, me puse mi peto de Embarazada de Central Casting y me recogí el pelo con un pañuelo rojo para pintar con Luke la habitación de Yara de un amarillo pálido.

—¡Nunca has estado más guapa! —exclamó Luke—. Eres una diosa.

—¡Oh, para! —Y añadí—: ¡Dilo otra vez!

Aunque Yara iba a dormir en un moisés en nuestra habitación durante los dos primeros meses, queríamos que tuviera un cuarto bonito.

Colocamos unas cortinas con dibujos de jirafas y monos, montamos una cómoda y llenamos los cajones con ropita y pañales minúsculos; después, con timidez, Luke apareció con un dosel de princesita de muselina blanca que colgó del techo por encima de la cuna.

—Sé que es muy de niña —dijo—. Podrían echarnos a patadas de Brooklyn por estereotipo de género, ¡pero míralo! Yo no puedo dejar de mirarlo.

Se le veía tan atormentado que me eché a reír y lo besé.

Para cuando terminamos, el cuarto del bebé había quedado precioso.

—Creo que le gustará —comentó Luke.

—Tengo tantas ganas de conocerla —dije. Entonces, aterrada, pregunté —: ¿Y si le fallo?

—¡No le fallarás, no seas boba! Vamos, veamos si le apetece bailar.

Habíamos descubierto que si poníamos música, sobre todo Led Zeppelin, a quienes tanto adoraba Luke, se animaba mucho.

Por último, nos dio por contemplar embobados mi vientre.

—¿Eso era un… codo?

—¿O igual una rodilla?

—Podríamos vender entradas para esto.

OceanofPDF.com

48

En la semana treinta y siete estaba plegando velas en el trabajo; me quedaban dos más para darle carpetazo a todo. Tenía derecho como máximo a un permiso de maternidad de cinco meses (tres de los cuales no cobraría), pero habíamos ahorrado para ello.

A la Casa de la Esperanza le desconcertó un poco que fuera a estar tanto tiempo sin trabajar, pero me dijeron que volverían a contar conmigo.

Cuando me desperté el jueves por la mañana de esa semana, noté algo… raro. Me di cuenta de que no me había despertado desde las dos de la madrugada y, a esas alturas del embarazo, Yara solía despertarme con sus pataditas varias veces por la noche. No se había movido en horas.

—Despierta, pequeña. —Me acaricié la tripa—. Vamos, juega conmigo.

No hubo respuesta. Miré y miré, recé para que sobresaliera una rodilla o un codo, pero no vi nada.

—¡Luke!

Salió del baño, con media cara cubierta de espuma de afeitar.

—¿Qué pasa?

—Que no se mueve, no me ha despertado durante la noche. Igual estoy exagerando, pero…

Me tocó el vientre. En silencio, ambos nos miramos aterrados, ambos buscamos el consuelo que el otro no podía dar.

—¡Vámonos! —Luke se fue al baño, cogió una toalla y se quitó la espuma de afeitar con brusquedad—. Cogeremos un taxi en la calle.

De camino al hospital, Luke me agarró con fuerza de la mano, mientras yo empezaba a negociar con Dios. Hacía mucho que no creía en un poder superior que escuchase atentamente mis peticiones concretas y que tomase alguna medida al respecto al instante, como si fuera un genio que se hubiera

escapado de una lámpara. Sabía (en lo más hondo de mis entrañas, de mi cerebro, de mi alma) que, en cualquier situación, lo mejor que uno podía hacer era aceptar lo que ocurriera. Intentar convencer a Dios de que haga algo concreto nunca funciona. Aunque aquello era distinto. «Haz que esté bien —rogué—. Solo por esta vez, nunca volveré a pedirte nada, pero concédeme, concédenos, este deseo».

Aislados por nuestro miedo, observamos a las masas que iban de camino al trabajo y las envidié. Quería ser cualquier otra persona menos yo.

De vez en cuando, Luke y yo nos balbuceábamos alguna frase corta llena de esperanza, mientras oscilábamos entre la incredulidad y el terror. En silencio le supliqué a Yara: «¡Dame una patada! Haz que tu pobre mami se sienta estúpida por dejarse llevar por el pánico».

Al principio, que el hospital nos tomara en serio fue un alivio; luego, ya no. Enseguida me conectaron a un monitor y, ¡oh, qué alegría me llevé cuando sonaron los pitidos de unos latidos en esa habitación!

—Esos son sus latidos —dijo la técnica—. Estoy esperando a oír los de su hija.

Pulsó unos botones; después encendió y apagó un interruptor, pero no se oyó nada.

—Pruebe con otra máquina —pidió Luke con una voz ronca teñida de preocupación.

Pero en la nueva máquina siguió oyéndose un solo latido.

—Le haremos un escáner —dijo alguien.

Todo pasó muy rápido. En otra habitación, me subí a una mesa, con Luke a mi lado, estrujándome la mano. Me extendieron un gel por la tripa, y la técnica en ultrasonidos comenzó a desplazar la sonda. Contuve la respiración. Esperé, esperé y esperé a que dijera: «¡Sí, ahí está! ¡Todo bien!».

«Dilo —recé—. Dilo y así todo estará bien».

Sin embargo, no se oyó nada durante un momento que se prolongó mucho, demasiado, mientras ella seguía moviendo la sonda. Llevaba demasiado tiempo sin hablar. No se podía negar que su cara reflejaba pánico; entonces oí que decía:

—Lo siento mucho.

Al instante ya no era capaz de distinguir ningún sonido, y la habitación se volvió borrosa.

Era consciente de lo que me estaba diciendo, pero no estaba lista para asimilarlo.

—¿No está… bien? —me oí preguntar.

Ella repitió:

—Lo siento mucho.

—Pero si anoche estaba bien. Díselo, Luke. Se estaba moviendo y, a ver, estaba tan animada…

Luke era la viva imagen de la desolación.

—¿Esto está pasando de verdad? —le pregunté.

Aturdido, asintió.

—No parece real.

—Pero lo es, cariño.

De un modo ridículo, esperaba que Luke lo arreglara. Él era quien luchaba mis batallas cuando yo no podía. Pero aquello no era como cuando teníamos que subir en un vuelo en el que había *overbooking* o queríamos que nos cambiaran de habitación en un hotel porque era muy ruidosa; aquello era algo muy distinto, y él no podía obrar milagros.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté—. ¿Qué he hecho mal?

Una tocóloga de guardia, que había aparecido de la nada, respondió con mucho tacto:

—Lo más probable es que no hayas hecho nada mal. Comprobaremos si hay alguna infección, pero a veces pasa sin ninguna razón.

—¿Qué hacemos ahora? —Estaba aturdida por la conmoción y la confusión—. Ella sigue ahí dentro.

Eso me hizo pensar en los mineros chilenos que se habían quedado atrapados bajo tierra. ¿Cómo íbamos a sacarla de ahí?

Con más delicadeza si cabe, la tocóloga contestó:

—Dando a luz.

—¿Cómo voy a poder hacer eso si no está viva? No tiene sentido.

—Te induciremos el parto, alumbrarás y, cuando haya nacido, Luke y tú estaréis un rato con ella.

—Pero…

—Podréis vestirla, hacerle fotografías, cortarle un mechón de pelo, tomarle las huellas de los pies. Podréis guardar todo eso como recuerdo. Luke y tú seguís siendo sus padres, ella sigue siendo vuestra niña.

Tal y como lo decía, parecía algo bueno. Pero ¿cómo podía haber algo positivo en todo aquello?

Mientras me preparaban para provocarme el parto, apareció un pastor, que llevaba una biblia y mostraba la sonrisa «cariñosa» de rigor. Me tocó la mano y murmuró:

—Todo sucede por una razón.

«¿En serio?».

Luke, que estaba a mi lado, se cabreó; Luke, quien rara vez se enfadaba.

—Eh. —Enfatizó cada palabra—: Ahora no, tío.

Dio la impresión de que el pastor intentaba hacerse el sueco.

—En serio, tío.

Luke se incorporó a medias.

El pastor se retiró en un visto y no visto.

Lo mucho que me había preocupado el dolor que iba a sentir al dar a luz me parecía entonces una tontería; habría soportado cualquier cosa con tal de que hubiera nacido viva.

Lo que más recuerdo es aquel silencio tan raro. Tener un bebé siempre ha sido algo escandaloso, como ver el Grand National: una intensa carrera de alto voltaje en la que muchas personas distintas te animan a gritos.

—¡Sigue! ¡Sí, buena chica! ¡Más rápido! ¡Más fuerte! ¡Coge aire y ahora aprieta de nuevo! Ya queda poco, continúa así. ¡Ya casi está, Rachel, ya casi está!

Pero mi parto tuvo lugar en medio de un silencio casi absoluto.

En un momento dado, me oí contener los sollozos. Entonces me di cuenta de que no era yo quien lloraba, sino Luke.

Incluso después del nacimiento, nadie dijo nada. Pero cuando me pusieron a Yara en brazos, sentí una calma repentina. Ahí estaba, nuestra niña, tan chiquitita y perfecta. Tenía la piel helada cuando debería haber estado caliente, nunca abriría los ojos, pero, oh, qué maravillosas eran las

minúsculas uñas de sus pies, las pestañas negras de punta, los deditos de las manos.

—Hola, ricura —dije—. ¡Hola!

Luke le acarició la mejilla con un dedo.

—Tiene la piel tan suave.

—¡Y mira qué pelo! —Tenía una mata espesa en la coronilla, de color negro azabache—. En eso ha salido a ti.

A Luke le tembló la barbilla.

Le olí la cabeza. Olía a bebé.

Las lágrimas de los dos cayeron sobre ella.

—Sentimos mucho que no hayas podido quedarte —le dije.

—Pero no debes sentirte mal —añadió Luke—. No ha sido culpa tuya.

En algún momento, Anna había traído la maleta en la que habíamos metido todo lo necesario para ir al hospital, la cual llevaba las últimas tres semanas en la entrada de casa. Luke y yo habíamos escogido para Yara un pijama supersuave, que tenía un conejito bordado en el pecho y pezuñitas en los pies.

Como nos habían indicado, le hicimos muchas fotos, para poder recordarla con todo detalle. Después, una de las enfermeras nos sugirió que nos sacáramos unas fotos los tres juntos.

—Intentemos hacerlo con una sonrisa —le dije a Luke—. Tú sigues siendo su papá, y yo sigo siendo su mamá.

En la mayoría de las fotos, Luke y yo salimos como si fuéramos un par de zombis, pero hay una donde estamos más relajados, donde nuestras caras reflejan amor, donde parecemos casi felices; en otra, Luke tiene los ojos cerrados mientras le besa la suave frente.

Nos habían dicho que podíamos estar con ella todo el tiempo que necesitáramos, pero al fin Luke dijo:

—Cariño, deberíamos irnos ya.

—Pero…

—Cariño. —Me miró fijamente con los ojos vacíos.

Lo entendí. No podíamos quedarnos allí eternamente: uno de nosotros tenía que hacer de poli malo.

—¿Podemos llevárnosla?

Negó con la cabeza. Ella tenía que quedarse en el hospital para que intentaran averiguar qué había ido mal. Nos la devolverían pronto y podríamos celebrar un pequeño funeral.

Entonces nos fuimos a casa sin ella.

OceanofPDF.com

49

Notaba un vacío enorme. De pie en el cuarto infantil amarillo y acogedor que le habíamos preparado, acaricié la cuna, la suave textura de las sábanas de algodón, las mantas de bebé tejidas con delicadeza, tanta suavidad e inocencia. En el rincón había un sillón tapizado y mullido, de una solidez confortante, en el que me habría sentado para darle de mamar por las noches. Unos móviles pendían sobre la cuna, y la habitación estaba a rebosar de juguetes.

Solo unos días antes, le había comprado un elefantito de peluche; lo compré sin pensar, por impulso; simplemente porque me pudo la emoción. Eso me había pasado mucho, le había comprado cosas solo porque sí. A Luke también le había ocurrido. El fin de semana anterior había llegado a casa con un minivestido de bailarina de *ballet* (al que no le faltaba ningún detalle), con su falda de tul y sus zapatillas de satén. («Sí, es rosa. Culpa mía. Échaselo en cara a Gaz, que es más bobo incluso que yo»).

Todo había acabado. Habíamos invertido tanto tiempo en esperar con gran impaciencia ese acontecimiento tan maravilloso: que naciera una personita nueva. Pero al final no había ocurrido ni ocurriría nunca.

Mi cabeza lo sabía, pero mi corazón no lo aceptaba. Tampoco mi cuerpo se dio por enterado: mis pechos empezaron a producir leche. Perpleja, contemplé las dos manchas que tenía en la camiseta.

—¿Qué debería hacer? —le pregunté a Luke.

Fue rápidamente a consultar la información con la que nos habían enviado a casa.

—Bolsas de hielo —leyó—. Ibuprofeno para las molestias. Debería parar en unos días.

Pero yo no quería que pasase. Era una forma de seguir siendo su madre.

Nuestros móviles y ordenadores portátiles se llenaron de mensajes, pero las palabras ni me inmutaron, porque realmente no me podía creer que aquello estuviera ocurriendo, que yo fuera la persona a la que le dijeran: «Con el tiempo, el *shock* y el dolor serán más soportables».

La tragedia puede golpear a cualquiera, sabía que yo no era una excepción, pero aun así, hallarme al otro lado, en el malo, siendo la desgraciada de la que se compadecía todo el mundo, en lugar de la que consolaba, era una sensación horrible.

—¡Que te den por culo, tío! —Luke contemplaba furioso su móvil—. ¿«Todo pasa por una razón»? ¿Por qué todo el mundo repite eso? ¡Vaya gilipollez!

Su cabreo me impactó. Me di cuenta de que Luke y yo estábamos en el fondo de un abismo, atrapados el uno con el otro. Nadie más podía entrar o salir de él. En pocas palabras, era aterrador.

—Luke, intentan ayudar.

—¿Cómo van a ayudar? Lo hemos perdido todo.

—Aún nos tenemos el uno al otro.

—Sí. —Con las pocas fuerzas que le quedaban, me atrajo hacia sí—. Vale.

Aunque se suponía que no debía dejar de trabajar hasta dos semanas más tarde, tuve que llamarles para comunicarles que cogía la baja inmediatamente. A pesar de que no le iba nada bien, mi jefa me dijo:

—Tómate todo el tiempo que necesites.

No debía tomármelo al pie de la letra, por supuesto. Era una de esas frases vacías que suele decir la gente, como: «Bebe mucho líquido». Al cabo de una semana o diez días, alguien de Recursos Humanos me llamaría para fijar una fecha de vuelta. Pero ya me preocuparía por eso cuando llegara el momento.

Había cosas que recordaban a Yara por todas partes. En el baño, me quedé estupefacta al ver la bañerita de bebés dentro de nuestra bañera. Ya no haría falta. Como tampoco haría falta el ordenado montón de juguetes de baño que esperaban a que jugara con ellos. Ni el sacaleches que me había prestado Olga Mae, ni los biberones ni el esterilizador ni la esterilla de secado.

Entretanto, sentía un vacío en los brazos que nada podía llenar; y no estoy exagerando. Había oído esa frase mil veces y pensaba que solo era una forma de hablar. Pero era totalmente verdad. Aunque lo peor, mucho peor, era la sospecha de que todo era culpa mía. En cuanto había notado las primeras señales de alarma de que algo no iba bien con Yara, una voz interior familiar había abierto la boca para decirme que no me merecía nada bueno. Que tenía demasiados defectos, demasiadas taras, para atraer y mantener nada puro. O quizá había hecho algo en mi antigua vida, cuando era una adicta, que había garantizado que mi cuerpo no fuera un lugar seguro para mi bebé.

El segundo día de mi nueva vida, Luke me preguntó:

—¿Crees que deberías ir a una reunión?

Obviamente debía ir. Da igual lo que suceda en la vida de un adicto en recuperación, da igual que sea bueno o malo, las reuniones siempre son importantes para mantener el equilibrio emocional.

Pero como no me sentía nada cómoda con la idea de tener que salir del piso para adentrarme en el mundo cuando seguía estando muy alterada, Luke llamó a Olga Mae, mi madrina, y ella me llevó.

Mientras estábamos sentadas en las sillas duras de la antesala de una iglesia, Olga Mae no paraba de darme codazos para que compartiera lo que me había pasado. Al final lo hice, pero solo les conté lo imprescindible.

—Mi bebé ha muerto. Me estoy volviendo loca, pero no voy a tomar nada para acabar con el dolor.

Después me vi asediada por personas bien intencionadas que me recordaron que otros adictos habían sufrido pérdidas irreparables y no habían recaído. Insistieron en que podía sobrevivir a aquello y seguir limpia, siempre que pidiera ayuda. Una y otra vez, me repitieron:

—No olvides que eres una adicta.

—No lo haré. —Su insistencia, sin embargo, era agotadora.

De vuelta en casa, en el baño, le dije a Luke:

—Vamos a tener que… —Señalé el baño, los juguetes—. No podemos quedárnoslos, ¿verdad?

—Claro que sí. Los guardaremos… porque no vamos a… O sea, ¿tendremos otro?

Pero ¿cómo podíamos tener otro cuando a ella la amábamos tanto? ¿Y cómo iba a sobrevivir a otro embarazo si tenía la certeza de que pasaría lo mismo de nuevo?

OceanofPDF.com

50

Estaba sentada en un sillón en la sala de estar de Sarina, hecha un ovillo, intentando alejarme de Luke lo máximo posible. Lloré y lloré y lloré.

—Lo siento. —Tenía un nudo en la garganta—. Lo siento mucho.

—Yo también lo siento. No te habría traído aquí si hubiera sabido lo de la foto. —Estaba sentado al borde del sofá, inclinándose mucho hacia delante, ocupando mi espacio, pero no me tocó.

Solo tenía que dejar de llorar y, entonces, podría marcharme.

—Quédate aquí —me dijo—. No te muevas. —Se levantó de un brinco, abandonó la habitación y, al cabo de unos momentos, regresó con un rollo de papel de cocina del que arrancó unas hojas.

Me sequé las lágrimas con ellas.

—Ojalá yo pudiera llorar —afirmó.

Lo miré a los ojos.

—Ojalá yo pudiera dejar de llorar.

A ambos se nos escapó una risita débil y bajé la vista al suelo.

—¿Rachel? —Empleó un tono de voz que me hizo alzar la mirada—. Solo porque no esté llorando no quiere decir que no lo sienta.

—Yo no he dicho eso. No pienso eso.

—Seguramente piensas que yo… Sé que debes odiarme.

Sorprendida, le dije:

—Bueno. A ver…

—Tienes que saber que perderla me cambió para siempre. —De repente, ahí estaba: el hombre al que conocía, sufriendo pero reconocible—. No pude evitarlo. Me sentía impotente.

—Oh…

—Por favor, créeme. —Estaba tan tremendamente serio que se me erizó el vello de la nuca. Me di cuenta, de pronto, que esa era la disculpa que llevaba seis años esperando. Su mirada transmitía sinceridad… y culpa—. Ojalá las cosas hubieran sido distintas… —Se calló y, entonces, añadió—: Ojalá yo me hubiera portado de un modo distinto.

Llevaba mucho tiempo esperando a que admitiera que se arrepentía, pero para nada lo había hecho como me había imaginado; no obstante, me había dado una razón creíble por la cual me había dejado de amar.

—A menudo me he preguntado… —dijo—. Ya sabes cómo…

Pero algo estaba ocurriendo al otro lado de la ventana. Algo que no podía ignorarse.

—Luke, espera un mo… —Fui a descorrer el visillo como una exhalación—. ¡Es un arcoíris! Ven aquí.

Me volví hacia él.

—Los arcoíris son ella. Los veo en los momentos importantes de mi vida; sé que parece una locura, pero es ella, está aquí.

—¿Hablas en serio? —Parecía sorprendido. Descolocado.

—Totalmente.

Frunció el ceño.

—Así que tú no…

Llamaron con suavidad a la puerta, que se abrió de inmediato y —para sorpresa de nadie— ahí estaba Kallie.

—¡Chicos! —exclamó—. Solo venía a ver si estáis bien.

Luke ya se hallaba a una distancia prudencial de mí.

—Estamos bien —contestó él—. Sí, bien.

Kallie me agarró de los hombros.

—¡Cómo son los suegros! Créeme, Brian es de los buenos; solo que nunca sabe cuándo parar.

Confundida, asentí.

—Te habría traído una copa de brandi, pero… —se encogió de hombros —, no puedes beber eso. Qué mal. —Se giró hacia Luke—. ¿Y tú qué, tesoro? ¿Quieres algo medicinal?

—No, Kal, gracias.

—Deberíamos… —dije avanzando hacia la puerta.

Mientras bajaba corriendo la colina, sintiéndome tan aliviada como si me hubiera fugado de la cárcel, llamé a Quin para contarle que iba de camino.

Nada más entrar en su casa, le dije:

—Ha sido la última vez. No voy a volver a verlo.

—¿Y eso por qué?

—Se ha disculpado. —Se lo expliqué a Quin—. O sea, no se ha arrastrado como yo hubiera querido en su día. Pero me ha dado una explicación realista. Con eso me basta.

—Bueno. Genial. —Y añadió—: ¿Estás bien?

—Sí. Bueno, creo que sí.

—Ven aquí. —Me atrajo hacia sí.

Llevaba varias semanas saliendo con Quin cuando le conté lo de Yara. Necesitaba estar totalmente segura de que lo entendería.

—No me puedo ni imaginar… —había tartamudeado, visiblemente conmovido—. Quiero tanto a mis hijos que si les pasara algo… no estoy seguro de si podría llegar a superarlo algún día. Madre mía, Rachel. —Había negado con la cabeza—. Sí que lo has pasado mal.

Me había sorprendido que se mostrara tan vulnerable. Sin duda alguna, eso nos había unido más y había reforzado nuestro amor. Y aunque nunca había intentado compartir la pena conmigo, siempre se había mostrado tierno y atento.

—¿Qué te gustaría hacer esta noche? —preguntó—. El doctor Quin sugiere que reposo en cama.

—¿Ah, sí? —Me reí—. Vale, la doctora Rachel está de acuerdo.

—Espera, ¿qué clase de reposo en cama está recetando la doctora Rachel?

—Reposo del bueno —respondí de manera provocativa—. Del mejor.

Más tarde, cuando estábamos tumbados en la cama, charlando sobre esto y aquello, mencioné lo raro que me había parecido el tema de Kallie y el vale de compra.

—¿Qué? —exclamó Quin—. Menuda jeta tiene.

—Creo que solo anda corta de dinero.

—Mira, Rach… ¿esa gilipollez del condón? Aunque fuera verdad, que te pidiera ayuda a ti fue muy sospechoso. Y no llevaba dinero para pagar al médico. Y tampoco me ha devuelto la pasta; tampoco es que me importe, no pasa nada. Pero hacerle eso a Kate, no me jodas. Insisto, Rach, Kallie le echa mucho morro.

—Ah, no.

—Es simpática, no digo que no. Es divertida. Pero es una aprovechada.

—… Luke no estaría con alguien así.

—Oh, sí que podría. —Me sorprendió la seguridad con la que afirmó eso—. O sea, no es que sea muy espabilado, ¿verdad? Me refiero a Luke.

¿No lo era?

Vale, no se parecía en nada a Quin, a quien le encantaban la información seria y la cultura popular, que devoraba todo con ansia e impaciencia, para intentar captar la esencia de algo lo más rápido posible. Además, al contrario que Quin, Luke tendía a pensar lo mejor de los demás hasta que se demostraba lo contrario; bueno, así había sido en el pasado, las cosas podían haber cambiado. Pero eso no lo convertía en poco espabilado.

Sin embargo, no abrí la boca. Quin tenía derecho a dar su opinión. Además, mostrarme abiertamente en desacuerdo con él, defender a Luke de verdad, sería raro.

OceanofPDF.com

51

Después de que Yara muriera, Luke estuvo una semana sin ir a trabajar, y Gustavo, su segundo al mando, se ocupó del negocio, pero luego tuvo que volver. Yo, sin embargo, era incapaz de levantarme de la cama. No soportaba tanta tristeza.

Me resultaba imposible dejar de repasar la historia de mi embarazo; iba de un mes a otro, saltaba adelante y atrás en el tiempo, en busca del momento clave donde había hecho algo que la había dañado. ¿Había sido el largo vuelo a Irlanda? Aunque no debería haber pasado nada, ya que por aquel entonces solo estaba de cinco meses. ¿Podrían haber sido las sustancias químicas del tinte del pelo? Me había hecho las raíces justo antes de saber que estaba encinta, ¿había sido ahí cuando la había lastimado? ¿O había sido algo que había comido?

Lloré y lloré todo el día, todos los días. Cuando Luke volvía a casa del trabajo, me encontraba exactamente donde me había dejado ocho horas antes.

—Lo siento —le decía—. Es horrible, pero no puedo evitarlo.

—Tranquila. —Estaba muy cansado—. No pasa nada.

Cuando llegó la inevitable llamada de Recursos Humanos, les dije que todavía no podía volver.

—¿No podéis seguir con el terapeuta que contratasteis para cubrir mi baja de maternidad?

—Oh… sí, supongo.

Pero para eso necesitaban un informe de mi médico de cabecera, por lo cual Luke tuvo que ayudarme a meterme en la ducha, para que me lavara por primera vez en seis días.

La doctora Esposito (Carlotta) era nuestra médico de familia desde hacía unos tres años y era la bondad personificada. Después de haber escrito el informe que indicaba que no estaba fingiendo mi desolación, me planteó la posibilidad de tomar antidepresivos.

Me mostré reacia a ello.

—No sé… No estoy deprimida. Lo que siento es pena, ¿no? ¿No debería sentirla sin más?

—¡Pero mírate, Rachel! —Me señaló los ojos hinchados, el pantalón de chándal holgado, la piel gris—. No estás nada bien.

—Carlotta, ya sabes que estoy en Narcóticos Anónimos, ¿verdad? No debería tomar pastillas.

—Los antidepresivos no son adictivos. No alteran los estados de ánimo; bueno, supongo que sí, pero el cambio es muy lento y sutil, es muy difícil abusar de ellos. No te dan un subidón. Bueno, tú verás. Estaré aquí si me necesitas.

Antes de despedirme, me dio información sobre grupos de autoayuda para padres que han perdido a un hijo.

Como consecuencia de su informe, la Casa de la Esperanza me concedió tres meses de baja, con el sueldo íntegro, y, sí, eso fue un alivio. Me hubiera resultado imposible volver porque, literalmente, no podía parar de llorar.

Todos los días me decía a mí misma que el día siguiente sería mejor. Me levantaré, limpiaré el piso, iré a una reunión, me sentaré en el parque y gozaré del sol en la cara. Pero llegaba el día siguiente y me quedaba en la cama, llorando a mares, intentando precisar el momento en que había hecho algo que había dañado a la niña.

No había acudido a una reunión desde aquella primera con Olga Mae y, cuando eso llegó a oídos de Nola, me dijo que iría a Nueva York, así que le contesté:

—Ahora mismo, no. No estoy en condiciones de que me cuiden.

—¿Qué quieres decir?

Quería decir que, si iba, me estaría presionando aún más para que me pusiera bien. La quería demasiado para dejar que pensase que me estaba fallando. Pero había algo más: mi relación con Luke se estaba tambaleando;

ya no conectábamos. Tener a otra persona entrando y saliendo de nuestro hogar habría complicado aún más las cosas.

No obstante, como no quería preocuparla, le prometí que iría a las reuniones.

Mi mayor temor era qué dictaría el hospital sobre la muerte de Yara. Me había estado preguntando —aterrada— si la razón había sido simplemente yo. Si había sido una locura esperar que una persona con mis defectos pudiera hacer algo tan hermoso y tierno como dar a luz a una niña.

Años atrás me había odiado a mí misma, pero lo había superado; sin embargo, entonces volvía a sentir lo mismo multiplicado por mil. Había momentos en los que me preguntaba si, por haber abusado de las drogas, mi cuerpo había sufrido daños que le impedían mantener con vida a un bebé, pero con más frecuencia si cabe temía que el fallo estuviera en mi personalidad, en mi espíritu, en la esencia, sea cual sea, que define a una persona.

El miedo y la vergüenza me mantenían sumida en un silencio que cada vez era más difícil de soportar y, al final, se lo solté de golpe a Luke:

—Creo que es culpa mía. Sabía que tendría problemas para nacer porque soy un puto desastre.

—Eso es… —frunció el ceño—, una locura. Calla. No digas esas cosas.

—Es que temo que…

—¡No!

Debería haberme alegrado de que no me dejara ponerme a caldo a mí misma, pero como en realidad no quería hablar sobre ello, no podía quitarme de encima la horrible sensación de que tal vez compartiera conmigo esa sospecha.

Y cuando el bueno del doctor llamó por fin, no pudo darnos una noticia peor: no habían descubierto qué había provocado la muerte de Yara.

Insistió mucho en que a veces pasaba sin más. Pero si no había una causa obvia —ningún virus, ningún coágulo—, entonces era culpa mía, sin lugar a dudas.

Contárselo a Luke fue duro.

—Lo siento —susurré.

—¿Qué sientes?

—Debo haber hecho algo. O a lo mejor soy yo, sin más…

Las lágrimas ahogaron mis palabras.

—No es culpa tuya. —Me atrajo hacia sí, pero no sin que antes vieras su mirada perdida.

Después se celebró el funeral. Luke vestido de traje. Aquel minúsculo ataúd blanco. Luke leyendo un poema que me partió el corazón.

> *Recuérdame cuando me haya ido,*
> *muy lejos, a la tierra silenciosa;*
> *cuando ya no puedas tomarme de la mano,*
> *y yo me vuelva para marcharme… y decida quedarme.*
> *Aunque haya agotado mi tiempo en esta tierra,*
> *háblame del futuro que planeaste para ambos.*

No sabía cómo podía sentir tanto dolor y seguir viva.

Todo el mundo reaccionó de una manera distinta a la no llegada de Yara. Algunos pasaron de mí; solo una mujer de mi grupo de clases de preparación al parto se puso en contacto conmigo. Otros, algunas personas a las que apenas conocía, a quienes nadie había dado vela en ese entierro, me soltaban perogrulladas fuera de lugar cuando les contestaba con evasivas.

Los repartidores seguían llegando al piso: traían limonada de flor de saúco, cajas de tés caros, pasteles, helados. Mis colegas de la Casa de la Esperanza habían plantado un árbol en recuerdo de Yara. Los Hombres de Verdad (que eran un número considerable si añadías a todos los que estaban en las listas C, D, E y F) donaron una cantidad de dinero importante a una organización benéfica infantil.

Los mejores eran los que me preguntaban:

—¿Te apetece ver a alguien? Di que no si no puedes.

Y yo siempre decía que no.

No importaba lo amables que fueran, lo cierto era que nuestra tragedia nos había alejado a Luke y a mí del mundanal ruido y nos había dejado en una isla desierta, donde la gente podía vernos pero nunca visitarnos.

Éramos nosotros los que habíamos recibido el golpe para que los demás no lo sufrieran, como si el número de tragedias fuera limitado. La gente se sentía agradecida de que no les hubiera tocado a ellos, pero también tenían miedo de acercarse a nosotros, por si se les pegaba la mala suerte.

OceanofPDF.com

52

Entonces dejé de dormir.

La noche anterior al día que salía de cuentas, me imaginé todo lo que habría estado pasando si no hubiéramos tenido tanta mala suerte: habría roto aguas, habría empezado a tener contracciones, preferiblemente en algún momento de película —¿tal vez en el tren de camino a casa a la vuelta del trabajo?—; habría ido a todo correr al hospital con Luke; habría sido una experiencia tan gozosa como inocente. ¡Incluso el dolor habría sido algo glorioso! Yo sudando y chillando, Luke animándome, el equipo de médicos entrando y saliendo mientras hacían las comprobaciones y, por último, el emocionante milagro de una nueva vida que llegaba al mundo.

Durante toda la noche no paré de pensar en lo que podría haber pasado, y cuando Luke se despertó por la mañana, yo no había pegado ojo, ni media hora siquiera.

Ese día dormí un par de horas por la tarde, pero cuando cayó la noche y Luke se desplomó en la cama, porque había bebido demasiado whisky, volví a darle vueltas a las cosas, repasándolo todo. El sueño me eludió por segunda noche consecutiva. Tras intentar relajar los músculos de forma progresiva y escuchar una visualización guiada (ninguno de los dos métodos funcionó), me levanté, me senté en el sofá, vi cinco episodios de *Las chicas de oro* y habría seguido viéndolas hasta el infinito si no fuera porque Luke se despertó y se preparó para ir a trabajar.

—¿Cariño…? ¿Otra vez no has podido dormir? ¿Ni una cabezada siquiera? —Se sentó y me cogió la cara con ambas manos—. Ayer, hoy… Estos son los peores días. Cuando piensas en lo que pudo ser.

—¿Tú también piensas en ello?

—Pues claro. Pero lo superaremos.

Después de que se hubiera ido, me levanté, me aseé y me vestí —lo cual fue una hazaña impresionante de por sí—, y fui a la tienda de dietética, donde compré un espray de lavanda, un surtido de aceites de baño relajantes y unas tiritas de acupuntura de esas que inducen el sueño.

Una vez más, por la tarde, me sumí en un coma profundo sin sueños durante casi tres horas… y me desperté de repente en un mundo lleno de tristeza.

En las tres semanas que habían pasado desde que Yara había muerto, Luke había estado bebiendo más de lo habitual, se había quedado despierto hasta tarde en mangas de camisa con una botella de Jack Daniel's. No se lo eché en cara. Nunca me había importado que bebiera e, incluso entonces, yo no quise ni emborracharme ni colocarme, solo quería dormir.

A pesar de que empapé la almohada con espray de lavanda, me di un largo baño con aceites aromáticos y me puse las tiritas de acupuntura, pasé una tercera noche prácticamente sin pegar ojo. De vez en cuando me adormilaba, entonces me acordaba de que Yara había muerto y, con un subidón de adrenalina, me despertaba una vez más.

Al día siguiente fui a una reunión de Narcóticos Anónimos, a pesar de que tenía la cabeza como un bombo. Tuve que soportar un aluvión de perogrulladas y, cuando la orientadora me invitó a hablar, lo único que acerté a decir fue:

—No puedo dormir a pesar de que realmente lo deseo. Necesito esa vía de escape.

En cuanto terminó la reunión, se me echaron encima y avasallaron con sus consejos.

—Sé fuerte, Rachel. Aguanta.

Una y otra vez me dijeron que los somníferos estaban bien para la gente normal, pero no para mí.

—Lo sé, lo sé —mascullé; acto seguido, me escapé con la excusa de que tenía una sesión de acupuntura.

Le dije al señor Lee:

—Quiero que esta sesión sea lo más intensa posible, para que pueda dormir esta noche.

Con la ayuda del doctor Google, había identificado la causa de mi insomnio: Yara había muerto mientras yo estaba dormida. Mientras me lo había estado pasando genial en el País de los Sueños, había dejado que mi niña muriera. Era totalmente lógico. Pero seguía sin saber cómo iba a poder dormir en breve.

Esa noche sonó el portero automático al poco de que Luke llegara a casa. Nos miramos con recelo; la verdad es que no estábamos de humor para aguantar a nadie por «muy buenas intenciones» que tuviera. Entonces me sonó el móvil; había recibido un mensaje de texto.

—Es Mia —dije—. Está abajo, en la puerta. Mia, la del puesto de frutas. De Narcóticos Anónimos.

—¿Oh? Vale. ¿Quieres que entre?

Pues no quería, la verdad, pero tenía la sensación de que debía dejarla pasar.

—Hola. —Entró deprisa y disculpándose; su cara de peluche reflejaba ansiedad y tenía aquellos ojos marrones abiertos como platos—. No he venido a molestarte. Solo tengo que darte una cosa y me voy.

Su sinceridad te desarmaba.

—Pasa.

Ya estaba rebuscando algo en su bandolera de color hiedra, que llevaba cruzada sobre una chaqueta de cuero roja y lo que parecían unos pantalones de traje de hombre. Estaba muy atractiva con ese estilo tan mono y tan guay.

Al entrar en la sala de estar, vio a Luke, que tenía los tres botones de arriba desabrochados y el pelo despeinado.

—No pretendía molestar…

—No molestas —dijo Luke—. Hola, Mia.

Ella lo saludó con la cabeza, a la vez que se sonrojaba.

—Hola.

—¿Quieres sentarte? —pregunté.

—No, en serio. Solo quiero hablar un momento y me voy.

Al oír esas palabras, Luke debería haberse dado cuenta de que debía marcharse para que Mia y yo pudiéramos conversar en privado, pero no se movió de donde estaba.

—En la reunión de hoy has comentado que no podías dormir, ¿verdad? —Me puso un tarrito en las manos—. Es melatonina. No es adictiva, es algo natural. Tú y yo podemos tomar esto sin ningún problema. Tal vez te ayude.

—G-gracias.

Me sentí conmovida y súbitamente esperanzada. ¿Por qué no había pensado en la melatonina? En el pasado la había utilizado para superar el *jet lag*, pero no se me había ocurrido que podía usarla para combatir el insomnio.

—Me cuesta dormir —explicó—. Siempre me ha costado. He probado de todo. Como ya sabes, Rachel… —Mia había llegado a Narcóticos Anónimos porque se había enganchado al Ambien y al Xanax, y eso la había destrozado—. También te he traído esto… —Rebuscó algo en la bandolera, de la que sacó una cestita de cerezas oscuras y lustrosas—, que ha sobrado hoy.

En cuanto me las ofreció, Luke se acercó para cogerlas.

—Espero que la melatonina te ayude —me dijo—. Pero si no es así, recuerda una cosa: nadie ha muerto jamás por falta de sueño. —Al girarse para salir por la puerta, añadió, con suma sinceridad, mirándonos primero a mí y luego a Luke a la cara—: Siento mucho lo de vuestro bebé. Es una puta mierda.

La puerta se cerró ruidosamente y se fue.

Durante un breve instante, Luke y yo nos quedamos callados; con la cestita de cerezas en la mano, esbozó una sonrisa y dijo:

—Ha sido todo un detalle, ¿no?

OceanofPDF.com

53

En el parque volví la cara hacia el sol para animar a los rayos a que obraran su magia en la parte de mi cerebro que controlaba el sueño, fuera cual fuese. Al parecer, lo que necesitaba era la luz diurna. Había pasado tanto tiempo encerrada en el piso que no era de extrañar que hubiera caído en las redes del insomnio.

«Nadie ha muerto jamás por falta de sueño», había dicho Mia. Quizá no, pero podías volverte loco si no dormías. La noche anterior, la cuarta sin pegar ojo —a pesar de que me había tomado la melatonina de Mia—, me había sentido atrapada como una rata en mi propia mente, donde no paraba de saltar en el tiempo; se me olvidaba lo que había ocurrido, pensaba que seguía embarazada, esperando a dar a luz, y entonces me daba cuenta de que todo había acabado, pero que no había tenido ningún bebé; y en ese instante me entraba el pánico.

Recé y recé para poder dormir, para no volverme loca.

Esa mañana, cuando Luke me había llevado el té, me había dado la sensación de que, de alguna manera, estaba menos serio.

Me costó incorporarme, ya que estaba exhausta y mareada.

—¿No has dormido? —Estaba muy sorprendido—. ¿Ni siquiera con la melatonina de Mia? ¿Me estás diciendo que, literalmente, desde la medianoche hasta las siete de la mañana no has echado ni una sola cabezada? ¿Estás segura?

Por primera vez, me había dado la impresión de que eso le preocupaba.

Como el calor que notaba en la cara disminuyó —el sol se había ocultado detrás de una nube—, abrí los ojos y recorrí el parque con la mirada. Era pequeño y cutre, pero el más próximo a nuestro piso.

En el parque infantil había un hombre sentado en un columpio que llevaba un bebé atado al pecho. Con suavidad, se balanceó adelante y atrás, mientras hablaba a esa cosita…

… y, por un momento, me pregunté si eso que llevaba sobre el pecho era de verdad un bebé o no. ¿Y si estaba charlando con una bolsa de patatas o llevaba la sudadera enrollada de tal modo que parecía una pelota? Fue una ocurrencia extraña, casi graciosa, y consecuencia quizá de no haber dormido apenas en cinco días; todo parecía fuera de lugar, ligeramente demencial, como si estuviera soñando.

Entonces vi que se dirigía hacia mí un bebé en cochecito. Mi primer impulso fue levantarme y salir corriendo —tenía miedo de acercarme demasiado a lo que había perdido—, pero una sensación de fascinación espantosa me mantuvo petrificada en mi sitio. Se acercó más y más, mientras la mamá caminaba alborozada y le cantaba una canción.

El bebé ya estaba lo bastante cerca como para que pudiera tocarlo. Me miró a los ojos al pasar; tal vez tuviera tres meses, era muy achuchable e iba puesto de leche hasta las cejas.

En un par de segundos, el cochecito había desaparecido. Observé cómo se alejaba la mamá con sus sandalias Birkenstocks, y me pregunté qué se sentiría al ser ella, al ser una madre con un bebé sano. ¿Era consciente de lo increíblemente afortunada que era? Durante un momento pensé que me lo estaba imaginando, pero sí, iba apretando adrede las nalgas a cada paso que daba. Supongo que eso explicaba por qué andaba alborozada. No era porque se sintiera feliz, como había pensado en un principio, sino porque intentaba «recuperar el cuerpo que había tenido antes de dar a luz».

Mi propio cuerpo se había deteriorado mucho comparado con cómo era antes del embarazo. Quizá esa mujer me dejase a su bebé para que yo pudiera apretar las nalgas mientras paseaba… De repente me atenazó el miedo: temía que el bebé del cochecito fuera a morir por haber estado cerca de mí. Que yo fuera, de alguna manera, tóxica.

En el parque infantil, el hombre seguía con su bebé en el columpio. ¿Y si ese niño se moría también? ¿Y aquel otro de allí, al que estaban dando el pecho en el césped? ¿Y si lo relacionaban todo conmigo? Porque eso podría pasar. Ya había sido responsable de una muerte.

Sabía que era un disparate. Pero, con el tiempo que llevaba sin dormir, era de esperar. No obstante, una parte de mí lo pensaba de verdad, y esa parte estaba aterrada.

No podía seguir así.

Me levanté y fui directa a la farmacia, donde compré un paquete de Unisom. Al comprar esas pastillas, me adentraba en un territorio peligroso, pero estaba desesperada. El Unisom era básicamente algo horrible; un antihistamínico que me dejaría la boca seca y eliminaría toda sensación de felicidad, pero que tal vez me dejara roque.

Aun así, no podía decírselo a Luke. No podía contárselo a nadie.

Me tomé una pastilla a las 22.50, di una cabezada… y me desperté dos horas y trece minutos después, con la boca como la lija. Y eso fue todo lo que dormí esa noche.

Tumbada en la oscuridad, en silencio, me sumí en la desesperación. ¿Acabaría aquello alguna vez? ¿De verdad?

Me puse a repasar mentalmente el día y me acordé del bebé del cochecito. ¿Y si, al volver a casa, a su piso, le había subido la fiebre? ¿O había tenido problemas para respirar?

Me sobrevino una ola de pánico. Tal vez estuviera ya en el hospital, donde sus padres se morirían de preocupación.

Era absurdo, y lo sabía, solo se debía a la falta de sueño.

Pero ¿y si no lo era?

De pronto dejé de pensar en ese bebé anónimo del cochecito y me acordé de Carter, el niño de Olga Mae. Tenía trece meses y no podía ser más mono. ¿Y si se moría?

Entré en tal estado de pánico que tuve que salir del dormitorio y encender la tele. Eso me calmó. Pero el miedo volvió a apoderarse de mí hasta tal punto que me convencí de que Carter estaba en peligro.

Debería llamar a Olga Mae.

Pero no hacía falta: Carter estaba bien y yo solo necesitaba dormir un poco.

Pero ¿y si por la mañana recibía la noticia de que Carter había muerto? En cuanto pensé eso, cogí el móvil.

—¿Rachel…?

—¿Puedes ir a ver a Carter? ¿Para comprobar si está bien?

—… Son las cinco de la mañana. ¿Qué pasa?

—Solo ve a ver si está bien. Por favor.

—… Claro. —Entonces añadió—: Está todo bien. Está durmiendo. Está bien.

—¿Respira con normalidad? ¿No tiene fiebre?

—Le he tocado y tiene una temperatura normal. Rachel, ¿qué pasa?

—Nada. Gracias por echarle un vistazo. Vuelve a dormir.

El tremendo alivio que sentí al enterarme de que Carter estaba sano y salvo no me duró nada, porque, de repente, fue Luke quien me preocupó. Volví andando de puntillas al dormitorio y, para mi incredulidad, no lo oí respirar. Me acerqué más con sigilo. Estaba tumbado, tan quieto que resultaba antinatural; su pecho ni subía ni bajaba.

Le palpé el estómago, aterrada ante la posibilidad de que estuviera frío. Noté calor, pero si acababa de morir, aún no estaría frío… De pronto se despertó y, cuando me vio sobre él, puso cara de espanto.

—¡Rachel! Pero ¿qué…?

—¿Estás vivo?

—¡Sí! ¿Qué está pasando?

—Luke, ¿la maté yo?

—¿Qué? ¡Cariño, no! —Tiró de mí para que me metiera en la cama con él—. Claro que no. Ya hablaremos de eso por la mañana. Vamos a dormir.

En unos instantes, él había vuelto a la tierra de los sueños.

Estaba pegada a él por culpa del sudor; además, me roncaba suavemente al oído y, con cada exhalación, me elevaba un mechón de pelo. Intenté no odiarlo, pero me costó.

Cuando se despertó a las siete de la mañana, me solté de su abrazo y me fui a ver la tele otra vez. Él entró deambulando en la sala de estar, mirando el móvil, leyendo el mensaje de texto que le había enviado Olga Mae.

—Cariño, ¿qué está pasando? —me preguntó.

Y yo le respondí que tenía miedo de ser peligrosa.

—Esto es… tan triste. Nada de esto es culpa tuya. Pero esto no puede seguir así. Tienes que ir a ver a Carlotta de nuevo.

—¿Qué puede hacer ella?

—Es doctora. Quizá pueda recetarte algo.

Luke era mucho más inocente que yo. El problema estribaba en que yo sabía que no había ningún somnífero que pudiera tomar de forma segura.

Carlotta volvió a sugerirme que tomara antidepresivos, lo cual también podría ayudarme a dormir.

—Pero si no estoy deprimida —respondí—. Estoy… no sé… ¿de luto? ¿Traumatizada?

—No tengo nada claro que esos matices importen realmente cuando estás tan mal.

Cavilé al respecto. Pero quería ver qué más podía ofrecerme Carlotta.

—Puedo recomendarte un buen terapeuta especializado en duelos —me dijo—. Pero el proceso llevará tiempo. Como no puedes dormir ahora mismo, ¿qué te parece si te receto un tratamiento breve de Ambien? Si se toman solo durante un periodo corto, no son adictivas.

—Quizá para la gente normal no lo sean, pero para mí… —dudé—, es probable que sí. Soy una adicta. Los somníferos fueron parte de mi problema.

—Cinco pastillas —replicó—. No más.

Era tan tentador. Cinco noches de bendito sueño reparador. Me sentiría mucho más normal después y seguro que no podía engancharme en solo cinco noches, ¿verdad?

Estaba bordeando un abismo muy peligroso. Llevaba limpia más de trece años, un logro del que me sentía muy orgullosa y agradecida. Si me tomaba esas pastillas tal y como me las había prescrito, no estaría haciendo nada malo. Las cosas solo se complicarían si me tomaba el doble, si alteraba la dosis recetada o si las tomaba cuando no fuera a acostarme.

«No estaría haciendo nada malo».

Y, así, tomé la decisión.

—Solo cinco —dije—. Ni una más, ¿prometido? Aunque te lo ruegue.

Se rio.

—Aunque me lo ruegues.

—Vale. —Exhalé un suspiro; ya me sentía mejor.

Me fui andando a casa, aferrando agradecida esos cinco circulitos mágicos que llevaba en la bolsa de la farmacia. Aunque no quería

contárselo a nadie. Temía que me juzgaran en las reuniones.

Sin embargo, tenía que contárselo a Nola, a Olga Mae y a Luke. Esas relaciones eran muy importantes para mí.

—¿Qué te ha dicho Carlotta? —preguntó Luke.

—Igual no te gusta lo que me ha dicho. Me ha recetado Ambien.

—¿… Somníferos? —Puso cara de preocupación por un instante—. Rachel, no.

Exasperada, le pregunté:

—¿Qué creías que iba a poder hacer por mí? Los médicos no hacen milagros.

—¿No había ninguna otra opción?

—Sí, antidepresivos.

—A lo mejor estás deprimida, ¿no?

—No lo estoy. Estoy… —intenté dar con la palabra exacta que resumiera mi tristeza, mi consternación, mi sensación de culpa, mi ansia—, de luto. Ambos lo estamos.

—Pero son somníferos. Sabes que no puedes tomarlos sin correr un gran riesgo.

—Me ha dado cinco pastillas, lo suficiente para poder dormir cinco noches. Le he dicho que no me dé más, aunque se lo ruegue. Esto es una emergencia que se solucionará en breve.

Se sentó y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Y si vuelves a engancharte? No quiero perderte a ti también.

—No me perderás. Ya sabes lo fuerte que soy. Pero te juro, Luke, que perderé la cabeza si no duermo algo.

Aquella primera noche fue como un milagro. Estaba consciente y, al instante, eran las siete de la mañana y Luke estaba levantándose para ir a trabajar.

—¡Oh! —Estaba maravillada—. ¡He dormido ocho horas!

Había sido genial. No me había despertado en ningún momento, no había tenido pesadillas, solo me había sumido en una nada perfecta, como si hubiera estado muerta temporalmente.

¡Me sentía como nueva! Sí, mi bebé había muerto, pero ese día podría con ello. Sobre todo porque sabía a ciencia cierta que llegaría un momento más adelante, a lo largo del día, en que dejaría de sentir todo ese dolor.

La segunda noche me sumí en el mismo olvido delicioso.

La tercera noche, cuando vi que me quedaban tres (solo tres) pastillas en el blíster, me entró el pánico.

La quinta noche me desperté a ratos. Si me hubiera quedado alguna pastilla, me habría tomado una segunda.

A la sexta noche llegó el momento de que intentara dormirme sin ayuda… y, cuando salió el sol, seguía despierta.

—Nadie ha muerto jamás por falta de sueño —dijo Luke, repitiendo como un loro las palabras de Mia.

Pero esas cinco noches me habían cambiado. Ya sabía la magia que podían obrar esas pastillas, era una esclava de sus maravillas.

De pronto, sobrellevar el día me costaba mucho más que antes, porque no iba a haber un punto de inflexión en el que pudiera tragarme una pastillita blanca con la que todo el dolor se esfumara.

No podía soportarlo. No cuando sabía que había una solución. Así que volví a ver a Carlotta para suplicarle misericordia.

—Me dijiste que no debería darte ninguna más —me recordó.

—Sí, pero me equivoqué. No comprendía lo mal… lo tremendamente mal que estaba. No dejo de preguntarme qué clase de madre es capaz de seguir dormida mientras su bebé se muere.

El brillo de la compasión le iluminó las pupilas.

Albergando serias dudas, me observó.

—¿Puedo confiar en que serás sensata?

—Claro que sí. Lo último que quiero es recaer, las cosas ya me van bastante mal.

Suspiró.

—Vale. Te daré una receta para un mes, que podrá prorrogarse hasta tres, pero solo debes tomarlas si las necesitas, solo si las necesitas, ¿vaaale?

—Por supuesto, por supuesto. —Sentí tal alivio que me quedé sin aliento.

—Y debes empezar a ir al psiquiatra. Necesitas más ayuda de la que yo puedo darte.

Habría aceptado cualquier cosa con tal de poder dormir.

—¿A quién debería…? ¿Hay alguien que puedas recomendarme?

—Será mejor que investigues por tu cuenta. Todo irá mejor si te trata un médico con el que te sientas cómoda. Tal vez alguien con experiencia en adicciones.

Prometí que lo buscaría y, a continuación, me marché agradecida, agarrando con fuerza la receta.

Pero en esa ocasión no podía contárselo a Luke. Se volvería loco.

Para él era fácil; podía beber whisky, podía optar por automedicarse como le diera la gana. Yo necesitaba dormir, si no, iba a perder la cabeza, y me sentía sumamente agradecida por tener aquellas pastillas. Era consciente de que no me quedaba más remedio y de que era algo solo temporal, hasta que me hubiera curado un poco. Por suerte, sabía bastante sobre adicciones como para manejar aquella situación.

OceanofPDF.com

54

Estaba soñando con Yara y con Luke cuando me desperté. El dormitorio de Quin estaba oscuro como boca de lobo, y los detalles del sueño ya se estaban difuminando, dejando tan solo una tristeza envuelta en lágrimas. No eran más que las tres y veinte de la madrugada, pero no volvería a pegar ojo, no en mucho tiempo.

En silencio me levanté de la cama.

—¿Estás bien? —masculló Quin.

Me detuve. Quin había hecho un gran esfuerzo por mostrarse comprensivo con todo lo relacionado con Yara, pero nada de lo que pudiera decir me haría sentir bien. Era mejor dejar que durmiera.

—Va todo bien, cielo.

Sin embargo, una vez en la planta de abajo, fui incapaz de encender la tele porque estaba integrada en un equipo audiovisual muy sofisticado. Por amor de Dios, ¿de qué me servía poder ver —en teoría— novecientos canales con sonido envolvente si no era capaz de poner un solo episodio de *Brooklyn 99* para distraerme de mi dolor?

Decidí irme a mi casa. Al menos allí la tecnología no se reía de mí.

Mientras tanto, me había llegado un mensaje de texto de Claire durante la noche:

> Que sepas que la cumpleañera se ha empeñado en invitar a Luke a su fiesta.

¡Ah, no! Me encontraba en un estado de ánimo tan frágil que estaba muy lejos de ser capaz de contemplar tan feliz cómo Luke Costello comía volovanes con champiñones con los Walsh, mientras la tía Imelda lo interrogaba sobre mis numerosos defectos.

Nada más llegar a casa, me tropecé con las botas de Devin en la entrada, lo cual me hizo pensar en Luke de nuevo. Durante un instante quise llamarle, porque era la única otra persona de este mundo que sabía exactamente cómo me sentía.

En lugar de eso, abracé a Crunchie. Nos acurrucamos bajo una manta, mientras escuchábamos a Nigel Slater leer sus *Diarios de cocina*. Esperaba que su voz serena me calmara lo bastante para volver a dormirme, pero ese día no iba a suceder. Entonces me acordé de que, los domingos por la mañana, se celebraba una reunión de Narcóticos Anónimos a las siete y media en Bray, así que podía darme una ducha y plantarme allí.

Había muy poca gente en el salón parroquial de Bray: no éramos más que ocho.

—Es porque ha habido que adelantar el reloj —comentó alguien—. Los habituales llegarán en una hora.

Ah, claro. Oficialmente ya se había hecho el cambio al horario de verano. ¿Cómo se me había podido pasar por alto? Pues porque tenía el cerebro hecho papilla, por supuesto.

Cuando me tocó hablar, hice un pequeño resumen de lo que me había ocurrido el día anterior.

—Ojalá pudiera viajar en el tiempo —dije—. A cuando estaba embarazada. Para poder evitar mágicamente lo que provocó que el corazón de mi bebé dejara de latir, fuera lo que fuese. Quiero volver y rescatarnos a los tres. —De repente estaba llorando tan fuerte que apenas podía hablar. Me llegaron pañuelos de papel desde todos los rincones de la sala.

Cuando conseguí volver a hablar, añadí:

—He tenido suerte, casi… lo he aceptado. Pero al ver otra vez a Luke, eso ha despertado un montón de sentimientos muy dolorosos y me gustaría dormir un mes entero. O sumergirme hasta desaparecer en algo como *Big Little Lies*, pero ya he visto la serie dos veces.

En cuanto terminó la reunión, me dieron muchos consejos, algunos muy concretos.

—¿Has visto *Ozark*? Ah, vale, ¿y por qué no pruebas con *Mad Men? ¿La caza? ¿Breaking Bad?* Esta es una recomendación muy obvia, pero ¿has visto *Los Soprano*?

Ya había visto todas las series que me sugería aquel hombre y se me estaban poniendo los ojos vidriosos.

—¿*Tin Star*? —preguntó.

—*Tin Star* es una mierda. —Una mujer mayor llamada Loretta, que me había cogido del brazo, me alejó del Señor Netflix—. No pierdas el tiempo. Sal y disfruta hoy de la naturaleza. Pasa el rato con tus sentimientos. Habla con tu bebé. Y no te pongas unos auriculares para distraerte.

—Vale.

Tal vez siguiera su consejo.

Ya en el coche, envié un mensaje a Quin:

> No podía dormir. Tengo la cabeza un poco como un bombo. Voy a dar un paseo por la playa como una de esas mujeres de las pelis de Hallmark. Nos vemos luego. Besos.

Di al botón de enviar y lo siguiente que pensé fue: «Quiero hablar con Luke».

«Mierda».

La Rachel de Hoy envidiaba a la Rachel de Ayer, quien había estado muy segura de que nunca más necesitaría ver a Luke. El problema era, claro está, que la única otra persona en este mundo que había amado a Yara era Luke.

Seguía con el móvil en la mano. Lo miré. Continué mirándolo. ¿De verdad iba a hacerlo? ¿Iba a llamarle?

Se había disculpado. Mi ira y mi dolor no se habían esfumado del todo, pero podía seguir adelante. En ese preciso momento tenía la sensación de que le necesitaba… y sentía curiosidad por ver si estaría dispuesto a escucharme.

—Hola —respondió de inmediato, como si hubiera estado esperando a que lo llamara.

—Esto… hola. Escucha… siento llamarte, pero ¿hoy estás bien? Es que anoche soñé con ella, pero mucho, y…

—Yo también. —Parecía aliviado—. ¿Fue por lo de ayer? ¿Por haber visto su foto? ¿Por haber hablado de ella?

Tenía miedo de echarme a llorar de nuevo.

—Eso despertó muchos recuerdos.

—Sí. —Tras un momento de silencio, me preguntó—: ¿Piensas en ella a menudo?

—Todos los días. Hablo con ella en mis pensamientos.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo. Sobre cualquier cosa. Y ella me responde. Conversamos. Me desea lo mejor, pero también es muy graciosa.

Eso pareció interesarle.

—Para mí no es así. Pero ella casi siempre es lo primero en que pienso cuando me despierto. Los días que no es así, me siento un tanto aliviado, porque quizá signifique que estoy mejorando, pero luego me siento culpable. No quiero que piense que sería capaz de olvidarla.

—Ella sabe que nunca harías eso. —Mi tono era feroz—. ¿Kallie sabe de ella?

—Por supuesto. Pero no hablo del tema.

—¿Con nadie?

—Nadie más sufrió esa tragedia.

—Yo sí.

—Sí, pero tú y yo…

Dejé que el silencio se prolongara.

—¿Deberíamos…? —preguntó—. ¿Te gustaría tomar un café? Hoy. O sea, ahora.

—Iba a salir a pasear. Por la playa. El sonido de las olas me calma.

—¿Puedo acompañarte?

«SíNoTalVezJooooooder».

—Vale.

A pesar de que esa mañana no llovía y se esforzaba por despejarse, Pebble Beach estaba desierta. Luke ya estaba allí, apoyado con aire distraído en un muro bajo, con las manos en los bolsillos y la brisa salada azotándole el pelo.

Tenía la cara alzada hacia el sol, que pugnaba por asomar, pero en cuanto oyó mi coche, me buscó con la mirada. Desde una larga distancia, nuestros ojos se cruzaron. Fue como si acusara un golpe físico.

Para cuando aparqué, él ya se había acercado. Abrí la puerta del coche y salí a una dura brisa. En el cielo, las aves marinas trazaban círculos, chillando con fuerza.

—Hola. —Luke no se había afeitado. Un vello oscuro le sombreaba la mandíbula y le enmarcaba la boca. De cerca, bajo la luz cristalina, algunos mechones plateados centelleaban de vez en cuando entre su pelo. Esas canas eran nuevas. Al menos para mí.

De buenas a primeras, fue como si el suelo temblara. Había sido un error. Era demasiado pronto.

—¿Qué? —Se dio cuenta de que pasaba algo raro—. ¿Has cambiado de opinión?

—No, es que…

Me miró fijamente a la cara, escrutando mis facciones.

—Lo siento —contesté—. Olvidé lo raro que es todo esto. He pecado de optimista.

—¿De optimista? —replicó. No supe interpretar qué quería decir con el tono que estaba empleando—. Vale. —Apretó los dientes y miró hacia el mar. Luego añadió—: ¿Y bien? ¿Nos quedamos o nos vamos?

—Ya que estamos, podríamos quedarnos. Después de todo, te has desplazado hasta aquí. —Siete kilómetros, ni más ni menos.

—¿Estás siendo sarcástica?

De repente me cabreé.

—Sí.

Me miró con suspicacia; mi respuesta no pareció impresionarle demasiado.

Empecé a pasear por la playa de guijarros azules y grises, que al pisarlos con las botas sonaban como cuando se agita un tarro con unas monedas. Luke me siguió y me alcanzó.

—Gracias por llamarme hoy —dijo.

—… Hum, claro. Era lo más lógico: eres la única otra persona del mundo que sabe cómo me siento. Nadie puede ayudarnos como podemos ayudarnos el uno al otro. —Entonces quise añadir: «Y, por fin, me hablas». Pero, haciendo gala de una capacidad de contención increíble, me conformé con señalar—: Nunca hemos tenido la oportunidad de hacerlo.

—¿Y de quién es la culpa de eso?

Sorprendida por el tono que había empleado, contesté:

—Ambos sabemos de quién es la culpa. —Desconcertada, lo miré hasta que dejó de fruncir el ceño.

—Síííííí. —Suspiró—. ¿Quin sabe dónde estás?

—Sí. —O sea, sabía dónde estaba. Pero no sabía con quién—. ¿Sabe Kallie dónde estás?

—Por supuesto.

Aunque realmente no sabía qué pensar de Kallie, me pareció importante no mostrarme celosa de ningún modo.

—Me gusta Kallie —me oí decir a mí misma. Acto seguido, me obligué a añadir—: Mucho.

Mientras observaba las olas, él afirmó:

—A mí también me… gusta. —Se giró para mirarme directamente a la cara y recalcó—: Mucho.

Oír esas palabras me resultó sorprendentemente doloroso.

—¿Pensáis… tener hijos?

La idea de que pudieran tenerlos despertaba unos sentimientos horribles en mí. Pero debía admitir que, si Luke traía otro niño a este mundo, solo podía ser algo hermoso.

—No. —Pareció estupefacto—. Kallie es genial, pero siempre he sido sincero con ella. No estoy dispuesto a… —Se aclaró la garganta—. Eso de entregar mi vida a ella, de… de dejar de ser yo para ser un «nosotros», no soy capaz de dar ese paso. Pero ella me importa. Me encanta estar con ella. Y —añadió— ojalá pudiera ofrecerle más. Pero me ha pasado lo que me ha pasado en la vida, y eso me ha dejado marcado. Me siento agradecido de que todavía haya muchas cosas de las que puedo disfrutar.

—Como fumar hierba en la terraza con ella. Eso debe de estar bien. —De repente noté que se me había hecho un nudo en la garganta.

—No sigas por ahí, Rachel. —Dejó de andar—. Nunca lo eché en falta cuando estuve contigo.

Me miró de arriba abajo. Fui la primera en apartar la vista.

—¿Cómo está tu padre? —Fue un intento bastante patético de cambiar de tema.

Negó con la cabeza.

—Pues se está portando mal adrede porque no quiere que me marche. Pero tengo la sensación de que estoy haciendo lo correcto al pasar tiempo con él. Tendré que volver a Denver pronto, pero… —Contempló el mar y añadió—: Ojalá hubiera pasado más tiempo con mamá.

Con una compasión muy sincera, le dije:

—No es fácil vivir lejos de la familia.

—A mí me lo vas a contar. ¿Por eso decidiste mudarte aquí?

Dejé de compadecerme de él totalmente. ¿Hablaba en serio?

—Mi bebé había muerto. Mi marido me había abandonado.

Se giró.

—¿En serio? ¿Esa fue la —dibujó unas comillas en el aire con los dedos — «razón»?

Asombrada, contesté:

—Pues claro que esa fue la razón, maldita sea. A ver, ¿cuál iba a ser, si no?

El día anterior no se había mostrado simpático precisamente, pero sí dispuesto a dar un paso adelante. Ese día daba la sensación de que habíamos dado un paso atrás. Y no sabía qué había cambiado.

Volvió a contemplar las olas.

—Ahora tendría casi siete años. Los haría en julio. ¿Cómo sería?

Necesité un momento para recobrar la compostura.

—Se parecería a ti. Tenía tu pelo.

Miró hacia mí.

—Pero esos genes galeses son fuertes. Tarde o temprano se habría convertido en ti. Estaría perdiendo los dientes de leche…

—Estaría muy mona con esos huecos entre los dientes.

—Y llegaría el hada de los dientes. —Apretó la mandíbula—. Eso… vaya. ¿Te lo puedes imaginar?

Yo no podía hablar. Pensar en ello era demasiado doloroso.

Nuestras miradas se cruzaron. Parecía consternado.

—Dios, Rachel, tenías razón —dijo—. Esto no ha sido una buena idea.

En los bordes de mi campo visual flotaban unas pequeñas manchas negras. Tenía que sentarme.

—¿Has comido hoy? —preguntó.

—Sí. —No era verdad.

—¿Quieres un caramelo de menta?

Me ofreció el paquete y nos sentamos en los guijarros de la playa. Me metí un caramelo en la boca y me tumbé, me dejé invadir por su sabor dulce mientras oía el murmullo de las olas y cómo se rompían. Durante un momento, el universo me abrazó y no sentí dolor.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó.

—Aaah. En el ruido efervescente que hacen las pequeñas olas, en sus últimos alientos, antes de quedarse sin fuerzas; es como cuando un Alka-Seltzer se disuelve en un vaso.

—Nunca dejas de pensar en medicamentos, en drogas…

¿Intentaba hacerse el gracioso? Me enderecé.

—Por si acaso tienes alguna duda, estoy limpia.

—Si no lo estuvieras, no estarías trabajando en The Cloisters como terapeuta jefa. Vaya.

—¿Luke? ¿Qué estás…?

—Me alegro de que estés limpia. —Sin embargo, no parecía muy «alegre»—. ¿Puedes estar con niños? —preguntó, en otro cambio brusco de tema—. ¿O te duele demasiado?

—Depende del día —respondí con cierta tensión en la voz.

—¿Esto te resulta muy duro? —inquirió—. ¿Deberíamos parar?

—Pero si esa es la razón por la que estamos haciendo esto… para intentar que todo esto sea más soportable, ¿no? —Una gota de lluvia me cayó en la mano, pero decidí ignorarla—. En general me gusta estar con críos.

—Yo también los adoro. —Contempló el mar, con la mirada perdida—. Todo es posible para ellos… Cuando me mudé a Denver, al principio, solo quería ir al parque infantil para sentarme a observar cómo trepaban por las diferentes estructuras y se montaban en los columpios… Pero desperté las sospechas de las madres, que acabaron llamando a la poli.

—¿En serio? Madre mía. ¿Y qué tal te relacionas con los críos ahora? ¿Te sientes mejor?

—Mis heridas solo se curarán hasta cierto punto. Además, curarse no sería lo correcto. Fui a ver a alguien, ¿sabes? A un terapeuta, en Denver. Pensé que, si me trataba el tiempo suficiente, estas sensaciones tan raras desaparecerían. Me siento como si… —Hizo un gesto con las manos—. Como si tuviera una pierna más corta que la otra. Al avanzar en la vida, me siento… desequilibrado. Pensé que con la terapia mis piernas volverían a tener la misma largura.

—¿Y no fue así?

—Pero todavía puedo caminar. La sensación de pérdida siempre estará ahí, pero ahora ya casi no me doy ni cuenta de que soy distinto a los demás. ¿Y tú, Rachel? Pareces estar bien. Quin tiene pinta de ser un buen tipo.

—Quin es genial. —Porque Quin era genial.

—¿Qué has hecho con la parte de sus cenizas que te quedaste? —preguntó Luke.

—Planté un arbolito en mi jardín. —Cayó otra gota. Varios puntitos oscuros cobraron forma en el suelo pedregoso—. Un cerezo.

—Espera, ¿ahora eres jardinera? —Entonces añadió—: ¿Está lloviendo? Si hacía sol hace treinta segundos.

—¿Oh? —De repente estaba demasiado enfadada—. ¿Es que no llueve en Denver?

—Casi nunca.

—Pues ahora estás en Irlanda. De todas formas, parará en un minuto.

Sin embargo, no lo hizo, lo que resultó irritante. El tiempo irlandés había decidido dejarme en ridículo. En cuanto la lluvia fría tan inesperada empezó a caer con más fuerza, dije:

—Vámonos.

Él se subió el cuello del abrigo, yo me tapé el pelo con el pañuelo y los dos regresamos por donde habíamos venido, pisando ruidosamente las piedras.

—¿Sabes qué me acaba de pasar? —comentó—. Que me he puesto nervioso pensando en que se te iba a encrespar el pelo por culpa de la lluvia.

—Eso ya no es responsabilidad tuya.

En teoría, nunca lo había sido, pero en aquellos tiempos en que me había amado, mis preocupaciones también habían sido las suyas.

—Eso demuestra lo difícil que es olvidar las viejas costumbres —masculló.

Mientras nos despedíamos junto a mi coche, le espeté:

—Luke, no solo tenemos recuerdos tristes. ¿Te acuerdas de cuando pintamos su cuarto? Fuimos tan felices entonces. Aquello fue real.

Parpadeó y se llevó la mano a la coronilla.

—Madre mía. Acabo de tener un… *déjà vu* o algo así.

—Sé que lo que pasó después fue espantoso, pero tenemos que recordar lo bueno igual que el resto.

Asintió.

—Y me alegro de que ahora estés bien. Me alegro de verdad. —Me sobresaltó cuando, con ambas manos, me cogió de la mano y me dio un beso en la fría palma. Me miró a los ojos… y entonces tartamudeó—: Lo siento. —Me soltó la mano con brusquedad y añadió—: Otro *déjà vu*. No sé qué me ha pasado… Lo siento. Gracias por lo de hoy. —Se volvió hacia la moto, se subió y se marchó ruidosamente.

Perpleja, observé cómo desaparecía, mientras aún notaba el calor que me había dejado el roce de su boca en la piel. ¿A qué había venido eso? ¿A lo mejor se despedían así en Denver? Vale, era evidente que no.

Todo era tan confuso… El día anterior parecía estar dispuesto a asumir su culpa, pero entonces se había mostrado enfadado. Justo hasta que se había despedido a lo Denver.

En ese momento sí que estaba exhausta. Estaba lista para quedarme dormida allí mismo.

Nada más llegar a casa, me metí muy a gustito en la cama y dormí hasta las cinco de la tarde… y, cuando me desperté, descubrí que, como mamá había amenazado con invitar a Luke a la fiesta, se había convocado una Reunión Urgente del Comité.

OceanofPDF.com

55

Llamé a Claire inmediatamente.

—No puede hacerlo. —Me mostré inflexible—. Por supuesto que no.

—Lo sé, cariño.

—Solo de pensar que Luke pueda presentarse en una fiesta de la familia Walsh, me pongo mala. Tener que estar comiendo taquitos de queso en una sala de eventos de un hotel de tres estrellas mientras dieciséis de las hermanas con más mala baba de mamá comentan: «No me extraña que él se largara»… ¡No lo soportaré!

—Yo te apoyo, cariño.

Pero la tozuda de mi madre, que estaba colorada, no dio su brazo a torcer:

—¡Ayer tú fuiste a la fiesta de cumpleaños de Brian Costello! ¿Por qué es esto distinto?

—Porque Luke quería que yo fuera a esa fiesta. Yo no quiero volver a verlo porque a ti te apetezca.

—¿Por qué no?

—¡Cómo que por qué! ¿Es que no te lo imaginas? ¡La tía Imelda tomaría nota de todo aquello en lo que Kallie es mejor que yo! ¡Sería espantoso!

—Si ese cabrón aparece —dijo Helen—, le tiro un vaso de vino tinto en toda la camiseta blanca.

Mirad, esto es lo que la gente no sabía apreciar de Helen: que tenía muchos atributos positivos; entre ellos, una lealtad inquebrantable.

—¿Y cómo sé que llevará una camiseta blanca? —continuó Helen—. Porque es un tío muy básico que se quedó atrapado en ese estilo hace trescientos años.

Otro de los atributos de Helen era su tendencia a decir verdades desagradables.

—Pero le haría compañía a Angelo —gritó Anna, a través de la tablet de mamá, desde Nueva York.

—¡Angelo es un hombre hecho y derecho! —exclamé—. No necesita un amiguito. —Me centré en mamá—. ¿No te sentirías abochornada delante de tus hermanas? ¿Al tener a mi exmarido ahí? ¿Con su nueva novia?

—¡No! Porque forma parte de nuestra familia política…

—Ya no forma parte de nuestra «familia política».

—Demostraría que volvemos a ser todos amigos. Eso pondría a Imelda en su sitio.

—Por favor, mamá. ¿Es que no puedes mostrarme algo de lealtad?

—Lo que sucedió entre vosotros es agua pasada. Tengo entendido que ayer se disculpó…

Fulminé con la mirada a Claire, quien movió la boca sin hablar para decir: «Lo siento, cariño».

—… y que ahora estáis bien.

—¿Por qué quieres que esté? —preguntó Helen.

—Porque le tenía cariño. Formó parte de la familia. Cuando se separaron, fue muy duro para todos.

—Reconócelo, te gusta —dijo Helen.

—Tal vez sí. —Mamá se puso aún más colorada—. Pero no es la única razón.

—Para, por favor. —Claire se mostró cortante—. A mí me gustaría verlo. Y a Kallie también. Soy una persona superficial, eso no es nada nuevo. Pero si Rachel no quiere que esté ahí, no debería estar.

—Estoy totalmente de acuerdo —añadió Helen.

Margaret había permanecido muy callada hasta este momento… y siempre tenía un punto de vista interesante.

—¿Qué opinas? —le pregunté.

Con mucho tacto, respondió:

—Sé que, probablemente, sufrir un aborto temprano no es lo mismo que vivir lo que te pasó a ti, Rachel… Si estoy metiendo la pata, lo siento. Pero

cuando yo tuve el aborto y también después… la única persona que estuvo tan destrozada como yo fue Garv.

»Lo que te hizo Luke fue… Pero la gente hace cosas horribles cuando se vuelve loca de pena. Ahora está aquí y os habláis. Se ha disculpado. Creo que esto serviría para que limarais asperezas. Así que estoy a favor de invitarlo.

—Yo también —gritó Anna—. Por más o menos las mismas razones. No puedes evitar lo que el universo quiere para ti.

—Votemos a mano alzada —dijo mamá, levantando las dos.

Mamá, Margaret y Anna estaban a favor de que Luke fuera a la fiesta; Claire, Helen y yo, en contra.

—Es mi fiesta —afirmó mamá—. Mi voto es el decisivo.

—Es el exmarido de Rachel —chilló Helen—. Su voto es el decisivo.

—Aquí soy la persona de más edad, así que mi voto es el decisivo.

—Sí, aquí eres la persona de más edad. —Helen no se cortó un pelo—. Y está claro que se te ha ido la cabeza. Crunchie, la perra, debería tener el voto decisivo y no tú.

—Vale. —Me había hartado—. Invítalo. Pero si lo haces, no pienso ir. Y yo no amenazo en vano. —Vale, claro que lo hacía, continuamente, pero en esa ocasión hablaba muy en serio—. Ahora tengo que marcharme; voy a casa de Quin, para poder hacer planes para el sábado, cuando estaréis todos en la fiesta. Que os lo paséis bien.

En medio del alboroto y el griterío, salí de la sala de estar… y al instante me tropecé con papá, que estaba escondido en el pasillo.

—¡Madre mía! —grité—. ¿Qué estás haciendo?

—¿A alguien le interesa mi opinión? —preguntó.

—¿No estás muerto? —le preguntó Helen—. Habría jurado…

—Entra. —Mamá lo observaba detenidamente—. Di lo que tengas que decir.

Papá se quedó de pie en medio de la alfombra buena; estaba nervioso.

—Como su bebé murió y después se separaron, nunca tuvieron la posibilidad de hablar sobre ello. —Con un gesto de impotencia, bajó las manos y me miró a los ojos—. La gente necesita hablar las cosas.

—Ya le has oído, Rachel —dijo mamá—. Tu pobre padre…

—… que ha regresado de entre los muertos… —añadió Helen.

—¡No estoy muerto! —chilló—. Soy el cabeza de familia…

Una tormenta de carcajadas ahogó el resto de sus palabras.

—Gracias, Claire. Gracias, Helen. —Me puse el abrigo—. El resto estáis locas y sois muy malas. Adiós.

Dolida, furiosa y sin aliento, entré en mi coche y me dirigí a casa de Quin.

Quin me miró fijamente.

—Anoche dijiste que no volverías a verlo. Doce horas después, pasas medio día con él. ¿Rachel? ¿Debería… preocuparme?

—No. Qué va. Quin, ¿puedo intentar explicártelo? Desde ayer todos estos sentimientos sobre Yara han surgido de repente de… de donde me las había ingeniado para ocultarlos los últimos seis años. Me alegro de haber tenido la oportunidad de hablar de ella.

—Puedes hablar de ella conmigo.

—Lo sé. Y es todo un detalle por tu parte. —Intentaba dar con las palabras adecuadas y, al mismo, evitar hacerle daño—. Pero hablar de ella con la única otra persona que la amó como yo…

—Eso lo entiendo —admitió Quin—. Es que… —De pronto se enfadó y exclamó—: Nunca acabo de estar seguro de si puedo fiarme de ti.

—¡Puedes hacerlo! Quin, no he hecho nada malo.

De repente parecía exhausto. Me sentí tan frustrada que se me encogió el corazón y luego se me ablandó al compadecerme de él.

—Es que… —hablaba con tono cansado—, si algo cambia, sé sincera conmigo.

—Nada cambiará. Estoy loca por ti. Estamos juntos en el mismo barco.

Pendió en el aire un «te quiero» que no pronuncié. Pero daba la sensación de que decirlo en ese momento, para calmar su inseguridad, no era lo correcto.

—Hablo totalmente en serio —dijo—. Puedo afrontarlo todo, salvo que me mientan. «Protegerme de la verdad» es lo peor que podrías hacerme.

Aunque supieras que ibas a hacerme daño, preferiría saber lo que hay en realidad.

—Vale. Pero…

—¿Lo juras?

—Sí, pero, sinceramente, Quin…

—Dejémoslo así.

OceanofPDF.com

56

Aunque nunca se lo había confesado a nadie, la verdad es que me encantaban los lunes. Mis patitos estaban en tal proceso de cambio constante que era emocionante sentarse en la Sala del Abad para ver qué podía haber pasado a lo largo del fin de semana.

Pero ese lunes, mientras me daba prisa por llegar, con la esperanza de coger una buena silla, el terror me tenía atenazada. Me sentía como en una nube, ligeramente desconectada de la realidad (lo cual tampoco era de extrañar, teniendo en cuenta que el fin de semana había sido movidito) y preparada para afrontar algo malo.

Estaba a punto de caerme encima un «arrebato de Luke».

Durante la noche anterior, en la que había dormido a ratos, me había dado cuenta, en algún momento, de que estaba enfadado conmigo. A pesar de los mensajes contradictorios que me enviaba (su despedida antes de Denver demostraba que intentaba limar asperezas), no había podido disimular su ira.

En realidad nunca me había dicho que me culpara de la muerte de Yara, pero estaba claro que lo había hecho. Y era probable que siguiese haciéndolo.

Iba a acusarme de ello; sí, eso era lo que tanto temía: oír esas horribles palabras. Aunque lo más irónico de todo era que yo ya no me culpaba. No desde el fin de semana de meditación en el que había conocido a Quin.

Aunque Quin no me conocía de nada, la extraña conexión que había sentido con él durante el ejercicio de Bondad Amorosa me había absuelto. Era el mejor regalo que me habían hecho jamás.

Daba igual lo que siguiera pensando Luke, la muerte de Yara no había sido culpa mía. Tenía que recordarlo.

Me sonó el móvil y me dio tal susto que casi se me sale el corazón por la boca. Madre mía, estaba de los nervios. Pero no era Luke, como esperaba, sino que se trataba del marido de Bronte, tan brusco y mandón como siempre.

—Nuestra hija mayor, Freya, llegará en avión desde San Francisco mañana por la mañana. Estará solo un día. Va a venir para confrontar a su madre.

¿Qué? ¿De verdad?

Así no funcionaban las cosas; él no decidía la agenda de su mujer. ¿No sabía que había otras seis personas en el grupo de Bronte? Podía haber una infinidad de cosas programadas ya para el día siguiente.

Con frialdad, le respondí:

—Tengo que consultar la agenda, quizá no haya un hueco para que Freya…

—Va a coger un vuelo de vuelta nada más acabar la sesión. Estaremos con vosotros a las diez de la mañana. Nos marcharemos a la once. —Y colgó.

Pero ¡qué puto déspota!

En realidad sí podíamos hacerle un hueco la mañana siguiente. Pero yo no tendría la oportunidad de hablar antes con Freya, de informarla. Su testimonio había sido peor que inútil, ya que solo tenía cosas bonitas que decir sobre Bronte. ¿Y para qué iba a ir si era incapaz de mantener una conversación difícil con su madre?

Apagué el móvil, cogí el mejor asiento de la Sala del Abad y observé cómo mis patitos llegaban de uno en uno. Trassa fue la primera. Madre de Dios, llevaba mucho dolor encima, pero había pasado un fin de semana tranquilo.

Dennis, sin embargo, parecía muy animado cuando entró pavoneándose. Demasiado animado, en realidad. Sospechaba que caminaba por la cuerda floja del autoengaño extremo; que se había convencido de que, a pesar de todas las pruebas, no era un alcohólico. Pero no era la primera vez que veía algo así.

Al parecer, a pesar de que Ella se había pasado el fin de semana deambulando cabreada de aquí para allá, poniendo a parir a Jonah y a Naaz,

seguía aquí, por lo cual era obvio que no creía a pies juntillas que fuera inocente de todo de lo que ambos la acusaban.

Giles, que se marchaba ese día, irradiaba sabiduría y compasión. Podía resultar irritante, si eso era algo que te pusiera de los nervios.

Y si había alguien con esa predisposición, era Chalkie, quien llegó entonces. Había destrozado a golpes una raqueta el sábado y otra el día anterior, y había golpeado el saco de boxeo con tanta fuerza que este había acabado en el suelo, arrastrando consigo la mitad del techo del cobertizo. ¡Todo excelente!

Al menos la visita de la pobre Gemma Kaye había servido para algo positivo, ya que Harlie todavía no había llorado. De forma silenciosa, poco a poco, estaba empezando a entrarme el pánico. A Harlie solo le quedaban dos semanas, y si continuaba atascada en su ira mucho más, le habría fallado.

A veces sucedía: un cliente avanzaba hasta un punto determinado y se quedaba atascado. No ocurría a menudo, pero cuando pasaba, me mataba un poco.

Entonces llegó Bronte, fría y ligeramente inescrutable. Suponía un desafío, de eso no cabía duda, y era muy hábil a la hora de proteger su adicción. Probablemente porque ya sabía mucho sobre ella.

Su recaída era interesante. Resultaba innegablemente duro que un adicto tuviera que volver a tomar la medicina a la que se había enganchado en su momento. En muchos sentidos, era más fácil ser alcohólico: bastaba con no beber. Nunca hay ninguna razón médica que justifique el vodka (da igual lo que diga Claire).

Estaba casi segura de que Bronte había exagerado el dolor que sentía por culpa de su tobillo roto, pero seguro que también le había dolido de verdad. Por eso su caso era tan complicado, porque su sufrimiento había sido real. Lo mismo me había pasado a mí, cuando me había visto incapaz de dormir. Y en esas situaciones, el médico adecuado era crucial.

Carlotta había sido muy buena conmigo. Igual que el doctor Gagnon, el psiquiatra que había encontrado siguiendo sus instrucciones.

Una de las reseñas le describía como: «Un doctor que lo entiende de verdad, que sabe cómo es el insomnio real». En cuanto lo leí, sentí un gran

alivio. Había cogido el móvil enseguida para pedir una cita.

Me había sentado delante de él y le había contado mi horrible historia. No tuve que exagerar; estaba destrozada de verdad.

—Madre mía —había dicho—, menudo trauma. Así que sufres insomnio agudo, ¿eh? ¿Sabes lo que es la higiene del sueño? ¿Sabes que no debe haber ningún aparato electrónico en el dormitorio? ¿Que hay que ponerse unas gafas para reducir el impacto de la luz azul?

—Ya hago todo eso. —De repente suspiré aterrada, pues temía que me fuera a recomendar baños calientes e infusión de manzanilla—. Ya hago mindfulness. Yoga. Me como un plátano antes de meterme en la cama. Hago absolutamente todo lo que recomienda todo el mundo.

Frunció el ceño.

—También da la impresión de que sufres de ansiedad.

Bueno, la estaba sufriendo en ese instante, desde luego, puesto que cada vez parecía más probable que me fuera a recomendar que empezara a hacer Yin Yoga (el más aburrido de todos los yogas).

—Pero el Ambien te resulta útil, ¿verdad?

—Es mi salvavidas.

Una vez más, no estaba exagerando.

—Si se toma tal y como se prescribe, no es adictivo. Incluso para una persona como tú, con un pasado de adicciones.

—Sí. Por supuesto. —Durante más de trece años había pensado lo contrario, pero las semanas anteriores me habían hecho cambiar de parecer.

—¿Debería añadir a tu tratamiento una medicación para combatir la ansiedad? —dijo—. ¿Qué tal te sienta el Xanax?

De repente me puse nerviosa y contesté:

—No, por favor, no. —No necesitaba tranquilizantes. A pesar de que, de todas formas, podría haberlos tomado, me parecía peligroso—. Solo somníferos.

Mi respuesta pareció sorprenderle.

—… Vale.

Sin más dilación, imprimió la receta, garabateó una firma en ella y me la entregó.

—Puedes pagar fuera.

Me dio la sensación de que había llegado el momento de marcharme.

—¿Cuándo debería volver?

—En un mes.

En las reseñas comentaban que era brusco, y, desde luego, lo era. También, caro; mi seguro no me cubriría todo lo que iba a cobrarme por la consulta. Pero me había prestado atención, me había escuchado.

Estaba de vuelta en la calle cuando me di cuenta de que me había doblado la dosis recetada por Carlotta, y eso me sorprendió. Pero también me sentí muy agradecida. Recordé entonces que en una de las reseñas lo habían criticado por «resolver los problemas a pastillazo limpio».

Pero a veces eso era justo lo que requería el problema.

Al final de la sesión de grupo, Dennis se me acercó bailando.

—Rachel, *a chara*, ¿podríamos hablar?

«Oh, ya estamos…».

—Claro. ¿Te va bien ahora?

—Me va que ni pintado. ¡Como anillo al dedo! De perlas… A las mil maravillas.

Fuimos a una consulta, donde él se sentó en el borde de la silla, con los ojos brillantes clavados en los míos.

—Estaba pensando en Trassa. En lo que… Lo que le ha pasado es tremendo, uno no desearía que le pasara a nadie. Pero, Rachel, ¿no crees que yo habré sufrido un trauma o algo así?

—¿A lo mejor sí?

Se irguió.

—¿Pude traumatizarme aquella vez que Patch, delante de mis narices, me ganó esa carrera del huevo en la cuchara? Ahí estaba yo, pensando que iban a recibirme como a un héroe en casa y, en el último instante, el muy mamón me arrebató una victoria segura.

Lo observé con atención.

—Vale, hablando en serio, Rachel. Si eso es lo peor que se me ocurre, es que no hay nada.

—¿Qué estás insinuando?

—Pues que, bueno, que es lógico que Trassa se enganchara a algo. En plan causa y efecto. Pero en mi caso no hay ninguna causa. Así que no hay ningún efecto. —Se le movieron los rizos cuando se incorporó y anunció—: ¡Así que no puedo ser alcohólico!

—Oh, Dennis. —En circunstancias menos trágicas, sería realmente gracioso—. Trassa es Trassa. Todo el mundo es único. Las personas son adictas o alcohólicas por toda clase de razones, y algunas por ninguna en absoluto. Bueno, por ninguna evidente.

Ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—A veces una persona no recuerda el trauma porque lo sufrió siendo muy joven. Otras veces en realidad no hay ningún trauma, solo excusas y justificaciones.

—¿Y eso cómo puede ser?

—Al adicto se le da genial inventarse historias trágicas: como sus padres no lo querían o su jefe no lo valoraba o su mujer era una desagradecida… tiene que beber o colocarse. Pero, Dennis, tú beberías aunque no tuvieras ninguna excusa. Aquí lo único que importa es que eres alcohólico y debes recuperarte.

Parecía haberse quedado hecho polvo. En voz muy bajita, dijo:

—No quiero ser alcohólico.

Asentí. Lo sabía.

—¿Dennis? Cuando te encontrabas a tu padre desmayado, cuando parecía que estaba muerto, ¿cómo te afectaba?

Agachó la cabeza.

—¿Y cómo voy a saberlo? —masculló—. La experta eres tú.

—Me imagino que, si eres un niño de seis o siete años que se encuentra a su padre en ese estado y piensa que se ha muerto, tiene que ser devastador.

Continuó con la cabeza gacha. Luego me miró muy cabreado.

—Lo fue —afirmó con la voz quebrada y los ojos llorosos—. Lo fue.

Se hizo un ovillo, con lo que dio la sensación de que empequeñecía. Se frotó la cara con violencia y se convirtió en ese niño ante mis ojos.

Bueno, había sido fácil, mucho más de lo que me esperaba.

Dejé que llorase. Tenía que derramar las lágrimas que no había derramado en toda su vida.

—Seguramente he hecho cosas peores. —Era la última sesión de grupo de Giles y estaba de muy buen humor—. Pero este recuerdo es lo peor que se me ocurre. —Con una voz muy dulce, preguntó—: ¿Estáis listos, niños? Pues empecemos. Una noche, ya de madrugada, creí que estaba sufriendo un ataque al corazón, así que fui a Urgencias. Quería que me hicieran un electrocardiograma. En mi mente puedo verme en esa sala de espera, chillándole a toda esa gente enferma y herida: «¡Me está dando un ataque cardiaco! ¡A mí! ¡A Giles Freyne! ¡Y sabéis quién soy!».

—Hostia puta —masculló Chalkie—. Qué vergüenza, tío.

—Los guardias de seguridad intentaron detenerme, pero me puse a dar vueltas por todo ese sitio, corriendo a toda leche, mientras abría de par en par las cortinas de esos cubículos. En uno le dije a la mujer que estaba en la cama que se levantara, que la necesitaba yo. Luego le dije que tenía un arma.

—¿Y la tenías? —preguntó Chalkie.

—¿De dónde iba a sacar yo un arma?

—Ah. Vale. Continúa.

—Intenté arrancarle el gotero del brazo a una mujer —continuó Giles —. Entonces llegó la policía y me arrestaron. Les dije que había ido al colegio con el ministro de Justicia y que iban a estar dirigiendo el tráfico el resto de su carrera. Esa es la clase de cosas —añadió— que no quiero repetir nunca.

—No tienes por qué —afirmó Trassa— mientras vayas a las reuniones y hagas el seguimiento.

—Por supuesto —le contestó con un brillo pícaro en los ojos, pues sabía que, junto a Chalkie, Trassa pasaba a ser una de las veteranas del grupo—. No veáis qué ganas de no sentirme abochornado. O de no tener que recordar qué mentira le he contado a quién. Y es un alivio no pasarme todo el día planificando: dónde conseguir pasta, cuándo poder hacerme una raya, cómo disimular que estaba colocado. Era un esfuerzo tremendo.

—Y recuerda, Giles —le dije—: la adicción es un parásito que nunca descansa. Que se te quede grabado a fuego. En cuanto vea que flaqueas, volverá a entrar en acción con la misma intensidad de siempre. —Tuve un momento de confusión muy extraño, algo parecido a un *déjà vu*, y enseguida volví a la realidad. Madre mía, qué estresada estaba—. Necesitas reforzar tus defensas todos los días. No puedes bajar la guardia nunca. ¿Vale?

—¡Vale!

Me puse de pie.

—Es la hora de la tarta.

Tristemente, no teníamos un Gateau Diane casero para Giles, ya que no despertaba mucha simpatía entre los empleados del servicio de catering. Pero había un enorme Victoria Sponge del supermercado Spar y un buen número de personas preparadas para interrumpirlo.

—¡Hace seis semanas no me habría creído que estaría interno de un lugar tan espantoso! —Se hallaba subido a una silla, lanzando su discurso de despedida—. La única razón por la que vine era recuperar mi trabajo…

Brianna se me acercó por detrás, me agarró del brazo y susurró:

—Drama. Su primera esposa se ha presentado para llevarlo a casa. Y la tercera esposa, también. Están las dos arriba, en el despacho, y no me extrañaría que se acabaran liando a bolsazos. ¿Qué hago?

—Nada.

Giles podía ocuparse de eso. Decirles a esas dos que, en realidad, se iba a vivir con su segunda mujer podía ser el primer desafío al que se enfrentara limpio y sobrio. Iba a arrancar a toda marcha, por decirlo de algún modo.

Cuando se bajó de la silla, la gente hizo cola para darle un abrazo. Siempre se me saltaban las lágrimas al ver que, a pesar de que allí dentro se decían palabras muy duras, al final todo el mundo le deseaba lo mejor a los demás.

Lo vi abrazar a Trassa, luego a Dennis, un tipo de gente con la que, probablemente, no se había cruzado en la vida.

Ah, y entonces le tocó a Chalkie. Él y Giles se miraron y, durante un momento, ninguno de los dos se movió; se palpaba la tensión entre ellos. Entonces se dieron un fuerte abrazo de oso.

—Cuídate, colega —le dijo Chalkie con una sonrisa maliciosa—. Ve a tus reuniones.

—Y tú a las tuyas.

—Si ambos vamos a nuestras reuniones, lo más seguro es que acabemos encontrándonos. Imagínatelo. Tú y yo, juntos, charlando. Maaaaaadre mía.

—¿O —Giles le guiñó un ojo— podríamos jugar al tenis?

—Ah, querido Giles, solo por eso volvería a chutarme.

OceanofPDF.com

57

Al encender el móvil después de trabajar, esperaba una llamada perdida de Luke, pero no tenía ninguna. Debería haberme sentido aliviada, pero la espera se me estaba haciendo insoportable. Intuía que podía acabar mal y prefería hablar con él de una vez para pasar página.

Sin embargo, Helen me había enviado un mensaje para preguntarme si quería ir a lo que ella describió como «comida nocturna».

Di por sentado que se refería a «cena», pero que no quería pronunciar esa palabra porque estaba en su Lista de Palazos. A saber por qué, pero tampoco es que su lista de manías fuera muy racional.

La llamé y, al cabo de un rato, me respondió.

—¿No podías haberme enviado un mensaje?

—Me habría llevado mucho tiempo. Pero esto es lo que te habría escrito: Sí, gracias, Helen, me gustaría ir a tomar una «comida nocturna» contigo. Tengo una reunión en Stillorgan a los ocho en punto, así que me vendría genial que quedásemos en un sitio por ahí cerca. He echado una ojeada rápida y he visto que hay tres restaurantes con mesas libres a las seis y media, que es la hora a la que yo llegaría…

—¡… espero que no sea un sitio de esos donde dan menús merienda cena! Que me lo veo venir. ¡Rachel, por ahí no paso! Estaría tan mosqueada que no comería.

—Como ya te conozco —respondí con tono engreído—, he reservado en el Chopping Block a las seis y media. Nos vemos allí.

Claro que siempre cabía la posibilidad de que el Chopping Block estuviera en su lista por alguna razón: ¿tal vez le cabreaba el nombre, «La Guillotina»? ¿O era engañoso? ¿Quizá porque no guillotinaban a nadie de verdad?

Para mi alivio, contestó:

—¡Vale! —Y añadió—: ¿Por qué no todo el mundo puede ser tan razonable como tú, Rachel? Por eso eres mi hermana favorita.

—¿Lo soy? Gracias.

—Bueno, aparte de Anna.

En el Chopping Block, me la encontré conversando animadamente con un camarero. Supongo que estaban hablando de la ensalada de col. A Helen le gustaba la ensalada de col. Podía decirse que solo comía sándwiches de queso y ensalada de col.

—¡Hola! —gritó al verme—. Siéntate. Este es Ultan, me va a preparar unos sándwiches de queso y ensalada de col… y una pinta de Coca-Cola zero. ¿Eso te había pedido, Ultan?

—Sí. —Consultó su libreta—. A temperatura ambiente. Sin limón ni lima ni ninguna fruta; sobre todo, nada de peras, arándanos o kiwis.

—Buen chico. Pero Rachel va a pedir comida normal.

—Vale. —Ultan me dio una carta y salió pitando para obedecer las órdenes de Helen.

—¿Y bien? —le pregunté—. ¿Cómo va todo?

—¿Quieres saber por qué te he sugerido esto? —preguntó—. ¿Que nos reuniéramos para una comida nocturna?

—¿Ha pasado algo?

—No. —Entonces, mostrándose muy orgullosa, añadió—: Quiero saber cómo estás.

—¡Oh! Eso es… eh… todo un detalle.

—Sí. Intento comportarme como una persona normal. —Estaba encantada de haberse conocido.

—Quieres saber cómo estoy, por si estoy mosqueada contigo y Artie por inten… —Me callé—. Perdona. Casi digo la palabra «intentar».

—Menos mal que no lo has hecho.

Las dos nos echamos a reír.

—Por si estoy mosqueada contigo y Artie porque esperáis tener un bebé, ¿no? Pues que sepas que me parece bien. —Bueno, casi, pero tendría que conformarse con eso.

—No es solo por eso —se explayó—. Estaba pensando en que has vuelto a ver a Costello después de lo que le pasó a tu niña. Y encima ahora todo lo de la vieja y sus gilipolleces con la fiesta. Yo diría que estás aguantando mucha mierda.

Muy sorprendida, le dije:

—Gracias.

—Lo has pasado muy mal. Lo entiendo, ahora que a mí… se me ha despertado el instinto maternal. El caso es que seguramente mi puto apoyo no te sirve de nada. Simpatizar se me da fatal… —Se calló y se puso mucho más seria de repente—. Eso me han dicho. ¿O es empatizar? Quizá sean las dos cosas. —Volvió a animarse y añadió—: Pero si te sientes mal, que sepas que yo… estoy aquí para ti.

—Gracias —repetí.

—Has sido muy buena conmigo —dijo—. Cuando se me va la olla, tú no haces que todo gire en torno a ti.

Que admitiera eso me conmovió de un modo casi insoportable.

—La mayoría de la gente lo hace —continuó—. No pueden evitarlo, supongo. Pero tú eres distinta.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Y tú cómo estás? ¿Con todo lo que está pasando?

—Es una putada, ¿verdad? —Se la notaba exasperada—. Me refiero a lo de querer tener un hijo. Tienes tanto que perder… Estaba mejor cuando no quería nada y no amaba a nadie.

—Oh, Helen, no. Eso no es vida.

—Pero es menos arriesgado. —De repente era evidente que estaba muy nerviosa—. Rachel, ¿y si no puedo quedarme preñada? ¿Y si me vuelvo tarumba de nuevo? ¿O y si tengo un bebé y luego me da la depre posparto? Porque eso puede pasarle a —adoptó un tono muy estúpido— una «mujer con antecedentes de depresión». —Puso los ojos en blanco y sacó la lengua —. O sea, a mí. ¡No me jodas! ¿O y si…, lo siento, Rachel…, y si me quedo embarazada y luego lo pierdo? Iría directa de vuelta al manicomio.

«Ay, madre».

La cuestión era que cualquiera de esos escenarios podía llegar a darse. Aunque había pocas probabilidades de que se hicieran realidad, la idea

resultaba aterradora. De pronto sentí la necesidad de protegerla.

—Voy a decirte una cosa —me dijo—. Ojalá pudiera ir a unas reuniones como esas a las que vas tú.

—Pero si hay grupos de autoayuda para gente con depresión.

—Sí. Fui una vez. —Volvió a poner los ojos en blanco—. Pero los demás me pusieron de muy mala hostia. Eran tan… quejicas. No volví a ir.

Cuando llegué a casa después de la reunión, estaba exhausta. Mientras subía lentamente las escaleras para irme a la cama, supe que no iba a tener problemas para dormir. Y, oh, Dios, cuánto lo agradecí. Incluso a esas alturas, el mero hecho de pensar en el insomnio me retrotraía a aquellas semanas horribles tras la muerte de Yara.

El mundo se había vuelto del revés y nada volvería a ser igual. Se me había abierto toda una nueva dimensión de tristeza, que solo soporté cuando conseguí un suministro constante de somníferos.

Despertarme todas las mañanas para vivir otro día sin Yara siempre era un espanto. Sobrevivir minuto a minuto era agotador. Pero me daba fuerzas saber que, a las diez de la noche, dejaría de sufrir y me esfumaría en un olvido delicioso.

El problema era que no tardaba en desarrollarse tolerancia a las pastillas. Así que tampoco me sorprendió que, tras una semana o algo así tomándolas, empezara a despertarme primero cinco horas después y luego cuatro. Durante un par de noches, probé a esperar, con la esperanza de volver a dormirme, pero era muy difícil, sobre todo sabiendo que había un pequeño alijo de pastillas cerca, dentro de unos calcetines en la cómoda. A la tercera noche, me acerqué con sigilo e intenté abrir el cajón sin hacer ruido. Pero se oyó un crujido cuando la madera se atascó y Luke se revolvió en la cama.

—¿Qué estás haciendo? —masculló.

—Nada —susurré—. Vuelve a dormirte.

Apreté la pastilla para sacarla del blíster, me la llevé a la boca, volví a meterme en la cama y pronto me vi arrastrada a una nada donde no había sufrimiento.

Después de esa noche, escondí una segunda pastilla en la funda de la almohada para cuando me despertase a las dos o las tres de la madrugada.

Las cosas, sin embargo, empeoraron: por el día tenía la impresión de que cada vez sufría más. Habían transcurrido alrededor de siete semanas desde que Yara había muerto, la sensación de desolación inicial había quedado atrás y comenzaba a asimilar lo descomunal que era mi (nuestra) tragedia. En lugar de estar viviendo la existencia repleta de amor y felicidad para la que Luke y yo nos habíamos estado preparando, lo que nos quedaba era una vida que parecía insignificante, raquítica y muy triste.

Entonces le tocó a él sufrir una etapa de insomnio. Como durante demasiadas mañanas me lo encontré exhausto y ojeroso al levantarme, le sugerí que fuera a ver a Carlotta. Tenía la esperanza de que, si los dos estábamos tomando somníferos, él comprendería lo útiles que eran… y entonces podría confesarle que seguía tomándomelos.

Pero me dijo:

—Lo soportaré. Tú has vuelto a dormir con normalidad. —Y, tras una pausa, añadió—. ¿Verdad?

Aunque no puedo estar segura, me dio la impresión de que miró un instante al cajón de los calcetines y me quedé helada. Si se enteraba, me obligaría a deshacerme de ellos, y yo no podía hacerlo… porque eran mi salvación.

Cuando se marchó a trabajar, esperé veinte minutos, para asegurarme de que no iba a volver para pillarme, y entonces saqué mis valiosas reservas: me quedaban tres blísteres, veintisiete pastillas. Tenía que partirlos y esconderlos por el piso, para que, en caso de que Luke encontrase algunos, al menos todavía me quedasen de sobra.

Mientras partía los blísteres en cuatro, me sentí avergonzada y luego cabreada. ¿Por qué tenía que ponérmelo tan difícil? Ojalá aceptara de una vez que era algo muy pasajero y que, en cuanto me sintiera más fuerte, dejaría de tomarlos.

El baño resultaba demasiado evidente, probablemente sería el primer sitio donde miraría. Pero me pareció que el bolsillo de un abrigo que hacía tiempo que no me ponía sería un sitio seguro para esconder algunas pastillas. En la cocina, enterré cuatro pastillas en el fondo de un paquete de

arroz basmati que no habíamos tocado en años. Mientras a Luke no le diera por hacer una limpieza a fondo de la cocina (lo cual era casi imposible), estarían a salvo.

Me centré en las tres fotografías que colgaban de la pared de la sala de estar: unas fotos en las que aparecíamos Brigit y yo sonrientes y felices una noche que habíamos salido con los Hombres de Verdad hacía mil años. Llevaban ahí tanto tiempo que Luke y yo ya ni las veíamos.

Las descolgué y, mientras pegaba con cinta adhesiva unas pastillas en la parte trasera, me di cuenta de que era un disparate. O sea, una locura. ¿No debería contárselo a Luke? No había nada de malo en tomarlas, me las había recetado una doctora. Bueno, dos médicos, en realidad. Carlotta no sabía que el doctor Gagnon me había dado una receta y el doctor Gagnon tampoco sabía, o no le interesaba saber, que Carlotta me había dado otra.

Pero me las habían recetado. Vale que estaba tomando más que las que cualquiera de los dos médicos me habían dado, aunque solo lo hacía para superar aquella etapa tan horrible. Por mucho que Luke hubiera puesto el grito en el cielo por los cinco Ambien que me había recetado inicialmente Carlotta, se olvidaba de que yo era la persona que tenía menos probabilidades de meter la pata hasta el fondo con aquello. Me conocía tan bien a mí misma y sabía tanto sobre adicciones que me cercioraría de que eso nunca ocurriera.

OceanofPDF.com

58

Cuando me desperté, tenía una serie de mensajes de texto de Claire.

> Devin Costello es la leche. ¡Luka y él han conectado al instante!
> Hasta Francesca ha dejado de tocarle las narices al cabo de un rato.

Luego:

> Aunque está en el puto paro. ¿Es que nunca tienen trabajo? Los de la generación X hacemos que el mundo siga girando y luego nos hacen sentirnos culpables por comprar ropa. No mola nada.

Luego:

> Aunque soy de la generación X por los pelos. Casi soy tan joven como para ser millennial. Ja. Aunque les encanta nuestro dinero y que les paguemos las cosas.

Luego:

> La verdad es que no me recuerda tanto a Luke. Si no, habría sido raro. Parece estar loco por Kate. Nunca me gustó ese tal Isaac.

Luego:

> ¿Qué vas a hacer esta noche? Luka y yo vamos a pasar un rato juntos, en plan madre e hijo. Vamos a ir de compras, lo cual confirma lo que te comentaba antes. Luego iremos a por comida mexicana. Los adolescentes están obsesionados con los tacos.

Bueno. Era una buena noticia para Kate que Devin les cayera bien. Era más o menos toda la atención que podía prestarle a este tema, ya que la cabeza no me daba para más. Entonces me fui a trabajar.

A las diez y diez, Freya Tollemarche subió a toda prisa las escaleras, con su padre, el tirano de Eden, detrás.

Esperaba que la hija de Bronte fuera una rubia mística y finolis, pero en lugar de eso, tenía una mata de pelo espesa de un color castaño rojizo, que un gorro de punto apenas lograba mantener a raya. Aunque tenía la cara larga y fina y dientes prominentes, era preciosa gracias a un cutis lozano y elástico y unos ojos brillantes.

Eden me gritó a modo de saludo:

—Hoy todo debe girar en torno a Freya.

—¿Perdón? —El muy mamón tenía el santo morro de decirme cómo debía dirigir mis sesiones.

—Yo puedo estar aquí siempre que lo ordenes. Pero como Freya está de visita solo un día, debe tener la palabra.

—Ya veremos. —Esbocé una leve sonrisa y centré mi atención en su hija.

Emocionalmente, era un desastre, sonreía sin parar mientras estaba al borde de las lágrimas. Pobrecilla, solo tenía dieciocho años.

—Rachel —me dio dos besos con timidez, como si nos estuviéramos conociendo en un entorno normal—, te estamos tan agradecidos por ayudar a mi madre. —Me agarró de la manga—. Tu mono es divino.

Esbozó una breve sonrisa nerviosa, al tiempo que las lágrimas le resbalaban por la cara. Del bolsillo de los pantalones de sarga de color chocolate se sacó un pañuelo de algodón auténtico y se enjugó los ojos.

Debo decir que su aspecto era fascinante. En esos pies largos y estrechos calzaba unos zapatos oscuros de cuero calado abrillantadísimos. Se entreveía una camiseta de un verde intenso debajo de esa chaqueta de sarga con hombreras, sobre la que llevaba una bandolera que parecía una reliquia familiar. Podía haber llegado directamente de la pasarela de Margaret Howell o de un mercadillo de ropa de «Todo a diez euros» organizado por la sucursal local de Oxfam.

—¿Revoltosa? —preguntó Bronte, en voz baja, al ver a su hija—. ¡Oh! ¡Eres tú de verdad!

—¡Mamá!

Freya y Bronte se abrazaron con fuerza, mientras Eden se quedaba detrás de ellas.

—Siento mucho que estés en este lugar —dijo Freya.

—Revoltosa, no. —Bronte le estaba dando besitos por toda la cara—. Por favor, no te preocupes. Son todos majísimos. Pero… ¿cómo es que estás aquí? ¿Te has marchado de San Francisco?

—Solo estaré aquí hoy. Mañana cojo un vuelo de vuelta.

—¿Has venido solo por un día? ¿Por mí?

—¡Sí!

Entonces las dos se echaron a reír y a llorar, cara a cara.

Todos los demás estaban alucinando.

Freya le preguntó a Dennis:

—¿Puedo? —Y señaló a la silla de este, que estaba al lado de la de Bronte.

—Claro que puedes. —Dennis se puso en pie como un resorte y cruzó la habitación para sentarse junto al impávido Eden. Nervioso, le saludó con la cabeza y masculló—: Hoy es un gran día.

Freya le estaba acariciando la mano a Bronte y esta le estaba alisando el pelo a su hija. Estaban mimándose la una a la otra, literalmente. Si quería obtener algo coherente de Freya, debían estar separadas, así que mandé a Dennis de vuelta al asiento que ocupaba en un principio.

Cuando todo el mundo estuvo instalado, comencé:

—Freya, tenías trece años cuando tu madre fue a rehabilitación por primera vez. ¿Cómo fue crecer con un progenitor adicto?

Freya era un amasijo anguloso, en el que destacaban las rodillas, los codos y los dedos, largos y expresivos.

—Lo que debéis entender es que mamá es un pedazo de pan. Sabíamos que había ido a rehabilitación, pero no la recuerdo nunca… ¿cómo decirlo? ¿Colocada? ¿Drogada? ¿Flipada?

«Ah, por aquí vamos bien».

—¿Nunca? —pregunté.

—Sinceramente, jamás. Siempre era muy dulce y divertida, siempre. Siempre me he sentido muy querida por ella. Igual que Hugo y Gerald. La adoramos.

Por raro que parezca, me lo creía.

Bronte lanzó unos besitos al aire a la otra punta de la habitación.

—*Bisous* —dijo, con lágrimas en los ojos.

—¿Bi… qué? —susurró Dennis, inclinándose de lado hacia Chalkie.

—«Besos» en francés —contestó Chalkie, con cara de exasperación.

No todo el que tenía a un adicto como progenitor acababa desquiciado. Quizá Freya también tuviera sus problemas, aunque fueran menos obvios, pero yo estaba segura de que amaba a su madre.

—Me encantan los caballos —comentó Freya—. A las dos nos encantan. Para nosotras… tanto para ella como para mí… nuestros caballos son los grandes amores de nuestra vida.

—¿Irás a ver a Bubble mientras estás aquí? —la interrumpió Bronte.

—¡Sí! —exclamó con una voz aguda Freya, animándose de repente—. Después de esto, si me da tiempo, me pasaré por casa para hacerle cariñitos.

Miró a Eden, quien asintió.

Él me había dicho que después irían directos al aeropuerto.

—Dale un beso de mi parte —dijo Bronte.

—Por supuesto. También podría ver a Merryweather, si quieres.

—¡Oh, sí, por favor!

Había algo en todo ese amor por los caballos que me llevó a preguntarme por qué Freya trabajaba en otra cosa.

—En San Francisco —pregunté—, ¿no trabajas en un banco?

—En un banco de inversión. Pero solo voy a estar un año, hasta que empiece la uni.

—¿Te ves siendo una empleada de banca en el futuro? ¿No preferirías trabajar con caballos?

—Sí, sí. Pero no. —Lanzó una mirada furtiva a su padre—. No es una profesión de verdad.

—¿Ah, no? Seguro que hay toda clase de trabajos en el mundo de los caballos, ¿no?

—Que compensen económicamente no, no hay.

Me habría gustado presionarla aún más, pero ella no era mi paciente, no era asunto mío.

—¿Cómo te sentiste —pregunté— cuando te enteraste de que tu madre había recaído?

—Me…

Pude ver cómo se le movía la nuez.

Tras un largo silencio, pregunté:

—¿Te sorprendió?

—Pues sí, porque nunca la había visto… ¿cómo podría describirlo? ¿Siendo una adicta? Pero es una mujer frágil. Creo que para ella la vida es más dolorosa que para el resto.

—¿Quieres que deje de tomar heroína?

Después de otra pausa, contestó:

—Quiero que sea feliz. Hugo y Gerald también lo quieren. Por encima de todo.

—Freya —intenté tener mucho tacto—, quieres a tu madre, quieres protegerla del dolor. Pero la heroína es una droga muy peligrosa, con un índice de muertes muy alto.

Eso no era muy justo, Freya era joven e inocente. Pero Eden me la había jugado y había obligado a su hija a volar ocho mil kilómetros para que dijera verdades incómodas y así ahorrarse él el mal trago.

La pobre Freya estaba sufriendo.

—Pues entonces debe dejarlo. —Volvió a llorar—. Lo siento, mamá, te queremos demasiado. Debes dejarlo.

Bronte se quedó helada. Entendí, de repente, que esa era la clave para lograr que se abriera. Eso era lo que se me había pasado por alto: que adoraba a sus hijos.

OceanofPDF.com

59

En cuanto me despedí de Freya y de Eden, y ambos abandonaron las instalaciones, me dirigí al despacho, ansiosa por revisar la cadena de acontecimientos que habían provocado la recaída de Bronte. Estaba casi segura de que tenía la respuesta que había estado buscando… cuando Brianna me abordó con un paquete pequeño pero cargado.

—Supongo que es de otro cliente agradecido.

Debería haber seguido andando, pero Brianna se moría de ganas de ver qué contenía; resultó ser un trozo gigantesco de turrón.

Brianna se echó para atrás.

—Le tengo fobia, literalmente. ¿No te preocupa quedarte sin dientes al morderlo?

—No. Me encanta. —Aunque sabía de alguien al que le encantaría aún más: a Harry, el marido de Nola. Le chiflaba el turrón.

Le tenía mucho cariño a Harry. Por supuesto, él nunca me conocería tan bien como su mujer porque Nola lo sabía todo, literalmente, sobre mí. Pero, por el mero hecho de que me abriera la puerta docenas de veces al año, había acabado cogiéndole un gran afecto.

Debe ser raro ser la pareja de una madrina, ver cómo llega gente a tu casa, en toda clase de estados, buenos y malos, y no saber ningún detalle al respecto.

Luke se había visto en esa misma posición. Como aquella época en que yo era madrina de una mujer encantadora llamada Jessamay, quien lo iba llevando muy bien y, de repente, había recaído tres veces en cinco meses. Su novia, Britt, la amenazó con marcharse si volvía a hacerlo. Acabó cumpliendo la amenaza: se largó en cuanto Jessamay metió la pata de nuevo.

Jessamay me llamó totalmente hundida, y le dije que fuera a mi piso. No sé cómo, Luke llegó a la puerta primero y Jessamay se le echó encima.

—¡Oh, Luke! ¡He recaído! ¡Britt me ha dejado! ¿Podrías hablar con ella, por favor, decirle…?

Luke me miró aterrado.

—Lamento oír e…

—Jessamay. —La cogí de la mano, la llevé a mi dormitorio e intenté calmarla. Hablamos largo rato y luego fuimos a una reunión. Después la acompañé a su piso.

Cuando por fin llegué a casa, Luke se levantó del sofá como un resorte, muy angustiado.

—¿Está bien? ¿Britt la ha dejado de verdad? —Luego añadió—: Lo sé. No es asunto mío. No puedes hablar de ello. Pero eso ha sido muy duro de ver.

Apreté los labios en un intento de que las palabras quedaran atrapadas en mi boca.

—Sé que no puedes contármelo —repitió Luke—. Pero ¿de verdad se ha largado Britt? ¿Y si no vuelve?

—Tal vez sea lo mejor. —Con esa respuesta no estaba revelando nada confidencial, me dije a mí misma. Era una respuesta hipotética a una pregunta hipotética.

—¿Qué? ¡Rachel, no! —Luke parecía ofendido, enfadado, incluso—. ¿Por qué?

—Escúchame, bobo romántico. ¿Cuántas veces te he dicho que si un adicto no pierde algo no tiene ningún incentivo para cambiar?

—Ya. —La respuesta, sin embargo, no le gustó.

—De hecho, si… aunque esto no va a pasar… si yo recayera alguna vez, no podrías quedarte conmigo.

—¿Y si quisiera quedarme?

Me eché a reír.

—No querrías quedarte. No sería yo misma. Y no me estarías ayudando, estarías haciendo justo lo contrario.

Negó con la cabeza.

—Esto de que quien te quiera te hará llorar es muy duro. No me gusta. No me gusta ni un pelo.

Cuando revisé la cadena de acontecimientos que habían empujado a Bronte a recaer, me llevé tal alegría que, literalmente, me froté las manos. Nada más volver al grupo después de comer, me lancé.

—¿Bronte? ¿Te ha alegrado ver a Freya?

Se le iluminó la cara.

—¡Me ha dejado *bouleversée*!

—¿Qué ha dicho? —preguntó Dennis.

—Palabra francesa —contestó Chalkie—. Quiere decir «ha molado un huevo».

—La adoro —dijo Bronte—. Adoro a mis tres hijos.

—Entonces ¿cómo puedes ser una buena madre y meterte heroína a la vez?

—Pero ellos no estaban ahí. —Parecía sorprendida—. Estaban lejos, en la escuela. Nunca tomé drogas con ellos en casa.

«¿De verdad?». Bueno, tal vez. Encajaba con la versión de los hechos que nos había contado Freya.

—Cuando te casaste… en general… dejaste de tomar heroína, ¿verdad? Pero volviste a empezar hace unos seis años, ¿no? ¿Por qué?

—Pues no lo tengo muy claro…

—¿Tu hijo menor tiene trece años? ¿A qué edad fue al internado?

—A los siete.

—¿Cuántos años han pasado desde entonces?

—… Seis.

Esperé un rato para que pudiera asimilarlo.

—Eden te envió a rehabilitación hace cinco años, ¿verdad? Y te desenganchaste y has estado limpia hasta hace ocho meses, ¿no? Antes de romperte el tobillo, ¿cómo te iba? ¿Se había producido algún cambio en tu vida? ¿Grande o pequeño?

Puso los ojos como platos.

—No, que yo recuerde.

—Vayamos para atrás. Tuviste el accidente en junio. ¿Qué más ocurrió el junio pasado?

—Hummm. Casi todas las yeguas habían parido…

—¿Pasó algo con tus hijos? ¿Con Freya? ¿Acabó el instituto, hizo la selectividad, volvió a casa? ¿Cuánto tiempo estuvo contigo?

—Dos semanas.

—¿Esperabas que se quedara más tiempo?

—Creía que había vuelto a casa para siempre. Para estudiar Ciencias Equinas en la uni de Dublín.

—¿Y qué pasó?

Se le contrajo la cara.

—Eden le consiguió unas prácticas en un banco. En San Francisco. Fue una gran sorpresa para Freya. Y para mí. Según él, cuando termine el año que va a estar en el banco, en lugar de ir a la uni en Irlanda, Freya va a hacer Económicas en Durham.

—¿Cómo te sentiste al respecto?

—Me sentí fatal —respondió con un hilo de voz—. Nosotras… Freya y yo… teníamos unos planes maravillosos, íbamos a trabajar juntas con nuestros caballos. Estábamos las dos muy emocionadas. Había sido una agonía estar lejos de ella, lejos de los tres. Pero había aguantado porque sabía que llegarían tiempos mejores. Entonces me enteré de que acabar con el internado significaba que la vería aún menos que nunca.

—Así que te caíste del caballo.

Sobresaltada, preguntó:

—¿Estás sugiriendo que lo hice a propósito?

—¿Lo hiciste? Mirémoslo de otro modo. Habías estado esperando mucho tiempo a poder tener una relación como es debido con tu hija y, entonces, te enteras de que nunca vas a disfrutar de esos momentos tan especiales entre madre e hija que tanto habías estado deseando compartir con ella. ¿Te sentiste…?

—Desolada.

—Entonces te caíste del caballo. No dudo de que sufrieses un gran dolor físico. Pero conocías de sobra los medicamentos que te ofrecieron. Sabías que adormecerían la angustia que sentías por lo de Freya. Sí, había muchas

maneras de calmar el dolor por ese hueso roto. Pero solo una capaz de anestesiar la pérdida de Freya —me encogí de hombros—: la heroína.

Dennis dio un grito ahogado. Aunque, para ser justa, todos se quedaron pasmados, pensando que yo era una especie de bruja.

—Así que es culpa de Eden, ¿no? —preguntó Bronte.

—Eres tú la que toma heroína.

—Pero Eden es tan… —Se calló de golpe.

—¿Tan prepotente? —sugirió Dennis—. ¿Mandón?

—¿Déspota? —dijo Chalkie—. ¿Autoritario? ¿Dominante? ¿Un tocapelotas?

—A mí me ha parecido encantador —murmuró Ella, lanzándole una mirada malévola a Bronte.

—Basta —intervine—. No estamos hablando de él.

—Oh, Rachel, con lo bien que me lo estaba pasando —comentó Chalkie.

Sí que parecía que Eden Tollemarche era bastante tirano, pero The Cloisters no era un paraíso de la reinvención al que iban las mujeres sometidas para recuperar su vida. Bronte ya arreglaría su matrimonio más adelante —o quizá no, a saber—, pero por mucho que me hubiera encantado meter baza en ese asunto y darle toda clase de consejos sobre cómo debía vivir su vida, mi trabajo consistía únicamente en ayudarla a estar —y, lo más importante, permanecer— limpia.

OceanofPDF.com

60

Me sonó el móvil en cuanto lo encendí: tenía una llamada perdida de Luke; luego me llegó un escueto mensaje con una sola palabra:

Llámame.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Respondió cuando había sonado medio tono.

—Tengo que verte. Debemos hablar.

—… ¿De qué?

—De algo que tenemos que dejar claro. —Hablaba con calma, comedimiento, furia—. El domingo, en la playa, dijiste que te dejé, pero eso no fue lo que pasó…

Anonadada, respondí:

—Claro que sí. Alquilaste una furgoneta, recogiste tus cosas, te mudaste a Denver…

—Rachel, tú me dejaste.

—Luke, ¿estás… bien? —Me sentía confundida—. Me parece que estás un poco…

—Ya te habías ido hace tiempo —afirmó—. Por culpa de los somníferos, estabas en un sitio donde no podía alcanzarte.

—Pero… —No sabía por dónde empezar—. Ya sabes por qué tuve que tomarlos. ¿Y por qué me llamas para hablar de esto… dos días después? ¿Por qué no dijiste nada el domingo?

—Porque… —Se calló—. Porque me siento… me sentía… mal por ello, sí, por cómo acabó todo, por cómo… acabamos. Pero me desperté por la noche y fue como si me hubiera estallado una bomba en la cabeza.

Rachel, no puedes echarme toda la culpa. Debemos hablar muy en serio de esto.

—Teníamos que haber hablado muy en serio de esto hace seis años, pero…

—Rachel, por aquel entonces yo hablé muchas, muchísimas veces en serio contigo, ¿y sabes qué saqué en limpio? Nada. Ahora estoy con mi padre, pero me quedo libre dentro de una hora, puedo ir a…

—Esta noche no puedo. —Quin se iba otra vez a Nuevo México unos cuantos días, así que esa noche teníamos planes para ir al cine—. ¿Mañana por la noche?

—No. —Y añadió—: ¿A qué hora sería? Debo llevar a Kal al aeropuerto…

—¿Se marcha?

—Tiene un bolo el viernes por la noche. Podría quedar contigo a las ocho y media, nueve. ¿Sería muy tarde?

—Vale. ¿En el Huntsman?

—¿En un pub?

—Nos pilla a los dos a mitad de camino.

Lo que no dije es que podría levantarme y largarme andando si era demasiado para mí. Aquello —la ira de Luke, que estuviera convencido de que las cosas sucedieron de un modo distinto a como yo las recordaba— había hecho que me sobreviniera una ola de espanto, que el mundo entero me pareciera oscuro y siniestro.

La película no era el típico taquillazo que arrasaba en los multicines, sino un documental sobre un joven montañero que escalaba las caras de unas rocas gigantescas sin ningún equipo de seguridad.

Entré a todo correr en el Irish Film Centre y casi me echo a reír al ver al público congregado esa noche: casi todos eran hombres, fibrosos y serios, que compartían historias sobre valerosas hazañas realizadas a gran altitud. Mientras buscaba a Quin, oí algunos fragmentos de conversación:

—Como el tiempo empeoró, decidimos no arriesgarnos…

—… llevábamos cuarenta kilos de equipo…

—… un viento increíble, pero aguantó…

Ahí estaba, con Murph y Golden, los tres de punta en blanco con su ropa técnica de montaña. Probablemente lo habían hecho de una manera inconsciente, como cuando Anna y yo nos habíamos puesto elegantes para ver *El diablo viste de Prada*.

Quin estiró el brazo y me atrajo hacia sí para darme un beso, luego saludé a los otros dos: a Murph (varón) y a Golden (mujer). Junto a otros dos hombres, todos eran amigos desde primaria. Habían compartido infinidad de ascensiones.

Golden no disimulaba que yo no le caía bien, cosa que, aunque no era nada propio de mí, no me angustiaba nada.

Durante al menos diez años, Golden había mantenido una relación épica e intermitente con Prosser, uno de los otros hombres. En las etapas en que se daban un descanso, se acostaba con Embury, el cuarto hombre del grupo. Pero, a lo largo de los años, había ido acostándose con todos en distintos momentos: con Prosser, Embury, Murph, incluso Quin, antes de casarse con Shiv. Sospechaba que los consideraba de su propiedad.

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó Quin, señalando con la cabeza la cafetería—. Hemos comido tarta de zanahoria.

No había ni palomitas ni otras chucherías, puesto que no era esa clase de cine. Y tampoco era esa clase de noche. El público se tomaba muy en serio la escalada, muy en serio la nutrición.

… Con una excepción: las tartas. Me había fijado en que a los escaladores les gustaban las tartas. Aunque daba la impresión de que solo las comían cuando estaban con otros escaladores.

Para mi sorpresa, la peli estuvo genial.

—¿De verdad te ha gustado? —preguntó Golden después, en el restaurante nepalí—. ¿O solo lo dices por decir? ¿Para hacernos sentir bien porque has venido con la entrada de Embury?

Miré a Quin.

—¿Que yo…?

—Sacamos las entradas hace semanas. —Se encogió de hombros—. Pero como quería verte esta noche, porque me voy mañana y no vuelvo hasta el sábado, me ha hecho el favor.

—Qué amable ha sido Embury. —Sonreí a Golden, quien clavó en mí sus ojos de color azul claro como si fueran dagas—. ¿Prosser y tú habéis vuelto a daros un descanso?

Se puso colorada. Aunque lo cierto es que ya estaba bastante roja desde un principio.

Me recordó a un perro apaleado.

—Que te den —masculló, lo cual me hizo reír.

A mi lado, Quin se movió inquieto.

—No le eches la culpa a Rachel —le dijo a Golden—, sino a mí.

—Lo que tú digas. ¿Pedimos ya?

Para cuando llegamos a casa, era tarde, y tanto Quin como yo estábamos relajados y risueños. Habría sido tan fácil no decirle nada…

Pero eso habría sido muy impresentable por mi parte.

—Quin, he quedado con Luke mañana por la noche. —Hablé con rapidez—. Él tiene un punto de vista muy distinto sobre por qué nos separamos, así que estaría bien que… aclaráramos las cosas.

Después de varios segundos de silencio, me preguntó:

—¿Hay algo entre vosotros?

—No del modo que insinúas. Pero…

—¿Y si «aclaráis las cosas» y te das cuenta de que todavía lo amas?

—Eso no va a pasar. Pero espero hallar algo de paz.

—¿Rach? —Su tono fue sorprendentemente despectivo—. Hay algo que deberías saber: tu exmarido es solo un hombre. Un hombre normal al que, a pesar de cómo te trató, has idealizado. Le he conocido y puedo decirte que no es una salsa francesa que ha sido reducida una y otra vez hasta ser un… puto… —agitó las manos mientras buscaba la frase adecuada—, manjar de dioses. Y yo soy mejor que las patatas fritas con queso del Jo Burger. Mucho mejor. Yo lo sé. Ojalá tú lo supieras.

—Nunca debería haber dicho eso, Quin. No sabes cuánto lo siento. Por favor, perdóname. —Me faltaba el aire—. Quizá fuera lo que pensaba cuando empezamos a salir. Pero fue un comentario mezquino, estúpido y erróneo. Ahora las cosas son distintas.

—¿En qué sentido?
—Bueno, lo son, ¿verdad?
—Sí. Lo que tú digas. ¿Podemos irnos a dormir ya?
Me dio la espalda y, acto seguido, apagó la luz.

OceanofPDF.com

61

Tras la muerte de Yara, seguí yendo a las reuniones de Narcóticos Anónimos durante semanas y meses, pero no tan a menudo como antes. Por primera vez ya no me proporcionaban ningún consuelo. Había sufrido una tragedia tan enorme que esta me había separado del resto del mundo y me había arrastrado hasta una isla habitada solo por mí.

Todos fueron tan encantadores como siempre, me apoyaron y animaron mucho. Una y otra vez, me prometieron que podría superar esa pena sin recaer. Pero su vehemencia me agotaba. No sabían —no podían saber— lo mal que me sentía, así que no tenían derecho a decirme cómo sobrellevarlo.

Si hubieran sabido que estaba tomando pastillas para poder dormir, seguramente habrían puesto el grito en el cielo, ya que les preocuparía que pudiera recaer.

Mi poder superior siempre habían sido las reuniones, pero ya no creía en ellas. Ni en nada, en realidad.

Todas las mañanas, Olga Mae, mi madrina, me enviaba mensajes de texto reconfortantes para que me recuperara:

> Solo por hoy.

y

> Esto también pasará.

Pero cuando me llegaban con un pitido al móvil, lo único que sentía era culpa.

Mia había tomado por costumbre pasarse por mi casa alrededor de las seis de la tarde, con una caja de tomates heritage o una cestita de moras que le habían sobrado ese día en el puesto. Tener que rebuscar las palabras en lo

más hondo de mi ser para darle las gracias por una comida que era incapaz de comer se convirtió en otra cosa más que me daba pavor. Al final dejé que fuera Luke quien hablara con ella.

Carlotta nos había animado a que probáramos a acudir a algún grupo de autoayuda para padres que han perdido a un hijo, pero yo quería ir a uno solo para mujeres. Por muy horrible que fuera el dolor que sentía Luke —y suponía que era espantoso—, el mío, debido a la vergüenza corrosiva que sentía, tenía que ser peor. Lo más normal del mundo era dar a luz a un bebé sano, y yo había fracasado en eso. Quizá si pudiera hablar con otras mujeres que hubiesen fracasado del mismo modo, ¿hallaría algún consuelo?

Cuando intenté explicárselo, sin embargo, Luke se sintió dolido. Incluso se mosqueó.

—Me estás dando de lado, cariño.

No tenía que hacerlo porque era algo que ya nos estábamos haciendo el uno al otro. Yo no podía cuidar de él, y él no podía cuidar de mí.

Resultó que, incluso en un grupo de madres que han perdido a un hijo, me sentía aislada. Después de solo dos sesiones, decidí dejarlo.

Claire me mostraba su apoyo enviándome links a noticias de famosos haciendo el ridículo. Dos o tres veces al día me llegaba un mensaje al móvil de ¡Mira a este imbécil! Para ser justa, pasarme un par de minutos leyendo sobre las desgracias de otra persona sí que me distraía.

Anna me visitaba casi todos los fines de semana, solía llevarme productos muy caros para el cuidado de la piel, a veces hasta para Luke.

—Así que esto es un… —Con diligencia, Luke leía la caja—. Un suero para la renovación de las células de la piel durante la noche. Suena… guay. Gracias, Anna. —Y yo observaba cómo se esforzaba por hacer un comentario gracioso—. La próxima vez que me veas, pareceré veinte años más joven.

—¡Y veinte veces más atractivo!

Todos nos reíamos incómodamente y, luego, Luke se iba de la habitación.

Anna fue la que sugirió tímidamente que Luke y yo podríamos intentar tener otro bebé.

—Es demasiado tarde —dije—. Ya tengo cuarenta años.

—¡Eso no es demasiado! —gritó—. Tienes muchísimas posibilidades de quedarte embarazada de nuevo.

Estuve a punto de sonreír. Lo de que la naturaleza pudiera danzar al son de la ciencia era una forma de pensar muy neoyorquina.

—Soy demasiado… —Lo intenté de nuevo—. Anna, no creo que esté destinada a tener niños.

—No puedes rendirte —dijo en voz baja pero con firmeza—. Debes tener esperanza.

—Anna… —me costaba mucho pronunciar aquellas palabras—, Luke… me echa la culpa… de que ella haya muerto.

—¡No! Él no…

—Es verdad. No lo ha dicho claramente, pero el modo en que me mira es horrible. —Me costaba hablar—. Me siento tan avergonzada y… asustada. No nos va nada bien, no nos estamos portando bien el uno con el otro.

Había estado leyendo sobre parejas que habían perdido un hijo. Sobre cómo, a menudo, se culpaban mutuamente. Sobre cómo, a menudo, la relación se rompía y terminaba. Daba la sensación de que era lo que nos estaba sucediendo a Luke y a mí. Tiempo atrás había sido inconcebible, habíamos estado muy unidos, habíamos sido un gran equipo. Pero cuando Yara murió, algo se había roto.

No me había dado cuenta de inmediato, porque habíamos estado tambaleándonos, horrorizados, sin poder creérnoslo. Pero ya había pasado algo de tiempo, los árboles ya no nos impedían ver el bosque… Veíamos las cosas con una perspectiva muy distinta.

Sorprendía a Luke observándome, casi como si me evaluara, como si fuera un rompecabezas que tuviera que resolver.

Se mostraba distante. Irritable. A veces frío.

Y yo me sentía… Bueno, yo lo único que quería hacer era dormir.

Teníamos que hablar, pero si él admitía que pensaba que lo de Yara era culpa mía, quizá nunca superaríamos ese dolor.

Una mañana entré de puntillas en la habitación de Yara y me encontré a Luke sentado en el suelo, abrazando un osito de peluche y llorando a mares.

El dolor que yo le había causado me impactó tanto —me avergonzó tanto— que lo único que pude hacer fue mirarlo fijamente y luego retroceder.

Perdimos nuestros sueños cuando perdimos a nuestra niña, y daba la impresión de que nos estábamos perdiendo el uno al otro.

OceanofPDF.com

62

—Buenos días —dijo Brianna—. Tu nuevo paciente está en la habitación tres.

—Gracias.

Debía concentrarme en el trabajo y, en concreto, en Lowry Cooke. Tenía treinta y nueve años, era adicto al alcohol y la cocaína, y lo habían convencido para que ingresara después de que su vida se hubiera ido al traste: su novia lo había dejado, sus amigos le habían dado la espalda y una pareja de recién casados lo había denunciado por arruinarles la boda.

Abrí la puerta y ahí estaba: guapo, con un aire desgarbado, larguirucho y algo sucio, llevaba unos vaqueros efecto piel por debajo de la cintura y el pelo oscuro le tapaba la frente.

—¿Lowry? Soy Rachel, tu terapeuta.

Parpadeó y me miró con cara de sorpresa de un modo teatrero.

—Vaya. —Una sonrisa se dibujó lentamente en su cara y me estrechó la mano entre las suyas.

«¡Oh, Dios, no, uno de estos no! ¡Un patético monstruo del flirteo que no parará hasta que le guste a todo el mundo!».

Aunque era un fotógrafo cotizado, vestía como el cantante de una banda indie; con una camiseta descolorida de Karen Carpenter, como dictaba la moda, y unas botas vaqueras bordadas. Llevaba brazaletes de la amistad y otras chorradas similares en las muñecas, tatuajes que le cubrían ambos brazos por entero y una pesada placa de identificación del ejército que le pendía del cuello, y tenía escrito en la clavícula: «Con las horas contadas».

—Por favor, siéntate —le dije.

Se apoltronó en la silla, abriendo las piernas a tope como si nada, de tal modo que, con sus largas extremidades y sus botas aún más largas, casi

llegaba hasta la pared más alejada.

—¿Y bien? —pregunté.

—¿Y bien? —Sonrió con suficiencia, como si fuera una primera cita.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque este sitio tiene buena reputación. Es como un campo de entrenamiento militar para la mente. Tenéis que arreglarme.

—¿Qué quieres decir con eso?

Respiró hondo.

—Depresión. Y de las malas. Llevo años superándola y recayendo en ella sin parar. Es la razón por la que bebo y me coloco. Pero vosotros llegáis a la raíz de los problemas, ¿verdad? —Se sacó un paquete de cigarrillos de los vaqueros, se llevó uno a la boca y masculló—: ¿Te importa que fume?

—Hay una zona para fumadores en el jardín.

—Vaya. —Se hizo el dolido y volvió a meter el cigarrillo en el paquete —. Pues eso —añadió—. En cuanto descubráis qué se torció, no tendré que beber tanto.

Eso era algo habitual: adictos que se presentaban en el centro, convencidos de que la causa de todo lo que les afligía era un trauma olvidado. Esperaban que rebuscáramos hasta dar con él y se lo arrancáramos, como un pelo enquistado, para poder seguir bebiendo o metiéndose el veneno que fuera y todo iría genial.

Pero en diez de cada diez ocasiones, cuando indagábamos, descubríamos que la razón por la que se sentían deprimidos era que bebían como cosacos o que consumían drogas como si no hubiera un mañana.

Aun así, tenía que ser clara con él.

—Esto es un centro de rehabilitación, no un hospital. Aquí no hay médicos. Tratamos a alcohólicos y adictos. Si no es eso lo que quieres, deberías marcharte.

—Me has entendido mal. No soy alcohólico.

—Lowry, te contrataron para hacer las fotos de una boda. De un día muy especial para alguien. Te emborrachaste tanto que la mayoría de las fotos que sacaste no valen. Te caíste en un estanque ornamental. Tiraste la tarta nupcial al suelo y la pisaste…

—No pretendía…

—Vomitaste en el coche de los novios. Le entraste a la novia…

—Eh…

—Luego le entraste al padre del novio.

Hizo un gesto despectivo con la mano.

—El amor no tiene género.

—A mí me suena más bien a alcoholismo.

—Sí, vale, no estoy orgulloso de cómo me comporté aquel día. Pero por eso estoy aquí. Cuando descubra por qué bebo, estas cosas ya no me pasarán.

—¿Que ya no te pasarán? El alcohol no entró en ti por arte de magia, Lowry. Te lo bebiste.

—Solo porque estaba en un momento muy oscuro. Era la única manera de sobrevivir a ese día. Mi chica me había dejado… Hacer el reportaje fotográfico de una boda con el corazón roto fue muy duro.

Podía haberme echado a reír. Lowry Cook no podría haber encarnado mejor al alcohólico de toda la vida. Se aferraba a su papel de víctima, se negaba a asumir la responsabilidad de sus actos, insistía en justificar cualquier acto bochornoso.

—Ese día —dijo— me pasé bebiendo. Pero no es lo normal.

Consulté mis notas.

—Pero ya tenías una amonestación de la policía por desorden público por ir borracho el mes anterior…

—Rachel, mi ruptura con Sienna me dejó hecho polvo aquí. —Se tocó el pecho—. Bebí como loco, me descontrolé… —Negó con la cabeza—. Yo no soy así.

Una vez más, podía haberme echado a reír. Ojalá fuera consciente de que no era más que un cliché. Con suerte, se quedaría el tiempo suficiente para darse cuenta.

OceanofPDF.com

63

La puerta del Huntsman se abrió y ahí estaba Luke; su silueta —altura, pelo, hombros— era inconfundible. Recorrió el interior con la mirada, luego se abrió paso entre las sillas y los sofás.

De pie ante mí, se desabrochó la chaqueta de cuero, se la quitó y la tiró a un asiento.

—¿Te apetece un trago?

Yo señalé mi vaso de agua, él se acercó a la barra y poco después volvió con una pinta de algo. Tras dejarla ruidosamente sobre la mesa, dijo:

—Así que yo te dejé, ¿eh?

¿Su estado de ánimo? No abiertamente enfadado, pero para nada de buen humor.

—Sabes que sí.

—Y tú me dejaste. Nos dejamos el uno al otro.

—De verdad, no…

—¿Puedes dejarme que te cuente mi versión de la historia? —Se calló, con la mirada clavada en mí—. ¿Por favor?

Fue el «por favor» lo que me convenció.

—Vale. —Pero estaba aterrada.

—Bueno. Todo empezó cuando dijiste que te pasabas todas las noches en vela. Pero como yo tampoco estaba durmiendo muy bien, solía estar pendiente de ti para ver cómo te encontrabas. Estabas dormida gran parte del tiempo.

Lo miré fijamente, preguntándome por qué estaba contándome eso.

—Cuando me dijiste que Carlotta te había dado suficientes pastillas para cinco noches fue la última vez que fuiste sincera conmigo.

—Espera…

—No, espera tú. —La ira lo dominó un instante—. Tenías otra receta de ella y unas cuantas más de al menos otros dos médicos, y no solo no me lo contaste, sino que, cuando te lo pregunté directamente, me mentiste.

—Frena, Luke. —Estaba intentando retorcer los hechos—. La falta de sueño me estaba volviendo loca. Un médico me recetó somníferos. Pero como te mostraste tan contrario a que me tomara cualquier cosa, jamás, la única solución fue ocultarte la verdad.

—¿«Ocultarme la verdad»? Es una manera muy elegante de decir que me mentiste. En cuanto empezaste a tomártelas en secreto, te metiste en un buen lío. Y lo sabes. Eres toda una autoridad en adicciones.

—Lo hacía en secreto porque tú me habrías impedido tomarlas… y, Luke, las necesitaba.

—Pero ¿tú te oyes? Si un cliente te dijera eso, se las quitarías. No las necesitabas, las deseabas…

—Te equivocas. Yo…

—¿Puedes imaginarte lo asustado que estaba? Nuestra hija había muerto y te estaba perdiendo a ti. Cuando me dijiste que no habías tomado nada —puso mucho énfasis en las siguientes palabras—, no… sabes… cuánto… deseaba… creerte. Pero no era la primera vez que me pasaba eso contigo. Reconocí las señales. Poco después de que empezaras a tomar esas pastillas otra vez, estabas metiéndote más de las que debías. Tanto durante el día como antes de acostarte. Y en plena noche. Pero, siempre que te preguntaba al respecto, me mentías.

Intenté con toda mi alma aferrarme a lo que sabía que era cierto. Debía reconocer que había tomado más de la cantidad recetada y que había habido mañanas en que el dolor de vivir un día más sin mi niña me había superado. Pero tomar las pastillas siempre había sido algo que yo había elegido. Siempre lo había tenido bajo control.

La versión de Luke estaba distorsionada. Pero los sólidos cimientos de mis convicciones se estaban resquebrajando bajo mis pies y me sentía confundida.

—Hubo una noche que fue horrible, joder, estabas hasta las cejas, arrastrabas las palabras al hablar e ibas dando tumbos…

No.

—A veces estaba grogui cuando me despertaba…

—Estabas mucho peor que grogui. Así que registré el piso y descubrí que había pastillas escondidas por todas partes. Rachel…

Incluso a esas alturas, lo recordé y me puse mala. Tras despertarme, me había encontrado unos cuantos Ambien en la encimera de la cocina y a Luke yendo de aquí para allá con una furia contenida.

—En la caja de las bolsas de té —había dicho, al tiempo que sostenía en alto dos pastillas. Señalando las otras, añadió—: En el congelador. En el bolsillo de tu abrigo. Pegadas con cinta adhesiva en la parte trasera de esas fotos. ¿Se me ha pasado por alto algún escondite más?

—El arroz, el arroz basmati. —Metí la mano dentro hasta que encontré las cuatro pastillas, y se las di.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¿Todo?

Asentí.

—Eso es todo. Lo siento —susurré—. Te quiero, lo siento mucho.

Me atrajo hacia su regazo; a continuación, enterré la cara en su cuello y me dejé llevar por la desesperación. Lloré por la muerte de nuestra niña y por mí, por ser un puto desastre sin dignidad alguna y porque tenía la horrible sospecha de que lo estaba perdiendo todo.

Había creído que mis heridas se habían curado años antes… ¿Cómo había podido acabar en esa situación otra vez?

—No pasa nada —había murmurado él mientras me besaba el pelo—. No pasa nada.

Pero sí que pasaba algo. Porque no le había dicho que tenía unas cuantas más escondidas en la tapa del frasco de base de maquillaje ni en el tarro de ácido fólico ni en la parte de atrás del cajón donde estaban guardados todos esos cargadores viejos. Él no lo entendía, nunca lo entendería porque la única persona que podía ayudarme a atravesar aquel infierno era yo.

—Ese día —me recordó— lloraste en mis brazos y me juraste que lo dejarías. Pero no lo hiciste. No me extraña que lo hicieras tan bien en la escape room con Quin… ¡Sabías cómo encontrar cosas porque sabes cómo esconderlas!

Eso me llegó al alma. Era una forma tan demencial de ver las cosas y quizá… ¿Luke no se equivocaba?

Supongo que explicaba por qué había actuado de un modo tan raro y había estado con la mosca detrás de la oreja cuando Quin había alabado lo bien que se me daban las escape rooms.

—Sabes que tengo razón —dijo Luke—. Puedo verlo.

—No… en absoluto… no ves nada.

Pero estaba asustada: había comprendido que había dos maneras de ver una misma situación. En la primera, mi niña había muerto y, como no había sido capaz de soportar el dolor durante un tiempo, no había podido dormir y había recurrido a las pastillas. En la otra, era una adicta que se había aprovechado de esos síntomas para hacerme de un modo legal con unos somníferos… y luego me había tomado más de los que debía.

¿La verdad podía tener dos caras?

—Luke, no… No sé qué pensar. Estoy… Esto es demasiado… Estoy asustada.

Me observó con detenimiento.

—Lo superarás. —Parecía tenerlo muy claro—. Aunque llevará un tiempo. Date tiempo para asimilarlo.

—Luke… escucha. Será mejor que me vaya a casa. Debo…

—Claro. Por supuesto. Pero ¿no crees que ahora no deberías estar sola? ¿Estará Quin allí?

—Está en Nuevo México. Pero estaré bien.

Sin embargo, mientras caminaba hacia la puerta, recobré la cordura. Después de todo lo que Luke había hecho, de algún modo se las había ingeniado para convencerme —brevemente— de que yo tenía la culpa de todo.

—¿Luke?

En el exterior, en medio de la noche índigo, se alzaba imponente sobre mí.

—Luke. —Entonces era yo quien estaba enfadada—. No puedes echarme toda la culpa.

Parpadeó.

—¿Es que no lo entiendes? —Parecía sorprendido—. Me pasé casi seis meses intentando ayudarte a dejarlo. No pude hacer nada más y no exagero. Tuve que marcharme.

—… Eso no fue lo único que hiciste.

El silencio reinó durante un rato demasiado largo. Vi en sus ojos que acababa de comprender algo… y también vi otra cosa más, algo menos agradable.

—¿Te refieres a Mia?

Asentí.

—Ah, sí —dijo—. Casi se me olvida. Sí, me acosté con Mia.

Tragué saliva. En aquel momento, Luke lo había negado; lo había negado una y otra vez. Pero yo siempre lo había sospechado. Que me lo confirmara —aunque fuera seis años después— fue atroz.

Bajó la cabeza hacia mí, de tal manera que algunos mechones de su pelo me rozaron la piel.

—Que te den por culo, Rachel —me espetó—. Sí, que te den.

Se dio la vuelta y se alejó de mí, cruzó el asfalto, se subió de un salto a su moto y, acompañado del rugido furioso del motor, se perdió en la noche.

OceanofPDF.com

64

Temblando, me apoyé en mi coche. Seis años atrás, Luke me había jurado que no había nada entre él y Mia. Me había manipulado por completo para hacerme dudar, y saber que yo había tenido razón no era ningún consuelo.

Eso no debería haber empeorado las cosas. Con Mia o sin ella, lo cierto era que me había abandonado. Durante varios años, me había dado de lado.

Aun así, había sobrevivido; había rehecho mi vida y era feliz con Quin. Lo que hubiera habido entre Luke y Mia por aquel entonces no debería importar. Pero como era idiota, sí me importaba.

Miré la hora. Solo eran las nueve y veinte… ¿Cómo podía ser tan pronto cuando habían pasado tantas cosas? Como Quin estaba en un avión, y Nola, en la ópera, llamé a Claire.

—Voy para allá —dijo—. Nos vemos en diez minutos.

Cuando por fin entró como una exhalación en el aparcamiento, los «diez» minutos de Claire habían pasado a ser casi veinticinco. Detuvo el coche, que se deslizó por la gravilla, y me ordenó:

—Sube. Luego te dejo en casa.

Iba muy maquillada —¿llevaba pestañas postizas?— y enfundada en un vestido de cuero negro.

—No se ha matado ningún animal para confeccionar mi vestido —dijo —. Te lo comento por si estás pensando en soltarme un sermón.

—… No pensaba hacer eso. Pero… te veo muy estupenda para un miércoles por la noche, en casa, sin hacer nada.

—Yo soy así, cariño.

Conducía igual que hacía todo lo demás: con rapidez y concentración. Pero cuando llegamos al desvío que llevaba a su casa, siguió adelante.

—¿Qué pasa? —grité—. ¿Adónde me llevas?

—A la ciudad. Al club. A algún sitio tranquilo para hablar.

«¿De verdad había tanto ruido en su casa? Hummm…».

Entonces me sonó el móvil, y las dos dimos un brinco del susto.

—¡Oh, Dios! —exclamó Claire—. ¿Quién ha muerto?

—Nadie. Es Luke. —Pulsé el botón de rechazar llamada.

—¿Te ha llamado al móvil? ¿Quién llama hoy en día cuando no se trata de una tragedia? Menudo ludita. —Y añadió—: ¿Qué estás haciendo?

—Mandar un mensaje. —Le di a enviar:

> Deja de llamarme.

Después envié otro:

> No vuelvas a llamarme jamás.

—Ahora voy a bloquear su número. A ver si le hace gracia. —Sentí un placer amargo al hacerle lo mismo que me había hecho él a mí, después metí el móvil otra vez en el bolso.

—Bueno. Cuéntamelo todo —dijo Claire cuando estábamos en un reservado lujoso, en un bar poco iluminado. Luego le pidió un Ardbeg en vaso de tubo al camarero buenorro y barbudo, y le soltó de un tirón—: En un vaso caliente. Recién sacado del lavavajillas. Y mi hermana tomará…

—… un vaso de agua del grifo —dije.

—No, de eso nada. —Claire parecía indignada—. Tomará una Silver Mountain. —Cuando el joven ya se había marchado, me explicó lo que era —: Es una marca de agua mineral horrorosamente cara. Bueno, sigue, cuéntamelo todo.

—Tenía razón en lo de Mia.

—Oh, cariño. —Me agarró de la mano con fuerza—. Lo siento mucho. ¡Puto cabrón!

—Pero ha intentado darle la vuelta para que todo fuera culpa mía. Me ha dicho que estaba colocada todo el tiempo por culpa de los somníferos.

—¿Y qué más da si era así?

—Ya, pero es que no era así.

—Pero ¿quién te lo echaría en cara?

Aunque, un momento, eso me confundía.

—Claire, recuerdas que, después de que él me dejara, viniste a Nueva York, ¿no? ¿Cómo estaba yo?

—Totalmente destrozada.

—Pero era… ¿coherente? O sea, ¿parecía… ya sabes, que había estado tomando somníferos?

—Oh, Dios, sí.

—No me refiero solo por las noches…

—Ya, ya, lo sé, te los tomabas a todas horas. Pero tu bebé había muerto, tu esposo te había dejado. ¿Quién no lo haría?

Vaaale.

—Él era lo peor —reflexionó—. Solía llamarme (esto fue antes de que te dejara) para quejarse de que tomabas demasiadas pastillas. Y no solo a mí, sino también a Anna, a Brigit, a tu amiga Nola.

—Lo recuerdo. —Porque justo después de que Luke llamara a una persona en concreto, esta me llamaba a mí y tenía que tomarme la molestia de contarle lo que de verdad ocurría.

«Ya conoces a Luke —solía decir—. Don Perfecto se mosquea si me tomo una aspirina».

—Hasta entonces —comentó Claire— no me había dado cuenta de que fuera tan moralizante.

En el silencio que reinó a continuación me oí a mí misma preguntar:

—Después de que me dejara, ¿alguna vez estuviste… preocupada por mí?

—¡Por supuesto! Tu bebé había muerto, tu…

—Me refiero a preocupada porque igual no solo estaba tomando somníferos, sino que podría… ¿haber recaído en el consumo de otras drogas?

—¿O porque pudieras sufrir una sobredosis? Pues sí, pero hablamos sobre eso. Me lo explicaste.

—¿Qué te dije?

—Que sabías todo lo que había que saber sobre adicciones. Que necesitabas el Ambien hasta superar la peor etapa de sufrimiento por la

muerte de Yara y que luego podrías dejar de tomarlo. Y entonces…, ¿cuándo fue… un mes o dos más tarde…?, dejaste de tomarlo. Demostraste que tenías razón. ¡Oh, mira quién está ahí! ¡Piet! ¡Hola!

¡Oh, no me jodas! Obviamente, Piet el Swinger estaba ahí porque había quedado.

Claire se puso de pie como un resorte, y ella y Piet se besaron en la mejilla, luego intercambiaron unas miradas ardientes en silencio.

Por fin Claire se acordó de que yo estaba ahí.

—Esto… ¿conoces a Rachel? ¿Mi hermana?

«Y tapadera», me dieron ganas de decir.

Y el pobre Adam en casa, pensando que su esposa estaba fuera atendiendo a los necesitados. Cuando, de hecho, su esposa había secuestrado a la necesitada para arrastrarla a un club privado, que estaba a una carrera de treinta euros en taxi del lugar donde tenía aparcado su coche, con objeto de tener una excusa ligeramente plausible para poder reunirse con un hombre con un ligero aspecto de matón, con el pelo rapado y sexy de un modo siniestro.

Para saludar a Piet, me limité a alzar la barbilla sin sonreír. Durante un momento, pareció plantearse la posibilidad de acercarse a darme dos besos, pero le dejé claro que no con la mirada.

No es que estuviera cabreada con Claire; a ver, Claire era Claire, una tía genial en muchísimos sentidos, pero esa treta era típica de ella. El problema era que yo tenía demasiadas cosas en la cabeza. Simplemente no era capaz de ignorar la tensión sexual latente que había entre ellos ni iba a seguirles la corriente de cháchara.

Logré soportar casi siete minutos de chorradas; luego me marché y cogí un taxi de vuelta hasta mi coche.

OceanofPDF.com

65

El jueves hizo una mañana soleada y despejada. Mientras conducía de camino al trabajo, vi que la brisa mecía unas matas de narcisos amarillos y que unos corderitos recién nacidos daban brincos literalmente en los prados. El mundo tenía un aspecto limpio y reluciente, lleno de esperanza… pero en mi cabeza reinaba la oscuridad.

La noche anterior habían pasado muchas cosas, y lo peor de todo, lo más preocupante, era que Claire había afirmado que yo había estado tomando esas pastillas día y noche. O sea, sí, lo había hecho… pero por una muy buena razón. No obstante, por primera vez podía ver las cosas desde la perspectiva de Luke: había estado tomando somníferos, en una cantidad superior a la recetada y cuando no debía.

Era capaz de entender mi punto de vista y el de Luke.

Yo tenía razón, pero ¿quizá él no se hubiera equivocado?

Entonces me acordé de Mia y cambié de opinión. Sí, se había equivocado, sin duda.

Todo aquel episodio había sido horrible. Empecé a sospechar cuando Luke llegó tarde una noche y entró en casa como si nada, mostrando una actitud extrañamente desafiante.

—¿Dónde estabas? —pregunté.

—Con Mia.

—¿Mia? —Eso me sorprendió—. ¿Qué estabais haciendo?

—¿Mia y yo? —Se fue a la cocina, y lo seguí muy nerviosa. Miró para atrás, me sonrió con insolencia y añadió—: Hablando.

—¿Hablando? —Estaba alucinando.

Cogió un trozo de queso de la nevera y luego dejó caer ruidosamente un par de rebanadas de pan en un plato.

—¿Mia y tú habéis estado hablando?

Levantó la vista del sándwich que se estaba preparando, me miró fijamente a los ojos y contestó con tono burlón:

—Oh. Sí.

—Pero ¿qué…? ¿Luke? —¿Qué estaba insinuando?—. ¿Hay algo entre vosotros dos? ¿Entre Mia y tú?

De repente, toda su chulería se esfumó.

—No.

Pero poco después los vi juntos; mirándose a los ojos, mientras Mia le acariciaba con ternura la mano, sin que ninguno de los dos intentara disimularlo. Estuve a punto de vomitar en la calle.

Cuando se lo había echado en cara, Luke me había mirado a los ojos y me había jurado que no había nada entre ellos. No estaba segura de si me estaba diciendo la verdad o no. Durante muchísimo tiempo, incluso años después de que rompiéramos, le había dado vueltas a todo aquello y había pasado varias veces de creerle a odiarle. Eso era lo único sobre mi matrimonio que nunca le había contado a Quin por culpa de las sensaciones entremezcladas de humillación, pena y duda que me hacía sentir.

Y anoche, por fin, había sabido la verdad.

En el trabajo, me quedé mirando por la ventana del despacho, preocupada porque Caleb, el ex de Harlie, no apareciera. Convencerlo de que fuera a The Cloisters había sido un gran logro y si me dejaba tirada… ¡Un momento! Alguien subía por el largo camino de entrada; por favor, Dios, que sea él.

Incluso desde la lejanía, se veía que iba vestido ridículamente a la última, desde el chaquetón de marinero de *tweed*, que estaba tan de moda, hasta los diez centímetros de tobillo al aire que separaban el dobladillo de los pantalones de la parte superior de los zapatos.

Lo recibí en el vestíbulo justo cuando abría la puerta empujándola con el hombro. Era enorme.

—¿Rachel? —dijo con una sonrisa nerviosa.

¡Iba hecho un pincel! Tenía las cejas tan perfectas como las de un miembro de una boy-band y los dientes deslumbrantemente blancos, y era obvio que se cuidaba el pelo con sumo esmero. Tenía muchísimo en común con Harlie.

Cuando estábamos en el salón, le ofrecí un té y unas galletas, pero los rechazó.

—Tengo esto. —Señaló a su mezclador negro de Myprotein. Le temblaban las manos—. Me alegro de que Harlie esté aquí. —Hablaba demasiado rápido—. Aunque ha sido una pesadilla. Todo se torció tanto y tan rápido.

—Eso ya lo contarás cuando estemos en la sala. —Me dio muchísima lástima.

Se puso de pie.

—¿Podemos empezar ya? Quiero quitarme esto de encima cuanto antes.

Cuando entramos, todo el mundo lo miró fijamente, preguntándose de quién era ese hombre tan guapo.

Lowry Cooke —quien obviamente se acababa de dar cuenta de qué estaba pasando— se mostró contento y alerta, prácticamente se estaba frotando las manos de impaciencia. «Bien, vale, disfruta mientras puedas». ¡A ver qué pasaba cuando apareciera Sienna, su exnovia, para largarlo todo sobre sus travesuras!

—Serás gilipollas —le dijo Harlie a Caleb—. Pero ¿tú qué cojones haces aquí?

Caleb estaba más blanco que la tiza.

—Tu madre me ha pedido que viniera —tartamudeó—. Quería ayudar.

—No quiero tu ayuda.

—Harlie… —La hice callar con la mirada.

Caleb cogió su silla.

—¿Puedo…? —preguntó, y se quitó la chaqueta, mostrando así unos hombros enormes y unos bíceps abultados que aquellas mangas a duras penas podían contener. Nos tenía a todos alucinados.

Objetivamente, Caleb estaba bueno, pero me puse muy triste al ver esos bíceps hiperdesarrollados. Por si no era ya bastante malo que las mujeres se angustiaran con sus defectos corporales, parecía que los hombres jóvenes

estaban haciendo lo mismo: iban al gimnasio, se alimentaban a base de huevos crudos y hacían dietas cetogénicas hasta aburrirse, pobrecillos.

—Soy el exmarido de Harlie —dijo Caleb—. Aunque seguimos casados, estamos separados…

—… No lo he visto ni he sabido nada de él en once meses —le interrumpió Harlie—. Recogió todas sus cosas cuando yo estaba en el curro, no me dijo nada al respecto…

—… Sí que te lo dije…

—… llegué a casa y se lo había llevado todo. No respondía a mis llamadas. Fui a casa de su madre, y ella no me dejó entrar. Fui a su curro, y lo mismo.

Con delicadeza, Trassa le pidió a Harlie que se callara.

—Deja que el muchacho cuente su versión de la historia. Adelante —le indicó a Caleb.

Con voz ronca, dijo:

—Conocí a Harlie cuando yo tenía veinticinco años, y ella, veinticuatro. La primera noche que la vi, fue un flechazo. —Para mi alivio, cada vez se sentía menos inseguro—. Era la chica de mis sueños. Era preciosa, te reías con ella, bailaba genial, trabajaba mucho, era ambiciosa. Le gustaban la moda y el fitness, como a mí. Ambos queríamos tener niños, dos, pero unos años más tarde.

—¿Ella bebía? —le pregunté, para darle pie a hablar de lo que me interesaba.

—Bueno, sí, bebía. Pero como todo el mundo. Hace cinco años, los fines de semana nos corríamos unas buenas juergas; todo el mundo se pillaba un buen colocón. Aunque, de lunes a viernes, yo iba al gimnasio, comía sano, me centraba en el curro. Yo estaba viviendo con mi vieja, y Harlie vivía con sus padres. Una o dos veces por semana, venía a verme y se quedaba. Siempre llegaba con su botella de un cuarto de vodka, pero, ¿sabéis qué…?, pensaba que solo lo hacía una vez por semana, no todas las noches. No creí que fuera un problema.

»Nos casamos hace dos años y medio, y compramos una casa. De repente, como teníamos una hipoteca, tuvimos que ceñirnos a un presupuesto. Y aunque no teníamos el mismo dinero de antes para salir a

ponernos ciegos, era genial. Harlie y yo estábamos juntos y teníamos un hogar. Yo estaba entrenando en el Drill, una cadena coreana de fitness; esperábamos poder comprar la franquicia irlandesa para montar nuestro propio gimnasio. Estábamos entusiasmados, muy emocionados, porque teníamos un plan. Pero Harlie seguía comprando vodka…

—… No seguí comprando…

—Claro que sí —dijo esas palabras con un tono tan triste que ella se calló—. Al principio lo que me preocupaba era el dinero. Pero… yo no bebo vodka. Entre semana, por las noches, cuando estábamos holgazaneando en casa o planchando la ropa del curro o haciendo cualquier otra cosa, Harlie solía acabar bebiendo vodka y yo dándole a la Recuperación Cinética. Era raro de cojones. Uno bebe cuando sale de marcha. Pero yo siempre buscaba alguna excusa para disculparla. Ella decía que tenía un trabajo estresante, que necesitaba relajarse…

—Era muy estresante, y yo al menos no soy adicta al gimnasio, como tú.

—Mi trabajo también era estresante…

—Caleb, tú no eres el que está en rehabilitación —señalé—. No tienes por qué dar explicaciones.

—Oh, vale. Gracias. —Se le veía tan joven y tan agradecido que partía el corazón—. Bueno. Harlie se emborrachaba. Mucho. A la hora de ir a la cama, solía estar pedo; arrastraba las palabras y decía cosas sin sentido; acababa borracha incluso después de haber visto *The Sinner* y haber cenado un salteado de pavo, ¿sabéis? No tenía ningún sentido. Así que la ayudé a encontrar un nuevo curro, uno con menos presión.

»Pero nada cambió, solo que las botellas de un cuarto pasaron a ser de medio litro y luego de un litro. Después pasó a pimplarse dos cada noche, la «oficial», que estaba en la nevera, y la «secreta», que estaba bajo el fregadero. Incluso cuando le mostré que lo sabía, siguió igual.

Aunque esta historia me sonaba mucho, seguía siendo terriblemente triste.

—Los fines de semana se convirtieron en una puta mierda; el viernes por la noche, el sábado por la noche, nunca sabías qué iba a pasar. Se metía en broncas. Me refiero a peleas a puñetazos con desconocidos. O

desaparecía y no volvía hasta el día siguiente. Entonces, ella, Tegan y alguna de las otras chicas empezaron a tomar el *brunch* los domingos. A la una de la madrugada o algo así, Harlie solía volver a casa hecha polvo.

Se estremeció al recordarlo.

—Como decía que estaba deprimida, fuimos a ver a su médico, que le recetó unas pastillas. Realmente quería creer que tenía razones para beber así porque eso significaba que había una solución. Pero nada funcionaba y todo se iba a la mierda. Nos estábamos retrasando con los pagos de las tarjetas de crédito y odiamos deber dinero; bueno, ella solía odiarlo… Dejó de ir al gimnasio. Perdió todo interés en comprar el Drill.

A pesar de que yo sabía cómo acababa esa historia, escucharle narrar la inexorable caída en desgracia hizo que se me formara un nudo en el estómago.

—¿Cuándo te diste cuenta de que era alcohólica?

—Tardé mucho tiempo. Como es tan guapa y joven, como siempre se ha cuidado, como siempre ha mimado mucho su pelo y su ropa… No se parecía en nada a esos viejos que ves en los bancos del parque. Además, no quería aceptar la verdad, lo admito. Unas cuantas veces dejó de beber entre semana, quizá durante tres o cuatro días; decía que así demostraba que no era alcohólica, porque los alcohólicos beben todos los días. —Encogió sus gigantescos hombros—. Supongo que eso no es verdad.

—No, no lo es —afirmé—. Así que querías a Harlie, ¿no?

—La quería muchísimo. Hablo en serio, nunca había querido tanto a nadie. —Se calló y respiró hondo—. Ella también me quería. Durante un tiempo fuimos felices, felices de verdad.

Yo tenía un nudo en la garganta. La adicción destruía tantas cosas buenas y puras…

—¿Por qué la dejaste?

Se encogió; estaba claro que se avergonzaba de esto.

—Todo el mundo decía que yo se lo estaba poniendo muy fácil para que siguiera bebiendo, porque hacía cosas como llamar a su curro cuando estaba «enferma». Me dijeron que, si la dejaba, quizá lograría que reaccionara y buscara ayuda. Pero fue duro. Era mi mejor amiga. —Apretó los dientes—. Seguí teniendo esperanza… Seguí dándole una semana más, con la

esperanza de que las cosas volvieran a ser como antes. Todo era tan confuso y jodido… Esa chica alucinante, guapa y con un gran futuro había pasado a ser un desastre. A pesar de que la persona a la que quería ya no estaba ahí, me sentía muy culpable por pensar en dejarla. Estaba preocupado por ella todo el rato; de todas formas, sabía que sería peor si me iba… y lo fue. Dejarla fue la cosa más difícil que jamás he tenido que hacer, y eso que vi cómo mi padre moría de Parkinson. —Parecía estar sufriendo una agonía—. Pero no la estaba ayudando. —Se echó a llorar—. La dejé porque, si me quedaba, solo empeoraría las cosas.

Todos estaban centrados en Caleb; todos menos yo. Contuve la respiración mientras observaba a Harlie, quien tenía la cabeza gacha. Entonces vi que movía los hombros, que le temblaban rítmicamente. Aunque también podría haber estado riéndose.

¡Pero no! ¡Espera! Estaba frotándose los ojos. Entonces se enderezó, buscó unos pañuelos de papel y pude verla bien. Estaba llorando. ¡Sí, estaba llorando!

¡Gracias a Dios!

OceanofPDF.com

66

Después de trabajar, me pasé tres horas sentada en una silla de la peluquería, sometiéndome a una intensa sesión de tinte. Lo había pospuesto lo máximo posible, pero el inminente viaje a Barcelona había hecho que, de repente, me pareciera vital.

En algún momento me llamó Claire. Tardé como diez minutos en abrirme paso por el crujiente bosque de papel de aluminio para poder llevarme el móvil al oído.

—Lo siento —dije al fin—. Estoy en la peluquería.

—¿Puedes hablar? —preguntó.

—Como te decía, estoy en la peluquería.

—Bueno. Está todo preparado. —Y susurró—: El intercambio de parejas. Será el sábado por la noche. Hemos reservado un hotel. ¡Esta va a ser una Semana Santa para recordar!

—Así me gusta.

—¿Lo dices en serio?

—No.

—¿Estoy haciendo lo correcto?

—No.

—¿Cómo lo sabes?

En realidad, no lo sabía. Yo no era Claire.

—Mira. Si eso es lo que quieres, pásatelo bien.

—¿Crees que lo haré?

—Tal vez.

—¿De verdad lo crees?

—No.

Cuando por fin me quitaron el papel de aluminio, volví a casa, a un hogar vacío, ya que Kate tenía turno de noche. Ojalá hubiera estado ahí. No podía dejar de pensar en Luke y quería distraerme.

Lo odiaba. Lo odiaba con toda mi alma.

Me preguntaba si se había cabreado porque había bloqueado su número. Joder, eso esperaba. De hecho desbloqueé su número porque me moría de ganas de saberlo.

En unos minutos, mi móvil se iluminó y apareció su nombre. Lo cogí de la mesa y le espeté:

—¿Qué?

—¿Estás en casa? —preguntó—. ¿Puedo pasarme?

—Sí —respondí—. Y no, ni soñarlo.

—Por favor, Rachel. No te pido que me dejes entrar, no me lo merezco, pero déjame verte, por favor.

—Es tarde. —No era tan tarde, solo las nueve y media, pero estaba muy cabreada.

—Será solo un momento —insistió—. Y estoy a cinco minutos de tu casa.

—… Vale.

—Gracias por desbloquear mi número.

Tardé en contestar.

—… Es horrible, ¿verdad? Cuando quieres hablar con alguien desesperadamente y…

—Te veo enseguida.

Encerré a Crunchie en la cocina; era demasiado mona y en esa conversación íbamos a tratar temas muy serios. Entonces me puse el abrigo; fuera estaba muy oscuro y no hacía nada de calor.

Poco después sonó el timbre. Luke estaba apoyado en la jamba de la puerta. Bajo la luz artificial, parecía hecho polvo.

—No me acosté con Mia —dijo.

—Sí, te acos…

—… sabes que no lo hice. Fue una historia que te inventaste para convertirme en tu enemigo. Para que no tuvieras que hacerme caso cuando te rogaba que dejaras de tomar esas pastillas. Pero siento mucho haber

echado pestes anoche. Me… —Negó con la cabeza—. Me pasé de la raya. Lo siento muchísimo.

—Te comportaste como si te estuvieras acostando con Mia… Esa sonrisilla de suficiencia y…

—… Sí. Esa noche fui un gilipollas. Estaba de mala leche y un poco borracho. Me sentía tan dolido que quería devolvértela. Lo siento, Rachel.

—Pero te vi con ella.

—En el Coffee Express, delante de, no sé, unas cincuenta personas, casi todas de Narcóticos Anónimos, que me conocían, que te conocían. Como Mia había conseguido dejar de tomar somníferos, estaba pidiéndole consejo sobre cómo ayudarte. Eso es todo. —Agotado, lanzó un largo suspiro—. Y lo sabes.

—Entonces ¿por qué os cogíais de la mano?

—No estábamos haciendo eso. Ella me estaba tocando el brazo. Fue un gesto de compasión.

—A ella le gustabas. La alentaste.

Puso cara de exasperación.

—Yo no le gustaba. Y tampoco la animé a nada. No soy esa clase de hombre. Nunca lo he sido.

Me dejé llevar por la frustración.

—¿Cómo es posible que no le gustaras?

—¿Por qué tendría que gustarle? Y aunque hubiera sido así, que no lo fue, yo te quería.

—Pero si apenas hablábamos…

—Aun así, no me habría follado a otra. —Enfatizó las palabras siguientes—: No era esa clase de hombre. Jugué limpio. No tengo la imaginación necesaria para ser un mujeriego. ¿Te acuerdas de que fuiste tú quien me lo dijo?

El recuerdo sobre una discusión que habíamos tenido pasó de manera fugaz por mi mente. Él había encontrado más pastillas y me estaba amenazando con largarse. Yo me puse primero a la defensiva, luego adopté una actitud despectiva…

Tal vez no se hubiera acostado con Mia. Costaba saberlo a ciencia cierta, porque el hombre al que una vez creí conocer se había esfumado, de

manera tanto metafórica como literal. Pero siempre había sido sorprendentemente tradicional; era bastante duro con los adúlteros.

—En aquella época ni siquiera le gustaba a mi esposa.

¿A quién…? Ah, a mí. ¿Que no?

—No lo recuerdas. Claro que no. Pero hubo una noche… —Se encogió de hombros.

Un momento, no, sí que la recordaba.

—Esperaba que pudiéramos… reconectar —dijo Luke—. Pero no mostraste ningún interés.

Destelló otro de esos recuerdos congelados: unos fotogramas donde se veían las luces de unas velas y unos aceites aromáticos, donde —madre mía — Luke me cogía la cara con ambas manos, mientras notaba cómo se me clavaba algo duro y caliente que le sobresalía de los vaqueros.

—Lo recuerdo. —Estaba avergonzada—. Pero tenía miedo.

—¿De mí?

—De quedarme embarazada otra vez. Nunca fui una buena candidata a tener un niño, nunca lo fui. Era demasiado… tóxica. Estaba… jodida. No sé cuál es la palabra adecuada. Tú también lo pensabas.

—¿Qué? Yo nunca… Rachel, tuvimos mala suerte, nada más.

Sin apenas atreverme a respirar, lo observé detenidamente.

—Sí que lo pensabas.

—Qué locura. —No parecía dar su brazo a torcer—. No lo pensaba. No lo habría pensado. Lo dijiste unas cuantas veces, pero creí que solo intentabas que me sintiera culpable.

—¿Culpable de qué?

—De sentir lástima por ti. Para poder tomarte las pastillas sin que nadie te molestara. No pensé que realmente creyeras que era cierto. —Se dio la vuelta, se alejó y masculló—: Dios, esto va de mal en peor.

Se volvió para mirarme y me dijo:

—Si eso es cierto, debiste vivir un infierno.

—Era cierto, pero ya no pienso así. Quin me ha «curado».

Una emoción que no pude precisar se reflejó de forma fugaz en su cara.

—Eso es bueno. Genial.

—¿Puedo preguntarte una cosa? La mañana en que Kallie necesitó el plan B. Ya sabes, la mañana des…

—Sé a cuál te refieres. Y me vas a preguntar si todo fue un montaje de Kallie. La respuesta es que no lo sé. La noche anterior… habíamos… Nos… Pero yo no sabía que habíamos tenido un accidente. —Era obvio que se sentía incómodo, tanto que apartó la mirada—. Lo normal hubiera sido que me diera cuenta de algo así, pero me enteré cuando llegué a casa esa noche.

—¿Kallie pudo inventárselo todo?

—Quizááá. —Parecía hacerle cierta gracia, si es que esa sonrisita era indicativa de algo—. Kallie es… una mujer… decidida. Siempre consigue lo que quiere, ¿sabes? Y quería conocerte.

De repente se calló.

—No quiero ser irrespetuoso con Kallie. Ella y yo… Ahora soy una persona distinta, así que mis relaciones van a ser distintas a la que tuvimos nosotros. Kallie y yo encajamos. Lo nuestro funciona.

—Yo no he dicho nada.

—Ya. Pero… Vale, lo siento. —Haciendo un esfuerzo para cambiar el tono, preguntó—: ¿Ha vuelto Quin?

—No, llega el sábado por la mañana, sobre las cinco.

—Uf.

—Sí. El sábado es el cumpleaños de mi hijastro, que cumplirá trece años. Estamos dándole mucha importancia a su paso a la adolescencia. Mis suegros van a celebrar una pequeña fiesta. Nada exagerado, solo para la familia.

Finley no era mi hijastro. Vivi y Roly no eran mis suegros, yo no formaba parte de su familia. Pero quería hacer daño a Luke. La verdad es que creía que era cierto lo que me había contado sobre Mia, pero el modo en que había defendido a Kallie, cómo la admiraba por esa posible mentira, me había dolido. Él nunca me había pasado ni una cuando estábamos juntos.

—El sábado por la noche —continué— nos vamos a Barcelona. Solos Quin y yo.

—Bueno… es un buen sitio. Barcelona, Texas, ¿no?

—Ja, ja. Sí, es para celebrar nuestro aniversario. Bueno, ¿Kallie cuándo…? ¿Va a volver a Irlanda?

—No.

Ella se había marchado sin despedirse. Ni siquiera un mensaje de texto. Inesperadamente, me dolió.

—Por dinero —añadió—. O, mejor dicho, por la falta de este. Se está esforzando tanto por triunfar en la música que ha tenido que dejar casi todo su trabajo como contable. Pagar otro vuelo hasta aquí sería demasiado.

Bueno, eso explicaba por qué le había dado el vale de descuento de Zara a Kate. Aunque me seguía pareciendo mal, al menos lo entendía.

—En fin, iré a casa con ella en algún momento de la semana que viene.

Eso también me dolió.

Pero ¿qué esperaba? ¿Que Luke y Kallie nunca se marcharan y que, junto a Quin, formáramos un cuarteto muy unido, que visitaría restaurantes mediocres, donde nos atiborraríamos a patatas cocidas y zanahorias untadas con mucha mantequilla?

—¿Has encontrado una cuidadora que le guste a tu padre? —pregunté.

Luke negó con la cabeza.

—Eso no va a pasar. Pero tiene dos hijos más, una hija y cuatro nietos adultos en Irlanda; son suficientes para cuidar de él. Yo tengo mi vida en Denver, tengo un socio allí, un negocio. —Se encogió de hombros—. No tengo que quedarme aquí ni tampoco debo sentirme culpable por marcharme.

Algo en su tono de voz hizo que me acordara de pronto de la horrible mañana en que me había dejado.

Fue a finales de enero, estaba muy oscuro y hacía mucho frío. Me había despertado de repente y había visto que estaba sola en la cama. Según mi móvil, eran las 3.43 de la madrugada. Oí que fuera del dormitorio alguien se movía de manera sigilosa, arrastrando los pies. Tuve tal subidón de adrenalina que crucé corriendo el dormitorio, abrí la puerta de un tirón y en el pasillo me encontré a Joey y a Luke, con aspecto estresado y sudoroso.

—Yo me llevo esto… —Joey estaba levantando una caja; entonces me vio.

Luke se giró de golpe, al tiempo que yo veía que las cajas selladas, que se habían ido acumulando en la sala de estar a lo largo del último día, habían desaparecido. ¿Eso significaba que…? ¿Ya se las habían llevado a un coche o una furgoneta?

—¿Pretendías irte a hurtadillas? —No podía creerme que fuera a hacer algo tan cruel—. ¿Sin decir nada?

—Qué típico —contestó Luke—. Todos los días estás comatosa, menos hoy.

—Te espero en la furgoneta —masculló Joey. Y, tras levantar la última caja, se largó.

Oí un tintineo que me puso de los nervios; era la alianza de Luke. Se la había quitado y la había dejado en la mesa de la entrada. Al tiempo que se oía un ruido metálico, me dijo:

—Y aquí tienes mis llaves.

Esperaba que fuera algún tipo de treta, pero cada vez estaba más convencida de que aquello iba en serio.

—Luke, por favor, te lo ruego. —Atacada, le puse ambas manos sobre el pecho e intenté impedir que se moviera—. Te quiero muchísimo. —Mis jadeos sonaban tan fuertes que resultaba humillante—. Podemos arreglar esto, iremos a terapia, haremos lo que quieras.

Con una mirada fría como el hielo, me apartó las manos y me mantuvo a raya.

Me hallaba sumida en la desesperación, era un manojo de nervios y estaba aterrada. Pero Luke se echó la chaqueta al hombro, cogió su maleta y salió por la puerta. Me dejé arrastrar por el pánico y agarré las llaves que él acababa de dejar, me calcé unas Uggs y lo seguí por tres tramos de escaleras hasta la calle, donde caía aguanieve. Vestida con unos *leggings* y un forro polar, intenté no quedarme atrás mientras se dirigía hacia una furgoneta.

Cuando abrió la puerta del vehículo para sentarse junto a Joey, me abalancé sobre él.

—No —me dijo, con un tono frío que no era propio de él—. Por favor.

Retrocedí espantada, y la puerta se cerró con un chirrido metálico. Tras arrancar el motor, la furgoneta avanzó dando tumbos, se adentró en el escaso tráfico y se alejó.

Me quedé en la calle un buen rato. Todavía pensaba —o esperaba— que regresarían. Si volví a casa fue por el frío, y lo primero que hice una vez dentro fue llamarlo, pero había bloqueado mi número.

Aterrada y con las manos temblorosas, llamé a Joey, quien me dijo:

—No puedes hablar con él, Rachel. Para cualquier factura o documento oficial, contacta conmigo y yo se lo paso. Ahora voy a apagar el móvil. Escucha, cuídate, ¿quieres? Pon orden en tu vida.

Pasmada, me senté en el suelo, preguntándome si aquello era real. Después me tragué un somnífero y esperé a que me sobreviniera el piadoso olvido.

Bajo la luz de la puerta de la entrada, me di cuenta de que Luke me estaba observando.

—¿Qué? —preguntó con recelo—. ¿Y ahora qué he hecho?

Abrumada por los recuerdos, me invadió una nueva ira.

—Solo estaba recordando el día que me dejaste.

—Oh, madre mía, eso fue…

—Monstruo cruel y desalmado —le espeté—. No tuviste corazón… —Me costaba dar con las palabras adecuadas—. Fuiste despiadado…

—Hacer eso fue un suplicio para mí.

—¿Para ti?

—Rachel, por favor. Escúchame. Por favor. Mi bebé había muerto… Ella también era mi hija. Y mi esposa, la mujer a la que adoraba, había recaído…

—… No, yo no había…

—… Estaba destrozado, la soledad me estaba matando, y tú te habías ido, Rachel. Era como si tú también te hubieras muerto.

—Por muy malo que eso fuera para ti, para mí fue peor.

Inspiró hondo.

—Te creo. Pero siempre me dijiste que debía marcharme si recaías.

—Pero no había recaído. Esa no es la palabra…

Me ignoró y continuó hablando:

—Durante muchísimo tiempo, ni me lo imaginé… Estabas tan decidida a seguir limpia. Entonces sucedió y fue una puta pesadilla. ¿Cuántas veces te rogué que lo dejases? Y me mentiste sin más. —Se le contrajo la cara—.

Llamaba a todas tus amigas (a Claire, Anna, Nola, Brigit y Olga Mae) tan a menudo que dejaron de cogerme el teléfono. Registré el piso varias veces más y volví a encontrar más pastillas escondidas. Me pregunté si debía cancelarte las tarjetas o no…

«Habría sacado el dinero de algún sitio».

—… pero si te hubiera obligado a dejarlo, no te habrías desenganchado. Tenías que ser tú quien tomara la decisión. Tardé casi seis meses en afrontarlo, no me querías lo suficiente…

—¡Claro que te quería!

—Querías aún más esas pastillas. Eso es un hecho, Rachel. No podía curarte. Solo por estar ahí, te lo estaba permitiendo. Si nada cambia en la vida de un adicto, este no cambiará… ¿Cuántas veces me dijiste eso? Si me marchaba, esperaba que el golpe fuera lo bastante duro para que te desengancharas.

—Espera, ahora… —Estaba desconcertada.

—Pero no podía mudarme a ocho manzanas al norte. No habría sido capaz de mantenerme lejos de ti.

—Está claro que querías alejarte todo lo posible de mí.

—No quería dejarte, para nada. Pero, Rachel, ya sabes que no estaba precisamente cuerdo por aquel entonces.

Se le veía tan consternado que, de pronto, no me costó creerlo.

—En retrospectiva, está claro que me pasé… Pero, en ese momento, me pareció que era la única opción que me quedaba. No tuve más remedio.

Por primera vez, me hacía una idea de cómo podía haberse sentido.

—Para hacer las cosas bien, tenías que estar fuera de mi alcance. Y estaba aterrorizado, Rachel. Mi vida estaba en Brooklyn contigo. Siempre he odiado los cambios, incluso cuando las cosas van muy bien. Escogí Denver porque conocía a un par de personas allí; dos más que en cualquier otro sitio. Tuve que buscar un trabajo nuevo, encontrar un sitio donde vivir y levantarme todos los días y hacer todo por inercia, como si fuera un muerto en vida. Nadie quería quedar conmigo; al cabo de un tiempo, ni siquiera Johnno y Elaine; debía de estar demasiado… deprimido, aunque no sé si es la palabra más adecuada. Era incapaz de relacionarme con los demás, sus vidas me parecían tan estúpidamente poco serias… —Me miró,

le brillaban los ojos de ira—. Nunca olvidaré la madrugada que me marché, me suplicaste de un modo que me dejó destrozado. Estuve a punto de ceder. —Se tapó la boca con la mano—. No quería irme, pero tenía la sensación de que debía hacerlo. —Me costó entender lo que decía—. Porque…

Para mi sorpresa, vi que estaba llorando.

—… si me quedaba, solo empeoraría las cosas.

OceanofPDF.com

67

—¡Luke! —Me acerqué a él.

—No. —Se apartó de mí—. No. —Retrocedió bastante y se secó los ojos bruscamente con la manga de la chaqueta—. Estoy bien. Me marcho ya.

—No. Por favor. Espera un momento. Solo hasta que estés bien.

—Estoy genial.

De repente me pareció mal que mantuviéramos esta discusión tan intensa y emotiva en el umbral de mi puerta en una noche oscura y gélida.

—Eh, Luke, ¿no te apetece entrar?

Me miró a los ojos. Se le veía agotado… pero había algo más. Por improbable que pareciera, la pregunta tal vez le hubiera hecho gracia.

—Sí —contestó, con cierto tono irónico—. Sí, Rachel, me encantaría.

Me aparté.

—Pues pasa, entonces.

Esbozando una sonrisita, negó con la cabeza.

—Debería irme ya.

«… Pero ¿qué coño…? ¿Va a entrar sí o no?».

Sin lugar a dudas, se marchaba; estaba caminando hacia atrás para acercarse a la enorme moto, aparcada en la cuneta. Lo observé perpleja.

Alzó su llavero remoto por encima del hombro, apuntó hacia atrás y apretó un botón; con un pitido, la moto que tenía detrás cobró vida.

—Adiós, Rachel —gritó, y sus palabras se las llevó el aire nocturno.

En cuanto entré en casa, intenté llamar a Quin por FaceTime, pero no respondió. Me sentía desolada; su sentido común y su falta de

sentimentalismo me ayudaban a poner los pies en el suelo.

Como no sabía qué más hacer, me fui a la cama. Justo cuando me rendía al sueño, una pregunta provocó que me despertara súbitamente: «Si no le hubieras pedido a Carlotta que te recetara somníferos, ¿seguirías casada con Luke? ¿Habríais tenido otro niño?».

¿Esa decisión había provocado un efecto dominó que había alterado por entero el curso de mi vida y de la vida de Luke?

Pero ¿quién sabía qué nos deparaba el destino? Si teníamos en cuenta que habíamos perdido a una hija, resultaba increíble que tanto Luke como yo hubiéramos sido capaces de rehacer nuestras vidas y ser felices de nuevo. Aunque nosotros nunca hubiéramos elegido este camino, en ese momento estábamos bien.

Todo iba bien.

OceanofPDF.com

68

—¿Harlie Clarke? —contestó Hector—. Lleva llorando sin parar desde ayer por la tarde. No quiso cenar nada. Se fue a la cama pronto. Chalkie bajó alrededor de la una de la madrugada y se quejó de que los lloros no le dejaban pegar ojo.

—Excelente —dijo Ted con aprobación.

—Muy bien.

Todos en torno a la mesa nos mostramos de acuerdo.

—Ella ha estado muy tranquila; Dennis vuelve a estar en buena forma; Chalkie sigue cabreado; Bronte parece calmada y feliz; Trassa, lo mismo; y Lowry, el nuevo, ha estado contándole a todo el mundo unas historias muy trágicas: que tuvo un padre cruel, que su novia es una desagradecida, ya sabéis cómo va.

Chalkie ya estaba en la Sala del Abad, rodeado de un campo de fuerza de furia. Entonces apareció Dennis.

—Biii-suuu, Rachel. —Me lanzó un beso al aire—. Biii-suuu, Chalkie.

Chalkie levantó la vista.

—Biii-suuu para ti, puto lunático.

—¡Huy, huy, huy! —Dennis retrocedió—. No hace falta hablar así. Estoy refinándome. Bronte me ha inspirado. Ella tiene clase; sí, tiene una clase tremenda. ¡Hablando de Roma, por la puerta asoma! Biii-suuu, Bronte.

Bronte pareció sorprenderse y, al instante, se echó a reír; era la primera vez que la veía hacer eso.

—*Bisous*, Dennis, *bisous*.

Le lanzó unos besos al aire, que él devolvió, y se sonrieron.

—Mira —le dijo Dennis a Chalkie—, es bueno ser bueno. Aquí está Harlie. Biii-suuu, Harlie.

Harlie lloraba sin disimulo.

—Oh, venga, venga, venga. —Con delicadeza, Dennis le dio unas palmaditas en la espalda—. ¿Sigues llorando por tu hombre? Madre mía, ¿quién iba a echártelo en cara? Ese chaval está cachas, supercachas. Cualquiera perdería la cabeza por él.

Eso provocó que Harlie llorara más, por lo cual, en cuanto todo el mundo estuvo sentado, empecé con ella.

—Cal y yo estábamos enamorados de verdad —dijo—. A veces ves a otras parejas y te das cuenta de que ni siquiera se caen bien, ¿no? Pero Cal y yo éramos supercolegas. —Mientras se deshacía de nuevo en lágrimas, chilló las siguientes cuatro palabras—: Era mi mejor amigo.

Dejamos que llorara.

—Siempre quise conocer al hombre perfecto —afirmó—. Y él lo era. Pero seguía sin ser suficiente.

—¿Qué quieres decir?

—Pensaba que se había convertido en un puto aburrido que no me dejaba beber. Pero era yo la que había cambiado. Prefería la bebida antes que a él. Aun así, odiaba al muy cabrón porque se había pirado, me había dejado. Pensé que era muy egoísta. Ahora lo entiendo, más o menos.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Que me dejó porque pensaba que así me ayudaría.

Se me erizó el vello de los brazos; eso era justo lo que me había dicho Luke la noche anterior. Si creía a Caleb —y así era—, seguramente debería creer a Luke, ¿no?

Si mis patitos pensaban que iban a tener una tarde fácil porque era viernes, ya podían ir cambiando de opinión: el jefe de Ella, Boyd Heffernan, había llegado.

Tenía poco menos de cuarenta años, vestía con traje y corbata, y ya se estaba quedando calvo; era muy distinto a Jonah, el novio de Ella.

Por el par de charlas que habíamos mantenido, me daba la impresión de que Boyd era un hombre que había aspirado a alcanzar grandes metas en la vida, pero se había acabado sumiendo en una tediosa mediocridad. No sé qué clase de relación disfuncional tenía con Ella, pero sí sé que había depositado muchas esperanzas en ella.

Cuando lo llevé hasta el grupo, Ella levantó bruscamente la cabeza y tenía la piel perlada de sudor. Por su aspecto, era muy probable que acabara desmayándose.

Le pedí a Boyd que se presentara.

—Soy el jefe directo de Ella —dijo—. También mantenemos una relación.

Un grito ahogado perfectamente audible recorrió el grupo, y Dennis soltó sin pensar:

—¿Y qué pasa con el otro tío? —Acto seguido, añadió avergonzado y con un tono agudo—: Lo siento, hijo, no me hagas caso.

—¿Te refieres a Jonah? —preguntó Boyd—. Su relación está muerta. Ella solo está esperando el momento adecuado para dejarle.

Estaba segura de que Jonah no sabía nada de eso.

Boyd miró a Ella, a la espera de que lo apoyara, pero estaba hundida y abatida, era incapaz de hablar.

—¿Ella te ha pedido alguna vez que le consigas somníferos? —le pregunté.

—Hum, sí. Ya sabéis que la atracaron y luego no podía dormir, ¿verdad? Hace unos cinco meses que su propio médico le cerró el grifo.

Eso no era verdad, pero lo dejé pasar por el momento.

—Hace unos cinco meses, ¿no, cielo? —le preguntó Boyd a Ella, quien logró asentir aturdida.

»No podía estar sin pastillas… así que me pidió que le consiguiera algunas. Fui a mi médico de cabecera, le dije que no podía dormir y me recetó somníferos para dos meses. Se los di a ella. Sé que parece que hice mal, pero estaba sufriendo y yo podía ayudarla. Tengo la conciencia tranquila.

—¿Hiciste lo mismo con otros médicos?

—No…

—¿«Pero»? —La conversación estaba yendo por unos derroteros que no me esperaba.

—… en Irlanda, no. Pero viajo mucho por trabajo, a menudo a ciudades estadounidenses. Allí hay médicos que atienden a los huéspedes de los hoteles y que no tienen ningún problema a la hora de recetar somníferos.

Inesperadamente, sentí frío y calor a la vez.

—¿Cómo, eh…? —Sentí pánico durante un instante—. ¿Con qué frecuencia hiciste esto?

Desde muy pero que muy lejos, observé que Boyd se encogía de hombros.

—Creo que unas cinco veces.

—Esos médicos… —Tuve que aclararme la garganta y volver a empezar—. Esos médicos son caros, ¿no?

Estaba improvisando, eso no lo habíamos ensayado. Y lo que me estaba pasando, fuera lo que fuese, tenía que quedar aparcado durante el resto de la sesión; mi deber era ocuparme de Ella.

Haciendo un esfuerzo enorme, volví a mi cuerpo, volví a la habitación.

—¿Quién pagaba a esos médicos? —le pregunté a Boyd.

—Ah, yo.

—¿Ella te devolvió el dinero? ¿No? ¿Por qué?

Todo el mundo se volvió hacia Ella, quien contestó:

—Hummm, yo no… Boyd, ¿alguna vez me pediste que te devolviera el dinero?

—No lo sé. —Se le sonrojaron las mejillas—. A lo mejor se me olvidó.

No pude evitar sentir lástima por Boyd. Estaba loco por ella, pero a ella él no le interesaba nada; no obstante, mientras siguiera siéndole útil, continuaría acostándose con él. Y lo más doloroso de todo es que él ya lo sospechaba.

—Boyd, has hecho varias cosas de dudosa legalidad —ya me sentía recuperada—, lo cual te ha costado mucho dinero. ¿Por qué?

—Porque la quiero. Nos queremos. Ella estaba mal, y yo podía ayudarla. Era lo más lógico.

—Ella estaba tomando unas pastillas que no le había recetado su médico. Ni un solo médico sabía qué cantidad estaba tomando. ¿No te

preocupaba que pudiera sufrir una sobredosis accidental?

—Me preocupaba más qué pasaría si no tenía las pastillas. Llegó a decir que se suicidaría.

—Boyd, no tienes ninguna obligación de responder. —Intenté tener mucho tacto—. Pero ¿estás casado?

—S… sí. —Miró a Ella—. Sí. Pero voy a dejar a mi esposa.

—¿Cuándo?

—Cuando Ella esté… —La observó, a la espera de que hiciera algún gesto. Pero siguió mirando al suelo—. Cuando Ella esté… ¿preparada?

Lo cual sería exactamente nunca, si no lo había entendido mal.

Era una situación absolutamente espantosa. Pobre Boyd, pobre esposa de Boyd, pobre Jonah, pobre Ella. Tanto sufrimiento, tanta vergüenza, tantos secretos…

Tras acompañar a Boyd hasta el exterior, fui a una consulta y cerré la puerta con llave, mientras intentaba respirar a pesar del dolor agudo que notaba en las costillas. Cuando él había empezado a hablar de que había ido a ver a uno de esos médicos que atendían a los huéspedes de los hoteles, un recuerdo —horrorosamente intenso— había emergido por completo de mi memoria, sobre una ocasión en que había ido a ver a uno de esos médicos.

Lo más alucinante de todo es que hasta entonces me las había arreglado para olvidarlo totalmente.

Había sido en algún momento de aquellos meses horribles que siguieron a la muerte de Yara; a finales de otoño, probablemente. Recuerdo el frío que sentía. Mis reservas de Ambien estaban descendiendo a una velocidad tan alarmante que entré en pánico y me pregunté dónde podría conseguir más.

No podía pedírselo a Carlotta, y era muy pronto para hacer otra visita al doctor Gagnon, pero entonces me acordé de un médico al que había ido a ver mi padre unos años antes cuando había estado de visita en Nueva York con mi madre. Como papá estaba mal de la tripa —ya lo he dicho: siempre le pasaba algo—, había ido a ver a un médico de cabecera cercano que prestaba sus servicios a los hoteles del centro de Manhattan.

Tras atenderle en lo que debió de ser la consulta más rápida de todos los tiempos, el médico le había recetado varios medicamentos fuertes, le había sisado un par de cientos de dólares y lo había mandado de vuelta a la calle.

Con la ayuda de Google, me resultó extraordinariamente fácil localizar al médico, y todavía más incluso reservar una cita con él más tarde, ese mismo día. Aunque me costó lo mío ducharme y vestirme, logré coger el metro hasta la ciudad, sentarme en una silla y contarle al médico que estaba de visita en Nueva York e iba a quedarme cinco semanas.

—Tengo insomnio por culpa del *jet lag*. Y mi trabajo siempre me exige poner toda la carne en el asador.

—Oh, qué mal. —Mostraba una simpatía empalagosa, aunque, con lo caro que era, más le valía.

—He tomado Ambien en el pasado —dije—. Siempre me ha ido bien.

—Vale. —Garabateó algo en un bloc de notas—. Has dicho que cinco semanas, ¿no? ¿Debería recetarte también algo de Xanax?

Aunque la tentación fue muy fuerte, respondí rápidamente:

—Ah, no. No, gracias. No.

No podía permitir que los somníferos fueran la puerta a otras drogas. Permanecer limpia era vital. El Xanax —o el Valium o cualquier clase de benzodiacepina, en realidad— habría convertido el mundo en un lugar mucho más fácil en el que vivir. Sinceramente no puedo afirmar que no me hubiera venido bien, pero no lo necesitaba tanto como necesitaba el Ambien.

En cuanto le di mi tarjeta de crédito —expedida por un banco de Nueva York, lo cual al médico no le preocupó lo más mínimo—, el alto precio que iba a pagar casi anuló el alivio que sentía.

Porque, como era una «turista», mi seguro no podía hacerse cargo de ese gasto y me preguntaba qué iba a decirle a Luke si veía el pago en el extracto del banco. ¿A lo mejor podía hacerlo pasar como una factura del dentista? ¿O… de un tratamiento de bótox?

Con lo del bótox, alucinaría.

Pero no tanto como si supiera que se trataba de Ambien.

Aun así, me las arreglé para quitarle hierro al asunto: necesitaba dormir y me las había ingeniado.

Pero mientras estaba sentada en la Sala del Abad, interrogando a Boyd, el recuerdo de lo que había hecho me había dejado atónita. Había ido a ver a un médico —el tercero en dos meses, tal vez— y había mentido.

Incluso en aquel momento me había avergonzado de la excusa de mierda que me había inventado; además, era obvio que el médico tampoco me había creído. Esa farsa no nos dejaba en buen lugar a ninguno de los dos.

Luke me había preguntado qué pensaría si un paciente me contara que estaba haciendo lo mismo que yo. Tenía que admitir que ir a ver a más de un médico, mentirles y ocultárselo todo a mi marido era de primero de adicción.

Mientras lo iba asimilando, una ola de frío me invadió de arriba abajo. Se me puso la piel de gallina.

Por aquel entonces había interpretado que rechazar como una santurrona la tentación del Xanax era una prueba de que todavía tenía la situación bajo control. Estaba segura de que, como, simplemente, había decidido no engancharme a los somníferos, no me engancharía.

Pero lo había hecho.

¿… O no?

OceanofPDF.com

69

No podía pensar en ello. No en ese momento. Me iba a Barcelona con Quin, no podía desmoronarme. Ya pensaría en ello cuando volviera. Ya me preocuparía entonces.

Aunque a lo mejor no había nada de qué preocuparse. A lo mejor iba todo bien.

En casa, Kate y Devin se estaban partiendo de risa porque Crunchie llevaba un bonete.

—Quería llevarlo —insistió Kate—. Lo ha sacado de un cajón.

Crunchie parecía bastante contenta, lo cual era un alivio, ya que Kate y Devin iban a cuidarla el fin de semana y no quería que la tratasen como una muñeca a la que ponerle vestiditos.

—¿Se están riendo de ti? —le pregunté a Crunchie con el tono especial que usaba con ella—. ¿Se están burlando de ti?

—Claro que no —contestó Devin—. Si parece una sabia…

—… sacada de una serie de Jane Austen —completó la frase Kate.

—¡Sí! —Devin chocó los cinco con Kate.

Quizá sí. Crunchie tenía unos ojos marrones que transmitían mucha bondad y, tal vez, inteligencia.

O, mucho más probable, yo veía lo que quería ver.

Subí a mi habitación para acabar de hacer el equipaje; metí un par de vestidos cortos para salir y un par de zapatos con tacones de vértigo en mi maleta de ruedas. La noche de Jake’s Place, cuando Quin se había quejado de que nunca me veía las piernas, me había sentido mal por él.

Darle una alegría no me costaba nada, y menos en esos momentos.

Por esa misma razón, metí también unas bragas y unos sujetadores muy caros.

—¡Venga, Crunchie! —Se me acercó corriendo para dar su último paseo de la noche—. Vamos a quitarte ese puñetero bonete.

En el bosque, mientras iluminaba el camino con una linterna, en perfecta armonía con Crunchie, mi mente me dijo de repente: «Recaíste y lo fastidiaste todo».

Aterrada, me tropecé con una raíz. Incluso después de haber recuperado el equilibrio, seguí teniendo la sensación de que me estaba cayendo.

Tenía que volver a casa.

Pero, una vez allí, no quise quedarme. Así que tomé la decisión impulsiva de sorprender a Quin: estaría en su cama cuando llegara a casa a las cinco de la madrugada. Tenía una llave, me sabía el código de la alarma y estaba invitada a ir cuando quisiera, así que ¿por qué no?

Como tenía muchas ganas de marcharme, a pesar de que aún sentía algo de pánico, metí las últimas cosas en el equipaje de mano, me despedí de Crunchie, Kate y Devin, y me fui.

No obstante, me sentí rara estando sola en casa de Quin. Cada vez que crujía un tablón del suelo o hacía ruido una cañería, pensaba que se trataba de un ladrón o un fantasma… Algo malo, en definitiva.

Aunque quería acostumbrarme. Podía ser mi hogar en breve. Lo cual era algo bueno, ya que demostraba que, daba igual lo que me hubiera pasado con Luke (incluso aunque hubiera recaído), había sobrevivido y había rehecho mi vida. Las cañerías ruidosas de Quin y los posibles ladrones eran señales reales y tangibles de que estaba progresando.

Cuando me metí en la cama y estaba apagando la luz, me di cuenta de pronto de que, si mi vida fuera una película, en unas horas, Quin entraría semidesnudo abrazando de forma apasionada a otra mujer, con la que se besuquearía a lo loco. ¿Y ella quién resultaría ser…? ¿La azafata de vuelo del avión? ¿Shiv? ¿Golden?

Seguramente, apostaría por Shiv.

El mero hecho de pensarlo hizo que me sintiera… mal. No pude concretar qué era lo que sentía. Solo era una sensación rara. Mala y rara.

Pero estaba demasiado cansada para levantarme, vestirme otra vez e irme a casa. Si, al cabo de cinco horas, Quin se dejaba caer allí con su esposa, tendría que lidiar con ello, sin más.

La luz del dormitorio se encendió y me desperté, parpadeando deslumbrada.

—¡Eh! —Quin parecía confundido—. Estás aquí de verdad. He visto tu coche, pero… —Soltó el equipaje y afirmó—: Bueno, esto es genial.

Me hizo reír al darme unos besazos ruidosos en la frente, los párpados, la oreja.

—Pero ¿cómo es que estás aquí? —preguntó.

—Quería darte una sorpresa.

—Pues me encantan estas sorpresas. Vale, deja que me cepille los dientes y todo eso, luego dormiremos un poco.

Instantes después, salió del baño, desnudo y oliendo a pasta de dientes.

—Hazme sitio. —Se metió en la cama—. Pero apretados.

Apagó la luz y, una vez a oscuras, me preguntó:

—¿Cómo es que llego a casa y te encuentro en mi cama? —Seguía sin tenerlo claro—. O sea, me alegro y eso…

—¿Cuánto te alegras?

—… Eso es una pregunta trampa.

—Veamos. —Me deslicé hacia abajo por su cuerpo.

—¿Qué está… pasando? —Entonces añadió—: No. No respondas. No sabes cuánto me alegro de que esto esté pasando.

OceanofPDF.com

70

A treinta y dos pisos de altura, muy por encima del mar, la luz azul entraba a raudales en un dormitorio blanco y fresco cuyos ventanales sugerían un vasto espacio más allá. Me levanté de la cama, pues me moría de ganas de ver por primera vez Barcelona a la luz del día.

Y era espectacular. Abajo había una piscina diminuta, una franja de arena en miniatura y un mar y un cielo infinitos que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

Llevaba puesta la camisa de Quin; me había despertado durante la noche, helada a causa del aire acondicionado. Pero podría pasar cada segundo desnuda en esa habitación porque nadie podía vernos.

—Oh, Quin —dije—. ¡Menuda vista!

—La estoy disfrutando —contestó desde la cama.

—¡Ja, ja, ja! —Me bajé la camisa para que me cubriera el culo del todo.

—Vuelve aquí —dijo.

—No he venido a Barcelona para pasar el tiempo haciendo… eso. —Agité las manos en dirección a su ingle.

—Seré muy rápido —prometió, con un destello travieso en la mirada.

—Espera. —Descolgué el teléfono—. Voy a pedir el desayuno. Sí, voy a pedirlo. ¡Silencio! —Después de dar todos los detalles y añadir peticiones extra de Quin («¿Hacen zumos *detox*? Sí, genial. Pero nada de papaya, Rachel, diles que nada de papaya»), colgué—. Nos lo suben en quince minutos. —Me quité la camisa—. Tu tiempo comienza… ¡ya!

Habíamos aterrizado en Barcelona a última hora de la noche, en medio del frenesí del sábado noche: tráfico a tope, ruido de cláxones, la música sonando en los locales rivales. Y hacía calor. Las calles estaban flanqueadas

de palmeras y fue una gozada descubrir que nuestro hotel estaba justo al lado de la playa.

Quin se había quedado dormido en el avión. Tras la bienvenida de madrugada, había conseguido dormir unas cuatro horas antes de levantarse, deshacer la maleta, volver a hacerla y conducir cinco kilómetros en el atasco del sábado por la mañana para recoger doce botellas de vino brisado en Fincas de Azabache, una icónica tienda de vinos del sur de Dublín en la que los padres de niños que juegan al *rugby* y conducen un Audi con otros padres de niños que juegan al *rugby* y conducen un Audi suelen competir a gritos por las plazas de aparcamiento.

Dicho vino brisado era para el almuerzo de cumpleaños de Finley en casa de Vivi y Roly, que fue sorprendentemente agradable, a pesar de que tanto Shiv como Golden estaban presentes. Shiv, como madre de Finley, tenía que estar allí. Y Golden era la madrina de Finley.

Pero lo bueno era que Shiv y Golden tenían mala relación desde hacía tanto que apenas se disimulaba. (Entre otras cosas, se habían peleado por Quin, por una subvención del Irish Enterprise Board y por una vieja alfombra de pícnic que Roly había tirado). Esto conllevó que estuvieran pendientes la una de la otra, lo que me permitió pasar desapercibida y disfrutar de un rato sorprendentemente agradable.

Sobre todo con Vivi y Michelle, que se dedicaron a hablar de libros, pero cada vez que me sentaba y decía: «Oh, a mí me encantó», fruncían el ceño y utilizaban palabras como «especioso» y «falaz».

Se dio tan a menudo que acabábamos riéndonos de forma descontrolada.

—Debes de pensar que somos unas pedantes imposibles de complacer —dijo Michelle.

—¡Y vosotras debéis de pensar que yo soy tonta!

—Pero por lo menos te esfuerzas —declaró Vivi, que sin darse cuenta miró a Shiv y, acto seguido, se sonrojó por la metedura de pata.

Mi corazón se llenó de simpatía por la inteligente y culta familia de Quin. Cierto que no derrochaban empatía, pero eran una gran compañía y tenían muy buenas intenciones.

«No importaba lo que hicieras mal, al final todo se solucionaba».

En el aeropuerto, Quin se quedó dormido en la lujosa sala de viajeros frecuentes, y luego otra vez en el avión. Pero Barcelona le espabiló.

—Oye. —Se había animado de repente—. Salgamos por ahí.

Aunque era más de medianoche, me apunté. Aparcar todos los cambios emocionales y percepciones de la semana anterior y estar ahí, presente, con Quin, era importante. Estaba dispuesta a hacer todo lo que él quisiera. Excepto…

—A un lugar con piscina, no.

—¿Por qué?

—¿Sábado por la noche, en una ciudad de fiesta? Yo, cohibida y completamente sobria, ¿viendo a jóvenes guapos, borrachos y haciendo travesuras en el agua? Tengo mis límites, Quin.

Apretó los labios un instante y luego miró a su alrededor.

—¿Dónde está el recepcionista? Oh, es una mujer. —Mantuvo con ella una intensa charla, interrogándola sobre los bares cercanos sin piscina y haciéndola reír—. De acuerdo. —Volvió con una reserva—. A cinco minutos de aquí, frente al mar. Suena bien.

Nos fuimos después de cambiarnos de ropa con rapidez; yo con sandalias de tacón y uno de los vestidos cortos; él con un traje informal.

El bar era precioso. Tres de las paredes se abrían a la cálida noche, revelando un espacio sofisticado con un toque de sal y de mar.

Los paneles de cristal de color aguamarina formaban grupos de asientos de ambiente íntimo… ¡Y qué asientos! En los primeros siete segundos vi dos tumbonas Eames, una silla Barcelona y un sofá Marshmallow. Del techo colgaba una silla burbuja transparente que se balanceaba con un aspecto ligeramente travieso.

—La música es buenísima —comentó Quin.

—¡Y no está demasiado alta!

Nos llevaron a un par de tumbonas bajas, situadas en un círculo de luz tenue. Escondida detrás de la carta, eché un vistazo con cautela a mi alrededor. Para mi alivio, la clientela parecía gente normal y corriente, quizá un poco más guapa que la media, en lugar de la basura europea puesta de cocaína que se pavonea en yate que me temía.

Apreté el brazo de Quin.

—¡Ni siquiera somos demasiado viejos!

—Habla por ti, abuela.

Entonces abrí la carta.

—¡Ostras! Este ambiente sofisticado y animado no sale barato.

—No, Rachel.

—No ¿qué?

Quin meneó la cabeza. Tras un momento de silencio, me tocó la rodilla con la puntera del zapato.

—¿A qué viene ese vestido sexy?

—¿Tiene que haber alguna razón?

—¿No será porque te pusiste uno para la noche con Kallie y Luke y me quejé de que nunca te veía con vestido?

—Bueno… Quiero decir que no te faltaba razón. —Y añadí—: ¿Quin? ¿Estás bien?

—Sí. Lo siento. Será el cansancio. —Y haciendo un esfuerzo visible por mostrarse amable, agregó—: Bueno, ¿cómo van las cosas con tu exmarido?

—Kallie ya se ha vuelto, y él se marchará en los próximos días —respondí, dejando a un lado un montón de sentimientos confusos.

—¿Y tú estás bien?

—Sí… Pero… —De repente, la oportunidad de desahogarme con Quin me resultaba muy atractiva. Se preocupaba por mí, me escucharía—. Las cosas con Luke no estaban tan claras como yo creía.

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez no tuvo toda la culpa. —Me obligué a decir lo que jamás pensé que diría—. Quin, creo que es posible que recayera después de la muerte de Yara…

—¿Qué? ¿Crees? ¿Una recaída no es el tipo de situación sin medias tintas?

—No estoy… del todo segura. No podía dormir y mi médico me dio pastillas. Eran legales. Con receta. Empecé a tomar más de las que debía. Entonces acudí a otro médico…

—Pero ¿eran legales? ¿No le enviabas mensajes a tu camello?

—No, pero…

—Y ahora tampoco, ¿verdad? Él es el idiota que se mudó a Denver y cortó todo contacto.

Tomé aire.

—Todavía estoy tratando de entender todo…

—¡Rachel! —me interrumpió—. ¿De verdad estamos haciendo esto? ¿Dedicar el tiempo en esta increíble ciudad a hablar de quién tuvo la culpa en un matrimonio que terminó hace seis años?

—No. —Y añadí—: Por supuesto que no.

Por dentro comencé a refrenar los pensamientos y sentimientos de nuevo. No era el momento. Lo cual supuso un extraño alivio. Pero… ¿de qué íbamos a hablar entonces? Eché un vistazo al bar y me fijé en una mujer que llevaba un collar increíble tipo esclava, la clase de joya que se pondría Claire.

—¡Ay, madre! —Acababa de acordarme—. Me pregunto cómo les irá a Claire y a Adam.

—Sí. Bien por ellos.

—Hummm.

—¿Oooh? Eres muy moralizante.

—No es verdad. —Mi voz sonó demasiado enérgica, ya que en realidad no estaba juzgando a nadie—. Solo me preocupa que Claire no sea honesta con Adam.

—Tranquilízate —dijo Quin.

—De acuerdo. —Respiré hondo—. Lo siento.

Después de un par de copas muy caras, regresamos al hotel por el paseo marítimo, escuchando el vaivén de las olas que nos llegaba desde la oscuridad.

—Son las dos menos diez —dije—. Ya sé que solo es la una menos diez en Irlanda, pero aun así me siento glamurosa. ¡Casi una libertina! —El calor se había desvanecido en favor de la brisa, que había cobrado fuerza, y Quin se quitó la chaqueta para echármela sobre los hombros—. ¡Como si estuviéramos en un anuncio de perfume! ¿Cómo debería llamarse el perfume? ¿Minivacaciones? —Susurré un par de veces con voz sugerente.

—Tiene que ser una emoción —sugirió Quin.

—*Amourrr* —susurré yo—. Sssexooo. Amantesss.

—Perfidiaaa —dijo Quin.
—Nostalgia.
—Traición.

OceanofPDF.com

71

—Mi madre dice que no vayamos a Las Ramblas. Que nos van a atracar.

—No vamos a ir a Las Ramblas. —Oh, qué desdén por parte de Quin—. Sería tan penoso como visitar Londres e ir a Oxford Circus.

«Recaíste y lo estropeaste todo».

—El paseo marítimo donde estuvimos anoche es un «lugar popular para un paseo romántico» —leo en un blog—. Vamos, Quin, demos un paseo romántico.

Me sonó el teléfono, y Quin levantó la cabeza.

—¿Un mensaje de tu exmarido? —Su tono era mordaz.

—De Claire.

—¿Y bien? ¿Cómo fue el intercambio de parejas?

> Fue un maldito desastre.

—¡Oh, Dios, no! —exclamé—. Pobre Claire.

> Me dieron celos. De Adam y de Beatriz.

Y continuó:

> Adam estaba encantado. ¡Yo no!

Y acto seguido:

> Esta vez he ido demasiado lejos.

—Esto es lo que pasa —dijo Quin de forma indirecta.

Y tuve el suficiente sentido común para no preguntarle qué quería decir.

Recibí un último mensaje de Claire:

Mamá ha invitado a Luke a su fiesta. Él ha aceptado.

—¿Quin? Mi madre ha invitado a Luke a su fiesta y parece ser que ha aceptado.

—Entonces ¿no iremos?

—Así es. Venga, vamos a ver Barcelona.

Fuera el día era azul y amarillo, y rebosaba actividad. Tíos buenos bronceados y musculosos corrían a toda velocidad, y los ciclistas con visera, doblados sobre sus bicicletas, se nos echaban encima como insectos al ataque.

—¡Oye! —espeté cuando tres patinadores pasaron zumbando, agitando el aire a nuestro alrededor—. ¡Que por aquí intentamos dar un paseo romántico!

Sonreí a Quin, pero, en ese preciso momento, giró la cabeza.

En la concurrida playa, jóvenes bronceados jugaban al voleibol o hacían movimientos lentos y elegantes que podrían ser de *tai chi*.

Al otro lado del paseo marítimo estaba la vida real: un barrio de aspecto pintoresco con edificios de apartamentos de cuatro y cinco plantas, separados por calles estrechas y en penumbra. Había ropa tendida en los pequeños balcones de hierro o en cuerdas colgadas entre los edificios, y achaparradas y bonitas palmeras, más bien arbustos, plantadas a intervalos regulares.

Una mujer mayor mantenía una conversación a voces, de balcón a balcón, con otra mujer, que podría haber sido su gemela. Grupos de hombres mayores sentados en toscas sillas hablaban de forma enérgica.

—¿Podemos echar un vistazo? —pregunté.

—No es un parque temático, Rachel.

Vaaale.

—Quin… ¿estás…?

—Bien. Es que… allí viven los lugareños, son sus casas.

—Claro. —Había más personas, sin duda turistas, paseando por las angostas calles, pero no pensaba arriesgarme a una discusión cuando todavía teníamos treinta y seis horas juntos por delante.

Exhaló.

—Lo siento, claro que podemos, Rachel. Para eso estamos aquí. —Me condujo hacia las pequeñas calles—. Hasta las Olimpiadas de 1992, no era más que un pobre puerto de pescadores, luego lo engalanaron. Pero sigue siendo una auténtica comunidad.

Había hombres sentados en pequeñas mesas de zinc, jugando a un juego de mesa.

—Dominó —dijo Quin.

Todo el mundo parecía conocerse, y el lugar entero era vibrante, rebosaba vida.

Justo cuando me preguntaba si había niños viviendo allí, nos encontramos con un parque infantil repleto de críos que trepaban, saltaban y se llamaban unos a otros. Ver a los niños siempre resultaba agridulce, pero la balanza se había inclinado mucho a favor de la alegría.

«Ahora soy feliz, y Luke, también; todo está bien».

—¿Seguro que no te importa hacer esto? —le pregunté a Quin—. Tú ya lo has visto todo antes. Podríamos hacer otra cosa.

—No pasa nada.

Después de almorzar en un minúsculo restaurante tradicional —«un secreto de Barcelona», según Quin—, volvimos al hotel para descansar un poco antes de ir a la playa, pero, sin querer, dormimos toda la tarde.

Me desperté sin saber dónde estaba. Me quedé tumbada, mirando a la nada, intentando recomponerme, cuando un recuerdo me asaltó. Era una mañana en Nueva York. Temprano. Demasiado temprano para empezar a vivir otro día en el que mi bebé seguía muerto, así que me había metido unas pastillas mágicas en la boca y me había librado de los sentimientos durante un rato más.

Horas después, aturdida y confusa, me había despertado de nuevo. Esa vez me levanté de la cama. Sentía el suelo inestable bajo mis pies. Me quedé de pie, esperando que se volviera más sólido, cuando Luke apareció en la puerta.

—Creía que estabas en el trabajo —había dicho yo, recelosa de pronto.

—Ya sé que lo creías. —Me observó, como siempre me observaba entonces: de forma analítica, imparcial.

Hacía tres semanas, quizá cuatro, que había descubierto las pastillas escondidas. Desde entonces había hecho un buen trabajo tomándomelas en secreto.

Entró en el dormitorio, me atrajo contra su pecho y me abrazó con fuerza. Me relajé contra él, agradeciendo de repente el calor y la dureza de su cuerpo. Luego, en voz muy baja, me susurró en el pelo:

—Tienes que parar.

De vuelta en el presente, en Barcelona, la tristeza se apoderó de mí en sus diversas formas. «Recaíste. Tú tuviste la culpa».

Siempre que surgía ese pensamiento, me atravesaba un rayo de miedo, y cada vez era un poco más profundo.

Me moví, buscando a Quin. Seguía dormido como un tronco, estirado en la cama. Posé una mano en su hombro y abrió los ojos de golpe.

—Nos hemos quedado dormidos. —Parecía aturdido—. ¿Qué hora es?

—Las ocho menos diez.

—Vale… necesito café. —Fue dando tumbos por la habitación y luego se metió en la ducha. Cuando volvió, se había espabilado—. Bueno, esta noche podemos pillar algo de comer por ahí. —Señaló con la cabeza hacia el mar—. O… —Hizo una pausa—. He reservado para dos en un restaurante emergente situado en una villa que pertenece a un noble catalán, a un *comte*.

Yo me habría contentado con volver al paseo marítimo y a algún lugar turístico que no diera miedo, pero era obvio que Quin estaba presionando para que fuéramos a la casa del noble.

—El restaurante parece interesante.

«Interesante» era una de las cosas que me gustaban de Quin. Una «cena con espectáculo operístico» en un barco en el puerto de Helsinki había sido un desastre total, pero nos habíamos reído muchísimo. Sin embargo, había que estar en plena forma para sus aventuras, y esa noche no lo estaba.

Ataviada con el segundo de mis vestidos sexis, nos dirigimos a una red inquietantemente tranquila de calles residenciales arboladas que apestaban a dinero antiguo. Imponentes villas, con sus ventanas oscuras y cerradas, nos desairaron con sus altivas fachadas mientras pasábamos a toda velocidad en un Uber, tratando de vislumbrar los números de las casas.

—Creo que es aquí —dijo Quin cuando el conductor se detuvo frente a una casa de campo de cinco plantas de color rosa pálido y nos dijo algo en catalán, que en esencia parecía ser un: «Bajen».

Flanqueada por palmeras e iluminada desde abajo, la villa estaba situada detrás de unas puertas metálicas innecesariamente altas. Al subir a la acera, incliné la cabeza hacia atrás para ver la parte superior y tuve que preguntarme en qué momento el metal adicional se convertía en mera ostentación.

«Quin es genial, y llevo una buena vida».

—¿Ese es el conde? —preguntó Quin cuando un hombre calvo y de aspecto irritado nos hizo señas para que nos acercáramos a la puerta principal—. Pensé que tendría un aspecto más… ¿aristocrático?

Una vez comprobado que nuestros nombres estaban en la lista, una mujer nos condujo por unas escaleras de piedra a una sala poco iluminada en la que se arremolinaban quizá veinte personas, que bebían vino tinto en copas grandes. Por lo que pude ver, desde luego no mucho, parecía que hubieran ido directos desde una boda nocturna muy elegante. Había un montón de adornos de plumas para el cabello, carmín morado intenso, tela a cuadros escoceses en rojo oscuro, joyas con pinchos y zapatos de plataforma dorados.

La gente elegante, que resultó ser italiana, nos recibió con gritos de alegría. Sin duda encantador, pero solo entonces comprendí que esta noche sería una experiencia colectiva.

A veces no me pasa nada por conocer a veinte personas en una habitación a oscuras en una villa de Barcelona, cuando todos los demás están borrachos como cubas pero yo estoy sobria y no he comido en ocho horas, mientras me atormentan horribles sospechas de que seis años antes recaí en la adicción a las drogas y arruiné mi matrimonio. No me pasa nada.

Pero el idioma era un problema. Quin y yo no hablábamos casi nada de italiano y la gente guapa, aunque sonriente y muy afectuosa, no hablaba nada de inglés.

—Pensé que estaríamos solo tú y yo —dijo Quin—. No sabía que tendríamos que socializar.

—Podemos fingir que estamos solos —sugerí.

Pero no nos dejaron solos. Dos drag queens, ambas con botines de plataforma que parecían pezuñas de cabra, intentaron entablar conversación. Averiguamos que todo el grupo era de una ciudad llamada Messina y que esta noche se celebraba el cumpleaños de una persona llamada Giuseppina. Pero nos costó mucho trabajo a los cuatro, y al final las dos se dijeron algo en italiano del estilo: «Ah, que le den, Vera», y volvieron con sus amigos.

—Tengo hambre —le dije a Quin—. Digo más: estoy canina.

—Oh, no —farfulló Quin, cuando de la penumbra surgieron otros dos tipos fabulosamente ataviados, luciendo sonrisas, y los insoportables intentos de entablar conversación comenzaron de nuevo.

Sin embargo, enseguida se cansaron de nosotros, si bien nuestro alivio duró poco, ya que aparecieron otros dos, con los dientes negros a causa del vino y ganas de darle al pico.

—Se están turnando. —La cara de Quin decía que aquel calvario iba a acabar con él. Entonces nos echamos a reír a carcajadas mientras intentábamos disculparnos con los italianos.

Durante la hora siguiente continuó llegando nueva compañía cada diez minutos, hasta que se agotaban y aparecían sustitutos en su lugar. En circunstancias normales habría dicho: «Oye, Quinster, estoy pasando la peor noche de mi vida, ¿podemos cortar por lo sano?».

Pero las circunstancias no eran normales.

Al final nos condujeron a otra sala para la cena, iluminada del mismo modo que la anterior. Se produjo una lucha por los asientos en una mesa de madera oscura, tan larga como una pista de aterrizaje, y Quin y yo nos vimos relegados a un extremo. Fue lo mejor.

No me sorprendió que ninguno de los intimidados camareros supiera nada de mi menú vegetariano solicitado de antemano. Quin, al que solía dársele muy bien quejarse, de forma calmada pero efectiva, estaba dispuesto a intervenir, pero intuí que no serviría de nada.

—No te apures, está bien, me limitaré a comerme los trocitos que no sean carne.

—O podemos irnos —dijo.

—¡No! —Irnos antes de tiempo calificaría la noche de fracaso absoluto, y necesitábamos algún tipo de victoria.

El posible conde nos comunicó el menú en catalán en voz alta.

Los italianos parecieron entenderlo, pero Quin y yo no teníamos ni idea, y no había ningún menú escrito para traducirlo. Sin embargo, cuando llegó el primer plato, nuestros nuevos amigos hicieron todo lo posible para ilustrarnos. Por sus aleteos, parecía ser un ave.

—¿Pollo? —Quin estaba metido de lleno en el traductor de Google—. ¿*Pollo*?

—¡No, no, no! —Hicieron movimientos de bombardeo.

—¿Un ave de rapiña? ¿En serio? —Quin buscaba palabras en su teléfono—. ¿*Falco*?

«¡No!», decían algunos, pero otros tantos exclamaban: «¡Sí!».

—*Aquila!* —gritó una voz desde la penumbra.

—¿*Aquila*? ¿No es «abuela» en español? —Lo recordaba de ver *Dora la Exploradora* con JJ.

—Eso es *abuela* —dijo Quin.

Los demás lo oyeron y se pusieron de su parte.

—¡Abuela! —exclamaron, señalando sus platos y riéndose a carcajadas —. ¡Abuela!

Madre mía, qué difícil era. Estaba demasiado oscuro para distinguir qué trozos de mi plato no eran carne, así que no era seguro arriesgarme a comer algo. Entonces Quin descubrió que *aquila* era «águila» en italiano, así que era oficial que nuestros nuevos amigos se reían de nosotros.

A continuación, dos de las fabulosas mujeres que teníamos enfrente empezaron a besarse, de forma muy «teatral». Me volví hacia Quin.

—Tengo demasiada hambre para esto.

—De acuerdo. —Él ya estaba de pie—. Nos vamos.

Nuestra marcha desencadenó un aluvión de abrazos y gritos, y dio la impresión de que todo el lugar estaba a punto de convertirse en una orgía. Me sentí triste y avergonzada, una fracasada abstemia, que no comía águilas ni asistía a orgías.

Quin y yo no hablamos hasta que estuvimos montados en un Uber, a medio camino de vuelta al hotel.

—Lo siento —dije.

—No, no, soy yo quien lo siente. —Y añadió—: Podemos pedir algo al servicio de habitaciones. O lo que quieras.

—Lo único que importa es que sea rápido.

—Iremos al puerto. Allí hay puestos y serán rápidos.

El coche nos dejó en el paseo marítimo, donde nos sentamos en un muro y tomamos churros con chocolate caliente de un puesto. Como volvía a hacer aire, Quin me puso su chaqueta sobre los hombros, como había hecho la noche anterior, pero esta vez ninguno de los dos mencionó nuestro perfume.

OceanofPDF.com

72

—En serio, por un momento me he preguntado si me había muerto —dijo Quin, riendo—. Si eso era el infierno. Charlar con simpáticos italianos durante toda la eternidad.

Después de los churros en el muro del puerto, dormimos mucho y nos despertamos de mejor humor.

—A mí me pareció más bien una película de zombis —comenté—. Los dientes negros, el delineador de ojos… Y en cuanto nos librábamos de unos, otros ocupaban su lugar.

—Ahora en serio. —Se dio la vuelta en la cama y me miró—. Lo siento mucho.

—No pasa nada, Quin. Era un riesgo, y esta vez no salió bien. Pero, si siempre vas a lo seguro, no ocurre nada emocionante.

—E ir a lo seguro es lo más peligroso que puede hacer una mujer como tú. —Me decía eso muchas veces. Me encantaba, aunque ni por asomo fuera cierto.

—Bueno, ¿y si esta mañana vamos a la Casa Batlló, de Gaudí? —propuse—. ¿Y luego al aeropuerto?

—Y, si tenemos tiempo, me gustaría visitar a alguien. Hay un hombre aquí que se dedica sobre todo a los muebles, pero siempre tiene piezas bonitas e interesantes, artículos que tienen una historia. Me gusta ir, aunque solo sea para ver lo que tiene. Te gustaría.

—De acuerdo. Genial.

—Dios mío, estoy enamorada —le dije a Quin, girando en círculo en una de las habitaciones de la Casa Batlló mientras me dejaba envolver por los

colores de las vidrieras—. No se contuvo, ¿verdad? Me refiero a Gaudí. No era un hombre dado a la moderación. Voy a remodelar mi casa en cuanto volvamos. ¡Que sea ondulada! ¡Toda ella, los suelos, todo!

Esa hermosa casa me tenía loca, pero estaba exagerando mi deleite. La sombra de mis inquietantes recuerdos de seis años antes era alargada. Combatirlos, desesperada por alcanzar la normalidad inicial, fue un duro trabajo.

Al final me permití reconocer que, durante gran parte de ese fin de semana, había estado haciéndome pasar por mi yo más feliz y despreocupado. Porque Quin se lo merecía. Había puesto mucho empeño, esfuerzo y dinero en esos días.

Pero había otras razones: necesitaba referentes. Que las cosas fueran bien con Quin importaba porque era la prueba de que, dejando de lado a Yara, mi vida había ido bien. Los hechos eran los siguientes: estaba limpia, era buena en mi trabajo y había conocido a un hombre encantador.

Sonreí a Quin.

—¿Estar en esta casa es como estar bajo el agua? —le pregunté.

—Sí. —Estaba contento conmigo—. ¿Ves que el techo parece un remolino? Y el efecto que tiene ese cristal…

—Eres un gran guía turístico.

Las paredes eran curvas, las ventanas eran onduladas, incluso el techo formaba ondas.

—No hay líneas rectas, ¿verdad? Ni una sola —le dije a Quin, riendo—. Seguro que lo odias.

—Yo no haría así mi casa, pero puedo apreciarlo.

—Bueno, yo… —Le agarré de la pechera de la camisa y me incliné hacia él—. ¡Estoy encantada!

Una amplia sonrisa se dibujaba en sus labios y parecía feliz de verdad, por lo que se me alegró el corazón, aunque no tanto como debía.

Cada habitación revelaba nuevas delicias hasta el techo. Los mosaicos de las paredes, las formas de las puertas, incluso el sistema de ventilación era precioso.

—Es un mundo de ensueño —declaré. Y cuando llegamos al tejado, miré a mi alrededor y pregunté—: ¿Qué es lo siguiente?

—Ya está —respondió Quin—. Ya lo has visto todo.

—¿De veras? ¡Oh, no! —Fue como una burbuja que se rompió. Esa casa mágica me había mantenido protegida de la dura realidad. No estaba preparada para volver a mis sospechas y miedos. «Recaíste, lo estropeaste todo»—. ¿Qué hora es? —pregunté—. ¿Qué? —Llevábamos dos horas y media—. Oh, Quin, ¿qué pasa con el hombre al que querías ver?

—Ha merecido la pena por verte feliz. De todos modos, todavía hay tiempo.

—Vale. Pues vámonos.

Quin hizo una llamada mientras caminábamos.

—¿Señor Navabi? Soy Nick Quinlivan. Vamos para allá, estaremos con usted en quince minutos.

—¿Tienes que concertar una cita? Venga, háblame de él.

—Se llama Omid Navabi. Por lo que ha ido contándome, creo que es iraní. A veces sus cosas son un poco estrafalarias, pero siempre son interesantes.

Llamamos al portero automático de una puerta anónima en una estrecha calle lateral, se abrió y subimos al primer piso. El señor Navabi era un hombre guapo, afable, bien vestido.

—Nicholas, viejo amigo, pasa. Y la famosa Rachel, ¿qué te parece la pulsera Minerva? ¿Puedo ofreceros una horchata? ¿Vermut?

La sala de exposiciones estaba decorada como un apartamento sacado de *Mad Men*; no era de extrañar que a Quin le encantara ese lugar. Había sillones Knoll, una mesa de centro Peekaboo, un moderno piano de madera de palisandro y lámparas tan bonitas que me daban ganas de comprarlas todas.

En un extraño carrito de bebidas había un elegante decantador de whisky redondo y vasos a juego. Encima de un aparador modular se veía un dispensador de cigarrillos de cromo y nogal.

Había una pared de estanterías abiertas con todo tipo de cosas bonitas, probablemente inútiles, que solo podían denominarse «objetos»: una vieja cámara en un maltrecho estuche de cuero marrón, una agenda Lucite, gafas de sol *vintage*, coches deportivos de juguete.

—Mira en la parte del dormitorio. —Quin me señaló un espacio más adelante.

Vaya, era precioso: alfombras tejidas a mano, más lámparas bonitas y una cama con un cabecero acolchado de forma exagerada. Abrí el armario y descubrí caftanes de Pucci, un abrigo plateado de Courrèges, vestidos de Biba y una pila de maletas de Hermès.

—Todo *vintage* —dijo Quin detrás de mí—. ¿Has visto las joyas? Ahí, a tu derecha, en el tocador.

Miré y me quedé boquiabierta; había brazaletes, colgantes, pendientes y gemelos. Todo elaborado con metales y piedras preciosas, que brillaban y resplandecían sobre un fondo de terciopelo.

—Y… —Hubo una breve pausa—. Hay anillos.

Sentí un cosquilleo en la parte posterior del cuello. Madre mía, ¿no estará a punto de…? Me giré y vi que me tendía un gran anillo verde.

El pánico surgió. «No, Quin, no, Quin, no, no, no, no, no, no, no, no».

Me aparté de él sin querer y solo entonces advertí su confusión.

—¿Qué ocurre, Rachel? —Su mirada pasó de mi cara de malestar al anillo que tenía en las manos. Vi que caía en la cuenta—. ¡Por Dios! —Parecía sorprendido—. ¿De verdad has pensado…? —Balbuceó con incredulidad—: No te estaba pidiendo que te casaras conmigo, Rachel.

—Ah. Una de mis piezas favoritas. —Apareció el señor Navabi—. Turmalina verde y diamante. Un anillo de cóctel.

—¿Un anillo de cóctel? —acerté a decir.

—Se usa en ocasiones especiales. Estoy a su disposición si necesita información. —Y se escabulló de manera discreta.

El anillo seguía en las manos de Quin.

—Entonces ¿estás segura de que no quieres casarte conmigo? —El tono era sarcástico—. Muy segura, diría yo. Sí, no cabe duda.

—Quin. Lo siento, no sé qué…

Le había hecho mucho daño. Incluso había logrado sorprenderme a mí misma.

Con lo bien que nos estaba yendo.

Nos dirigimos al aeropuerto, facturamos, pasamos por el control de seguridad, pasamos setenta minutos en la sala de espera y subimos al avión, todo ello sin intercambiar una palabra.

Al cabo de dos horas de vuelo, Quin soltó de pronto:

—No sé por qué pensabas que me estaba declarando.

—Yo tampoco. —De verdad que no tenía ni idea. Pero lo que estaba claro era que en ese momento la idea de un compromiso a largo plazo con él había resultado aterradora. Tanto, que no había sido capaz de ocultarlo.

—Si alguna vez había estado en mis planes, y no digo que fuese así, ahora tienes mi palabra de que nunca lo estará.

—Quin, siento mucho haberte hecho daño. No sé qué…

—Necesito que te quedes en tu casa esta noche.

—Quin.

—Te dejaré en la mía —añadió—. Tu coche está allí.

—Quin…

—No quiero hablar contigo.

Me mordí el labio y guardé silencio. A esas alturas creía entender el origen de mi reacción exagerada. Quin y yo habíamos pasado unos días tensos. A él le molestaba el examen de conciencia que había estado haciendo sobre mi pasado, sobre Luke.

Y a mí me molestaba que a él le molestara.

Nuestro glamuroso fin de semana había hecho una labor titánica tratando de ocultar la tensión, pero no habían dejado de aflorar quejas por ambos lados.

En el aeropuerto de Dublín, subimos a su *jeep* e hicimos el trayecto en silencio. Cuando llegamos a su casa, sacó mi equipaje de mano del maletero y lo tiró al suelo. Cerró el coche con un pitido furioso y a continuación abrió la puerta principal y la cerró de golpe tras de sí, dejándome fuera en la fría noche.

Me sentí triste y tonta, y me quedé esperando que volviera. Vi que se encendían las luces dentro de la casa y después que se apagaban todas de nuevo. Cuando todo se sumió en la oscuridad, no tuve más remedio que volver a casa, preocupada ya por lo que me depararía el mañana.

Fuera lo que fuera, intuía que iba a ser malo.

OceanofPDF.com

73

Y, en efecto, a las seis de la mañana, cuando me desperté sobresaltada, con el corazón desbocado a causa de la ansiedad, por fin comprendí la verdad pura y dura: Luke me había dejado porque había empezado a consumir drogas de nuevo. A abusar de ellas. Me había sumergido otra vez en la adicción y me había vuelto totalmente inalcanzable.

Se acabaron la incertidumbre, las dudas. Aquella certeza encajó en su lugar con precisión, encendiendo las luces… clic, clic, clic… e iluminándolo todo a gran alcance.

Nada había cambiado, pero todo era diferente.

La realidad estaba ahí, en toda su crudeza: en cuanto había visto una posibilidad de conseguir somníferos de Carlotta, había recaído en el pensamiento adictivo y luego en el comportamiento adictivo. Hasta tal punto que ni siquiera fui consciente de que tenía problemas.

No era de extrañar que se hubiera ido.

No porque me culpara por lo de Yara. No porque hubiera dejado de quererme. Sino porque era, una vez más, una adicta activa.

Una vez que lo sabía, resultaba ridículamente obvio, y sin embargo, el impacto fue enorme.

También comprendí que en cierto modo siempre había sido consciente de que había recaído. Como si una parte de mí se hubiera desgajado de la principal cuando empecé a abusar de las drogas de nuevo y hubiera seguido un camino paralelo. Me había esforzado mucho por ignorar ese yo fantasma, pero de vez en cuando lo veía, captaba un atisbo de mí, casi a la par.

Una vez que lo sabía, me costaba creer que me hubiera cegado de ese modo.

Pero así era la adicción, así era la negación. Yo no tenía nada de especial. Día tras día veía cuánto se esforzaban los adictos por ocultar su vergonzoso comportamiento. Cuando por fin era demasiado tarde y se daban de bruces con la verdad, no era que recordaran cosas que habían olvidado de forma oportuna. Siempre habían sido conscientes de los hechos, pero se producía algún cambio que les confería un nuevo contexto.

Yo no era distinta.

Llamé a Nola, que parecía que hubiera estado esperando noticias de mí.

—Ven cuando termines de trabajar —me dijo.

Luego llamé a Quin, pero saltó directamente el buzón de voz. Le pedí que me llamara y me fui al trabajo, donde tuve que escuchar a Bronte describir mis propios delirios, casi palabra por palabra.

—Pensé que no pasaba nada por tomar las pastillas —dijo Bronte—. Porque me las había recetado un médico.

—Pero, en cuanto empezaste, te entraron ganas de más y más fuertes —contesté, siguiendo los pasos lo mejor que pude.

—Sí. Lo reconozco.

—¿Tenías otras opciones? ¿Sabías que las tenías? ¿Y aun así te decantaste por la peligrosa?

—Sí. Sí. Y sí.

—Pero eres una persona culta —le dijo Trassa a Bronte—. Sabes palabras en francés y los nombres de los dioses griegos. Dejaste la heroína hace años, así que ¿por qué ibas a hacer algo tan estúpido?

—La educación no importa. Olvidé que era una adicta. No, no es eso; decidí olvidarlo.

—Pero ¿por qué? —La pobre Trassa intentaba comprender—. Si tenías una buena vida.

—Pero no la tenía. —Se mordió el labio—. Rachel estaba en lo cierto. Cuando Freya… cuando Eden cambió los planes de Freya, sentía que no tenía motivos para vivir. Me las había arreglado para conservar la esperanza durante mucho mucho tiempo, porque esperaba que las cosas buenas llegaran.

—No lo entiendo. —Lowry se mostró despectivo—. Vale que estuvieras disgustada por tu hija y por tus caballos, pero habías dejado el vicio. Eso es

muy importante. ¿Por qué ibas a tomar drogas que te llevarían de nuevo a la heroína?

Bronte le dirigió una fría mirada.

—Porque, en el fondo, los adictos —movió el dedo alrededor de la habitación y acabó señalando a Lowry— queremos una excusa para recaer.

—Un momento —repuso Lowry—. Yo no soy adicto a nada…

—Había dos versiones de mí —le interrumpió Bronte—. La que quería estar bien y la que quería desaparecer en las drogas de nuevo. Siempre habrá dos versiones de mí. No importa cuántos años lleve limpia, la adicta que hay en mí siempre está esperando su oportunidad.

—Eso suena desesperante. —Trassa se sentía angustiada—. Yo quiero ser capaz de dejarlo.

—Puedes dejarlo, pero la adicción nunca se cura —dijo Bronte—. Solo se controla.

—Madre mía, Rachel. —Chalkie me dedicó una sonrisa socarrona—. ¿Es que Bronte aspira a tu puesto de trabajo?

Pero yo no estaba de humor para bromas con Chalkie. Una vez más, me di cuenta de que, al igual que Bronte, yo había tenido otras opciones: podría haber aceptado la oferta de Carlotta de tomar antidepresivos que ayudaban a dormir. Pero sabía que no tenían nada de divertido.

Sumida en el dolor y en el odio hacia mí misma, quería el delicioso bálsamo de los somníferos.

La siguiente fue Ella, cuyo cuerpo se doblaba sobre sí mismo, como una marioneta inanimada a la que le hubieran cortado los hilos.

—¿Qué te gustaba de estar colocada durante días? —le pregunté, lanzándome a la yugular.

—Todo —respondió tras una larga y tensa espera. Levantó la cabeza y me miró a los ojos—. Todo, joder. Pero, sobre todo, no tener miedo. Siempre tengo miedo y estoy muy harta. —Bueno, eso fue una sorpresa. No había esperado una capitulación tan pronto—. Muchas gracias por eso, Rachel. —Ella vibraba de rabia y de pena—. Me has desarmado y me has destrozado la vida y te odio, joder.

—Tu vida no está destrozada —repuse—. Te lo prometo.

—¡Oh, vete a la mierda!

A la hora de comer, encendí el móvil, esperando tener noticias de Quin. No había nada, así que llamé de nuevo. Lo mismo que antes, saltó directamente el buzón de voz.

«Quin —dije—, siento mucho haberte hecho daño. ¿Podemos hablar? ¿Podemos hablar, por favor? Me importas mucho, mucho…».

Me llegó un mensaje de Claire, así que la llamé.

—¿Estás por aquí esta noche? —me preguntó—. Te necesito de verdad.

—Voy a ver a Nola después del trabajo, ¿puedo llamarte cuando termine?

—Genial. Pero no podemos hablar en mi casa, por razones obvias. Y no podemos ir a mi club, por razones obvias. Y no podemos vernos en público por si lloro. Tendrá que ser en tu casa, aunque Kate no debe saber nada de… lo que pasó.

—De acuerdo. —Exhalé un fuerte suspiro y apagué el teléfono. Volvería a intentarlo con Quin después del trabajo.

Era el momento del grupo de la tarde, donde Lowry nos contó la historia de su vida.

Su frase inicial fue:

—Todos los que he amado me han abandonado.

Chalkie se rio alegremente. Habíamos decidido que se quedara unas semanas más porque estaba demasiado furioso para dejarlo salir al mundo.

En La Vida Según Lowry, todo era siempre culpa de los demás. Había demostrado un verdadero talento —«un talento poco común», según él mismo— como fotógrafo, pero sus padres no quisieron pagar la costosa escuela de Nueva York.

—Así que, en lugar de hacer arte de verdad, hago fotos ñoñas de bodas. Es la razón principal por la que estoy deprimido.

—Pero ¿quién te impide hacer arte? —preguntó Trassa—. ¿Tienes que estar en el sindicato de artistas o algo así?

—Joder —murmuró Lowry en voz baja, pero lo bastante alto para que se le oyera.

—No pretendo ser una sabelotodo —dijo Trassa con suavidad—. Sinceramente, es que no lo sé.

—Nadie me lo impide. Como tal —dijo Lowry—. Pero… ¡vale! Seamos realistas: el dinero de las bodas está muy bien. Me he acostumbrado, me gusta. Vamos, pegadme un tiro. —Dennis y Chalkie intercambiaron una mirada, y Dennis soltó una risita—. ¿Qué? —preguntó Lowry—. ¿Debo avergonzarme por ganarme la vida?

—Sigue leyendo —le pedí.

Sienna había roto con él porque «no podía aceptarme tal y como soy».

—¿Y cómo eres? —Bronte destilaba desprecio.

—Un espíritu demasiado libre.

—¡Ja! —Chalkie se mostró desdeñoso y encantado—. Lo que se traduce como: «No puedes retener a tu amiguito dentro de los calzoncillos». ¿Me equivoco?

—Oye, yonqui. —Lowry se levantó.

—Siéntate —le ordené. Por Dios, lo último que necesitábamos eran puñetazos. Lowry era mucho más alto que Chalkie, pero yo habría apostado por el tipo pequeño.

Lowry hizo ademán de sentarse de nuevo de mala gana mientras que Chalkie se arrellanó en su silla, mirándolo fijamente.

—Eres un imbécil —le informó Chalkie—. Un puto imbécil.

—No todos venimos de una privación de peli. Vale que mi madre no murió de una sobredosis de heroína, pero mis sentimientos son tan válidos como los tuyos.

—Lowry, te has pasado de la raya. Discúlpate con Chalkie.

—Madre mía, Rachel, no necesito sus absurdas disculpas de clase media.

—Pero Lowry tiene que hacerlo.

Cuando el grupo terminó, encendí el móvil. Todavía nada de Quin. Lo llamé, sintiéndome fatal, y una vez más me saltó el buzón de voz.

«¿Quin? Por favor, ¿podemos hablar? Puedo acercarme más tarde».

Como no sabía qué más hacer, escribí mis notas diarias, di las buenas tardes a todos y bajé corriendo para salir a la luz del atardecer.

Entonces me llamó Quin, lo cual me sorprendió.

—Esta noche salgo por ahí. De cervezas con Golden y algunos más. Vamos a planear escalar el Denali en mayo.

Era la primera vez que oía hablar de ello —salir de cervezas, hacer escalada—, pero me estaban castigando, y así era como Quin quería hacerlo.

—¿Podríamos vernos después? —pregunté.

—No. Puede que vuelva tarde.

—¿Mañana por la noche?

—… Creo que no.

—Quin, por favor…

—A finales de semana, quizá. Depende. —Y colgó.

OceanofPDF.com

74

Nola me sentó en su invernadero, me envolvió en un chal suave y sedoso, me preparó un té e insistió en que me comiera un bollo.

La suave lana alrededor de mi cuello me reconfortó.

—¿Es un chal de oración tibetano?

—No, solo son de muselina barata. Ese es de la mejor lana de cordero de Takashimaya, en Osaka. Así que dime qué está pasando, cariño. Una idea aproximada.

—¿Quin va a romper conmigo? —pregunté.

—Deja a Quin a un lado por el momento. Le has hecho daño y necesita tiempo. Mientras tanto, tienes cosas más importantes en las que pensar.

—¿Por ejemplo…?

—Rachel…

—Así que… —Tomé aire—. Creo que… después de la muerte de Yara yo… yo… —era tan doloroso pronunciar la palabra—, recaí.

Nola asintió, sin sorprenderse lo más mínimo.

Claro que yo tampoco lo estaba.

—Por supuesto que lo sabías.

—¿Cómo no iba a saberlo, cariño? ¿Cuántas veces me llamó el pobre Luke ese invierno, pidiéndome que te hiciera entrar en razón? Docenas. Y tú empeñada en que te estaba castigando por dejar morir a tu niña…

—… pensaba que me culpaba a mí.

—Te pasó algo terrible, pero eso no significa que no recayeras.

—Nola, no lo sabía. El dolor era tan intenso y no podía dormir, lo necesitaba y… tomé pastillas para dormir. Más de las que debía. —«¡Joder!»—. Mentí a los médicos. A Luke. A ti, Nola. A Claire, a Anna y a Olga Mae.

—Y a ti misma, ya que estamos.

«Ay, Dios». Durante seis años había tenido mi versión de cómo se habían desarrollado las cosas y me había equivocado.

—Nola, hace años que volví a Irlanda, ¿por qué no me lo has dicho antes?

Se rio con tristeza.

—Cada vez que abordaba el tema me recordabas que tu bebé había muerto. Siempre nos atascábamos. Rachel, lo que te pasó con Yara le rompería el corazón a cualquiera, pero tú lo utilizaste para justificar tus líos —dijo con suavidad—. ¿Cuántas veces te dije que Luke y tú teníais que hablar?

—Y yo te dije que me había bloqueado en todo y que no tenía su dirección.

—Por eso te dije que lo guardaras bajo La Llave de Oro. Han tenido que pasar seis años, pero Luke está aquí, os habláis y tú por fin estás haciendo frente a la verdad. Tengo una pregunta para ti —añadió—. ¿Por qué no celebras tu aniversario de Narcóticos Anónimos?

—Porque lo importante es estar limpio hoy.

—Tonterías. Antes te encantaba la tarta, la moneda, todo el jaleo. Después de recaer, dejaste de hacerlo. Porque, a pesar de todas las mentiras que te decías a ti misma, sabías que tu fecha original de hace veinte años ya no contaba.

—No, yo… —Cada vez que pensaba en la fecha de mi aniversario, mi cabeza se llenaba de una especie de niebla. No había negado nada de forma consciente. Era más bien como si no pudiera pensar en ello. Pero en ese momento veía la verdad y era muy dolorosa—. El tiempo que llevaba… que llevo… limpia es muy importante para lo que soy. Estaba orgullosa de haberme desintoxicado y de mantenerme limpia. Sin eso me siento perdida. El yo que creía que era no existe.

Había visto a otras personas volver a rehabilitación tras una recaída y me habían dado pena.

—Laméntalo —dijo Nola—. Haz todo lo posible para asegurarte de no volver a hacerlo. Y después acepta la auténtica fecha de tu rehabilitación.

Me acordaba bien de la mañana en Nueva York en que decidí dejar de tomar somníferos, un par de meses después de que Luke se fuera. Me desperté muy temprano y me sentía inexplicablemente tranquila.

Habían pasado más de ocho meses desde la muerte de Yara, y la frenética tormenta parecía haberse disipado por fin.

Ni mucho menos estaba bien ni curada. Mi espantosa pérdida seguía muy presente, pero la descarnada agonía, la angustia que no podía aceptar, se había atenuado. Mi pequeña se había ido, yo había cambiado para siempre, seguiría habiendo momentos terribles, pero por fin podía reconocer los hechos, incluso rendirme a ellos, y mi alma estaba tranquila.

Descorrí las cortinas del dormitorio. Al otro lado de la ventana, los primeros rayos del amanecer iluminaban el cielo. La ventana estaba mojada, debía de haber llovido antes. Mientras el sol seguía saliendo, un rayo incidió sobre una gota de lluvia en el cristal y se fracturó en los siete colores del espectro, convirtiéndose en franjas borrosas de color transparente en el suelo de madera, justo delante de mí.

Experimenté moviendo los dedos en el arco de color, cautivada por las diferentes tonalidades sobre mi piel.

Ver señales no era lo mío, pero la misma extraña calma con la que me había despertado me insistía en que se trataba de un mensaje de Yara, que me decía que siempre estaba conmigo, pero que había llegado el momento de volver a vivir.

Otra certeza me invadió; a partir de ese día podría dormir. Ya no serían necesarias las pastillas. Recorrí el apartamento, las recogí todas y las tiré a la basura.

—¿Cómo es que decidí dejarlo sin más? —le pregunté a Nola—. ¿Sin ayuda?

—¿Estás loca de remate, chica? Dos meses antes, tu marido te había dejado. Además, personas como Olga Mae y yo misma te rogamos hasta la saciedad que entraras en razón. La pregunta que me haría yo es: «¿Por qué tardé tanto?».

Dicho así…

—¿Y qué hago ahora?

—No tardaremos en ponernos manos a la obra. Tienes que realizar los pasos otra vez.

Oh, Dios. Tener que profundizar en mis distintos engaños y cagadas era un trabajo arduo y doloroso. Pero había que hacerlo.

—… Tengo que disculparme con Luke. Le dije a todo el mundo que era una persona espantosa, pero era yo la que estaba equivocada.

—Que Dios nos ayude, no paro de decirte eso.

—Me siento mal por mi trabajo, Nola. ¿Qué clase de asesora especializada en toxicómanos soy? He estado cargando con mi propia negación. ¿Cómo he podido ayudar a otros adictos?

—Pero tú sabes que has ayudado. A menos que hayas estado mintiendo sobre las tarjetas de agradecimiento y las velas de Jo Malone. Y que todos tus ascensos no hayan sido más que un cuento chino y en realidad trabajes en un lavadero de coches, lo que al menos explicaría ese… —Nola señaló mi mono con un ademán—, atuendo.

El flujo constante de tarjetas de expacientes era real. Al igual que el hecho de que los altos cargos de The Cloisters —Ted y la junta directiva— me habían ascendido en los últimos cinco años, en varios pasos, de terapeuta adjunta a terapeuta jefa.

—¿Tal vez era mejor en mi trabajo porque era una adicta en fase de negación? —aventuré.

—Sí, claro… —Nola no iba a aceptar eso.

—Mi pasado no es el que yo creía que era. —Estaba tratando de concretar mi miedo—. Esta nueva certeza, ¿va a influir en el presente?

—¿En qué sentido?

Busqué con cuidado las palabras adecuadas, tratando de reunir mis emociones de manera precisa.

—Siento un enorme alivio porque Luke no me culpe por lo de Yara. Pero también estoy muy triste.

—De eso no cabe duda, se trata de algo importante. Pero ya ha pasado y has sobrevivido. Tus sentimientos solo tienen que ponerse al día con los hechos. —Y prosiguió—: Ahora, escúchame. Dos cosas importantes, Rachel. Arregla las cosas con Luke. Y mantén a Quin al tanto de todo.

—De acuerdo. —Un inesperado temor me dejó paralizada: ¿y si Luke ya había vuelto a Denver?

En cuanto dejé a Nola, le envié un mensaje de texto:

> ¿Sigues en Irlanda?

Me contestó al instante:

> ¿Puedo llamarte ahora?
>
> Sí.

Me sonó el teléfono en la mano.

—¿Luke? —respondí.

—Hola —dijo él. Una pausa—. Sigo aquí.

Me invadió un alivio intenso.

—¿Crees que…? ¿Podríamos quedar? ¿Podemos hablar?

—… Claro. ¿Ahora?

—Esta noche no puedo, lo siento. ¿Qué tal mañana?

—Después de las dos, me va bien a cualquier hora. Devin va a pasar la tarde con mi padre y yo estaré vagueando.

—Puedo salir de trabajar a eso de las cinco y media. —Desde que los relojes se habían adelantado, las tardes eran de repente mucho más luminosas—. ¿Puedes venir a Wicklow? Iremos a Morrigan’s, está abierto hasta las siete.

—¿Morrigan’s?

—Una cafetería cerca de mi casa. Está al lado de un pequeño río. Un secreto que solo los lugareños conocen. Te pasaré la ubicación. Puedo estar contigo sobre las seis menos diez más o menos.

A continuación, llamé a Claire.

—Salgo ahora de ver a Nola. Quedamos en mi casa dentro de cuarenta minutos.

—No fue en plan divertido sexy. —Claire no me miró a los ojos—. No fue nada parecido a una fantasía. Todo era demasiado real. Oye, ¿puedes escuchar esto?

—Pues claro. —Era más fácil participar en el examen de conciencia de Claire que en el mío propio—. ¿Por qué no abrazas a Crunchie? Es muy reconfortante.

—Estoy decepcionada conmigo misma. —Claire ignoró el ofrecimiento de mi perra—. Pensaba que estaba más evolucionada que esto. En realidad estaba celosa. De que a Adam… le gustara… —Carraspeó—. De que le gustaran otras personas.

—Pero eso no es… anormal.

—Verlo con otra persona… con otras dos personas… —Guardó silencio. Y luego prosiguió—: En fin. Tengo que contarte una cosa. Todos estábamos llevándonos bien… genial. Todo el mundo estaba disfrutando. Entoooonces quedó claro que a Piet le gustaba más Adam que yo. Y… Beatriz estaba más interesada en Adam que en mí. No sé muy bien qué pasó, simplemente se volvió extraño y yo me quedé… fuera. —Tragó con fuerza, tratando de no llorar.

—Pero eso es terrible, Claire. ¡Se supone que no tiene que ocurrir, se supone que debe ser equitativo! O al menos que sea con tu consentimiento.

—Rachel, estoy avergonzada. Se suponía que los cuatro íbamos a discutirlo después, para comprobar que nos sentíamos seguros, atendidos y todo eso, pero me marché antes. Cogí las llaves del coche. Adam seguía durmiendo. Llegó a casa cinco horas más tarde en taxi.

—Y… ¿qué le pareció la experiencia?

—¿A Adam? Oh, Adam se lo pasó en grande. Adam quiere repetir.

Eran más de las once cuando Claire se marchó. Llamé a Quin, pero su teléfono estaba apagado y no tenía sentido dejar un mensaje.

Era hora de ir a dormir, pero me daba miedo quedarme tumbada a oscuras, dándole vueltas a la cabeza. En un último intento de calmarme, probé a meditar durante quince minutos. Crunchie se apuntó, pero no funcionó para ninguna de las dos. Estaba demasiado alterada. ¿Y Crunchie? Bueno, Crunchie, aunque bienintencionada, era solo una perra.

OceanofPDF.com

75

—Hace seis semanas pensaba que estabais locos de remate. —Trassa se había subido a una silla de la cocina y, tambaleándose un poco, contempló la habitación repleta de caras sonrientes—. Solo había venido para que mi hijo pagara mis deudas. Pero, gracias a Rachel y a todos los de mi grupo, ahora sé que soy adicta al juego.

Lowry la miró con los ojos entornados, divertido y desdeñoso.

—Se me rompió el corazón, de verdad que sí, al ver que tenía que dejarlo. Pero me había convertido en una prisionera. Y ahora, a los sesenta y ocho años, por fin soy libre. —Recibieron sus palabras con gritos y vítores—. Tengo que trabajar mucho en mí y recuperar la confianza de mi familia; no será fácil, pero lo haré paso a paso. Ahora veamos si puedo bajar de esta silla sin dar un espectáculo. ¡Chalkie! ¡Dennis!

Ayudaron a Trassa a volver a tierra firme en medio de un caluroso aplauso. Mientras todos los demás se abalanzaban sobre la tarta, Trassa se acercó a mí.

—Gracias por hacerme esa pregunta. —Le temblaba la boca—. Ya sabes… aquel día.

—No, no, gracias a ti. —Jamás sabría lo agradecida que le estaba porque, a pesar de mi recaída, había sido capaz de ayudarla.

»¿Irás a las reuniones de manera regular? —pregunté—. ¿Trabarás amistad con otras personas en recuperación? ¿Asumirás un compromiso de servir y buscarás algún tipo de poder superior?

—Lo haré. —Asintió de forma enérgica—. Por supuesto que lo haré.

Había dejado que todo eso se desvaneciera en los días y semanas posteriores a la muerte de Yara. No era de extrañar que las cosas se hubieran torcido.

—Has sido muy valiente —le dije.

Nos dimos un fuerte abrazo y luego tuve que marcharme, para intentar arreglar las cosas con Luke.

Eran casi las seis cuando, siguiendo el arroyo y su murmullo, emergí de entre los árboles de Morrigan's. Luke estaba en un banco de madera, iluminado por la luz del sol. Las sombras proyectadas por las ramas se movían sobre la mesa.

Se levantó al verme.

—Siento llegar tarde. —Estaba muy nerviosa; impaciente, aunque temerosa de admitir mis fallos—. El trabajo.

—No pasa nada. —De hecho, esbozó una sonrisa—. Esto es precioso. Es tranquilo. Siéntate. Asegúrate de que te dé el sol.

—Julio al sol, enero a la sombra —contesté.

—¿Qué te apetece? —Señaló el interior de la cafetería—. ¿Té de menta? ¿Algo de comer?

Me protegí los ojos para mirarle. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa blanca holgada a la que parecía faltarle la mitad de los botones.

—Solo un té de menta.

La angustia, la furia y la pena de nuestra última conversación delante de mi casa parecían haberse esfumado.

«Va a ir bien».

Una taza y un plato llegaron a la mesa.

—Te he traído una porción de rocky road. —Volvió a ocupar su sitio frente a mí.

«De acuerdo. Vamos allá».

—Luke, quiero disculparme. Lo que quiero decir es que me estoy disculpando de verdad. Lo siento de veras. Ahora lo entiendo. Recaí, con toda la deshonestidad que conlleva. Fue un infierno para ti.

Parecía un tanto aturdido.

—Oh, entiendo… Yo, eh, gracias…

—Yo tuve la culpa —dije—. Que te fueras… La culpa fue solo mía. Pero no me había dado cuenta hasta hoy. Con sinceridad, pensé que, como

las pastillas me las había recetado un médico, estaba justificado. —Luke guardaba silencio mientras escuchaba con atención—. Yo conocía los hechos. Los conocía, Luke. Pero la imagen que conformaban no era un problema: mi bebé había muerto y yo no podía dormir. Pensé que tomar las pastillas era algo temporal. Que dejaría de hacerlo cuando la pérdida fuera más soportable. Creía de verdad que era una elección… Parece una locura, pero nunca lo consideré una recaída.

—Aaah, vale, dame solo un… —Tomó aire una vez. Luego otra—. Hace tanto tiempo que esperaba escuchar esto y ahora no sé qué decir… Vale, responde a una cosa: ¿por qué creías que te había dejado?

—Pensaba que me culpabas por lo de Yara.

—¿Cómo pudiste…?

—Porque yo me culpaba, Luke.

—Madre mía. Vale. —Siguió una larga pausa—. Lo cierto es que yo también lo siento —añadió finalmente—. Fui demasiado duro contigo. Cuando me marché, estaba muy enfadado y muy dolido porque habías elegido las drogas antes que a mí. Pero había olvidado lo poderosa que es la adicción. Al cabo de un año… o quizá más… el tiempo suficiente para tomar distancia, empecé a preguntarme si habría manejado las cosas de otra forma de no haber estado tan destrozado por lo de Yara.

¿Oh?

—Los dos primeros años en Denver bebía demasiado. Entonces dejó de funcionar, no me aliviaba para nada. Recuerdo que una noche pensé que daría cualquier cosa para que esto parara. En ese momento tendría que haber comprendido cómo había sido para ti. Estabas sufriendo, había algo que aliviaba tu sufrimiento y lo tomabas.

—No. Estás siendo demasiado amable. Y te creo sobre Mia…

—Jamás habría hecho eso. Ya sabes cómo era. Tan… no sé… tan cuadriculado.

—Yo diría «estable», Luke. O «leal». Eras un hombre decente. —Sentía el corazón maltrecho y dolorido—. Lo siento, Luke, éramos felices y lo estropeé todo.

—Aun así, nuestro bebé había muerto. —Negó con la cabeza con suavidad—. Nada podía arreglar eso.

—Quizá podríamos haberlo superado. La gente lo hace. —Me callé porque no servía de nada pensar así.

Él meneó la cabeza de nuevo.

—Hay que afrontar las cosas según se presentan. —Al cabo de un silencio prolongado, Luke preguntó—: ¿Cómo estás ahora? ¿Ahora mismo?

—Creo que sigo en estado de *shock*. Juro por Dios que en todo este tiempo jamás pensé que estuviera equivocada. Antes del funeral de tu madre tenía una buena vida. Ahora está patas arriba, ¿sabes? Resulta desconcertante estar abatida por una época que ya he superado.

Asintió con la cabeza.

—Pero todo se arreglará —dije—. Y a la gente le pasan cosas peores. Mucho peores. Por ejemplo, nunca dejaré de estar triste por Yara, pero ahora puedo vivir con ello. ¿Y tú?

—Lo mismo. Ya no estoy enfadado contigo; es de gran ayuda saber que tu versión de la realidad coincide con la mía. Aunque no llegamos a conocer a Yara, sigo estando muy agradecido por ella.

—Oh, Dios, yo también. —Se me quebró la voz—. Nunca cambiaría eso.

—Y siempre me alegraré de que tú y yo estuviéramos juntos. —Su voz era ronca—. Fuiste el amor de mi vida.

Se me cortó la respiración.

—Y tú fuiste el mío.

—Pero aún nos queda mucha vida por delante. Todavía somos jóvenes. Más o menos. —Con una sonrisa deslumbrante, añadió—: Habrá otros amores de nuestras vidas.

Asentí con la cabeza, impresionada por su sabiduría, por nuestra sabiduría, por nuestra madura perspectiva.

—¿Rachel? —Su tono cambió—. ¿Qué te llevó a dejar de tomar pastillas?

—Sé que puede parecer una locura, pero creo que fue Yara… —Me encogí de hombros, casi avergonzada—. Creo que ella quería que lo hiciera. Una buena mañana, como dos meses después de que te fueras, vi un arcoíris. Fue más que eso, fue casi como si el arcoíris entrara en nuestro apartamento: los colores se reflejaban en el suelo de nuestra habitación.

¿Recuerdas que en la fiesta de tu padre te dije que siempre había pensado que los arcoíris eran mensajes de Yara…?

—Lo recuerdo. —Parecía triste—. Pero ¿has olvidado que habíamos hablado de ella, de los arcoíris, una semana antes de que… antes de que… me fuera? Los había visto, estaba seguro de que eran señales, mensajes, como quieras llamarlos. Tú y yo estábamos… hablando sobre tus pastillas, cuando un arcoíris apareció al otro lado de la ventana de la cocina. Te conté mi teoría, te gustó y dijiste que ibas a dejar de tomarlas. Estaba convencido de que estarías bien, de que estaríamos bien. Pero entonces tú…

… seguí tomando pastillas. Lo recordé y me arrepentí.

—Oye —repuso—. No pasa nada. Para ya. Por favor.

El sol estaba bajo en el cielo; el calor del día se había desvanecido de golpe. Me froté los brazos, deseando haberme puesto algo más que una camiseta y unos vaqueros.

—¿Sabes que tu madre me ha invitado a su fiesta sorpresa? —dijo Luke —. ¿Y bien? ¿Nos vemos allí?

—Aaah, estaba pensando en no ir…

—¿Qué? ¿Por qué?

—La idea de que todas mis tías se rían de mí porque te marchaste…

—Oye, pues no voy.

Me lo pensé.

—Puedes venir. No pasa nada, no me siento tan… humillada. Tuviste que dejarme, aunque no pienso explicárselo a la tía Imelda.

—No voy a ir si vosotros no vais. Quin y tú.

—Genial. —Sin duda Quin y yo estaremos bien de nuevo para entonces, ¿no?—. Allí estaremos. —Morrigan’s estaba cerrando—. Hora de marcharnos.

Luke cogió su chaqueta y nos pusimos de pie.

—He venido en moto —dijo—. Está en el camino.

—Yo he venido andando.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó mientras volvíamos a salir entre los árboles.

—Reunión del comité para la fiesta de mi madre. La última antes de la gran noche. Oye, Luke, ¿puedo preguntarte una cosa? —dije—. Cuando

Joey llamó para contarme lo de tu madre, ¿lo hizo por iniciativa propia o…?

—Se lo pedí yo.

—¿Por qué?

Se quedó mirando a media distancia.

—Porque incluso cuando más furioso estaba, nunca dejé de querer que estuvieras bien. —Se quedó callado—. Ahora voy a decirte una cosa y puede que te… Esto es espeluznante. Una especie de acoso. Pero le pedí a Joey que te echara un ojo.

—¿Que me echara un ojo?

—Sí. Bueno. Necesitaba saber que estabas bien. Que seguías viva, más bien. No los pequeños detalles, no estoy tan mal de la cabeza. Sino las cosas importantes, como que te mudaste a Irlanda. Que conseguiste un trabajo en The Cloisters… de lo que deduje que estabas limpia de nuevo.

Una maraña de emociones se apoderó de mí: humillación, profundo interés, indignación y, de nuevo, interés. Así que ¿todavía le importaba?

—¿Cómo lo hizo Joey?

—Mediante Instagram, sobre todo.

Bueno, eso le había costado lo suyo. Apenas había publicado nada durante un par de años después de que Luke se marchara. Incluso entonces, alrededor del noventa por ciento de mi contenido era sobre Crunchie siendo adorable.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté.

—Porque te quería. Eso no terminó de golpe y porrazo. —Después de titubear, añadió—: Sabía lo de Quin. —Tenía una expresión traviesa—. Eso sí que fue duro. ¿Qué? ¿Acaso no era lo bastante machote para ti?

—Mira quién fue a hablar. Kallie y tú.

—Sí, fíjate. —Sonrió—. Hemos sobrevivido. Hemos reconstruido nuestras vidas. Después de lo que perdimos, deberíamos estar orgullosos. Como mínimo, agradecidos.

Llegamos hasta su moto y nos detuvimos.

—Me voy por ahí. —Señalé un desvío de la carretera—. Hay un atajo campo a través. Luke, ¿crees que podríamos intentar ser amigos? ¿Aunque solo sea para hablar una vez al año, en el aniversario de Yara?

—Claro. Por supuesto. Podríamos intentarlo.

Me acordé de otra pregunta a la que quería dar respuesta.

—Luke, la otra noche en mi casa… ¿Cuándo fue, el jueves…? ¿Por qué dijiste que ibas a entrar y te marchaste de inmediato? ¿Qué me perdí?

—No dije que fuera a entrar, dije que me gustaría.

—¿Qué?

—Dedúcelo, Rachel.

—¿Que lo deduzca? —Volví a repasar la frase en mi cabeza.

«Oh. ¿En serio?».

Apenas podía hablar.

—Pero…

—Mi madre murió hace menos de un mes. El pasado, el presente, está todo mezclado en mi cabeza. Estoy hecho un lío, cariño. —Se detuvo, avergonzado—. Viejas costumbres. Siento haberte llamado…

—Cariño. —Esa única palabra trajo una multitud.

—Eso. —Tomó aire—. Rachel, tienes que saber que, aunque estaba muy enfadado cuando me fui de Nueva York, aquello pronto se convirtió en culpa. Y, Dios, cuánto te echaba de menos.

—Luke…

El ambiente se tensó de repente.

Parpadeé en un intento de romper la tensión.

Sus ojos estaban fijos en los míos. Entre nosotros bullía la irresistible atracción que una vez habíamos compartido, poderosa y familiar.

No quería eso, pues era peligroso. Pero reaccioné como hacía en el pasado.

Me sorprendió al deslizar la mano alrededor de mi cintura, su dedo índice bajo mi camiseta, sobre la piel desnuda por encima de mis vaqueros. Nuestros cuerpos se tocaron con un único y fluido movimiento.

Abrumada por la intensidad de mi repentino deseo por él, observé su rostro en busca de pistas sobre lo que debía hacer. Para mi incredulidad, sentí que empezaba a ponerse duro contra mí. Me sostuvo la mirada; él sabía que yo lo sabía. Casi sofocada por tanta intimidad, dejé de respirar.

—¡Joder! —Dio un paso atrás y se apartó de mí—. Rachel, lo siento. Lo olvidé, yo…

—No pasa nada —logré decir, aturdida, rechazada.

Estaba respirando de nuevo, y el oxígeno no me llegaba lo bastante rápido, tuve que luchar contra el impulso de jadear.

—Por un momento… —ya podía mirarme—, me he sentido confuso. —Con una risa incómoda, añadió—: No soy capaz de controlarme contigo. Y sin Kallie aquí…

¿Qué… significaba eso? ¿Que porque no estaba allí Kallie para tirársela, cualquiera le servía? ¿Incluso alguien tan repulsivo como su exesposa drogadicta?

Me quedé pasmada.

—Me voy ya.

Parecía que le había pillado por sorpresa.

—Uh. Claro, sí. Cuídate…

Cabrón.

Maldito cabrón.

Atravesé el campo a paso rápido, tratando de poner distancia entre ese desgraciado y yo.

Madre mía, había cambiado. Antes era un buen hombre, pero en ese momento era…

—¡Rachel!

Me giré. Su silueta se aproximaba en medio de la noche que avanzaba.

—¿Qué? —Mi tono era cortante.

—Lo siento. —Le faltaba el aire—. No quería que sonara así. Como si dijera que, si Kallie no está aquí para… ocuparse de mí, soy un incordio que se tiraría cualquier cosa. —Yo seguía esperando una explicación—. Al estar en Irlanda, al verte, parece que no haya pasado el tiempo. Soy un desastre. Kallie me mantenía anclado a la vida que tengo ahora. Pero desde que ha regresado estoy… Tengo un montón de emociones, la mayoría del pasado, aunque parece que acaben de surgir. Estoy confuso y no debería haberte tocado… Lo siento mucho.

—No pasa nada. De verdad. —Lo decía en serio. Me había afectado tanto como a él. Hasta tal punto que tuve que alejarme de él—. No te

preocupes. Nos vemos el sábado.

—Vale, nos vemos… ¡Oye! ¿Vas muy lejos? —preguntó. Yo me giré una vez más hacia él—. Casi es de noche —explicó—. Aquí fuera está oscuro. Ven conmigo y te llevo a casa en la moto.

No. Después de lo que acababa de ocurrir, estaba asustada.

—No es necesario.

—Pues te acompaño a pie.

—Pero ¿cómo vas a volver a por la moto? —Y añadí—: Vale. Es más fácil acceder que pasar quince minutos discutiendo a oscuras en medio de un campo.

Luke se rio con sincero regocijo. Me sorprendió escucharlo tan alegre, aunque tal vez no debería haberlo hecho, ya que en otro tiempo él había sido así.

Insistió en que me pusiera su casco cuando llegamos a la moto. Una vez más, fue más fácil seguirle la corriente. Me sentía dividida; desesperada por él, pero aterrorizada por mi deseo. Cuanto antes me subiera a la moto, antes podría bajarme.

Él se montó primero, pasando la pierna con facilidad por encima, y yo me subí detrás de él.

—¿Ya? Agárrate fuerte. —Quitó la pata de cabra y nos pusimos en marcha.

Le rodeé la cintura con cuidado y recorrimos las estrechas carreteras de forma veloz, hasta que un brusco giro me apretó contra él. Resultaba muy difícil resistirse al calor de su cuerpo y me permití relajarme, apoyándome contra su espalda e inspirando el olor del cuero.

«Si bajaba la mano unos diez centímetros, podría ahuecarla sobre su…».

Una imagen gráfica surgió de la nada en mi cabeza. La idea, un recuerdo real, de que se pusiera duro en mi mano me hizo estremecer, después hizo que me sintiera muy avergonzada y, a continuación, que mi temor aumentara todavía más.

Desear aquello, a él, era demasiado complicado. Todavía estaba lidiando con los daños del pasado. Si empezaba a desearlo de nuevo, también arruinaría el presente.

Frente a mi casa, él se quedó en la moto, con los pies en el suelo y el motor todavía en marcha. Me desaté el casco con torpeza.

—Gracias por traerme. Nos vemos el sábado.

Los movimientos de sus manos al abrocharse el cierre del casco me tenían un tanto cautivada.

—Adiós —dijo, moviendo los labios, con una sonrisa que no entendí, y en cuanto se fue lo eché de menos.

Crunchie me esperaba junto a la puerta y, en vez de recibirme con sus desenfrenados y alegres ladridos, lo hizo con una amabilidad inquisitiva.

—Estoy hecha polvo —le dije.

«Era de esperar».

—Me siento como si hubiera engañado a Quin.

«Tener pensamientos fortuitos sobre las "partes" de Luke no es engañar».

—Pero ¿qué pasa con el engaño emocional?

«No estás haciendo nada de eso. Algunos de tus viejos sentimientos se han mezclado con otros más actuales. La confusión es comprensible, pero no hay de qué preocuparse».

—¿Estás segura de eso?

«Sí. Bueno, casi segura. Es evidente que no puedo saberlo con certeza. No soy Esther Perel, solo soy una perra».

Después de dar de comer a Crunchie, eché un vistazo a mis plantas de semillero y finalmente subí las escaleras. Tenía que ponerme en marcha, pues la reunión del comité estaba prevista para las ocho y media y ya eran casi las ocho. En lugar de eso, cerré la puerta del dormitorio, me quité las zapatillas y me tumbé en la cama, pensando en Luke.

Sabía que no debía, pero el anhelo por él colmaba mi cuerpo.

Posé una mano en mi cintura y fingí que era suya. Y que no se había detenido cuando lo hizo.

Comportarme así era una locura, solo empeoraría las cosas, las haría reales. Pero los sentimientos eran demasiado intensos.

Hasta que, haciendo que cada nervio de mi cuerpo se encendiera, mi móvil sonó con un mensaje.

De él.

No puedo dejar de pensar en ti.

La euforia me paralizó al verlo. Leí y releí las siete breves palabras, sorprendida y agradecida. Entonces el texto desapareció. Desapareció… sin más. Pulsé el botón de actualizar como una loca, tratando de encontrarlo. No lo encontré. Se había esfumado.

Sin poder contenerme, escribí:

¿Acabas de enviarme un mensaje?

Lo siento. Era para Kal.

Dejé el teléfono en la cama muy despacio y me acurruqué de lado. «Soy patética. Patética hasta decir basta».

Momentos después empezó a sonarme el móvil; era él.

—Siento lo del mensaje —dijo—. Soy muy torpe. Oye, quería decirte que el vuelo está reservado, me voy a casa el domingo.

—Vale. —Eso me molestó de un modo absurdo.

—El sábado es la misa del mes por el fallecimiento de mi madre. Me quedaré para la fiesta de tu madre el sábado por la noche y luego volaré de vuelta el domingo.

—Es lógico —me obligué a responder—. Gracias por contármelo. No tenías por qué hacerlo.

—Ya. Pero lo he hecho. Bueno, quería hacerlo. Vamos a intentar ser amigos, ¿no? Bueno, ¿somos amigos?

—Claro. —No sabía lo que éramos.

Debió de captar mi desolación, porque su tono cambió al de «animemos a la pobre boba».

—¡Oye! ¿Qué tal si tú y yo salimos el sábado? Podríamos ir a dar un paseo. Os veré a ti y a Quin en la fiesta, pero será una locura. Allí no hay ocasión para charlar. Pero ¿el sábado? Cuando quieras, solo tú y yo.

Todo sonaba muuuy a «pobrecita Rachel».

—Es muy amable por tu parte, pero el sábado voy a tener mucho lío. Mi madre, Anna, Angelo, todo el mundo, ya sabes. —Me obligué a reír.

—Genial, genial. —Parecía tan indiferente—. Oye, ¿qué debería regalarle a tu madre?

—Dios, no sé… —Y con una risita nerviosa, dije—: Una foto tuya.

Se produjo un momento de silencio antes de que hablara.

—El Night Repair de Estée Lauder. —Decidió comportarse como si yo no hubiera estado muy rara—. Eso era lo que mi madre pedía siempre. Así que… eh… nos vemos allí.

OceanofPDF.com

76

Se podían decir muchas cosas de Claire, pero sin duda era organizada. A pesar de su contratiempo con el intercambio de parejas, estuvo pendiente de todos los detalles de la fiesta de mamá. Todas las tareas estaban asignadas, y además había una persona de apoyo, por si la primera sufría un ataque de nervios.

Había una hoja de cálculo y múltiples líneas de tiempo paralelas.

Los teléfonos de la gente estaban programados para emitir un pitido y recordarles que tenían que…

Salir de casa.

Comer algo.

Gritar ¡SORPRESA!

Llegaba veinte minutos tarde cuando mi padre me recibió en la puerta principal.

—Siempre llegas puntual —dijo—. ¿Por qué te has retrasado?

—He ido a tomar algo con Luke —respondí, demasiado abrumada para mentir—. Me ha afectado.

—Oh, tranquila. —Me dio una palmadita en la espalda de forma titubeante—. Ya, ya, ya. Ya, ya, ya.

—¿Ese cabrón de Costello? —espetó Helen—. ¿Adónde habéis ido?

—A Morrigan’s. —Me paré en la puerta del salón. Estaban todas allí.

—¿Y bien? —preguntó Helen—. ¿Qué habéis hecho?

—Le he hecho una paja junto al arroyo.

—¿Es necesario? —preguntó mi madre.

La respuesta era que sí. Actuar de manera esquiva era lo peor que podías hacer con esa panda. Si inventaba un escenario escandaloso, era mucho más probable que perdieran el interés.

—¿Estás bien? —preguntó Margaret.

—No, pero lo estaré.

—¿Tienes auriculares con cancelación de ruido? JJ necesita un par.

—Sí que tengo. Se los llevaré mañana después del trabajo.

—Ahora que has resuelto las necesidades de auriculares de tu hijo… —Claire estaba un poco resentida y no era justo que se desquitara con Margaret, pero ¿cuándo eran racionales las emociones?—, este es el plan para el sábado. A las 15.00 llegaré al SugarLoaf Inn…

—Horas —apuntó Helen, que estaba tumbada en el suelo—. A las 15.00 horas.

—A las tres de la tarde —replicó Claire—, acompañada de Francesca, Luka, Molly y… —apenas vaciló al pronunciar su nombre—, Adam, llegaré al hotel. Allí me reuniré con Kate y con Devin, y nos registraremos todos. —Aunque el SugarLoaf Inn estaba a solo veinte kilómetros del centro de Dublín, mucha gente se quedaba a pasar la noche, así podían beber en la barra libre hasta caer en coma, sin preocuparse por llegar a casa —. Después de coger fuerzas con una copa de champán, me uniré a tu marido y a tus hijos —señaló a Margaret—, y adornaremos la habitación. Eso significa que Holly y JJ inflarán los globos. Garv, junto con Luka, Devin y… Adam, decorará el techo con serpentinas. Estoy a cargo de asignar las mesas, el trabajo más importante; un movimiento en falso y podríamos enfrentarnos a un brote de grescas. Eso significa «peleas», pero seguro que lo adiviináis por el contexto…

—Las bolsas de regalos —intervino mamá.

—Enseguida llego a eso —repuso Claire con brusquedad—. Aproximadamente a las 17.15…

—¡Horas! —espetó Helen.

—A las cinco y cuarto, después de una comida ligera para llenar el estómago, llega el momento de peinarse y maquillarse, luego nos ponemos nuestras mejores galas.

—¿Las bolsas de regalos? —suplicó mi madre.

—¡Puedes esperar! A las 17.40… —Hizo una pausa y gritó—: ¡Horas! —El hecho de que Helen la hubiera desquiciado tan rápido era señal de lo poco en forma que estaba. Se tomó un momento para relajar el cuello y

cuadrar los hombros, y continuó—: A las 17.40 horas, Rachel recoge a Anna, a Angelo y las ochenta bolsas de regalos. Su hora de llegada son las 18.50… horas. Rachel hace la entrega y se va.

—Bueno, puede que me quede. Te aviso.

—Tal vez quieras darte prisa, ya que solo faltan tres días —repuso Helen.

—Puedo ocuparme —adujo Claire con aire sombrío—. Sí, la buena de Claire puede ocuparse de todo. De cualquier cosa. De cualquier puñetera cosa. ¡Claro! ¿Por dónde iba? Sí, vale, Anna y Angelo comprobarán la asignación de asientos, por si me he equivocado, cosa que nunca hago, pero ya conocemos la ley de Murphy. También me gustaría que Artie le echara un vistazo rápido cuando llegue. Se le dan bien los detalles.

—No es lo único que se le da bien —murmuró Helen, tumbada boca arriba.

La ignoramos. Solo decía esas cosas para angustiar a mamá.

—A las 19.00 horas, todos los invitados, incluidos Helen, Artie y la Mejor Amiga de Helen, Bella Devlin, se reunirán en la sala de fiestas y ensayarán unas cuantas veces el grito de ¡SORPRESA!

—¿Y si mis hermanas llegan tarde? —preguntó mamá con ansiedad—. ¿Y se pierden el ensayo?

—No llegarán tarde. —Claire se mostró confiada—. La gente mayor llega pronto a todo.

—Seguro que ya están haciendo cola en el aparcamiento —añadió Helen—. Y todavía faltan setenta horas.

—Y no tendrán champán hasta que demuestren que pueden hacerlo bien. —Claire soltó una carcajada—. Oh, allí estarán —aseveró—. A las 18.30 horas, Margaret recogerá a mamá y a papá. Cinco minutos después de salir del hotel, Margaret enviará un wasap, todo el mundo ocupará las posiciones que hemos ensayado, papá entrará con mamá y todos gritaremos: «¡Sorpresa!». ¡Y que empiece la juerga! —Ladeó una oreja—. ¿A quién le suena el móvil?

—A mí.

—¿Luke Costello el Ludita otra vez?

No. Era Quin, y no lo cogí. Un minuto después se oyó el aviso de un mensaje de voz.

«¿No me hablas? —Sonaba tímido—. Es justo. Verás… Se me ha pasado el enfado. Ven mañana. Cocino yo».

Helen me abordó cuando terminó la última reunión del comité.

—Quería ver cómo estabas.

—Yo…

—Oh, madre mía. —Podía verlo en mí—. ¿Costello?

—Sí. Yo… —No encontraba las palabras para transmitir lo mucho que lo deseaba.

Pero ella asintió. Lo entendió.

—Es lógico. Después de lo que habéis sufrido. Ese vínculo… —Exhaló un suspiro—. Supongo que es el adiós del Doctor Cuchador. Es una pena. Me caía bien. Él y sus regalos raros.

—¡No! No. Eso no es lo que yo… —Me detuve. No sabía lo que quería.

—Entonces ¿qué? ¿Una noche de sexo loco con Costello? ¿Dar carpetazo a todo el asunto? —Se encogió de hombros—. Podría funcionar. Y recuerda que, aunque se me da de pena mostrar compasión y empatía, puedes contar conmigo.

OceanofPDF.com

77

Siguió una noche de sueños lúcidos; una vívida sucesión de imágenes y sensaciones en la que estaba embarazada de Yara. «Pero ella había muerto». ¡No, estaba justo ahí, bajo mi mano, dentro de mi cuerpo todavía! Se movió, haciendo que me colocara de lado y todo estaba bien. «Gracias a Dios». De repente estaba dando a luz, el dolor era peor de lo que recordaba, pero era lo que me merecía. Oí el llanto de Luke, salvo que en realidad era Quin y… ¡Oh! ¡Había una caja llena de Ambien! Entonces Luke se fue y yo tenía frío y estaba sola. Sin embargo, había un hombre en la cama conmigo… ¿Quin? Debía de haber entrado con su llave. Pero ¿podría ser esto realmente un sueño? Al contraer los músculos, descubrí que sin duda había un hombre conmigo y dentro de mi cuerpo, y que quizá no era Quin, sino Luke. Ese pensamiento hizo que mi cuerpo, obediente, tuviera un orgasmo y no podía seguir haciendo eso, no con Luke y…

Me desperté de golpe, arrojada al día en una oleada de emociones poderosas, para darme cuenta de que Quin estaba intentando contactar por FaceTime.

Todavía atrapada en mis vívidos y agitados sueños, me temblaba el cuerpo. Incapaz de hablar con Quin, miré el iPad hasta que el ruido cesó. Poco después me envió un mensaje de texto:

> Ahora estoy preocupado. ¿Vienes a verme esta noche?

Si le respondía de inmediato, sabría que había ignorado su llamada. Pero no me parecía bien esperar… digamos… media hora, porque eso significaría que estábamos en el terreno de las mentiras.

Pero Quin y yo ya estábamos en lugares distintos, solo que él aún no lo sabía. ¿Cómo nos habíamos desviado tanto y tan rápido? Cogí mi teléfono y

tecleé deprisa:

Nos vemos a eso de las 7. Primer o tengo que llevarle unos auriculares a JJ. :-x

Después del trabajo me pasé por la bonita y tranquila casa de Margaret para llevar los auriculares. Había sido un día duro, que había pasado obsesionándome con Luke mientras los remordimientos respecto a Quin me destrozaban.

—¿Estás bien? —me preguntó—. Volver a ver a Luke, después de… todo…

Había tenido dos abortos hacía ya mucho tiempo, así que se hacía una idea de lo que había perdido.

—Estoy hecha trizas. —Fue un gran alivio poder soltarlo—. Anoche soñé que seguía embarazada. Ha pasado mucho tiempo de aquello. Y ahora… me siento atraída por Luke. Por decirlo de forma suave.

—No es ninguna sorpresa. —Margaret hizo una pausa—. A menos que haya envejecido muy mal. —Negué con la cabeza—. ¿Acaso no es normal querer conectar de nuevo de una manera física? —preguntó—. ¿Como si quisieras fingir que podrías tener otro bebé?

Eso era lo que me encantaba de Margaret: su fondo pragmático. Su teoría podía tener sentido. También absolvió parte de mi sentimiento de culpa respecto a Quin.

—Me gustaría pasar una noche con Luke —admití con tristeza—. Ni siquiera una noche entera; solo acostarme con él por última vez a modo de despedida.

Parecía preocupada.

—Pero recuerda que su madre acaba de morir y está vulnerable.

En eso tenía razón. Luke se había sentido avergonzado cuando me había tocado y su cuerpo había reaccionado de esa forma.

—Y tú también estás vulnerable.

De nuevo tenía razón. Yo era un desastre.

—Él no quiere. —Le conté lo del mensaje que me había enviado por error—. Kallie le importa de verdad.

—Y a ti te importa Quin. —Y añadió—: ¿No es así?

—Pero eso no me impide obsesionarme con Luke. Lo cual me da vergüenza. Pero él se va dentro de tres días, regresa a su vida real, y ahí se acabará todo, puede que nunca lo vuelva a ver. Me estoy volviendo loca porque mi ventana de oportunidad se está cerrando.

—Ni siquiera has hecho las comillas con los dedos al decir «ventana de oportunidad» —dijo Margaret—. Tienes que estar muy disgustada.

—Lo estoy. —Exhalé un profundo suspiro—. Y ahora voy a ver a Quin.

Por primera vez en más de un año, toqué el timbre de Quin en lugar de entrar sin llamar.

—¡Eres tú! —Estaba alegre, confiado, sonriente—. ¿Por qué no has utilizado tu llave? —Se acercó para besuquearme, y yo me alejé.

—Quin, tenemos que hablar.

Se le fue el color de la cara.

—¿De qué?

Me sentí como la peor persona del mundo.

—Te prometí que sería sincera…

Me señaló hacia la cocina, donde, como un sonámbulo, apagó la vitrocerámica.

—¿Tu exmarido?

Asentí con la cabeza.

—Ayer fuimos a tomar un café. ¿Sabes que siempre he pensado que él tuvo la culpa de nuestra ruptura? La culpa fue mía. Tener que reorganizar todos mis recuerdos, las historias que me he contado a mí misma, es confuso. —Me aclaré la garganta—. Quin, lo siento mucho, pero siento algo por él.

Se estremeció, como si le hubiera abofeteado.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Me importas mucho, Quin. Eres muy muy importante para mí. Pero Luke se va el domingo. Quiero ir a la fiesta de mamá porque él estará allí.

—Tenía entendido que tú y yo la íbamos a boicotear precisamente por él.

—Si va a estar allí, con toda mi familia, yo también quiero ir, como una especie de punto final, si es que tiene algún sentido. Puede ser el punto y

final a todo.

—Entonces ¿qué me estás pidiendo exactamente?

—Bueno… nada. Me pediste que fuera sincera y estoy tratando de serlo.

—¿Vas a actuar con respecto a esos «sentimientos» tuyos?

—Luke no querría.

—¿Y si quisiera? —Nos miramos fijamente. Quin advirtió qué quería yo—. De acuerdo. —Su voz carecía de toda inflexión—. ¿Te acostarías con él? —preguntó, y yo tomé aire. La respuesta era sí, pero verbalizarlo me parecía demasiado cruel—. Tu problema es que quieres retroceder en el tiempo —repuso—. Crees que si te acuestas con él puedes fingir que no lo jodiste todo en el pasado. Pero eso no cambiará nada. Solo joderá el presente.

No había nada que pudiera decir. Lo más seguro era que tuviera razón. Y aun así no era suficiente para saciar el deseo que habitaba en mí.

—¿Esto es por lo del lunes? —preguntó—. ¿Para vengarte de mí porque no quería verte? —Negué con la cabeza—. Está bien. —Parecía que había tomado una decisión—. Ve a la fiesta, arregla lo que tengas que arreglar. —Alzó las manos con gesto de frustración.

—¿Qué significa eso?

—¡Por el amor de Dios, Rachel! —Sus ojos estaban llenos de dolor—. No me lo pongas más difícil…

—¿Y si pasara algo? ¿Si yo…?

—No lo sé. —Me miró—. No tengo ni idea. Pero ahora mismo no quiero estar cerca de ti. ¿Puedes irte, por favor?

No podía culparle, pero estaba asustada y muy avergonzada.

—Claire, voy a ir a la fiesta. ¿Puedes ponerme en la misma mesa que a Luke?

—¿Va a venir Quin?

—No.

—Tengo preguntas.

—Y yo no tengo respuestas.

—Entendido. Pero ten cuidado.

¿Que tuviera cuidado yo? Mira quién habla…

OceanofPDF.com

78

—¿Qué es la *rúgula*? —La voz de mi madre reflejaba pánico.

—Rúcula.

—¿Qué es eso?

—Lechuga cara.

—¡Por el amor de Dios! Estamos en el supermercado tratando de conseguir las cosas de la lista de Anna…

—Y yo acabo de llegar al aeropuerto para recogerlos…

—Nunca debimos dejar que se fuera a Nueva York. Hubo un tiempo en que era feliz viviendo a base de cereales. Pero ahora se le ha subido a la cabeza, y tu padre y yo…

—Adiós.

Dado que Anna y Angelo siempre volaban en clase preferente, su avión apenas había aterrizado cuando se abrieron las puertas dobles de la sala de llegadas y salieron envueltos en discreto *glamour* de gran ciudad, con gafas oscuras, ropa deportiva de Loro Piana y elegantes maletas de Thom Browne.

—Ahí está. —Oí que decía Angelo.

—¡Rachel! —Anna se abalanzó sobre mí, y yo rodeé con mis brazos sus estrechas costillas y su suave y lujosa ropa—. Gracias por venir.

Me entraron ganas de decir: «Gracias por existir», pero conseguí mantener la compostura. De mis cuatro hermanas, Anna era la más dulce. Me había apoyado mucho en ella en los meses posteriores a la marcha de Luke. La quería y al verla entonces, con todo lo que había pasado con Luke, me entraron ganas de llorar.

Angelo se quitó las gafas de sol y me dio un beso en la frente, acorde con su aire de gurú sexy.

—El coche está a ocho mil kilómetros de distancia. —Estábamos muy lejos de Quin y de la terminal privada. Pero pensar en él era demasiado confuso y horrible, así que me obligué a parar.

—Oye, ¿llegaron ayer las bolsas de regalos a casa de mamá? —preguntó Anna.

Asentí con la cabeza. Había tres cajas gigantes con productos de cuidado de la piel en el suelo de la sala de estar; tapaban la luz del día.

—Tendremos que prepararlas más tarde.

—He oído que mi amigo Luke Costello viene a la fiesta —dijo Angelo mientras me dirigía a la M50.

—Sí.

—¿Y a ti qué te parece?

—Raro. —Ahí lo dejé.

—Vaya, vaya…

—¿Qué vas a llevar a mi fiesta? —Fue la primera pregunta de mamá a Anna—. ¡Póntelo para que lo veamos!

—¿Ahora? —preguntó Anna—. ¿En serio? ¿Ahora? ¿Cuando acabo de bajar de un avión?

—Sí. Buena chica. —Se volvió hacia papá—. Y tú ve a ponerte el traje nuevo.

—¿Tengo que…?

—Sí.

Anna se marchó y volvió ataviada con un traje beige muy elegante. Impresionante, de una forma tremendamente aburrida, para ser sincera. Era su estilo actual.

—Es de Alaïa —adujo—. Alquilado en Rent the Runway. En realidad no lo he comprado.

—¡Llevas demasiado tiempo en Nueva York! —la acusó mamá—. ¡Has aprendido a no derrochar!

—Estás muy guapa —dije.

—¿Yo estoy guapo? —preguntó mi padre, tímido con su nuevo traje.

—¡Estás cañón!

—No parece que valga la pena el gasto —repuso—. Habré muerto antes de amortizarlo.

—Pues póntelo mucho —le dije—. Para estar en casa, para ver la tele. O, por el contrario, no te mueras.

—Eso haré —contestó, y parecía satisfecho con su decisión—. No me moriré y ya está.

OceanofPDF.com

79

Volvió a sonarme el móvil: Francesca, por quincuagésima vez como mínimo, pidiendo una actualización de mi ubicación.

—¡Mamá se está volviendo loca! —La tenía en manos libres en el coche—. Quiere una prueba de vida de las bolsas de regalo.

—Estaremos con vosotros en diez minutos —contesté, con la esperanza de que fuera cierto. Esas carreteras eran más estrechas y tortuosas de lo que recordaba.

Al fondo se oía despotricar.

—Mamá dice que te diga que ya deberías estar aquí —añadió Francesca en tono de disculpa.

—Va tan rápido como puede —intervino Anna.

—Que todo el mundo se tranquilice. —Angelo estaba agachado en el asiento trasero con cincuenta de las bolsas de regalos—. Estas carreteras tienen muchas curvas. Llegaremos cuando lleguemos. ¡Mira qué bien! —exclamó cuando apareció el hotel en el horizonte—. ¡Ya lo tenemos a la vista! ¿Veis?, todo bien.

Me desvié de la carretera en busca de un lugar para aparcar y un par de personas, que parecían dos glamurosos pibones zombis, surgieron desde las sombras, preguntando a gritos por las bolsas de regalos.

Uno de los glamurosos pibones era Francesca, de diecisiete años. Estaba impresionante, con el cabello peinado hacia atrás de forma moderna y un vestido negro muy corto de Balmain, que era una obra maestra.

—¡Madre mía! —Miré con asombro sus hombreras arquitectónicas y sus piernas desnudas—. ¿El vestido es… auténtico?

Hizo un gesto de disculpa.

—Me ha obligado mamá. Rápido, las bolsas de regalos.

El otro glamuroso pibón era Molly, de piernas largas y elegante con un ajustadísimo vestido rojo de una sola manga.

—Tom Ford. —Otra mueca de disculpa—. Me ha obligado Claire.

Y ahí estaba la propia Claire, con un extraño vestido negro sobre un extraño sujetador amarillo verdoso y unos pantalones color marfil aún más extraños. Y, sin embargo, lo llevaba con tanta confianza que funcionaba.

—Estás…

—Gracias. Es de Supriya Lele. Casi me lleva a la quiebra. Pero no pude contenerme, fue literalmente como estar poseída. ¡Luka, ven y lleva estas cajas!

Luka, de quince años, tan larguirucho y delgado como un galgo inglés, corrió hacia el coche, vestido con un chándal oscuro y suave. Era evidente que Claire le había convencido para que se pusiera algo caro para la noche. ¿Qué podías hacer? Solo admirarla.

—Deja que te mire. —Claire me inspeccionó la cara, maquillada de forma profesional, las pestañas postizas (de aspecto muy natural, debo decir), el costoso secado del cabello, el fabuloso vestido verde oscuro, el esmalte de uñas negro y las sandalias de tacón alto. Exhaló un suspiro—. Eres una auténtica belleza.

Antes de que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, me deslizó su mano por el muslo.

—Claire —chillé—. Por el amor de…

Su mano se encontró con la piel desnuda y sus ojos con los míos.

—Te has decantado por las medias de ligero. ¿Y por qué?

—Yo…

—Está dentro, guapo a rabiar. Ha sido uno de los primeros en llegar. Cariño, te deseo mucha suerte y espero que consigas lo que necesites de esto. Vale, ¡vamos!

El ruido en la sala de recepción nos asaltó como un rugido. Estaban todos allí: las hermanas de mi madre, sus primos, sus amigos del golf, sus respectivos cónyuges. Por lo general, las mujeres vestían colores vivos y brillantes en tanto que sus cónyuges iban de traje en tonos sobrios, muchos de ellos apoyándose en bastones. Uno o dos incluso habían subido las piernas a las sillas.

—La temporada de prótesis de cadera acaba de terminar —dijo Claire, y luego se marchó, acompañada de Anna y de Angelo.

Adam me agarró.

—Alto ahí, señorita. —Inspeccionó mi atuendo—. Estás increíble. Ese vestido es de The Vampire's Wife, ¿verdad?

—¿Cómo…?

—¿Que cómo lo sé? De hacer las muchas muchas devoluciones de mi esposa a Net-a-Porter, Mytheresa, y… ¿cuál es la italiana? ¿Luisaviaroma? Eso es.

—Tú también estás increíble.

Adam solía tener un estilo clásico, pero nunca aburrido. Esa noche llevaba un traje oscuro, que a primera vista parecía discreto. Pero el corte era impecable, le quedaba perfecto, la tela tenía un tacto seductor y era probable que el conjunto entero hubiera costado un millón de euros.

—Está junto a la ventana. —Señaló con la cabeza al otro lado de la habitación, y allí estaba Luke, con una ligera sonrisa, ataviado con un abrigo negro de estilo marinero, con el cuello levantado. Rodeado por mis puñeteras tías—. Malhumorado y guapo. —Adam suspiró con fuerza—. Estoy seguro de que te has enterado del desastre de Piet y Beatriz —comentó, y yo asentí con la cabeza—. ¡Me dijo que mantuviera la mente abierta! —siseó Adam—. Solo lo hice porque ella quería.

—Pero se sintió marginada.

—¿Cómo voy a saber las reglas? Nadie lo explicó. Lo único que sabía era que ella dijo que, si no me divertía, se reiría de mí. Así que hice lo que me dijeron, me divertí y ahora está furiosa. Madre mía, se está quitando el abrigo.

Luke se estaba quitando el abrigo de los hombros, revelando unos vaqueros oscuros y una camisa negra ajustada.

—Muy… esbelto, ¿no? —preguntó Adam—. ¿Es esa la palabra adecuada?

No lo sabía, pero me dolía el corazón de lo mucho que lo deseaba.

—Te juro que parece que haya practicado eso del abrigo. He oído que últimamente monta a caballo. —Y agregó con resentimiento—: Menuda sorpresa. Si te soy sincero, Rachel… Bueno, tampoco es que me alegrara

cuando rompisteis, porque era majo antes de dejar de serlo… pero nunca me sentí cómodo con él. No entiendo su aspecto y no tenemos nada en común. Quin es mucho más mi tipo. —Miró a su alrededor—. ¿Dónde está?

—No ha venido.

Su mirada se dirigió a Luke y de nuevo a mí, luego exclamó:

—Joder, estás de coña. —Parecía muy preocupado—. ¿Por él? —Señaló con la cabeza a Luke.

—No. Bueno…

—No puedo —logró decir Adam—. De verdad que no puedo. —Vio a una camarera que pasaba con una bandeja de champán y se lanzó hacia ella —. Gracias —susurró, aceptando con gratitud una copa—. Es usted muy amable.

—¿Qué le pasa? —Helen había aparecido con un vestidito negro ajustado.

Junto a Helen estaba su Mejor Amiga, Bella Devlin.

—Bella —saludé—. Qué agradable… Estás… —no conseguía encontrar una palabra adecuada para describir su belleza de piel pálida—, preciosa.

Para ser exactos, parecía que Bella respirara el oxígeno más puro, que solo bebiera agua de glaciares que se habían fundido y que todos sus pensamientos fueran buenos y afectuosos.

—Rachel —Bella tomó mis manos entre las suyas; sus habilidades sociales eran impecables—, estás impresionante.

—Tú más. Estás total y absolutamente impresionante. —Tarde o temprano, suelo decepcionarme a mí misma cuando está ella—. Háblame de tu vestido. —Porque siempre había una historia. Bella Devlin nunca diría: «¿Este trapito? ¡Es de Karen Millen! De hace dos años. Tenía un desgarrón en el dobladillo, así que me descontaron veinte euros».

—Era el vestido de novia de mi madre —dijo Bella. Pues claro; el vestido era rojo y, aparte del cuello mandarín, supersoso—. Es de Dior —añadió—. Crepé de China. *Vintage*.

—Un *vintage vintage* —aclaró Helen—. Ya era *vintage* cuando Vonnie se casó. Así que ahora es *vintage* al cuadrado.

Apareció una camarera con otra bandeja con copas de champán, y Adam, que se había dedicado a beberse la copa que ya tenía, volvió a arremeter.

—¿Tiene algo sin alcohol? —le pregunté al camarero—. Agua del grifo está bien.

—Y para mí —añadió Bella. (Ella no bebía, aunque sus padres decían que podía hacerlo).

—Para mí no —agregó Helen—. Agua, por favor, pero la más elegante que tenga.

—Pues yo estoy encantado con el champán. —Artie, en vaqueros y con una camisa que habría agradecido un buen planchado, se había unido a nuestro grupo.

—Qué bien que te hayas puesto elegante, hermano —le dijo Adam a Artie.

—Cómo no —respondió este, con una sonrisa serena.

Artie era muy tranquilo. Imposible ponerle nervioso.

—Entonces ¿tres aguas? —preguntó la camarera.

—Uh… antes de que se vaya. —Adam se abalanzó sobre la bandeja con impaciencia—. Voy a coger otra copa para mí… porque bebo deprisa. ¡Hola, Anna! ¡Y Angelo! ¡Hola!

El pobre Adam se sentía casi tan incómodo con Angelo como con Luke.

—Alguien debería ir a hablar con Luke —me dijo Anna al oído—. Esto no puede ser fácil para él. Cuando digo «alguien», me refiero a ti, Rachel.

En realidad fue un alivio recibir la orden de acercarme a él. No me hacía tan patética como si lo hubiera decidido por mi cuenta. Aunque tampoco es que él fuera a saber eso.

—De acuerdo. Voy.

Nerviosa, me infiltré en el círculo de mis tías y me puse al lado de Luke.

—Hola —le dije.

Él se sobresaltó y se dio la vuelta.

—Hola. —Su cara pasó de la seriedad a una sonrisa dulce e inesperada —. Estás preciosa —dijo después de echar un vistazo rápido a mi vestido.

—No hace falta que te sorprendas tanto. —Y me apresuré a añadir—: Es una broma.

—¿Dónde está Quin?

—No ha venido.

—¿Está… bien?

—Yo… Es que… En realidad no sé…

No habló, solo se quedó mirándome con gesto preocupado.

Un cambio de energía desvió mi atención; ¡Kate y Devin! Kate con el vestido azul noche, de corpiño ceñido y estrecho con ballenas y voluminosa falda de tul; Devin con un traje de estilo ochentero del mismo color. Habían ido a juego y estaban deslumbrantes.

La gente se volvía para mirarlos mientras se movían por la sala, preguntándose por qué era tan cautivadora la pareja. «Oh, ya veo, son jóvenes y están enamorados. Bueno, qué cosa tan bonita de ver».

Luke frunció el ceño.

—¿Es… uno de tus vestidos? —Parecía apenado—. Recuerdo cuando solías…

—No, no, por favor —le pedí—. No nos pongamos tristes. Solo por esta noche.

—No sé si puedo. —Y añadió—: Vale, lo intentaré… ¡Angelo! ¡Amigo mío!

—¡Holaaa! —Con abrazos y palmadas en la espalda, Angelo se anexionó a Luke. En su día habían sido colegas.

—¡Y Anna! —Luke tomó los nudillos de Anna y los besó, luego se abrazaron.

De todas mis hermanas, Anna era la que mejor se llevaba con Luke, sin duda porque ambos habían vivido en Nueva York. Ah, y ahí estaba Claire, buscando su parte de la trama de los Costello.

El teléfono me sonó de pronto. ¡Mi madre estaba a cinco minutos de distancia!

Claire, Anna y Helen habían recibido el mismo mensaje y a todas nos entraron los nervios.

—A vuestros puestos, por favor —dijo Claire, que recorrió la sala agrupando a las tías en filas—. Las más altas al fondo. ¡Phyllis, Imelda! —Chasqueó los dedos—. Me refiero a vosotras.

—Los tíos políticos, Donagh, Dónall, Deaglán, Diarmuid y Daithí, de rodillas en la primera fila. Molly, Luka, ¡ayudadles a arrodillarse!

Mientras Molly y Luka intentaban desesperadamente engatusar a los artríticos octogenarios para que se arrodillaran, Francesca gritó, con voz de pánico:

—¡Se acaba el tiempo! Dad una patada a los bastones.

—Recordad. —Helen pasó revista a las tías como una sargento con sus reclutas—. Si alguna de vosotras no grita SORPRESA lo bastante alto, os quedaréis sin la bolsa de regalos de Nueva York, cada una con un valor de venta de más de trescientos euros. ¡Os estamos vigilando! —Y añadió—: Chisss. ¡Chis! Está fuera. Ya viene. Va a… ¡¡¡SORPRESA!!!

Los globos volaron, los silbatos sonaron y todo el mundo gritó con fuerza. Mi madre pareció sorprendida y encantada con suma credibilidad.

Después no pararon de preguntarle una y otra vez:

—¿De verdad no sospechabas nada?

—Nada de nada.

Mirando alrededor de la sala, busqué a Margaret, que, a pesar del papel vital que había desempeñado en ese drama, no recibía ningún agradecimiento. La encontré con Garv. Él le acariciaba el rostro con ternura mientras ella sonreía y jugueteaba con su corbata… y, francamente, estaba impresionante.

Llevaba el brillante cabello fresco y alborotado, pero ¡oh, madre mía, menudo vestido! El vestido de color piedra, que le llegaba por debajo de la rodilla, era aparentemente sencillo. Sin embargo, desde el suave movimiento de la falda hasta el escote pronunciado, que dejaba ver su clavícula, era perfecto.

—Margaret. —Tal vez no debería haber interrumpido la intimidad que se estaba produciendo, pero Garv y ella vivían juntos, qué narices, y podían compartir momentos así cuando quisieran—. Estás muy guapa.

Se giró hacia mí con su increíble cabello.

—¡Pero espera!

—¡Sí! —exclamó Garv—. ¡Tienes que ver la mejor parte!

—Mira. —Deslizó las manos por las caderas—. Tiene… bolsillos. —Se le congeló la sonrisa—. Oh. ¡Hola, Luke!

—Siento interrumpir… —Besó a Margaret en la mejilla de manera respetuosa y estrechó la mano de Garv—. Me alegro de veros a los dos. Solo quería felicitar a Margaret por traer a tu madre aquí. Y además a tiempo. No todo el mundo podría haber logrado algo así.

—Oh… eh… ya sabes…

Margaret ya se disponía a hacer autocrítica, pero Garv la interrumpió:

—Muy buena, Luke, no la felicitan lo suficiente. Por mi maravillosa esposa. —Alzó su copa.

Los demás comensales de mi mesa eran Anna y Angelo, Kate y Devin, la tía Dolores —la menos mala de las cinco hermanas de mamá— con su marido Daithí, y Luke.

Me sentaron entre Angelo y Devin, y justo enfrente de Luke, que estaba entre Kate y Anna.

Con una eficiencia sorprendente, nos sirvieron el primer plato… y rozaba lo comestible, que es mucho más de lo que suele conseguirse en una noche como esa. Pero cuando llegó la carne, no fue ninguna sorpresa que mi comida vegetariana no lo hiciera.

El camarero dijo que no sabía nada al respecto, pero que preguntaría.

—En serio —protestó Anna—. ¡Que no estás pidiendo polvo de hadas!

En la mesa no había ningún vegetariano más. Oh, más flexitarianos de los que cabría imaginar, todos reconociéndolo: «Yo como carne roja dos veces al año, y solo si ha sido alimentada con pasto, es orgánica y de origen local».

—Empezad —dije mientras sus cenas se enfriaban delante de ellos—. La mía no tardará en llegar.

Daithí y Dolores ya estaban atacando la suya. Devin y Angelo cogieron sus cuchillos con expresión vacilante.

—¿Seguro?

—Por supuesto. —Pero Kate, Anna y Luke se contuvieron—. Por favor —rogué—. Esto me hace sentir mal. —Al escudriñar la sala, me pareció ver a nuestro camarero en el extremo más alejado, pendiente de otras personas.

Todo el asunto era extrañamente humillante.

Luke se puso de pie y tiró su servilleta sobre la mesa.

—¿Es ese el tipo? —Señaló al hombre que había estado observando.

—Creo que sí…

—No te muevas de aquí.

Se abrió paso entre las mesas y sentí que ardía de deseo al observar el giro de su estrecha cintura. Cuando llegó al final de la sala, abordó al camarero y se puso a charlar con él, señalando hacia mí. A continuación, ambos se dirigieron a la puerta batiente que daba a la cocina y desaparecieron.

Estaba convencida de que no volvería a ver a ninguno de los dos.

Sin embargo, reaparecieron en un tiempo inesperadamente breve; el camarero con un plato que, con cierta ceremonia, llevó por la sala y colocó ante mí.

—Gracias —murmuré sin levantar la vista.

La amabilidad de Luke me pareció apabullante. Como si mi mal de amores fuera tan lastimoso que ir a buscar mi risotto fuera lo más caritativo.

Decidí que me largaría en cuanto fuera aceptable hacerlo. Me iría a casa y pasaría desapercibida, esperando a que todo se calmara, a que mis sentimientos volvieran a la normalidad, y, acto seguido, retomaría mi vida, que estaba bien antes de todo eso. Mejor que bien, en realidad. Buena, era buena. Aparte de la escasez de bolsos *vintage* de Chanel, no tenía ninguna queja.

Retiraron los platos de la cena en la mitad de tiempo y los sustituyeron por el postre con pan de oro. A continuación, mi padre se subió a un pequeño escenario, sujetando un micrófono con nerviosismo. Comenzó a dar las gracias a la gente, a un estratosférico número de personas, por hacer posible esa noche. Luego llegó el momento del discurso de mi madre, que tenía mucho en común con el largo discurso para ajustar cuentas del padre Ted cuando ganó el premio Clérigo de Oro. Y ya casi estábamos. Pronto todo el mundo estaría tan borracho que podría escabullirme sin que nadie se diera cuenta.

Me sorprendió un toque en el hombro; era Artie.

—Helen te necesita —me dijo al oído—. Está en el baño.

Me levanté con rapidez.

Helen estaba sola en el recargado baño de señoras, sentada en un puf de terciopelo rosa. Parecía llorosa, y Helen nunca lloraba.

—Rachel, no estoy embarazada.

—¿Creías que lo estabas?

—Sí. Se me ha retrasado la regla un solo día, pero, sí, eso creía.

—¿Es el primer mes que lo intentáis?

—Lo sé. Pero pensé… Tenía esperanzas. Puedes abrazarme si quieres.

La rodeé con los brazos con sumo cuidado y entonces sí se puso a llorar.

—Helen… —Me sentí impotente—. A mí me pasaba igual. Cada mes pensaba que por fin me había quedado. Y al final pasó.

Por la rigidez de su cuerpo, estaba claro que había recordado lo que había sucedido después.

—Eso no te va a pasar a ti —aduje.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. —Pero no lo sabía. No podía saberlo. Y me preocupaba que, si Helen no conseguía el resultado deseado, aquello pudiera desencadenar otro descenso a la oscuridad—. Tienes que recordar que intentar quedarse embarazada cuando no tienes dieciséis años es un maratón, no un esprint.

—Un maratón, no un esprint —repitió. Y añadió con una mirada displicente—: No puedo creer que acabes de decir eso.

No cabía duda de que ya estaba bien.

—Vamos, será mejor que volvamos fuera.

Esperaba que mi madre no hubiera notado nuestra ausencia. Pero, con su vista privilegiada desde el estrado, por supuesto que lo había hecho. Sus ojos láser me perforaron la espalda mientras me apresuraba a volver a mi mesa.

«¿Va todo bien?», me preguntó Luke moviendo los labios en silencio.

Avergonzada por su compasión, asentí con brusquedad y giré la cabeza.

Detrás de mi madre, un grupo musical de verdad, de carne y hueso, se estaba acomodando en el pequeño escenario. Cuando por fin cedió el micrófono, el líder de la banda anunció que iban a empezar con una serie de valses antiguos, lo que generó un auténtico goteo en la pista. Mi madre estaba allí con mi padre. El tío Donagh, exhibiendo sus nuevas rodillas,

tenía a la tía Phyllis agarrada. Imelda y Philomena bailaban juntas, y todos parecían alegres y joviales, lo que, a pesar de todo, me hizo sonreír.

Aunque algo ocurría con Claire y Adam. La vi tirarle de la corbata para darle un abrazo voraz. En la jerga de nuestros primos del pueblo, Claire le estaba «comiendo los morros». Devorándolo. Desde lejos se podría confundir con pasión, pero para mí estaba claro que era presa de una furia ciega. Si alguien pudiera morir por ser besuqueado, Adam habría sido hombre muerto.

Estaba a punto de levantarme e intervenir, cuando de repente Claire retiró su rostro del de Adam, lo apartó de un empujón y se alejó, para caer en manos de Anna y Angelo, que le prodigaron su preocupación.

Mientras tanto, en nuestra mesa, la tía Dolores estaba de pie, intentando sacar a su marido a bailar. Él se negó.

—Para. No.

—Daithí, baila conmigo, por favor.

—No quiero.

Roja de humillación, se sentó y se abalanzó sobre su vaso. Luke se levantó al instante de su silla y le tendió la mano.

—Vamos, Dolores, ¿por qué no les enseñamos cómo se hace?

—¿Quieres decir…? —A Dolores se le iluminó la cara—. ¡Bien, vamos!

En cuanto Luke la condujo al centro de la pista de baile, se oyeron unos cuantos silbidos soeces. De pronto, un pequeño grupo de tías, que tenían la desgracia de tener maridos reacios, se mostraron atentas e interesadas. Cuando Dolores quedó de cara a ellas en un giro y Luke no podía ver lo que estaba haciendo, agitó la lengua hacia su barbilla de forma sugerente.

¡Mamá los había visto! Recorrió una enorme cantidad de terreno a gran velocidad mientras seguía bailando el vals con mi padre y se metió a la fuerza, endosándole a Dolores a mi padre y alejándose con Luke.

—Soy la siguiente —oí que decía la tía Peggy, alisándose el vestido y avanzando con convicción.

De manera inesperada, varias tías y primas, incluso las que tenían maridos a los que les gustaba bailar, estaban formando una fila improvisada.

—Treinta segundos —dijo una voz—. Todo el mundo dispone de treinta segundos.

Parecía haber un acuerdo, y cuando el tiempo se agotaba, quitaban de en medio a su predecesora y se colocaban en los brazos de Luke para ocupar su lugar.

La tía Dolores regresó a nuestra mesa, vació su vaso de un trago agradecido y miró a su alrededor, buscando a una camarera con desesperación.

Me levanté.

—Te traeré una copa. —Luego vería cómo estaba Claire y me iría, decidí. No iba a pasar nada con Luke, era una ilusa por haber esperado lo contrario—. ¿Qué quieres?

—Un coñac grande —respondió ella—. Que me siente el estómago. Aunque no sé si volveré a estar bien.

Atravesando la pista de baile, de camino a la barra, Luke se lanzó en mi camino.

—Dos segundos, Imelda —pidió por encima del hombro. Y, a continuación, añadió para mí—: ¿Cuándo podré bailar contigo?

Eché un vistazo a la impaciente cola con tristeza.

—¡Ja! —Reí de manera forzada—. Me comerían viva.

—Rachel —dijo en voz baja—, baila conmigo.

Se me secó la boca.

De repente se quedó muy quieto, con sus oscuros ojos clavados en los míos.

—El mensaje del otro día era para ti. Me acobardé.

«Oh», formaron mis labios en silencio.

—La única mujer con la que quiero bailar eres tú —añadió.

Examiné su rostro durante largo rato. Hablaba muy en serio.

—Aquí no —dije, y se lo entregué a Imelda.

Diez minutos después, me acorraló.

Estaba de nuevo en la mesa, intentando por todos los medios concentrarme en una conversación con Angelo, cuando Luke apareció en la silla junto a la mía. No estaba ahí y, al segundo siguiente, sí. Me sobresalté al verlo.

—Entonces ¿dónde? —preguntó, con la mirada fija en mí.

—Luke, no debería haber dicho…

—¿Dónde?

Negué con la cabeza en silencio.

Él me miró fijamente.

Respiré de forma entrecortada.

—En mi casa. Ven a casa conmigo. Solo esta noche.

Luke asintió con la cabeza, su cara no delataba nada.

—Gracias.

«Conduce con cuidado —me recordé a mí misma otra vez—. Conduce con cuidado».

Las carreteras eran estrechas y oscuras en el campo. El faro de la moto de Luke, justo detrás de mi coche, me iluminaba el camino.

Éramos los dos únicos vehículos en la carretera.

Daba la impresión de que éramos los dos únicos vehículos del mundo.

Pensé en Quin, por supuesto que sí. Estaría muy dolido y puede que no sobreviviéramos, pero eso era algo inevitable. No se trataba exactamente de deseo, al menos no para mí, se trataba de decir un último adiós.

¿Y Kallie? No, no podía hacerme eso a mí misma. Kallie no era responsabilidad mía.

Las casas alrededor de la mía estaban a oscuras; todos dormían en sus camas. Vi a Luke apearse de la moto. Era inconfundible incluso en la oscuridad. Mientras se acercaba, me sentía como si estuviera soñando.

Entonces, de repente, volví a mi cuerpo. Eso era real.

Vaciló al llegar al círculo de luz que proyectaba la luz del porche.

—Rachel, ¿qué es esto?

—Aún no lo sé. ¿Y tú?

—Tampoco. Pero es algo…

Mi alivio fue breve.

—Luke, ¿qué pasa con Kallie?

Tomó aire.

—¿Qué pasa con Quin?

Nos observamos con tiento y llegamos a un acuerdo tácito: no era algo de lo que estar orgullosos, pero sabíamos lo que estábamos haciendo.

Crunchie ladró a Luke cuando entramos en la penumbra del pasillo, pero al cabo de un momento se tumbó boca arriba y mostró la barriga. Luke se arrodilló y la acarició, y luego levantó la vista, con esa mirada oscura tan familiar.

—¿Necesita salir?

—Benigno, el vecino, la ha sacado antes.

Crunchie intentaba lamerlo con ahínco. «Sí, yo también».

Pero bastaba de Crunchie. Silbé y señalé hacia la cocina.

—Lo siento —le susurré a su rostro apenado, cerré la puerta con firmeza, me di la vuelta… y me topé directamente con el calor del cuerpo de Luke.

Me apretó contra la pared, moviendo los pies, ajustando su postura para que sus caderas estuvieran a la altura de las mías. Enmarcó mi rostro entre sus dedos extendidos.

—Cariño —susurró contra mi boca.

Su aliento, sus labios, su calor, su dulzura… El alivio me inundó a medida que el beso se intensificaba, llenándome.

—Rachel —gruñó con su boca aún en la mía—, eres preciosa.

Desesperada por tocar su piel, le quité la chaqueta de los hombros. La prenda cayó al suelo y empecé a desabrocharle la camisa.

—Te deseaba tanto —murmuró—. Esta noche ha sido un infierno. —Nuestras manos forcejearon a la vez con sus botones—. Verte —dijo—. Desearte. Preocupado porque te fueras y…

Al separar el algodón oscuro y cálido de su cuerpo, su piel desprendió un fragante efluvio, un intenso aroma tan almizclado y dulce que me hizo gemir.

—Hueles a ti.

Luke se rio, y sus dientes brillaron en la penumbra.

—¿A quién voy a oler, si no?

—La noche que viniste, quejándote de Kate y de Devin, estabas diferente.

Se estremeció.

—Esa noche. Lo siento.

—No. Calla. —Acerqué su cabeza para besarlo de nuevo, enredando los dedos en sus rizos—. He echado de menos tu pelo —susurré.

—Yo he echado de menos todo de ti.

Acaricié la suave piel de su torso y deslicé el pulgar por la línea de sedoso vello oscuro que descendía desde su ombligo. Al llegar a la cintura, las yemas de mis dedos se dirigieron a la hebilla de su cinturón, y cuando los pasé por el metal rayado, le oí contener la respiración con brusquedad.

Levanté la vista hacia él, con repentina impaciencia. Tal vez Luke lo había entendido mal. ¿Tal vez lo había entendido mal yo?

—Oh, Dios, Rachel. —Su voz sonaba ronca—. No pares.

—Si esto es solo porque estás cachondo… Entonces no lo hagas. Por favor.

Sus manos se afanaban con algo mientras me sostenía la mirada. Oí el clic y el tintineo de su hebilla al abrirse. Cuando miré hacia abajo, vi que el cinturón estaba desabrochado, lo mismo que el botón superior.

—Soy tuyo. —Y añadió—: Si me deseas.

Podría haberme reído.

—¿Me deseas tú a mí?

Señaló su cuerpo, el grueso bulto ladeado hacia la derecha, bajo la cremallera.

—No tiene mucho sentido negarlo, ¿verdad?

Sentí la tibieza de su mano en mi muslo, que se introducía por debajo del vestido y ascendía. Se estremeció cuando las yemas de sus dedos tocaron la piel desnuda en la parte superior de mis ligas.

—Madre mía, Rachel. —Su voz sonaba ahogada—. ¿Podemos seguir con esto arriba?

Me dieron ganas de reírme. Me encantaba cuando decía ese tipo de cosas, cosas que rayaban en la cursilería.

En mi habitación, la lámpara emitía un suave resplandor. Tumbé a Luke en mi cama, sin camisa.

—Déjame hacer esto. Por favor. —Deslicé las manos por sus suaves hombros y por el revoltijo de plata y cuero trenzado alrededor de su cuello.

Lo desnudé con cuidado. Primero las botas y luego los vaqueros. Me observó con gran expectación, apoyado en los codos.

—Rachel —pronunció mi nombre con voz apremiante y grave, apretando los dientes—, ¿no podrías ir más rápido? Me muero.

—Esta será mi única oportunidad. Quiero recordarlo todo. —Le desabroché los vaqueros y se los bajé poco a poco, saboreando sus piernas cubiertas de vello, la piel más pálida de la parte superior de los muslos y luego todo el espectáculo de su entrepierna mientras su erección emergía de la ropa interior.

No pude evitar enterrar mi cara e inhalar el aroma almizcleño.

—Ojalá se pudiera embotellar.

Luke se rio, repentinamente alegre, y se levantó de la cama.

—Lo siento, cielo. —Se acercó a mí—. Se me acabó la paciencia.

La fluidez con la que me bajó la cremallera del vestido fue como un *ballet*. La prenda cayó al suelo y me aparté, ardiendo de deseo cuando mi piel desnuda rozó la suya.

Pero se detuvo cuando sus dedos llegaron al cierre del sujetador.

—¿Rachel? ¿Estás segura?

—Esto no es sexo —contesté—. Es la única forma de expresar nuestros sentimientos.

—Es sexo.

—Sabes lo que quiero decir —repliqué—. Bueno, yo sí lo sé. Sí, estoy segura. —Él seguía dudando, así que repetí—: Luke, estoy segura.

—¿Por qué discuto siquiera? —preguntó casi en voz baja. Y con tres o cuatro hábiles ganchos y movimientos de los pulgares, me quitó el resto de la ropa.

Me acomodó en la cama y, en el momento en que sus labios me tocaron el interior del muslo, mi cuerpo lo recordó todo. La respuesta fue tan intensa como siempre. En un momento estaba palpitando en el calor de su boca, entre breves y entrecortados jadeos.

Paró hasta que cesaron los últimos estremecimientos y rio con suavidad.

—Bien. —Parecía muy contento—. Ha sido fácil.

—Como montar en bicicleta. —Estaba flotando y aturdida—. Ven aquí. Antes de…

Su furiosa erección parecía a punto de explotar.

—¡Espera! —Chasqueó la lengua al recordar—. Mi chaqueta… —Estaba abajo, en el suelo del pasillo, donde la habíamos tirado.

—No pasa nada. —Ya estaba abriendo un cajón—. Aquí.

Sacó un cuadrado de papel de aluminio, lo abrió con los dientes, lo desenrolló a medida que se lo colocaba. Observé sus manos, que se movían de un modo que me resultaba familiar y tremendamente erótico. Y, oh, Dios, el peso de su cuerpo, la fluidez cuando cambió de posición y se deslizó dentro de mí. Le ceñí con fuerza, casi ahogándome con tantas sensaciones.

—Lo sé —susurró, con los ojos tan oscuros que parecían negros.

Estábamos pegados el uno al otro, con su mirada clavada en la mía, y aun así no estaba lo bastante cerca. Despacio, con ternura, cada movimiento tenía sentido, cada respiración parecía sagrada.

Nuestros movimientos se aceleraron hasta que, sin previo aviso, su respiración se volvió más áspera, más urgente.

—Rachel… —dijo con voz ronca—, no puedo… —Entonces se estremeció contra mí al tiempo que se le erizaba la piel.

Permanecimos aturdidos y sin palabras durante una eternidad. Podría haberme quedado así para siempre, con la cara pegada a su pecho, inspirando su olor.

—Siento que haya sido tan rápido —dijo al fin.

—Debo de gustarte mucho —repuse con un poco de humor.

—No es ninguna novedad. Pero no es que no haya… —Se detuvo de golpe.

—¿Que no hayas qué?

—Oh, ya sabes. —Se dio la vuelta y me sonrió en la cara—. Desde… ¿qué día fue? ¿El miércoles? El lugar junto al arroyo. Tú, detrás de mí en la moto. —Cerró los ojos con fuerza—. Madre mía.

—¿En serio?

—En serio.

—Cuéntame.

—Te dejé en tu casa, volví a casa de Justin y conseguí llegar a mi habitación por los pelos. Casi no me dio ni tiempo a desabrocharme los

vaqueros… —Se encogió de hombros—. Cada vez que pienso en ti, se me pone dura. Y el problema es que no puedo dejar de pensar en ti. No he estado así desde que tenía catorce años. Duele. —Vaciló—. ¿Hace que resulte patético? ¿Desagradable? Te lo dije, el pasado, el presente, está todo mezclado. Soy un desastre.

«¡Oh!».

Escuchar que había pasado los últimos días tan afectado como yo me llenó de alegría. Pero la insinuación de que solo le gustaba porque sus emociones estaban descontroladas…

Me decepcionó. Me decepcionó mucho.

Sin embargo, era una prueba de realidad que debía agradecer.

—Yo también —dije—. Un desastre.

Nos despertamos en algún momento antes del amanecer, somnolientos y saciados, con las extremidades entrelazadas. Me penetró con un movimiento fluido, y mi cuerpo ya estaba en llamas incluso mientras todavía me maravillaba, «Ay, Dios, es Luke».

Después nos sumimos en un silencio infinito, con la cabeza sobre su pecho y rodeada con fuerza por sus duros brazos. Una profunda paz anidaba en mi alma y en mi cuerpo. Ahí, en esa cama con él, incluso la pérdida de Yara era más ligera.

Los primeros pájaros comenzaron a cantar, y la luz se coló bajo las cortinas.

—¿Estás bien? —preguntó Luke.

Me moví para verle la cara.

—Mejor que bien. Estoy muy agradecida al… ¿universo? Bueno, a quienquiera que esté a cargo, por esto.

—Dime, ¿qué tal duermes ahora? —Había compasión en su voz, no crítica.

—Sigue siendo mi punto débil, lo primero que desaparece cuando estoy disgustada. Nunca seré una de esas personas afortunadas que se apagan como una luz en el momento en que su cabeza toca la almohada. Pero estoy bien la mayor parte del tiempo.

Al cabo de un rato, le pedí que bajara a por agua.

—En la nevera —le indiqué—. Trae una botella. Ten cuidado de que Crunchie no te mate a lametazos.

A pesar de que estábamos solos en casa, se puso los vaqueros. Siempre había sido una extraña mezcla de provocación y modestia.

En su ausencia tuve que repetirme una y otra vez: «Esto es real. Esto es real. Esto es real». Luke estaba ahí de verdad y era como si los años que habíamos estado separados nunca hubieran ocurrido. Pero durante unos extraños segundos decidí aterrorizarme pensando que lo había imaginado todo, que estaba sola… y, ¡oh!, volvía con una botella verde. Con el torso desnudo y despeinado, se detuvo a los pies de la cama y me observó pensativo mientras hacía rodar la botella de un lado a otro de su torso.

—¿Qué? —pregunté.

—Siempre estás preciosa, ¿verdad? —Y añadió—: Solo… para recordarlo.

Dejó la botella. Con los ojos clavados en los míos, se bajó la cremallera de los vaqueros —debajo estaba desnudo y ya erecto, y se los quitó. Se subió a la cama con un solo movimiento fluido, y se aproximó hacia mí con aire decidido.

—¿Otra vez? —le pregunté.

—Oh, Dios, sí. Otra vez, Rachel.

Nos quedamos dormidos una vez más y me desperté pasadas las ocho. Tenía que irse pronto.

Abrió los ojos.

—Eres tú de verdad —dijo débilmente—. Esto parece un sueño.

—Es real. —Le pasé la mano por el estómago—. Lo sigues teniendo plano. ¿Cómo lo haces? No me digas que has empezado a ir al gimnasio.

—Nosotros… —Su voz se tambaleó—. Monto a caballo.

Le había hecho recordar a Kallie.

—Lo sé —dije de inmediato—. No deberíamos haber hecho esto.

—Ya…

—Pero no ha sido sexo de verdad —repuse—. Ha sido parte de nuestra recuperación. —Me miró en silencio y de repente sentí una vergüenza abrumadora—. Kallie no estará de acuerdo —reconocí, sintiéndome aún peor—. No me quiero ni imaginar a Quin diciéndome que se había acostado con Shiv, su exmujer, pero que no pasaba nada porque era por pena, no por lujuria. Luke, lo siento mucho. Espero que ella te perdone.

—Espera, nadie me ha apuntado con una pistola a la cabeza. Yo lo deseaba. Pero ¿qué pasa con Quin?

—Él… entiende que los humanos somos complicados. —Me costó encontrar las palabras adecuadas—. Se sentirá dolido. Y se enfurecerá. Pero puede que lo comprenda.

—Rachel, eso suena… delirante.

Una vez que lo había dicho, me di cuenta de que tenía razón. Fue como salir de un trance.

—Oh, Dios. —Cuando me di cuenta de la magnitud del posible daño, tartamudeé—: Lo siento. No debimos, no debí… En ese momento tenía sentido, pero… tenemos nuestras vidas. Nos ha llevado mucho tiempo reconstruirlas.

—Esas vidas siguen ahí —dijo—. No pasa nada. Ha sido solo una vez. No volverá a ocurrir.

—Pero yo quiero que seamos amigos. —Me mostré inflexible—. ¿Podemos intentar olvidarnos de esto?

—Por supuesto.

—¿Cuidarás de Kallie? —Estaba recordando la desolación que sentí cuando pensé que me había engañado con Mia—. Siento mucho haberle causado dolor.

—Por supuesto que lo haré, Rachel. Pero no debes…

—¿Luke? —insistí—. ¿Lo prometes?

Se tomó un momento.

—Lo prometo. Bueno, ¿me enseñas el árbol de Yara?

El temprano rocío de la mañana y el olor a tierra húmeda perfumaban el aire en el jardín. Luke, descalzo y con un jersey de lana que se había dejado Devin, miró a su alrededor para contemplar todas mis flores.

—¿Lo has hecho tú? Es increíble. ¡Espera! ¿Tienes un cobertizo?

—No sabes ni la mitad. Estoy obsesionada con las palas. Y con el abono. Por aquí. Es allí. —El cerezo en flor de Yara tenía apenas dos metros de altura, y los diminutos capullos cerrados estaban muy lejos de florecer —. Hoy no hay mucho que ver —añadí—. Pero a mediados de mayo estará… —Agité los brazos para darle énfasis—. Este derroche de pétalos rosas parecen confeti, es tan bonito, es tan ella…

—Tendré que volver —bromeó.

Luego se quedó en silencio y dejé que tuviera su momento. Mientras estaba concentrado, desprendía sosiego y movía ligeramente los labios; ¿estaba rezando? Porque me di cuenta de que entre los otros accesorios que llevaba en el cuello había una pequeña cruz de plata en una fina cadena de plata.

Siempre había tenido esa tendencia, pero parecía que se había intensificado.

Advirtió mi escrutinio y rio, un tanto avergonzado.

—Lo que sea que ayude a seguir adelante.

—¡Ja! —dije—. No soy nadie para juzgar.

—Aun sin el… ¿cómo lo has llamado? ¿El «derroche de pétalos, como confeti rosa»?, es un árbol precioso.

—¡Me alegro de que digas eso! —Su aprobación era importante—. Me ayuda. Ver que, en cierto modo, sigue viva, como algo hermoso.

De la nada cayó un manto de tristeza: todas nuestras esperanzas y todo lo que habíamos perdido. Nos miramos con cautela, pensando en la niña que no tuvo la oportunidad de vivir. Le estreché entre mis brazos mientras las lágrimas se derramaban de sus ojos y lloré con él. Era triste, era muy triste, pero estábamos llorando juntos, y eso era correcto y bueno.

Por fin volvimos a casa, y Luke se puso la chaqueta, preparándose para marcharse. El impulso de arreglarle el cuello de la camisa fue automático, pero me resistí. Eso ya se había acabado y estaba bien.

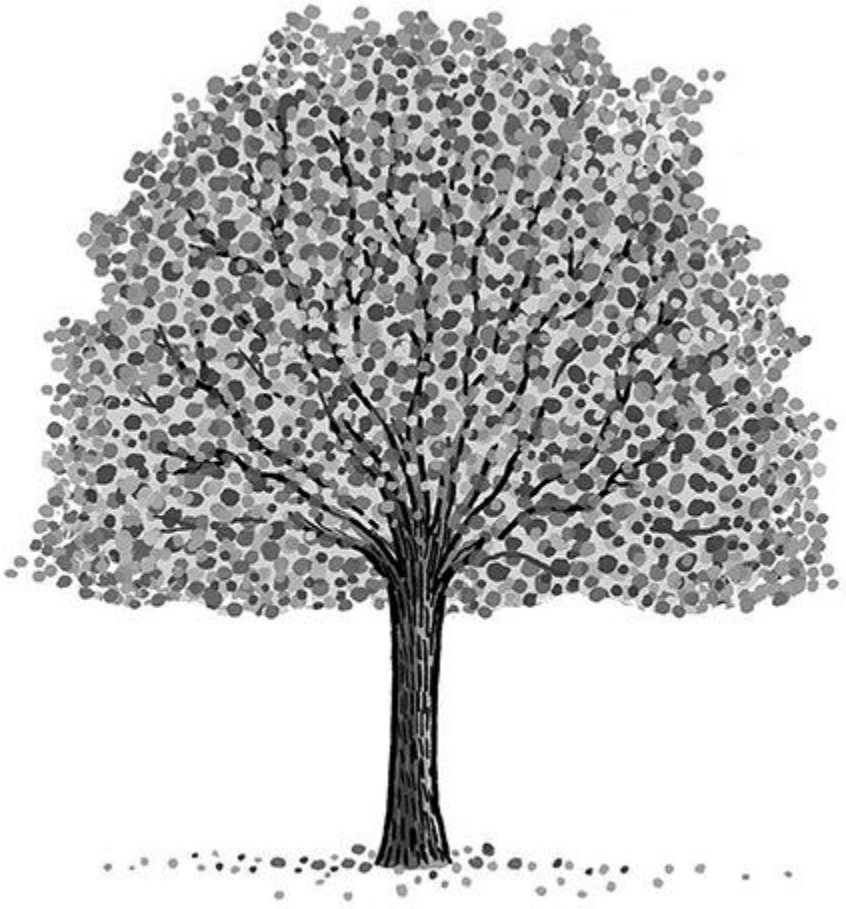
—Buen viaje. —Mi corazón se hinchó de gratitud, arrepentimiento, pena, aceptación… Demasiadas emociones para conocerlas.

—Gracias. Yo… —Luke cambió el peso de un pie al otro con torpeza —. ¿Estaremos…?

—¿En contacto?

Asintió con la cabeza. Esbozó una sonrisa. Su mano abrió el pestillo de la puerta.

Y le dejé marchar.



«¿Sabes que no tiene por qué ser uno u otro? No tiene por qué ser Quin o Luke. Puedes tener una vida muy feliz sin ninguno».

OceanofPDF.com

80

«Cambié la reunión habitual de los miércoles por la noche por el yoga para embarazadas, así que solo iba a dos reuniones a la semana…».

La alarma de mi teléfono sonó y, con un profundo suspiro de alivio, dejé de escribir. Sin perder un momento, Nola me obligó a repetir los Doce Pasos, haciéndome reflexionar sobre lo que había ocurrido seis años atrás, cuando me había convencido a mí misma de que debía volver a tomar las pastillas.

Llevaba los últimos quince días levantándome una hora antes de lo habitual para escribir antes de ir a trabajar. Ya en el cuarto paso estaba examinando mi comportamiento cuando me quedé embarazada. La culpa era de la autocomplacencia; llevaba tanto tiempo sin consumir que había volcado toda mi atención en el bebé que esperaba. Básicamente había olvidado que era una adicta. Cuando surgió la oportunidad de tomar pastillas para dormir, no había nada que me protegiera.

El proceso me estaba enseñando un nuevo respeto por mi adicción, por su paciencia, su sigilo, su tenaz determinación.

Y en ese momento, para mi alivio, tenía que ir a trabajar. El autoexamen era mucho más difícil que mi trabajo. Era mucho más agradable contemplar los delirios de los demás que los míos.

Pero lo estaba haciendo bien, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que había pasado en los dieciséis días transcurridos desde la fiesta de mamá.

Ese domingo por la mañana, casi nada más irse Luke de mi casa, me había dado la ducha más minuciosa de mi vida para eliminar hasta el último rastro de él. Después activé el sonido de mi móvil, ignoré la veintena de mensajes de Claire y fui directa a casa de Quin.

Me dejó pasar solo hasta el vestíbulo.

—¿Te has acostado con él?

Asentí con la cabeza.

—Lo siento. —Hacerle daño fue horrible.

—Y… —Tenía la voz ronca—. ¿Has vuelto con él?

—Ha sido una única vez.

—¿Pero…?

—Ha despertado un montón de cosas del pasado, estoy como en una especie de montaña rusa.

—Sí. Yo también. —Su tono desafiante me hizo centrarme en él con más atención—. Sí. —Se movió en un intento de fingir incomodidad—. Golden y yo.

Tal vez no debería, pero aquello me dejó sin aliento.

—¿Anoche?

—La noche después de que volviéramos de Barcelona. —Luego añadió a la defensiva—: ¿Qué esperabas, Rachel?

Una vez que lo había dicho, estaba claro que Quin y yo habíamos terminado antes incluso de que pasara la noche con Luke; el mortificante suceso con el anillo en la sala de exposiciones del señor Navabi lo había demostrado.

Se negó a apartar la mirada, un tanto avergonzado, mucho más desafiante, contento de que lo supiera y enfadado por habérmelo confesado.

—Lo siento —dijo de mala gana.

—Yo también lo siento, Quin. Lo siento mucho.

Nos miramos, sumidos en un doloroso silencio. No se me ocurría nada más que añadir; por sorprendente que pareciera, nuestros dos años de relación parecían haberse finiquitado en un momento.

—No lo hagas —pidió cuando me dirigí a la puerta.

—Tú quieres que lo haga, Quin. ¿Acaso no es esa la razón de que te acostaras con ella? ¿De que me lo hayas contado?

—Y ahora quiero que te quedes.

—Si lo hiciera, volverías a cambiar de opinión. Lo siento, Quin, todo esto es culpa mía.

—¡Oye! —Un destello de miedo iluminó sus ojos—. Lo decidí yo. Fue mi decisión.

—Claro, por supuesto. —Ganar le importaba mucho más que a mí, así que podía quedarse con su victoria.

Sin saber qué hacer, volví a casa y llamé por FaceTime a Claire, que seguía en la cama del SugarLoaf Inn, con el carmín corrido, el pelo revuelto y las pestañas torcidas.

—Hola —le dije con cautela—. Estás…

—Ya —gruñó—. Lo pasamos muy bien todos. ¿Qué te cuentas? ¿Qué hay de ti y de Luke?

—Bueno, nada, en realidad. Sigue con Kallie…

—Pero ¿te has acostado con él? —preguntó casi a gritos—. ¡No me digas que no!

—¡Claire, tranquilízate, tómatelo con calma! Nos hemos acostado. Pero eso es todo, no hay más. Hemos terminado. En el buen sentido.

—No —repuso—. No, no, no, no, esto es un desastre. ¿Y qué pasa con Quin?

—Se acabó.

—¡Dios mío!

—Sí, pero… —No me lo había creído la noche anterior, cuando estaba hasta arriba de ilusión, pero esa mañana estaba preparada.

—Mira, tengo que irme. Tengo que vomitar. Nos vemos en casa de mamá a eso de las cinco para ponernos al día. No faltes. Está reescribiendo su testamento.

Dormí el resto del día y luego fui a casa de mis padres. No porque me importara mi herencia. Mamá siempre estaba reescribiendo su testamento, reasignando sus relojes chapados en oro y sus medallas milagrosas. A nadie le importaba aparte de a ella. Pero a mí me gustaba el análisis posterior de una fiesta tanto como a cualquiera.

Me puse algo encima y tanteé mis emociones; había una montaña de vergüenza por haber herido a Quin. Y mucho remordimiento por Kallie.

El hecho de que Quin se acostara con Golden también me dolía, pero de una forma curiosamente indirecta, como si me protegiera una capa de algodón. Tal vez el dolor llegaría más tarde.

El sentimiento más extraño de todos era el de Luke. Una calma vibraba en mí, una sensación de conclusión, como si la tormenta se hubiera desvanecido, revelando un mundo a la vez tranquilo y benévolo.

Llamé a Nola. Me ordenó con brusquedad que empezara a escribir mis pasos de nuevo.

—Empieza con el primer paso mañana —dijo—. Una hora al día. Que sea tu prioridad.

—De acuerdo. —Luego me fui a casa de mis padres.

Reinaba un ambiente apagado en el Salón Bueno de Mamá, mis cuatro hermanas estaban pálidas y calladas, acurrucadas en los sofás, vestidas con el pijama o ropa cómoda de estar por casa. Claire parecía llevar un edredón de verdad.

—Siento haberme molestado en vestirme —dije.

A mi madre, que era con diferencia la que estaba más cansada, se la veía tremendamente exultante.

—¿Verdad que fue una gran noche? —Tenía un ligero tic debajo del ojo derecho.

—Un triunfo total —contesté—. Voy a saludar a papá.

—Está viendo el golf.

En la sala de televisión, mi padre y Angelo estaban tan campantes sentados delante de la tele, cada uno comiendo una bolsa de patatas fritas Monster Munch. Pobre papá, era tan feliz en las raras ocasiones en que tenía compañía masculina…

—¿Todo bien por aquí? —pregunté.

—*Dabuti*. Angelo guiñó un ojo.

—Lo que ha dicho —mi padre asintió— es la abreviatura de «de buten», según dice.

Todo muy cordial.

Pasé de su sana armonía al ambiente de ruinas humeantes de la sala.

—¿Traigo la ginebra? —preguntó Anna, que estaba monísima con un quimono de seda.

—No, por Dios. —Margaret, con un pijama azul de tartán, torció la cabeza hacia un lado.

—Dejadme adivinar —dije—. ¿Ninguna va a volver a beber?

—¡Oh, cállate! —gritó mi madre—. Tú, boba engreída.

—¡Oye! —La voz de Helen surgió de las profundidades de una bata negra con capucha—. Dispone de una noche por siglo para ser engreída, déjala que aproveche.

—¿Tenemos algo para el estómago revuelto? —le preguntó Margaret a mamá.

—Mira en la cocina. Está en el frutero.

—Trae también analgésicos —añadió Helen cuando salía.

—¿Qué necesitas? —Claire abrió su bolso—. Tengo de todo.

Margaret había vuelto con el frutero, que contenía un puñado de uvas manchadas de moscas, un kiwi arrugado y una auténtica cornucopia de pastillas.

—Vale, ¿quién necesita qué?

—Algo para parar las náuseas —respondió Helen.

—¿Motilium?

—¿Algo más fuerte?

Margaret rebuscó.

—¿Stemetil? —Leyó en una caja—. Es con receta. Será bueno.

—Rachel —la cara de mamá se asomó a mí, alarmantemente cerca—, ¿crees que la gente piensa que estaba presumiendo?

—¿Quién?

—Cualquiera. Todo el mundo.

—Mamá tiene el Temor —intervino Claire—. Yo también.

—Y yo —dijo Margaret, y luego Anna.

—Yo también —añadió Helen.

—Pero tú ni siquiera estuviste bebiendo.

—Sí. Pero… —Era el estrés de intentar quedarse embarazada. Lo entendí.

—¿Hay algún tranquilizante en el frutero? —preguntó Claire.

—¿Diazepam? —inquirió Margaret.

—Eso es Valium —dijo Claire—. Dame dos. No, que sean seis.

—¿Cómo sabéis que tengo el Temor? —interrumpió mamá.

—Describe tu estado de ánimo.

—Muy avergonzada. Aunque no sé muy bien qué he hecho mal. Tengo la impresión de que todo el mundo se ríe en secreto de mí, de todo el dinero que gastamos en los bistecs y en el pan de oro…

—No cabe duda de que eso es Temor…

—Y de que no le caigo bien a nadie. Así que voy a borrarlos a todos de mi testamento. Creo que alguien debe haberles dicho que solo saqué un aprobado en Historia en mi examen final, aunque siempre he dicho que saqué un notable. —Se le crispó la boca—. Y todo el mundo piensa que soy demasiado alta…

—Lo eres —apuntó Helen, por supuesto.

—Y que mi nariz es demasiado abultada. Y…

—Ah, para —la interrumpí—. Anoche bebiste mucho y quemaste demasiada adrenalina, por lo que hoy tienes un gran déficit. Es ciencia pura y dura. Ninguno de esos pensamientos es cierto. No cambies el testamento.

Mamá desvió su atención hacia mí.

—¿Y tú qué? Claire dice que el Capitán Cuchador ha cortado.

—¡El Doctor Cuchador! —exclamó Helen.

—Bueno, ambos estuvimos de acuerdo en que…

—¿Has vuelto con Luke?

—No, pero estoy bien.

—¿Cómo vas a estar bien? —Mamá estaba angustiada—. ¡Ahora no tienes novio!

—Porque me siento… —No encontraba la palabra correcta—. Lo de Luke se ha acabado. Y se ha acabado del todo, como es debido. Como debe ser. —Un mar de rostros desconcertados me observaba, y de pronto se me ocurrió la analogía perfecta—. Es como la cerradura de mierda de la puerta de mi habitación de invitados: nunca cierra del todo, ni siquiera cuando doy un portazo. Casi se cierra, parece cerrada, pero siempre estoy en tensión porque sé que se va a abrir. —Los mismos cinco rostros estaban fijos en mí, y uno o dos parecían algo preocupados—. ¡Pero de vez en cuando sucede lo que debe suceder! El clic. —Chasqueé los dedos para demostrarlo—. ¡Clic! —repetí—. La cerradura hace lo que tiene que hacer: engancha bien y se cierra de verdad. ¿Me entendéis? ¡Clic!

Helen miró a Claire.

—Tú la sujetas y yo llamo a la ambulancia.

—¿Qué es exactamente lo que ha hecho «clic»? —preguntó Anna con voz suave.

—Luke y yo terminamos hace mucho tiempo, pero nunca sentí que era… —Busqué la palabra adecuada—. ¿Real? ¿De verdad? Ahora sí. ¡Clic!

—¡Ajá! —exclamó Margaret, que se remangó de forma literal—. Ya sé lo que está pasando aquí.

No solía hacer ese tipo de declaraciones, así que presté atención.

—En algún momento, a todas nos han sacado una muela… —comenzó —. Durante un tiempo no te duele la boca y para tus adentros estás orgullosa de tu alto umbral de dolor. Pero es solo porque no se te ha pasado el efecto de la anestesia. —Se encogió de hombros—. Entonces se pasa y te ves llorando en el sofá mientras comes clavos de olor como si fueran M&M’s. Lo siento, Rachel.

—Has dado en el clavo —dijo Claire—. Rachel, estás colocada, literalmente colocada, con todas esas varoniles feromonas Costello.

—Eso es. —Margaret se mostró seria—. El fenómeno está bien documentado. Las feromonas Costello han generado un montón de dopamina en ti.

—Adoro a Angelo —dijo Anna, sin que al parecer viniera a cuento—. Pero no diría que no a una noche de pasión con Costello.

—Y no me queda más remedio que estar de acuerdo contigo en eso —murmuró mi madre.

—No hay muchas mujeres que rechacen una noche de amor con Costello.

—De pasión —corrigió Helen, y luego con salvaje desprecio—: Yo lo rechazaría. Es un desastre.

—Cuenta. —Estaba interesada, casi divertida.

—Tiene el pelo demasiado largo y aún lleva los vaqueros demasiado ajustados. Es ridículo.

—Ejem, ejem. —Margaret tosió a modo de disculpa—. A fin de que haya un equilibrio, Luke siempre me ha caído bien, pero no me pone. —Y

se apresuró a añadir—: Tampoco creo que sea ridículo. Lo que pasa es que… no es para mí.

—Hablando en serio —dijo Claire—. Debes tener cuidado, Rachel. Te vas a derrumbar y no va a ser agradable. —De repente me puse muy nerviosa—. Pero te apoyaremos —añadió—. ¿Verdad que sí?

—¡Por supuesto! —exclamó Margaret.

—Yo no soy muy de dar ánimos —adujo Helen—. Pero estoy dispuesta a intentarlo.

Mi madre me agarró del brazo.

—Estarías mejor sin ella.

—Hum, vuelo de vuelta a Nueva York el martes —se disculpó Anna—. Pero, por supuesto, te apoyaré en espíritu. Puedo pedirle a Angelo que haga reiki a distancia.

—Tal vez no deberías estar sola. —Margaret se quedó pensativa—. ¿Por qué no te quedas unos días con nosotros?

—Estoy bien.

Claire meneó la cabeza con tristeza.

—Estás al borde de una crisis nerviosa.

—¿Qué pasa entre Adam y tú? —preguntó mamá de repente.

—Le odio —dijo Claire.

—Le estabas besando. Comiéndole los morros, más bien. Y luego le diste tal empujón que estuvo a punto de aterrizar en el condado de al lado.

—Le odio.

—Pero…

—Tenemos mucho sexo de odio.

Después de un silencio sorprendente, Anna murmuró:

—Todo forma parte del elaborado tapiz de la vida.

OceanofPDF.com

81

A pesar de las aciagas predicciones de mis hermanas, pasé esa primera noche sin descarriar y, cuando me desperté a la mañana siguiente, aún me sentía… bien.

Vale, fue todo un reto encender el portátil y empezar a escribir mi primer paso, otra vez. Detallar cada una de las formas en que las drogas habían sido «más fuertes que yo» hace seis años no era precisamente el modo en que quería empezar la semana, pero lo intenté.

Cuando llegó la hora (por fin), no me costó ducharme y prepararme para ir a trabajar. Pero la dopamina me salía por las orejas, así que era vital no perder de vista eso.

Mientras me secaba el pelo, me llegó un mensaje al móvil. Cuando vi que era de Luke, la adrenalina hizo que me vibraran las puntas de los dedos.

> Hola. Espero que estés bien. Solo quería que supieras que he vuelto de una pieza. L :-x

Agarré el teléfono con fuerza mientras contemplaba las palabras —en particular el «:-x»— y se apoderó de mí un deseo casi irrefrenable de llamarlo, solo para escuchar su voz. Pero habría sido un error pensar que nuestra noche juntos había sido el comienzo de algo. Había sido el final. Un final apropiado esta vez.

Dejé el secador de pelo y empecé a redactar un mensaje desenfadado y como de pasada. Tardé una eternidad en dar con el tono adecuado: afectuoso pero sin coquetear, íntimo pero sin insinuaciones. Al final escribí:

> Todo bien por aquí. Espero que tú también. Debe de ser extraño estar de vuelta en Denver por primera vez desde la muerte de tu madre. Trata de ser amable contigo mismo :-x

Luke respondió al cabo de unos segundos.

Y recuerda que no hay sentimientos equivocados ☺ :-x

¿Qué…? ¡Ah! Nos lo habían dicho a Luke y a mí una y otra vez, en los días posteriores a la muerte de Yara.

Por supuesto —respondí—. Y todo pasa por una razón. Ja, ja, ja. En fin, más vale que me vaya a trabajar :-x

Bueno… No te olvides de enviarme fotos del árbol de Yara cuando tenga todas las flores :-x

¡Claro! Dentro de unas 6 o 7 semanas estará en su mejor momento :-x

Estoy deseando que llegue. ¿Y hablamos el 3 de julio? :-x

El 3 de julio era el aniversario de Yara.

Gracias, me encantaría :-x

Por supuesto. No es molestia. Hablamos entonces. Espero que tengas un buen día hoy. L :-x

Tú también :-x

Parecía que el «:-x» había arraigado. Y resultaba… ¿agradable? ¿Cordial? Sí, cordial.

Porque íbamos a ser amigos.

Ese lunes pasó sin que me derrumbara. Lo mismo que el martes. Luego el miércoles. Y así sucesivamente, hasta que llegó el sábado por la mañana, una semana después de la fiesta de mamá, y —como parte de la Operación Apoyo— Claire marchaba de un lado para otro fuera de mi casa. Teníamos planeada una excursión, pero me distrajo su ropa deportiva, que daba la impresión de ser muy cara.

—¿Cómo es posible que una simple licra negra parezca tan cara? —Me fijé en ella.

—No lo sé. —No estaba interesada—. ¿Sabes algo de Quin?

—No.

—¿De Luke?

—Nada desde los mensajes del lunes. Y no habrá más, hasta que le envíe esas fotos.

—Venga, vamos a ponernos en marcha. Necesito mantener mi ritmo cardiaco alto. Mi Fitbit me da una descarga eléctrica cada vez que baja de cien pulsaciones por minuto.

—¿Qué? ¿En serio?

—No. Pero es una buena idea, en realidad. Una descarga eléctrica sería un gran motivador.

—Claire…

Crunchie ladró y trató de escapar por la puerta principal.

—¡No! —espetó Claire—. La perra no viene. Tengo que caminar a zancadas. Esa paticorta no hace otra cosa que arrastrar la barriga.

Convencí a mi perrita de que volviera a entrar, y Claire y yo nos pusimos en marcha.

—¿Cómo va tu desmoronamiento? —dijo.

—Aún ni rastro…

—Pero llegará. Sigues con la fiebre Costello.

—Aunque estoy muy triste por Quin. Es duro para él; no está acostumbrado al rechazo. Es más vulnerable de lo que imaginas.

—¿Estás enfadada por lo de Golden y él?

—Más bien… dolida. Aunque tampoco me sorprende. Quin es así; es su forma de actuar.

—Pensaba que contactaría contigo.

Negué con la cabeza.

—Es todo bravuconería. No va a pasar.

—Pero… —dijo Claire con aire pensativo—, por esa misma bravuconería, podría verlo pavoneándose y declarando: «Espabila, nena, tu suerte acaba de cambiar, te acepto de nuevo». ¿Verdad?

—Tal vez. —Sin embargo, yo creía que seguiría desaparecido.

—¿Volverías con él? ¿Si hiciera eso?

—No… lo sé. No en este momento. No estoy segura de nada. Todo tiene que asentarse.

—¿Porque todavía quieres a Luke?

—No. No lo quiero. No.

—No pareces muy segura.

—Esa noche con Luke fue… increíble, Claire. —Por decirlo de forma suave—. Pero no tengo ni idea de cómo es ahora, no de verdad. Podría ser partidario de Trump…

—¡Rachel! —siseó.

—¿Quién sabe? Seis años es mucho tiempo. Ahora monta a caballo. Es más santurrón de lo que era. Y eso es solo lo que se ve. La persona que una vez fue, las cosas que yo amaba… su carácter alegre, su amplitud de miras ante la vida… podrían haber desaparecido. —Claire comenzaba a entenderlo; podía verlo. Eso me molestó, aunque no tenía ninguna lógica—. Me lo dijo varias veces. —Las palabras salieron de mi boca—. Me dijo cosas como que ya no era el hombre de antes y que hoy en día sus relaciones son diferentes. Como si me advirtiera, Claire. —Había empezado a temblarme la voz.

—Pero parecía el mismo —dijo ella—. Bailó con las tías. Fue amable con todo el mundo.

—Claire, ¿por qué no estamos hablando de Kallie? —pregunté, exasperada de golpe—. ¡Luke tiene pareja! ¡La engañó! ¿Eso te parece amable?

Eso la hizo callar. No había manera de que pudiera convertir tal cosa en algo aceptable.

—¿Crees que se lo ha contado? —preguntó—. ¿Que se acostó contigo?

Asentí con la cabeza.

—Esa es la sensación que estoy recibiendo —dijo—. Cada pocos días, Kallie publica algo sobre su música en las redes sociales… Sí, la espío, yo te cubro, cariño… Pero hace casi una semana que Luke volvió y ella no ha publicado ni una sola foto de «Yo con mi Hombretón».

Sí, yo también había estado espiando a Kallie. Más que nada porque era imposible espiar a Luke; aún no había rastro de él en ninguna plataforma.

Sin embargo, no había estado espiando a Quin. De forma discreta, había dejado de seguirle en Instagram. Y a Golden. Incluso a Shiv. Si Quin estaba con Golden, me sentiría mal, pero también me sentiría mal si estaba solo.

La diferencia entre mi interés por Luke y mi interés por Quin era la fantasía frente a la realidad. Luke estaba a miles de kilómetros, en otro continente. No había casi nada que yo pudiera hacer para influir en los acontecimientos. Pero con Quin, si me agobiaba echarle de menos o me invadía una furia repentina por Golden, podía presentarme en su casa, al menos en teoría.

Y sabía lo suficiente para saber que no sabía nada. No en ese momento. Tenía que esperar.

—Por lo que me has contado, Kallie está loca por Luke —dijo Claire—. Lo arreglarán. Volverá a publicar fotos en cuanto se recupere. —Claire se giró de pronto—. O tal vez no le perdone. Vale, te digo una cosa: es posible que Luke no quiera que le perdone. Quizá tengáis un futuro.

—¿De verdad crees que Luke rompería con Kallie, vendería su asesoría, su casa, cambiaría de vida y se trasladaría a Irlanda después de pasar una sola noche conmigo? —repliqué de forma acalorada.

Claire enarcó las cejas con frialdad. Los segundos pasaron mientras su silenciosa evaluación empezaba a resultar incómoda.

—¿Y tú? —preguntó. Y añadió en un tono más apremiante—: ¿Y tú, Rachel?

—No creo que pueda llegar a… nada. Fue algo puntual. Me avergüenza saber que es probable que le haya causado un sufrimiento enorme a Kallie. Pero aun así no cambiaría esa noche con él.

—¿Por qué? ¿Aparte de lo obvio?

—Ha arreglado algo. Mi amargura ha desaparecido. Ha cambiado lo que siento por Yara. No puedo describirlo con exactitud, porque la sensación de pérdida sigue ahí, pero no es tan… ¿horrible?

—¿A eso te referías con «el clic»?

—Justo a eso. El precio es alto, significa prescindir de Quin. Y vivir llena de vergüenza y remordimientos por él y por Kallie. Pero… —bajé las manos—, no está todo perdido. Luke intenta ser mi amigo y yo intento ser su amiga. Me gustaría darle una oportunidad. Dime, ¿cómo van las cosas con Adam?

—Le odio. Él me odia. Me gusta más de lo que me ha gustado en décadas. Seguimos practicando el sexo. Un sexo furioso. Es horrible. Pero

sexy. Siempre he querido sexo furioso y ahora lo tengo. —Y añadió con vacilación—: Lo cual es bueno… supongo.

OceanofPDF.com

82

El trabajo era tan intenso como siempre y, mientras estaba allí, conseguía darlo todo. Uno a uno, mis patitos se fueron. Trassa se había visto sustituida por una joven cocainómana obscenamente rica llamada Kael.

Harlie se marchó tres días después y en su lugar llegó Celeste, una alcohólica con chaleco, armada con una respetabilidad fuera de lo normal. Dennis fue el siguiente en irse. Y ese día, tres semanas más tarde de lo previsto, se había ido mi querido Chalkie.

Mi teléfono me avisó de un mensaje de texto de Taryn, mi «amiga senderista»:

> Rachel, ¿cuándo sería un buen momento para llamarte?

Oh, Dios. Las vacaciones a Transilvania que habíamos reservado Quin y yo, con Taryn y Timothy. Había estado posponiendo el tema…

Pero tenía que portarme como una adulta, así que tomé aire y cogí el teléfono.

—¿Taryn?

—Rachel, Quin me ha enviado un mensaje —empezó—. Siento mucho que hayáis roto.

—Gracias. Lo sé, es…

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. De verdad. Supongo que tenemos que hablar del…

—… viaje. Quin dice que te lo deja a ti. Quiere decir que él no va a ir, pero que tú sí deberías.

De repente me dolía respirar. Sentí una gran tristeza por Quin, por los dos, porque todo ese afecto y ese vínculo se hubieran… derrumbado.

—¿Rachel…? —preguntó Taryn.

—Solo… deja que me tome un momento…

Los hechos, nada agradables, eran los siguientes: ya habíamos pagado la mitad del costo y no era reembolsable. Y lo peor era que ese viaje era mi proyecto. Me había adelantado tan contenta y había reservado alojamiento en lugares atrevidamente alejados; no podía abandonar a Taryn y a Timothy.

Y quería ir; en cierto modo, todavía lo deseaba. Lo más seguro era que Ted no me dejara cambiar mis días libres —las vacaciones anuales se fijaban pronto—, así que bien podría pasarlas en la impresionante belleza de Transilvania en lugar de sentada en casa, con las cortinas echadas, viendo *Bajo cubierta* con Crunchie.

—Sobre el papel, esto parece incómodo —dijo Taryn—. Pero creo que los tres aún le sacaríamos mucho partido.

—Tienes toda la razón —coincidí—. Iremos los tres y lo pasaremos de maravilla.

Animada por ese pensamiento positivo, apagué el teléfono y llevé a Chalkie a una sala de entrevistas para nuestro último cara a cara. Y fue muy alentador. Había recopilado una gran cantidad de información nueva sobre sí mismo durante su estancia; por algún motivo, había profundizado mucho más de lo que lo había hecho antes.

Después de representar algunas situaciones en las que tenía que gestionar su ira o su dolor, nos pusimos de pie para despedirnos.

—Ya sabes el cariño que te tengo —le dije—. Pero no quiero volver a verte nunca.

—Pero puede que lo hagas —repuso con un dulce guiño. Y añadió ante mi silencio sorprendido—: ¿Verdad?

En los cinco años que llevaba en The Cloisters, esto nunca había sucedido.

—Te estás recuperando, ¿verdad? —me preguntó.

Me reí.

—Sí. —No tenía mucho sentido negarlo.

—A lo largo de los años ha intentado ayudarme mucha gente buena y trabajadora. Tú eres la que ha conseguido que me abra.

—Solo hago mi trabajo.

—No. Tú te dejas la piel.

Por un momento pensé que se me partiría el corazón de gratitud. A pesar de mis muchos errores, Chalkie me estaba diciendo que había una razón para mí.

Abrió bien los brazos.

—¿Está… bien?

Acepté el abrazo. Por mi rostro rodaron unas lágrimas silenciosas por Chalkie, el pequeño niño perdido.

—Gracias —dijo, con la voz pastosa.

—¡Oh, Dios, no, Chalkie! Gracias a ti.

OceanofPDF.com

83

—Yara… —Sin poder contenerme, le supliqué a mi cerezo—: ¿Cariño? ¿Dónde están tus flores? Estamos en pleno mes de mayo, ¿dónde las tienes? —Al girarme, vi la cara de Devin en la ventana de la cocina. Parecía preocupado—. No pasa nada —le dije—. Solo estoy hablando con… —¿Mi hija muerta? ¿Un árbol? Tú eliges.

—Vale. —Con aspecto aún más asustado, Devin desapareció de la vista como si fuera sobre ruedas.

Una vez que se hubo ido, reanudé la charla.

—En serio, ¿qué ocurre? —Señalé los pequeños brotes de color beige —. ¿Estás esperando más lluvia? ¿Temperaturas más cálidas?

Pero la voz de Yara —o la voz que yo «oía» en mi cabeza— permaneció en silencio. Y era muy frustrante, porque, hasta que el árbol no floreciera, no tenía ninguna excusa para contactar con Luke.

En la cocina, Kate me preguntó con tacto:

—¿Estás bien?

Por raro que pareciera, lo estaba. A veces, sin ninguna razón evidente, el universo decide darnos un respiro, porque seis semanas después de la fiesta de mamá, a pesar de las funestas predicciones de mis hermanas, no me había derrumbado. Es innegable que me asaltaban emociones por todas partes, y eran muchas, pero las estaba sobrellevando.

Dado que estaba de buen ánimo, decidí echar un vistazo al Instagram de Kallie. Había estado echando un ojo a su página de forma casual, intentando no obsesionarme. Últimamente había publicado mucho sobre su música; había hecho coros para la maqueta de alguien y había pasado una semana en un campamento de escritura de canciones. Pero nada sobre Luke.

Cada día sin una foto de él, respiraba un poco más aliviada.

Pero esa mañana era diferente.

Esa última foto era un selfi, con la bonita cara de Kallie en primer plano. Varios metros por detrás de ella estaba Luke, junto a un enorme caballo oscuro. Parecía estar hablándole de forma tranquila. El pie de foto decía: «Haciéndonos los difíciles». Seguido de varios emoticonos riendo y luego un corazón rojo.

No dejé de mirarla, paralizada y sorprendida por lo celosa y lo profundamente decepcionada que me sentía.

Me armé de valor y pinché en sus historias. Allí estaba ella, con los ojos brillantes y tan guapa. «¡Hola, chicos! —dijo—. ¡En fin! Sí, ha sido un "en fin" positivo. —Se rio—. Estoooy… esperando buenas noticias, sí. Algunos… cambios positivos en mi vida. Es demasiado pronto para hacerlo público, por si acaso… —Enseñó sus manos ahuecadas a la cámara, y luego las separó—… desaparecen. Os pido vuestras oraciones y energía positiva. Cualquier cosa que tengáis, enviádmelo».

Lo vi cinco o seis veces más, preguntándome qué demonios podía ser ese cambio de vida positivo. ¿Mudarse con Luke? ¿Casarse con Luke?

¡Por Dios!

Y ahí entró Claire. En las seis semanas transcurridas desde el inicio de la Operación Apoyo, la caminata de los sábados por la mañana se había convertido en algo habitual.

—¿Estabas en Insta? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué buenas noticias espera?

—¡Quién coño sabe! —Claire no estaba dando un giro positivo a eso, lo cual era preocupante.

—¿Y qué pasa con la foto? —pregunté—. ¿Quién se hacía el difícil? ¿Kallie?

—No lo sé, cariño. Podría ser Luke. Incluso podría ser el caballo.

La auténtica cuestión, lo único que de verdad importaba, era que mis sentimientos por Luke no se habían calmado todavía. Ni mucho menos. La dopamina generada por las feromonas Costello había mutado en una especie de enamoramiento trágico. A última hora de la noche, cuando no

podía dormir, me permitía disfrutar de todo tipo de fantasías en las que, de alguna manera, Luke y yo volvíamos a estar juntos.

Pero sabía que nunca ocurriría.

O eso pensaba. Esa mañana, la foto de Kallie me había demostrado que me había apegado demasiado a la idea.

Lo más descabellado era que también echaba de menos a Quin. Había sido mi amigo además de mi novio, y me topaba con su ausencia todos los días.

Pero mi vida distaba mucho de estar vacía. Helen comprobaba cómo estaba de manera regular. Eso era lo que decían sus mensajes:

> Soy yo. Comprobando cómo estás de manera regular. ¿Estás bien? ¿Sí? ¿No? Me conformo con un monosílabo como respuesta. No es necesario escribir Guerra y Paz.

Nunca había tenido tantas invitaciones como durante el último mes y medio. Mientras rehacía mis pasos, ayudé a Murdo a pintar su piso nuevo, pasé una tarde de tías y sobrinas con Holly (manicura, voluntariado), me quemé al sol en una comida al aire libre con Brianna y sus vecinos, disfruté de un glorioso fin de semana de borrascas atlánticas y sol deslumbrante con Brigit, y probé una clase de tallado de madera con Margaret. (No era para ninguna de las dos).

A pesar de mis muchas actividades, me sentía sola. Pero era culpa mía. Nadie me había obligado a acostarme con Luke.

Y no estaba rota, como cuando me había dejado Luke seis años antes.

—Rachel, no importa lo que pienses, tu vida no ha terminado —dijo Claire mientras subía por la ladera de una colina—. Seguro que no estarás sola para siempre.

—No estoy sola. Quiero a mucha gente y ellos me quieren a mí.

—Sí, pero… —Vaciló—. ¿Sobrinas? ¿Hermanas? ¿Gente con la que trabajas? —Meneó la cabeza—. No.

—Para ser una supuesta feminista, tienes algunas ideas preocupantes.

—Solo estoy siendo sincera, diciendo lo que todo el mundo piensa pero teme decir. ¿Igualdad salarial? Muchas gracias. ¿Hombres jinetes? Gracias, también me los quedo. ¿Y qué me dices de Murdo? Ahora está soltero. Por eso se ha mudado al nuevo apartamento.

—No metas al pobre Murdo en esto. De todos modos, en mi vida no hay lugar para los hombres —dije de forma irónica—. Estoy trabajando en mí.

—Sé que estás siendo graciosa, pero ¿qué significa eso exactamente, Rachel? Oigo a la gente decirlo y, sinceramente, no tengo ni idea.

—Significa que debo sentir mis emociones incómodas y no adormecerlas.

—Pero ¿cuál es el verdadero «trabajo»?

—Sentir las emociones es el trabajo.

—¿Es así de pasivo? Siempre hacen que parezca que estuvieran… qué sé yo… hurgando en su interior, moviendo el bazo dos milímetros a la izquierda, echando un buen vistazo a su páncreas. ¿No adormecer los sentimientos? ¡Eso es fácil!

No para todo el mundo. Claire era la leche.

—¿Qué edad tiene Murdo? —preguntó.

—Demasiado joven.

—¿Significa eso que te gusta?

—No me gusta. —Tal vez Murdo fuera sexy, no lo sabía, porque tenía esos gigantescos lóbulos de las orejas perforados, tan grandes que podrías pasar una zanahoria por ellos. Eran un obstáculo inmediato.

—Mi sentido arácnido me dice que, si fueras hasta Quin y te arrastraras, probablemente te aceptaría de nuevo —dijo Claire con aire pensativo.

—Y, con la misma facilidad, podría haberse casado con Golden. O haber conocido a otra persona. Seguro que me odia.

—¿Tú le odias a él?

—No. —Al ver su mirada incrédula, añadí—: Casi siento… lástima por él.

—¿Por Quin?

—Claire, sé que parece seguro de sí mismo y, supongo, privilegiado. En algunos aspectos lo es. Pero en otros es inseguro, se ofende con facilidad. No lo odio en absoluto.

—¿Aunque se haya acostado con la de la cara roja?

—Eso fue… duro. Pero la gente dolida hace daño a otras personas.

Negó con la cabeza.

—Madre mía, Rachel… Yo tendría ganas de matarlo, joder.

—Hablando de eso… ¿Cómo van las cosas entre Adam y tú?

Claire hizo una pausa, apoyando una fuerte bota de montaña en una roca para estabilizarse, y sonrió.

—Adam y yo… síií. Él es… —Otra sonrisa soñadora—. Genial.

—Así que ¿ya no le odias?

—Le quiero —respondió con sequedad.

¡Por el amor de Dios! Era imposible mantenerse al día.

—El intercambio de parejas no era para nosotros —sentenció—. Las cosas fueron bastante complicadas durante un tiempo. Pero hemos vuelto a la normalidad, sexo tres veces al año, y al menos lo intentamos.

OceanofPDF.com

84

No habían dado ni las siete cuando me desperté a la mañana siguiente. Era domingo y tenía un día muy ocupado: primero, una clase de yoga al amanecer; luego, una reunión de Narcóticos Anónimos, y después, el *brunch* de cumpleaños de Margaret, aunque no debíamos llamarlo «*brunch*», dijo Claire, porque ¿qué éramos, un Puñado de Ordinarias?

Mientras me ponía los *leggings* de yoga (que eran iguales que el resto de mis *leggings*), me acerqué a la ventana del dormitorio y miré una vez más el árbol de Yara.

—Florece —le rogué—. Por favor. ¿Por qué tardas tanto?

De repente me di cuenta de que me había reconciliado con el hecho de no haber tenido más hijos.

Comprendí que era cosa de la jardinería. Durante los últimos años, esas largas horas encerrada en un lugar, sin nada que me distrajera de mis propios pensamientos, dando testimonio de la vida, la muerte y una forma de resurrección, me habían obligado a hacer el duelo y después a sanar por fin de forma lenta y gradual.

Mi gratitud era tan inmensa que me mareaba. Me recosté durante varios minutos para asimilarlo.

Al fin volví a ponerme en movimiento y estaba hurgando en mi cajón, buscando calcetines antideslizantes, cuando recibí un mensaje en el móvil; alguien se había despertado temprano.

> Solo quería comprobar… que no te has olvidado de enviarme fotos del árbol de Yara. L :-x

¡Por favor! Prácticamente había estado murmurando conjuros de pie junto al árbol para que aparecieran las flores.

No lo he olvidado, pero está tardando mucho. ¿La semana que viene quizá? Crucemos los dedos ☺ :-x

Sin aliento, miré el teléfono a la espera de una respuesta.

¿Me envías una foto hoy igual? :-x

Vale. ¿O puedo llamarte por FaceTime ahora mismo y enseñarte imágenes no muy emocionantes en directo? :-x

¡Hazlo! :-x

Mientras bajaba corriendo las escaleras y salía al jardín, pulsando los iconos desesperadamente, la cara de Luke apareció en la pantalla.

—Hola. —Me emocioné al verlo.

—Hola. —Lo noté cohibido—. ¿Te parece bien esto?

—Es perfecto. ¿Qué hora es allí?

—Justo pasada la medianoche.

—¿De anoche?

—Sí. —Se rio—. De anoche. ¿Esa es Crunchie?

Crunchie ladraba y corría en círculos presa de la emoción, pues captaba mi estado de ánimo.

—¿Te acuerdas de Luke? —Le mostré la pantalla—. Te gustó.

—A mí también me gustó ella. —Le oí decir a Luke.

—Bueno. —Me moví alrededor del árbol, mostrando los pequeños brotes desde todos los ángulos—. No hay mucho que ver ahora mismo. Pero una semana o diez días más deberían bastar. Lo siento, este año va más despacio. Así que haré algunas fotos o… ¿Puedo llamarte?

—¡Llámame! Sería genial. Oye, no te estoy… entreteniendo, ¿verdad? ¿Tienes que irte?

—No, en absoluto. —A la mierda la clase de yoga…

—Entonces… ¿te quedas a hablar conmigo? ¿Unos minutos?

—Hum, claro.

Me senté con las piernas cruzadas en la hierba, y Crunchie se abrió paso en la pantalla.

—¿Estás teniendo un buen fin de semana? —preguntó Luke.

—Ocupado. Ayer por la mañana Claire y yo fuimos de excursión, y luego planté capuchinas y amapolas. —Me levanté y me dirigí a un parterre —. Te lo voy a enseñar. Mira. Acianos. Estos de aquí son girasoles; hoy no son muy impresionantes, pero lo serán en algún momento. Más tarde tengo una reunión de Narcóticos Anónimos y luego la comida de cumpleaños de Margaret. ¿Y tú?

—Solo… cosas. —Fue un poco cauteloso. Cosas de Kallie, supuse. Me dolió.

«No seas así».

Yara tenía razón. Así que, en un lugar de mi interior se produjo una transacción: no tenía derecho a sentir celos de Kallie. Luke me había ofrecido amistad, y era algo que yo quería.

No suponía ninguna sorpresa que me viera atrapada en fantasías sobre Luke: esas nueve horas con él habían sido trascendentales. Pero…

«… se pasará».

—¡Cuéntame todo sobre eso de que ahora eres jardinera! —dijo.

Me senté de nuevo, y Crunchie saltó en mi regazo.

—Fue algo completamente accidental. Cuando estaba con Garvaret…

—¿Quién?

—Garv y Margaret. Viví con ellos al volver de Nueva York. —Había dicho aquello y lo crucial era que lo había hecho sin amargura; ese asunto de la amistad con Luke estaba funcionando—. Garv es un gran jardinero y me enseñó la magia.

—¿Y cuál es la magia?

—Proteger mis plantas de semillero, verlas brotar de la tierra, alcanzar la belleza, luego morir y después que crezcan más en su lugar. Me llevó tiempo entenderlo, pero me ha ayudado a vivir con su pérdida. —Una repentina curiosidad me llevó a preguntar—: ¿Hay algo que te haya ayudado a ti?

—Montar a caballo. —Su seguridad fue inesperada—. En serio, me salvó. En algún momento de ese segundo y horrible año en Denver lo probé. Enseguida supe que había encontrado lo mío.

—Daba por hecho que habías empezado por Kallie.

—Al revés. Cuando la conocí, a menudo pasaba fines de semana enteros recorriendo senderos. Me decía que nunca me veía. Tenía razón. Pero supongo que yo era demasiado… egoísta para comprometerme, así que, aunque a ella le daban miedo los caballos, dio clases. Ahora es muy buena.

—Vaya. Es muy decidida.

Se rio. Su voz desprendía afecto.

—Sí que lo es.

—Luke —me obligué a decirlo—, me cuesta imaginarte como a alguien egoísta. Tú no eras así.

—Aaah. La vida. —Parecía triste—. Pasa y nos cambia… En fin… Bueno, ¿quién va a la fiesta de cumpleaños de Margaret?

—Nada de hombres, solo todas las mujeres Walsh. Nosotras cinco, además de mi madre, Kate, Francesca y Molly. Y Emily, la amiga de Margaret.

—¿Y Holly? —preguntó.

—Demasiado joven. —Pero me conmovió que se acordara de ella.

—¿Y la Mejor Amiga de Helen, Bella Devlin?

Me eché a reír.

—¿Cómo es que la conoces?

—La conocí en la fiesta de tu madre. —Sus ojos se desviaron. Hubo un segundo, un atisbo de incomodidad, al recordar esa noche, luego continuamos—: Dime, ¿Anna está otra vez en Irlanda? ¿Va de visita… con qué frecuencia?

—Cada dos meses, a veces más a menudo si está en París por trabajo.

—¿Piensa alguna vez en volver? Ya que tus padres son…

—¿Viejos? No pasa nada, puedes decirlo, Luke.

—Mayores. ¿Le preocupa a Anna?

—No creo. Su vida está en Nueva York; su trabajo, su apartamento. Y no me imagino a Angelo viviendo aquí. De todos modos, viene mucho. Transporte aéreo, ¿sabes? ¿Cómo te sientes desde que tu madre…?

—Dilo, Rachel. —Estaba sonriendo—. Puedes decir la palabra.

—Desde que falleció.

—Todavía es pronto. Pero estoy bien. No ha hecho que odie a todo el mundo…

—¿Así es como te sentiste después de lo de Yara?

—Sí. —Exhaló un suspiro muy sentido—. Con sus tonterías y su lástima. No sabía lo enfadado que estaba. ¿Y tú?

—Bueno, ya sabemos cómo lo «sobrellevé» yo. —Y añadí—: Lo siento mucho, Luke.

—Para. Por favor, Rachel. —Incluso con la incomodidad de la pantalla, nuestras miradas parecieron cruzarse.

—¿Cómo está tu padre? —pregunté.

—Es un incordio. —Se rio—. No piensa irse de este mundo sin dar guerra.

—Solo tiene… ¿cuántos? ¿Setenta y ocho años? Es joven.

—Bueno, él quiere ver el mundo «mientras pueda». A ver, me parece bien. Vamos a llevarle a Las Vegas y a Palm Springs el mes que viene. Después de eso ya está hablando de Cuba. Pero me alegro de pasar tiempo con él. —De pronto se puso serio y dijo—: Sin duda la muerte de mi madre ha cambiado mi perspectiva… —Y entonces saltó—: ¡Tienes que ir a tu reunión y yo debo irme a dormir!

—Luke, ¿estás bien?

—Sí. Lo que pasa es que… Supongo que siento no haber visitado a mi madre más a menudo. Ya nunca recuperaré esos momentos. Pero no somos adivinos. Y teníamos una gran relación, de eso no cabe duda. Pero sí, es algo con lo que tendré que vivir.

—Luke…

—Entonces ¿me avisarás de cómo va el árbol de Yara? ¿Piensas que dentro de una semana? ¿Más?

—Pongamos una semana. ¿Cuándo te viene mejor que te llame? ¿Por la mañana? ¿Por la noche? Con esto de la diferencia horaria… —Fue un intento furtivo de averiguar su rutina con Kallie.

—Me viene bien a cualquier hora. —Eso no me proporcionó ninguna información—. Lo digo en serio. Cualquier hora está bien. Cuídate, Rachel.

—Tú también.

Y desapareció con un ruido sordo.

Soy yo. Comprobando cómo estás de forma regular. He oído que has empezado a hablar con los árboles. ¿Estás bien? ¿Sí? ¿No? Me basta con una respuesta monosilábica. No es necesario que escribas Juego de Tronos.

Sí, respondí.

—Bienvenidos al *brunch* de bebida ilimitada. —Una joven camarera con coletas y un bonito sombrero nos pasó las cartas.

—La comida —dijo Claire con firmeza—. Son casi las dos. Es hora de comer.

—Claire… —La miré de reojo—. Déjalo.

—Sí, lo siento. —Apartó la jarra de mimosa—. Nada de esta mierda para mí, me gusta que mis bebidas alcohólicas tengan alcohol de verdad, ya sabes. Tomaré un negroni, gracias.

—¡Hola! —La amiga de Margaret, Emily, había llegado, y nos levantamos para darle un abrazo.

Francesca y Molly fueron las siguientes en aparecer, luego Helen y Kate, y por último mamá y Anna.

—No sé qué es peor —murmuró Claire, volviéndose hacia mí—. Que sea un «*brunch*» o que sea un «*brunch* de chicas».

—Es el cumpleaños de Margaret —repuse entre dientes—. Puede escoger lo que quiera.

—Oye —dijo Helen—. Tengo una pregunta. Si mi bebé es una niña, ¿sería raro llamarla Bella Devlin?

—Sí —contestó Claire—. Maldita lunática. Serían hermanas.

—Y se llamaría Bella Devlin Devlin —intervino Kate.

—Bueno, ¿qué bebé? —preguntó Anna.

Todas miramos a Helen de golpe, electrizadas al comprender.

—¿Qué bebé?

Ella se movió con incomodidad.

—Sí. —Se mostró avergonzada—. Sí. Estoy de seis semanas.

—¿Por qué no nos lo has contado?

—No lo sé. Puede que estuviera en *shock*.

—¿Qué dice Artie?

—Todavía no se lo he dicho.

—¡Helen!

—Bueno, estoy de seis semanas, lo que en realidad significa solo cuatro. No es nada. No es una garantía de… —Parecía inesperadamente afligida.

Su mirada se dirigió a la mía. Nos fundimos en un abrazo solemne mientras el miedo me atenazaba el corazón.

Más tarde, cuando ya nos íbamos, la agarré.

—Helen, si alguna vez notas algo raro, lo que sea, llámame a mí, díselo a Artie, haz algo —insistí—. Pero no lo ignores. ¿Me oyes?

—Sí, vale. Gracias.

—Aunque sea una pequeñez. No te avergüences por lo insignificante que pueda parecer. Tómatelo en serio.

—Pero en tu caso no hubo señales, ¿verdad?

—Puede que las hubiera. Tal vez no me diera cuenta. No cometas los mismos errores que yo.

—¡Oh, Rachel!

OceanofPDF.com

85

No había dejado de pensar en Liberty y en Finley. En todos los Quinlivan. Pero pensaba que los padres y hermanos de Quin estarían mejor preparados que sus hijos para asimilar mi repentina desaparición de sus vidas.

En vista de cómo se estaban desarrollando las cosas, probablemente fue una bendición que nunca hubiera asumido un verdadero papel maternal con los niños. Sin embargo, nos llevábamos bien. Les tenía mucho cariño y me parecía mal desaparecer sin dar explicaciones.

Pero no estaba segura del protocolo a seguir, sobre todo porque no tenía ni idea de lo que les había contado Quin. ¿Era una «perra infiel»? ¿O había contado que la ruptura había sido decisión suya? De hecho, ¿estaba Golden instalada en la cocina de azulejos blancos y negros de Quin, bebiendo té en mi taza y ayudándole a buscar el tahini?

Realmente no me gustaba esa idea, pero era imposible dejar mi aversión por Golden fuera de toda la situación, establecer mis sentimientos exactos.

Varias veces me había puesto a escribir un email a Quin para preguntarle si podía escribir a sus hijos. Pero el recuerdo de aquella última mañana en su salón, en la que ambos confesamos haber engañado al otro, proyectaba una sombra alargada. Hubo tanto rencor que me resistía a ponerme en contacto con él por miedo a recibir más de lo mismo.

Algo más me lo impedía: no tenía ni idea de si las cosas habían terminado para siempre con Quin. Su ausencia me sorprendía todos los días, casi me dejaba en estado de *shock*. ¿Significaba eso que le quería? ¿Lo suficiente para superar lo que ambos habíamos hecho?

Lo único que sabía con seguridad era que no sabía nada.

—¡Bueno, gracias!

Era miércoles por la mañana, y por fin empezaron a abrirse las flores de Yara. El domingo por la noche, después del *brunch* de Margaret, creí detectar que los capullos, tan cerrados, se habían aflojado un poco. El lunes no tanto. Ni el martes. Pero de la noche a la mañana se habían producido grandes cambios.

«Díselo».

> Luke, las flores han comenzado a abrirse. Pinta bien para el fin de semana. ¿Te parece si te llamo por FaceTime el sábado por la noche, alrededor de las 11.30? ¿Demasiado tarde? :-x
>
> No es demasiado tarde. Pero ¿muy temprano para que te levantes? ¿A las 6.30 de la mañana? ¿Quieres llamarme más tarde? Me parece bien. L :-x
>
> Las 11.30 me parece bien. Hablamos entonces :-x

Para el sábado por la tarde, el árbol era una explosión de pétalos rosados.

—Quédate así —le advertí a Yara—. Será mejor que estés perfecta mañana por la mañana.

«Lo estaré. —Y añadió—: Ja, ja, ja».

No era necesario que Luke me ofreciera que le llamara más tarde, estaba despierta a las cinco de la madrugada. Aun así, me dio tiempo de juguetear con mi pelo y con mi piel y, básicamente, obsesionarme.

Fresca, esa es la imagen que quería dar. Simpática.

Adorable, en realidad. Por qué no admitirlo. Era algo que no debía anhelar, pero el corazón quiere lo que quiere.

En el jardín, el árbol se veía perfecto. Dieron las seis y media y, casi sin aliento por la impaciencia, hice la llamada. Y allí estaba él, con una sonrisa en los labios.

—Hola. —Tuve que luchar contra las ganas de abrazar el iPad—. ¿Cómo estás?

—Bien. Muy bien, de verdad. Así que… Vamos a ver el árbol de nuestra niña.

La pena era tan intensa que durante un momento se me cortó la respiración. Al girar la cámara, sin embargo, el dolor dio paso a un cierto orgullo.

—Maravilloso, ¿verdad?

—Desde luego. Pero claro que lo es. Ella era maravillosa.

«Gracias».

Después de rodear el árbol dos veces, volví la cámara hacia mí.

—Te enviaré un montón de fotos. ¿Y quieres algunos pétalos?

Parecía sorprendido.

—¡Sí! Me encantaría.

—Pásame tu dirección y te los envío por correo.

—Vale, gracias. ¿Qué tal la semana?

Una imagen de Helen pasó por mi cabeza.

—Bien —contesté al cabo de un segundo.

Se quedó inmóvil.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Rachel? ¿Pasa algo?

¿Debía decírselo?

—Mi hermana Helen está embarazada.

—¡Hala! Madre mía. —Parpadeó—. Eso es… ¿el mundo está listo? ¿Y tú te sientes…? Cielo, no pasa nada por sentir celos.

—No es eso. Me preocupa que todo salga mal.

Desde que Helen había anunciado su embarazo, la ansiedad había anidado en mi pecho.

—¿Hay alguna razón para pensar que podría ser así?

—Ninguna. Las posibilidades son mínimas. Lo que pasa es que sé que esas cosas ocurren. Me refiero a que mi cuerpo lo sabe, si es que eso tiene sentido.

Luke exhaló un suspiro.

—Sí. Con suerte será estupendo.

—Luke… ¿Qué es eso de los celos? ¿Tú te sientes así?

—¿Yo? ¡Qué va!

Los dos nos reímos.

—Solo que… —Meneó la cabeza—. A veces… Ahí está Joey, engendrando niños como un conejo…

—¿Cuántos tiene ya?

—Cuatro. Lo sé, no es una multitud. Pero apenas ve a su hijo mayor… A veces me gustaría…

—¿Hablar en serio con él?

—Sí. —Sonrió—. Muy en serio. Pero está bien. Duele, pero está bien. Todo lo bien que cabría esperar.

—¿Qué tal llevas lo de tu madre?

—Estoy haciendo terapia de duelo.

—¿De verdad? —No sé por qué me sorprendía tanto; a fin de cuentas, me había dicho que había visto a un terapeuta cuando se mudó a Denver.

—¡Oh, sí! ¡Así soy yo ahora, Rachel! Me enfrento a mis problemas. —Me reí. No pude evitarlo—. ¿Qué más planes tienes? —preguntó.

—Dentro de dos semanas voy a pasar el fin de semana con Brigit.

—¡Oh, eso es genial! ¿Cómo está la Brigit del condado de Madison? ¿Sigue en ese increíble lugar?

—Ahora es aún más increíble.

—Rachel, ¿sería raro? ¿Podrías llamarme por FaceTime desde allí?

—Bueno, claro. Puedo enseñarte algunos de los cambios. Han convertido el antiguo establo de vacas en un estudio para talleres de yoga o cursos de pintura. Con alojamiento. La nueva carrera de Brigit, con suerte. Hay un curso de pintura más adelante en el verano. Estoy trabajando en ello.

—¿Haciendo qué? —Luke parecía confundido—. ¿Ofreciendo terapia?

—¡Disculpa! También tengo otras habilidades, ya sabes.

—Oh, claro que lo sé.

—Voy a ayudar a Bridge. Cocinaré para los huéspedes.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Tú?

—¡Ja, ja, ja! ¡Pues sí! Las cosas han cambiado de verdad. Ahora cocino.

—¡No doy crédito! —Parpadeó con excesivo dramatismo.

Antes, ni Luke ni yo sabíamos cocinar. Creíamos que sabíamos, porque nos las arreglábamos para hacer ocasionalmente algún salteado, pero cuando se trataba de algo elaborado, descubríamos que no teníamos ni idea.

—¿Te acuerdas de la noche que vinieron a cenar mis supervisores de la Casa de la Esperanza? —pregunté de repente.

—¿Que si me acuerdo de…? Ay, Dios. —Había estado intentando conseguir un puesto permanente, y el miedo me había hecho embarcarme en un menú demasiado ambicioso. Luke había sido mi ayudante y ambos

estábamos fuera de nuestro elemento—. Me gritabas instrucciones del libro —dijo Luke—. ¿Qué era lo que repetías? «¡Cortado en rodajas finas! ¡Luke, estas chalotas no están lo bastante finas!».

—Y tú dijiste: «Están tan finas que ni se ven, joder».

—Entonces me quité de mala manera el delantal…

—Que yo te había obligado a ponerte…

—Lo tiré al suelo y dije: «¡ABANDONO!»

A los dos nos dio un ataque de risa al recordarlo. Me moría, igual que él, y la liberación fue gozosa. Todas las emociones incómodas que albergaba en mi cuerpo, desde la misma boca del estómago hasta la tensión que me atenazaba el pecho, se esfumaron. Fue magnífico.

Me limpié la cara y levanté la pantalla. Mis ojos se clavaron en los de Luke.

—¡ABANDONO! —repetí. Y todo comenzó de nuevo.

—No recuerdo la última vez que me reí así —dijo Luke cuando recuperamos el control—. En fin, yo debería irme a la cama y tú tienes que seguir con tu día. ¿Hablamos en su aniversario?

—Sí. Sí.

—Intenta no preocuparte por Helen.

—Gracias. —Sonreí, todavía con el ánimo por las nubes—. Cuídate.

Y se fue.

¿Me lo había imaginado?

¿O de verdad había estado coqueteando conmigo?

¿Cuando se mostró de acuerdo en que tenía otras habilidades además del asesoramiento? ¿El brillo en sus ojos? ¿La forma en que había dicho: «Oh, claro que lo sé»?

¿Me lo había imaginado?

¿O así era ser amiga suya?

OceanofPDF.com

86

Los últimos diez minutos del trayecto eran siempre los más hermosos. A ambos lados de la angosta carretera llena de baches, había agrupaciones de rocas de color gris verdoso y campos que se hundían y se elevaban de forma abrupta.

La enorme extensión de cielo malva amenazaba lluvia; torrencial, por la pinta que tenía. Sin embargo, en cuestión de segundos, las nubes habían cambiado a un gris azulado menos ominoso y, justo cuando llegué a casa de Brigit, el sol brillaba.

Había estado allí con Luke y también con Quin, y en ese momento estaba allí sola.

«¿Sabes que no tiene por qué ser uno u otro? —De repente la voz de Yara sonó alto y claro en mi cabeza—. No tiene por qué ser Quin o Luke. Puedes tener una vida muy feliz sin ninguno».

Vaaaleee. Tuve que sentarme un momento para asimilar su sabiduría.

Llegó Brigit, corriendo en vaqueros y con un jersey áspero, con los brazos abiertos. Verla me resultó sorprendentemente maravilloso.

—¡Llegas pronto! —Me abrazó y medio bailamos medio forcejeamos en su jardín.

—De eso nada. Pero ya conoces mi teoría. —Que las exchicas de gran ciudad se pasaban de la raya aceptando todo ese rollo místico de que el tiempo en Connemara era elástico. Las recién llegadas eran siempre las peores.

—¿Qué le pasa a tu pelo? —pregunté.

—Me compré uno de esos esprais de Krazy Kolors en Dealz y solo tenían color carmesí. Se corre con la lluvia. Seguro que más tarde lo verás

en acción. Bueno, entra, almorzaremos todos y luego iremos a casa de Femke a por un tarro de harissa rosa.

Cada vez que iba de visita, la mayor parte del tiempo la pasaba en el asiento del acompañante del *jeep* de Brigit, cruzando el pueblo de Maumtully, dejando y recogiendo cosas. Era un billón de veces más agradable y unía más que pasar un día en el *spa* o tomar el té una tarde.

—¿Femke es la encantadora mujer holandesa de la mansión?

—La misma.

En la casa de ensueño abracé a Colm y a los cuatro niños: Lenehan, de quince años, dulce y directo; Sully, de catorce, un chico encantador y seguro de sí mismo; Ree, de diez, charlatana y descarada, y Queenie, de nueve, suspicaz e hilarante.

Brigit puso una barra de pan grande sobre la mesa.

—Melaza y nueces. —Luego una pesada cacerola de cerámica—. Sopa de verduras.

—¿La has hecho tú? —pregunté.

—¿Estás loca? ¿Te acuerdas de Arthur Ankles? —Un exfutbolista galés que sufrió una crisis nerviosa y se aisló del mundo—. Ahora está trabajando en el hotel, preparando comidas. Se le dan muy bien las sopas y los panes. Y, oh, Dios, ¡sus galletas de avena!

Fuera, los verdes eran de un esmeralda intenso bajo el resplandor del sol; después, la luz bajaba y el paisaje adoptaba un tono salvia apagado.

—Esto es ridículamente precioso.

—Intenta decir eso un día de noviembre —repuso Colm—. Cuando ha estado lloviendo durante una semana y media, y el camión de vino del Lidl se retrasa.

—Ja, ja, ja. Solo lo dices porque te da vergüenza lo maravillosa que es tu vida.

En cuanto comimos, Brigit me condujo al *jeep* salpicado de barro y salimos a toda velocidad por la carretera llena de baches. Al doblar la península, apareció una playa inmensa; el viento azotaba los granos de arena blanca. Más allá había una extensión plana de color gris plateado.

—Está bajando la marea —dijo Brigit, que viró con brusquedad tierra adentro, en dirección a la ciudad.

En la calle principal nos cruzamos con un hombre larguirucho delante de la ferretería.

—¡Padraig! —exclamó Brigit, y frenó en seco—. Solo tengo que devolverle el traje de neopreno. —Saltó del *jeep*—. Dos segundos.

La seguí, porque sabía que una entrega de dos segundos de un traje de neopreno se convertiría en quince minutos de charla intensa. No me importaba lo más mínimo, ya que estaba de vacaciones.

Padraig tenía un montón de noticias: había habido «jaleo» en la lechería; el hotel había ofrecido a Arthur Ankles un contrato hasta Halloween, y a las autoridades les preocupaban «unos jóvenes que vienen de Dublín» para las vacaciones de agosto. Al parecer no querían que se repitiera «lo del año pasado».

A los cinco minutos de charla, cuando empezó a lloviznar, ni Brigit ni Padraig se dieron cuenta. Mi teoría era que, para cuando llevabas medio año viviendo allí, te salía un recubrimiento que repelía el agua. No del todo impermeable —no sobrevivirías a un chapuzón en un barril pluvial, por ejemplo—, pero las precipitaciones leves ya no te calaban.

Después de despedirnos —por fin— de Padraig, sacamos dinero del cajero automático, fuimos a por una receta para Ree, recogimos un enchufe para el pajar del suegro de Brigit y fuimos a la mansión de Femke, donde nos ofrecieron bebidas calientes de una máquina diseñada por Dolce & Gabbana.

Volviendo por la vieja carretera del pantano, dije de pronto:

—¿Bridge? ¿Alguna vez te he dado las gracias por salvarme la vida hace veinte años?

—Sí. —Parecía sorprendida—. Muchas veces. ¿Por qué?

—Solo quería dártelas otra vez.

—De acuerdo. De nada. Es porque estás en contacto con Luke, ¿no? ¿Te trae recuerdos?

—Entonces ¿voy a estar bien?

—Ya estás bien. Mira toda la libertad de la que disfrutas.

—¡Tienes razón, Bridge! —Me di cuenta de repente—. Puedo hacer cualquier cosa con mi vida.

—¿Por ejemplo? Vamos, Rachel, cuéntame.

Eso era lo que solíamos hacer cuando compartíamos apartamento: crear hermosos futuros la una para la otra.

—Vale —dije—. Me iría a Londres, donde me haría amiga de una anciana elegante que vive en un apartamento de gracia y favor, sea lo que sea eso. Tiene una cantidad enorme de fabulosos bolsos *vintage*: Chanel, Hermès, Goyard, más Chanel…

—¿Y te los regala a ti? —Brigit jadeó.

—Ah, no. Es una fantasía, pero nada es tan fácil.

—¡Lo tengo! Está de capa caída, no sé, por una disputa con su hijo o algo así. Propones que venda algunos de los bolsos…

—Pero le mortificaría ir a la tienda de intercambio de artículos de lujo de la ciudad, así que yo realizaría los trámites por internet, dirigiría todo el cotarro, subiendo las imágenes a la página, creándole una cuenta de PayPal y ocupándome de toda la gestión…

—Colm te ayudaría, si tuvieras algún problema informático…

—Me vendría bien, gracias. Así que la anciana…

—¿Cómo se llama? Algún nombre pijo. ¿Perséfone?

—Perfecto. Así que Perséfone estaría impresionada. Pero ella no quiere pagarme…

—¿Es tacaña? La gente pija suele ser tacaña.

—Bueno, no, está sin blanca. Por la disputa con el hijo. Pero me da un bolso gratis por cada diez que venda.

—¡Ah, diez no, Rachel! Cada ocho.

—Que sean siete. Vale, seis. Y siempre me llevaría un Chanel.

—No puedo creer que hubo un tiempo en que me importaban las marcas…

—Eres un ser evolucionado, Bridge…

—Aun así, me alegro por ti.

—De cualquier manera, en algún momento Perséfone morirá, y no quiero estar triste…

—Quizá no era muy agradable. ¿Odiaba a los irlandeses? ¿Solo te dejó entrar en su piso porque pensaba que eras escocesa?

Eso me hizo reír mucho.

—Entonces descubriría que me había dejado todos los bolsos no vendidos en su testamento. Me sentiría un poco culpable. Aunque fui a su funeral…

—La única persona aparte de su podólogo…

—Pero sería dueña de cincuenta bolsos de Chanel, así que ¿cómo no iba a ser más feliz que una perdiz? Bridge, ¡estaré bien!

De vuelta en la casa, tras un breve aguacero de campeonato, volvió a salir el sol y el mundo entero parecía limpio como una patena.

—Ahora sería un buen momento para llamar a Luke —dijo Brigit—. Antes del próximo chaparrón.

Eran las once de la mañana en Denver, pero Luke contestó sonriente y encantado:

—Hola.

—Pensé que estarías montando a caballo —dije.

—No. Llevo toda la mañana sentado esperando tu llamada.

Me reí.

—Aquí tienes a Bridge. —Le pasé mi iPad.

—Luke —su voz sonaba llorosa—, siento mucho lo de tu madre. Envié una tarjeta a la dirección de tu hermano… ¿La recibiste? —Las lágrimas corrían por su cara—. Estoy bien —dijo, y pasó a reírse—. Solo ha sido un ataque de nostalgia. Me alegro mucho de verte. Siempre serás mi cavernícola favorito de los setenta.

—Troglodita —respondió Luke.

—Rústico.

—Jorobado.

Brigit se partió de risa.

—A caballo —contestó.

—Esta es buena —dijo Luke.

—Deberías venir de visita. Algún fin de semana cuando esté Rachel aquí. Haremos una reunión. Ya somos de mediana edad, eso es lo que hace la gente de mediana edad. Reuniones. ¿Vendrás?

—¡Brigit! —Me levanté y le quité el iPad—. Lo siento —le dije a Luke —. No le hagas caso.

—Entonces ¿no estoy invitado?

Madre mía, a veces todas estas bromas «desenfadadas» resultaban agotadoras. A veces me ponía triste.

—Háblalo con ella. ¿Y qué? ¿Quieres que te enseñe los cambios de aquí?

—Sí. Genial.

Atravesé el terreno irregular y lleno de baches hasta el establo reconvertido, le enseñé los alrededores y luego le llevé a lo largo de la línea de demarcación.

—¿Qué pasa con nuestro lago? —preguntó—. ¿Tienes tiempo para ir allí?

De repente me vinieron a la cabeza las insinuaciones de Kallie sobre las buenas noticias que le habían cambiado la vida y me quitaron todo el optimismo que me quedaba.

No quería recordar el lago mágico porque, aunque fue donde me pidió matrimonio, al final nos divorciamos.

—Solo fue nuestro lago por poco tiempo —dije, incapaz de fingir despreocupación.

—De acuerdo. —Luke también parecía abatido—. Hablamos pronto.

OceanofPDF.com

87

Seguí decaída. Casi nada más volver de casa de Brigit, en el Insta de Kallie apareció otra foto de Luke. Con los codos apoyados detrás de él, en la barra superior de un portón alto, vestido con vaqueros, camisa de cuadros y gafas de sol. A su lado había dos caballos enormes y el pie de foto decía: «Siempre soy más feliz, pasando el rato con estos animales tan sexis».

No era un posado, Luke miraba hacia otro lado. Pero aun así…

—Es ambigua —dijo Claire—. Puede que le haya hecho una foto a escondidas, como la acosadora chiflada que es…

—Claire, de verdad que no es…

—Mira. ¿Por qué no maduras y le preguntas si siguen juntos?

Porque si lo estaban, no creí que pudiera soportarlo.

—Al menos no ha puesto más mierda de esa de «buenas noticias pronto, enviadme vuestros pensamientos y vuestras oraciones» —dijo Claire.

Sin embargo, justo al día siguiente, Kallie aparece en sus historias, toda alegre y resplandeciente. «¡Hola, chicos! ¡Oh, vaya! Necesito toda vuestra energía positiva. ¡Siento mucho no poder contároslo todavía! Pero creedme que al final pueden pasar muchas cosas buenas. Muchas, muchísimas. Es superdifícil no contarlo, pero tengo que hacer bien las cosas».

Después de verlo otras nueve o diez veces, no estaba mejor informada. ¿Pondría eso en sus historias si estuviera hablando de mudarse con Luke, sabiendo que Luke podría verlo?

Aunque puede que Luke no lo viese. No estaba en Instagram.

Madre mía, qué harta estaba de tanta incertidumbre. Tal vez Claire tuviera razón y debería hablar con él.

Pero no hice nada al respecto. Era mucho más agradable existir en un lugar imaginario donde todo era aún posible.

Una semana después, en una cálida noche de junio, Luke me envió un mensaje de texto:

> Perdona si es un mal momento. ¿Te puedo hacer una llamada rápida? ¿Por FaceTime? :-x

Le contesté, apenas capaz de pulsar las teclas:

> Llámame por Fa ceTime, ahora mismo.

Al poco comenzó a sonarme el iPad.

—¿Luke?

—Quería comentarte una cosa. Dentro de unas semanas iré a Dublín. Solo dos días, tengo un par de reuniones. Me encantaría quedarme más tiempo, pero tengo que volver. ¿Tendrás tiempo? ¿Podríamos… vernos?

Tomé aire, atrapada en varios pensamientos contradictorios. A primera vista se trataba de una oportunidad tangible para demostrar nuestra transición a amigos, para descubrir que la noche que pasamos juntos había sido realmente curativa.

Sin embargo, mientras seguíamos separados por siete mil kilómetros, Luke y yo flotábamos en una burbuja aislada en la que yo podía fantasear con que estábamos juntos de nuevo y nada podía contradecirme.

Cuando nos viéramos en persona, la disyuntiva tendría que terminar.

—¿Qué fechas? —pregunté.

—El lunes nueve de julio, tengo que volver el once.

—Oh. —Me sobrevino una repentina desazón, que también supuso un alivio—. Estaré en Transilvania.

—¿Transil… qué? —replicó—. ¿La tierra de Drácula?

Oí la voz de Quin en mi cabeza. «Rachel, ¡este puto palurdo! ¿Este es el tipo al que crees que quieres?».

—No hay vampiros de verdad, Luke. Suena más emocionante de lo que es, pero no puedo escaquearme. Es una larga historia. Quin y yo reservamos hace meses, con nuestros amigos Taryn…

—Oye, no pasa nada. Tranquila. Te veré la próxima vez que esté en la ciudad. —Luego añadió—: Conque vampiros, ¿eh? Lo mejor que yo pude darte fueron los paletos de la Riviera de los paletos.

—Pero era precios…

—Para —dijo de forma afable—. Estaba bromeando. Hablaremos en su aniversario.

OceanofPDF.com

88

—Los patucos que llevaba en el hospital. —Levanté los minúsculos calcetines hacia la cámara—. Un mechón de su pelo. —Con cuidado, saqué objetos de la caja de recuerdos de Yara, tan frágiles y preciosos todos ellos. Apareció una hoja de papel fotográfico—. Todas sus ecografías. ¿Y te acuerdas de esto? El móvil de conejitos para la cuna. ¿Y esto? Las zapatillas de raso que le compraste, ¿te acuerdas?

—Oh, Dios, claro. —Tenía la voz quebrada por la emoción.

—Luke, podrías haberte llevado alguna de estas cosas cuando te fuiste.

Él negó con la cabeza.

—Ya me sentía demasiado culpable. Tenía una parte de sus cenizas, me bastaba con eso.

—¿Has hecho algo con ellas?

—Todavía no. Sigo esperando el lugar adecuado.

—No sé si te acuerdas, pero las enfermeras sacaron el molde de sus pies. Hace unos años conseguí que los reprodujera un orfebre. Mira. —Le enseñé dos pequeñas versiones de plata de los hermosos piececitos de Yara, tan dulces y pesados en el centro de mi mano.

—Oh, Dios. —Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¡Haré un par para ti! Y copias de las ecografías. Te lo enviaré todo por correo en cuanto esté. Aunque puede que tarde un poco. Al orfebre le llevó unos dos meses hacerlos.

—Gracias…

—No, Luke, gracias a ti. Es… Agradezco tener a alguien con quien compartir este día.

—¿Qué has hecho otros años?

—Trabajar en el jardín. Sacar la caja de recuerdos. Llorar. —Me reí a medias—. Ya sabes. ¿Y tú?

—Ensillé a Sombra y me fui a las montañas. Supongo que estar allí, en la vasta inmensidad, pone las cosas más en perspectiva —repuso—. ¿Qué clase de persona crees que habría sido?

—Habría querido que fuera como tú. No te cuesta mucho estar contento… bueno, antes sí. ¿Quizá ahora eres diferente?

Se produjo un largo silencio.

—Dios, no sé cómo responder a eso.

—No pareces insatisfecho ni irritable. Siempre buscando algo mejor.

—No estoy siempre buscando algo mejor. Si tengo algo bueno, me siento agradecido.

—Pues ahí lo tienes. ¿Sabes, Luke?, no quería que fuera como yo. Me preocupaba que fuera una adicta.

—Pero si lo era, lo era. La gente tiene que seguir su propio camino.

—No quería que experimentara ese sufrimiento. Y no quería causarte más preocupaciones, ya habías sufrido bastante conmigo.

—Oye —dijo con voz suave—. No fue tan malo.

—Oh, no. Te hice sufrir tanto que huiste a Denver.

—No pudiste evitarlo. —Luke parecía afligido—. Estaba pensando que… tal vez el año que viene podríamos encontrarnos en Nueva York. ¿En Brooklyn?

Sentí como si me hubieran clavado cien puñales en los pulmones.

—Luke, no podría… —Me dolió respirar—. Para serte sincera, es lo más triste que se me ocurre. Estar allí contigo, donde una vez fuimos tan felices…

—Lo siento. —Se había sobresaltado—. Pensé que podría ayudar.

—Estoy bien. De verdad. Pero esos años, antes de que todo saliera mal… Me horroriza no haber sabido en ese momento lo ridículamente feliz que era. Estoy segura de que en mi lecho de muerte esa será la mejor parte de mi vida.

—Lo mismo digo —convino Luke—. No teníamos ni idea de lo afortunados que éramos.

—¿Qué hizo que fuera tan… especial? —pregunté con aire vacilante.

Tras una pausa reflexiva, tomó aire.

—Las cosas obvias, no. Me atraías, Rachel, sabes que siempre me atrajiste, pero no se trataba de los fuegos artificiales. Era todo lo contrario. Lo que me dabas era… Supongo que la palabra es «alivio». ¿Te acuerdas cuando de niña perdías a tu padre en una multitud solo un momento? Empezabas a asustarte y luego lo veías. ¿Recuerdas esa sensación de alivio? —Se me hizo un nudo en la garganta—. A otras personas les gusta el drama; fíjate en Joey. Bueno, mejor no. Es un desastre. Pero tú me tranquilizabas.

—¿De verdad? Eso es muy… —Me costaba hablar—. Pero ahora que lo has dicho… Cada vez que te veía, antes de que mi cerebro lo captara, mi alma decía: «Todo está bien porque Luke está aquí». Eres muy… íntegro. Supongo que más… inflexible que otros. Siempre supe dónde estaba contigo. Me encantaba.

Luke había sido un hombre sin complicaciones, y con él había caminado hacia la seguridad una y otra vez.

—¿Verdad que fuimos afortunados? —dijo.

—Muy afortunados.

—No llores porque se haya acabado…

—Sonríe porque ha ocurrido. —Me tembló la voz.

—En cuanto a «esa noche»… —Dudó al pronunciar las palabras—. Tenías razón en que fue curativa. Ya había recorrido un largo camino, pero creo que ahora me siento más en paz.

—Yo también. La pérdida de Yara siempre está ahí, como una… una bola de metal desgarrado y con pinchos, en mi carne. Forma parte de cada decisión que tomo y de cada relación que tengo. Pero últimamente se ha vuelto más… ¿suave? ¿Más pequeña? Siempre la querré, pero su pérdida está empezando a integrarse en mi historia.

—Tenemos mucho por lo que dar las gracias. —Esa era la forma correcta de ver las cosas—. Disfruta de Transilvania.

OceanofPDF.com

89

Y disfruté de Transilvania.

Más o menos.

Taryn y Timothy eran la leche como compañía, las colinas y los lagos eran impresionantes, la gente y la comida eran deliciosas, aunque experimenté dos versiones paralelas de todo. Una era la realidad, pero en la otra me acompañaba un holograma invisible de Quin que expresaba opiniones, pensamientos, contradicciones e indicaciones.

Estaba conmigo en cada paso que daba, en cada bocado que comía.

Tanto era así que, la penúltima noche, tumbada sobre las sábanas extrañas, en una casa de huéspedes extraña, en una tierra extraña y hermosa, me levanté de la cama y, segura de repente de que estaba haciendo lo correcto, le envié un correo electrónico en el que le preguntaba si quedaría conmigo cuando llegara a casa.

No tenía claro qué esperaba exactamente —¿quizá solo comprobar que estaba bien?—, pero me sentí más tranquila que en mucho tiempo y dormí bien. A la mañana siguiente, me abalancé sobre mi teléfono esperando que me hubiera contestado, pero no había nada.

Aunque aún era temprano, tal vez no se hubiera despertado todavía.

Durante la caminata de ese día, mientras perdíamos y recuperábamos la cobertura, continué mirando el móvil. Seguía sin responder. Podría estar trabajando. A veces su trabajo era tan intenso que todo lo demás quedaba relegado.

Pero, para cuando mi avión aterrizó en el aeropuerto de Dublín, tuve que afrontarlo: no iba a tener noticias de él.

Desanimada y confundida, ya no estaba segura de que eso fuera siquiera lo que quería. Tenía la sensación de que echaba más de menos a Quin en

Rumanía que en Dublín, lo que no tenía sentido, salvo para demostrar que más de tres meses después seguía sin tener ni idea de lo que me convenía.

Sin embargo, no todo era malo. Desde el aniversario de Yara con Luke, se había producido una sanación sin duda más profunda. La sensación de pérdida no era tan acusada, y todo mi rencor hacia él se había desvanecido.

Incluso había momentos fugaces en los que lo que en secreto llamaba Mis Pensamientos y Sentimientos Importantes se reducían a la nada. Visto desde una perspectiva cósmica, mi vida no era extraordinaria ni importante, era una vida sin más.

Desde esa perspectiva, todo parecía tal y como debía ser: hermoso y malo, doloroso y bueno. Querer que las cosas fueran diferentes no cambiaría nada. Me había pasado lo que me había pasado y solo podía aceptarlo.

Pero había otros momentos en los que me metía en el Instagram de Kallie Lampart para leer cada *post* con atención y buscar pistas sobre Luke y ella.

Tenía una aliada en Claire, lo cual no era necesariamente positivo. Quedó claro el día después de mi regreso de Rumanía, en la merienda de cumpleaños de Molly. Claire, con un vestido de «fiesta en el jardín», muy almidonado, me recibió con sándwiches de pepino y un alegre:

—¡Tres semanas desde la última foto de él y un caballo!

—¿De qué habláis? —Helen había puesto la antena. Se acercó a nosotras con la mano en la espalda, como si llevara dos años embarazada en lugar de catorce semanas.

—De nada —me apresuré a responder.

Helen no tenía nada bueno que decir sobre Luke. Nunca.

Pero fue demasiado tarde, porque Claire ya se lo estaba explicando y, a continuación, Helen se puso a escudriñar las publicaciones de Kallie.

—Es evidente que a Costello no le gusta que le saquen fotos —dijo—. Pero aquí no hay nada que indique que no están juntos. Esta Kallie es una infeliz que publicaría una tonelada de mierda en plan «Mis amigas y yo bebiendo daiquiris de fresa» cada vez que le dieran puerta…

—No sabes nada de ella —protesté.

—¡Estoy embarazada, no ciega! —exclamó Helen, acalorada—. Las pruebas aquí apuntan a que sigue siendo la chica de Costello.

La idea me dio ganas de llorar.

—Puede que estén en su terraza —admití—. Fumando hachís, bailando al ritmo de los Doobie Brothers, pasándoselo en grande.

—¿Los Doobie Brothers? —Helen ya estaba buscando en Google—. ¿Quiénes son?

Al momento siguiente, su teléfono reproducía *Long Train Run nin*, lo que atrajo miradas de asombro desde el otro lado del jardín.

—¡Joder, sí! —Helen se rio de forma descontrolada—. Me imagino a Costello ahí fuera, bailando al ritmo de esta mierda.

«No digas eso. Por favor».

Pero más tarde, cuando casi todo el mundo se había ido, me llevó a un aparte.

—No debería haber dicho que Costello sigue con esa infeliz. Intentaba ser dura por ti, pero ¿no era lo que querías?

—Bueno, yo…

—La cosa es que… vale… tiendo a guardar rencor.

¡No fastidies!

—Dices que recaíste y que no fue culpa suya que te dejara. Es demasiado complicado para mí.

—Valeee.

—Estos son los hechos: disfruto con el rencor, no me gusta renunciar a él. Pero, aunque soy una investigadora privada excelente, no puedo estar segura de lo que pasa entre ellos dos. Esas fotos podrían ser engañosas. Rachel, yo… te pido disculpas.

Una disculpa de Helen era todo un acontecimiento. Pero de nada servía, porque estaba aceptando que era hora de seguir adelante.

El hombre de mis fantasías no era el Luke actual de la vida real, sino uno diferente de tiempo atrás, antes de que me quedara embarazada, antes de que recayera, antes de que la vida se hubiera retorcido y nos hubiera reconvertido en versiones menos inocentes de nosotros mismos. La ironía era que el Luke del que estaba colgada no se habría acostado conmigo, no mientras tuviera pareja.

Mi enamoramiento había durado demasiado. Ya solo me hacía sentir triste. Era hora de superarlo, de agradecer todo lo bueno que me había aportado el reencuentro con Luke, que fuera mi amigo.

OceanofPDF.com

90

Alrededor de una semana después, se me disparó el corazón cuando su nombre apareció en mi teléfono. Sí, vale, Roma no se construyó en un día. La próxima vez lo haría mejor.

—Hola —dije.

—¡Hola a ti también! —Y ahí estaba su hermosa cara—. Bueno, voy a ir unos días a Irlanda de nuevo.

—Oh, claro. Genial. —O tal vez no. El tiempo lo diría.

—¿Podríamos vernos? Estaré allí del catorce al diecisiete de agosto.

—¡Oh, estaré con Brigit! Trabajando en su escuela de verano.

—¿Volveremos a vernos alguna vez? —Se esforzó por mantener un tono jovial, pero parecía exasperado de verdad.

—¿No hay posibilidad de cambiar las fechas?

—No. Es un asunto legal, involucra a otras personas.

—¿El testamento de tu madre?

—¿Qué…? Ah, no —dijo—. Nada que ver.

Se produjo una pausa breve y extraña.

¿Quería que le pidiera detalles? Tuve la sensación de que sí, pero ¿y si solo estaba viendo lo que quería ver? ¿No sería insoportable?

—Entonces… —comencé—, ¿estarás en Irlanda para Navidad? —Como estrategia para entablar conversación, era algo pobre, ya que faltaban cinco meses para la Navidad.

—Nos vamos todos a Malta —respondió, lo que me sorprendió—. Es la primera sin mi madre y este año nadie quiere intentar recrear las comidas de Navidad de Marjorie, es demasiado triste. En lugar de eso, nos vamos a ir tomar el sol. Idea de mi padre. Ha puesto a Vanessa al cargo, pobrecita. —Y añadió—: ¿Te gustaría venir?

—Ja, ja, ja.

—En serio. Somos un montón. Devin y Kate vienen. También la novia del hijo de Mattie y el amigo de la hija de Vanessa. Nadie notaría una persona más.

«¿Va a ir Kallie? ¿Siguen juntos?».

—Tanta gente ha confirmado, luego se ha retirado y luego ha vuelto a confirmar que seguro que hay una cama libre.

«Pregúntale —gritó Yara—. ¡Por el amor de Dios!».

—Ja, ja, ja —repetí sin entusiasmo.

—Bueno, piénsatelo…

Esta vez ni siquiera me molesté en fingir que me reía.

—Oye, he visto al orfebre y tendrá las dos pequeñas piezas listas en unas siete semanas. Así que te las enviaré a la misma dirección a la que envié los pétalos.

—Ah. —Pareció sobresaltarse—. No, Rachel. No. Veamos… ¿Podrías enviarlas a la de Justin? Será lo más seguro.

—¿Puedo mandarlos por Fedex si te preocupa que se pierdan en el correo?

—No. Eh… no. Es que…

—¿Qué? —Entonces saqué de algún lado el valor suficiente para preguntar—. ¿Te estás… mudando?

—Sí.

«¿Con Kallie?».

«¡Pregúntale a él!».

«¡Rachel, por el amor de Dios, pregúntaselo!».

—¿Cómo está Helen? —preguntó después de una pausa larga e incómoda.

Siempre preguntaba, y yo lo agradecía. Nadie más parecía preocupado.

Aunque ¿por qué iban a preocuparse? Helen estaba bien.

OceanofPDF.com

91

—Hola. —Sonreí a una mujer que me resultaba vagamente familiar.

Me había pasado por una reunión de Narcóticos Anónimos de los jueves por la noche en Blackrock. No era una de mis reuniones habituales, pero era tan buena como cualquier otra.

—La cocina está por allí. —Alguien señaló un lado de la sala.

Después de prepararme una taza de manzanilla, estaba buscando una silla cuando noté algo detrás de mí. Me volví y me topé con un corro de rostros radiantes: para mi asombro, eran Chalkie, Bronte, Giles, Roxy y Lowry.

—¡Rachel! —exclamó Bronte—. ¿De verdad eres tú?

—¿Qué…? —Giles parecía conmocionado—. ¿Por qué estás aquí?

Miré a Chalkie, que de forma discreta simuló que se cerraba la boca con una cremallera imaginaria. Estaba claro que no les había contado a los demás que estaba en rehabilitación.

—Por la misma razón que tú —le respondí a Giles.

—¿Es una novedad? —Roxy estaba absolutamente sorprendida—. ¿O…?

—No es una novedad. —Esbocé una sonrisa. Era divertido. Precioso. Estaba encantada de verlos.

Sin embargo, casi mi primer pensamiento había sido: ¿Chalkie y Bronte están juntos? Costaba saberlo con solo mirarlos.

—¿Se nos permite hablar contigo? —preguntó Lowry.

—Pues claro, cretino —intervino Chalkie—. En Narcóticos Anónimos somos todos iguales.

—Y fuera de Narcóticos Anónimos —añadió Giles.

Chalkie le dio su aprobación a regañadientes.

—Aún te convertiremos en un socialista.

—De eso nada.

Sonreí a los cinco.

—Os veo a todos genial.

—Limpios y serenos —dijo Chalkie—. Así somos nosotros.

—¿Cómo es que estáis todos juntos esta noche?

—¡Lo hacemos siempre! —contestó Roxy.

—Vamos de gira —explicó Lowry—. Para no quedarnos estancados. Probamos un montón de reuniones diferentes.

—Somos amigos —dijo Chalkie—. Buenos amigos. —Luego, mirándome, movió los labios en silencio: «Solo eso».

Vale. Bien. Era lo correcto para ambos.

—¿Estáis en contacto con…? —Entonces deseé no haber preguntado. Al menos uno de los patitos recientes no lo habría conseguido.

—Dennis y yo nos mandamos mensajes —respondió Bronte—. Se sentirá *bouleversé* cuando se entere de que hemos estado contigo.

—Yo estoy en contacto con Trassa —añadió Giles—. Le está yendo bien. Muy bien. Y Harlie está bien. Sobria. Va a Alcohólicos Anónimos.

Se produjo un silencio incómodo.

—Ella, sin embargo… —dijo Chalkie—. Ella… eh… volvió a tomar las pastillas.

Se me cayó el alma a los pies.

Pero eso pasaba. No todos los que iban a rehabilitación estaban preparados o eran capaces. O estaban dispuestos. Tal vez el momento de Ella llegara al cabo de un año.

Y tal vez no llegara nunca.

Así era la adicción, su desagradable verdad. Algunos adictos jamás se rehabilitarían.

Mientras tanto había cinco personas ahí esta noche que se estaban poniendo bien y yo había tomado parte en ello. Había mucho de lo que alegrarse.

—Siéntate aquí con nosotros. —Chalkie me instó a sentarme en medio de su grupo de sillas.

—Todo el tiempo que estuviste dirigiendo el grupo —reflexionó Bronte —, ¿estabas en recuperación?

—Nos tenías aterrorizados —admitió Giles.

—Y algo obsesionados —añadió Roxy—. Nos preguntábamos qué hacías cuando no nos asustabas.

—¿Si tenías un gato?

—¿Novio?

—¿Novia?

—¿Dónde comprabas las zapatillas…?

—No me extraña que se te diera tan bien. —Bronte seguía dándole vueltas a mi doble identidad—. ¿Todos los consejeros están en recuperación?

—¿En The Cloisters? Creo que de momento soy la única. Pero la mujer que fue mi consejera cuando estuve allí…

Eso les hizo chillar:

—¡También estuviste en The Cloisters!

—Sí. —Qué monos eran—. Ella estaba en recuperación.

La hermana Josephine. La mejor de todos.

Hacía casi diez años que había muerto, después de haber ayudado literalmente a cientos de nosotros a estar limpios y sobrios. Seguía siendo mi inspiración todos los días.

OceanofPDF.com

92

Cuatro noches más tarde, un lunes, entré en el aparcamiento del centro comercial de Dundrum para ir al Aldi. Tenía veinte minutos antes de que cerrara.

Pasé por delante de Marks & Spencer y me dirigí a la planta de arriba. Alguien me había dicho una vez que era la mejor hora para hacer la compra semanal.

—¿Rachel? —llamó alguien a mi espalda.

Me giré y ahí estaba Quin, nada más y nada menos.

—¡Hola! —Le di un abrazo de manera espontánea. Y con una sonrisa le dije—: Me alegro mucho de verte.

—Yo también me alegro mucho de verte —repuso en un tono menos entusiasta, aunque amable de todos modos.

Nos quedamos ahí, sonriéndonos, lo cual era extraño, porque nuestro último encuentro había sido horrible.

—¿Cómo estás?

—Estoy… —Tuvo que pensarlo—. Estoy bien. ¿Y tú? ¿Qué haces?

Le quité las manos de los hombros, pues no debería sobarlo.

—Voy al Aldi. ¿Y tú?

—Yo voy ahí. —Señaló el Marks & Spencer.

—Por supuesto. —Acababa de recordar quién me había avisado de las compras del lunes por la noche: ¡Quin! ¿Quién si no?

—¿Tienes tiempo para tomar algo? —preguntó.

—Claro. ¿Adónde vamos? Oh, seguro que conoces algún sitio fabuloso.

Lanzó una mirada angustiada alrededor del vestíbulo, con una iluminación intensa.

—Lo mejor que se me ocurre es la cafetería de House of Fraser. Por Dios, no puedo creer que haya dicho eso.

—Ajá, pues vamos.

—Sinceramente, prefiero sentarme en la puerta de una tienda y beber botellas de Buckfast. Tiene que haber algún lugar mejor… ¡Lo tengo! Está a cinco minutos a pie. ¿Te apuntas?

—Claro.

Escapamos del monolito de cristal y cromo, y enfilamos las calles originales del pueblo de Dundrum.

—Aquí, Rach. —Quin empujó una puerta baja en la calle principal y me condujo a través de un pequeño pub hasta un patio lleno de flores. Muy tranquilo, no había muchos clientes esa noche de verano.

—Es precioso —dije—. ¿Por qué me sorprende siquiera?

—Es evidente que pasas el tiempo con el tipo de hombre equivocado. ¿Una copa? ¿Agua con gas? —Quin volvió al cabo de un momento con un botellín de IPA y un vaso de agua. Se sentó frente a mí.

—Gracias, yo…

—¿Y bien? —me interrumpió—. ¿Tu exmarido y tú?

Dios. ¿Sin cortesías, directo al grano? Muy bien.

—Volvió a Denver. Solo fue una vez, ya sabes.

Un atisbo de tristeza iluminó sus ojos.

—Así que fue todo para nada.

No exactamente. Luke y yo no lo retomamos donde lo habíamos dejado hace años, pero algo bueno había salido de nuestra noche juntos.

Quin carraspeó y me miró fijamente.

—Digamos que… me destrozaste, ¿sabes?

—No era mi intención. Lo siento. Yo… sentí… siento muchísimo haberte hecho daño.

—Te he echado mucho de menos. Fue… difícil durante un tiempo. Te quería, lo sabes. ¿Alguna vez… sentiste…?

—Sí, te quería.

—¿Pero?

—No estaba preparada. Para comprometerme por completo. Estaba atascada, tal y como Nola no dejaba de decirme.

Ambos miramos la mesa en silencio. Comencé a rodear un nudo en la madera con la uña del pulgar.

—Lo siento, Rach —dijo en voz queda—. En toda una vida de jugadas de mierda, acostarme con Golden fue la más estúpida de todas.

—Quin, no. La culpa fue mía. —El asunto con Golden me había afectado y dolido. Pero, ya en nuestra primera noche en Barcelona, Quin había intuido lo que yo era incapaz de afrontar: que me había enamorado otra vez de Luke. Quin se había revuelto de dolor, no había podido evitarlo —. Debería haberme alejado de Luke. Cualquiera podía ver que era peligroso, y lo hice de todos modos.

Suspiró con fuerza.

—Me esforcé por ser Don Nada Me Afecta.

Describí círculos furiosos en la mesa con la punta del pulgar.

Quin habló con rapidez y la cabeza gacha:

—Estuve más o menos bien durante la primera semana que él estuvo cerca, luego empecé a sentirme como en las semanas, meses, lo que sea, en que Shiv había dejado de quererme y yo intentaba no saberlo. Cuando te despiertas en medio de la noche y sabes que tenías razón al estar asustado…

—Quin, lo siento…

—Casi fue un alivio cuando dijiste que querías acostarte con él.

—No quiero juzgarte, pero… ¿ya te habías acostado con Golden para entonces? —pregunté con tacto.

Hizo una mueca.

—Me desquité primero, igual que con Shiv. Como si eso fuera a funcionar. ¿Es que no he aprendido nada?

—La próxima vez —respondí—. Entonces lo harás bien.

—No sé yo. Enseñar trucos nuevos a un perro viejo… —Se rio y negó con la cabeza—. Si tu exmarido no hubiera reaparecido, ¿crees que tú y yo habríamos llegado hasta el final?

Eso era algo en lo que había pensado mucho.

—Sí lo creo. Ahora es obvio que no estaba del todo… disponible, supongo que es la palabra. Pero todos tenemos un bagaje y, a pesar del mío, yo era muy feliz contigo.

—Entonces ¿por qué lo hiciste? ¿El atractivo de la comida insípida? ¿La vida «al aire libre»? —Meneó la cabeza—. No. ¿Fueron esos malditos pantalones de cuero… ajustados?

No pude evitar sonreír.

—Tuve la oportunidad de poner en orden gran parte de mi pasado.

Y, al hacerlo, perdí a Quin. Pero todo tiene un coste.

Me preguntaba si Quin y Golden seguían teniendo algo.

—¿Qué hay de ti y de…? —pregunté.

—¿Sigue el Soso con la Estafadora? —preguntó Quin al mismo tiempo.

—¿Quién…? Ah, ¿te refieres a Kallie? Por lo que sé, sí.

—¿En serio? ¡Vaya! —Negó con la cabeza—. Tiene mi respeto. Ha jugado a un juego muy peligroso.

—¿Cómo que a un juego?

—Rach —parecía incrédulo—, ¡estaba observándote para ver cómo te desenvolvías y así atrapar mejor al Señor…! —agitó la mano con desprecio —, ¡Dios del Amor de Pantalones de Cuero!

—No era tan cínica.

—Rach, era una auténtica oportunista. Todavía estoy esperando que me devuelva el dinero de la cita con el médico.

Fingí que fruncía el ceño.

—¿Tal vez si le mandaras un mensaje rápido? ¿Solo un empujoncito?

Y los dos conseguimos reírnos.

—En serio —dije—. Estaba invirtiendo todo su dinero en su carrera musical. Ten un poco de compasión.

—¿Ah, sí? —dijo—. No sabía… Lo siento.

La ironía era que Quin había sido la persona que había jugado a un juego peligroso. Cuando apareció la amenaza de Luke, él se dispuso a afrontarla. Fue Quin quien había reservado esa cita con el médico para Kallie, quien me había convencido para cenar con ellos. Seguro —de forma errónea— de que, cuanto más viera a Luke, menos lo idealizaría.

—Así que lo que estás diciendo es que apostaste por el caballo perdedor —agregó.

Quin no entendía que para mí había sido mucho más que una simple elección entre dos hombres. Luke había irrumpido de nuevo en mi vida

como un catalizador, abriéndome los ojos a complejas verdades y dejando después que las cosas se calmaran.

—El caso es que me precipité al ponerle fin —dijo Quin con torpeza, extendiendo las manos sobre la mesa—. Porque me daba vergüenza ser el perdedor.

Esperé.

—Si el día después de la fiesta de tu madre hubiera podido soportar que estuvieras con… eh… él, ¿le habrías dado una oportunidad? ¿A lo nuestro?

Esperé un poco más.

—¿Has olvidado que ya te habías acostado con Golden?

Eso lo desconcertó, pero solo un momento.

—Así que los dos la hemos cagado. Y ahora estamos en paz.

Las cosas eran muy simples desde la perspectiva de Quin: yo le había hecho daño, él me había devuelto el daño y el contador se ponía automáticamente a cero. Pero yo ya no era la misma que antes de aquella noche con Luke.

Y, en ese momento, quería saber si Quin seguía con Golden. O si estaba con otra.

—¿Cómo están tus hermanas? —preguntó.

—¡Helen está embarazada! De dieciséis semanas.

—¡Hostia puta! Eso es… aterrador. ¿Es la primera mujer embarazada de la historia del universo?

—Hasta ahora nadie había sufrido náuseas matutinas. O dolor en la parte baja de la espalda. Se informará del nacimiento real en las noticias como si fuera un desastre natural.

—¿Y Claire? —Suspiró—. Echo de menos a Claire.

—Ella también te echa de menos. Todos lo hacen. Pero están todos bien. ¿Qué hay de Liberty y de Finley?

Se animó.

—Liberty está bien. Está pasando por una fase más feliz. Y Fin es genial. No hace más que comer.

—Ese es mi chico. ¿Y tus padres? ¿Michelle? ¿Robert?

Podía irse a la mierda si pensaba que iba a preguntar por Shiv y por Garrett.

—Todos viviendo a lo grande. —Me lanzó una mirada irónica—. Triunfando. En todo. En el tenis. Matrimonios felices. Trayectorias profesionales.

Me preguntaba si podía «contactar» con ellos, pero me conformé con decir:

—Dales recuerdos de mi parte.

Quin señaló con la cabeza mi vaso vacío.

—¿Otro?

«Oh». Lo miré con curiosidad. ¿Eran imaginaciones mías o estaba conteniendo la respiración? ¿La contenía yo?

Había cierta tensión, como si hubiera un fósforo preparado contra el pedernal, a la espera de que lo prendieran. Pasó un momento. Y otro. Exhalé.

—No. Gracias. Trabajo por la mañana.

Me observó, y su expresión daba a entender algo.

—Si te mando un mensaje dentro de unos días, ¿podríamos tomar un café?

Estaba tan seguro de sí mismo, era tan persuasivo, que estaba convencido de que aceptaría.

—Quin, ¿qué hay de ti y de Golden? ¿Fue una vez…?

Mi voz se desvaneció al ver que se sonrojaba. Con una risa incómoda, dijo:

—Nosotros… uh… Oye, yo no… A veces… ¿Te acuerdas de Prosser? ¿Que ellos…? Pues todavía sigue.

—¿Y tú también? ¿Eres el *follamigo* de Golden?

—Hummm… No.

Observé fascinada su lucha interna: las consecuencias de una confesión podrían ser incómodas, pero tenía muchas ganas de presumir.

—Es, como suele decirse, complicado.

Al comprenderlo, empecé a reírme.

—Oh, Quin. ¿Quién es ella? ¿No será Shiv?

—¿Shiv? —Puso los ojos en blanco—. No. No la conoces. Se llama Valeria.

¿Valeria? ¿Dónde había oído ese…?

—Trabaja en el aeropuerto, en la terminal privada.

—¡La conozco! Una mañana, cuando fui a buscarte. Es preciosa. Aunque joven. Oh, Quin, no la trates mal…

—Soy encantador con ella. —Me echó una mirada más larga, como si quisiera recordarme lo encantador que podía ser—. Y ella es… genial. Me llama Señor Quinlivan. Cuando estamos… —Se detuvo de forma brusca.

«Madre mía».

—Mira, no es asunto mío, pero no creo que en realidad estés siendo tan «encantador» si todavía andas guarreando con Golden a escondidas.

—¿«Guarreando con Golden a escondidas»? —reflexionó, y luego suspiró—. Y por eso te echo tanto de menos.

—No me echas de menos. Ni siquiera un poco. —Y, con afecto, añadí —: Eres un auténtico imbécil. Adiós, Quin.

—¿Te lo encontraste «por casualidad»? —preguntó Nola—. Chica, ¿crees que me he caído de un guindo?

Me encogí de hombros.

—Anoche, a las nueve menos veinte, ¿era el primer lunes que ibas allí a hacer la compra semanal?

—No.

—¿Con qué frecuencia? ¿Últimamente?

—También fui la semana pasada. Pero no fue exactamente algo consciente.

Nola tomó un sorbo de té de su taza de porcelana y esbozó una leve sonrisa de satisfacción.

—¿Y bien? ¿Averiguaste lo que necesitabas saber?

Tomé aire.

—Ya no hay vuelta atrás con Quin. —Aquella admisión me produjo una mezcla de tristeza y alivio—. Siento mucho afecto por él. Pero ¿como compañero de vida? Ya no —reconocí. Nola tomó otro sorbo de té—. Y él está bien. —Eso era lo que realmente necesitaba saber—. Está bien.

—Ya veo. ¿Y qué sientes por Luke ahora?

Esperé, tratando de poner en orden mis ideas, pero «enamorada» escapó de mi boca.

—¿Obsesionada? No, olvida que he dicho eso. Es solo nostalgia. Con una fuerte atracción física. Es fuerte. Pero se me pasará.

—¿Tú crees?

—¿Qué significa eso? —pregunté, sorprendida.

—Han pasado cuatro meses y no has hecho otra cosa que volverte aún más empalagosa respecto a él. Tal vez deberíais tener una conversación. Como adultos. Puede que él sienta lo mismo.

—No. El Luke al que amaba no se habría acostado conmigo. No mientras tuviera pareja. Ya no es ese hombre.

—¿Sabes que todavía estaba con Kallie cuando se acostó contigo? ¿A ciencia cierta?

—Supongo que no a ciencia cierta…

—Por el amor de Dios, ¿quieres preguntárselo?

Eso era lo que decía Claire, lo que decía Yara. Tal vez debería.

—Dame un día o así, y lo pensaré. —Estaba exhausta por mis incesantes preguntas y preocupaciones en torno a Luke. Además, la minicumbre de anoche con Quin me había agotado por completo—. Ahora mismo tengo que descansar un poco.

OceanofPDF.com

93

Me tambaleé hasta la cama y estaba profundamente dormida cuando me sonó el teléfono; era Claire.

—¿Ha muerto alguien? —Era ella la que se había burlado de Luke por hacer una llamada de verdad.

—No, nadie. Perdona que te llame, pero esto es gordo. ¿Has visto sus historias?

—¿Las de quién? ¿Las de Kallie? —Todavía estaba tratando de hacer que mi cabeza funcionara—. No.

—¿Lo de sus pensamientos y oraciones? Ha conseguido su gran oportunidad. Bueno, una oportunidad. Una de sus canciones estará en un nuevo programa de televisión. Algo en Hulu. Por el alboroto, cualquiera diría que va a entrar en el Salón de la Fama del Rock and Roll.

Hice clic en mi iPad. Y ahí estaba Kallie, rebosante de emoción. Sí, era real; una canción escrita e interpretada por ella iba a salir en el cuarto episodio de la primera temporada de *Widow Spider*, que se emitiría en octubre en Hulu.

«Chicos. —Kallie estaba llorando—. No sabéis cuántas veces he estado a punto de rendirme. He hecho muchos sacrificios para mantener vivo mi sueño. Muchos, muchísimos».

Y desde luego eso tenía que reconocerlo. Había hecho lo que tenía que hacer para vivir su vida mientras seguía manteniendo la fe en sí misma y en su talento.

De acuerdo, tratar de sacarle el dinero a Kate fue algo bastante burdo. Y, si seguía con Luke, estaba muy celosa de ella. A pesar de todo esto, admiraba su determinación.

Por curioso que pudiera parecer, también sentía un extraño alivio. Aunque la vida no tendía a repartir premios de consolación, la buena suerte de Kallie había mitigado los remordimientos por acostarme con Luke. Se merecía un respiro.

Seguía hablando, animándonos a que nos aferráramos a nuestros propios sueños. «Nunca, nunca, nunca os rindáis».

Pero no todos los sueños se hacen realidad.

Muchas veces era mejor alejarse. A menudo era mejor olvidarte de lograr una meta inalcanzable que desperdiciar tu vida.

—Escúchala. —Claire se mostró muy despectiva—. Como si hubiera ganado el Premio Nobel de Imitadores de Taylor Swift. ¡Bueno! Esa era su gran noticia. No casarse o lo que sea con Luke.

Pero Luke se mudaba de casa. Probablemente… bueno, posiblemente… con Kallie. ¿Y yo estaba tan cansada por el tormento de no saber que tal vez ya no me importaba?

¿Estaba sintiendo un cambio en mí, algún tipo de progreso? ¿Quizá lo estaba dejando ir realmente? ¿Quizá me estaba viendo obligada a dejarlo ir?

—Gracias, Claire, mañana hablamos.

—Ah, vale. —Parecía desanimada porque no me había emocionado más.

No creí posible que volviera a dormirme, pero cuando me sonó el teléfono de nuevo, estaba como un tronco. Mientras trataba de despertarme, pensé que si era Claire con alguna otra jodida noticia sobre Kallie, iba a… ¡Oh! No era Claire, era Helen.

Era la una y trece minutos, una hora curiosa para interesarse por mi estado.

—¿Qué tal? —preguntó—. Oye, hay algo que… No sé, pero estoy sangrando.

Me incorporé, horrorizada.

—¿Dónde está Artie?

—En Ginebra. Por eso te llamo.

—¿Sangras mucho? —Me levanté de la cama, saqué un chándal de un cajón, cogí las llaves y busqué el teléfono antes de darme cuenta de que lo tenía en la mano—. ¿Necesitas una ambulancia?

—Yo… —De repente parecía aterrada—. Rachel, no lo sé.

—¿Tienes una hemorragia?

—No. Es como cuando empiezas con la regla. No es fuerte. Pero está ahí.

—Vale. Voy a buscarte. —¿Sería mejor una ambulancia? No tenía ni idea. Pero la única persona en la que confiaba para hacer eso era yo misma —. Vístete, prepárate para salir. Estoy contigo en veinte minutos.

Estaba delante de su casa, pálida y asustada a la luz de una farola. La acomodé en el asiento del acompañante y conduje hasta el hospital. La hice entrar a toda prisa, tratando de ser delicada.

—¡Está de dieciséis semanas! —le dije a la recepcionista—. Está sangrando.

Era difícil no gritar: «¡Véanla ahora! ¡Ahora mismo! ¡Hagan que esto pare!».

Se llevaron a Helen para hacerle un escáner con satisfactoria rapidez. Entonces mi alivio se convirtió en terror: ¿y si el latido del bebé se había detenido?

De inmediato quise hablar con Luke.

Mientras inspiraba durante cuatro segundos y exhalaba durante siete, hablé con Yara y le rogué que hiciera que todo fuera bien. «Inspira cuatro, espira siete. —Diciéndome que Helen estaría bien—. Inspira cuatro, espira siete, inspira cuatro, espira siete». Una y otra vez.

Ya había pasado mucho tiempo, más de una hora, ¿era algo bueno? ¿Algo nefasto? «Inspira cuatro, espira siete. Inspira cuatro, espira siete».

Y vino una enfermera. Me levanté de un salto.

—Está bien. Solo ha sido un sangrado irregular. Es aterrador, pero sucede. Ha hablado con su pareja y le ha tranquilizado. La mantendremos aquí toda la noche, solo para asegurarnos, pero podrá irse a casa por la mañana.

—¿Puedo quedarme con ella?

—Necesita descansar.

—¿Había dos latidos en el monitor? —Me atreví a preguntar.

—Sí.

—¿Está segura?

—Sí —reiteró de forma educada—. Tienes que irte ya.

No. Tenía que vigilar. Ahí era donde me había equivocado con Yara.

«Estás loca», me dije.

«No puedo evitarlo», respondí.

En plena noche me monté en mi coche, pero me resultó imposible marcharme. Al menos no todavía. Así que inspiré durante cuatro segundos y espiré durante siete, luego repetí el proceso una y otra vez, y el tiempo fue pasando poco a poco.

De vez en cuando veía circular un taxi. En algún momento pasaron dos mujeres, luego un hombre solo, pero la ciudad estaba tranquila. Mientras seguía cogiendo aire durante cuatro segundos y soltándolo durante siete, me mantuve despierta, en guardia. En algún momento oí un ruido que pareció un pájaro piando. Esperé, aguzando el oído. Volví a captarlo. Era un pájaro. Un turbio resplandor se alzó en el cielo por encima de los tejados.

Otro pájaro gorjeó, y luego más. El resplandor del cielo se tornó en un marrón radiante y después en un ocre brillante.

El día despuntaba.

Pero yo seguía atrapada en el horror de la noche anterior.

Volví al hospital. La hemorragia de Helen había parado, estaba lista para que le dieran el alta y reinaba el optimismo. La llevé a casa y llegamos justo cuando Artie volvía de Ginebra.

Tras una ducha y un café en su casa, me fui a trabajar. Fue un día ajetreado, productivo, en el que por fin se produjo un muy esperado progreso con uno de mis patitos más testarudos.

Había momentos en los que era realmente buena en mi trabajo. Más o menos una vez al año, me impresionaba a mí misma, y ese era uno de esos días.

Pero todo tenía lugar a gran distancia, como si estuviera observando desde una habitación pequeña y oscura.

Al salir del trabajo me fui a una reunión de Narcóticos Anónimos y traté de explicar mi temor. Luego visité a la pobre Nola y hablé dando rodeos incoherentes hasta agotarla. Después de asistir a una segunda reunión a última hora, me fui a casa, conseguí tener una charla con Kate y con Devin en la que debí de parecer normal, y me fui a la cama.

Pero no podía dormir, seguía atrapada en un lugar en el que acababa de experimentar la pérdida más espantosa.

Las instrucciones de Nola eran que siguiera centrándome en los hechos. Y los hechos eran que habían pasado siete años, que había sobrevivido y que tenía una buena vida.

Aun así, había acabado de nuevo en ese lugar intermedio, ya olvidado, en el que nada parecía real pero todo resultaba terrible.

Por fin me dormí. Fueron dos horas y media de dichosa inconsciencia, pero, a eso de las cinco de la madrugada, una descarga de adrenalina me devolvió a mi infernal vigilia.

Cuando los pájaros empezaron a anunciar el día, supe que no podía ir a trabajar. Podía aguantar una noche sin dormir, pero no dos.

Envuelta en una silenciosa desesperación, pensé de nuevo en llamar a Luke, pero sin duda era demasiado tarde, ya que en su zona horaria era la una de la madrugada.

Sentí una inesperada punzada por mis padres. Quería que me hicieran caso, aunque sabía que ni ellos ni nadie podían arreglar nada. Pero ¿podría tranquilizarme al estar en casa de mi familia? Valía la pena intentarlo.

Aparqué fuera y vi que las cortinas de su habitación seguían corridas.

Eran las nueve de la mañana y aún no se habían levantado. No los juzgaba. Entré, me dirigí a la cocina y puse la tetera a hervir en el acto. Iba a probar con una taza de poleo menta.

—¡Qué haces aquí! —Mi madre había aparecido, impresionantemente espectral con sus rulos y su ondeante camisón blanco.

—Nada. Es que no puedo dormir.

—¡Has dado un susto de muerte a tu pobre padre!

—Lo siento, mamá.

—¿Por qué no puedes dormir? —preguntó después de mirarme larga y fijamente—. ¿Helen te ha dado un susto? ¿Te acuerdas de tu bebé?

—Me siento tan mal como entonces —confesé, demasiado agotada para fingir—. Como si acabara de ocurrir.

—¿Quieres una galleta?

—No.

—¿Quieres una pastilla para dormir?

—¿Qu… qué?

Empezó a rebuscar en el frutero.

—Hay unas cuantas en alguna parte. De cuando pensamos que tendríamos *jet lag*, pero no fue así. Aquí están. —Me acercó una caja blanca pequeña y familiar—. Tómate un par con un vaso de agua y luego duerme un poco. La cama de tu antigua habitación está hecha. Voy a vestirme.

En cuanto se fue, saqué el blíster de pastillas de la caja.

Con las manos temblorosas, empecé a hacerlas saltar a través del papel de aluminio y luego me volví hacia el grifo de la cocina.

OceanofPDF.com

94

Estar en mi cama de adolescente no supuso ninguna diferencia, porque seguí sin poder dormir. Me descargué un audiolibro sobre la batalla de Waterloo porque pensé que sería aburrido, pero en realidad era fascinante.

Acababa de buscar en Google «libros extremadamente aburridos», cuando me llamó Nola.

—La gente se burla del término, pero ha sido tu «detonante» —dijo—. El susto de Helen te ha hecho recordarlo todo.

Tenía razón. Y sabía que alguna otra cosa más. Después de la pérdida de Yara, no tomaba esas pastillas para dormir, sino para escapar. Había una diferencia, sutil pero enorme para un adicto.

Porque en ese momento lo sentía. Quería dormir. Pero también quería sumirme en el vacío, en la nada. No era lo mismo.

Mi padre entró en un momento dado con un plato con una pasta danesa y cuatro galletas Kimberley de chocolate. Demostraba su amor ofreciendo cosas dulces. Una hora después vino mi madre.

—Pensé que estarías como un tronco —declaró—. Tal vez las pastillas estaban caducadas. Baja y veremos *Nuestro propio castillo*, es la leche.

—No, gracias.

—¿Te importa si lo hago yo?

A solas una vez más, hablé mentalmente con Yara y le pedí que me ayudara, que me quitara el miedo y, si eso no era posible, que me ayudara a soportarlo.

«¿Por qué no llamas a Luke?».

Pero no podía distinguir entre Yara y yo. ¿Era un consejo real o solo me decía lo que quería oír?

Mi padre volvió.

—¿Vas a bajar para ver la lotería? Te hemos comprado un boleto.

—Oh, papá. Gracias, pero…

—No es molestia. Yo haré el tuyo por ti, pero, si ganas, puedes reclamarlo.

—Gracias, papá.

«Deberías llamar a Luke».

Tenía tantas ganas de verlo, de escuchar su voz… Era tan bueno… Pero no eran ni siquiera las seis de la mañana en Denver, así que lo más seguro era que estuviera durmiendo. Y si Kallie estaba allí, no creía que pudiera soportarlo.

—No has ganado. —Mi madre estaba de vuelta—. A la lotería. Ninguno ha ganado nada. Esta familia tiene mala suerte, siempre ha sido así. ¿Vas a bajar a comer algo? Hay quiche. Tu padre ha ido al SuperValu y la ha comprado especialmente para ti. Puede que tenga un poco de jamón, por accidente. Dice que lo siente.

—Quizá más tarde, mamá.

Cuando se marchó, me quedé mirando el iPad sin poder evitarlo, abrumada por lo que decidí llamar «fatiga de contención». Se me había acabado el aguante para resistirme a llamar a Luke por FaceTime. De todos modos, eran casi las siete de la mañana en Denver y era posible que estuviera despierto.

—¿Rachel? —Todavía estaba en la cama; la luz artificial hacía que se le viera la cara tan blanca como las sábanas—. ¿Todo bien?

—Siento haberte despertado. ¿Estás solo…?

—Oye, respira. —La cámara se estabilizó y allí estaba él, con su desaliñado atractivo—. Está bien —insistió, sentándose erguido y tirando de una sábana hasta el pecho—. No hay nadie más aquí. Cuéntame.

—Sabes que Helen está embarazada, ¿no? Pues hace dos noches empezó a sangrar…

—Dios. —Su alarma era patente.

—Se encuentra bien. Pero me llamó a mí porque Artie estaba fuera. La llevé al hospital y, aunque no ha sido lo que pasamos tú y yo, me ha afectado mucho.

—Sí. Por supuesto.

—Ha vuelto a casa, la hemorragia ha cesado y no era tan grave como pensé al principio, pero aun así me siento… en medio de una pesadilla aterradora. Igual que en el hospital cuando nos dimos cuenta de que solo había un latido.

—Cielo —dijo con voz suave—. Rachel, supongo que esto es normal, después de lo que pasamos nosotros.

—Lo sé. Probablemente. Sí. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—Luke —tomé aire—, ¿le contaste a Kallie lo nuestro? ¿Lo que ocurrió esa noche?

—No.

Mi corazón se hundió hasta el centro de la Tierra.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Quieres decir que Kallie y tú seguís juntos sin que ella lo sepa?

—¿Qué? ¡No! —Sorprendido, soltó una breve carcajada—. Habíamos roto antes de que me fuera de Irlanda.

«Gracias».

«Gracias, gracias, gracias».

—Pensaba que lo sabías —añadió en tono de sorpresa.

—¿Cómo iba a saberlo?

—Pero… ya sabes cómo soy —replicó—. Don Íntegro. Aquella noche, delante de tu casa me preguntaste si quería entrar y… En fin. —Exhaló un suave suspiro—. Eso fue todo; Kallie y yo rompimos. Tuve que decírselo.

—Bien. —Mi voz era débil.

—¿Y la noche que pasamos juntos? No hubiera podido… ¡Rachel!

—Está bien…

—Fue… —hizo una pausa—, duro tener que herir a Kallie. Pero lo que ocurrió entre nosotros, me siento… —de nuevo dudó mientras buscaba la palabra apropiada—, agradecido. Muy agradecido por ello.

—¿Kallie y tú seguís montando a caballo juntos?

—Nuestros caballos están en el mismo rancho. Nuestros caminos a veces se cruzan. Somos amigos, ya sabes. Pero no.

—Quin y yo rompimos.

—Ya. —Exhaló un medio suspiro—. Me lo imaginaba.

—¿Cómo?

—Soy un optimista. —Luego se rio—. Vale, no estoy orgulloso de esto, pero… eh… ¿El Instagram de Quin? Solía publicar un montón de fotos tuyas… ¿Estás bien? ¿Por la ruptura?

—Estoy bien. Él también lo está. Pero, Luke, no puedo dormir. No desde la noche con Helen. Es decir, puedo dormir un poco. No es que haya estado despierta desde que Helen llamó. Lo que pasa es que solo consigo dormir un par de horas aquí y allá…

—Espera. —De pronto adoptó un tono de urgencia—. ¿Tienes acceso a pastillas?

—Estoy en casa de mi madre, me dio una caja entera. Esta casa es como una farmacia…

—¡Deshazte de ellas!

—Ya lo he hecho. —Y me apresuré a añadir—: Luke, escúchame, no pasa nada, las tiré por el fregadero. No las quería, para nada. Pero más valía asegurarme, aunque es probable que mi madre me mate cuando se entere. He ido a reuniones, he tenido una sesión épica con Nola, estoy haciendo ejercicios de respiración y meditación, y le pido ayuda a Yara, pero todavía siento como que estoy en… una pesadilla. Podría llamar a alguna línea de ayuda, pero… —Tuve que tragar saliva—. Tú eras la única persona con la que quería hablar. Lo siento mucho.

—Rachel —su voz era tan suave, tan encantadora—, ¿por qué lo sientes? Esto está bien. Siempre estará bien.

—Tu bondad. —Me tembló la voz—. Es que es tan… ¿Puedes hablar conmigo un rato? ¿Hasta que me sienta un poco menos… asustada?

—Por supuesto. ¿Hay algo que pueda ayudar? Si estuvieras tratando a una persona que está alterada como tú, ¿qué le dirías?

—No es mi especialidad, pero le preguntaría si tiene recuerdos en los que se sentía tranquila o en paz.

—Entendido. Entonces ¿recuerdas algún momento en el que te hayas sentido tranquila? ¿En paz?

Algo me vino de inmediato a la mente y lo descarté.

—¿Tal vez cuando eras niña?

—Deja que… —Encontré otro recuerdo—. Tenía unos seis o siete años. Anna y yo habíamos colocado una colcha azul sobre una mesa. Estábamos debajo, había conchas en el suelo, como si estuviéramos bajo el mar. La luz era tenue y azul, recuerdo que me sentía tranquila. Anna y yo éramos las únicas que podíamos respirar bajo el agua. Estábamos solas. Me sentía fuerte. En calma.

—¿Algún otro recuerdo? ¿Lugares? ¿Gente? ¿Quién hacía que te sintieras así?

—Luke —se me quebró la voz—, me siento así contigo.

—¿Cuándo?

—Bueno… —tragué saliva—, todo el tiempo.

—De acuerdo. —Se quedó pensativo—. De acuerdo. —Y añadió—: ¿Por qué no voy a verte?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a subirme a un avión e ir a tu casa y, ya sabes, verte.

—¿Cuándo? —pregunté tras un largo silencio.

—Ahora. Bueno, en cuanto pueda coger un vuelo.

—¿Estás…? ¿Es una broma?

—No es una broma.

—¿De verdad lo harías?

—De verdad.

—¿Por qué?

—¿Puede esperar? Podemos hablar cuando llegue.

—Tengo que preguntarlo: ¿ahora eres republicano? ¿Partidario de Trump?

—¿Qué…? ¡No! Rachel, ¿por qué piensas eso?

—Porque la gente cambia.

—¿Tan diferente te parecí esa noche? Porque a mí me dio la impresión de que nada había cambiado.

—Eso fue solo sexo. Siempre se nos dio bien.

—No fue «solo» nada, Rachel. —Hizo una pausa. Frunció el ceño—. Lo fue todo.

Desde luego eso era lo que yo había sentido. Pero…

—Ahora montas a caballo. Eres algo santurrón. No eres vegetariano.

—Ahora eres jardinera, yo siempre fui algo santurrón y, aunque a veces como carne, soy mayormente vegetariano. Pero la esencia de lo que eres o soy no ha cambiado. Siempre me hiciste sentir seguro. Desde que hemos vuelto a conectar ha sido igual.

Me llamó una hora más tarde.

—¿Sigues en casa de tus padres?

—Sí. ¿Dónde estás?

—En el coche. Camino del aeropuerto.

—¿En serio?

—Si pudieras ir a tu casa… ¿Tomarte la mañana libre…?

—¡Luke! ¿De verdad…?

—Hago escala en O'Hare, luego aterrizo en Dublín a las cinco de la madrugada, hora local.

—Podría ir a recogerte —dije, atónita.

—No. Gracias. Prefiero la intimidad para… Sí, un taxi está bien. Rachel, vete a casa. Espérame. Llegaré por la mañana.

En mi casa, Kate y Devin no paraban. Había una gran bolsa de la compra encima de la mesa de la cocina y parecían estar vaciando en ella el contenido de la nevera. Se respiraba un aire de desenfreno, una sensación de saqueo de última hora.

Crunchie se movía de un lado a otro, con aspecto de estar muy preocupada.

Devin levantó la vista.

—Ha llamado el tío Luke.

—Tenemos que ir a ver a los padres de Devin —dijo Kate a la vez—. Ahora mismo.

—Vaaaleee. ¿Me vais a dejar algo? ¿Un poco de chocolate? ¿Manzanas?

—¿Cuándo podemos volver? —preguntó Kate, haciendo caso omiso de mi petición.

—No lo sé. Quizá dentro de una semana. —Me reí, un pelín demasiado —. Os enviaré un mensaje. —Y volví a reírme.

Llamé al trabajo, me cogí tiempo libre y eché un vistazo a la nevera.

Estaba casi vacía, así que fui a la tienda de productos *gourmet* en Greystones y eché en la cesta todas las cosas ridículas que me llamaron la atención: miel trufada, pequeños tomates amarillos, cosas que pensé que eran ciruelas pero que en realidad eran más tomates, esta vez morados; queso azul Crozier, fresas anormalmente grandes, sopa de champiñones en un atractivo envase, a pesar de que los champiñones me sabían a rayos; plátanos, porque con los plátanos no te puedes equivocar, a no ser, claro, que sean plátanos macho (como descubrí tres días después); bombones de Skelligs, almendras tostadas, un gran ramo de peonías blancas y, por último, helados a montones y cuatro pizzas… sin duda las únicas compras prácticas.

Al volver a casa, puse las flores en una jarra, luego cambié las sábanas, me bañé, me lavé el pelo, me embadurné de Crème de Corps, me pinté las uñas de los pies y busqué mi pijama corto de raso en el fondo de un cajón. Había estado reservando el poco práctico regalo de Claire, un resbaladizo conjunto compuesto de top y pantalón corto, para una ocasión especial. Que —a menos que hubiera entendido mal algo importante— parecía haber llegado.

Me despertó un mensaje de texto, ¡lo que significaba que me había quedado dormida!

> Estoy en un taxi. Estaré contigo a las 5.30 de la mañana. L :-x

Estaba aquí, en el país, a menos de media hora. Monté guardia junto a la ventana del salón, contenta de no hacer nada más que esperar.

Fuera el cielo estaba negro como boca de lobo; mi casa estaba lo bastante alejada de la ciudad para escapar del siempre presente resplandor púrpura. Al cabo de un rato, vi un difuso resplandor amarillento en la oscuridad, que se convirtió en los faros de un coche. Luego se oyó el sonido de un motor. Un taxi se detuvo en la carretera: curvado y zumbante, parecía el único coche de la tierra.

Se bajó un hombre, alto, con el pelo más bien largo y chaqueta de cuero. Llevaba una bolsa. Intercambió algunas palabras en voz baja con el conductor. Luego el hombre se apartó del coche y se aproximó a mi casa.

Le abrí cuando llegó a la puerta.

—Cariño. —Luke se rio, encantado—. Hola.

Tiré de él hacia el vestíbulo y le palpé los hombros por encima de la chaqueta, pues tenía que convencerme de que era real.

—Estás aquí de verdad —dije.

—Estoy aquí de verdad. —Dejó caer la bolsa.

—Has venido hasta aquí.

—He venido hasta aquí. —Deslizó los brazos alrededor de mi cintura, las manos en mi resbaladizo pijama.

—Pero ¿por qué, Luke?

—Porque… y de verdad necesito que escuches esto… Rachel Walsh… —dijo.

—Te escucho.

—Porque te quiero.

—Oh, gracias a Dios —respondí, exhalando de alivio.

—¿Estás diciendo que es una… buena noticia? —preguntó, y yo le miré —. ¿Tienes algo que decirme…?

—Yo también te quiero, Luke Costello.

En sus labios se dibujó una ancha sonrisa rebosante de felicidad. Enmarcó mi rostro con sus manos y deslizó los pulgares por mis oscuras ojeras.

—¿Has dormido?

—Unas tres horas.

—No lo suficiente. —Hizo una mueca cuando su cuerpo cobró vida—. Rachel, ignóralo. Tiene mente propia cuando estás presente. Me disculpo por ello. Vamos, sube arriba. Necesitas dormir.

—Pero…

—Chisss. Habrá mucho tiempo para eso.

En el dormitorio se quitó la chaqueta sin perder un momento, se sacó la camiseta por la cabeza y se libró de las botas. Se giró de espaldas a mí con cierta timidez para tirar de su cinturón antes de desabrocharse y quitarse los

vaqueros y los calzoncillos, y luego se acercó a mí. Deslizó los dedos por los ojales de mi pijama, los rodeó y aun así me desabrochó y me quitó la parte de arriba con una rapidez encomiable. Después introdujo los índices dentro de la cintura, rio con suavidad y me bajó los pantaloncitos.

La prenda cayó al suelo y me los quité con facilidad.

Me levantó como si fuera un objeto precioso, me colocó en el centro de la cama y, a continuación, se tumbó en ella. Enseguida me acurruqué contra él, le rodeé con los brazos y enrosqué las piernas con las suyas; el familiar tacto de su cuerpo y el maravilloso olor de su piel calmaron cualquier resto de ansiedad. Cuando vivíamos en Nueva York, así era como siempre nos acostábamos juntos.

—Te quiero —susurró.

—Y yo a ti —admití como en un sueño—. Esto fue lo que me vino a la cabeza cuando me pediste que recordara algún momento en el que me hubiera sentido en paz. Esto, irme a dormir contigo, así, una noche cualquiera.

—Puedes repetirlo cuando quieras. Todas las noches durante el resto de tu vida, si lo deseas.

De alguna manera ya lo sabía.

—¿Ahora vives en Irlanda?

—Pronto.

El sueño me arrastraba en su delicioso torbellino.

—Es la mejor noticia de todos los tiempos. Luke, ¿podrías hacerme un favor?

—Lo que quieras.

—Cuando nos despertemos, ¿podrías preguntarme algo?

—Por supuesto.

—¿Puedes decir: «Supongo que si te propongo un polvo me mandarás a paseo»?

Con una sacudida de risa inesperada, dijo:

—Hecho.

Nos arropó a los dos con el edredón y apagó la luz.

Piel contra piel, sus labios en mi pelo, mi mano en su muslo, su brazo rodeándome el cuerpo. La tensión que me atenazaba el pecho aflojó y se

disipó; mi respiración se tornó lenta y sosegada. La suya se fue espaciando hasta que, sin intentarlo siquiera, la cadencia de ambas se acompasó.

Juntos nos deslizamos hacia un profundo y dulce sueño.

OceanofPDF.com

Agradecimientos

En este libro he abordado sucesos vitales muy dolorosos. Si te has visto afectado por alguno de ellos, te ofrezco mi compasión sincera. No he investigado formalmente las distintas líneas argumentales de las adicciones porque, en calidad de alcohólica en recuperación, conozco bien la enfermedad. Si te preocupa que quizá necesites ayuda, es probable que tu primera visita obligada sea al médico de cabecera.

Si la historia de Trassa se asemeja a la tuya, en España existe alguna asociación que pueda ayudarte a superar la adicción al juego.

Escribir acerca de Yara ha supuesto un reto y algo que era de suma importancia plantear correctamente. Estoy muy agradecida a Clare Parker por compartir su trágica pérdida conmigo con tanta generosidad. He leído y escuchado las historias de otras personas, y espero haber expresado adecuadamente la enormidad de una pérdida tan terrible.

Escribir un libro es un gran privilegio y un placer, pero también un reto: me cuesta mucho saber cuándo estoy haciéndolo bien. Y en especial con *Otra vez, Rachel*, porque muchísimos lectores (¡gracias!) cogisteis cariño a Rachel desde la primera vez y de verdad que no quería decepcionaros. He dudado de mí misma y, sin el apoyo y arduo trabajo de todas las personas a las que cito a continuación, este libro no existiría.

Quiero mostrar mi agradecimiento sincero al equipo de Michael Joseph al completo, por trabajar tanto y con tanta generosidad en este y en todos mis libros a lo largo de los últimos veinticinco años.

Mi vida y mi carrera habrían sido muy distintas si no hubiese tenido la suerte, hace veintiséis años, de conocer a Louise Moore, mi editora visionaria. Desde el principio ha confiado en mí para que escriba lo que tenga que escribir, y yo he confiado en ella para que me edite como crea

conveniente. (Lo reconozco: suelo pasarme tres días renegando por la casa cuando llegan las primeras notas, pero luego me tranquilizo y admito que tiene razón). Además de publicarme con gran sensibilidad y entusiasmo, me ha concedido el valor y el espacio para arriesgarme con la escritura, algo que aprecio muchísimo. Tengo una suerte increíble de contar con ella.

Mi gratitud infinita también hacia Liz Smith «Lizzie McSmith» por aportar tanto entusiasmo, imaginación y diversión a todas las obras. ¡Trabajar con ella y su equipo, fabulosamente creativo, que incluye a Lucy Upton, Jen Breslin y Colin Brush, es maravilloso!

Mi sentido agradecimiento a la formidable Grace Long por su experta contribución editorial; a Christina Ellicott, Deirdre O'Connell y todo el equipo de ventas; a Lee Motley por diseñar una cubierta genial; a Nick Lowndes por su heroica corrección de pruebas, y A Roy McMillan por el esmero en su ayuda y dedicación al audiolibro, y por hacer de ello algo tan divertido.

En casa, en Irlanda, es un placer ser publicada por Penguin Ireland. El equipo es genial y quiero dar las gracias especialmente a mi querida Cliona Lewis, y a Brian Walker y Carrie Anderson, de ventas. *Go raibh míle maith agat!*, «muchísimas gracias».

Me encanta la ilustración de cubierta de Gemma Correll con Rachel y Crunchie, gracias.

Jonathan Lloyd ha sido mi agente durante veintisiete años y, como con Louise, el día que nuestros caminos se cruzaron fue uno de los importantes. Siempre me ha apoyado, siempre ha estado pendiente de la letra pequeña y siempre siempre ha sido muy divertido. Le debo muchísimo.

Por supuesto, gracias a todo el mundo en Curtis Bown, desde el departamento de venta de derechos en el extranjero hasta el de cine y televisión, por cuidar tanto de mis libros.

Un agradecimiento inmenso para la verdaderamente aterradora (aunque solo cuando es necesario) Kealey Rigden por todo el trabajo de publicidad y eventos. Además de a Fiona McMorrough y a todos en FMCM.

Me siento muy agradecida hacia la gente que ha leído este libro, a trozos y trompicones, a medida que lo escribía y que me ha dado todo tipo de retroalimentación muy útil en el proceso: Jenny Boland, Róisín Ingle,

Caitríona Keyes, Ema Keyes, Ljiljana Keyes, Mamá Keyes, Rita-Anne Keyes, Liz Nugent y Eileen Prendergast.

Un agradecimiento especial para Louise O'Neill, quien, en noviembre de 2019, fue la persona que me convenció de que debía intentar escribir este libro y me animó a cada paso del camino.

¿Y dónde estaría yo sin mi gran y vieja amiga, Kate Beaufoy, alias Posh? Habrá leído este libro al menos veinte veces, ofreciéndome consejos de edición absolutamente geniales y siempre, siempre, amor y ánimo.

Me siento muy agradecida hacia Sarah Moore Fitzgerald, que accedió a revisar el manuscrito en el último momento solo para tranquilizarme. Y hacia Sophie White y Vicki Notora, las primeras lectoras del libro propiamente dicho, que me prometieron que estaba bien.

Mi sobriedad es la piedra angular sobre la que se equilibra el resto de mi vida; sin ella no tendría nada. Esto se ha visto reforzado por cada persona presente en cada reunión a la que he asistido alguna vez. Pero quiero dar las gracias a dos mujeres especiales que me han cogido de la mano, me han dado fuerzas y me han permitido permanecer a salvo: mi propia Nola, el ángel con forma humana que es Judy McLoughlin y mi fiel AK.

No hay palabras para dar las gracias a mi querido esposo. Siempre apoyándome, es el primer lector perfecto, que de algún modo consigue ser sincero y completamente alentador a un tiempo. Con una paciencia ilimitada, tranquilo, proactivo, trabajador y muy muy amable. Nada de esto sería posible sin él.

Libreros de todas partes han apoyado mi obra desde el primer día. Me gustaría darles las gracias por su generosidad, entusiasmo, amabilidad y apoyo.

Igualmente, los numerosos críticos y blogueros que se han tomado el tiempo y la molestia de leer mis libros y hablar de ellos con tanta positividad, por favor, aceptad mi gratitud entusiasta.

A lo largo de los años, infinidad de escritores han recomendado mis libros, me han proporcionado citas para la cubierta y han puesto a mi disposición una comunidad comprensiva, divertida y cariñosa. Son demasiados para enumerarlos de manera individual, pero ¡gracias a todos y cada uno de ellos! ¡Sois geniales!

Escribo (y nunca dejo de hablar…) sobre familias. Adoro a la mía: Mamá Keyes, mis hermanos, sus parejas y mis fabulosos sobrinos.

Uno de ellos se llama Luka, y habréis advertido que el hijo de Claire también se llama Luka. Eso se debe a que, varios libros sobre los Walsh atrás, cuando Luka Keyes no era más que un bebé, creí que el detalle resultaría adorable. Pero no había previsto que pasaría tanto tiempo, y es importante que no se confundan los dos personajes. Luka Keyes no se parece en nada al Luka de Claire: Luka Keyes no es ni serio ni aburrido, al contrario, es encantador y muy divertido. Solo necesitaba aclararlo…

Rhapsody in Green, el hermoso libro de Charlotte Mendlesson, llegó por correo en un momento en el que estaba luchando por encontrar la pieza que le faltaba a Rachel, ¡que resultó ser la jardinería! (Nadie se sorprendió más que yo, pero este es solo un ejemplo de los distintos elementos fortuitos que me ayudaron a seguir escribiendo).

Es probable que hayáis advertido también que ambienté este libro en 2018. Ya había empezado a escribir *Otra vez, Rachel* antes de la pandemia, y no quería incorporarla a la historia.

Y por fin llegáis vosotros, mis queridos lectores: estoy muy agradecida por vuestro afecto hacia Rachel desde la primera vez que salió a la venta. Vuestro amor por ella, por los Walsh (y Luke ;)), me produce una alegría inmensa. Francamente, siento que vosotros y yo somos amigos, aunque es posible que no nos hayamos conocido en realidad (bueno, todavía). Espero, con sinceridad, no haberos decepcionado.

OceanofPDF.com

Si has vivido o te ha afectado una situación similar a la narrada en esta novela y quieres hablar de ello o necesitas ayuda, puedes contactar con Umamanita. Esta asociación sin ánimo de lucro ofrece apoyo a madres, padres y familias. Asimismo, se implica en la dinamización e implementación de proyectos de prevención de la muerte perinatal y de mejora de la calidad asistencial y concienciación social.

Para más información:
<https://www.umamanita.es/>
info@umamanita.es

OceanofPDF.com

MARIAN KEYES (Limerick, 10-9-1963) es una novelista irlandesa, considerada una de las fundadoras del *Chick lit*. Aunque nació en Limerick, al oeste de Irlanda, creció en Monkstown. En alguna ocasión ha descrito su infancia como un momento idílico e inocente en su vida.

Después de cursar el instituto, y tras no conseguir plaza para estudiar Periodismo en la universidad, estudió Derecho en el University College de Dublín, donde se graduó en 1983, pero nunca ejerció una profesión de ámbito legal. En Londres, y pese a que pronto encontró un trabajo de camarera y oficinista, repetidas depresiones la empujaron a tener cada vez más problemas con el alcohol, con el que siempre había tonteado desde los 14 años. Intentó suicidarse. Es en ese momento de desorden (1993), cuando empezó a escribir relatos sin una idea clara de llegar a escribir una novela. Su vida estaba en la peor de las crisis y se vio obligada a ingresar en un centro de rehabilitación para toxicómanos. De carácter depresivo, Marian Keyes siempre ha admitido tener una autoestima bajísima.

Keyes suele decir que se convirtió en escritora «por accidente» ya que envió sus relatos cortos a un editor pensando que jamás obtendría respuesta, mintiendo sobre una novela que ni siquiera había comenzado, pero ellos contestaron, adivinando su talento potencial, y se la reclamaron. Fue entonces cuando comenzó a escribir, una vez rehabilitada de su alcoholismo, dando comienzo a su carrera como novelista.

Claire se queda sola refleja todo ese abandono en el que estaba sumergida. El mismo año de su publicación, 1995, se casó con Tony Baines. Su primer libro consiguió una notable repercusión internacional y se convirtió en pieza clave del género *chick-lit*, término anglosajón referido a novelas con joven protagonismo femenino de ámbito urbano que abordan diferentes aspectos sentimentales, sociales y costumbristas. Después de *Claire se queda sola* aparecieron títulos englobados en la serie de la familia Walsh como *Rachel se va de viaje, Maggie ve la luz* y *¿Hay alguien ahí fuera?* Otras novelas de Keyes son *Lucy Sullivan se casa*, con gran éxito.

Le siguieron más novelas y más éxitos, hasta la publicación de *La estrella más brillante* (2009), tras la que parece caer de nuevo en una depresión que la llevó a alejarse de toda actividad pública. Su trayectoria profesional ha continuado sin mayores altibajos. Al margen de historias de ficción, la autora irlandesa publicó la colección de artículos y relatos *Bajo el edredón*.

Sus libros tienen rasgos autobiográficos y resultan preferentemente humorísticos aunque progresivamente han adoptado tonos más dramáticos con enfoque tragicómico. Ha vendido millones de copias de sus libros, los cuales se han traducido a más de 30 idiomas.

OceanofPDF.com